

Elías Canetti

# AUTO DE FE



Lectulandia

A través de la historia de Peter Kien, un especialista en China internacionalmente conocido, propietario de una biblioteca de 25.000 volúmenes de la que se ocupa él mismo, Canetti habla de los peligros de considerar que un intelectualismo rígido y dogmático, encerrado en sí mismo, pueda prevalecer sobre el mal, el caos y la destrucción. Así, el protagonista de Auto de fe, después de soñar que sus libros eran quemados, se casa con su asistente, Teresa, una mujer iletrada y embrutecida, que habrá de ayudarle en la tarea de preservar su biblioteca.

**Lectulandia**

Elias Canetti

# **Auto de fe**

ePub r1.1

Titivillus 22.01.15

Título original: *Die Blendung*  
Elias Canetti, 1935  
Traducción: Juan José del Solar

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## **Primera parte**

# **UNA CABEZA SIN MUNDO**

## El paseo

—¿Qué haces aquí, muchacho?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué te quedas parado?

—Porque...

—¿Sabes leer?

—Pues sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve cumplidos.

—¿Qué preferirías: un chocolate o un libro?

—Un libro.

—¿De veras? Estupendo. ¿Así que por eso estás aquí?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Mi papá me regaña.

—Ajá. ¿Cómo se llama tu padre?

—Franz Metzger.

—¿Te gustaría viajar a otro país?

—Sí. A la India. Hay muchos tigres.

—¿Y adonde más?

—A la China. Hay una muralla enorme.

—¿Te gustaría escalarla?

—Es demasiado ancha y alta. Nadie puede escalarla. Por eso la construyeron.

—¡Cuánto sabes! Se ve que has leído mucho.

—Sí, leo siempre. Papá me quita los libros. Quisiera ir a una escuela china.

Tienes que aprender cuarenta mil letras. Todas no caben en un libro.

—Eso es lo que tú crees.

—Las he contado.

—De todas formas no es cierto. Deja esos libros del escaparate. No hay ni uno bueno. En el bolsillo tengo algo mejor. Espera, que te lo enseñaré. ¿Sabes qué escritura es ésta?

—¡China! ¡China!

—Eres lo que se dice un chico listo. ¿Habías visto ya algún libro chino?

—No, lo adiviné.

—Estos dos caracteres significan Meng Tse, el filósofo Meng. Fue un gran hombre en la China. Vivió hace 2250 años y sus obras todavía se leen. ¿Te acordarás?

—Sí. Ahora tengo que irme al colegio.

—¡Ajá! ¿Conque miras los escaparates de las librerías cuando vas al colegio? ¿Cómo te llamas?

—Franz Metzger. Como mi padre.

—¿Y dónde vives?

—En la calle Ehrlich, veinticuatro.

—Yo también vivo ahí. No recuerdo haberte visto.

—Usted siempre desvía la mirada cuando se encuentra con alguien en la escalera. Yo lo conozco hace tiempo. Usted es el profesor Kien, pero no da clases. Mamá dice que no es un profesor de verdad. Pero yo creo que sí, porque tiene una biblioteca. Nadie puede imaginar lo que es eso, dice la María. Es nuestra criada. Cuando sea grande tendré una biblioteca. Con todos los libros y en todas las lenguas, uno chino también. Ahora tengo que correr.

—¿Quién escribió este libro? ¿Te acuerdas?

—Meng Tse, el filósofo Meng. Hace exactamente 2250 años.

—Muy bien. Puedes venir un día a mi biblioteca. Dile al ama de llaves que te he dado permiso. Te enseñaré postales de la India y de la China.

—¡Qué bueno! ¡Vendré! ¡Sí que vendré! ¿Puedo esta tarde?

—No, no, chico. Tengo que trabajar. No antes de una semana.

El profesor Peter Kien, hombre alto y enjuto, erudito especializado en sinología, guardó el libro chino en la cartera, ya repleta, que llevaba bajo el brazo, la cerró cuidadosamente y siguió con la mirada al inteligente muchachito hasta verlo desaparecer. Malhumorado y taciturno por naturaleza, no tardó en reprocharse esa conversación iniciada sin ningún motivo.

Durante sus paseos matinales, entre las siete y las ocho, solía dar un vistazo a los escaparates de las librerías por las que pasaba, constatando, casi con satisfacción, que la literatura pornográfica y de pacotilla iba ganando cada vez mayor terreno. Él mismo poseía la biblioteca privada más importante de esa gran ciudad. Llevaba siempre una mínima parte consigo. Su pasión por ella, la única que se había permitido a lo largo de una vida austera y consagrada al estudio, lo obligaba a adoptar ciertas medidas de precaución. Los libros, incluso malos, lo inducían con facilidad a hacer una compra. Pero, por suerte, la mayor parte de las librerías no abrían hasta después de las ocho. A veces, uno que otro aprendiz, deseoso de atraerse al jefe, aparecía más temprano, esperaba al primer empleado y, con gesto solemne, le quitaba la llave: «¡Estoy aquí desde las siete!» exclamaba, o bien: «¡No pude entrar!». Tanto celo contagiaba fácilmente a un tipo como Kien, que hacía esfuerzos por no seguir su ejemplo. Entre los propietarios de tiendas más modestas, no faltaban algunos madrugadores que, desde las siete y media, trajinaban con la puerta abierta. Desafiando esas tentaciones, Kien tamborileaba con orgullo sobre su abultada cartera. La llevaba bien pegada a él, de un modo muy personal, para ponerla estrechamente en contacto con su cuerpo. Sus costillas la sentían a través del traje, raído y ordinario. El brazo reposaba en la concavidad lateral, amoldándose perfectamente a ella. El antebrazo le servía de apoyo desde abajo. Los dedos, estirados, acariciaban por todas partes la codiciada superficie. Él mismo justificaba su extrema cautela con el valor del contenido. Si por casualidad la cartera se caía al suelo, o si el cierre, que él



examinaba cada mañana antes de salir, se abría justamente en aquel crítico instante, sus preciosos libros podían arruinarse. Y nada odiaba él tanto como los libros sucios.

Aquel día, estando ante un escaparate al regresar a su casa, un chiquillo se interpuso de pronto entre él y los cristales. Kien interpretó ese gesto como una impertinencia, pues sobraba espacio. Él siempre se paraba a un metro de distancia del escaparate, lo cual no le impedía leer todos los títulos visibles. Sus ojos funcionaban a la perfección: detalle muy significativo en un hombre de cuarenta años que pasaba todo el día entre libros y manuscritos. Cada mañana le confirmaban su buena forma. Al distanciarse así de aquellos libros venales, de simple divulgación, les expresaba su desprecio, por lo demás muy merecido si los comparaba con las obras densas y complejas de su biblioteca. El chico era bajito, Kien de una altura excepcional: fácilmente podía mirar por sobre su cabeza. Sin embargo, hubiera preferido más respeto. Antes de reprocharle su comportamiento, se ladeó para observarlo. El chiquillo miraba fijamente los títulos de los libros y movía los labios con lentitud y en voz baja. Sus ojos se iban deslizando de tomo en tomo, sin parar. Cada dos minutos lanzaba una mirada por encima de su hombro. En la acera de enfrente colgaba el gran reloj de una relojería. Eran las ocho menos veinte. A todas luces, el pequeño temía olvidar algo importante. No reparó en el señor que tenía detrás. Tal vez hiciera prácticas de lectura o memorizara los títulos, a los que dedicaba idéntica atención. Se notaba perfectamente cuáles retenían su mirada.

Kien sintió lástima. El chico estaba corrompiendo su espíritu tierno y tal vez ávido de lecturas con esa infame pacotilla. Años después, quizá leyese más de un libro infecto sólo por haberse familiarizado desde niño con el título. ¿Cómo limitar la receptividad de los primeros años? En cuanto un niño aprende a caminar y a deletrear, queda a merced tanto del pavimento de una calle mal asfaltada, como de la mercadería de cualquier pobre infeliz que —el diablo sabrá por qué— se dedicó a vender libros. Los niños pequeños debieran crecer en grandes bibliotecas particulares. El contacto diario y exclusivo con espíritus serios, una atmósfera intelectual, sombría y apacible, y un tenaz esfuerzo de adaptación al orden más riguroso, tanto en el tiempo como en el espacio, ¿qué mejor manera de ayudar a esos seres tiernos en su juventud? Pero el único hombre que, en esa ciudad, poseía una biblioteca digna de consideración, era el propio Kien. Y él no podía adoptar niños. Su trabajo no le permitía distracciones. Los niños hacen ruido y hay que ocuparse de ellos. Para atenderlos se precisa una mujer. Una simple ama de llaves basta para cocinar. A los niños hay que conseguirles una madre. ¡Si las madres se limitaran a ser sólo madres! Pero ninguna se contenta con su verdadero rol. La especialidad de todas es ser *mujer* y exigir cosas que un erudito honesto no podría satisfacer ni en sueños. Kien había renunciado al matrimonio. Hasta entonces las mujeres le habían sido indiferentes; y lo seguirían siendo. El chiquillo de mirada fija y cabeza movediza llevaba, pues, las de perder. Por compasión habló con él, contrariando su costumbre. Gustoso hubiera redimido sus escrúpulos pedagógicos con un chocolate, pero comprobó que hay niños

de nueve años que prefieren un libro a un chocolate. Lo que había sucedido luego aumentó su sorpresa. El chiquillo se interesaba por la China. Leía contra la voluntad de su padre. Los rumores sobre las dificultades de la escritura china lo animaban, en vez de intimidarlo. Reconoció los caracteres a primera vista, sin haberlos visto nunca, y aprobó con sobresaliente una prueba de inteligencia. Además, se negó a tocar el libro que le enseñaron. Tal vez se avergonzara de sus dedos sucios. Kien se los miró: estaban limpios. Otro muchacho hubiera cogido el libro, incluso con las manos sucias. Él tenía prisa; la escuela empezaba a las ocho, pero se quedó hasta el último segundo. Aceptó la invitación con la avidez de un hambriento: su padre debía de torturarlo mucho, sin duda. Hubiera preferido ir esa misma tarde, en horas de trabajo. Después de todo, ambos vivían en el mismo inmueble.

Kien se perdonó aquella conversación. La excepción que se había permitido parecióle válida y justificada. Mentalmente saludó en el muchachito, que ya había desaparecido, a un futuro sinólogo. ¿A quién le interesaba aquella disciplina tan recóndita? La juventud juega al fútbol; los adultos sólo piensan en lucrar y destinan su tiempo libre al amor. Para dormir ocho horas y holgazanear otras ocho, se consagran el resto del tiempo a un trabajo odioso. Habían endiosado no ya al vientre, sino al cuerpo entero; El Dios celestial de los chinos era más digno y severo. Aun cuando el chiquillo no viniera la semana próxima —cosa bastante improbable—, tenía en la cabeza un nombre nada fácil de olvidar: el del filósofo Meng. Hay impulsos fortuitos e inesperados que pueden orientar toda una vida.

Sonriendo, Kien prosiguió el camino hacia su casa. Raramente sonreía. Pocas veces ha habido alguien que hubiera anhelado tanto una biblioteca como él. A los nueve años soñaba con tener una librería. Pero la idea de ir de un lado a otro como propietario le parecía un sacrilegio. Un librero es un rey, pero un rey no es un librero. Aún era muy pequeño para buscar un empleo, se decía. Y a los recaderos los mandan siempre afuera. ¿Qué provecho sacaría de los libros con sólo llevarlos bajo el brazo, empaquetados? Buscó una solución durante mucho tiempo. Un día no volvió a su casa después del colegio. Se dirigió a la librería más grande de la ciudad —seis escaparates llenos de volúmenes—, y rompió a llorar a gritos. «¡Quiero irme rápido, tengo miedo!», berreó. Le enseñaron el lavabo. Él se fijó bien. Al volver dio las gracias y preguntó si podía serles útil. Su cara radiante provocó la hilaridad de aquella gente. ¡Pensar que poco antes se había contraído por ese pánico absurdo! Le buscaron conversación: sabía muchísimo de libros. Para su edad les pareció inteligente. Por la tarde lo mandaron fuera con un pesado paquete. Fue y regresó en el tranvía. Había ahorrado dinero suficiente para el pasaje. Cuando ya estaban cerrando la tienda, era casi de noche, anunció que había entregado el paquete y puso el recibo sobre el mostrador. Alguien le dio un caramelo de limón en recompensa. Mientras los empleados se ponían los abrigos, él se deslizó furtivamente hasta el lavabo, aquel lugar tan seguro, y se encerró dentro. Nadie se dio cuenta. Todos pensaban sin duda en su tarde libre. Allí esperó largo rato. Sólo al cabo de varias horas, ya muy entrada

la noche, se atrevió a salir. La tienda estaba a oscuras. Buscó el interruptor a tientas. No había pensado en él durante el día. Cuando lo encontró y lo tuvo entre sus dedos, le dio miedo encender la luz. Alguien podría verlo desde la calle y llevárselo a casa.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Pero no podía leer y eso lo puso triste. Fue bajando un volumen tras otro, lo hojeaba y hasta descifró algunos títulos. Más tarde se trepó a la escalera. Quería saber si los libros de arriba ocultaban algún secreto. Se cayó y dijo: «¡No me he golpeado!». El piso era duro. Los libros eran blandos. En una librería uno cae sobre libros. Pudo haber hecho una torre con ellos, pero el desorden le parecía vulgar, y, antes de sacar uno nuevo, guardaba el otro en su sitio. Le dolía la espalda. Tal vez fuera sólo el cansancio. En su casa estaría durmiendo hacía rato. Allí era imposible, la tensión lo mantenía despierto. Pero sus ojos ya no distinguían ni los títulos más grandes, y eso lo irritaba.

Calculó cuántos años podría pasarse allí leyendo, sin salir una sola vez a la calle ni ir a aquel estúpido colegio. ¡Por qué no quedarse allí siempre! Podría ahorrar para comprarse una camita. Su madre se habría asustado. Él también, pero sólo un poquito, por el silencio que había. Las farolas de gas se apagaron en la calle. Las sombras invadieron los rincones. Existían, pues, los fantasmas. De noche llegaban todos volando, se acuclillaban sobre los libros y leían. No necesitaban luz, ¡con esos ojos tan grandes! No se atrevió a tocar un libro más de los estantes superiores. Ni tampoco en los de abajo. Se acurrucó bajo el mostrador; los dientes le castañeteaban. Diez mil libros y, sobre cada uno, un fantasma acuclillado. Por eso había tanta calma. A veces los oía pasar las páginas. Leían tan rápido como él. Se hubiera acostumbrado a su presencia, pero eran diez mil y alguno podía morderlo. Los fantasmas se enojan cuando alguien los roza; creen que uno se burla de ellos. El niño se hizo un ovillo y ellos revoloteaban por encima de él. La mañana no llegó sino después de muchas noches. Se quedó dormido. Cuando los empleados abrieron, no los sintió. Lo encontraron bajo el mostrador y lo sacudieron hasta despertarlo. Al comienzo se hizo el dormido, pero pronto empezó a berrear. Ayer se quedó encerrado, dijo, lo sentía por su madre, que seguro lo anduvo buscando en todas partes. El propietario lo interrogó y, no bien supo su nombre, lo mandó a casa con un empleado, que presentó sus excusas a la señora: el muchacho fue encerrado por error, pero estaba sano y salvo. Él se ponía a sus órdenes. La madre le creyó y quedó contenta. Ahora, el mentirosillo de otros tiempos poseía una biblioteca extraordinaria y un nombre no menos famoso.

Kien aborrecía la mentira. Desde su niñez había sido fiel a la verdad. No recordaba ninguna mentira aparte de aquélla, que además reprobaba. Sólo la conversación con el chiquillo —su vivo retrato a esa edad— se la había evocado. Basta ya, pensó, son casi las ocho. A las ocho en punto comenzaba su trabajo, su labor al servicio de la verdad. Ciencia y verdad eran para él conceptos idénticos. Uno se aproxima a la verdad cuando se aleja de los hombres. La vida cotidiana es un entramado superficial de mentiras. Cada transeúnte era un mentiroso. Por eso ni los

miraba. ¿Quién, entre los pésimos actores que integraban la masa, tenía un rastro capaz de interesarlo? Cambiaban de cara a cada instante; no conservaban el mismo papel un día entero. Desde un comienzo supo que toda experiencia era, en estos casos, superfina. Deseaba perseverar tenazmente en su propia esencia. No sólo un mes, no sólo un año: toda su vida permanecería idéntico a sí mismo. El carácter, cuando se posee, determina también el aspecto físico. Se recordaba siempre como un hombre alto y enjuto. Sólo conocía su rostro fugazmente, de verlo reflejado en los cristales de las librerías. En su casa no tenía un solo espejo; el espacio escaseaba entre tanto libro. Pero sabía que era enjuto, severo y huesudo; eso le bastaba.

Al no tener ningún deseo de observar a nadie, mantenía los ojos bajos o miraba por sobre la gente. Adivinaba exactamente dónde había librerías. Su instinto nunca le fallaba. En esos casos, lo guiaba la misma fuerza que guía a los caballos de vuelta a sus establos. Salía de paseo para respirar el aire de otros libros; éstos provocaban su desacuerdo o lo reanimaban un poco. En la biblioteca, todo iba a pedir de boca. Entre las siete y las ocho de la mañana se tomaba una de esas libertades que suelen constituir toda la vida de los demás.

Aunque disfrutara al máximo de esa hora, procedía con regularidad. Vaciló un poco antes de cruzar una calle concurrida. Le gustaba mantener el mismo paso, y, por no darse prisa, esperó un momento favorable. De pronto, oyó que alguien le gritaba en voz alta a otra persona:

—¿Podría decirme dónde queda la calle Mut? —El interpelado no contestó. Kien se sorprendió al ver que, en plena calle, hubiera hombres tan silenciosos como él. Aguzó el oído sin levantar la mirada. ¿Cómo reaccionaría el interpelante ante aquel mutismo?—. Disculpe usted, por favor, ¿podría decirme dónde queda la calle Mut? —Formuló su pregunta en tono más cortés; pero no tuvo mejor suerte. El otro no respondió—. Creo que no me ha oído. Quisiera pedirle una información. ¿Sería tan amable de indicarme cómo ir a la calle Mut? —Kien sintió espoleada su sed de conocimientos —la curiosidad le era extraña— y decidió observar al taciturno siempre que persistiera en su mutismo. El hombre estaría ensimismado, sin duda alguna, y quería evitar cualquier interrupción. Esta vez tampoco dijo nada. Kien lo alabó. Uno, entre miles, que resiste a los caprichos del azar—. Oiga, ¿está usted sordo? —gritó el primero. «Ahora sí replicará el segundo», pensó Kien, que empezaba a perder la complacencia en su protegido. ¿Quién controla su lengua cuando lo insultan? Se volvió hacia la calle: era el momento ideal para cruzar. Extrañado ante el persistente silencio, se detuvo. El segundo siguió mudo. Era previsible un estallido mucho más violento de su ira. Kien esperaba una disputa. Si el segundo reaccionaba como un individuo cualquiera, Kien vería confirmada, incontestablemente, la opinión que de sí mismo tenía: era el único hombre de carácter que paseaba por allí. Se preguntó si debería echar una mirada. El incidente se desarrollaba a su derecha. Pero el primer tipo estalló—: ¡No tiene usted modales! ¡Es usted un patán! ¡Le he hecho una pregunta en el tono más cortés! ¡Qué se ha creído,

grosero! ¿O acaso es mudo? —El segundo seguía en silencio—. ¡Tendrá que disculparse! ¡Me importa un bledo la calle Mut! ¡Cualquiera puede enseñármela! ¡Pero usted me pedirá disculpas! ¿Me oye? —El otro no oía. Pero empezó a ganarse la estima del expectante Kien—. ¡Lo entregaré a la policía! ¿Sabe con quién está hablando, esqueleto? Y así pretende ser un caballero. ¿De dónde ha sacado lo que lleva puesto? ¡Del Monte de Piedad! Tiene todo el aspecto. ¿Qué lleva usted bajo el brazo? Yo se lo diré. ¡Será mejor que se suicide! ¿Sabe usted lo que es?

De pronto recibió Kien un violento empujón. Alguien le cogió la cartera, como queriendo arrancársela. Con un esguince que superaba ampliamente sus fuerzas normales, rescató de golpe los libros de las garras del ladrón y se volvió a la derecha. Aunque dirigida a la cartera, su mirada recayó en un grueso hombrecito que lo cubría de improperios:

—¡Un patán! ¡Un patán! ¡Un patán! —El segundo, el mudo, el hombre de carácter que controlaba su lengua pese a la cólera, era el propio Kien. Con toda calma le volvió la espalda al analfabeto gesticulador, cortando en dos su cháchara con aquel fino cuchillo. Un pobre obeso cuya amabilidad se convirtió en insolencia a los pocos instantes, no podía ofenderlo. En todo caso, cruzó la calle con una rapidez mayor que la prevista: cuando se llevan libros conviene no llegar nunca a las manos. Y él siempre llevaba libros consigo.

Pues, en definitiva, nadie está obligado a escuchar las estupideces de cualquier transeúnte. Perderse en discusiones es el mayor peligro que puede amenazar a un sabio. Más que oralmente, prefería Kien expresarse por escrito. Dominaba más de una docena de lenguas orientales, y se había familiarizado con muchas de las occidentales. Ninguna literatura le era extraña. Pensaba por citas y escribía en párrafos cuidadosamente meditados. Numerosos textos le debían su reconstrucción definitiva. Al dar con algún pasaje deteriorado o alterado en antiguos manuscritos chinos, hindúes o japoneses, se le ocurrían cientos de interpretaciones posibles. Muchos críticos lo envidiaban por eso; él tenía que defenderse del exceso de ideas. Con una lentitud exasperante y un extremo rigor consigo mismo, sopesaba las alternativas cauta y meticulosamente durante meses, y sólo se decidía por alguna letra, palabra o frase entera si estaba seguro de que era inatacable. Los ensayos que hasta entonces publicara —escasos en número, pero auténticos puntos de partida para muchos otros— le habían granjeado la reputación de primer sinólogo de su tiempo. Sus colegas los conocían al dedillo y casi de memoria. Una vez escritas, sus frases se volvían decisivas y concluyentes. En los casos controvertibles, todos se dirigían a él, la autoridad suprema aun en campos tangencialmente relacionados con su especialidad. Honraba a poca gente con sus cartas. Pero la persona elegida recibía, en una sola carta, estímulos suficientes para dedicarse durante años a un trabajo cuyos frutos se consideraban válidos de entrada, gracias a la personalidad del avalante. Él mismo no frecuentaba a nadie y rechazaba las invitaciones. Cuando alguna cátedra de filología oriental quedaba libre, se la ofrecían a él en primer término. Pero Kien

declinaba la oferta con desdeñosa cortesía.

Confesaba no haber nacido para orador. Cualquier retribución por su trabajo se lo haría menos grato. En su modesta opinión, aquellos divulgadores improductivos a quienes se confiaba la educación en las escuelas secundarias, deberían ocupar las cátedras universitarias, a fin de que los investigadores natos, los auténticamente creativos, puedan consagrarse en forma exclusiva a su trabajo. Los cerebros mediocres no escasean, solía decir. Los cursos que pudiera él dictar se verían, en general, muy poco concurridos, por lo exigente que sería con sus alumnos. En los exámenes, era previsible que ninguno de los candidatos aprobara. Y él tendría a bien suspender a los estudiantes más jóvenes e inmaduros hasta que, cumplidos ya los treinta años, hubiesen adquirido —sea por aburrimiento, sea porque empezaran a trabajar seriamente— ciertos conocimientos, por mínimos que fueran. El simple hecho de admitir en las aulas de la Facultad a gente cuya memoria no hubiera sido cuidadosamente examinada, le parecía cuestionable, cuando no inútil. Diez estudiantes, seleccionados tras varios exámenes de gran dificultad, rendirían sin duda mucho más quedándose entre sí que mezclándose con cien de aquellos lerdos bebedores de cerveza que suelen formar las poblaciones universitarias. Sus objeciones eran, pues, muy serias y de principio. Por ello rogaba al Decanato no insistir en una oferta que, si bien no lo honraba, pretendía ser honorífica.

En los congresos, donde la gente suele ser muy locuaz, Kien era una personalidad sumamente debatida. Los señores eruditos, que pasaban la mayor parte de su vida como topos silenciosos, tímidos y miopes, salían de sus madrigueras una vez cada dos años para darse la bienvenida, juntar las cabezas más heterogéneas, cuchichear entre sí sin decir nada y brindar torpemente en los banquetes. Con la emoción más profunda y la alegría más intensa, mantenían muy en alto sus banderas y defendían el honor de su estandarte, haciendo incesantes votos en todos los idiomas. Y los hubieran cumplido incluso sin comprometerse verbalmente. Durante las pausas hacían apuestas. ¿Los honraría esta vez Kien con su presencia? Se hablaba más de él que de cualquier colega famoso: su conducta excitaba la curiosidad. El hecho de que nunca hubiera explotado su fama; de que llevara más de diez años rechazando tenazmente invitaciones y banquetes en los que, pese a su juventud, le habrían hecho todos los honores; de que en cada congreso anunciara un importante discurso cuyo manuscrito era leído luego por otra persona en representación suya, todo aquello era interpretado por sus colegas como un simple aplazamiento. Algún día —tal vez en esta ocasión— se presentará repentinamente, aceptará con dignidad unos aplausos que su prolongado retiro contribuiría a reforzar, y se hará elegir, por aclamación, presidente de la asamblea, cargo que le correspondía y que, incluso ausente, se arrogaba a su manera. Pero los señores se equivocaban. Kien no aparecía, y el partido de los crédulos perdía su apuesta.

Kien se disculpaba en el último momento. Enviaba sus manuscritos a algún privilegiado, acompañándolos de comentarios irónicos. Si les quedaba tiempo para

trabajar con un programa de diversiones tan nutrido —cosa que, por respeto al bienestar general, él no deseaba en absoluto—, les pedía que sometieran al Congreso aquella pequeñez, fruto de dos años de trabajo. Para tales momentos solía reservar conclusiones nuevas y sorprendentes en su campo de investigación. Con un atento recelo seguía, desde lejos, los efectos y discusiones que éstas provocaban, como para verificar su exactitud textual. La asamblea toleraba su sarcasmo. De cien asistentes, ochenta defendían su dictamen. Su rendimiento era invaluable. Todos le deseaban larga vida. Su muerte hubiera aterrado a la mayoría.

Los pocos que le conocieron en sus años mozos habían perdido el recuerdo de su rostro. Varias veces le pidieron por escrito su fotografía: no le quedaba ni una, respondía, y tampoco pensaba hacerse otra. Ambas cosas eran ciertas. Pero una vez aceptó espontáneamente hacer una cesión de otro tipo: a los treinta años, y sin haber redactado testamento alguno, legó su cráneo, junto con el contenido, a un Instituto de Investigaciones Frenológicas. Justificó esta decisión alegando la importancia de probar que su memoria, realmente prodigiosa, se debía a una estructura especial o, tal vez, a un mayor peso del cerebro. No es que creyese, le escribió al director del Instituto, que genio y memoria fueran idénticos, como se solía pensar de un tiempo a esta parte. Él mismo no era nada menos que un genio. Pero sería anticientífico negar la utilidad, para sus trabajos de investigación, de la memoria casi terrorífica que poseía. En cierto modo llevaba en la cabeza una segunda biblioteca, tan surtida y de fiar como la verdadera, que, según decían, era objeto de continuos comentarios. Sentado a su escritorio, podía redactar ensayos en los que abordaba hasta detalles ínfimos consultando sólo su bibliocabeza. Después verificaba, claro está, citas y referencias en libros reales, aunque sólo por acallar sus escrúpulos. No recordaba un solo caso en el que la memoria le hubiera fallado. Hasta sus sueños tenían perfiles más precisos que los de la mayoría de la gente. Ninguna visión borrosa, informe o incolora se había deslizado hasta entonces en los sueños que observara. En su caso, la noche no alteraba jamás orden alguno: los ruidos que oía tenían un origen normal, las conversaciones que mantenía eran perfectamente razonables, todo conservaba su sentido. No le incumbía investigar si la supuesta relación entre la exactitud de su memoria y la inequívoca claridad de sus sueños existía realmente. Se limitaba a consignar esos hechos con toda humildad, y rogaba no considerar los datos personales que se permitía anotar en esa carta como un síntoma de presunción o de garrulería.

Kien evocó otros acontecimientos de su vida que arrojaban luz sobre su temperamento retraído, taciturno y desprovisto de toda vanidad. Pero su irritación, provocada por ese insolente que primero le preguntó por una calle y luego lo insultó, aumentaba a cada paso. «No me queda más remedio», dijo y se metió bajo un portón; echó un vistazo alrededor —nadie lo observaba— y sacó una libreta larga y angosta de su bolsillo. En la portada se leía, escrita en letras altas y angulosas, la palabra: *ESTUPIDECES*. Su mirada se detuvo un instante en el título. Luego pasó unas cuantas

hojas: más de la mitad de la libreta estaba escrita. En ella iba anotando cuanto quería olvidar. Empezaba con la fecha, la hora y el lugar, al que seguía el incidente destinado a ilustrar la estupidez humana con un nuevo ejemplo. Una cita apropiada, siempre nueva, servía de conclusión. Nunca leía su colección de estupideces; una ojeada a la cubierta le bastaba. Pensaba editarla años más tarde bajo el título: *Paseos de un sinólogo*.

Sacó un lápiz bien afilado y escribió en la primera página en blanco: «23 de septiembre, 7:45 a. m. En la calle Mut, un hombre me abordó preguntándome dónde quedaba la calle Mut. Para no avergonzarlo, guardé silencio. Él, sin inmutarse, repitió su pregunta varias veces; su comportamiento era cortés. De pronto, sus ojos tropezaron con el letrero y se dio cuenta de su estupidez. En vez de alejarse a toda prisa, como yo hubiera hecho en su lugar, se dejó arrastrar por una cólera desmesurada y me insultó del modo más grosero. Si hubiera sido menos indulgente, me habría ahorrado esa penosa escena. ¿Cuál de los dos fue el más estúpido?».

Con esta última frase demostró que no se amedrentaba ni ante él mismo. Era implacable con todo el mundo. Satisfecho, guardó su libreta en el bolsillo y se olvidó del hombre. Mientras escribía, sus libros se habían deslizado hasta quedar en una posición incómoda: volvió a acomodarlos. En la esquina siguiente, retrocedió ante un perro lobo. Rápido y seguro, el animal se iba abriendo paso al tiempo que guiaba a un ciego aferrado al extremo de su tensa correa. Quien no hubiera visto al perro podía reconocer la enfermedad de su amo por el bastón blanco que llevaba en la derecha. Hasta los transeúntes más apresurados, que no tenían tiempo para el ciego, le echaban al perro una mirada admirativa. Éste, con su hocico, los iba haciendo pacientemente a un lado. Como era fuerte y hermoso, lo miraban con buenos ojos. De repente, el ciego se quitó la gorra que llevaba puesta y, junto con el bastón, se la tendió a los transeúntes.

—¡Para la comida del perro! —imploró. Le llovieron las monedas. En medio de la calle, la gente se agolpó en torno a los dos. El tráfico se paralizó; por suerte, en esa esquina no había ningún policía que lo dirigiera. Kien observó al mendigo de cerca. Iba vestido con estudiada pobreza y, a juzgar por su cara, parecía una persona culta. Como no dejaba de mover los músculos en torno a los ojos —parpadeaba, levantaba las cejas y fruncía el ceño—, Kien le perdió confianza y decidió considerarlo un impostor. En ese momento apareció un chiquillo de unos doce años, que empujó violentamente al perro y tiró un pesado botón en la gorra. El ciego le clavó su mirada fija, dándole las gracias en un tono ligeramente más amable. Al caer, el botón tintineó como una pieza de oro. Kien sintió una punzada en el corazón. Cogió al chico por las mechas y, como iba cargado, le dio un golpe en la cabeza con su cartera.

—¡Vergüenza debiera darte! —exclamó— ¡engañar a un ciego! —Después del golpe, recordó lo que llevaba en la cartera: ¡libros! Se estremeció; jamás había hecho un sacrificio tan grande. El muchachito se escabulló chillando. Para volver al plano habitual y mucho más profundo de la compasión, vació Kien toda su calderilla en la



gorra del ciego. Los circunstantes manifestaron su aprobación en alta voz. A él, su nueva acción le pareció más cauta y mezquina que la anterior. El perro volvió a tirar de la trailla. Al cabo de un instante, cuando surgió un policía, el ciego y su lazarillo habían retomado su antiguo paso.

Kien juró quitarse la vida si algún día lo amenazara la ceguera. Siempre que veía a un ciego, lo invadía el mismo sentimiento de angustia. Los mudos le gustaban; los sordos, paralíticos y demás tullidos le eran indiferentes. Los ciegos lo inquietaban: no comprendía que no pusieran fin a sus vidas. Aun cuando dominasen la escritura Braille, sus posibilidades de lectura eran muy limitadas. Eratóstenes, el gran bibliotecario de Alejandría, un sabio universal que vivió en el siglo III antes de Cristo y llegó a disponer de más de medio millón de pergaminos, hizo un descubrimiento terrible a los ochenta años: sus ojos empezaron a negarle sus servicios. Aún veía, pero era incapaz de leer. Otra persona hubiera aguardado la ceguera total. Él pensó que vivir alejado de los libros era como estar ciego. Sus amigos y discípulos le suplicaron que no los abandonase. Él sonrió sabiamente, agradeció y se dejó morir de inanición en pocos días.

Si llegase la hora, el pequeño Kien, cuya biblioteca sólo albergaba veinticinco mil volúmenes, sabría imitar fácilmente el magno ejemplo.

A ritmo acelerado recorrió el camino que aún lo separaba de su casa. Seguramente eran las ocho. A las ocho comenzaba su trabajo. La falta de puntualidad le daba náuseas. De rato en rato se palpaba furtivamente los ojos: enfocaban correctamente y parecían sentirse cómodos y seguros.

Su biblioteca se encontraba en el cuarto y último piso de la casa, ubicada en la calle Ehrlich 24. La puerta del apartamento estaba asegurada por tres cerrojos complicados. Los abrió, cruzó el vestíbulo, en el que sólo había un perchero, y entró en su estudio. Acomodó cuidadosamente la cartera en un sillón. Luego dio un par de vueltas por las cuatro habitaciones altas y espaciosas que formaban su biblioteca. Todas las paredes estaban recubiertas de libros hasta el techo. Los miró lentamente de abajo arriba. En el techo había varios tragaluces: se sentía orgulloso de esta iluminación cenital. Las ventanas laterales habían sido tapiadas hacía años, tras una ardua pelea con el propietario. Así ganó una cuarta pared en cada pieza: espacio para colocar nuevos libros. Además, una luz cenital que iluminase por igual todos los anaqueles le pareció más justa y adecuada a su relación con los libros. La tentación de observar lo que ocurre en la calle —una mala costumbre que hace perder tiempo y con la que por lo visto venimos al mundo— desapareció junto con las ventanas laterales. Cada día, antes de sentarse a escribir, bendecía aquella idea y sus secuelas, a las que debía la realización de su supremo anhelo: poseer una biblioteca bien surtida, ordenada y herméticamente protegida, en la que ningún mueble ni persona superfluos pudieran distraerlo de sus serias elucubraciones.

La primera habitación le servía de estudio. Un escritorio viejo y enorme, con un sillón delante y otro en el rincón opuesto, constituían todo el mobiliario. Había

también un diván bastante estrecho, que Kien prefería ignorar porque sólo le servía de cama. De la pared colgaba una escalera corrediza: era más importante que el diván e iba de una pieza a otra en el transcurso del día. Ni una simple silla alteraba el vacío de las tres restantes. No había mesa, armario o estufa que rompiera la abigarrada monotonía de los anaqueles. Las bellas y pesadas alfombras, que recubrían todo el piso, calentaban la austera penumbra que, a través de las puertas, abiertas siempre de par en par, fundía los cuatro espacios en un solo salón de vastas proporciones.

Kien se desplazaba con paso firme y enérgico. Pisaba las alfombras con un énfasis particular, contento de que sus fuertes pisadas no hallasen el menor eco. En su biblioteca, ni un elefante hubiera hecho ruido al caminar. Por eso adoraba sus alfombras. Verificó si los libros seguían en el mismo orden en que los dejara una hora antes. Luego empezó a vaciar su cartera. Al llegar, solía dejarla en el sillón que estaba frente al escritorio. Si no, corría el riesgo de olvidarla y ponerse a trabajar antes de haberla vaciado, pues a las ocho su necesidad de trabajo era apremiante. Con ayuda de la escalera, fue colocando los libros en sus respectivos sitios. Pese a sus precauciones, el último (como ya había llegado a él, se dio más prisa que de costumbre) se le cayó al suelo desde el tercer estante, para el que ni siquiera necesitaba la escalera. Era aquel famoso Meng-Tse, que él amaba por sobre todos.

—¡Imbécil! —se gritó a sí mismo— ¡bárbaro!, ¡analfabeto! —Lo recogió tiernamente y se dirigió con paso rápido a la puerta. Pero antes de llegar, se acordó de *algo* importante. Dio media vuelta y, evitando hacer el menor ruido, empujó la escalera, adosada a la pared de enfrente, hasta el lugar del accidente. Con ambas manos depositó a Meng-Tse sobre la alfombra, a los pies de la escalera. Ahora ya podía ir a la puerta. La abrió y gritó hacia el corredor:

—¡La mejor de sus bayetas, por favor!

Poco después, el ama de llaves llamó a la puerta, que estaba sólo entornada. Asomó discretamente la cabeza por la rendija y preguntó:

—¿Ha pasado algo?

—No. Deme eso.

En su respuesta, la mujer notó una queja involuntaria. Era demasiado curiosa para darse por satisfecha.

—¡Pero oiga, profesor! —dijo en tono de reproche, entró y entendió al punto lo que había pasado. Se deslizó hacia donde estaba el libro. Sus pies no se veían bajo la almidonada falda azul, que llegaba hasta la alfombra. Tenía la *cabeza* torcida. Sus dos orejas eran anchas, chatas y prominentes. Como la derecha le rozaba el hombro y quedaba parcialmente oculta por él, la izquierda parecía algo más grande. Balanceaba la cabeza al hablar y al caminar, y sus hombros se contoneaban al mismo ritmo. Se agachó, recogió el libro y le pasó la bayeta, al menos doce veces. Kien no intentó adelantársele. Detestaba la cortesía. Se quedó a su lado, observando si hacía con seriedad su trabajo.

—Oiga, son cosas que pasan cuando se está en lo alto de la escalera.

Y le *alcanzó* el libro, reluciente como un plato. ¡Con qué ganas hubiera iniciado un diálogo! Pero no tuvo éxito. Kien se limitó a decirle «gracias» y le dio la espalda. Ella comprendió y optó por retirarse. Con la mano ya en la manija, él se volvió bruscamente y preguntó con fingida amabilidad:

—¿Ya le ha pasado varias veces, verdad?

Le adivinó el pensamiento y quedó realmente indignada:

—¡Pero oiga, profesor!... —El «oiga» atravesó como una espina su oleaginoso lenguaje. «Va a decirme que se marcha», pensó él, y le explicó en tono conciliador:

—Era por decir algo. ¡Ya sabe usted la de tesoros que hay en esta biblioteca!

Ella no esperaba una frase tan amable. No supo qué responder y abandonó la habitación, satisfecha. Cuando salió, él se hizo reproches: hablaba de sus libros como el más inundo de los mercachifles. Pero, ¿en qué términos enseñarle a una persona así a tratar con libros? Incapaz de comprender su valor real, debió creer que especulaba con su biblioteca. ¡Qué gente! ¡Qué gente!

Tras una venia involuntaria, destinada a los manuscritos japoneses del estante superior, se sentó por fin a su escritorio.

## El secreto

Ocho años antes puso Kien el siguiente anuncio en el periódico:

«Erudito con biblioteca de excepcionales dimensiones busca ama de llaves responsable. Presentarse solamente personas de mucho carácter. Gentuza volará escaleras abajo. Asunto sueldo, secundario».

Teresa Krumbholz tenía por entonces un buen puesto, en el que siempre había estado a gusto. Cada día, antes de preparar el desayuno a sus amos, se leía entera la página de anuncios del periódico para saber lo que ocurría en el mundo. No estaba dispuesta a terminar su vida con esa familia ordinaria. Todavía era una mujer joven, 48 años por cumplir, y hubiera preferido trabajar con algún caballero solo. Una se organiza mejor en todo: con las mujeres no hay manera de entenderse. Pero tampoco pensaba dejar un puesto seguro de buenas a primeras. Seguiría en él mientras no supiera con quién iba a tratar. Conocía las mentiras que publican los diarios y las montañas de oro que se les promete a las mujeres serias. Pero a una la violan no bien pone el pie en la casa. Hace ya 33 años que anda sola por el mundo y eso nunca le ha pasado. Tampoco le pasará: sabe cuidarse muy bien.

Esta vez, el anuncio atrajo poderosamente su atención. Se detuvo en las palabras «Asunto sueldo, secundario» y releyó varias veces, comenzando por el final, las frases impresas en gruesos caracteres. El tono la impresionó: ése era un hombre. La halagaba presentarse como persona de mucho carácter. Vio volar a la gentuza escaleras abajo, alegrándose sinceramente de su suerte. En ningún momento temió que la trataran como tal.

A la mañana siguiente, se presentó a primera hora —sobre las siete— en casa de Kien, quien la hizo entrar al vestíbulo y declaró de inmediato:

—Me he prohibido expresamente recibir gente extraña en mi apartamento. ¿Está usted en condiciones de hacerse cargo de la biblioteca?

La examinó con una mirada penetrante y recelosa. No quería formarse una opinión sobre ella antes de oír su respuesta.

—Pero oiga, ¿por quién me toma?

Desconcertada por su brusquedad, le dio una respuesta en la que él no halló nada que objetar.

—Será bueno que sepa —dijo él— por qué despedí a mi última ama de llaves. Desapareció un libro de mi biblioteca. Lo hice buscar por toda la casa y no volvió a aparecer. Me vi obligado a despedirla en el acto. —Indignado, guardó silencio un instante—. Espero que lo entienda —añadió finalmente, como si le hubiera exigido demasiado a su inteligencia.

—Tiene que haber orden —replicó ella en el acto. Lo había desarmado. Con gesto solemne la invitó a pasar a la biblioteca. Ella avanzó discretamente hasta el primer cuarto y esperó.

—Su zona de actividades —dijo él en tono seco y grave—. Cada día hay que

sacudir una habitación de arriba abajo. Al cuarto día habrá acabado. Al quinto volverá a empezar por la primera. ¿Podrá hacer este trabajo?

—Servidora.

Kien volvió a salir, abrió la puerta del apartamento y le dijo:

—Hasta luego. Empezará hoy mismo.

Ya en la escalera, ella siguió dudando. No le había dicho nada del sueldo. Antes de renunciar a su puesto, tenía que preguntárselo. No, mejor no. Podría echar todo a perder. Si no decía nada, tal vez él mismo le ofreciera más en forma espontánea. Sobre las dos fuerzas que luchaban en ella, la cautela y la ambición, prevaleció una tercera: la curiosidad.

—Bien, ¿y cuál será mi sueldo? —Desconcertada por la estupidez que acaso estaba cometiendo, olvidó añadirle un «pero oiga» a su pregunta.

—Lo que usted quiera —dijo él con indiferencia y cerró la puerta.

Para asombro de sus antiguos amos, que confiaban plenamente en ella —al llevar más de doce años en la casa era como un mueble viejo y ya integrado al resto—, les comunicó que no aguantaba más aquel ritmo de vida y prefería ganarse el pan en la calle. No hubo argumento capaz de disuadirla. Se iría enseguida, les dijo; cuando alguien ha estado doce años en una casa, bien puede perdonársele el aviso de despido. La honesta familia aprovechó la oportunidad para ahorrarse su sueldo hasta el día veinte. Se negaron a pagarle todo, arguyendo que la mujer no respetaba los plazos legales. Teresa pensó: él me lo *pagará*, y se marchó.

Cumplía sus deberes para con los libros a la entera satisfacción de Kien, quien le expresaba su agradecimiento en silencio. Elogiarla personal y abiertamente le parecía innecesario. La comida estaba lista siempre a su hora. No sabía si cocinaba bien o mal: le era totalmente indiferente. Durante las comidas, que él tomaba en su estudio, lo invadían pensamientos importantes. En general, era incapaz de decir qué acababa de llevarse a la boca. Reservemos la conciencia para las ideas importantes que se nutren de ella: les es indispensable. Sin conciencia son inconcebibles. Mascar y digerir, en cambio, son funciones autónomas.

Teresa respetaba en cierto modo el trabajo de Kien, pues éste le pagaba regularmente un elevado sueldo y no era amable con nadie. Con ella tampoco hablaba nunca. Desde su niñez, el ama de llaves sintió siempre un profundo desprecio por la gente sociable, como su madre. Era muy meticulosa en su trabajo y todo se lo ganaba con su esfuerzo. Además, un enigma la intrigó desde el comienzo, y eso le gustaba.

A las seis en punto de la mañana se levantaba el profesor de su diván-cama. Vestirse y lavarse le llevaba poco tiempo. Por la noche, antes de acostarse, ella le tendía el diván y empujaba la mesita-lavabo, que tenía ruedecillas, hasta el centro del estudio. Podía quedarse allí toda la noche. Un biombo de cuatro bastidores, pintado por fuera con extraños caracteres, se hallaba instalado de tal forma que le ahorraba el lamentable espectáculo. Kien no podía soportar los muebles. Inventó el «aguamanil con ruedas», como él mismo lo llamaba, para que el repugnante artefacto

desapareciera más de prisa no bien lo hubiese utilizado. A las seis y cuarto abría la puerta y empujaba con fuerza la mesita: el impulso la hacía rodar por el pasillo hasta estrellarla violentamente contra la pared, junto a la puerta de la cocina. Teresa la aguardaba allí; su cuartito era contiguo. Abría la puerta y le gritaba: «¿Levantado?». Pero él no contestaba y volvía a encerrarse. Luego se quedaba en casa hasta las siete. ¿Qué hacía en aquel largo intervalo? ¡Misterio! Pasaba el resto del tiempo sentado ante su escritorio, trabajando.

El colosal escritorio, oscuro y pesado, estaba repleto hasta los topes de manuscritos y, por arriba, cargado de libros. Si alguien movía, aunque fuera con la máxima precaución, cualquiera de sus cajones, dejaba escapar un silbido agudo. Aunque detestaba los ruidos, Kien conservó este dispositivo en el viejo mueble de familia para que el ama de llaves, cuando él no estuviera en casa, fuese inmediatamente alertada contra posibles ladrones. Pues esos extraños individuos suelen buscar dinero antes de emprenderla con los libros. Le explicó a Teresa el mecanismo del valioso escritorio en tres frases breves pero exhaustivas, añadiendo, en tono importante, que ni siquiera a él le era posible desconectar el silbido. Durante el día, ella lo oía siempre que buscaba un manuscrito. Le extrañaba su paciencia con aquel ruido. Por la noche, él guardaba todos sus papeles y el monstruo permanecía mudo hasta las ocho de la mañana. Al hacer la limpieza, no encontraba sino libros y papeles amarillentos sobre el escritorio: en vano buscaba folios nuevos con la letra de Kien. Era evidente que entre las seis y cuarto y las siete, es decir, durante tres cuartos de hora, no hacía absolutamente nada.

¿Rezará acaso? No, no lo creía. Ya nadie reza. A ella, al menos, rezar no le interesa; tampoco va a la iglesia. Basta con ver qué tipo de gentuza va a la iglesia. ¡Menuda ralea la que se reúne! Aborrecía aquel eterno mendigar. Y tienes que dar algo porque todos te miran. Aunque nadie sabe qué hacen luego con el dinero. ¿Rezará en casa? ¿Para qué? Es perder un tiempo precioso. Una persona decente no necesita esas cosas. Y ella siempre ha sido decente. Los demás no hacen sino rezar. Ella querría saber qué ocurre en esa habitación entre las seis y cuarto y las siete. Curiosa no es, nadie puede reprochárselo. Nunca se mete en los asuntos ajenos. Ahora las mujeres son así; meten la nariz en todas partes. Ella se limita a trabajar. La vida aumenta cada día. Las patatas ya cuestan el doble: es todo un arte sobrevivir con estos precios. El tipo cierra las cuatro puertas con llave. Si no, se le podría espiar desde la habitación contigua. ¡Un hombre que, en general, emplea tan bien su tiempo y no desperdicia un minuto!

Durante los paseos de Kien, Teresa registraba los cuartos que tenía a su cargo. Sospechaba algún vicio oculto: ¿de qué tipo? Había que averiguarlo. Primero se imaginó un cadáver femenino en un baúl. Pero al no haber espacio suficiente bajo la alfombra, renunció a descubrir restos humanos mutilados. Ningún armario corroboraba sus sospechas: ¡cuánto le hubiera gustado ver uno por pared! El crimen tenía que estar oculto detrás de algún volumen. ¿Dónde, si no? Quizás hubiera

satisfecho su sentido del deber pasando la bayeta sólo por el lomo, pero el inmoral secreto cuya pista seguía la obligaba a mirar también detrás de cada libro. Los sacaba uno por uno, golpeaba un poco la cubierta por si hubiera alguno hueco, estiraba sus dedos toscos y callosos hasta el revestimiento de madera, lo palpaba y, al final, moviendo descontenta la cabeza, volvía a retirarlos. Sin embargo, su curiosidad nunca la hizo transgredir el horario establecido. Cinco minutos antes de que Kien abriera la puerta, ya estaba ella en la cocina. Con toda calma fue explorando una tras otra las estanterías, sin precipitaciones ni descuidos, y sin perder nunca del todo la esperanza.

Durante esos meses de infatigables pesquisas, se abstuvo de llevar su sueldo a la Caja de Ahorros. No tocó ni un céntimo: ¡quién sabe qué dinero sería! Guardaba los billetes, tal como se los daban, en un impecable sobre que aún contenía, intacto, todo el papel de carta con que lo comprara veinte años atrás. Superando graves escrúpulos, lo puso en una maleta que albergaba todo su ajuar: un conjunto de piezas bellas y escogidas por las que llegó a pagar mucho dinero en el curso de varios años.

Poco a poco se dio cuenta de que no era fácil dar con el misterio. No importaba. Tenía tiempo y podía esperar: mal no le iba. Si al final descubría algo, la culpa no era suya. Había hurgado hasta el último rincón de la biblioteca. Sí tuviera algún amigo de confianza en la policía, un hombre serio y respetable que tomase en cuenta la buena posición que ella ocupaba, le haría ver las cosas finamente. Oiga, ella tiene mucho aguante, pero si no hay ningún apoyo... ¿Qué le interesa a la gente hoy en día? Bailar, bañarse, conversar; pero nada de cosas serias ni de trabajar. Su patrón, un hombre serio, también tiene su lado inmoral. Nunca se acuesta antes de las doce, cuando no hay sueño mejor que el de antes de medianoche. La gente decente se acuesta a las nueve. Lo que tampoco tiene nada de particular.

De este modo, el crimen acabó por reducirse a un secreto. Una gruesa y tenaz capa de desprecio fue envolviendo el vicio oculto. Pero su curiosidad siguió en pie; entre las seis y cuarto y las siete se mantenía siempre al acecho. Contaba con posibilidades raras, pero al fin y al cabo humanas. Tal vez un súbito retortijón de tripas lo obligase a salir del cuarto. Ella correría entonces a preguntarle qué deseaba. Los cólicos no pasan tan rápido. En pocos minutos sabría a qué atenerse. Pero la vida moderada y razonable que llevaba, le probaba a Kien de maravilla. En ocho largos años de convivencia con él, jamás lo oyó quejarse de dolor de estómago.

En la mañana que siguió al encuentro con el ciego y su perro, tuvo Kien urgencia de consultar unos viejos tratados. Revolvió de arriba abajo los cajones de su escritorio, en los que había acumulado cientos de legajos. Esbozos, correcciones, copias: conservaba cuidadosamente cuanto tuviera relación con su trabajo. Halló cuartillas cuyo contenido estaba superado y refutado. Aquel archivo remontaba hasta sus tiempos de estudiante. Por buscar algún detalle, que además sabía de memoria, o hacer una simple verificación, solía perder horas enteras. Leía treinta hojas cuando sólo necesitaba una línea. Un fárrago inútil y obsoleto fue pasando por sus manos.

Lanzó una maldición, ¿qué hacía ahí todo eso? Pero al tropezar con algo impreso o manuscrito, sus ojos no podían ignorarlo. Otra persona hubiera renunciado a tan exhaustiva lectura. Él persistió de la primera a la última palabra. La tinta había palidecido; le costaba seguir los débiles contornos. Se acordó del ciego de la calle. Lo vio jugando con sus ojos como si tuvieran que permanecer abiertos toda la eternidad. En vez de moderar sus esfuerzos, los aumentaba sin piedad de mes en mes. Cada papel que acomodase le costaba unas líneas de potencia visual. Los perros viven poco y no leen, por eso ayudan a los ciegos con sus ojos. Un hombre que malgasta su vista, merece un perro lazarillo.

Kien decidió vaciar esa basura de su escritorio a la mañana siguiente, en cuanto se levantase, pues ahora estaba trabajando.

Al día siguiente, a las seis en punto, estando aún en medio de un sueño, se incorporó bruscamente del diván, se abalanzó sobre él grávido coloso y abrió con fuerza todos los cajones. El timbre de alarma propaló su estridencia por la biblioteca, convirtiéndose en un desgarrador alarido. Era como si cada cajón tuviese una garganta propia e intentase pedir auxilio en voz más alta que los otros. Alguien estaba robándoles, torturándolos, quitándoles la vida. No podían saber quién era el agresor. Carecían de ojos; su único órgano era esa voz estridente. Kien revisó los papeles, y eso le llevó un buen tiempo. Se sobrepuso al ruido. Cuando empezaba algo, lo acababa. Con una pila de legajos en sus magros brazos, se llegó en dos zancadas a la cuarta habitación. Allí, a prudencial distancia del silbido, los fue rompiendo uno por uno entre blasfemias y maldiciones. Alguien llamó a la puerta; los dientes le rechinaron. Volvieron a llamar; él pateó indignado. Las llamadas se convirtieron en un martilleo.

—¡Silencio! —ordenó, lanzando un juramento. Hubiera preferido hacer menos escándalo. Pero sus manuscritos también lo apenaban. Sólo la rabia le dio valor para destruirlos. Y al final se quedó ahí, entre un cerro de papeles destrozados, cual marabú solitario y zanquilargo. Presa de la timidez y el desconcierto, los palpaba y lamentaba en voz muy baja como a seres vivos. Luego estiró con precaución una pierna para no lastimarlos. No bien tuvo el cementerio a sus espaldas, respiró hondo. En la puerta encontró al ama de llaves. Con gesto cansino le señaló el montón y dijo —: ¡Sáqueme eso! —El silbido había cesado. Kien regresó al escritorio y cerró los cajones, que permanecieron mudos. Los había abierto con excesiva violencia. El mecanismo estaba roto.

Cuando empezó el ruido, Teresa se estaba poniendo la falda almidonada con la que concluía su toilette. Aterrada, se amarró la falda como pudo y se deslizó velozmente hasta la puerta del estudio.

—¡Santo Cielo! —exclamó con voz de flauta— ¿qué ha pasado? —Primero llamó con timidez, luego con más fuerza. Al no obtener respuesta, intentó abrir en vano. Luego se deslizó de puerta en puerta y, al llegar al último cuarto, oyó las maldiciones de Kien. Entonces llamó con todas sus fuerzas—. ¡Silencio! —gritó él hecho una



furia: jamás lo había visto así. Entre rabiosa y resignada, dejó caer sus duras manos sobre la falda tiesa y se quedó inmóvil como una muñeca de madera.

—¡Qué desgracia!, ¡qué desgracia! —murmuró, y, más por costumbre que por otra cosa, no se movió hasta que él abrió la puerta.

Aunque lenta por naturaleza, entrevió al instante la oportunidad que se le ofrecía. A duras penas respondió «en seguida» y se dirigió, deslizándose siempre, a la cocina. Ya en el umbral pensó: «¡Dios mío, ahora volverá a encerrarse! ¡Lo que puede la costumbre! ¡Seguro que algo ocurrirá en el último momento! ¡Siempre es igual! ¡Qué mala suerte la mía! ¡Qué mala suerte!». Era la primera vez que se decía esas cosas, pues en general se consideraba una mujer de muchos méritos y, por lo tanto, feliz. La cabeza empezó a temblarle de ansiedad. Avanzó por el pasillo con el busto muy inclinado hacia adelante. Sus piernas vacilaban antes de cada paso. Su falda almidonada ondulaba. Deslizándose, hubiera alcanzado su objetivo con menos esfuerzo; pero le pareció demasiado rutinario. La solemnidad de la ocasión exigía un paso igualmente solemne. La habitación estaba abierta y el cerro de papel seguía en el centro. Interpuso un grueso pliegue de alfombra entre la puerta y su marco para evitar que el viento la cerrara. Después volvió a la cocina y aguardó, escoba y recogedor en la mano derecha, el familiar traqueteo del aguamanil con ruedas. Hubiera preferido buscarlo ella misma: ¡qué largo se le hacía el tiempo esa mañana! Cuando al fin lo oyó chocar con la pared, se olvidó de sí misma y gritó como siempre: «¿Levantado?». Empujó el trasto a la cocina y, más encorvada que antes, se deslizó a la biblioteca. Puso la escoba y el recogedor en el suelo y avanzó cautelosamente por las habitaciones hasta el umbral del dormitorio. Se detenía a cada paso e inclinaba la cabeza al otro lado para espiar con el oído derecho, el menos malo de los dos. En recorrer los treinta metros empleó diez minutos: ¡qué acción tan temeraria! Su miedo y su curiosidad aumentaban en proporciones idénticas. Imaginando miles de veces la actitud que tomaría al alcanzar su meta, se pegó tenazmente al marco de la puerta y reparó en su falda recién almidonada cuando ya era demasiado tarde. Con un solo ojo intentó abarcar toda la escena. Mientras el otro estuviese al acecho, se sentía segura. Sin ser vista, debía verlo todo. Obligó a su brazo derecho, que solía apoyar con gusto en la cadera y parecía muy dispuesto a doblarse, a estarse quieto.

Kien iba y venía lentamente ante sus libros, emitiendo sonidos ininteligibles. Llevaba bajo el brazo su cartera vacía. De pronto se detuvo, reflexionó un instante, buscó la escalera y subió a ella. Del estante más alto sacó un libro, que hojeó y guardó en la cartera; Una vez abajo, reanudó sus idas y venidas, se detuvo, tiró de un libro reacio a salir, frunció el ceño, y le dio, cuando lo tuvo entre las manos, una recia palmada. Luego, el libro desapareció en la cartera. Escogió en total cinco volúmenes; cuatro pequeños y uno grande. De pronto pareció tener prisa. Cargando la pesada cartera, trepó hasta el último peldaño de la escalera y volvió a poner el primer libro en su sitio. Sus largas piernas lo estorbaban y poco le faltó para caerse.

Si llegaba a caerse y se hacía daño, el vicio se le acabaría. En un acto de rebeldía

incontrolable, el brazo de Teresa se irguió: la mano le cogió la oreja y tiró con fuerza de ella. Con los ojos bien abiertos, miraba fijamente a su amo en peligro y no respiró hasta que los pies de Kien tocaron nuevamente la gruesa alfombra. Los libros no son sino una trampa. Ahora viene lo bueno. Ella conoce la biblioteca palmo a palmo, pero el vicio despabila a la gente. Hay opio, morfina, cocaína... ¿cómo recordar tantos nombres? Pero a ella no la engañan. Estará detrás de los libros. ¿Por qué él nunca cruza el cuarto en diagonal? Se para junto a la escalera cuando lo que busca está precisamente en las estanterías de enfrente. Podría acercarse y cogerlo; pero no, siempre avanza bordeando la pared y da ese gran rodeo con su pesada cartera bajo el brazo. Estará detrás de los libros. Los asesinos vuelven al lugar del crimen. La cartera ya está llena. No caben más cosas; ella la conoce bien: la sacude cada día. Algo tiene que pasar ahora. Aún no deben ser las siete. Él se va a las siete en punto. Pero, ¿dónde son las siete? No pueden ser las siete.

Con aire seguro e insolente, inclina Teresa el tronco hacia adelante, planta los brazos en sus caderas, aguza sus anchas orejas y abre ávidamente sus ojitos. Kien coge por ambos extremos su cartera y la deposita con firmeza sobre la alfombra. El orgullo se le ve en la cara. Se agacha y permanece agachado. Ella está bañada en sudor y le tiembla todo el cuerpo. Los ojos se le llenan de lágrimas. De modo que bajo la alfombra... Fue lo primero que pensó. ¡Hay que ser tonto! Él se incorpora, haciendo crujir sus articulaciones, y escupe. O tal vez sólo haya dicho: «¡ah!» Alza la cartera, saca un libro y lo coloca lentamente en su sitio. Luego hace lo mismo con los otros.

Teresa sintió un vago malestar. ¡Apaga y vámonos! No hay masque ver. ¿Así que éste es el hombre serio, que nunca se ríe ni dice una palabra? También ella es seria y hacendosa, pero no hace esas cosas. Antes se dejaría cortar las manos. ¡Portarse como un necio ante su propia ama de llaves! ¡Y un tipo así tiene dinero! ¡Tanto, tantísimo dinero! Debiera estar bajo tutela. ¡Cómo manejará el dinero! Si tuviera a otra persona en casa, alguien de baja ralea como los jovencitos de hoy, ya andaría sin camisa. ¡No tiene ni una cama! ¿Qué hará con tantos libros? No los puede leer todos a la vez. Es lo que se dice un pobre loco; ella le quitará el dinero para que no siga derrochando y lo despedirá. ¡Ya verá qué clase de mujer se le ha metido en casa! Cree que todas son tontas. Pero a ella no le toma el pelo. Ocho años tal vez, ¡pero no más!

Cuando Kien volvió a seleccionar sus libros para el paseo matinal, la ira de Teresa ya se había disipado. Se dio cuenta de que el tipo estaba a punto de irse y regresó, deslizándose con su habitual sangre fría, hasta el cerro de papeles, donde hundió el recogedor con dignidad. Se sintió más importante y distinguida que antes.

No, decidió, no abandonaría su puesto. Pero le había pillado una manía. De algo se había enterado. Y cuando ella descubre algo, sabe utilizarlo. Ha visto pocas cosas en su vida; nunca ha salido de la ciudad. Tampoco hace excursiones, pues se gasta mucho. No va a los baños públicos porque es indecente. Viajar tampoco le gusta: una no se orienta en ningún sitio. Si no tuviera que ir de compras, se estaría siempre en

casa. Todos acaban estafándola. Los precios suben de año en año, y antes todo era distinto.

## Confucio el casamentero

Al domingo siguiente volvió Kien feliz de su paseo. Los domingos, a esa hora tan temprana, las calles están vacías. La gente recibe su día libre durmiendo hasta tarde. Luego se pone sus mejores galas y pasa las primeras horas meditando ante el espejo. El resto del tiempo se repone de sus propias muecas mirando las ajenas. Cada cual se considera el mejor, aunque para probárselo frecuente a sus semejantes. Durante la semana sudan o se desgañitan por ganarse el pan. Los domingos charlan por gusto. El día de reposo fue concebido inicialmente como un día de silencio. No sin sorna constataba Kien que, como todas las instituciones, ésta también se había convertido en su contrario. Él mismo no sabría cómo utilizar un día de descanso, pues era taciturno y trabajaba siempre.

Encontró a su ama de llaves en la puerta del apartamento. Era evidente que lo esperaba hacía rato.

—Vino el joven Metzger, del segundo piso: que usted le prometió algo... Dijo que usted ya estaba en casa; que la criada había visto a una persona grande subir las escaleras. Volverá dentro de media hora. No quería molestar, era sólo por el libro.

Kien no la había escuchado. Pero al oír «libro», prestó atención y comprendió retrospectivamente de qué se trataba.

—Miente. No le prometí nada. Le dije que le enseñaría postales de la India y de la China si tenía tiempo. Pero nunca tengo tiempo. ¡Despáchelo!

—La gente pierde la vergüenza en seguida. ¡Oiga, qué se ha creído esa gentuza! El padre era un vulgar obrero. Me gustaría saber de dónde saca dinero. Pero ahí lo tiene. Y ahora dicen: todo para los niños. Ya no hay disciplina. Los niños son de una insolencia increíble. En la escuela no hacen más que jugar y pasearse con el maestro. ¡Oiga, en mi época todo era distinto! Si un crío no quería estudiar, sus padres lo sacaban de la escuela y se lo encomendaban a un maestro exigente para que aprendiera. Ahora no hacen nada. ¿Acaso quieren trabajar? La modestia ya no existe. Mire a esos jóvenes que salen los domingos de paseo. Cualquiera chica obrera quiere una blusa nueva. ¡Oiga, me pregunto qué hacen luego con todo eso! Van a bañarse y se lo quitan. ¡Y se bañan junto con los chicos! Antes todo era distinto. Sería mejor que trabajaran, mucho más sensato. Yo me pregunto de dónde sacan el dinero. La vida aumenta cada día. Las patatas ya cuestan el doble. No es raro que los críos se insolenten si sus padres les permiten todo. Antes nos daban un buen par de tortas en cada mejilla y teníamos que obedecer. El mundo va de mal en peor. De pequeños no aprenden nada, y de grandes no quieren trabajar.

Aunque irritado al comienzo por su larga cháchara, pronto sintió Kien un extraño interés por sus palabras. ¡Que una mujer tan inculta insistiera tanto en el estudio! Debía de tener un fondo bueno. Tal vez debido al trato cotidiano con sus libros, al que otras mujeres de su condición habían permanecido insensibles. Ella era más receptiva. Tal vez deseara educarse.

—Tiene toda la razón —dijo él—, me *alegra*, que sea tan juiciosa. Aprender lo es todo.

Cuando acordaron, estaban otra vez en el apartamento.

—¡Espere! —ordenó él y desapareció en la biblioteca para volver poco después con un librito en la mano izquierda. Mientras lo hojeaba, frunció sus finos y severos labios hacia afuera—. ¡Escuche! —dijo, y le hizo señas para que se alejara un poco. Lo que iba a leerle requería espacio. Y con un énfasis que contrastaba abruptamente con la sencillez del texto, leyó:

«Mi maestro me ordenó escribir tres mil letras por día y otras mil por la tarde. En los breves días invernales, el sol se ponía temprano y yo no había concluido mi tarea. Llevaba mis tablillas al mirador, orientado hacia el oeste, y allí acababa de escribir. Ya entrada la noche, el cansancio me vencía al revisar lo escrito. Entonces ponía junto a mí dos cubos de agua. Si mis ganas de dormir eran muy grandes, me desvestía, me vaciaba el primer cubo encima y, desnudo, me sentaba a trabajar nuevamente. Gracias al agua fría permanecía lúcido un momento. Pero el calor volvía luego a adormilarme. Entonces recurría al otro cubo. Con ayuda de estos dos baños podía casi siempre concluir mi tarea. Aquel invierno entré en mi noveno año».

Emocionado y rebosante de admiración, cerró el libro de golpe.

—Así se estudiaba antes. Es un pasaje de los recuerdos de juventud del sabio japonés Arai Hakuseki.

Teresa se le había acercado durante la lectura. Su cabeza iba marcando el ritmo de las frases. Su enorme oreja izquierda fue estirándose hacia las palabras que él vertía libremente del japonés. Sin quererlo, Kien tenía el libro algo ladeado y ella pudo ver los caracteres extraños y admirar la fluidez de su versión. Leía como si tuviera un texto alemán entre las manos.

—¡No puedo creerlo! —exclamó. Cuando él acabó, Teresa lanzó un suspiro. Su asombro lo divertía. ¿Será demasiado tarde?, pensó él, ¿qué edad podrá tener? Nunca es tarde para aprender. Podría empezar con novelas fáciles.

Un violento timbrazo los interrumpió. Teresa abrió la puerta y el pequeño Metzger introdujo la nariz por la rendija.

—¡Déjeme entrar! —exclamó en voz alta—, ¡el profesor me dio permiso!

—¡Aquí no hay libros! —gritó Teresa y tiró la puerta. Afuera, el chiquillo rabiaba. Prorrumpió en amenazas, pero era tal su furia que no se le entendía una palabra—. ¡Oiga! ¡Todo le parece poco! ¡Y no tardaría en mancharlos! Come pan con mantequilla en la escalera.

Kien estaba en el umbral de la biblioteca; el chico no lo había visto. Le hizo un gesto amistoso al ama de llaves. Lo alegraba que alguien saliera en defensa de sus libros. Merecía una señal de gratitud:

—Si algún día quiere leer algo, diríjase a mí con toda confianza.

—¡Servidora! Hace ya tiempo que quería pedírselo.

¡No perdía un minuto cuando se trataba de libros! En general no era así. Siempre

había actuado modestamente. Él no pensaba abrir una biblioteca de préstamo. Para ganar tiempo, replicó:

—Bien. Mañana le buscaré algo.

Luego se sentó a trabajar. Su promesa lo inquietaba. Es cierto que sacude a diario los libros y que hasta ahora no ha estropeado ninguno. Pero sacudir y leer son cosas muy distintas. Tiene dedos ásperos y gruesos. El papel fino exige un trato delicado. Una sólida encuadernación resiste más que cualquier hoja frágil. Y además, ¿sabrás leer? Ha de estar muy por encima de los cincuenta; no ha sabido aprovechar el tiempo. De anciano estudiante tildaba Platón a su adversario, el filósofo cínico Antístenes. Y he aquí que ahora surgen «ancianas estudiantes». Querrá aplacar su sed en la misma fuente. ¿No tendrá vergüenza de ser tan inculta? La caridad es una virtud, pero no si se practica a expensas de otros. ¿Por qué han de ser mis libros los paganos? Yo le pago un buen sueldo y puedo hacerlo: es mi dinero. Pero confiarle libros sería una infamia; son indefensos ante la gente inculta. Y tampoco puedo estar a su lado mientras lee.

Aquella noche vio a un hombre de pie, atado en la terraza de un templo. Con sendos tacos de madera se defendía de dos jaguares que, erguidos sobre sus patas traseras, lo atacaban ferozmente por ambos lados. Los dos iban engalanados con extrañas cintas multicolores. Mostraban los colmillos, rugían y giraban los ojos con tal violencia que su aspecto producía escalofríos. El cielo, negro y opresivo, se había metido sus estrellas en el bolsillo. De los ojos del cautivo manaban bolas de cristal que se hacían añicos al caer al suelo. No habiendo cambios, uno acaba por acostumbrarse al cruel combate, y bosteza. De pronto, la mirada recae por casualidad en los pies de los jaguares: eran pies humanos. ¡Ajá!, pensó el espectador, un señor alto y muy culto: son sacerdotes inmoladores del antiguo México, y están representando una comedia sacra. La víctima sabe muy bien que ha de morir. Los sacerdotes se disfrazaron de jaguar, pero yo los descubrí en seguida.

En ese instante, el jaguar de la derecha levanta una pesada cuña de piedra y se la hunde a la víctima en pleno corazón. Una de las aristas le abre el pecho por el medio. Ofuscado, Kien cierra los ojos. Ve brotar el chorro de sangre hasta el cielo y condena ese acto de barbarie medieval. Aguarda a que la sangre se haya restañado y abre los ojos. Horror: del pecho abierto de la víctima surge un *libro*, luego otro, un tercero, ¡muchos! El desfile continúa: al caer al suelo son devorados por viscosas llamas. La sangre había encendido una hoguera y los libros ardían. «¡Cierra el pecho!», grita Kien al prisionero. «¡Cierra el pecho!». Le hace un gesto con las manos: que lo haga *así*, pero ¡rápido, rápido! El prisionero entiende. De un violento tirón se libera de sus ataduras y se lleva ambas manos al corazón; Kien respira hondo.

De pronto, la víctima se abre el pecho hasta dejarlo totalmente al descubierto. De él brota un torrente de libros: docenas, cientos, un número infinito de libros. El fuego lame el papel; todos piden auxilio; un agudo griterío se eleva de todas partes. Kien estira sus brazos hacia los libros, que arden en pálidas llamas. El altar está mucho

más lejos de lo que creía. Da un par de zancadas y no se aproxima. Tendrá que correr si quiere hallarlos vivos. Echa a correr y tropieza: ¡el maldito ahogo! ¡Eso le pasa por descuidar su cuerpo! ¡Cree estallar de rabia! Un hombre inútil; cuando lo necesitan, no funciona. ¡Esas malditas bestias! Había oído hablar de sacrificios humanos, pero ¡de libros, de libros! Ya está casi al pie del ara. El fuego le chamusca las cejas, los cabellos. La pira es gigantesca; de lejos le pareció pequeña. Tienen que estar en medio de la hoguera. ¡Vamos, salta ya! ¡Cobarde, presumido, desgraciado!

Pero, ¿por qué se insulta? Si ya está con ellos. ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Las llamas lo ciegan. ¿Qué diablos significa esto? Al estirar las manos toca seres humanos que aúllan y se aferran a él violentamente. Los rechaza, pero ellos vuelven. Se le acercan a rastras y abrazan sus rodillas; de lo alto llueven antorchas encendidas. Aunque no alza la mirada, las distingue claramente. Los hombres se le prenden de las orejas, los cabellos y los hombros. Lo encadenan con sus cuerpos. ¡Qué ruido tan enloquecedor! «¡Soltadme, soltadme!» ruge, «no os conozco. ¿Qué queréis de mí? ¿Cómo salvaré a los libros?».

Pero uno le salta de pronto a la boca y se le cuelga de los labios apretados. Quisiera seguir hablando, mas no puede abrir la boca. Les implora mentalmente: ¡se quemarán!, ¡se quemarán! Quiere llorar, pero, ¿le quedan lágrimas? Mantiene los ojos cruelmente cerrados; también hay gente que se aferra a ellos. Intenta dar un paso y levantar la pierna derecha: ¡en vano! Ésta vuelve a caer pesadamente, cargada de gente en llamas, cargada de plomo. Aborrecía a aquellas criaturas ávidas y siempre insatisfechas de la vida; las odiaba. ¡Cómo quisiera humillarlas, torturarlas, insultarlas! ¡Pero no puede, no puede! En ningún momento olvida por qué está allí. Le mantienen los ojos cerrados a la fuerza, pero la visión de su espíritu es muy poderosa. Vio un libro que crecía por todos sus lados hasta colmar cielo y tierra, hasta el horizonte. Lenta y pacientemente, una brasa rojiza fue devorando sus márgenes. Y él soportaba su martirio en silencio, airoso y sosegado. Los hombres chillan y berrean, el libro arde sin decir nada. Los mártires no gritan, los santos tampoco.

De pronto, una voz que todo lo sabe, pues es la voz de Dios, proclama: «Aquí no hay libros. Todo es vanidad». Kien nota enseguida que esa voz es profética. Como si jugara, se sacude la chusma en llamas y salta de la hoguera. Se ha salvado. ¿Le dolió mucho? Ha sido infernal, se responde, pero menos terrible de lo que se cree. La voz lo puso contentísimo. Se vio alejarse, bailando, del altar. Al llegar a cierta distancia, se volvió. Le apetecía reírse de la hoguera vacía.

Y allí se queda, sumido en la contemplación de Roma. Ve una mesa de miembros que se agitan; el lugar apesta a carne quemada. ¡Qué necios son los hombres! Olvida su encono. ¡Con sólo un salto se salvarían!

De repente —ignora cómo ocurrió aquello—, los hombres se transforman en libros. Lanzando un grito, se precipita enloquecido hacia la hoguera. Corre, jadea, se insulta, salta a las llamas y es de nuevo apresado por cuerpos implorantes. El mismo terror de antes se apodera de él; pero la voz de Dios lo libera, se escapa y vuelve a

contemplar el mismo espectáculo desde el mismo sitio. Se deja engañar cuatro veces. Las escenas se suceden cada vez más de prisa. Sabe que está bañado en sudor. En secreto anhela las pausas que se le conceden entre un paroxismo y otro. A la cuarta tregua, lo sorprende el Juicio Final. Ve carruajes gigantescos, del tamaño de una casa o de una montaña, e incluso tan altos como el cielo, acercarse al insaciable altar desde dos, diez y veinte sitios diferentes: de todas partes. La voz, potente y destructora, exclama con sorna: «¡Esta vez son libros!». Kien lanza un rugido y se despierta.

Media hora más tarde aún seguía bajo los efectos de aquel sueño, el peor de cuantos recordara. Un fósforo mal apagado mientras él se distraía en la calle... ¡y adiós biblioteca! La había asegurado varias veces. Pero se preguntaba si tendría fuerzas suficientes para sobrevivir a la destrucción de veinticinco mil volúmenes y, menos aún, para encargarse de cobrar el seguro. Tomó uno con sumo desprecio y luego se avergonzó de haberlo hecho. Hubiera preferido anularlo. Si pagaba las primas vencidas era sólo por no ir más a un establecimiento en el que los libros y el ganado se hallan sometidos a las mismas leyes, y librarse de los cobradores que, sin duda, enviarían a su domicilio.

Un sueño pierde su poder cuando aislarnos sus componentes. Dos días antes, Kien estuvo mirando unos códices miniados mexicanos, uno de los cuales representaba el sacrificio de un cautivo por unos sacerdotes disfrazados de jaguares. El encuentro casual con un ciego, ocurrido pocos días antes, le hizo pensar en Eratóstenes, el anciano bibliotecario de Alejandría. El nombre de Alejandría evoca en todo el mundo el incendio de la famosa biblioteca. En una xilografía medieval, cuya ingenuidad lo hacía reír siempre, se veía a unos treinta judíos que, en medio de enormes llamas, salmodiaban tenazmente sus plegarias. Admiraba a Miguel Ángel, cuyo *Juicio Final* ponía por encima de todo. En él, los pecadores eran brutalmente arrastrados al infierno por demonios despiadados. Uno de los condenados, quintaesencia de la angustia y la desolación, oprime entre sus manos su cobarde cabezota; varios diablos se sierran a sus piernas, pero como él nunca supo ver la desgracia ajena, ahora es incapaz de ver la suya propia. En la parte superior se yergue un Cristo, nada cristiano en realidad, que condena a los réprobos con brazo firme y poderoso. Con todos estos elementos, su subconsciente había elaborado un sueño.

Cuando sacó el aguamanil con ruedas de su habitación, Kien escuchó un «¿Levantado?» en voz más alta que de costumbre. ¿Qué le daba a esa mujer por gritar tanto a esas horas, cuando él estaba aún medio dormido? Es cierto que le había prometido un libro. Tratándose de ella, sólo podría ser una novela. Aunque no hay espíritu que medre con novelas. El placer que en ocasiones nos ofrecen se paga muy caro: acaban por erosionar el carácter más firme. Aprendemos a identificarnos con todo tipo de personas. Uno le coge el gusto a ese vaivén perpetuo y se confunde con los personajes que le agradan. Cualquier punto de vista nos resulta concebible. Nos lanzamos con fruición tras objetivos ajenos y perdemos de vista los nuestros. Las novelas son como cuñas que el escritor, aquel histrión de la pluma, va clavando en la



hermética personalidad de sus lectores. Cuanto mejor calcule las medidas de la cuña y la resistencia por vencer, más dividida dejará a su víctima. El Estado debiera prohibir las novelas.

A las siete abrió Kien otra vez la puerta. Teresa estaba detrás, tan discreta y optimista como siempre, con la oreja algo más gacha.

—Servidora —le recordó sin inmutarse. La poca sangre que tenía se le subió a Kien al cerebro. Ahí estaba esa maldita falda pegada al suelo, recordándole su irreflexiva promesa.

—¡Querrá usted el libro! —le gritó, soltando un gallo—. ¡Y lo tendrá!

Le tiró la puerta en la cara, se dirigió con paso vacilante al tercer cuarto y sacó con un dedo *Los pantalones del señor von Bredow*. Guardaba este libro desde sus primeros años escolares, época en que lo leyeron todos sus compañeros de curso, y no podía verlo debido al mal estado en que se lo dejaron. La cubierta manchada y las páginas grasientas le causaron un placer maligno. Tranquilizado, volvió donde Teresa y le puso el libro ante los ojos.

—No hacía falta —dijo ella, sacando un alto de papeles que llevaba bajo el brazo. Papel de embalar, observó él. Con aire solemne buscó Teresa uno apropiado y forró el libro como quien envuelve a un bebé en un pañal. Luego cogió un segundo pliego y dijo—: Lo que abunda, no daña. —Como el segundo forro no le quedó bien, lo arrancó y probó con un tercero.

Kien seguía sus movimientos como si aquél fuera su primer encuentro. La había subestimado. Trataba a los libros mejor que él. No tardó en ponerle doble forro a aquel viejo libraco, que él odiaba. Mantenía los pulpejos de ambas manos alejados de la tapa y sólo trabajaba con la punta de los dedos, que además no eran tan gruesos. Kien se sintió avergonzado de sí mismo y a la vez contento de ella. ¿Por qué no buscarle otra cosa? Se merecía una lectura menos sucia. Aunque para empezar no estaba mal. Además, no tardaría en pedirle un segundo. Hacía ocho años que la biblioteca estaba en buenas manos y él no lo sabía.

—Mañana saldré de viaje —dijo él de pronto, mientras ella alisaba el forro con los nudillos—. Por varios meses.

—Entonces podré sacudir todo a fondo. ¿Me bastará con una hora?

—¿Qué haría usted si estallase un incendio?

Teresa se asustó y soltó los papeles. Sólo conservó el libro en la mano.

—¡Santo Cielo! ¡Salvar la biblioteca!

—Pues sepa que no pienso irme; era sólo una broma.

Kien sonrió. Fascinado ante esa prueba de fidelidad —estando él de viaje y los libros solos—, se le acercó, le dio unos golpecitos en el hombro con sus dedos huesudos y le dijo en tono casi cordial:

—Es usted muy amable.

—Y ahora enséñeme lo que ha escogido para mí —dijo ella, estirando las comisuras de los labios casi hasta las orejas. Abrió el libro, leyó en voz alta: *Los*

*pantalones...* y se detuvo. No llegó a sonrojarse, pero un ligero sudor humedeció su rostro.

—¡Vaya, vaya, profesor! —exclamó mientras se deslizaba, veloz y triunfante, a la cocina.

Los días siguientes, hizo Kien grandes esfuerzos por recuperar su antiguo poder de concentración. Había instantes en los que, cansado de sus compromisos filológicos, anhelaba, en secreto, frecuentar seres humanos por más tiempo del que su carácter se lo permitía. Al combatir abiertamente esas tentaciones, perdía mucho tiempo, y éstas salían, por lo general, robustecidas. Por eso inventó un método más ingenioso: vencerlas por la astucia. No apoyaba la cabeza en su escritorio ni se perdía en vanos deseos. No se lanzaba por calles y plazas a intercambiar charlas triviales con cualquier loco. Por el contrario, fue poblando su biblioteca de amigos selectos, entre los que prefería a los antiguos chinos. Los hacía bajar del libro y del estante al que pertenecían, los invitaba a acercarse y a tomar asiento, saludándolos o amenazándolos según el caso, les ponía sus propias palabras en la boca y defendía sus tesis contra ellos hasta que se callaban. De este modo, los debates que tuviera que presentar por escrito adquirirían una fuerza y un encanto inesperados. Además, practicaba el chino hablado, enalteciéndose al oír las sabias frases que, ágiles y lapidarias, iban brotando de sus labios. Si voy al teatro, pensaba, oiré un diálogo absurdo que distrae en vez de instruir y a la larga resulta aburrido. Tendría que sacrificar dos o tres preciosas horas para luego irme a dormir molesto. Mis diálogos, en cambio, duran menos y son de otro nivel. Así justificaba ante sí mismo su inocente juego, que a un espectador le hubiera parecido extraño.

Muchas veces encontraba Kien, en calles o librerías, gente bárbara que lo dejaba de una pieza con declaraciones de hondo contenido humano. Para borrar toda impresión que no avalase su desprecio por la masa, efectuaba en esos casos un pequeño cálculo. ¿Cuántas palabras articulará ese tipo al día? Como mínimo diez mil, de las que sólo tres tendrán sentido. Eran las que, por azar, él escuchaba. Basta con verle la cara para adivinar los miles de palabras que afluyen diariamente a su cerebro, las que piensa y no pronuncia: un revoltijo de sandeces. Por suerte no las oímos.

El ama de llaves, en cambio, hablaba poco porque siempre estaba sola. De entrada, ambos tenían en común algo que reclamaba su atención de hora en hora. Nada más verla, recordaba *Los pantalones del señor von Bredow* y su doble forro. El libro llevaba años en su biblioteca. Siempre que pasaba frente a él, el simple aspecto del lomo le partía el corazón. Sin embargo, lo dejó como estaba. ¿Por qué no se le habría ocurrido ponerle un bonito forro? Fue un fallo lamentable. Tuvo que venir una simple ama de llaves y dar el ejemplo.

¿O sería sólo una comedia? Tal vez se le insinuase para darle más confianza. Su biblioteca era famosa. Muchos libreros lo acosaban en busca de ejemplares únicos. ¿No estaría preparando un robo en gran escala? Convendría saber qué hacía a solas con el libro.

Un día la sorprendió en la cocina. Su recelo lo atormentaba y quiso disiparlo. Si lograba desenmascararla, la echaría de inmediato. Deseaba un vaso de agua, le dijo; no debió oír su llamada. Mientras ella lo atendía muy solícita, Kien examinó la mesa a la que estaba sentada. Sobre un cojincito de terciopelo bordado vio su libro, abierto en la página 20. Había avanzado poco. Ella le alcanzó el vaso en un platito: llevaba puestos unos guantes de cabritilla blanca. Él se olvidó de apretar los dedos contra el vaso, que se fue al suelo seguido por el plato. El ruido y la confusión vinieron en su ayuda. No hubiera podido emitir una sílaba. Leía desde la edad de cinco años, es decir, hacía ya treinta y cinco, y nunca se le ocurrió ponerse guantes para leer. Su estupor le pareció ridículo, de modo que se sobrepuso y preguntó a la ligera.

—Ha avanzado poco, ¿verdad?

—Releo cada página doce veces, a ver si saco algún provecho.

—¿Le gusta? —Se obligó a hacer más preguntas para no seguir al vaso en su caída.

—Un libro siempre es lindo. Lo importante es entenderlo. Tenía manchas de grasa; he probado con todo, pero no salen. ¿Qué puedo hacer?

—Son manchas muy viejas.

—Con todo es una lástima. ¡Óigame, un libro así es muy valioso!

No dijo «cuesta», sino «es muy valioso». Se refería al valor intrínseco, no al precio. ¡Y él le hablaba todo el tiempo del capital que había en su biblioteca! Esa mujer debía despreciarlo. Era un alma generosa: se pasaba las noches intentando quitar manchas viejas en vez de dormir. Él, por desairarla, le presta el más deteriorado, grasiento y raído de sus libros, y ella lo cuida con amor. Era compasiva, no con la gente —lo que no tendría ningún mérito—, sino con los libros. Dejaba que los débiles y oprimidos vinieran a ella. El ser más humilde, desvalido y olvidado del planeta podía contar con sus cuidados.

Presa de gran agitación, Kien abandonó la cocina sin decirle una palabra a aquella santa.

En los altos salones de su biblioteca, reanudó sus idas y venidas y llamó a Confucio. Éste bajó de la pared de enfrente, tranquilo y decidido, lo cual no es ningún mérito cuando se tiene una vida por detrás hace ya siglos. Kien se le acercó a grandes trancos, olvidando el respeto que le debía. Su agitación contrastaba extrañamente con la actitud del sabio chino.

—¡Creo tener cierta cultura! —le gritó a cinco pasos de distancia—, ¡y también algo de tacto! Han querido convencerme de que la cultura y el tacto siempre van unidos, y que éste es inconcebible sin aquélla. ¿Quién quiso convencerme de esto? ¡Tú! —No vaciló en tutear a Confucio—. ¡Y de pronto viene una persona sin ningún asomo de cultura, pero con más tacto, corazón, dignidad y calor humano que yo, tú y toda tu escuela de sabios junta!

Confucio permaneció impasible. Ni siquiera se le olvidó hacer una venia cuando Kien le dirigió la palabra. Pese al increíble ultraje, no frunció sus bien pobladas cejas,

bajo las cuales brillaban, antiquísimos, dos ojos negros y sabios como los de un mono. Con gesto solemne abrió la boca y pronunció el siguiente aforismo:

«A la edad de quince años mi voluntad se encaminó al estudio, a los treinta seguía firme en mi camino y a los cuarenta no tuve ya más dudas... pero sólo a los sesenta se me destaparon los oídos».

Kien se sabía esta frase de memoria. Pero como réplica a su virulento ataque, le resultó muy enojosa. Comparó rápidamente las fechas por si coincidían. Él, a los quince años, devoraba a escondidas y contra la voluntad de su madre libro tras libro: de día en la escuela, de noche bajo la manta, a la escasa luz de una linterna de bolsillo. Si su hermano menor Georg, a quien la madre nombrara centinela, se despertaba casualmente por la noche, le arrancaba a Peter la manta de un tirón por ver si dormía. De su rapidez para esconder linterna y libro bajo el cuerpo dependían sus lecturas en las noches siguientes. A los treinta aún perseveraba en su dedicación a la ciencia. Rechazaba con desdén las cátedras que le ofrecían. Con los intereses de su herencia paterna hubiera vivido sin problemas hasta el fin de sus días. Sin embargo, prefirió invertir el capital en libros. En poco tiempo, tal vez menos de tres años, no le quedaría nada. Pero él nunca pensaba en las dificultades futuras ni tampoco les temía. Ahora había entrado en los cuarenta. Hasta aquel día jamás tuvo una duda. Más no lograba superar lo de *Los pantalones del señor von Bredow*. Aún no estaba en los sesenta, si no ya hubiera abierto los oídos. Aunque, ¿a quién debía abrírselos?

Como si hubiera adivinado su pregunta, Confucio avanzó un paso, hizo una venia, aunque Kien le llevara dos cabezas, y le dio el siguiente consejo en tono confidencial:

«Observa la idiosincrasia de la gente, considera los móviles de sus acciones, examina las cosas que los satisfacen. ¿Quién podrá ocultarse? ¿Quién podrá ocultarse?».

Una gran tristeza invadió a Kien. ¿De qué sirve saber de memoria esas palabras? Hay que aplicarlas, ponerlas a prueba, confirmarlas. En vano ha convivido ocho años con un ser humano. Conozco su idiosincrasia, pero nunca pensé en sus móviles. Sé lo que hace por mis libros —cada día tengo el resultado a la vista—, y pensaba que lo hacía por dinero. Desde que sé lo que la satisface, conozco mejor sus móviles. Quitar manchas de libros grasientos y desvalidos, con los que nadie cambia una palabra de consuelo. Tal es su distracción y su descanso. Si, movido por mi cobarde recelo, no la hubiera sorprendido en la cocina, su buena acción hubiera permanecido ignorada. En su retiro, le bordó un cojín a su hijito adoptivo y lo arropaba cuidadosamente en él. En ocho años nunca la he visto llevar guantes. Pero antes de atreverse a abrir un libro, *aquel* libro, fue a comprarse un par de guantes con el sueldo que penosamente gana. No es tonta, y en general tiene sentido práctico. Sabe muy bien que por el precio de esos guantes podría comprar tres libros como aquél, y nuevos. He cometido una gran falta. He estado ocho años ciego.

Confucio no le dio tiempo a pensárselo otra vez. «Errar sin enmendarse es lo que

se llama error. Si cometes una falta, no tengas vergüenza en enmendarla».

Será enmendada, exclamó Kien. Le devolveré los ocho años perdidos. ¡Me casaré con ella! Es el mejor modo de tener mi biblioteca en orden. En caso de incendio puedo confiar en ella. Si hubiera construido una persona a mi antojo, el resultado no habría sido tan halagador. Tiene buen carácter. Es una madre adoptiva nata. Y con el corazón en su lugar. No hay cabida en él para gentuza analfabeta. Podría buscarse un amante: un panadero, un carnicero, un sastre, un bárbaro o un simio cualquiera. Pero no se decide. Los libros le han robado el corazón. ¿Hay algo más simple que casarse?

Se había olvidado por completo de Confucio. Al dirigir la mirada hacia donde éste estaba, vio que había desaparecido. Sólo percibió la voz, débil pero clara, que le decía: «Ver lo justo y no hacerlo es falta de valor».

Kien no alcanzó a agradecerle su estímulo final. Corrió hacia la cocina y asió violentamente la manija, que se le quedó en la mano. Sentada ante su cojín, Teresa fingía estar leyendo. Al sentirlo detrás de ella, se levantó para que viera el libro. La impresión del diálogo anterior no se le había borrado. Por eso regresó a la página 3. Él titubeó un instante sin saber qué decir, y se miró las manos. Entonces vio la manija rota y la tiró con rabia al suelo. Luego se plantó muy tieso frente a ella y le dijo:

—¡Deme usted su mano!

Teresa suspiró:

—¡Pero oiga! —Y se la tendió. «Ahora querrá seducirme», pensó, y empezó a sudar por todo el cuerpo.

—No —corrigió Kien; no se refería a su mano en el sentido literal—: ¡Quiero tomarla por esposa!

Teresa no esperaba una decisión tan rápida. Echó, conmovida, su cabeza al otro lado y replicó con orgullo, luchando contra el tartamudeo:

—¡Servidora!

## El mejillón

La boda se celebró en la intimidad. Actuaron de testigos un viejo mozo de cordel, que le exigía aún a su ruinoso cuerpo uno que otro servicio, y un alegre remendón que, aunque evitara astutamente su propia boda, daba su aguardentosa vida por presenciar las ajenas. Instaba a sus mejores clientes a casar pronto hijas e hijos, elogiando los casamientos precoces en términos convincentes. «Cuando los hijos se instalan, llegan los nietos. Y si procura casar pronto a sus nietos, tendrá usted bisnietos». Al final hablaba de su hermoso traje, que le permitía presentarse en todas partes. Si la boda era imperante, lo mandaba a planchar fuera; si no, lo planchaba él mismo en casa. Sólo pedía una cosa: que le avisaran con tiempo. Si pasaban muchos días sin que lo llamasen, él, más bien lento por naturaleza, se ofrecía a hacer reparaciones gratuitas e instantáneas. Hombre en general poco de fiar, cumplía en estos casos sus promesas y cobraba de verdad precios muy bajos. Los hijos —en su mayoría chicas—, que fueran lo bastante desalmados como para casarse en secreto y contra la voluntad de sus padres, pero no lo suficiente para renunciar a la boda, también solían utilizar sus servicios. Y él, que era la indiscreción en persona, se volvía entonces una tumba. No dejaba que ninguna alusión lo traicionase cuando, pomposamente y con lujo de detalles, relataba a las inocentes madres la boda de sus propias hijas. Antes de retirarse a su «nidito ideal», como llamaba al asunto, colgaba en la puerta del taller un cartel enorme donde se leía, escrito en letras torcidas y al carbón: «Salí por un recado urgente. Quizá regrese. El infrascrito: Hubert Beredinger».

Fue el primero en enterarse de la dicha de Teresa, y dudó de la veracidad de sus palabras hasta que ella, ofendida, lo invitó al Registro Civil. Concluida la ceremonia, los testigos acompañaron a la pareja hasta la calle. El mozo de cordel se deshizo en reverencias al recibir su propina. Luego se alejó murmurando votos de felicidad:...si me necesitan, ya saben,..., le oyeron decir los Kien. A diez pasos de distancia, su boca vacía siguió echando elogios. En cambio, Hubert Beredinger estaba amargamente desilusionado. Las bodas así no le gustaban. Él manda planchar su traje, y el novio se presenta en ropa de trabajo: con las suelas gastadas, el traje raído, sin mostrar amor ni ganas; en vez de mirar a la novia no hizo sino observar las actas. Pronunció el «sí» como quien dice «gracias» y no le ofreció el brazo a la vejestoria. En cuanto al beso, que alimentaba al remendón varias semanas —un beso ajeno equivalía a veinte de los suyos—, ese beso que le había castado algo, el beso que, como un «recado urgente», colgaba de su tienda, el beso público, presenciado por un funcionario, el beso nupcial, el beso eterno, el Beso, el Beso..., brilló sencillamente por su ausencia. Al despedirse, el remendón se negó a darles la mano, disimulando su encono con una odiosa risita. —Un momento, por favor— cloqueó como un fotógrafo. Los Kien titubearon. El individuo se inclinó de pronto ante una dama, le acarició el mentón, dijo en alta voz «cu-cú» y bosquejó lascivamente sus rollizas

formas. Su redonda cara se ensanchó aún más las dos mejillas se le hincharon, el mentón se le acható bruscamente y, en torno a sus ojos, vibraron unas como sierpes ágiles y diminutas, mientras sus manos seguían describiendo curvas cada vez más amplias. La mujer iba engordando de segundo en segundo. Él le echó aún dos miradas y dedicó la tercera al novio, animándolo. Por último atrajo a la mujer hacia él, y, con la mano izquierda, le palpó insolentemente un seno.

Por cierto que la dama con la que el remendón se divertía era imaginaria, pero Kien comprendió su juego impúdico y se alejó rápidamente con Teresa, que también miraba.

—¡Ya está borracho en pleno día! —dijo ella, y se aferró al brazo de su esposo, cuya indignación compartía.

En la parada siguiente esperaron el tranvía. Para hacer ver que todos los días son iguales —incluso el de la boda— Kien no cogió un taxi. Cuando llegó el tranvía, él saltó a la escalerilla primero. Ya en la plataforma, recordó que las mujeres suben antes y volvió a bajar de espaldas, chocando violentamente con Teresa. Furioso, el revisor dio la señal de partida y el tranvía arrancó sin ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa en tono de reproche. Claro que le ha dolido.

—Quise ayudarla, perdón... ayudarte a subir.

—Vaya —dijo ella—, ¡sólo faltaría!

Cuando al fin se sentaron, él pagó por ambos, esperando reparar así su torpeza. El cobrador le entregó los billetes a Teresa. En vez de agradecer, ella estiró la boca de oreja a oreja y le dio un codazo a su marido.

—¿Sí? —preguntó él.

—¡Habrase visto! —dijo ella con sorna, blandiendo los billetes a espaldas del cobrador. Se estará burlando de él, pensó Kien, y guardó silencio.

Empezaba a sentirse incómodo. El coche se fue llenando.

Frente a él se sentó una mujer con cuatro niños, a cuál más pequeño. Instaló a dos en su regazo y los otros dos se quedaron de pie. Un señor que iba sentado junto a Teresa, se levantó para bajar.

—¡Aquí, aquí! —gritó la madre, señalándoles el sitio a sus críos. Los niños, un chico y una chica en edad pre-escolar, se abalanzaron al asiento. Un anciano se acercaba en dirección opuesta. Teresa estiró ambas manos para guardarle el sitio, pero los niños se colaron por debajo: querían demostrar que eran muy listos. Sus cabecitas emergieron junto al banco, pero Teresa las barrió como si fueran polvo—. ¡Mis hijos! —gritó la madre—, ¿qué se ha creído?

—¡Pero oiga! —replicó Teresa, mirando significativamente a su marido—, los niños después. —En ese instante llegó el anciano, que agradeció y tomó asiento.

Kien comprendió la mirada de su esposa. ¡Como estuviera ahí su hermano Georg! Establecido en París como ginecólogo, *gozaba*, con apenas treinta y cinco años, de una buena reputación muy sospechosa. Sabía más de mujeres que de libros. A los dos años de acabar sus estudios, se convirtió en uno de los médicos preferidos de la alta

sociedad, siempre propensa, en su vertiente femenina, a enfermar. Esos signos exteriores de éxito le granjearon el merecido desprecio de Peter, quien tal vez le hubiera perdonado su belleza, por ser cosa innata y de la que él no era culpable. Su carácter, por desgracia débil, le impidió someterse a una operación que lo desfigurase, liberándolo así de las molestias de ser tan bello. Demostró hasta qué punto era débil abandonando la especialidad que al comienzo eligiera y pasándose, a banderas desplegadas, a la psiquiatría, campo en el que le iba muy bien, según decían. Pero en su corazón seguía siendo ginecólogo. La vida disipada era algo que llevaba en la sangre. Pronto haría ocho años que Peter, indignado por la inconstancia de su hermano, interrumpió de golpe la correspondencia con él y destruyó un montón de cartas angustiadas. Y no solía contestar las cartas que rompía.

Ahora, su matrimonio hubiera sido una excelente excusa para reanudar relaciones. Al estímulo de Peter debía Georg su interés por una carrera científica. No era deshonoroso, pues, pedirle consejo sobre algo relacionado con su auténtica especialidad. ¿Cómo tratar a ese ser tímido y reservado? Ella no era joven y tomaba la vida muy en serio. La mujer que iba sentada enfrente —con seguridad mucho más joven— tenía ya cuatro hijos; ella, en cambio, ninguno. «Los niños después». Parecía muy claro; pero, ¿qué quiso decir exactamente? Tal vez que no quería hijos. El tampoco. Nunca pensó en tener hijos. ¿Por qué le diría eso? Tal vez lo considerase un inmoral. Ella conocía su vida. Llevaba ocho años familiarizada con sus costumbres. Sabía que era un hombre de carácter. ¿Acaso alguna vez salió de noche? ¿Qué mujer lo había visitado en ese tiempo, siquiera un cuarto de hora? Cuando la contrató, le dijo expresamente que, en principio, no recibía visitas, fueran éstas masculinas o femeninas, lactantes o ancianos. Su misión era despedir a todos. «¡Nunca tengo tiempo!», fueron sus propias palabras. ¿Qué mosca le había picado? Ese impúdico remendón, tal vez. Ella era un ser ingenuo e inocente, ¿cómo explicar, si no, su gran cariño por los libros, siendo tan inculta? La pantomima de ese cerdo fue demasiado obvia. Sus gestos eran evidentes; hasta un niño hubiera comprendido que manoseaba a una mujer, aunque ignorase el por qué. La gente así, incapaz de dominarse en la vía pública, debiera estar en un asilo. Dan malos pensamientos a los que trabajan. Y ella es hacendosa. El remendón la ha contagiado. Si no, ¿por qué tocaría el tema de los niños? Es posible que oyera comentarios. Las mujeres hablan mucho entre ellas. Tal vez debió asistir a un parto en uno de sus puestos anteriores. ¿Qué importaba que supiera todo? Hasta era mejor que explicárselo uno mismo. Hay cierto pudor en su mirada, lo que a su edad resulta casi cómico.

Jamás se me ha ocurrido pedirle algo vulgar. No podría hacerlo. Nunca tengo tiempo. Necesito seis horas de sueño. Trabajo hasta las doce y me levanto a las seis. De día, los perros y demás animales no hacen otra cosa. Tal vez espere algo así de un matrimonio. Difícil. Los niños después. Absurdo. Quiso decir que lo sabe todo. Conoce la cadena en cuyo extremo están los hijos ya grandes, e intenta decirlo con cierta gracia. Toma como pretexto un incidente nimio: la impertinencia de estos



niños; la frase se justifica, pero su mirada fue para mí solo. Equivalía a una confesión. Comprensible. Esas confesiones son siempre penosas. Me he casado, por los libros: los niños después. No tiene ningún sentido. Una vez dijo que los niños aprenden muy poco. Le leí un pasaje de Arai Hakuseki y se transfiguró de alegría. Fue la primera vez que se traicionó. Si no, ¡quién sabe cuándo hubiera descubierto yo su cariño por los libros! Ahí empezamos a acercarnos. Tal vez sólo ha querido recordármelo. Recordarme que aún es la misma, que su opinión sobre los niños no ha cambiado desde entonces. Mis amigos siguen siendo sus amigos. Mis enemigos son también los suyos. ¡El inocente sentido de sus cuatro palabras! Ignora otro tipo de relación. Tendré que ir con cuidado. Podría asustarse. Actuaré con cautela. ¿Cómo tocarle el tema? Hablar es difícil. Y no tengo libros al respecto. ¿Comprar alguno? No. ¡Qué pensaría el librero! No soy uno de esos cerdos. ¿Enviar a alguien? ¿A quién? ¿A ella misma? ¡Uf! ¡A mi propia esposa! ¡Qué cobarde! Lo intentaré personalmente. ¿Y si no quiere? ¿Y si grita? Los inquilinos, el portero la policía... toda esa gentuza. No me pueden hacer nada. Estoy casado. Es mi derecho. ¡Qué asco! ¿Cómo puedo pensar en esas cosas? El remendón me ha contagiado *a mí*, no a ella. ¿No te da vergüenza? ¡A los cuarenta años! No le haré nada. Los niños después. ¡Si supiera lo que en realidad quiso decir! ¡Esfinge!

La madre de los cuatro niños se paró en ese momento.

—¡Cuidado! —advirtió, haciéndolos pasar por la izquierda. Ella se quedó en la derecha, junto a Teresa, como un valiente oficial. Contra las expectativas de Kien, le hizo una venia a su enemiga y dijo—: ¡Qué suerte la suya: aún sigue soltera! —Lanzó una carcajada, y sus dientes de oro brillaron en señal de despedida.

Cuando la mujer estuvo abajo, Teresa dio un salto y empezó a chillar con voz desesperada:

—¡Oiga! ¿Y mi marido? ¡Oiga! ¿Y mi marido? ¡Todo porque no queremos hijos! ¡Oiga! ¿Y mi marido? —Y señalaba a su marido, tirándole del brazo. «Tendré que calmarla», pensó él.

La escena le resultó penosa; ella necesitaba protección; siguió gritando y gritando sin parar. Por último, se irguió él cuanto alto era y exclamó ante todos los pasajeros:

—¡Sí! —La habían ofendido y tenía que defenderse. Su réplica era tan vulgar como el ataque, pero ella no tuvo la culpa. Teresa se dejó caer en su asiento. Nadie, ni siquiera el señor que iba a su lado y al que le guardara el sitio, tomó partido por ella. El mundo estaba contaminado de amor a los niños.

Los Kien bajaron dos paradas después; Teresa por delante. De pronto oyó Kien que alguien decía a sus espaldas:

—Lo mejor que tiene es esa falda. Un auténtico baluarte. ¡Pobre hombre! ¿Qué quieres que haga con semejante vejistoria? —Risotada general. El revisor y Teresa, que aún estaba en la plataforma, no oyeron nada. Pero el revisor se rió.

Ya en la calle, Teresa recibió muy contenta a su marido, diciéndole:

—¡Qué tipo tan divertido! —El tipo divertido se asomó del tranvía en marcha, se

llevó una mano a la boca y gritó dos sílabas incomprensibles. Estaba temblando, sin duda de risa. Teresa le hizo señas y, al ver la mirada de perplejidad de su marido, se excusó diciendo—: Acabará en el suelo.

Pero Kien le miraba la falda a hurtadillas. Lucía más azul y almidonada que de costumbre. Esa falda era parte de ella como las valvas lo son del mejillón. No hay quien se atreva a abrir, forzándolo, un mejillón cerrado. ¡Un mejillón gigante, tan grande como esa falda! Habría que aplastarlo, reducirlo a una masa viscosa y *erizada*, de astillas, como él hizo una vez, de niño, en una playa. El mejillón no le ofrecía ni un resquicio. Nunca había visto uno por dentro. ¿Qué animal era el que sujetaba las valvas con tal fuerza? Quiso averiguarlo en el acto. Tenía aquella cosa dura y pertinaz entre las manos, y luchaba con uñas y dedos por abrirla. El mejillón también luchaba por su lado. Se juró no dar un paso hasta no haberlo abierto. El mejillón se juró lo contrario: no quería ser visto. ¿Por qué tendrá vergüenza?, pensó él; después lo soltaré y hasta lo volveré a cerrar, si quiere. Prometo no hacerle daño. Si es sordo, el buen Dios le transmitirá mi promesa. Discutió varias horas con él, pero sus palabras eran tan débiles como sus dedos. Detestaba los rodeos; prefería llegar en línea recta a su objetivo. Por la tarde vio pasar un barco enorme mar afuera. Leyó con avidez las grandes letras negras pintadas en una de sus bordas, y descifró el nombre: *Alejandro*. Entonces rompió a reír en medio de su cólera, se puso en un segundo los zapatos, tiró violentamente al suelo el mejillón y bailó una triunfal danza gordiana. De nada le sirvió esta vez la concha. Sus zapatos la pulverizaron. Poco después lo tuvo al fin desnudo ante sus ojos: un amasijo viscoso y miserable que quiso pasar por animal.

Teresa sin concha, es decir sin falda, no existía. La lleva siempre impecablemente almidonada. Es su encuadernación en tela azul. Las buenas encuadernaciones la impresionan. ¿Por qué los pliegues no se borrarán con el tiempo? Es evidente que la plancha muy seguido. O acaso tenga dos. La diferencia no se nota. ¡Qué mujer tan hábil! No puedo arrugarle la falda. Se desmayaría de pena. ¿Y qué hago si se me desmaya? Antes que nada, disculparme. Después, mientras vuelve a plancharla, irme a otro cuarto. ¿Por qué no se pondría la otra falda? Que no me complique tanto la vida. Era mi ama de llaves y me he casado con ella. Que se compre una docena de faldas y se cambie más seguido. Bastará con que las almidone menos. Esa tiesura exagerada resulta ridícula. Los tipos del tranvía tenían razón.

No fue fácil subir las escaleras. Sin darse cuenta, Kien aflojó el paso. En el segundo piso creyó estar ya en el suyo y se asustó. En ese instante apareció el pequeño Metzger, que bajaba cantando. En cuanto vio a Kien, señaló a Teresa con el dedo y se quejó:

—¡No quiere dejarme entrar! ¡Siempre me tira la puerta! ¡Ríñala, profesor!

—¿Qué significa esto? —preguntó amenazadoramente Kien, que de pronto vio ante sí un chivo expiatorio.

—Usted me dio permiso. Yo se lo dije.

—¿A quién?

—A ella.

—¿A ella?

—Sí, mi madre dice que es una atrevida; que es sólo una sirvienta.

—¡Mocosos inmundos! —gritó Kien, alzando el brazo para abofetearlo.

El chiquillo se agachó, dio un traspie y, para no rodar por la escalera, se aferró a la falda de Teresa. Se oyó el crujido de la ropa almidonada al desgarrarse.

—¡Cómo! —gritó Kien—, ¡y encima se insolenta! —El chico se estaba burlando de él. Totalmente fuera de sí, lo atacó a puntapiés, lo alzó en vilo por los cabellos y, jadeando, le asestó dos o tres bofetadas con sus huesudas manos antes de darle el empujón final. Llorando, el chiquillo se precipitó escaleras arriba.

—¡Se lo diré a mi madre! ¡Se lo diré a mi madre! —Una puerta se abrió y volvió a cerrarse en el piso de arriba. Una voz femenina empezó a chillar.

—¡Lástima! ¡Una falda tan bonita! —dijo Teresa, disculpando la violencia de los golpes; se detuvo y miró extrañada a su protector. Era el momento de prepararla, de decirle algo. Él también se detuvo.

—Sí, es verdad, una falda tan bonita. Pero, ¿hay algo eterno en este mundo? —preguntó, feliz de aludir a aquel futuro inevitable citando un bello poema antiguo. La mejor manera de decir algo es a través de un poema. Los poemas se adaptan a cualquier situación. Designan a las cosas por circunloquios y, sin embargo, los entendemos. Unos peldaños más arriba, se volvió hacia ella y le dijo:

—Bello poema, ¿verdad?

—Oh sí, los poemas siempre son bellos. Pero hay que entenderlos.

—Todo hay que entenderlo —replicó él lentamente, recalcando las palabras, y se ruborizó.

Teresa le dio un codazo en las costillas, levantó el hombro derecho, echó la cabeza al otro lado y dijo en tono agudo y desafiante:

—Ahora lo veremos. El agua mansa es muy profunda.

Pensando que se refería a él, Kien interpretó sus palabras como una crítica. Se arrepintió de su alusión desvergonzada. El tono burlón de la respuesta de Teresa le quitó el último resto de valor.

—Yo... en realidad... no quise decir eso —tartamudeó.

La puerta del apartamento lo sacó de apuros. Se sintió aliviado al meter la mano en el bolsillo y buscar las llaves. Eso le permitió, por lo menos, bajar discretamente la mirada. ¡No las encontraba!

—Olvidé las llaves —dijo. Tendría que forzar la puerta como aquel día hizo con el mejillón. Todo eran dificultades, nada le salía bien. Abatido, buscó en el otro bolsillo del pantalón. ¡Nada, ni rastro de las llaves! Siguió buscando hasta que oyó un ruidito en la puerta. ¡Ladrones!, fue lo primero que pensó. Pero en el mismo instante vio la mano de Teresa en la cerradura.

—Por eso traje las mías —dijo ella, rebosante de satisfacción.

Por suerte no le pidió «auxilio», aunque tenía la palabra en la punta de la lengua.

No se hubiera atrevido a mirarla por el resto de sus días. Se estaba portando como un niño. Lo de las llaves era la primera vez que le ocurría.

Finalmente entraron en el piso. Teresa abrió el dormitorio de Kien y lo invitó a pasar.

—Vuelvo enseguida —dijo, dejándolo solo.

Él lanzó una ojeada alrededor y respiró hondo, como un recluso recién liberado.

Sí, aquella era su patria, en la que nada malo podía sucederle. Sonrió al pensar que allí pudiera ocurrirle algo. Evitó mirar en dirección al diván-cama. Todo ser humano necesita una patria, aunque no como la conciben esos patrioterros primitivos o cualquier religión, insulso anticipo de una patria ultraterrena. No, una patria en la que el suelo, el trabajo, los amigos, las diversiones y el espacio espiritual confluyan en un todo natural y organizado, en una especie de cosmos propio. La mejor definición de patria es una biblioteca Y la solución más sabia es mantener a las mujeres lejos de esa patria. No obstante, si decidimos aceptar una, intentemos asimilarla totalmente a la patria como lo hizo él mismo. En ocho largos, tranquilos y pacientes años, sus libros se encargaron de subyugar a esa mujer. Él, personalmente, no necesitó mover ni un dedo. Sus amigos conquistaron a esa mujer en su nombre. Cierto es que hay mucho que decir sobre las mujeres, y sólo un loco es capaz de casarse sin período de prueba. *Él* fue lo bastante inteligente para esperar hasta los cuarenta años. ¿Quién soportaría como él ocho años de prueba? Lo que había de suceder fue madurando paulatinamente. El hombre solo es dueño de su destino. Viéndolo bien, ya no le faltaba sino una mujer. No es que fuera un vividor —la palabra «vividor» le recordaba a su hermano Georg, el ginecólogo—, él era todo salvo un vividor. Pero las pesadillas de los últimos tiempos debían de estar relacionadas con la exagerada austeridad de su vida. Las cosas cambiarían a partir de ahora.

Era absurdo seguir rehuendo sus obligaciones. Él era un hombre, ¿qué debía suceder ahora? ¿Suceder? No nos precipitemos. Primero hay que decidir cuándo. Ahora. Ella se defenderá obstinadamente; lo cual no debería sorprenderlo. Es lógico que una mujer proteja su intimidad. Aunque, no bien suceda, lo admirará por ser tan hombre. Así son todas las mujeres, según dicen. Pues nada, ahora mismo. Decidido. Peter: ¡palabra de honor!

Segundo: ¿Dónde hacerlo? ¡Qué horrible pregunta! De hecho, todo el tiempo tuvo un diván-cama ante sus ojos. Deslizaba su mirada a lo largo de los anaqueles, y el diván la acompañaba. Sobre él veía al mejillón de la playa, azul y gigantesco. Donde posaba su mirada, el diván también se detenía, humillado y macizo, como si soportara todo el peso de la biblioteca. Al aproximarse al diván real giraba Kien la cabeza, rehaciendo su largo trayecto en retroceso. Ahora que su honor estaba en juego, lo examinó más larga y detenidamente. Claro está que su mirada, acaso por costumbre, rebotó aún varias veces. Pero al final se detuvo. ¡El diván, el diván real y vivo está vacío y no lleva mejillones ni cargas! ¿Por qué no ponerle una? ¿Por qué no cargarlo

con una hermosa pila de libros? ¿Por qué no cubrirlo de libros hasta disimularlo casi por completo?

Kien obedece a su genial impulso. Reúne un alto de libros y los apila cuidadosamente en el diván. Le hubiera gustado elegir unos cuantos de arriba, pero no hay tiempo: ella dijo que volvería enseguida. Renuncia a su proyecto, deja la escalera en su lugar y se contenta con las obras selectas de los anaqueles inferiores. Superpone cuatro o cinco volúmenes pesados y los acaricia velozmente antes de buscar otros. No elige obras mediocres por no ofender a su mujer. Aunque ésta entienda poco de libros, él quisiera agradecerle los cuidados y la comprensión que testimonia al tratarlos. Llegará de un momento a otro. Apenas vea el diván recubierto de libros, se acercará a él y, como persona ordenada, le preguntará dónde hay que ponerlos. De este modo atraerá a la inocente criatura hasta la trampa. Los títulos de los libros suscitarán fácilmente una conversación, y él avanzará entonces paso a paso, conduciéndola adonde quería. Esa emoción inminente es el evento más grande en la vida de una mujer. No quiere asustarla, sino ayudarla. La única posibilidad es actuar con osadía y determinación. Aborrece las precipitaciones. En silencio bendijo los libros. Siempre que ella no gritara...

Segundos antes oyó un ligero ruido, como si alguien abriera la puerta de la cuarta habitación. No le dio importancia; hay cosas más urgentes que hacer. Contempla el diván blindado desde su escritorio, calculando los posibles efectos, y el corazón se le deshace de amor y adoración por sus libros. De pronto oye decir:

—¡Aquí estoy!

Se vuelve: y allí estaba, de pie en el umbral de la pieza contigua, envuelta en una enagua blanquísima y guarnecida de anchos encajes. Lo primero que él pensaba ver era el azul, el peligro. Aterrado, la recorrió de abajo arriba con la mirada: llevaba la blusa puesta.

Gracias a Dios. Está sin falda. Ya no tendré que arrugar nada. ¿Será decente? ¡Qué suerte la suya! Yo me hubiera avergonzado. ¿Cómo puede hacerlo? Yo le habría dicho: ¡quítatela! No, no hubiera podido. Y ella ahí de pie, con tanta naturalidad, como si fuésemos dos viejos conocidos. Por supuesto, es mi mujer. Como en cualquier matrimonio. ¿Dónde habrá aprendido? Sin duda con esa pareja. Lo habrá visto todo. Como los animales, que saben por instinto lo que hay que hacer. No tiene libros en la cabeza.

Teresa se le acerca balanceando las caderas: no se desliza, se contonea. ¡Así que su deslizarse proviene de la falda almidonada! Le dice en tono alegre:

—¿Por qué tan pensativo? ¡Ah, los hombres! —Luego dobla el meñique y, amenazadora, le señala el diván. «Yo también debo acercarme», piensa él, y de pronto, sin saber cómo, está a su lado. ¿Qué hacer ahora? ¿Echarse sobre los libros? Kien tiembla como un azogado y les reza: sus libros son el último baluarte. Teresa capta su mirada, se agacha y, describiendo un amplio círculo con su brazo izquierdo, barre todos los libros al suelo. Él los señala con gesto de desamparo. Quiere gritar,

pero el terror le oprime la garganta; traga saliva y no logra emitir ni un sonido. Un odio terrible lo invade lentamente: ¡Así que se atrevió! ¡Mis libros!

Teresa se quita la enagua, la dobla cuidadosamente y la deja en el suelo, sobre los libros. Luego se arrellana en el diván, curva el meñique y Se dice, sonriendo con sorna:

—¡Acércate!

Pero Kien sale del cuarto a grandes trancos, se encierra en el lavabo —único espacio del apartamento en que no hay libros—, se baja maquinalmente los pantalones y, sentado en el retrete, rompe a llorar como una criatura.

## Un flamante mobiliario

—No pienso comer sola en la cocina como una sirvienta. La dueña de casa necesita una mesa.

—La mesa no existe.

—Es lo que siempre digo: tendría que haber una. ¿En qué casa decente se come en el dormitorio? Hace ocho años que lo vengo pensando; ya era tiempo de decírtelo.

Compraron la mesa con un comedor de nogal. Los recaderos lo instalaron en la cuarta habitación, la más alejada del estudio. Diariamente, y más bien en silencio, comían y cenaban en sus nuevos muebles. Al cabo de una semana, Teresa dijo:

—Hoy quisiera pedirte algo. En el piso hay cuatro habitaciones. El marido y la mujer tienen los mismos derechos. Así es la ley hoy en día. A cada cual le corresponden dos. Bueno para uno, bueno para todos. Yo me quedo con el comedor y la pieza de al lado. El marido conserva su lindo escritorio y el gran cuarto contiguo. Es lo más simple. Las cosas se quedan donde están. No hay más vueltas que darle. Lástima haber perdido tanto tiempo. Pero había que arreglarlo. Es lo mejor para los dos. El marido se instala en su escritorio y la mujer se entrega a sus labores.

—¡Perfecto! ¿Y los libros?

Kien barrunta sus planes. No se dejará engañar. Aunque le cueste dos frases más, seguirá indagando.

—Casi no dejan espacio en mis cuartos.

—¡Los trasladaré a los míos!

La voz de Kien sonó enojada. ¡Dios mío, cómo cuesta sacarle algo! Se ha molestado por los cuatro muebles.

—Pero, ¿por qué? Tanto trajín es malo para los libros. Se me ocurre una idea: déjalos donde están, No tocaré nada, y a cambio me das el tercer cuarto. Así compensaremos. De todas formas, en ese cuarto no hay nada. Y el marido estará solo en su lindo estudio.

—¿Te comprometes a no hablar en la mesa?

A él los muebles no le importan. Se los cobrará con creces. Ella, a veces, habla mientras comen.

—Por supuesto, me gusta estar callada.

—¡Pongamos esto por escrito!

Con gran agilidad se deslizó Teresa detrás de él hasta el estudio. El contrato, que él redactó en un momento, no estaba aún seco cuando ella estampó su nombre abajo.

—¡Escucha bien lo que has firmado! —dijo él blandiendo el papel y, para mayor seguridad, leyó en voz alta las frases:

«Declaro que todos los libros guardados en las tres habitaciones que me corresponden son propiedad legal de mi marido, y que nunca y bajo ningún pretexto efectuaré el menor cambio en su propiedad. Por la cesión de los tres cuartos me comprometo a guardar silencio durante las comidas».

Ambos quedaron satisfechos. Por primera vez desde la ceremonia en el Registro Civil, se dieron un apretón de manos.

De este modo, Teresa, que antes solía estar callada por costumbre, supo cuánto valoraba él su silencio. Pero le costaba cumplir la condición de la que dependían sus habitaciones. En la mesa le pasaba los platos en silencio. Renunció espontáneamente a un viejo deseo, muy rumiado: el de explicarle al marido sus tareas culinarias. Las condiciones del contrato se grabaron fijamente en su memoria. La obligación de guardar silencio se le hacía más pesada que el mismo silencio.

Una mañana, cuando él salía de su estudio para dar su acostumbrado paseo, Teresa le salió al encuentro y le dijo:

—Ahora puedo hablar, pues no estamos comiendo. Yo no podría dormir en ese diván-cama. ¿Crees que hace juego con el escritorio? ¡Un mueble tan antiguo y caro junto a ese diván desvencijado! En toda casa decente hay una cama decente. ¡Qué vergüenza cuando viene gente! Ese diván siempre me ha deprimido. Ayer estuve a punto de decírtelo, pero al final me contuve. Un ama de casa no puede aceptar que la rechacen. ¡Ese diván es demasiado duro! ¡Nunca he visto algo tan duro! Y eso no es bueno. No es que yo sea inmoral; nadie podrá reprochármelo. Pero la gente tiene que dormir. Lo importante es acostarse temprano y en una buena cama, no en una tan dura.

Kien la dejó hablar. Convencido de que no hablaría a ninguna hora, redactó mal el contrato, exigiéndole silencio sólo en las comidas. Jurídicamente no había ruptura. Pero moralmente ella le re veló su lado débil, lo que no debía inquietar mucho a un ser de su calaña. Se propuso ser más cauto la próxima vez. Si hablaba, la animaría a seguir hablando. Como si ella fuera muda y él sordo, Kien se hizo a un lado y siguió su camino.

Pero ella volvió a la carga. Cada mañana se plantaba ante su puerta y el diván le parecía algo más duro. Sus monólogos se fueron alargando, mientras el humor de Kien se agriaba. Sin embargo, la escuchaba hasta el final sin pestañear, por prurito de exactitud. Estaba tan bien informada sobre el diván como si hubiera dormido años en él. La desfachatez de sus juicios lo impresionaba. El diván era más bien blando. Le venían ganas de taparle su absurda boca con una sola frase. Se preguntó hasta dónde llegaría su insolencia y, para averiguarlo, decidió intentar un pequeño y alevoso experimento.

Una mañana en que se explayó tenazmente sobre la dureza del diván, Kien la miró con sorna a la cara —dos carrillos rechonchos y un hocico negruzco— y le dijo:

—¿Tú qué sabes? Quien duerme en él soy yo.

—Sin embargo lo sé: ese diván es duro.

—¡Ajá! ¿Y cómo lo sabes?

Y ella, sonriendo impudicamente:

—Pues no pienso decírtelo. Una tiene sus recuerdos.

De pronto, ella y su sonrisa burlona le resultaron conocidas. Vio una enagua



blanquísima guarnecida de encajes y un brazo torpe y grosero que barrió un montón de libros, dejándolos sobre la alfombra como muertos. Un monstruo, con medio cuerpo desnudo y el otro medio, oculto por una blusa, dobló enérgicamente la enagua y los cubrió con ella, como con un sudario.

Aquel día amaneció nublado para Kien. Su trabajo no le rindió nada y la comida le dio náuseas. Por una vez pudo olvidar. Pero el recuerdo resurgió más vivido que nunca. Esa noche no pegó el ojo. El diván le pareció maldito y apestado. ¡Si sólo hubiera sido duro! Aquel recuerdo inmundo lo oprimía. Se levantó varias veces y barrió ese lastre. Mas la mujer era pesada y se quedaba donde le apetecía. La echó solemnemente del diván al suelo. Pero una vez acostado, volvió a sentir su presencia. El odio le impedía dormir. Necesitaba seis horas de sueño. Mañana, su trabajo tendría igual destino que el de hoy. Constató que su diván era el eje de esos malos pensamientos. Hacia las cuatro de la madrugada, una idea feliz vino a salvarlo: decidió sacrificar el diván.

Se dirigió corriendo al cuarto de su esposa, situado junto a la cocina, y tamborileó en la puerta hasta que a Teresa le pasó el susto. Porque no estaba durmiendo. Desde que se casó, dormía poco. Cada noche esperaba en secreto el gran suceso. Y ahora lo tenía. Necesitó varios minutos para creerlo. Se levantó de la cama sin hacer ruido, se quitó el camisón y se puso la enagua guarnecida de encajes. Noche tras noche la sacaba de su maleta y la colgaba en la silla, a los pies de la cama: una nunca sabe. Se envolvió en un amplio chal calado, la segunda y realmente espléndida pieza de su ajuar —atribuía su derrota inicial a la blusa—, y deslizó sus pies anchos y enormes en dos minúsculas pantuflas rojas. Ya en la puerta, susurró a media voz:

—¿Por Dios, quiere que le abra? —En realidad quiso decir: «¿Qué pasa?».

—¡Por el diablo, no! —chilló Kien hecho una furia: creyó haberla despertado de un profundo sueño.

Teresa se dio cuenta de su error. El tono imperativo de su esposo prolongó un instante más sus esperanzas.

—¡Mañana me comprarás una cama! —rugió él. Ella no contestó.

»¿Entendido?

Recurriendo a todas sus artes, Teresa susurró a través de la puerta:

—Como quieras.

Kien dio media vuelta, tiró la puerta de su habitación como queriendo subrayar sus palabras, y se durmió enseguida.

Teresa se quitó su chal, lo acomodó con cuidado en la silla y recostó en la cama su macizo busto.

¡Qué maneras! ¡Será posible! ¡Como si me importara! ¡Lo que puede imaginarse un hombre así! Si a eso se le puede llamar hombre. Yo con estas lindas bragas y un encaje tan caro, y él como si nada. Un hombre no es así. ¡La de amantes que podría buscarme! ¡Qué guapo aquél hombre que visitaba siempre a mis antiguos patronos! Cuando le abría, me pellizcaba en la barbilla y me decía: «¡Cada día estás más

joven!». Ese sí era un hombre, grande y fuerte, que imponía respeto; no un pobre esqueleto. ¡Y cómo me miraba! Hubiera bastado un simple guiño... Cuando llegaba, pasaba yo al salón y preguntaba:

«¿Qué querrán mañana los señores: asado con col y patatas salteadas, o carne ahumada con choucroute y albóndigas?».

Los dos viejitos nunca se ponían de acuerdo. Si él decía albóndigas, ella decía col. Yo entonces me acercaba al invitado y decía:

«¡Que decida el señorito!». Era un sobrino de ellos.

Me parece estar ante él y verlo saltar de su asiento —¡el muy fresco!— para darme una palmada en la espalda con ambas manos: ¡era tan fuerte!

«Asado con col y albóndigas».

¡Qué divertido! ¡Asado con albóndigas! ¡A quién se le ocurre! Nunca había visto esa combinación.

«¡El señorito siempre tan alegre!», decía yo.

Era un empleado de banco sin trabajo, pero bien indemnizado. Aunque, ¿qué haces cuando se te acaba la indemnización? No, sólo me iré con alguien serio y jubilado o con un señor de buena posición, que ya tenga algo. ¿Dónde estaría ahora? Nada de locuras por un simple amorío. Hay que ser prudente. En mi familia todos llegan a viejos. ¡Con la vida tan metódica que llevan! Es el resultado de acostarse pronto y no salir de casa. Incluso la harapienta de mi madre vivió hasta los 74. Y ni siquiera falleció, como quien dice. Se murió de hambre porque no tenía qué comer en sus últimos años. Era una manirrota: cada invierno una blusa nueva. Se lió con un tipo cuando aún no hacía seis años de la muerte de papá. ¡Vaya petate! ¡Un carnicero que le pegaba y se iba todo el tiempo con chicas! Un día le arañé la cara. Quiso forzarme, y él, a mí, me daba asco. Lo dejé entrar sólo por enfadar a mi madre. Siempre decía: ¡por mis hijos, todo! ¡Qué cara puso cuando llegó a casa, del trabajo, y encontró al tipo ése con su hija! No habíamos hecho nada. El carnicero pegó un salto, pero yo lo sujeté para que no se largase antes que la vieja entrara y nos viera encamados. ¡Armó un escándalo! Mi madre lo sacó del cuarto a puñetazo limpio. Después me abrazó, rompió a berrear y hasta quiso besarme. Pero yo no me aguanté y la arañé.

«¡Eres una madrastra! ¡Sí, como lo oyes!», grité. Hasta su muerte vivió convencida de que el tipo me había quitado la virginidad. Lo cual no es cierto. Soy una persona decente y jamás lo he hecho con nadie. Así es; si una no se defendiera, tendría diez en cada dedo. ¿Y después qué le queda? La vida aumenta cada día. Las patatas ya cuestan el doble. ¡Quién sabe adónde iremos a parar! Pero a mí no me agarran. Ahora estoy casada y me espera una vejez solitaria...

Por los anuncios del diario, su única lectura, conocía Teresa algunos giros pintorescos que, en momentos de gran excitación o al tomar decisiones importantes, solía intercalar en sus monólogos. Tales giros ejercían un influjo tranquilizador en ella. Repitió: «me espera una vejez solitaria», y se quedó dormida.

Al día siguiente, se hallaba Kien trabajando a buen ritmo cuando entraron dos hombres con la nueva cama. El diván desapareció con su horrible carga, y la cama pasó a ocupar su lugar. Al salir, los recaderos se olvidaron de cerrar la puerta. De pronto volvieron a entrar con un aguamanil.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó uno al otro.

—¡En ningún sitio! —protestó Kien—. Yo no he encargado ningún aguamanil.

—Ya está pagado —dijo el más pequeño de ambos.

—Y la mesita de noche también —añadió el segundo, que se apresuró a meterla: una prueba de madera.

Teresa apareció en el umbral. Venía de hacer compras. Antes de entrar, llamó a la puerta abierta.

—¿Se puede?

—Sí —exclamaron, riéndose, los recaderos, sin esperar a Kien.

—¿Ya están aquí los señores? —Se deslizó discretamente hacia su marido, lo saludó inclinando hombros y cabeza, como si fueran dos viejos amigos, y le dijo:

—¿Qué, no lo he hecho bien? ¡Todo por el mismo precio! El marido espera un mueble y la mujer trae tres a casa.

—No los quiero. Sólo necesito la cama.

—¿Y por qué no? Hay que lavarse.

Los dos hombres se dieron un codazo, creyendo sin duda que él no se lavaba nunca. Teresa lo enredó en una conversación privada. Él no quería convertirse en un hazmerreír. Si hablaba de su aguamanil con ruedas, los recaderos lo tomarían por loco. Por eso prefirió dejar el nuevo ahí, pese a su frío tablero de mármol. Podría disimularlo a medias detrás de la cama. Para acabar cuanto antes con el maldito trasto, él mismo los ayudó a moverlo.

—La mesita de noche sobra —dijo señalando un despreciable trasto, que resultaba cómico en medio de la enorme pieza.

—¿Y el orinal?

—¿El orinal?

La idea de tener un orinal en la biblioteca lo dejó helado.

—¿Quieres ponerlo bajo la cama?

—¡Cómo se te ocurre!

—¿Son modos éstos de tratar a su mujer ante extraños?

Así que todo era un pretexto para hablar. Quería hablar, hablar y sólo hablar. Por eso abusaba de la presencia de los recaderos. Pero a él no lo engatusaría. Comparado con su cháchara, un orinal equivalía a un libro.

—Pónganlo ahí, junto a la cama —dijo en tono áspero a los hombres—. Y ahora pueden irse.

Teresa los acompañó hasta la puerta. Los trató con una cortesía exquisita y, contra su costumbre, les dio una propina proveniente del bolsillo de su esposo. Cuando regresó, Kien había vuelto a sentarse en el sillón, de espaldas a ella. No quería

intercambiar nada con esa mujer, ni siquiera una mirada. Como tenía el escritorio de por medio, Teresa no pudo acercársele y tuvo que contentarse con mirar su perfil torvo. Una justificación parecióle entonces necesaria y empezó a quejarse del viejo aguamanil con ruedas.

—El mismo trabajo dos veces por día. Una en la mañana, otra en la tarde. ¿Será justo? Hay que ser un poco más considerado con su esposa. Una sirvienta gana menos...

Kien se incorporó de un salto y ordenó, sin volverse:

—¡Basta! ¡Ni una palabra más! Los muebles se quedarán donde están. Basta de discusiones. A partir de ahora, dejaré cerrada la puerta que da a tus habitaciones. Te prohíbo entrar en este cuarto cuando yo esté. Yo mismo cogeré allá los libros que necesite. Saldré a comer a la una y a las siete en punto. Y por favor no me llames, que puedo ver la hora solo. Tomaré mis medidas contra cualquier irrupción. Mi tiempo es precioso. ¡Y ahora vete, por favor!

Hizo chasquear las manos manteniendo las yemas de los dedos juntas. Había hallado las palabras adecuadas: claras, objetivas y distantes. Ella jamás se atrevería a contestarle en su lenguaje torpe y grosero. Teresa se marchó, cerrando la puerta tras ella. Por fin pudo él desbaratar su comadreo. En vez de hacerla firmar contratos cuyo tenor no respetaba, le hizo ver quién era el amo. Tuvo que sacrificar, es cierto, algunas cosas: la perspectiva de esas cuatro habitaciones oscuras y llenas de libros; el espacio sin muebles de su estudio. Pero lo que ganó era inapreciable para él: la posibilidad de proseguir su trabajo, cuya primera y esencial condición era el silencio. Pues Kien tomaba silencio como otros aspiran el aire.

En cualquier caso, su primera tarea fue habituarse a los cambios de su entorno. Pasó varias semanas torturado por la estrechez de su nuevo barrio. Reducido a la cuarta parte de su espacio anterior, empezó a compadecer a los presos, a los que antes —y contra la opinión general— consideraba felices por la extraña oportunidad que tenían de aprender (la gente en libertad jamás aprende nada). Se acabaron las idas y venidas que acompañaban sus grandes ideas. Antes, cuando las puertas permanecían abiertas, una brisa saludable circulaba por la biblioteca. Los tragaluces dejaban entrar aire e ideas nuevas. En momentos de gran excitación podía incluso levantarse y recorrer cuarenta metros de ida y otros cuarenta de vuelta. La visión despejada hacia lo alto se correspondía con esta amplitud edificante. Por los tragaluces se apreciaba el cariz general del cielo, más tranquilo y atenuado que en la realidad. Un azul mate indicaba: el sol brilla, pero no me llega. Un gris igualmente mate: va a llover, pero no sobre mí. Un leve rumor anunciaba las gotas que caían. Las sentía a la distancia, pero ellas no lo tocaban. Sabía simplemente que el sol brilla, las nubes pasan y la lluvia cae. Era como si viviese atrincherado contra el mundo; como si se hubiera construido un refugio contra toda relación exclusivamente material, contra lo que sólo fuera terrenal —un refugio enorme, tan grande como para dar cabida a los escasos bienes que, en esta tierra, valen más que la tierra misma y que el polvo en que la vida se

convierte—; como si además lo hubiera cerrado herméticamente tras llenarlo con estos escasos bienes. Viajar por lo desconocido equivalía a no viajar en absoluto. Basta con cerciorarse, a través de los tragaluces, de la persistencia de ciertas leyes naturales: la alternancia del día y de la noche, el incesante y veleidoso jugueteo del clima, el paso del tiempo, y uno viaja sin necesidad de trasladarse.

Pero ahora, el refugio se había reducido. Cuando Kien alzaba la mirada de su escritorio, que ocupaba un rincón del estudio, sus ojos tropezaban con una puerta absurda. Ciertamente es que tras ella estaban las tres cuartas partes de su biblioteca, cuya presencia sentía y hubiera sentido aun a través de cien puertas. Pero limitarse a sentir lo que antes podía tocar, le parecía una desgracia. A veces se reprochaba el haber mutilado espontáneamente un organismo unitario y que él mismo creara. Los libros no son seres vivos, de acuerdo. Carecen de sensibilidad y, por lo tanto, ignoran el dolor tal como lo sienten los animales y, probablemente, también las plantas. Pero, ¿quién ha demostrado la insensibilidad total de lo inorgánico? ¿Quién sabe si un libro no es capaz de anhelar, de un modo que nos es extraño y que por eso no advertimos, la compañía de otros libros con los que convivió un tiempo? Hay momentos en que la frontera tradicional trazada por la ciencia entre los mundos orgánico e inorgánico le parece, como cualquier frontera humana, artificial y caduca a todo ser pensante. Nuestro secreto desacuerdo con esta dicotomía aflora en la expresión: «materia muerta». Pues lo que se ha muerto, ha estado vivo. Al admitir que una sustancia ya no vive, le estamos deseando haber vivido en algún tiempo. Lo que más extrañaba a Kien era que la gente no apreciara los libros tanto como a los animales. ¿Así que aquella fuerza omnipotente, que determina nuestros objetivos y nuestra existencia, participa menos en la vida que los animales, nuestras impotentes víctimas? Pese a estas dudas, él se sometió a la opinión corriente, pues la fuerza de un sabio radica en limitar todas sus dudas a su campo de estudios. En él puede dar libre curso a esta tenaz y sempiterna marejada; en otros campos, y, en general, ha de aceptar los criterios imperantes. Kien, por ejemplo, tendrá buenos motivos para dudar de la existencia del filósofo Lie-Tse. Pero da por seguro que la Tierra gira alrededor del sol, y la luna, en torno a nosotros.

Por lo demás, tenía cosas más graves que sopesar y superar. Los muebles le inspiraban repulsión. Aborrecía su obstinada presencia, que se filtraba hasta en sus ensayos. El espacio que ocupaban se contradecía con la nimiedad de su importancia. Ahora, él estaba a merced de esos toscos maderos. ¿Qué le importaba dónde dormía y dónde se lavaba? Pronto empezaría a hablar también de comida, como el noventa por ciento de la humanidad: los que tienen en exceso, más aún que los que nada tienen.

Se hallaba justamente inmerso en la reconstrucción de un texto. Las palabras emitían un sordo rumor. Ávido como un cazador, el ojo alerta, excitado, pero frío, iba él saltando de frase en frase. De pronto tuvo necesidad de un libro y fue a buscarlo. Mas cuando se disponía a cogerlo, la imagen de la maldita cama cruzó por su mente, rompiendo el riguroso esquema de sus razonamientos y alejándolo a millas de su

presa. Vio muchos aguamaniles confundir los mejores rastros. Se vio a sí mismo durmiendo en pleno día. Si se sentaba, tendría que empezar desde el principio, explorar el distrito de caza, recuperar su estado de ánimo. ¿Por qué esa pérdida de tiempo? ¿Por qué ese despilfarro de energías y concentración?

Poco a poco fue cogiéndole odio a la grotesca cama. No podía cambiarla por el diván, que era aún peor, ni tampoco sacarla, pues los otros cuartos eran de su mujer. Además, ésta no hubiera aceptado devolver lo que era suyo. Kien lo sabía aun antes de hablarle y no estaba dispuesto a reanudar las negociaciones, pues ahora tenía una ventaja incalculable sobre ella: llevaban ya varias semanas sin intercambiar una palabra, y él se guardaría bien de romper aquel silencio. Antes que incitarla a nuevos comadreos, prefería soportar mesa de noche, aguamanil y cama. A fin de sancionar el nuevo *statu quo*, evitaba las tres piezas de Teresa, Si necesitaba libros de esa zona los cogía al mediodía o por la tarde, después de las comidas, ya que, como se decía a sí mismo, tenía cosas que hacer en el comedor. Durante las comidas la ignoraba. El ligero temor de que pudiera decirle algo no lo abandonaba por completo. Sin embargo, por desagradable que fuera, tenía que reconocerle una cosa: respetaba lo estipulado en el contrato.

Al lavarse cerraba Kien siempre los ojos. Era una antigua costumbre suya. Apretaba los párpados mucho más de lo necesario para impedir la entrada del agua. Ninguna precaución le parecía suficiente para sus ojos. Ahora, el nuevo aguamanil favorecía esta vieja costumbre. Al despertar por la mañana, la idea de lavarse lo alegraba. Pues, ¿en qué otro instante se sentía libre de los muebles? Inclinado sobre la jofaina, no veía uno solo de aquellos objetos traidores. (En el fondo, todo cuanto lo distrajese del trabajo era traidor). Sumergido en la jofaina, la cabeza bajo el agua, le gustaba soñar con años anteriores, cuando reinaba un vacío tranquilo y misterioso. Sus dichosas conjeturas revoloteaban por los cuartos sin chocar con nada. Un diván no suponía de por sí mayor estorbo: era casi inexistente, como un espejismo que aparece unos instantes en el horizonte y se esfuma en seguida.

Como era de esperar, pronto se aficionó Kien a tener los ojos cerrados. Cuando acababa de lavarse, no los abría de inmediato. Prolongaba un rato más la ilusión de que los muebles habían desaparecido repentinamente. Y antes de llegar al aguamanil, no bien salía de la cama, cerraba los ojos para saborear anticipadamente su inminente consuelo. Como esas personas que luchan contra sus debilidades, se rinden cuentas a sí mismas y se esfuerzan por perfeccionarse, él se decía que ese gesto no era de debilidad, sino de fuerza. Había que cultivarlo, aunque a la larga se convirtiese en una manía. Además, ¿quién se enteraría? Él vivía solo, y los intereses de la ciencia estaban por encima de la opinión de la gente. Era improbable que Teresa lo descubriera. ¿Cómo se atrevería a contrariar su prohibición y sorprenderlo en sus dominios?

Comenzó prolongando su ceguera hasta después de vestirse. Luego avanzaba a ciegas hasta el escritorio. Al sentarse a trabajar, olvidaba tanto más fácilmente lo que

tenía detrás, cuanto que no lo había visto. En cambio, dejaba errar su mirada por el espacio opuesto a su escritorio. Felices de estar abiertos, sus ojos ganaban agilidad. Quizás acumulasen energías durante las pausas que él, generosamente, les otorgaba. Los protegía contra golpes imprevistos y sólo los utilizaba para fines provechosos: leer y escribir. Cogía a ciegas los libros que necesitaba. Al comienzo se reía solo de los curiosos chascos que se llevaba. ¡Cuántas veces elegía un lugar falso y, sin darse cuenta, volvía al escritorio con los ojos cerrados! Notaba entonces que se había equivocado por tres libros hacia la derecha, por uno hacia la izquierda o, a veces, por un estante entero. Pero eso no lo inquietaba; era un hombre paciente y volvía a la carga una y otra vez. Con frecuencia lo asaltaba el deseo de mirar a hurtadillas el título y el lomo antes de llegar al sitio. Entonces parpadeaba y, en ciertos casos, miraba velozmente de reojo. Pero en general lograba dominarse y esperaba hasta llegar al escritorio, donde ver ya no era peligroso.

La práctica de caminar a ciegas lo convirtió en un experto. Al cabo de tres o cuatro semanas podía encontrar con toda rapidez lo que buscaba, sin engaños ni asechanzas y con los ojos realmente cerrados: una venda no lo hubiera cegado más. Conservaba su instinto incluso en la escalera, que apoyaba con precisión en el lugar debido. Con sus ágiles y largos dedos la cogía por ambos lados y trepaba a ciegas los peldaños. Una vez arriba, y al bajar, mantenía también el equilibrio. Con la práctica allanó además ciertas dificultades que nunca pudo superar cuando veía, porque le eran indiferentes. Aprendió a utilizar sus piernas como un ciego. Si antes le estorbaban al dar el menor paso —eran excesivamente delgadas para su altura—, ahora pisaban el suelo con firmeza y precisión. Parecía que hubieran engordado, echando músculos y grasa. Kien confiaba en ellas, eran un apoyo, veían por él, el ciego. En cambio, él ayudaba al paralítico de antes con un par de nuevas y robustas piernas.

Mientras no estuvo muy seguro del arma que sus ojos le suponían, renunció a varias de sus manías. Ya no llenaba la cartera de libros para dar sus paseos matinales, por ejemplo. Al estar una hora indeciso frente a los estantes, su mirada podría deslizarse fácilmente hacia la siniestra Trinidad —como llamaba al trío aquel de muebles—, que, por desgracia, no se le iba olvidando sino poco a poco. Con el tiempo, sus éxitos lo envalentonaron. A ciegas y sin temor, volvió a llenar su cartera. Si el contenido le era ingrato, la vaciaba y volvía a buscar otro como si nada se hubiera alterado: ni él, ni la biblioteca, ni el futuro, ni la exacta y práctica distribución de sus horas.

En cualquier caso, mantenía el control sobre su estudio. Su labor científica florecía más que nunca, y los tratados proliferaban como hongos en su escritorio. Si bien en otros tiempos había escarnecido y despreciado a los ciegos y su alegría de vivir pese a *semejante* dolencia, en cuanto hizo de su prejuicio una ventaja, su filosofía cambió espontáneamente de signo.

La ceguera es un arma contra el tiempo y el espacio. Nuestra existencia no es sino

una inmensa y única ceguera, exceptuando lo poco que nuestros mezquinos sentidos —mezquinos tanto por naturaleza como por alcance— nos transmiten. El principio dominante en el cosmos es la ceguera. Permite una yuxtaposición de las cosas que sería imposible si éstas pudieran verse unas a otras. Permite hacer fisuras en el tiempo cuando uno no está a su altura. ¿Qué es, por ejemplo, una espora enquistada sino un trozo de vida que se envuelve en una capa de ceguera hasta hacer eclosión? Para escapar al tiempo, que es un *continuum*, hay sólo un medio: no verlo de vez en cuando. Así lo reducimos a aquellos fragmentos que nos resultan conocidos.

Kien no ha descubierto la ceguera. Se limita a aplicarla como una posibilidad natural de la que viven quienes ven. ¿Acaso no se emplean hoy todas las energías disponibles? ¿De qué posibilidades no han echado mano aún los hombres? Cualquier cretino trabaja con electricidad y átomos complicados. Figuras ante las que el común de la gente permanece ciega, pueblan el cuarto de Kien, dando forma a sus dedos y a sus libros. Esta página impresa, tan clara y organizada como cualquier otra, es en verdad un cúmulo infernal de furiosos electrones. Si él fuera siempre consciente de eso, las letras tendrían que bailar ante sus ojos, y sus dedos sentirían la presión de aquel impulso demoníaco en forma de finísimos alfilerazos. No lograría producir más que una débil línea por día. Estaba, pues, en su derecho al aplicar la ceguera —que lo protegía de esos excesos sensoriales—, a todos los elementos que perturbaran su vida. Los muebles eran tan inexistentes para él como ese ejército de átomos que había dentro y alrededor de su persona. *Esse percipi*: ser es ser percibido; lo que yo no percibo, no existe. ¡Ay de aquellos seres débiles que se exponen a las miradas ajenas en cualquier circunstancia!

De todo lo cual se deduce, con una lógica implacable, que Kien no se engañaba en modo alguno a sí mismo.



## Mi querida señora

La confianza de Teresa también creció con las semanas. De sus tres habitaciones, sólo una, el comedor, tenía muebles. Las otras dos aún estaban, por desgracia, vacías. Y eran justamente las que más usaba, por no gastar los muebles del comedor. Solía ponerse detrás de la puerta que daba al estudio de Kien, con la oreja bien parada. Allí permanecía horas y medios días, la cabeza pegada a una rendija por la que nada veía, los codos apuntando hacia él, sin silla alguna que la sostuviera ni más punto de apoyo que ella misma y su falda; y esperaba, sabiendo perfectamente qué esperaba. Era infatigable. A veces lo sorprendía hablando solo. Su mujer era muy poca cosa para él, por eso hablaba con el aire: un merecido castigo. Poco antes del almuerzo y de la cena, se retiraba a la cocina.

Y Kien, absorto en su trabajo, lejos, muy lejos de ella, se sentía a gusto y contentísimo, aunque la mayor parte del tiempo la tuviera a sólo dos pasos de distancia.

A veces se le ocurría, es verdad, que quizá estuviera maquinando algún discurso contra él. Pero ella callaba y callaba. Por eso decidió, una vez al mes, controlar el número de libros en los cuartos de Teresa. Nadie está seguro contra el robo de libros.

Un día, a eso de las diez, cuando ella estaba a la escucha, abrió Kien violentamente la puerta, impulsado por un súbito deseo de inspección. Teresa dio un respingo y casi se fue al suelo.

—¡Vaya modales! —gritó, envalentonada por el susto—. Se llama antes de entrar. Cualquiera diría que estoy escuchando tras las puertas y en *mis propios* cuartos. ¿De qué me serviría escuchar? El marido se cree con derecho a todo por estar casado. ¡Qué modales! ¡Uf! ¡Qué vergüenza!

¿Cómo? ¿Llamar antes de acercarme a mis libros? ¡Qué insolencia! ¡Ridículo, grotesco! Ha perdido la razón. Debiera darle un bofetón, a ver si reacciona.

Se imaginó la marca de sus dedos en esas mejillas rechonchas, cebadas, lustrosas. Sería injusto darle preferencia a alguna. Habría que golpear con ambas manos simultáneamente. Si no acertaba, las rayas rojas quedarían más arriba en una que en la otra. Sería horrible. Su trato con el arte chino le había inculcado un gusto apasionado por la simetría.

Teresa notó que estaba examinando sus mejillas. Olvidando lo de las llamadas, se dio media vuelta y le dijo, en tono seductor:

—Eso no se hace. —Kien la había vencido sin bofetadas. Su interés por las mejillas se extinguió. Profundamente satisfecho, se volvió hacia las estanterías. Ella siguió esperando. ¿Por qué no le decía nada? Al mirarlo de reojo, descubrió el cambio operado en su rostro y prefirió irse a la cocina, donde solía resolver sus enigmas.

¿Por qué le diría esas cosas? Esta vez tampoco quiso. Ella es demasiado decente. Otra se le hubiera echado al cuello en seguida. El tipo no tiene remedio. Pero ella era

así. De haber sido mayor, se hubiera lanzado sobre él. ¿Puede llamarse a eso un hombre? Aunque tal vez no sea hombre. Hay hombres extraños que en realidad no lo son. Los pantalones no significan nada: los llevan por costumbre. Pero tampoco son mujeres. Cosas que pasan. ¿Quién sabe cuándo tendrá otra vez ganas? La gente como él puede tardar años. Ella no es vieja, pero tampoco es una chica: lo sabe muy bien, no necesita que se lo digan. Parecerá de treinta, pero no de veinte. Todos los hombres la miran en la calle. ¿Qué le dijo el vendedor de aquella mueblería? «Pues sí, la gente bien suele casarse a los treinta, sean damas o caballeros». En realidad, ella creía aparentar unos cuarenta..., lo que no está nada mal cuando se tiene cincuenta y seis. Pero si se lo dice un joven como aquél, por algo será... «¡Pero oiga, la de cosas que usted sabe!», contestó ella. Un tipo interesante. No sólo adivinó su edad, sino también que era casada. ¡Y tener que convivir con ese vejstorio! La gente puede pensar que no la ama.

Palabras como «amar» y «amor» pertenecían, en todas sus formas, al vocabulario de los anuncios periodísticos tan caro a Teresa. En su juventud se acostumbró a usar vocablos más contundentes. Posteriormente, en casa de sus patronos, aprendió, entre otros, también éstos, que adquirieron para ella resonancias fascinantes y extrañas. Pero aunque nunca pronunciara estos sagrados términos, aprovechaba cualquier ocasión favorable y siempre que leía la palabra «amor», se detenía para estudiar a fondo las que la rodeaban. A veces, el «correo del corazón» lograba eclipsar fabulosas ofertas de trabajo. Teresa leía: «sueldo elevado» y estiraba el brazo. Dichosa, su mano se doblaba bajo el peso del ansiado dinero. De pronto, su mirada se deslizaba hasta la palabra «amor», a escasas columnas de distancia, y hacía ahí una pausa de varios minutos. Sin embargo, no olvidaba sus proyectos ni devolvía el dinero que ya tenía en la mano. Simplemente lo cubría de amor durante un breve y agitado instante.

Teresa repitió en voz alta: «No me ama». Al pronunciar la palabra clave, apretó los labios y sintió en ellos la presión de un beso. Eso la consoló y cerró los ojos. Luego apartó las patatas que acababa de pelar, se secó las manos en el delantal y abrió la puerta de su pequeño dormitorio. Un centelleo la obligó a cerrar los ojos. De pronto sintió calor. Cientos de corpúsculos y luciérnagas rojas bailaban en el aire; el espacio se fue estrechando: el suelo subía y sus pies se hundían, niebla, niebla, una extraña niebla —o quizá fuera humo—; en derredor, todo vacío, despejado: ¡cuánto espacio! Buscó dónde agarrarse, se sentía morir: su maleta, su ajuar. ¿Quién se habrá llevado las cosas? ¡Socorro!

Cuando volvió en sí, yacía en diagonal sobre la cama. Limpia y ordenada, la habitación fue surgiendo ante sus ojos: todo estaba en su lugar. De repente sintió miedo. Al comienzo, el cuarto estaba vacío; ahora aparecía otra vez lleno. ¿Quién lo entiende? Lo que es ahí no se quedaba. El calor era agobiante y la pieza demasiado pequeña y deslucida. Podía quedarse muerta cualquier día, sola.

Se arregló la ropa y se deslizó a la biblioteca.

—Por poco me muero —dijo en tono simple—. Me desmayé. El corazón se me paró. Demasiado trabajo y un cuarto muy malo. ¡Cualquiera se muere!

—Cómo, ¿en cuanto saliste te sentiste mal?

—Mal no, me desmayé.

—Pues debe hacer un buen rato. Ya llevo una hora con los libros.

—¿Qué? ¿Tanto? —Teresa tragó saliva. No recordaba haber estado nunca enferma.

—Llamaré al médico.

No necesito médicos. Prefiero mudarme. ¿Por qué será que no duermo? Lo que necesito es mucho sueño. El cuarto que está junto a la cocina es el peor de todo el apartamento. Es un cuarto de servicio. Si tuviera una criada, la haría dormir ahí. Pero una... imposible. Tú te escogiste el mejor cuarto. A mí me corresponde el segundo, el de al lado. El marido cree que sólo él necesita sueño. Si sigo así, me enfermaré y entonces... ¿Tú qué harás? ¡No olvides lo que cuesta una criada!

¿Qué más quería de él? De sus cuartos podía disponer a su antojo. A él no le importaba en cuál de ellos durmiera. No quiso interrumpirla debido a su desmayo. Felizmente, un desmayo no es algo muy frecuente. Por compasión —falsa, tuvo que reconocerlo— se obligó a sí mismo a seguir escuchándola.

—¿Quién habla de molestar? Cada uno en su cuarto. No pasará nada. Yo no soy una de éstas. Hay mujeres que dan vergüenza. Es para que a una se le suban los colores. ¡Qué necesito yo eso! ¡Son otros muebles lo que necesito! En el cuarto grande sobra espacio. ¿O es que soy una mendiga?

Por fin supo Kien lo que quería: más muebles. Al abrir la puerta la golpeó en la cara. Él era, pues, culpable de su desmayo. No hay que abrir las puertas tan violentamente. La emoción la había afectado. Él mismo se asustó, pero ella le ahorró sus reproches. En compensación, debería ofrecerle los muebles.

—Tienes razón —dijo él—, cómprate otro dormitorio.

Acabando de comer, se lanzó Teresa a recorrer calles en busca de la mejor mueblería. Una vez dentro, preguntó los precios de los dormitorios. Ninguno le pareció excesivamente caro. Cuando los propietarios, dos hermanos gordos que se sobrepujaban uno al otro, dijeron finalmente un precio que cualquier persona honesta hubiera considerado excesivo, Teresa giró la cabeza hacia la puerta y espetó, en tono desafiante:

—Los señores deben pensar que mi dinero es robado.

Salió de la tienda sin despedirse y se dirigió directamente a casa, al estudio de su marido.

—¿Qué quieres? —Kien estaba furioso: ¡invadir su estudio a las cuatro de la tarde!

—Debo prevenir a mi marido contra los precios, no sea que se asuste cuando su mujer le pida tanto dinero junto. ¡Cómo han subido los juegos de dormitorio! Hay que ver para creer. Me he escogido uno que está bien, aunque no es nada especial. En

todas partes ves los mismos precios.

Y pronunció respetuosamente la suma. Kien no sintió el menor deseo de seguir rumiando cosas que hacía rato, desde el mediodía, estaban decididas. Llenó rápidamente un cheque por la suma indicada, le señaló el nombre del banco donde debía cobrarlo y, después, la puerta.

Sólo cuando estuvo fuera se convenció Teresa de que la exorbitante cifra figuraba, realmente, en el cheque. Y sintió pena por el jugoso dinerillo. Después de todo, no necesitaba el dormitorio más fino. Hasta entonces había vivido decentemente y sin apuros. ¿Por qué iba a pervertirse ahora, ya casada? No necesitaba lujos. Lo mejor es comprarse uno que le cueste la mitad y guardar el resto en la Caja de Ahorros. Así tendrá siquiera una reserva. ¡La de años que hubiera debido trabajar para juntar esa suma! Imposible calcularlos. Y aún trabajaría mucho más para él. ¿Ganaría algo con eso? ¡Ni un mísero centavo! Cualquier criada gana más que un ama de casa. Tendrá que espabilarse si quiere sacarle algo. Y ella, ¿por qué será tan tonta? Debió llegar a un acuerdo con él ante el Registro Civil. Debería seguir cobrando un sueldo. Ahora trabaja igual que antes. O incluso más, si se suman el comedor y los muebles del marido. Hay que limpiar todo eso; y no es poco. Debería cobrar mucho más que antes. No hay justicia en este mundo.

El cheque le temblaba en la mano, de pura indignación.

Durante la cena enarboló su sonrisa más maligna. Las comisuras de sus labios y de sus ojos se encontraron casi junto a las orejas. Por la fina ranura de sus ojos se filtraba un centelleo verdoso.

—Mañana no cocinaré en casa. No tengo tiempo. No puedo hacer todo a la vez. —Y se calló, deseosa de observar el efecto de sus palabras. Quiso vengarse de la crueldad de Kien y habló en la mesa, incumpliendo lo estipulado en el contrato.

»¿Dejar que me endilguen algo malo por una simple comida? Total, se come cada día. Pero un dormitorio sólo se compra una vez. Despacio que tengo prisa. Mañana no cocinaré. ¡No!

—¿De veras que no? —A Kien se le ocurrió una idea fabulosa, que anuló cualquier preocupación por sus derechos y necesidades cotidianos—. ¿De veras que no? —En su voz resonó casi el eco de una carcajada.

—¡No veo por qué te ríes! —replicó ella irritada—. Una se mata trabajando, ¿o es que soy una criada?

De muy buen humor, Kien la interrumpió:

—¡Ten cuidado! Ve a todas las tiendas que puedas y compara precios antes de decidirte por algo. Los comerciantes son tramposos por naturaleza. Siempre intentan cobrarte el doble a las mujeres. Al mediodía será mejor que descanses, te metas en un restaurante y pidas un buen almuerzo, ya que hoy no te has sentido bien. ¡No vuelvas a casa! Hace calor y te cansarías inútilmente. Después del almuerzo podrás seguir buscando con toda calma. ¡Y sobre todo no te precipites! Tampoco te preocupes por la cena. Te aconsejo que pases todo el día afuera, hasta que cierren las tiendas.

Decidió olvidar que Teresa ya había hecho su elección y hasta le había pedido el importe exacto.

—Por la noche cenaremos algo frío —dijo Teresa al tiempo que pensaba: «querrá tenderme un nuevo lazo». Se nota en seguida cuando un tipo se avergüenza. ¡Será posible! ¡Explotar de ese modo a su mujer! Con una sirvienta que haga lo que quiera. Para eso le paga. Pero con su mujer, no. Por algo una es ama de casa.

Cuando salió de casa a la mañana siguiente, estaba firmemente decidida a comprarle sólo al tipo interesante, el que le adivinó al mismo tiempo la edad exacta y el matrimonio.

Cobró el cheque en el Banco y depositó en seguida la mitad de la suma en la Caja de Ahorros. Para darse una idea de los precios, visitó varias mueblerías. Se pasó la mañana regateando tenazmente. Sus cálculos resultaron ser precisos: ingresaría incluso más dinero en la Caja de Ahorros. La novena tienda en la que entró fue aquella contra cuyos precios protestara la tarde anterior. La reconocieron en seguida. Su manera de ladear la cabeza y hablar a trompicones se grababa para siempre en quienes la veían. Tras la experiencia de la víspera, le mostraron las cosas más baratas. Examinó las camas de arriba abajo, golpeando la madera y pegando el oído a la cabecera por si sonaba hueco. Las cosas están a veces carcomidas antes de que uno las compre. Abrió todas las mesitas de noche y las husmeó para verificar que no estuvieran usadas. Empañó con vaho los espejos y los limpió luego con una bayeta que los «caballeros» le dieron a regañadientes. Ninguno de los armarios la satisfizo.

—¡Aquí no cabe nada! ¡Oiga, qué cajones hacen ahora! Serán para gente pobre. La gente como una necesita espacio.

La trataron con deferencia pese a su modesto aspecto. La creían idiota, y a los idiotas les molesta irse sin comprar. La psicología de los dos hermanos tampoco iba demasiado lejos en cuanto a clientes. Se limitaba a jóvenes parejas cuya dicha alentaban, con éxito inmediato, mediante equívocos consejos que admitían interpretaciones cínicas o cariñosas, según el caso. Para animar a esta mujer mayor no tenían en cambio —siendo ellos mismos vividores y de edad—, ningún recurso. Tras ofrecerle garantías personales durante media hora, su fervor se fue extinguiendo. Teresa, que acechaba una ofensa de este tipo, abrió el enorme bolso que llevaba bajo el brazo, cogió el fajo de billetes y dijo mordazmente:

—Déjenme ver si llevo dinero suficiente.

Y ante los ojos de los dos hermanos rechonchos y morenitos, que no esperaban semejante contenido en aquel bolso, fue contando lentamente los billetes. «¡Diantre, sí que tiene pasta!», pensaron, entusiasmados como un solo hombre. No bien hubo acabado, ella guardó cuidadosamente los billetes en su bolso, lo cerró y se fue. Ya en el umbral, dio media vuelta y les gritó:

—¡Los caballeros no saben apreciar a los buenos clientes!

Se encaminó hacia el vendedor interesante. Como era ya la una, se dio prisa por llegar antes del cierre. Iba causando sensación: entre tantos hombres con pantalones y

tantas mujeres con falda corta, era la única cuyas piernas funcionaban misteriosamente bajo esa falda azul almidonada, que le llegaba hasta los pies. Tan bueno es deslizarse como caminar, pudieron constatar los transeúntes. Incluso era mejor, pues ella adelantaba a todos. Teresa sentía las miradas de la gente. ¡Como una de treinta!, pensó, y comenzó a sudar bajo el efecto de la prisa y la alegría. Le costaba mantener inmóvil la cabeza. Una sonrisa admirativa le animaba la cara. Como impulsados por sus orejas —anchas alas—, sus ojos se elevaron hasta el cielo y se posaron en un juego de dormitorio barato. Y Teresa, como un ángel adornado de encajes, se instaló en él cómodamente. Aún seguía en las nubes cuando se vio de pronto frente a la tienda que buscaba. Su orgullosa sonrisa adquirió un matiz de alegría socarrona. Entró y se deslizó hacia el joven vendedor moviendo las caderas con tal fuerza que su holgada falda ondeó rítmicamente.

—¡Aquí me tiene! —dijo en tono modesto.

—¡A sus pies, señora mía! ¡Qué honor tan inesperado! ¿Qué la trae por aquí, señora mía, si no es indiscreción?

—Un juego de dormitorio; usted ya sabe.

—Lo pensé en seguida, mi querida señora. Para dos, desde luego, si me permite la pregunta.

—¡Oiga! ¡A usted le permito todo!

Pero él meneó tristemente la cabeza.

—No, a mi no, señora. ¿Soy yo el afortunado? Le garantizo que conmigo no se hubiera usted casado, señora mía. Un pobre vendedor...

—¿Por qué no? Nunca se sabe. Los pobres también son gente. Y yo no soy orgullosa.

—Porque tiene un corazón de oro, mi querida señora. Envidia a su señor esposo.

—Pero oiga, sabiendo cómo son los hombres hoy en día...

—La señora no querrá decir... —El tipo interesante frunció el ceño, sorprendido. Sus dos ojos brillaron como el hocico húmedo de un perro: los frotó contra ella.

—Creen que una es su sirvienta y no le pagan un céntimo. Aunque las sirvientas tienen sueldo.

—En cambio usted, señora mía, escogerá ahora un precioso dormitorio. Adelante por favor. Mercadería excelente, de primera calidad; pensé que la señora volvería y se lo reservé especialmente. Hubiéramos podido venderlo seis veces por lo menos, palabra de honor. Su señor esposo se alegrará. Cuando la señora vuelva a casa: «¿Qué tal, querida?», le dirá el señor esposo. «Buenos días, querido, le dirá la señora, ya tengo un dormitorio para los dos, querido...» ¿me entiende?, *usted* le dice eso y se le sienta en las rodillas. Disculpe usted, señora mía, que no tenga pelos en la lengua, pero no hay hombre capaz de resistirse a esas cosas en ningún país del mundo; ni siquiera un señor esposo. Si yo fuera casado —no digo con usted, señora, ¡qué ocurrencia!, un pobre empleado como yo— con una mujer, me refiero, incluso una mujer mayor, de unos cuarenta, por ejemplo... ¡ah!, no se imagina, querida señora...

—Pero oiga, yo no soy muy joven que digamos.

—Pues yo pienso lo contrario, señora, con su permiso. Admito que la señora haya cumplido los treinta hace poco, aunque eso es lo de menos. Siempre he dicho que lo más importante en una mujer son las caderas. Son imprescindibles y hay que verlas. Pues ¿qué saco con que tenga un buen par si no las veo? Por favor, convéznase usted misma... aquí tiene unas espléndidas... —Teresa quiso gritar, pero la emoción le cortó el habla. Él titubeó unos instantes y añadió—: ¡Sábanas!

Ella ni se dignó mirar los muebles. Con su cháchara, el tipo la fue excitando en forma adecuada; acercó sus manos hasta rozar casi las vibrantes caderas, que sustituyó por unas prácticas y espléndidas sábanas. El gesto de resignación con que su pobre mano de empleado se despidió de las inalcanzables caderas, conmovió aún más a Teresa. Aquel día estaba condenada a transpirar. Hechizada, seguía los movimientos de la boca y mano del vendedor. Sus ojos, que normalmente destellaban todo tipo de colores malignos, brillaron esta vez pacíficos, acuosos y casi azules al deslizarse, obedientes, sobre las sábanas. Por cierto que eran espléndidas. El tipo interesante sabe todo. ¡Un verdadero experto en muebles! A una hasta le da vergüenza. Felizmente no la obligó a hablar. ¿Qué hubiera pensado de ella? No sabía nada de muebles. Ninguno de los otros lo notó. ¿Por qué?, porque son unos cretinos. Pero el tipo interesante nota todo en seguida. Será mejor que no hable. La voz de él suena a mantequilla derretida.

—¡Le suplico, señora mía, no olvide usted lo principal! Un esposo reacciona según la cama en que lo acuesten. Dele usted una buena cama y hará con él lo que quiera. Créame, mi querida señora. La felicidad conyugal no depende sólo del estómago, depende también de los muebles y, sobre todo, del dormitorio, yo diría incluso de las camas, sí, de las camas de matrimonio, como quien dice. A ver si me explico, señora: un esposo es también un hombre. ¿De qué le sirve la mujer más bella, una esposa en la flor de la edad, si duerme mal? Si duerme mal, estará de mal humor. Si duerme bien, se le acercará un poquito más. Déjeme decirle una cosa, querida señora, y créame que algo sé yo de este negocio; hace 12 años que estoy en el ramo y ya llevo 8 en esta tienda: ¿de qué sirven las caderas si la cama es mala? Al marido lo dejarán frío las mejores caderas, incluso a su señor esposo. La señora puede intentar danzas del vientre orientales, darle el toque final a su belleza y presentarse ante él sin ropa —desnuda, como quien dice—, le garantizo que todo será inútil si el señor esposo está de mal humor. ¡Ni siquiera siendo usted, mi querida señora, lo que es mucho decir! ¿Sabe usted qué haría el señor esposo si la señora fuera vieja y achacosa?... me refiero a la cama, ¡pues volaría a buscar una mejor! ¿Y qué tipo de camas, dígame? Camas de nuestra empresa. Podría enseñarle cartas de agradecimiento, señora mía, escritas por señoras como usted. Se quedaría de una pieza al ver la cantidad de matrimonios felices que tenemos en nuestra conciencia. Con nosotros no hay divorcios. No sabemos qué es. Hacemos lo que podemos y los clientes quedan muy contentos. Le recomiendo especialmente este modelo, mi

querida señora. Todos son buenos, se lo digo yo, señora, pero me permito encomendar *éste* modelo a su corazón de oro, mi queridísima señora.

Teresa se acercó sólo por darle gusto. Estaba de acuerdo en todo. Tenía miedo de perderlo. Miró el modelo que le aconsejaba, pero no hubiera podido decir qué tal era. Buscó angustiosamente alguna posibilidad de seguir oyendo su voz de mantequilla. Si decía «sí» y pagaba, tendría que irse y adiós tipo interesante. Bien podía darse un gusto con su dinerillo. Al fin y al cabo, esa gente iba a ganar con ella. No hacía nada malo dejándolo hablar. Hay gente que se va sin comprar nada, y ni se inmuta. Pero ella es una mujer decente y nunca hace eso. Hay que darle tiempo al tiempo.

No sabiendo qué hacer, y por decir algo:

—¡Oiga, pero cualquiera puede decirme eso!

—Disculpe usted, señora mía, por no decir: espléndida señora mía, pero mi intención no es engañarla. Lo que encomiendo a su *corazón*, se lo encomiendo de veras. Puede usted creerme, señora, en mí todos confían. Y se lo probaré en seguida, querida señora: ¡Por favor, jefe!

El jefe, un tal Gross, minúsculo hombrecito de cara achatada y ojillos miedosos, apareció en la puerta de la habitación que le servía de despacho y, aunque pequeño, se dobló en dos mitades aún más pequeñas.

—¿Qué hay? —preguntó acercándose tímidamente, como un chiquillo asustado, hacia la enorme falda de Teresa.

—¡Dígalo usted mismo, jefe! ¿Cuándo ha desconfiado de mí algún cliente?

El jefe calló. Temió decir una mentira delante de esa Madre: podría pegarle. Su expresión traslucía el conflicto entre su espíritu de comerciante y el respeto por la Madre. Teresa notó ese conflicto y lo interpretó erróneamente. Comparó al empleado con su jefe. Éste también quería decir algo, pero no se atrevía. Para realzar el triunfo del tipo interesante, ella salió en su ayuda con bombos y platillos.

—¡Pero oiga! ¿A qué buscar testigos? Basta con oírlo a usted para creerle. Le creo todo lo que dice. ¿Quién habla de mentiras? Al jefe no lo necesito. No le creería una palabra.

El hombrecito se escurrió precipitadamente a su despacho. ¡Siempre era lo mismo! No había abierto la boca y la Madre le decía mentiroso. Con todas las mujeres tenía esa mala suerte. De niño con su madre, luego con su mujer, una ex-empleada. Llegó a casarse con su mecanógrafa porque a veces le decía «mamá» para calmarla, cuando se quejaba de algo. Desde que se casó le estaba prohibido tener secretaria. Todo el tiempo entraban Madres en la tienda. Seguro que ésta lo era. Por eso se mandó construir ese despacho al fondo. Sólo debían llamarlo cuando fuera absolutamente necesario. ¡Ya se las pagaría el Guarro! Sabe muy bien que es incapaz de portarse como un jefe en presencia de una Madre. Pero Guarro quería ser su socio y, para humillarlo, lo ponía en ridículo ante los clientes. Sin embargo, el señor Gross era el jefe de la tienda de muebles *Gross & Madre*. Su verdadera madre aún vivía y participaba en el negocio. Dos veces por semana, los martes y los viernes, venía a



controlar los libros y a gritonear a los empleados. Como revisaba minuciosamente las cuentas, era muy difícil engañarla. Él, sin embargo, lo hacía. No habría podido vivir sin el producto de esa estafa. Se consideraba, y con razón, el verdadero jefe de la empresa, tanto más cuanto que los gritos de su madre le daban cierta autoridad frente a sus dependientes. Los lunes y los jueves, víspera de los días en que ella iba a la tienda, él daba órdenes a su real antojo y todos le obedecían sin chistar, pues al día siguiente podría acusar a los que se portasen mal. En cualquier caso, los martes y los viernes ella se quedaba todo el día en la tienda. Entonces no se oía un solo ruido, nadie se atrevía a decir nada —él tampoco—, pero se lo pasaba bien. Sólo se insolentaban los miércoles y sábados. Aquel día era miércoles.

Sentado en el sillón de su despacho, el señor Gross escucha lo que ocurre fuera. Guarro seguía hablando como una catarata. El tipo vale su peso en oro, pero no llegará a ser socio suyo. ¿Cómo? ¿La Madre quiere invitarlo a comer?

—El jefe no me lo permitiría, señora; aunque sería mi deseo más ardiente, señora.

—¡Pero óigame, podría hacer una excepción! Yo lo invito.

—Su corazón de oro me conmueve, señora mía, pero lo veo imposible, totalmente imposible. El jefe no entiende bromas.

—¿Cómo puede ser tan guarro?

—Si la señora supiera cómo me llamo, se reiría. Mi apellido es Guarro.

—Reírme, ¿por qué? Guarro es un apellido como cualquier otro. Y usted no es ningún guarro.

—Mil gracias por el cumplido; permítame besar su mano, mi querida señora. Si seguimos así, acabaré besando su dulce manita *in natura*.

—¡Pero oiga! ¿Qué pensarían si nos oyeran?

—No me avergüenzo, mi señora. Tampoco hay de qué. Como le decía, cuando se tiene unas caderas... perdón, unas manitas tan espléndidas... Pero, ¿por cuál se ha decidido la señora? Por éste, ¿verdad?

—Pero antes lo invito a comer.

—Me sentiría el hombre más feliz del mundo, señora mía. Pero este pobre vendedor le pide mil disculpas. El jefe...

—No tiene voz ni voto.

—La señora se equivoca. Su madre vale por diez jefes. Y él tampoco es ningún tonto.

—¿Qué clase de hombre es ése? No es un hombre. Mi marido lo es más, comparado con él. Y bueno ¿qué me dice? Estoy por creer que no le gusto.

—¡Qué dice usted, querida señora! ¡Tráigame un hombre al que usted no le guste! Le apuesto lo que quiera a que no lo encontraría. Simplemente no existe, señora mía. Maldigo mi cruel destino. El jefe nunca me concedería este triunfo. ¿Cómo?, diría, la clienta se va con un simple empleado y a lo mejor encuentra a su señor esposo. El marido se pone furioso, como quien dice, y estalla un escándalo sensacional. Mi empleado volverá, pero la clienta no. ¿Y quién es el pagano? ¡Yo! Una distracción

muy cara, diría el jefe. También es un punto de vista, señora mía. ¿La señora conoce la canción del pobre gigoló, del gigoló guapito? *Aunque el corazón se te parta...* ¡Bueno, no sigamos! Quedará usted contenta con las camas, mi querida señora.

—¡Pero oiga! ¡El que no quiere es usted! Yo lo invito.

—Si la señora estuviera libre esta tarde... pero ya me imagino. El señor esposo será inflexible en estas cosas. Y debo decir que lo entiendo. Si tuviera la dicha de estar casado con una mujer guapa... no se imagina usted, mi bellísima señora, cómo la cuidaría. «*Aunque el corazón se le parta, no la dejaría*». El segundo verso es mío. Tengo una idea, señora. Haré un cuplé sobre usted, mi señora, echada en su nueva cama, sólo en camisón, como quien dice, con las espléndidas... perdón, no sigamos. ¿La señora me permite acompañarla a la caja?

—Ahora ni pensarlo. Vamos primero a comer juntos.

El señor Gross escuchaba con creciente indignación. ¿Por qué Guarro lo tomaba siempre como excusa? ¡En vez de alegrarse porque la madama lo invitaba a comer! Esos dependientes son todos unos megalómanos. Cada tarde viene a buscarlo una tipa distinta a la tienda: chicas jóvenes, que podrían ser sus hijas. La Madre se iría sin comprar los muebles. Ninguna Madre acepta que le rechacen una invitación. El Guarro se está pasando: la empresa empieza a quedarle chica. Hoy es miércoles. ¿Por qué un Gross no había de ser jefe justamente el miércoles?

Mientras hacía grandes esfuerzos por escuchar, se fue armando de valor. Se sintió secundado por la Madre que, afuera, discutía tenazmente con su empleado. Hablaba de él, Gross, en el mismo tono en que lo hacían todas las Madres. ¿Cómo decírselo a Guarro? Si hablaba demasiado, el otro, siendo miércoles, le contestaría con alguna impertinencia y se perdería una buena clienta. Si hablaba poco, tal vez no lo entendiera. Lo mejor sería una orden breve. Pero, ¿dársela de cara a la Madre? No. Mejor ponérsela delante, dándole la espalda: Guarro tendría más respeto ante los dos.

Esperó un momento para asegurarse de que no había acuerdo cordial entre ambas partes. Luego saltó de su sillón sin hacer ruido y, de dos «largos» tranquilos, llegó hasta la puerta vidriera. La abrió de un empujón, asomó rápidamente la cabeza —que era lo más grande en su persona— y gritó con su aguda voz de falsete:

—¡Puede usted irse, Guarro!

—El jefe... —la excusa que iba a mencionar por centésima vez, se le atracó en la garganta.

Teresa volvió de golpe la cabeza y dijo, con un bufido de triunfo:

—¡Oiga! ¿No le decía? —Antes de irse a comer, quiso enviarle una mirada de agradecimiento al señor jefe, pero éste había desaparecido en su despacho.

Los ojos de Guarro adquirieron un brillo maligno. Con expresión desdeñosa, permanecieron clavados en la falda almidonada. Se guardó muy bien de mirarla a la cara. Su voz de mantequilla derretida tendría ahora gusto a quemado. Él lo sabía y prefirió callarse. Sólo cuando le cedió el paso en la puerta, movió brazo y labios por costumbre y dijo:

—¡Usted primero, señora mía!

## Movilización

Hacía años que el inmueble de la calle de Ehrlich, 24, se hallaba a salvo de mendigos y buhoneros. Día tras día, el portero se mantenía al acecho en su cuchitril, situado junto al vestíbulo de entrada, y atajaba a cuanto pobre diablo cruzara el umbral. La mirilla ovalada, que se abría a la altura de un hombre normal y bajo la cual estaba escrito: *Portero*, infundía un auténtico terror a quienes buscaban compasión en esa casa. Al pasar por delante, se agachaban como si hubieran recibido sabe Dios qué limosna y estuvieran agradeciendo. Pero su precaución era inútil. Al portero lo tenía sin cuidado la mirilla normal: los detectaba cuando creían deslizarse sin ser vistos. Tenía un método propio y eficaz. Como buen policía jubilado, era astuto y se creía imprescindible. Claro está que los veía a través de una mirilla, pero no de la que ellos se cuidaban.

A cincuenta centímetros del suelo había abierto un segundo agujero en la pared de su cubículo. Y allí, donde nadie suponía su presencia, vigilaba arrodillado. El mundo se componía para él de faldas y pantalones. Los que se usaban en la casa le eran familiares; los de fuera eran juzgados según su modelo, valor y distinción. En este campo había adquirido la misma seguridad con la que en otros tiempos practicaba detenciones. Raras veces se equivocaba. En cuanto aparecía un intruso, alargaba, siempre de rodillas, su brazo corto y grueso hasta la manija de la puerta que, otro de sus inventos, estaba colocada al revés. El ímpetu con que se incorporaba, la abría. Entonces cubría de improperios al intruso y le pegaba hasta dejarlo medio muerto. El primero de cada mes, día en el que le traían su pensión, dejaba entrar a todo el mundo. Y los pordioseros, siempre ojo avizor, acudían en tropel a visitar a los distintos inquilinos, deseosos a su vez, tras un largo mes de abstinencia, de recibirlos. Los rezagados aún podían colarse al segundo o tercer día: al menos no eran despachados tan penosamente como el resto del mes. A partir del cuarto, sólo probaban fortuna los novatos.

Kien se hizo amigo del portero tras un pequeño incidente. Una tarde, cuando regresaba de un paseo desacostumbrado —el portal ya estaba a oscuras—, se vio súbitamente agredido por una voz.

—¡Carroña inmunda! ¡Venga, rápido a la comisaría! —Saltando de su escondrijo, el portero lo cogió por el cuello que, al estar tan alto, era difícil de alcanzar. El tipo se dio cuenta de su burdo error y sintió vergüenza: su prestigio como experto en pantalones peligraba. Con una afabilidad casi felina condujo a Kien a su guarida, le enseñó su invento secreto y ordenó a sus cuatro canarios que cantaran. Pero éstos se negaron. Kien comprendió al punto a quién debía su tranquilidad. (Hacía varios años que ningún mendigo llamaba a su puerta). Aquel tipo robusto, fuerte como un oso, estaba ahí, a pocos pasos de él, en ese estrecho cubículo. Decidió premiar su peculiar eficacia con un «regalito» mensual. La suma mencionada resultó ser mayor que la propina de los otros inquilinos juntos. En un primer impulso de felicidad, el portero

tuvo ganas de pulverizar las paredes del cubículo con sus puños, cubiertos de un pelo rojizo. Así le hubiera demostrado a su benefactor lo mucho que merecía su agradecimiento. Pero logró dominar sus músculos y sólo atinó a rugir—: ¡Cuenta usted conmigo, profesor! —Mientras abría bruscamente la puerta del vestíbulo.

A partir de aquel día, nadie se atrevió a hablar de Kien en la casa sin llamarle «el profesor», aunque en realidad no lo fuese. A los nuevos inquilinos se les comunicaba en el acto esa suprema condición, impuesta por el portero para tolerar su presencia en el inmueble.

En cuanto Teresa abandonó la casa por todo el día, corrió Kien el cerrojo y se preguntó qué fecha era: el ocho. Pasado ya el primero, no había mendigos que temer. Aquel día deseaba más tranquilidad que de costumbre. Tenía una fiesta en perspectiva. Por eso le pidió a Teresa que se fuera. No había mucho tiempo. Ella vendría a las seis, cuando cerraran las tiendas. Sólo los preparativos requerían horas. Y el trabajo manual era inmenso. Al hacerlo, podría ir preparando mentalmente su discurso. Sería un portento de erudición, ni muy árido ni muy demagógico, con alusiones a sucesos de actualidad, resumen de una vida rica en experiencias: en fin, el tipo de discurso que suele gustarle a un hombre de cuarenta años. Pues aquel día, Kien abandonaba su reserva.

Colgó chaleco y americana en una silla y se remangó velozmente la camisa. Aunque despreciaba la ropa, la protegía de los muebles. Luego corrió hacia la cama y se echó a reír, enseñándole los dientes. Le resultaba extraña, aunque durmiera en ella cada noche. Al no mirarla hacía tiempo, en su imaginación la había vuelto más vulgar y desproporcionada.

—¿Qué tal, amiga? —exclamó—. ¡Te noto más repuesta! —Desde la víspera estaba de un humor excelente—. Pero ahora, ¡fuera! ¡Y rápido! ¿Me entiendes? —La asió con ambas manos por la cabecera y dio un tirón. El monstruo ni se movió. Hizo presión con los hombros, esperando mejores resultados, pero la cama se limitó a crujir. Estaba empeñada en ridiculizarlo, por lo visto. Jadeante y sollozando, la empujó con las rodillas. El esfuerzo resultó excesivo para sus magras energías. Sacudido por un escalofrío, notó que una intensa rabia se iba apoderando de él y decidió intentarlo por las buenas.

»¡Vamos, sé buena! —dijo en tono lisonjero—. Más tarde volverás. Es sólo por hoy. Es mi día libre. Ella no está en casa. ¿Por qué tanto miedo? ¡Si no te van a robar!

Hablarle a un mueble suponía tal esfuerzo de autocontrol que se olvidó por completo de empujarlo. Pasó un buen rato intentando convencer a la cama; sus brazos, que colgaban exhaustos, le dolían mucho. Le aseguró que no le haría ningún daño: por ahora no la necesitaba, que por favor comprendiera. ¿Quién ordenó su compra? Él. ¿Y quién dio el dinero? Él también, y muy a gusto. ¿No la había tratado hasta entonces con el máximo respeto y consideración? Sólo por respeto evitaba mirarla. No siempre tiene uno ganas de exteriorizar su respeto. Los rencores se olvidan y el tiempo cura las heridas. ¿Podía acaso reprocharle algún signo de

antipatía? Las ideas no pagan derechos. Le prometió que volvería al lugar ya conquistado: le daba su palabra, ¡se lo juraba!

Tal vez la cama hubiera, al final, cedido. Pero Kien invirtió todo el énfasis de que era capaz en sus palabras. A sus brazos no les quedó nada, absolutamente nada. Y la cama seguía allí, muda e impasible. Kien montó en cólera.

—¡So pedazo de madera! —le gritó—. ¿Quién es tu verdadero dueño? —Sintió la necesidad de descargarse y arreglar cuentas con el descarado mueble.

De pronto se acordó de su robusto amigo, el portero. En dos zancadas cruzó el apartamento, bajó las escaleras como si tuvieran diez peldaños y no cien, e hizo salir de su cubículo a los músculos que él no tenía.

—¡Lo necesito! —Su tono de voz y su aspecto le evocaron al portero un trombón. Prefería las trompetas, pues él mismo tenía una. Pero los instrumentos de percusión eran sus favoritos. Sólo atinó a rugir—: ¡Ah, las mujeres! —Y siguió a Kien, firmemente convencido de que la expedición era contra la esposa. Para corroborar su deseo, se dijo a sí mismo que Teresa, a quien vio salir por su mirilla, había regresado. La odiaba porque, de simple ama de llaves, se había convertido en la mujer del profesor. Como buen ex-funcionario, era incorruptible en materia de títulos, y asumió las consecuencias de haber nombrado profesor a Kien. Desde la muerte de su hija, que era tísica, no había vuelto a pegarle a una mujer. Vivía solo. Su atareada profesión no le dejaba tiempo para ir con mujeres, incapacitándolo además para hacer conquistas. A veces deslizaba una mano por entre las faldas de una criada y le pellizcaba el muslo, pero lo hacía con tal seriedad que arruinaba del todo sus ya escasas posibilidades de éxito. Nunca llegaba a los golpes. Hacía años que ansiaba vapulear carne femenina a su antojo. Él iba delante, golpeando alternativamente la pared y el pasamano con sus puños. Así practicaba un poco. Al oír el ruido, los vecinos abrían sus puertas y miraban pasar a esa pareja desigual y, sin embargo, unida: Kien en mangas de camisa y el portero con los puños cerrados. Nadie se atrevió a decir nada. Pasado el peligro, intercambiaban miradas a espaldas de ambos. Cuando el portero amanecía «con bríos», en la escalera no había mosquito que zumbara ni alfiler que se cayera.

—¿Dónde está ella? —rugió amablemente al llegar arriba—. Lo arreglaremos en seguida.

Fue conducido al estudio. El profesor se quedó de pie en el umbral, señaló la cama con su largo índice, sonrió malignamente, y ordenó:

—¡Sáqueme eso! —El portero le dio un par de golpes con el hombro para probar su resistencia, que le pareció muy escasa. Desdeñoso, escupió en sus manos, se las metió en los bolsillos (no las necesitaba) y, empujando la cama con la cabeza, la sacó en un instante—. ¡Eso se llama trabajar con la cabeza! —explicó. Cinco minutos más tarde, los muebles de todos los cuartos se hallaban en el pasillo—. ¡Lo que es libros no faltan! —tartamudeó el servicial cráneo. Quiso tomar aliento sin que Kien se diera cuenta. Por eso se limitó a decir un par de cosas en tono normal. Cuando ya se iba,

habiendo recuperado el aliento, rugió desde la escalera—: ¡Si necesita algo más, profesor, cuente conmigo!

Kien ni se molestó en contestarle. Se olvidó incluso de correr el cerrojo, no atinando sino a echar una mirada sobre aquellos trastos que, como borrachos inconscientes, yacían hacinados en el oscuro pasillo. No estaban, por lo visto, en condiciones de decir esta pierna es mía. Si alguien les hubiera dado una azotaina en la espalda, se habrían espabilado en el acto. ¡Ahí estaban sus enemigos, pisándose unos a otros los dedos del pie y rascándose sus lisas y barnizadas cabezas!

Con cautela, por no profanar su fiesta con ruidos odiosos, cerró tras él la puerta del estudio. Luego se deslizó resueltamente a lo largo de los anaqueles, palpando con ternura el lomo de sus libros. Hizo esfuerzos por mantener los ojos bien abiertos, no fuera que la costumbre se los cerrara. Un vértigo se apoderó de él: el vértigo de la alegría y de la unión postergada. En su turbación inicial, articuló palabras imprevistas e insensatas. Creía en su lealtad, les dijo. Estaban todos en su casa. Tenían carácter y él los amaba. Les rogaba que no lo criticaran. Tenían derecho a sentirse ofendidos. ¿No los cogía acaso brutalmente para controlar su presencia? Pero él ya no confiaba en sus ojos desde que los usaba de distintos modos. Sólo a ellos se lo confesaba; a ellos les decía todo, pues eran discretos. Dudaba de sus ojos. Dudaba de muchas cosas. Sus enemigos se alegrarían si supieran de esas dudas. Tenía muchos enemigos. Pero no diría nombres, pues hoy era el gran día del Señor y él quería perdonar. Restituido a sus derechos, quería perdonar y amar.

Cuanto más se prolongaba la hilera de libros recorrida, cuanto más incólume iba emergiendo su antigua biblioteca, más ridículos le parecían sus enemigos. ¿Cómo se atreverían a descuartizar su cuerpo, ese ser vivo, cerrando las puertas? Pero todos los tormentos no lograron doblegarla. Aunque alevosamente maniatada y torturada durante atroces y terribles semanas, en verdad había salido invicta. Un aire sano circulaba nuevamente por los miembros de aquel cuerpo, felices de pertenecer al fin el uno al otro. El cuerpo entero volvía a respirar, y su dueño respiró también, profundamente.

Sólo las puertas oscilaban en sus goznes, perturbando la solemne intimidad de Kien. Toscas y banales, anulaban la perspectiva. Debía haber una corriente de aire. Kien alzó la vista: los tragaluces estaban abiertos. Asíó con ambas manos la primera de las puertas, la arrancó de sus goznes —¡cómo habían aumentado sus fuerzas!—, la sacó al pasillo y la depositó sobre la cama. Lo mismo sucedió con las otras. Colgados en el respaldo de una silla que el portero sacara por error, pues era la de su escritorio, descubrió su americana y su chaleco. ¡De modo que había iniciado la ceremonia en mangas de camisa! Ligeramente azorado, se vistió como debía y regresó a la biblioteca, más tranquilo.

Cabizbajo, se disculpó por su comportamiento anterior. Llevado por su alegría, dijo, no había respetado el programa. Sólo un miserable manosea sin más ni más a su amante. Quien tenga algún valor no necesita presumir ante ella ni, menos aún,

asegurarle un sentimiento de por sí evidente. A una amante se le ofrece protección sin mucho alarde. Hay que *abrazarla* en los momentos solemnes, no en la embriaguez del éxtasis. El verdadero amor se confiesa ante un altar.

Tal era ahora, justamente, el propósito de Kien. Empujó su vieja y fiel escalera hasta un lugar apropiado, subió a ella dando la espalda a las estanterías, de modo que su cabeza tocara el techo, sus piernas —prolongadas por la escalera— llegaran hasta el suelo, y sus ojos abarcaran la uniforme totalidad de la biblioteca, y le dirigió la siguiente arenga a su bien amada:

—Hace algún tiempo, o, para ser más exacto, desde que un poder extraño hizo irrupción en nuestras vidas, me vino la idea de cimentar nuestras relaciones sobre una base más sólida. Vuestra existencia está asegurada por un acuerdo. Sin embargo, creo que somos lo bastante inteligentes como para no engañarnos sobre el peligro que, pese a este acuerdo legal, se cierne sobre vosotros.

»No necesito recordaros en detalle la antiquísima y gloriosa historia de vuestros padecimientos. Me limitaré a evocar un caso a fin de demostraros, en forma concluyente, la íntima vinculación que existe entre el amor y el odio. En la historia de un país que todos veneramos por igual, un país en el que fuisteis objeto del respeto y del amor más absolutos, e incluso de la adoración que se os debe, se produjo un día un acontecimiento aterrador, un crimen de dimensiones míticas que un diabólico tirano, a instigación de un consejero no menos diabólico, perpetró contra vosotros. En el año 213 antes de Cristo y por orden del emperador chino Shih Huang Ti, un brutal usurpador que osó arrogarse los títulos de “Primero, Sublime y Divino”, fueron quemados todos los libros de la China. Este asesino bárbaro y supersticioso era demasiado inculto para apreciar debidamente la importancia de unos libros en cuyo nombre se cuestionaba su tiránico gobierno. Pero su primer ministro Li Si, que era un producto de sus libros y, por tanto, un despreciable renegado, supo instigarlo, mediante un hábil memorial, a tomar esta inaudita medida. La simple referencia oral a libros clásicos de poesía o historia chinas era castigada con la muerte. La tradición oral debía ser abolida al mismo tiempo que la escrita. Sólo se excluyó de la confiscación una escasa minoría de libros, ya podéis imaginaros cuáles: obras de medicina, farmacopea, adivinación, agronomía y arboricultura; vale decir, un vulgar acopio de manuales prácticos.

»Confieso sentir aún hoy el olor a quemado de esos días. ¿De qué sirvió que, tres años después, el bárbaro emperador hallara el destino que se merecía? Pues si bien murió, los libros muertos no resucitaron: yacían calcinados para siempre. Sin embargo, quisiera contaros lo que le ocurrió al renegado Li Si tras la muerte del emperador. El sucesor del trono, calando su diabólica naturaleza, lo despojó del cargo de primer ministro del Imperio que ejerciera por más de treinta años. Cargado de cadenas, fue arrojado a una prisión y condenado a una *paliza*, de mil bastonazos. No le perdonaron ni uno. Mediante esta tortura le hicieron confesar sus crímenes. Aparte de cientos de miles de libros muertos, tenía otras monstruosidades en la conciencia.



Más tarde, su intento de revocar su confesión fracasó. En el mercado de Hien-Yang fue partido en dos con una sierra, lentamente y a lo largo, para prolongar el suplicio. El último pensamiento de esa bestia sanguinaria fue para la caza. Además no tuvo vergüenza de romper en llanto. Toda su estirpe, desde sus hijos hasta un bisnieto de siete días de edad, tanto hombres como mujeres, fue exterminada, aunque les conmutaron la justa pena de la hoguera por la de la simple decapitación. Y en China, país de la tradición familiar, del culto a los antepasados y del recuerdo personal, no hay familia que guarde memoria de Li Si, el asesino de masas; sólo la historia lo recuerda, la misma historia que el muy cerdo quiso destruir, antes de morir partido en dos.

»Siempre que leo en algún historiador chino el relato de *la gran* quema de libros, no dejo de buscar, en todas las fuentes existentes, el edificante final del asesinato de masas Li Si. Por suerte ha sido descrito varias veces; pues yo necesito presenciar su descuartizamiento unas diez veces para recobrar la calma y conciliar el sueño.

»A menudo me pregunto, con inmenso pesar, por qué algo tan horrible tuvo que ocurrir precisamente en China, nuestra Tierra Prometida. Nuestros enemigos, siempre al acecho, nos echan en cara la catástrofe del año 213 cuando aludimos a la China como gran revelación. Sólo podemos replicar que ahí también el número de personas cultas es bastante exiguo en comparación con la gran masa. A veces, la ola fangosa del analfabetismo se abate sobre los libros y los eruditos que se consagran a ellos. Ningún país del mundo se halla a salvo de cataclismos naturales. ¿Por qué pedirle lo imposible a China?

»Sé que los horrores de aquel tiempo todavía hielan vuestras venas, como los de tantas otras persecuciones. Sin embargo, si os hablo de los sangrientos testimonios de vuestro glorioso pasado no es por dureza de corazón o insensibilidad. No, sólo intento agitar vuestros ánimos y pedir os ayuda, pues hay que tomar medidas contra el peligro.

»Si fuera un traidor, podría disimular con bellas y halagüeñas palabras el peligro que nos *amenaza*. Pero yo mismo soy culpable de la situación en que estamos. Tengo la suficiente entereza para confesarlo ante vosotros. Y si me preguntáis cómo logré olvidarme tanto a mí mismo —pues tenéis derecho a hacerme esa pregunta— tendré que replicaros, para mi gran vergüenza: porque olvidé a nuestro gran maestro Mong, que dice: “Actúan y no saben lo que hacen; tienen sus costumbres y no saben por qué; deambulan su vida entera y no conocen su camino: así es la gente de la masa”.

»Cuidémonos siempre y sin excepción del hombre de la masa, nos dice el maestro con estas palabras. Es peligroso porque no tiene cultura, es decir, inteligencia. Un buen día preferí aseguraros un cuidado físico constante y un trato más humano, a seguir los consejos del maestro Mong. Y he pagado muy cara mi falta de división: es el carácter, no la bayeta, lo que hace al hombre.

»¡Pero tampoco nos vayamos al extremo opuesto! Ni una sola de vuestras letras ha sufrido hasta ahora daño alguno. Nunca me perdonaría que se me acusara de haber

descuidado mis obligaciones para con vosotros. Si alguien tiene una queja, que la diga.

Kien se calló y lanzó a su alrededor miradas desafiantes y amenazadoras. Los libros también callaron, ninguno se atrevió a salir, y Kien prosiguió su bien preparada arenga:

—Contaba con esta respuesta a mi requerimiento. Veo que me sois fieles y quisiera, puesto que lo merecéis, iniciaros en los planes de nuestro enemigo. Antes que nada he de comunicaros una noticia muy importante y que os sorprenderá por su interés. Al hacer mi inspección general he constatado que en la zona de la biblioteca ocupada por el enemigo se han producido algunos desplazamientos ilícitos. Por no aumentar la confusión en vuestras filas, preferí guardar silencio. No obstante, me apresuro a desmentir cualquier rumor de alarma y declaro aquí solemnemente que no hay pérdidas que lamentar. Os juro por mi honor que nadie falta en esta asamblea y, por lo tanto, hay quórum. Como corporación ileso y autosuficiente —uno para todos, todos para uno—, estamos en condiciones de armarnos para la defensa. Pues lo que aún no ha sucedido, puede suceder. Ya mañana mismo podrían producirse bajas en nuestras filas.

»Sé qué se propone el enemigo con su táctica de desplazamientos: dificultar el control de nuestros efectivos. No cree que nos atrevamos a invalidar sus conquistas en territorio ocupado y, confiando en nuestra ignorancia del nuevo *statu quo*, piensa practicar secuestros sin que lo advirtamos y sin declararnos la guerra. Estad seguros de que empezará por los más ilustres de vosotros, por los que pueda pedir mayor rescate. Pues no piensa en absoluto utilizar a estos rehenes contra sus propios compañeros. Conoce sus probabilidades de éxito y para hacer la guerra necesita dinero, dinero y más dinero. Los tratados existentes son para él un simple trozo de papel.

»Si queréis que os arrojen de vuestra patria y os dispersen por el mundo, si queréis ser evaluados, manoseados y comprados como esclavos con los que nadie habla y a los que se escucha a medias cuando realizan sus tareas, esclavos en cuya alma nadie lee, que la gente tiene pero no ama, que deja estropear o revende para obtener beneficios, que utiliza pero no comprende, ¡cruza entonces los brazos y entregaos al enemigo! Pero si aún os queda un corazón altivo, un alma valerosa y un espíritu noble: ¡alzaos conmigo e iniciemos una Guerra Santa!

»¡No sobrestimes la fuerza del enemigo, pueblo mío! Entre tus letras lo aplastarás hasta que muera: ¡sean tus líneas las porras que se abatan sobre su cabeza, tus letras las pesas de plomo que cuelguen de sus pies y tus tapas las corazas que de él te protejan! Mil ardides tienes para atraerlo, mil redes para envolverlo, mil rayos para fulminarlo, ¡sí, tú, pueblo mío, que eres la fuerza, la grandeza y la sabiduría de los siglos!

Kien hizo una pausa. Exhausto y entusiasmado, se dobló en dos sobre la escalera. Sus piernas se bambolearon, ¿o sería la escalera? Lis armas que acababa de elogiar

ejecutaron una danza guerrera unte sus ojos. Corrió sangre; como era sangre de libros, se sintió herido de muerte. ¡Cuidado con desmayarte! ¡Cuidado con perder la conciencia! De pronto se elevó un torbellino de aplausos, como si una tempestad atravesara un bosque de hojas, y de todas partes llegaron aclamaciones de júbilo. Reconoció algunas voces por las palabras que decían. Era *su* lenguaje, *sus* acentos, sí ¡eran ellos, sus fieles amigos, que lo seguían a la Guerra Santa! Un súbito sobresalto lo hizo incorporarse en la escalera; saludó varias veces y, aturdido por la excitación, se llevó la mano izquierda al lado del corazón, donde tampoco él lo tenía. Los aplausos no acababan nunca. Le pareció absorberlos por los ojos, los oídos, la nariz y la lengua, por toda su piel húmeda y vibrante. Nunca se creyó capaz de pronunciar arengas tan incendiarias. Recordó su nerviosismo antes del discurso, pues ¿qué otra cosa había sido aquella excusa?, y sonrió.

Para poner fin a las ovaciones, bajó de la escalera. En la alfombra descubrió manchas de sangre y se palpó la cara. La agradable humedad había sido sangre. Entonces recordó haber yacido un rato en el suelo y, como la tempestad de aplausos le impidiera desmayarse, haber vuelto a trepar a la escalera. Corrió a la cocina —¡sal rápido de la biblioteca, quién sabe si la sangre salpicaría algún libro!— y se lavó cuidadosamente todas las manchas rojas. Prefirió verse herido él y no uno de sus soldados. Repuesto y con nuevos ímpetus, volvió rápidamente al campo de batalla. Los tempestuosos aplausos se habían acallado. Sólo el viento silbaba melancólicamente por uno de los tragaluces. No hay tiempo para lamentaciones, pensó, si no, pronto las cantaremos junto a las aguas de Babilonia. Se abalanzó con furia hacia la escalera, estiró la cara hasta ponerse muy serio y chilló con voz de mando (arriba, los cristales temblaron de miedo):

—Me alegra que hayáis entrado en *razón* a tiempo. Las guerras no se ganan con el simple entusiasmo. De vuestra aprobación deduzco que estáis dispuestos a luchar bajo mis órdenes:

»Declaro aquí solemnemente:

»1° que nos encontramos en estado de guerra,

»2° que los traidores serán proscritos,

»3° que el mando supremo está centralizado. Yo soy el general en jefe del ejército, vuestro caudillo y único oficial,

»4° que todas las diferencias derivadas de la antigüedad, prestigio, importancia y valor de los combatientes quedan abolidas. La democratización del ejército se pondrá de manifiesto en el hecho de que, a partir de ahora, todos tendrán el lomo vuelto hacia la pared. Esta medida nos hará sentir más solidarios y privará al enemigo — que, aunque ladrón, es inculto—, de toda posibilidad de evaluarnos.

»5° que la consigna es “Kung”.

Y con estas palabras concluyó su breve manifiesto, cuyo efecto lo tenía sin cuidado. El éxito de su arenga anterior contribuyó a aumentar su sentimiento de poder. Se sintió transportado por el amor unánime de todo su ejército y, satisfecho

con esta manifestación de solidaridad, pasó a la acción.

Sacó los libros uno a uno y los fue colocando con el lomo vuelto hacia la pared. Mientras sopesaba en la mano a sus viejos amigos —rápido, claro está, pues eran horas de trabajo—, le dio pena reducirlos al anonimato de un ejército en pie de guerra. Años atrás, nada hubiera podido incitarlo a semejante crueldad. *A la guerre comme a la guerre*, dijo para justificarse y suspiró.

Los sermones de Gautama Buda, pacifistas por naturaleza, lo amenazaron en términos suaves y moderados con negarse a ir a la guerra. Él se rió con sorna y exclamó:

—¡Pues intentadlo, a ver! —Pero en su voz había una seguridad que él mismo estaba lejos de tener. Porque esos sermones llenaban docenas de volúmenes. Allí estaban todos juntos y apretados, en pali, en sánscrito, en traducción china, japonesa, tibetana, inglesa, alemana, francesa e italiana, un batallón entero, un poder que imponía respeto. Su reacción le pareció a Kien pura hipocresía.

»¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—No nos unimos al aplauso general, maestro.

—Pues hubierais protestado en voz alta.

—Permanecemos en silencio, maestro.

—¡Una actitud muy vuestra! —dijo él, interrumpiendo bruscamente el diálogo.

Pero le clavaron el agujón del silencio. ¿Quién había, años atrás, elevado el silencio al rango de principio fundamental de su existencia? Él, Kien. ¿Y dónde aprendió a valorar el silencio? ¿A quién le debía aquel paso decisivo en su evolución? A Buda, el Iluminado, que casi siempre callaba. Tal vez deba su fama al hecho de haber callado tanto. Pocas palabras le reservó el conocimiento. A todas las preguntas posibles respondía callándose o bien dando a entender que la respuesta no valía la pena. De ahí a suponer que la ignoraba, había un paso. Pues lo que sabía, aquella célebre cadena de la causalidad, especie de lógica primitiva, lo aplicaba en cualquier ocasión. Cuando no callaba, decía siempre lo mismo. Si de sus discursos eliminamos las parábolas, ¿qué nos queda? Precisamente la cadena de la causalidad. ¡Un espíritu pobre! Un espíritu que engordó por pura inercia. Pues, ¿cómo imaginar a Buda si no es gordo? Hay silencios y silencios.

Buda se vengó de este inaudito ultraje: guardó silencio. Kien se apresuró a volver los tomos con el lomo cara a la pared, para salir lo antes posible de esa zona desmoralizadora y derrotista.

Se había impuesto una tarea muy difícil. Cuesta poco tomar decisiones de orden bélico. Lo importante, luego, es mantener el control sobre cada individuo. Los que por principio se oponían a la guerra formaban, de todos modos, una minoría. La repulsa principal iba dirigida contra el cuarto punto de su manifiesto: la democratización del ejército, la primera medida realmente práctica. ¡Qué suma de vanidades tuvo que vencer! Antes de renunciar a su prestigio personal, aquellos locos preferían ser robados. *Schopenhauer* proclamó su voluntad de vivir: el peor de todos

los mundos despertaba póstumamente su apetencia. En todo caso, se negó a luchar codo a codo con un *Hegel*. *Schelling* sacó a relucir sus viejas acusaciones, demostrando la identidad de la doctrina hegeliana con la suya propia, que era anterior, según decía. *Fichte* exclamó en tono heroico: «¡Yo!». *Immanuel Kant* defendió, más categóricamente aún que en vida, la causa de la Paz Eterna. *Nietzsche* proclamó sus diversas personalidades: Dionisos, Anti-Wagner, Anticristo y Salvador. Otros se iban deslizado entre ellos y aprovechaban ese instante, ¡justamente ese instante!, para quejarse del olvido en que vivían. Por último, le dio Kien la espalda al fantástico infierno de la filosofía alemana.

Pensó encontrar una compensación en los franceses, menos grandiosos y quizá excesivamente claros, pero fue recibido con un diluvio de malignidades. Se burlaron de su absurda figura. No sabía qué hacer con su cuerpo, le dijeron, por eso iba a la guerra. Como siempre había sido humilde, ahora los humillaba para encumbrarse él. La misma táctica de todos los amantes: inventarse resistencias para fingir que triunfan. Detrás de su Guerra Santa no había más que una mujer: una inculta ama de llaves, vieja, inútil e insípida. Kien se enfureció:

—¡No sois dignos de mí! —aulló—, ¡os abandonaré sin excepción a vuestra suerte!

—¡Vete a ver a los ingleses! —Le aconsejaron. Estaban demasiado ocupados con su *esprit* para entablar una disputa seria con él. Y le dieron un buen consejo.

Donde los ingleses encontró lo que necesitaba aquel día: el sólido terreno de los hechos, en el que tan bien medraban. Sus objeciones, en la medida en que su rigidez les permitió formularlas, eran sobrias, provechosas y, sin embargo, muy bien calculadas. Al final no pudieron ahorrarle un grave reproche: ¿Por qué había elegido la consigna en el idioma de una raza de color? Kien dio un salto y empezó a vociferar también contra los ingleses.

Maldijo su destino, que le deparaba una decepción tras otra. Más vale ser un *coolie* que un general, exclamó, ordenando a la inmensa multitud que se callara. Pasó horas ocupado dándoles la vuelta. Aunque hubiera sido fácil darles un capirotazo, prefirió no asumir las consecuencias del nuevo reglamento disciplinario y no agredió a nadie. Cansado y triste, con un desánimo mortal, y más por fuerza de voluntad que por convicción —pues la fe se la habían quitado ellos mismos—, fue arrastrándose a lo largo de los anaqueles. Para acceder a los de arriba recurría a la escalera, que también lo trataba fríamente y con hostilidad: se salió varias veces de su corredera, arrojándose con obstinación contra la alfombra. Él la recogía con sus brazos débiles y escuálidos, lo que cada vez le resultaba más penoso. Ni siquiera le quedaba orgullo para insultarla como se merecía: al trepar, trataba los escalones con especial deferencia, no le fueran a jugar bromas pesadas. Tan mal le fue que tuvo que contemporizar con su escalera, ese simple elemento auxiliar. Cuando hubo girado ya todos los libros del ex-comedor, contempló la obra de sus manos. Decretó una pausa de tres minutos, que él se tomó en posición horizontal, sobre la alfombra, jadeante

pero reloj en mano. Luego fue el turno del cuarto contiguo.

## La muerte

En el camino a casa, Teresa dio libre curso a su indignación.

Invita al tipo y éste, en pago, se insolenta. ¿Acaso quería algo de él? No tiene por qué irse con desconocidos. Es una mujer casada; no una sirvienta que sale con cualquiera.

En el restaurante fue él quien cogió primero la carta y preguntó qué podía pedir. Y ella, como una tonta, le dijo: «Pero yo pago, ¿eh?». ¡Qué no pidió él entonces! Aún ahora se avergonzaría ante esa gente. Le juró que era de buena familia: nunca pensó que se convertiría en un pobre empleado. Ella lo consoló. Él dijo entonces sí, que en cambio tenía éxito con las mujeres, pero ¿de qué le servía? Le hacía falta un capital, tampoco uno muy grande, pues cada cual busca su independencia. Las mujeres no tienen capital, tan sólo unos ahorros miserables, y con esas bagatelas no se monta un negocio; otro tal vez sí, él no; él va a lo grande y no se da por satisfecho con basuras.

Antes de atacar su segunda chuleta, le coge la mano y dice: «¡Esta es la mano que me ayudará a hacer fortuna!».

Y le hace cosquillas. ¡Qué bien sabe hacer cosquillas! Nunca le habían dicho que era una fortuna. ¿Si acaso quería participar en su negocio?

Pero y él, ¿de dónde sacaría el dinero tan de golpe?

Él se echó a reír y le dijo: «El capital me lo dará mi amante».

Teresa enrojeció de ira. Para qué quiere una amante si la tiene a ella: ¡también es un ser humano!

«¿Qué edad tiene tu amante?», le preguntó.

«Treinta», dijo él.

«Que si era bonita», preguntó ella.

«La más bonita de todas», replicó él.

Y al pedirle que le muestre una foto:

«Por supuesto, ahora mismo, en esto también puedo servirla». Y le mete el dedo en la boca, un dedo grueso y precioso: «¡Aquí la tiene!», dice.

Como ella no responde, le pellizca el mentón. ¡Qué tipo tan cargante! Algo le hace con sus piernas bajo la mesa; la aprieta fuerte ¿será posible?, le mira la boca y le asegura estar en pleno vértigo amoroso: que cuándo podrá probar esas caderas. Puede confiar en él, conoce el negocio. Con él no hay pérdida.

Ella dijo entonces que amaba la verdad ante todo. Mejor decírselo en seguida: es una mujer sin capital. Su marido se casó con ella por amor. Era una simple empleada como él. No le importa decírselo. Y lo de las caderas ya verá de arreglarlo. A ella también le gustaría. Las mujeres son así. Ella más bien no, pero hace una que otra excepción. Y no se crea el señor Guarro que es el único. Por la calle todos la siguen con la mirada. Y eso le hace ilusión. Su marido se acuesta a las doce en punto y se duerme en seguida: así es de metódico. Ella tiene un cuarto propio. Antes dormía ahí el ama de llaves, pero se fue de casa. Ya no soporta a su marido: quisiera descansar

tranquila, ¡y él es tan cargante! Además no es un hombre. Por eso duerme sola en la habitación que era del ama de llaves. A las doce y cuarto bajaría con la llave del portón y le abriría. No hay por qué asustarse. El portero tiene un sueño de piedra. Acaba su faena cotidiana rendido. Ella duerme sola. El dormitorio lo compraba sólo por alegrar un poco el piso. Siempre tiene tiempo. Se las arreglaría para verlo cada noche. Una mujer también debe gozar de la vida. Cuando menos piensa llegar a los cuarenta y se acabó quien te quería.

Bueno, dijo él. Liquidará su harén. Cuando ama de verdad, hace lo que sea por una mujer. Pero ella debiera tomar sus represalias y pedirle el capital a su marido. Él lo aceptaría sólo de ella, no de otra, pues esa noche lo aguardaba la dicha suprema: las delicias del amor.

Que ama la verdad ante todo, recuerda ella. Mejor decírselo en seguida. Su marido es un avaro que no suelta un real. Aprieta el puño y no le sacas ni un libro. Si ella tuviera un capital, lo pondría hoy mismo en su negocio. Cualquiera mujer le creería a pie juntillas; ninguna desconfiaría de él. Que no deje de ir esa noche; la cosa le hace ilusión. En su época había un refrán precioso que decía: «Poco a poco madura el majuelo». De morir nadie se escapa. Así es la vida. Que vaya cada noche a las doce y cuarto y un buen día llegará el capital. No se casó con ese viejo por amor. Pero también hay que pensar en el futuro.

Él saca una pierna de debajo de la mesa y le pregunta: «Todo eso está muy bien, señora mía, pero ¿qué edad tiene su marido?».

Más de cuarenta, está segura.

Él saca entonces la otra pierna, se levanta y dice: «¡Disculpe usted, pero lo encuentro indignante!».

Que siga comiendo, le ruega ella. No es su culpa si el hombre parece un esqueleto; seguro que está enfermo. Cada mañana, al levantarse, ella piensa: hoy amanece muerto. Pero cuando entra con el desayuno, el tipo sigue vivo. Su madre, que en paz descansa, era igual. Cayó enferma a los treinta y se murió a los setenta y cuatro. ¡Y encima se murió de hambre! Nadie lo hubiera creído, con ese aire de mendiga.

De pronto, el tipo interesante deja por segunda vez tenedor y cuchillo y declara que no seguirá comiendo, que tiene miedo.

Primero no quiso decir por qué, pero luego abrió la boca y dijo:

—¡Con lo fácil que es envenenar a alguien! Aquí estamos los dos muy juntitos, saboreando por adelantado las delicias de esta noche. Pero basta con que el dueño o cualquier mozo nos eche, por envidia, algún polvillo misterioso en la comida, para que amanezcamos en la fría tumba. ¡Y adiós sueño de amor, antes de haberlo disfrutado! —Sin embargo no cree que les hagan eso, pues en un lugar público los descubrirían. Si fuera casado, viviría aterrado. De una mujer se puede esperar todo. Conoce a las mujeres mejor que su bolsillo, por dentro y por fuera; y no sólo muslos, y caderas, aunque eso sea lo mejor que tienen, según los entendidos. Las mujeres son



muy hábiles. Primero se aseguran de que el testamento les conviene, luego hacen lo que quieren con el marido y, una vez libres de él, tienden la mano al fiel amante por sobre el cadáver, todavía caliente. El amante cumple su palabra y la cosa no trasciende.

Pero ella tiene su respuesta preparada: nunca lo haría. Es una mujer decente. A veces la cosa trasciende y a una la encierran. Y la cárcel no es lo ideal para una mujer decente. Todo iría mejor si no se las llevaran tan de prisa. Una no puede ni moverse. Apenas nota algo raro, la policía viene y te lleva. Les da igual que una mujer no aguante esas cosas. Meten la nariz en todas partes. ¿Qué les importa lo que haga una mujer con su marido? Pero no, la mujer debe aguantarlo todo. No es un ser humano. Y encima su marido es un inútil. ¿Qué clase de hombre es ése? No es un hombre. Nadie echa a faltar a un hombre así. Lo mejor es que el amante coja un pico y le dé un golpe en la cabeza mientras duerme. Pero él siempre se encierra con llave por las noches: tiene miedo. El amante ya verá lo que hace. Como según él nada trasciende... Ella no lo haría. Es una mujer decente.

En ese momento el tipo la interrumpe. Que no hable tan alto, le dice. Lamenta el deplorable malentendido. Pero no pretenderá decir que la ha incitado a envenenarlo. Él tiene un corazón de oro; es incapaz de matar una mosca. Por eso las mujeres se lo comen vivo.

«Saben lo que es bueno», replicó ella.

«Y yo también», contestó él. De pronto se levanta, coge su abrigo del perchero y la cubre como si tuviera frío. En realidad fue sólo para darle un beso en la nuca. ¡Qué labios los del tipo: como su voz! Y luego le dijo: «Me gusta besar nucas bonitas... ¡piénselo!».

Cuando estuvo otra vez sentado, se echó a reír y dijo:

«¡Así se hace! ¿Rico? ¡Ahora hay que pagar!».

Ella pagó por ambos. ¿Por qué será tan tonta? Todo era lindo. Pero en la calle comenzaron los problemas. Él pasó un buen rato sin hablar. Ella no sabía cómo romper su silencio. Cuando llegaron a la mueblería, él le preguntó:

«¿Sí o no?».

«¡Pero oiga, a las doce y cuarto en punto!».

«Me refiero al capital», dijo él.

Y ella, inocentemente, le dio una respuesta preciosa:

«Poco a poco madura el majuelo».

Los dos entran juntos y él se pierde en la trastienda. De pronto aparece el jefe y le dice:

«Espero que haya almorzado bien. Mañana temprano le entregarán su dormitorio. ¿O tiene usted alguna objeción?».

«No», dice ella. «Preferiría pagar ahora mismo».

El jefe coge el dinero y le da el recibo. El tipo interesante se le acerca desde el fondo y le grita en voz alta y ante todo el mundo:

«¡Tendrá que buscarse otro amiguito, mi querida señora! Yo tengo unas más jóvenes que usted, ¡y muchísimo más guapas, señora mía!».

Ella salió corriendo, tiró la puerta y, ya en la calle, rompió a llorar ante todo el mundo.

¿Acaso quería algo de él? Le paga el almuerzo y el muy guarro se insolenta. Es una mujer casada. No tiene por qué irse con desconocidos. No es una sirvienta que sale con cualquiera. Si quisiera, tendría diez en cada dedo. Por la calle todos la siguen con la mirada. ¿Quién tiene la culpa? ¡Su marido! Por él se recorrió media ciudad buscando muebles. ¿Y qué recibe en pago? Insultos y más insultos. Que vaya él mismo, si prefiere; aunque en realidad es un inútil. El apartamento es suyo, después de todo. Querrá saber qué muebles va a poner junto a sus libros. ¡Qué paciencia la de ella! Y un hombre así se cree con derecho a pisotearla. Una que se desvive por él, y él deja que la insulten ante todo el mundo. ¡Que se lo hagan a la mujer del tipo interesante! ¡Ah, pero es cierto que no tiene mujer! ¿Por qué no tendrá esposa? Porque es un hombre. Un hombre de verdad no tiene esposa. Un hombre de verdad sólo se casa cuando es alguien. ¡Y el marido que ella tiene es un don nadie! ¿Qué era, en realidad, ese esqueleto? Más parecía un muerto. ¿Para qué vivirá un ser así? Y sin embargo vivía. Un hombre así no sirve para nada. No hace más que quitar dinero a los demás.

Entró en la casa. El portero apareció en el umbral de su reducto y rugió:

—¡Hoy día hay novedades, profesora!

—Ya veremos —replicó ella, dándole la espalda con aire desdeñoso.

Al llegar arriba, abrió la puerta del apartamento. Nadie se movió. En el vestíbulo vio un entrevero de muebles hacinados. Abrió la puerta del comedor sin hacer ruido. Un miedo horrible la invadió de pronto. Las paredes tenían otro aspecto. Antes eran marrones, ahora las veía blancas. Algo había ocurrido. ¿Qué sería? En el cuarto de al lado, el mismo cambio. Al llegar al tercero, el que pensaba convertir en dormitorio, tuvo una iluminación repentina: su marido había vuelto los libros al revés.

Los libros se colocan siempre con el lomo hacia afuera. Para desempolvarlos han de estar así. Si no, ¿cómo los sacas? Mejor para ella, en todo caso. Estaba harta de limpiarlos todo el tiempo. Para eso que se busque una sirvienta. Dinero no le falta. En vez de tirarlo en muebles, que ahorre un poco. El ama de casa también tiene su corazoncito.

Y decidió buscarlo para echarle en cara ese corazoncito. Lo encontró en su estudio. Cubierto por la escalera, que asomaba un palmo sobre su cabeza, yacía en el suelo cuan largo era. Alrededor, la alfombra tan bonita tenía manchas de sangre.

Es muy difícil quitar esas manchas. ¿Con qué saldrán mejor? ¡Nunca piensa en el trabajo que le da! Seguro que por darse prisa se precipitó de la escalera. Ya lo decía ella: su marido estaba enfermo. ¡Si el tipo interesante lo viera en ese estado! No es que se alegre, no; ella no es así. Pero, ¿qué muerte es ésa? Al verlo ahí por poco sintió pena. No quisiera subirse a una escalera y caer muerta.

¿Cómo pudo ser tan imprudente? A cada cual según sus méritos. Ella lleva más de ocho años subiendo y bajando cada día esa escalera para limpiar libros, y nunca ha tenido un problema. La gente decente se mantiene firme. ¿Cómo pudo ser tan necio? Ahora los libros eran de ella. En esa habitación sólo había girado la mitad. Él decía siempre: «Aquí hay un capital en libros». Por algo sería; si él mismo los compró. Preferible no tocar el cadáver. ¡Torturarse con una escalera tan pesada para luego tener líos con la policía! Mejor dejarlo como está. No por la sangre, que le da igual. Eso no es sangre. ¿Qué sangre puede tener un hombre así? Sólo puede hacer manchas con su sangre. Lo sentía por la alfombra. En cualquier caso, ahora todo es de ella; ese apartamento tan bello también vale lo suyo. Vendería los libros en seguida. ¿Quién lo hubiera dicho ayer? Así es la vida. Primero se insolenta con su esposa y de repente se le muere. Ya lo decía ella: esto acabará mal; pero no tenía voz ni voto. El típico hombre que se cree solo en el mundo. Acostarse a las doce y no dejar tranquila a su mujer, ¿será posible? Un hombre decente se acuesta a las nueve y deja en paz a su mujer.

Por piedad con el desorden que reinaba en el escritorio, Teresa se deslizó hacia él. Encendió la lamparilla y revolvió los papeles en busca de un testamento. Supuso que lo dejaría ahí, ya listo, antes de su caída. No dudaba que figuraría como única heredera, pues nunca le oyó hablar de otros parientes. Pero en los apuntes eruditos, que leyó de cabo a rabo, ni se mencionaba la palabra dinero. Con sumo cuidado fue ordenando hojas cubiertas de caracteres extraños. Había algunas particularmente valiosas, que podría vender luego. Comiendo, él le dijo un día que lo que anotaba en ellas valía oro, pero que el oro no le interesaba.

Tras una hora de lectura y clasificación muy concienzudas, constató indignada que no existía testamento alguno. ¡No había preparado nada! Hasta el último minuto siguió siendo el mismo, un hombre que sólo piensa en su persona y no le deja un real a su mujer. Suspirando, decidió registrar el interior del escritorio, hurgar en cada cajón hasta que saliera el testamento. Pero el primero la decepcionó amargamente: el escritorio estaba cerrado con llave. Él guardaba las llaves en el bolsillo del pantalón. ¿Cómo sacárselas? No podía tocar nada. Si se manchaba con sangre, la policía podría sospechar. Se acercó lo más que pudo al cadáver, agachándose sobre él, mas no sacó nada en limpio sobre la ubicación de los bolsillos. Temió arrodillarse sin tomar sus precauciones. En momentos decisivos, empezaba por quitarse la falda. La dobló hábilmente y la dejó en un ángulo apartado de la alfombra. Luego se arrodilló a un paso del cadáver, apoyó la cabeza en la escalera para conservar mejor el equilibrio, y sumergió lentamente su índice izquierdo en el bolsillo derecho de Kien. No fue muy lejos. El cuerpo yacía en una posición muy incómoda. En el fondo del bolsillo creyó sentir algo duro. De pronto pensó, para su gran horror, que en la escalera también podía haber sangre. Se incorporó rápidamente, llevándose la mano a la zona de la frente que apoyara en la escalera. Ni asomo de sangre. Pero la búsqueda infructuosa del testamento y de las llaves la había desanimado.

—Debo hacer algo —dijo en voz alta—, ¡no puedo dejarlo así! —Se puso otra vez la falda y salió en busca del portero.

—¿Qué hay? —preguntó éste en tono amenazador. No permitía que cualquier infeliz interrumpiera su trabajo. Al comienzo tampoco la entendió, porque ella habló muy bajo, como convenía al hablar de un cadáver.

—¡Pero oiga! ¡Se ha muerto!

Entonces comprendió. Viejos recuerdos se agitaron en él. Pero su larga experiencia como jubilado le impidió creerles de inmediato. Sus dudas se disiparon gradualmente y dieron paso a la sospecha de un hermoso crimen. Su actitud cambió en idéntica medida. Se volvió dulce e inofensivo como en sus buenos tiempos de policía, cuando salía a capturar alguna presa importante. Daba la impresión de haber adelgazado; los rugidos se le atascaron en la garganta. Sus ojos, que en general se clavaban en el adversario, permanecieron dóciles, como al acecho. Su boca intentó sonreír, pero la tiesura del bigote, angosto y bien alisado, se lo impidió. Entonces dos fuertes dedazos acudieron en su ayuda, dejando las comisuras de sus labios en posición de sonrisa.

La asesina está fuera de combate y no da señales de vida. Él, uniformado de pies a cabeza, avanza ante los jueces y explica cómo actuar en estos casos. Es el testigo clave en el sensacional proceso. El fiscal no haría nada sin él. En cuanto la asesina caiga en otras manos, se retractará de lo que dijo.

«¡Señores!», exclama con voz vibrante, mientras los periodistas anotan sus palabras una a una. «Al ser humano hay que saber tratarlo, y todo criminal no es más que un ser humano. Hace tiempo que estoy jubilado. En mis ratos libres estudio la vida y el quehacer, las almas, como se dice, de estos individuos. Si la tratan bien, la asesina confesará su crimen. Pero les advierto, señores, que si la tratan mal, negará todo descaradamente y el tribunal verá de dónde saca sus pruebas. En este fabuloso proceso criminal pueden confiar en mí. Señores, soy testigo de cargo. Y ahora les pregunto, señores, ¿cuántos testigos hay como yo? ¡Soy el único! Fíjense bien. La cosa no es tan simple como creen. Uno empieza por tener sospechas. Pero no dice nada y observa cuidadosamente a la culpable. Sólo comienza a hablarle en la escalera».

—Un hombre brutal, ¿eh?

Un miedo horrible se apoderó de Teresa al constatar la súbita amabilidad del portero. No lograba explicarse un cambio tan radical. Habría dado cualquier cosa por que el tipo rugiera como antes.

Ya no subía por delante y pisando fuerte, como de costumbre, sino a su lado y con aire sumiso. Cuando le preguntó por segunda vez, como alentándola:

—Un hombre brutal, ¿eh? —Ella ignoraba aún a quién se refería. Normalmente hablaba claro.

Para retrotraerlo a su humor de siempre, le dijo:

—Sí.

Él le dio un codazo y, clavando en ella una mirada astuta y humilde, la desafió con todo el cuerpo a defenderse de la brutalidad de su marido:

—Uno se defiende como puede, ¿eh?

—Sí.

—Y es fácil que pase algo.

—El tío la diña en un segundo.

—La diña, sí.

—Son circunstancias atenuantes.

—Atenuantes.

—La culpa es de él.

—De él.

—Se olvidó de hacer su testamento.

—¡Sólo faltaría!

—Y de algo hay que vivir.

—Vivir.

—No hacía falta envenenarlo.

Teresa pensó lo mismo en ese mismo instante. No volvió a soltar palabra. Quiso decirle que el tipo interesante la había incitado y ella se negó: después vienen los líos con la policía. Pero se acordó de que el portero había sido policía. Lo sabe todo, pensó. En seguida le diría: está prohibido envenenar. ¿Por qué lo hizo? Y ella no lo aguantaría. El tipo interesante es el culpable. Se llama Guarro y es un simple empleado de la mueblería *Gross & Madre*. Primero quiso ir a su casa a las doce y cuarto de la noche para impedirle dormir. Después le dijo que cogería un hacha y mataría a su marido mientras él durmiera. Ella no quiere saber nada de hachas ni venenos y ahora se ve envuelta en un lío. ¿Qué culpa tiene si el marido se le muere? Ella tiene derecho al testamento. Todo es suyo. Por algo ha pasado años sin salir de casa, deslomándose por él como una niñera. No podía dejarlo un minuto solo. Y por una vez que va a comprarle un dormitorio, pues de muebles él no sabe nada, el tipo se sube a la escalera y se mata al caer. Oiga, claro que le da pena. Pero ¿no es normal que la mujer herede alguna cosa?

De piso en piso, Teresa fue recuperando su valor. Se convenció a sí misma de que era inocente. Que la policía venga cuando quiera. Una vez arriba, abrió la puerta del apartamento como la dueña y señora de todos sus tesoros. El portero notó en seguida el aire de indolencia que había vuelto a adoptar. Pero a él no se la hacen. Ella había confesado. Lo alegró el inminente careo de la asesina con su víctima. Teresa le cedió el paso; él le agradeció con un guiño de complicidad y no le quitó los ojos de encima.

Ya en el umbral del estudio, se percató de lo que había sucedido. Después del crimen, ella reclinó la escalera sobre el cadáver. Pero eso era un truco viejo para él. Se las sabe todas.

«Señores, me dirijo al lugar de los hechos, me vuelvo hacia la asesina y le digo: “¡Ayúdeme a levantar la escalera!”. No porque no pueda levantar una escalera yo

solo, no —y enseña sus músculos—. Quise ver qué cara ponía la acusada. La cara es lo principal. Refleja todo. ¡La gente siempre pone caras!».

Estando aún por la mitad de su discurso, observó que la escalera se movía. Se quedó de una pieza. Por un instante lamentó que el profesor viviera. Sus últimas palabras amenazaban con privar de gran parte de su gloria al testigo clave. A paso oficial se acercó a la escalera y la alzó con una mano.

Kien, que estaba volviendo en sí, se retorció de dolor. Intentó ponerse en pie, pero no pudo.

—¡Si está más vivo que yo! —rugió el portero, otra vez el de antes, y lo ayudó a levantarse.

Teresa no daba crédito a sus ojos. Sólo cuando Kien, alicaído pero más alto que el que lo sujetaba, se estiró frente a ella y dijo con voz débil:

—¡Esa maldita escalera! —Comprendió que estaba vivo.

—¡Qué vergüenza! —chilló—. ¡Eso no se hace! ¡Una persona decente! ¡Pero oiga! ¡Qué dirá la gente! ¡Habrased visto!

—¡Silencio pajarraca! —rugió el portero, interrumpiendo su frenético lamento—. ¡Ve a buscar un médico! ¡Yo lo llevaré a su cama!

Se echó al escuálido profesor al hombro y lo sacó al vestíbulo, donde estaba la cama entre los demás muebles. Mientras lo desvestían, no cesó Kien de repetir:

—No he estado inconsciente, no he estado inconsciente. —Se negaba a admitir que había estado un rato desmayado.

—¿Dónde tendrá los músculos este esqueleto? —se preguntó el portero, sacudiendo la cabeza. La compasión que le inspiraba esa triste osamenta le hizo olvidar los sueños de opio de su glorioso proceso.

Entretanto, Teresa salió en busca del médico. En la calle se fue calmando gradualmente. Tres habitaciones eran de ella, según consta por escrito. A intervalos, murmuraba entre sollozos:

—¿Será posible estar vivo cuando uno está muerto? ¿Será posible?

## La convalecencia

Seis largas semanas pasó Kien en cama tras su peligrosa caída. Al concluir una de sus visitas, el médico llamó a su esposa aparte y le explicó:

—De sus cuidados depende que su marido sobreviva. Aún no puedo decir nada en concreto. No logro ver claro en este extraño caso. ¿Por qué no me llamó antes? Con la salud no se juega.

—Mi marido ha tenido siempre el mismo aspecto —replicó Teresa—. Nunca le ha pasado nada. Y hace más de ocho años que lo conozco. ¿Qué harían los médicos si no hubiera enfermos?

Esta pregunta satisfizo al galeno. Supo que su paciente se hallaba en buenas manos.

Kien no se sentía nada a gusto en cama. Contra su voluntad habían vuelto a cerrar las puertas, dejando abierta sólo la de la pieza contigua, donde ahora dormía Teresa. Quería saber qué pasaba en el resto de la biblioteca. Al comienzo, su extrema debilidad le impidió incorporarse. Más tarde, y pese a las violentas agujetas, logró alzarse hasta alcanzar a ver una de las paredes del cuarto contiguo, donde no advirtió grandes cambios. Un día se deslizó de la cama y avanzó hasta el umbral con paso vacilante. Víctima de su gozosa impaciencia, se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta antes de haberle echado un vistazo al otro cuarto. Se cayó y perdió el conocimiento. Teresa lo encontró al poco rato y, en castigo a su desobediencia, lo dejó en el suelo un par de horas. Por último lo arrastró hasta la cama, lo acostó y le ató las piernas con una cuerda resistente.

En el fondo estaba muy contenta con su vida actual. El nuevo dormitorio era una maravilla. Como le recordaba al tipo interesante, sentía por él cierta ternura y disfrutaba contemplándolo. Había cerrado los otros dos cuartos y llevaba las llaves en un bolsillo secreto que, con este fin, se cosió en el interior de la falda.

Así cargaba siempre con una parte, siquiera mínima, de sus propiedades. Visitaba a su esposo cuantas veces quería. Estaba en su derecho; su obligación era cuidarlo. Y realmente lo cuidaba cada día, siguiendo las prescripciones del hábil y confiado médico. Entretanto había registrado el interior del escritorio sin hallar ni rastros del testamento. En su delirio, Kien le habló de su hermano. Pero como hasta entonces se lo había ocultado, ella quedó tanto más convencida de su dolosa existencia. A la hora de repartir la herencia, tan duramente ganada, aquel hermano procuraría estafarla. Víctima de la fiebre, su marido se había traicionado. Aunque ella no olvidara que seguía vivo pese a estar, de hecho, muerto, lo perdonó pensando en el futuro testamento. Por más que se moviera, Teresa estaba siempre a su lado: hablaba todo el día en voz tan alta que era imposible no escucharla. Kien se hallaba débil y el médico le prohibió abrir la boca: de ahí que nunca interrumpiera sus monólogos. De este modo, en el curso de varias semanas perfeccionó Teresa su manera de expresarse: decía cuanto le pasaba por la cabeza. Enriqueció su vocabulario con giros que, si bien

había pensado antes, jamás hubiera osado pronunciar. Sólo silenciaba lo relacionado con la muerte del marido, crimen al que aludía en términos muy generales:

—El marido no merece que una se desviva tanto por él. La mujer hace lo que puede por su marido, y ¿qué hace el marido por una? Se cree que está solo en el mundo. Por eso una protesta y le recuerda sus deberes. Un error siempre tiene arreglo. Querer es poder. En el Registro Civil, ambas partes debieran hacer un testamento para que una no pase hambre si la otra se muere. De morir nadie se escapa: así es la vida. Cada cosa en su lugar, digo yo siempre. Conmigo no hay riesgo de niños, por eso estoy aquí. Pero también soy un ser humano. No sólo de amor vive el hombre. Después de todo, los dos estamos juntos. No es que la mujer odie al marido. Pero él no la deja en paz ni un minuto. Hay que vigilarlo todo el tiempo. Se me vuelve a desmayar y ¡yo qué me hago!

Cuando acababa, volvía a empezar desde el principio. Repetía lo mismo docenas de veces al día. Kien se sabía sus discursos de memoria, palabra por palabra. Según las pausas que hiciera entre las frases, adivinaba qué variante iba a elegir. La letanía le ahuyentaba las ideas del cerebro. Sus orejas, a las que primero intentó enseñarles movimientos defensivos, se acostumbraron a una serie de contracciones inútiles y cadenciosas. Su debilidad y extenuación le impedían taparse los oídos con los dedos. Pero una noche le salieron párpados en las orejas y pudo abrirlos y cerrarlos a voluntad, como los ojos. Los probó unas cien veces y se echó a reír. Se adaptaban perfectamente y no dejaban pasar ni un solo ruido: le habían crecido en el momento preciso y listos para funcionar. En un raptó de alegría se los pellizcó. Y se despertó: los párpados auriculares se habían convertido en simples lóbulos... todo había sido un sueño. ¡Qué injusto!, pensó; puedo cerrar la boca cuando quiera y apretarla a mi antojo; y en el fondo, ¿para qué sirve una boca? Su misión es recibir alimentos; pero ¡está tan bien protegida! Las orejas, en cambio, están expuestas a la verborrea de cualquiera.

Cuando Teresa se acercaba a su cama, él se hacía el dormido. Si estaba de buen humor, ella decía en voz baja: «Se ha dormido». Pero en caso contrario gritaba: «Qué insolencia!». Era esclava de su propio humor, que dependía del lugar en el que detuviera su monólogo. Vivía enfrascada en ese eterno soliloquio. Decía: «Un error siempre tiene arreglo» —y sonreía—. Aunque el que arregle el error esté durmiendo. Ella lo cuidará hasta que sane: querer es poder. Luego podrá morirse otra vez. Pero si en ese instante su marido creía estar solo en el mundo, su sueño la irritaba más todavía. Y ella le demostraba que también era un ser humano, despertándolo con el «¡Qué insolencia!». A cada instante le preguntaba por el estado de su cuenta bancaria y si guardaba todo el dinero en el mismo banco. No había por qué tenerlo todo en un solo banco. Según ella, mejor era guardar *parte* en uno, *parte* en otro.

La sospecha de que hubiera puesto el ojo en sus libros abandonó prácticamente a Kien a raíz del accidente, en el que prefería no pensar. Por fin comprendió lo que le reclamaba: un testamento en el que sólo dispusiera de su dinero. Por eso ella le



resultaba totalmente extraña, aunque la conociera de la primera a la última de sus palabras. Era dieciséis años mayor que él y lo más probable es que muriese mucho antes que él. ¿Qué podía importarle un dinero que —y esto era lo único cierto— nunca sería de ella? Si con el mismo absurdo criterio hubiera echado mano de los libros, se habría asegurado su simpatía, pese a su natural hostilidad contra ella. Este eterno y punzante interés por el dinero le resultaba, en cambio, un enigma. El dinero era lo más impersonal, absurdo y anodino que Kien pudiera concebir. ¡Qué fácilmente lo había heredado, sin mérito ni esfuerzo alguno!

A veces, la curiosidad lo hacía abrir los ojos, recién cerrados ante la proximidad de su esposa. Esperaba descubrir en ella un cambio, algún gesto desconocido, una mirada nueva o un sonido original que revelara por qué hablaba eternamente de testamentos y dineros. Sin embargo, su mayor placer consistía en relegarla a aquella zona donde almacenaba todo lo que, pese a su cultura e inteligencia, era incapaz de explicarse. De los locos tenía una idea burda y simplista. Los definía como seres que hacen las cosas más contradictorias y que para todo usan las mismas palabras. Según esta definición, Teresa estaba —comparada con él mismo— irremediamente loca.

El portero, que visitaba cada día al profesor, no compartía esta opinión. Desde luego, de una mujer así no se podía esperar nada. Sus temores de perder la propina mensual aumentaban gradualmente. Mientras viviera el profesor, tendría asegurada su jugosa entrada. Pero, ¿quién confía en las mujeres? Rompiendo su rutina cotidiana, cada mañana se pasaba una hora larga junto al profesor, en visita de inspección.

Teresa lo hacía entrar en silencio y, como lo encontraba vulgar, en seguida se retiraba. Antes de sentarse, el portero miraba la silla con sorna. Luego exclamaba: «¡Yo, en esta silla!» o le acariciaba compasivamente el respaldo. Bajo su peso la silla se inclinaba y crujía como un barco a punto de hundirse. Él mismo había olvidado cómo sentarse. Frente a su mirilla permanecía arrodillado. Cuando pegaba, se ponía de pie. Para dormir, se tumbaba. No le quedaba tiempo para sentarse. Si, por una casualidad, la silla no crujía, se miraba nerviosamente los muslos. No, no habían adelgazado, estaban en plena forma. Y no reanudaba su discurso hasta volver a oírla.

—A las mujeres hay que pegarles. A todas, sin excepción. Me las conozco de memoria. Tengo cincuenta y nueve años, y estuve casado veintitrés. Casi la mitad de mi vida. Siempre con la misma. Conozco a las mujeres. Son todas asesinas. Cuente usted los casos de envenenamiento, profesor; con tanto libro lo sabrá mejor que yo. Las mujeres son cobardes. Lo sé perfectamente. Y al que me lo niegue le rompo la cara. «¡Carroña inmunda!, le diré, ¿cómo te atreves?». Pero dígaselo a una mujer y verá cómo corre. Le apuesto mis puños. Aquí mírelos: fuertes ¿no? Yo le digo lo que se me antoja a una mujer y ni se mueve. ¿Por qué no se mueve? De puro miedo. Y ¿por qué ese miedo? Porque es cobarde. ¡Si usted supiera la de tías que me he cascado! Mi mujer, sin ir más lejos, siempre andaba cubierta de moretones. A mi hija, que en paz descansa, la quería mucho; era lo que se dice una mujer, con ella comencé cuando era pequeña. «Mira», le decía a mi mujer, que empezaba a chillar en cuanto

le ponía un dedo a la niña, «cuando se case, irá a vivir con un hombre. Que aprenda ahora que es joven. Si no, lo dejará en seguida. Y no se la daré al que no le pegue. Me cago en esos tíos. Un hombre debe pegar. Yo estoy por los puños». Y, ¿cree que hablarle así me sirvió de algo? ¡Qué va! La vieja se plantaba frente a su hija y me las tenía que cascar a las dos. Lo que es a mí no me mandan. Usted las habrá oído chillar, me imagino. Los vecinos se acercaban con la oreja bien tiesa. Todos me respetaban en la casa. Dejad de chillar y dejaré de pegaros, les decía yo. Al comienzo se quedaban quietas. Luego volvía a probar, a ver si gritaban. No debía oírse ni una mosca. Les daba unos cuantos derechazos y de pronto no podía parar. Por no perder la costumbre, ¿sabe? Pegar es todo un arte, se lo digo yo. Hay que aprenderlo. Un colega mío pega directo en la barriga. La víctima se derrumba y no siente nada. «Y entonces puedo darles los que quiera», dice mi colega. Pero yo le digo, ¿qué sacó con pegar si no siente nada? Nunca le pego a un desmayado, porque no siente nada. Toda mi vida he sido así. Hay que evitar que el adversario se desmaye. Nada de teleles. A eso llamo yo pegar. Matar a golpes es muy fácil. No tiene ningún mérito. Con sólo que haga *así*, se quedaría usted sin cráneo. ¿No me cree? No se lo digo por orgullo. Digo que cualquiera lo hace. Y usted, profesor, también podría. Ahora no es el momento, desde luego, porque está usted moribundo...

Kien vio crecer los puños a la luz de las proezas realizadas. Superaron en tamaño al hombre a quien pertenecían y muy pronto ocuparon todo el cuarto. Los rojizos pelos, que crecían a ritmo uniforme, iban desempolvando enérgicamente los libros. Un puño monstruoso avanzó hasta la pieza contigua y aplastó a Teresa en su cama. En algún sitio golpeó después la falda, que se hizo añicos con gran estrépito.

—¡Qué ganas de vivir! —exclamó Kien con voz radiante. Él mismo era tan flaco e insignificante que no tuvo miedo. Por precaución, ocupó menos espacio que de costumbre, reduciéndose al grosor de una sábana. No había puño en el mundo capaz de hacerle daño.

La fiel y robusta criatura cumplía su deber con prontitud. Un simple cuarto de hora ahí sentado y ya Teresa no existía. Nada podía resistirse a aquella fuerza. Lo malo era que luego se le olvidaba irse, y se quedaba tres cuartos de hora más sin razón aparente. A los libros nada les hacía, pero a Kien poco a poco le iba resultando incómodo. No es bueno que un puño hable mucho, pues notaríamos que, en realidad, nada tiene que decirnos. Debe limitarse a golpear. Cuando lo haya hecho, que se retire o, al menos, que se calle. Pero a aquel puño le importaban poco el nerviosismo y los deseos de un enfermo, y se explayaba con gran énfasis sobre el tema de siempre. Al principio, y por respeto a Kien, platicaba sobre el pueblo criminal de las mujeres. Pero una vez liquidadas éstas, ¿qué quedaba?: el puño en sí. Tenía aún la misma fuerza que en sus buenos tiempos, pese a estar en una edad en que se suele disfrutar con el recuento detallado de la propia vida. Y así se enteró Kien de su gloriosa y larga historia. De haber cerrado los ojos, el puño lo habría hecho papilla. Ni las orejas le hubieran servido en ese trance: ningún tapón era eficaz contra

semejantes rugidos.

Transcurrida la mitad de la visita, Kien se quejaba de males antiguos y supuestamente olvidados. Ya de niño le fallaban las piernas. En realidad, nunca aprendió a caminar como es debido. En la clase de gimnasia siempre se caía de la barra fija. Pese a sus largas piernas era el peor corredor de su clase. Los maestros consideraban poco natural su escaso rendimiento físico. En todos los demás cursos era, en cambio, el primero, gracias a su excelente memoria. Pero, ¿de qué le servía? Por su ridículo aspecto, nadie lo respetaba.

Constantemente le echaban zancadillas, dando con él en tierra. En invierno lo utilizaban como hombre de nieve y lo hacían rodar hasta que su cuerpo adquiría un grosor normal. Fueron esas sus caídas más frías, pero también las más suaves. De ellas guardaba recuerdos muy confusos. Toda su vida era una larga serie de caídas. Pero siempre se recuperaba y no tenía heridas personales. Se sentía incómodo y desesperado sólo cuando iba desenrollando en su cabeza una lista que él mismo mantenía en el mayor secreto. Era la lista de los libros inocentes cuya caída había provocado, el verdadero registro de sus pecados, un prolijo expediente en el que iba anotando el día y la hora exactos de cada caída. Entonces se le aparecían los ángeles del Juicio Final con sus trompetas, doce porteros como el suyo, de carrillos hinchados y brazos musculosos, cuyos instrumentos le repetían la lista en los oídos. En medio de su angustia, sonreía al pensar en los pobres trompetas de Miguel Ángel. Acurrucados lastimeramente en un rincón, disimulaban sus trompetas detrás de sí. Ante mocetones como esos porteros, rendían, avergonzados, sus largas armas.

En la lista de libros caídos figuraba, bajo el número 39, un grueso y antiguo volumen sobre *Armamento y táctica de los lansquenetes*. No bien rodó escaleras abajo con sordo ruido, los porteros-trompeta se convirtieron en lansquenetes. Un auténtico delirio se apoderó de Kien. El portero era un lansquenete, ¿qué duda cabe? Su figura rechoncha, su voz estentórea, su lealtad de mercenario, esa loca temeridad que no se arredra ante nada, ni siquiera las mujeres, su jactancia y sus absurdas bravatas... ¡un lansquenete redivivo!

El puño ya no le infundió terror alguno. Ante él tenía a un personaje histórico muy familiar. Conocía sus capacidades y sus límites. Su aterradora estupidez le resultaba explicable. Actuaba como un auténtico lansquenete. ¡Pobre tipo! Nacido con excesivo retraso, vino al mundo como lansquenete en pleno siglo xx. Se pasaba todo el día en ese cuchitril oscuro, sin un solo libro, y en la soledad más absoluta, expulsado del siglo para el que en principio fue creado, varado en otro donde siempre sería un extraño. En los inofensivos albores del siglo xvi, el portero, aunque fanfarronease, quedaba reducido a nada. Para dominar a un ser humano basta con ubicarlo históricamente.

A las once en punto el lansquenete se ponía de pie. En materia de puntualidad era uña y carne con el profesor. Repetía el mismo ritual de su llegada y echaba una mirada compasiva a la silla. «¡Todavía sigue entera!» afirmaba; y, para demostrarlo,

la asía con su mano derecha y la tiraba contra el suelo, que aceptaba pacientemente la arremetida. «¡No pagaré un céntimo!» añadió, riendo estruendosamente ante la idea de darle algo al profesor por una silla que rompiera al sentarse.

—¡Mejor saque su mano, profesor! Si no, se la haré polvo. ¡Adiós! ¡Y deje en paz a su mujer! ¡Yo no trago a esa vieja harpía! —Y echaba una mirada hostil a la pieza de al lado, pese a saber que ella no estaba—. Yo apuesto por los jóvenes. Fíjese usted, mi hija, que en paz descansa, era la que mejor me entendía. ¿Por qué? Por ser mi hija. Era joven, una mujer hecha y derecha; pude hacer con ella lo que quise, por algo era su padre. Pero está muerta. Mientras que la vieja harpía sigue viva.

Salía del cuarto moviendo la cabeza. En ningún sitio lo afectaba tanto la injusticia del mundo como en casa del profesor. En su cuartucho no tenía tiempo para meditar. Pero en cuanto abandonaba su ataúd y llegaba al espacioso apartamento de Kien, lo invadían pensamientos fúnebres. Se acordaba de su hija, veía ante él al profesor muerto y, al contemplar sus puños inactivos, se sentía muy poco temible.

Kien encontraba absurdas sus despedidas. Aunque el uniforme le quedara bien, los tiempos eran otros. Lamentaba que su método histórico no fuera siempre aplicable. A Teresa no lograba ubicarla en ninguna de las civilizaciones o barbaries con cuya historia estaba familiarizado.

Las visitas se sucedían cada día en el mismo orden. Kien era demasiado astuto para abreviarlas. Mientras su mujer siguiera ilesa y el puño tuviese un objetivo útil y legítimo, no tenía por qué temerle. Antes de que su intenso miedo le recordara la lista secreta de sus males, no había aún pensado en los lansquenetes, y el portero todavía no era uno de ellos. A las diez, cuando el hombre cruzaba el umbral, decía Kien muy contento: un tipo peligroso, acabará destrozándola. Su júbilo cotidiano ante la desesperación de Teresa lo hacía entonar himnos a la vida; pues antes, aunque la conociera, jamás había sentido el menor impulso de alabarla. No se olvidaba del Juicio Final ni de los ángeles de la Sixtina, objeto de sus burlas, que él registraba cada día como tarea obligatoria. Tal vez sólo aguantó la vacuidad, opresión y rigidez de esas largas semanas trascurridas bajo el signo de su esposa, porque algún descubrimiento cotidiano le infundía nuevos ánimos. En su vida de erudito, los descubrimientos eran algo grande y axial. La inactividad lo hacía echar de menos su trabajo. De ahí que día a día se obligaba a descubrir lo que era su portero: un lansquenete. Lo necesitaba más que los mendrugos de pan que casi nunca comía. Lo necesitaba como una bocanada de trabajo.

En las horas de visita, Teresa trabajaba. Sólo por ganar tiempo admitía en su apartamento al portero, aquel hombre vulgar cuya conversación oyó a escondidas la primera vez. Estaba inventariando la biblioteca. Que su marido girase los libros aquel día le dio mucho que pensar. Temía además que el nuevo hermano apareciera de improviso y se llevara los ejemplares más valiosos. Para saber lo que realmente había y no dejarse engañar, inició su importante trabajo en el comedor un día que el portero, sentado a la cabecera de Kien, despotricaba contra las mujeres.

Recortaba los angostos márgenes de algún periódico viejo y se acercaba a los libros. Luego sacaba uno, leía el título, lo repetía en voz alta y lo anotaba en la larga tira de papel. Repetía el nombre entero antes de cada letra, para no olvidarlos. Cuantas más letras tuviera y más lo repitiera, más extrañamente lo deformaba en su boca. Las consonantes blandas en posición inicial, como b, d, g, se hacían cada vez más duras. Dada su especial predilección por la dureza, se esforzaba en no rasgar la hoja del diario con la punta dura de su lápiz. Sus macizos dedos no lograban producir sino mayúsculas. Los títulos largos o científicos la irritaban al no poder hallar cabida entre borde y borde. «Una línea por libro», decidió, para contar mejor las tiras y que se viera más bonito. Cortaba el título por la mitad cuando llegaba al borde, y desechaba el resto como inservible.

Su letra preferida era la «o». Todavía le quedaba, desde su época escolar, cierta práctica en hacer «oes». («Debierais cerrar las “oes” como la Teresa», decía siempre la maestra. «Teresa hace las “oes” más bonitas»). Al final pasó tres años en el mismo curso, pero no por culpa suya. La culpa fue de la maestra, que no la tragaba porque acabó haciendo las «oes» mejor que ella. Todas, en su clase, querían que se las hiciera, mientras que nadie aceptaba «oes» de la maestra). Por eso ella podía hacer las «oes» tan pequeñas como quisiera. Los circulitos perfectos y regulares se perdían entre las letras vecinas, tres veces más grandes. Si algún título largo tenía varias «oes» las contaba primero y las escribía luego, al final de la línea, reservando el espacio inicial para el título, debidamente amputado.

Por debajo de las tiras llenas trazaba una línea, contaba los libros, memorizaba la cifra —tenía buena memoria para números— y la anotaba abajo si al cabo de tres pruebas no había variado.

Sus letras se reducían de semana en semana, al igual que las «oes». Cuando hubo llenado diez tiras, las cosió con cuidado por la parte de arriba y —como un peculio nuevo, penosamente adquirido— disimuló el inventario, 603 libros, en el bolsillo de su falda recién almidonada, junto a las llaves.

Al cabo de unas tres semanas dio con el nombre de Buda, que hubo de copiar infinidad de veces. La suavidad de sus sonidos la sedujo. El tipo interesante debió llamarse así, no Guarro. De pie encima de la escalera, cerró los ojos y pronunció con la mayor dulzura: «Señor Puda». Y el señor Puta<sup>[1]</sup>, como al comienzo le decía, pasó a ser el «Señor Puda». Se imaginó que él ya la conocía y se enorgulleció de que sus libros no acabasen nunca. ¡Hablaban tan bonito y encima había escrito todo eso! Le hubiera gustado echar una ojeadita pero, ¿cuándo tenía tiempo?

La presencia del señor Puda la animó a darse prisa. Consciente de que avanzaba muy despacio —una hora diaria era muy poco—, decidió sacrificar horas de sueño y pasó noches de insomnio en la escalera, leyendo y anotando. Se le olvidó que la gente decente se acuesta a las nueve. A la cuarta semana terminó con el comedor. Tanto éxito la aficionó al noctambulismo y sólo se sentía bien si derrochaba luz. Su conducta ante Kien ganó en aplomo. Las viejas frases adquirieron ritmos nuevos.

Hablaba quizá más lentamente, pero con énfasis e incluso cierta dignidad. Él le había cedido espontáneamente las tres piezas; pero los libros se los ganaba ella misma.

Cuando empezó a trabajar en la alcoba, no le quedaban vestigios de su antiguo miedo. Se subía a la escalera en pleno día —con el marido despierto, al lado—, sacaba una tira de papel y cumplía sus obligaciones con los libros. Para estar quieta, se mordía los labios. Así ya no podía hablar ni distraerse, pues si algún título le salía torcido, tendría que volver a empezar desde el comienzo. No olvidaba el testamento, que era lo más importante, y siguió cuidando a su marido con solicitud y entrega. Cuando llegaba el portero, interrumpía su faena y se iba a la cocina. El tipo la hubiera molestado con sus ruidos.

En su sexta y última semana de convalecencia empezó Kien a respirar mejor. Sus premoniciones dejaron de cumplirse. Su mujer interrumpía bruscamente sus monólogos y callaba. Haciendo un cálculo global, debía hablar sólo medio día. Repetía la misma cantilena; pero él, preparado a cualquier sorpresa, esperaba el gran acontecimiento con el corazón palpitante. En cuanto ella callaba, Kien cerraba los ojos y de verdad se dormía.

## Amor juvenil

En el preciso instante en que el médico le dijo: «Mañana puede levantarse». Kien se sintió sano. Pero no saltó al punto de la cama. Era de noche y quería reanudar su vida sana como siempre, a las seis de la mañana.

La reanudó al día siguiente. Hacía años que no se sentía tan fuerte. De pronto, al lavarse, le pareció tener músculos. Su obligado reposo le había probado bien. Cerró la puerta que daba al cuarto contiguo y se sentó ante su escritorio, tieso como un palo. Sus papeles habían sido revueltos, con cierto cuidado, es verdad, pero lo suficiente como para que él lo notara. Se alegró de poder arreglarlos; el contacto con los manuscritos era gratificador. Lo aguardaba un trabajo enorme. Su mujer debió haber buscado el testamento por ahí poco después de su caída, cuando la fiebre lo privó de todos sus sentidos. Pese a los múltiples estados de ánimo por los que pasó durante su convalecencia, siempre permaneció fiel a este principio: no redactar su testamento, ya que tanto le importaba a ella. Decidió atacarla rudamente cuando la viera, obligándola, con rapidez y eficacia, a retirarse a sus antiguos lares.

Teresa le trajo el desayuno y estuvo a punto de decirle: «Deja la puerta abierta». Pero habiendo preparado una estrategia de sonrisas para hacerse con el testamento, e ignorando de qué humor andaría él ahora, una vez restablecido, se contuvo para no irritado antes de tiempo. Se limitó a agacharse e introducir bajo la puerta un taco que la mantuviera abierta. Estaba de humor conciliatorio y dispuesta a imponerse con rodeos. Él se puso en pie de un salto, le lanzó una mirada desafiante y dijo en tono agresivo:

—Un desorden espantoso reina entre mis manuscritos. Y la llave, me pregunto, ¿cómo fue a parar a manos extrañas? La encontré en el bolsillo izquierdo del pantalón. Mal que me pese, me veo obligado a suponer que alguien la utilizó indebidamente y luego volvió a ponerla en su sitio.

—¡Sólo faltaría!

—Pregunto por primera y última vez: ¿quién ha estado registrando mi escritorio?

—¡Habrased visto!

—¡Quiero saberlo!

—Pero oye, ¿soy yo una ladrona?

—¡Exijo una explicación!

—Explicar es muy fácil.

—¿Qué quiere decir eso?

—Así es la gente.

—¿Qué gente?

—Poco a poco madura el majuelo.

—El escritorio...

—Siempre lo he dicho.

—¿Qué cosa?

—Que uno duerme según como se acuesta.  
—¿Y eso a qué viene?  
—Me dijo que las camas eran buenas.  
—¿Qué camas?  
—Las camas de matrimonio, son preciosas.  
—¡Camas de matrimonio!  
—Así les dicen.  
—Yo no hago vida conyugal.  
—Ni yo, ¿o es que me casé por amor?  
—¡Necesito silencio!  
—Una persona decente se acuesta a las nueve...  
—En adelante, esta puerta permanecerá cerrada.  
—El hombre propone y Dios dispone.  
—He perdido seis semanas con esta enfermedad.  
—La mujer se sacrifica día y noche.  
—No podemos seguir así.  
—¿Y qué hace el marido por ella?  
—Mi tiempo es precioso.  
—En el Registro Civil, las dos partes deberían...  
—¡No pienso hacer testamento!  
—¿Quién habla de envenenar?  
—Un hombre de cuarenta años...  
—Y la mujer, de treinta.  
—¡Cincuenta y siete!  
—Nunca me lo habían dicho.  
—Puedes leerlo en tu partida de nacimiento.  
—Leer es muy fácil.  
—¿Te parece?

—La mujer necesita eso por escrito. ¿Dónde dejas los placeres?

»Tres cuartos son de la mujer y uno del marido, es lo que pone el papel. La mujer le entrega todo al marido y se queda en el aire. ¿Por qué será tan tonta? Papelito canta. Hablar es muy fácil. Un buen día el marido se desmaya. Y una sin saber ni qué Banco. La mujer debe saber qué Banco es. Si no hay Banco, nada. ¡Óyeme! ¿O es que no tengo razón? ¿De qué le sirve el marido si no sabe qué Banco es? Un marido que no dice el Banco no es un hombre. El marido ha de decirle el Banco.

—¡Fuera!

—Decir fuera es muy fácil. Y a la mujer que la parta un rayo. El marido debe hacer su testamento. La mujer nunca sabe. El marido no está solo en el mundo. La mujer también cuenta. En la calle todos la siguen con la mirada. Lo importante en una mujer son las caderas. Aquí no hay fueras que valgan. La puerta quedará abierta. Yo tengo las llaves. Si él quiere cerrarla, que busque las llaves. Se cansará de buscarlas.



¡Las llaves están aquí! —Tamborileó sobre su falda—. Pero aquí no se atreve el marido. ¡Y aunque quiera, no podrá!

—¡Fuera!

—Muy bonito: la mujer salva al marido y después ¡fuera! El marido estaba muerto. ¿Quién fue a buscar al portero? ¿El marido? ¡Ja! Estaba bajo la escalera. A ver, ¿por qué no bajó él mismo a buscar al portero? Porque no podía ni moverse. Primero se muere y después no le deja ni un real a la mujer. El nuevo hermano ni se hubiera enterado. Ya me escribirá el Banco. La mujer quiere volver a casarse. ¿O acaso su marido le ha dado algo? Cuando menos lo piense, tendré los cuarenta y ya los hombres no me mirarán. La mujer también es un ser humano. ¡Oye, las mujeres también tienen su corazoncito!

Sus chillidos se fueron convirtiendo en sollozos. A juzgar por sus palabras, parecía que a las mujeres se les hubiera partido el corazoncito. Apoyada contra el marco de la puerta, con el cuerpo tan ladeado como su cabeza, ofrecía un lamentable espectáculo. Estaba firmemente decidida a no moverse del sitio, en espera de una agresión física. Con la izquierda protegía aquella zona en que la falda, pese a su rigidez, se abultaba con las llaves y el inventario de los libros. En cuanto hubo palpado sus bienes, repitió:

—¡Su corazoncito! ¡Su corazoncito! —Y estalló en nuevos sollozos, abrumada por la belleza y singularidad de esa palabra.

A Kien se le cayeron las escamas de los ojos: el odioso testamento era un pretexto. La vio desamparada, mendigándole su amor: quería seducirlo. Jamás la había visto en ese estado. Él se casó con ella por los libros, ¡y ella lo amaba! Sus sollozos lo aterraban. Mejor la dejó sola, pensó, se calmará más fácilmente. Y abandonó al instante habitación, apartamento y casa.

¡Así que su ternura con *Los pantalones del señor von Bredow* iba dirigida a él, no al libro! Por amor a él se había echado en el diván aquel día. Las mujeres son muy sensibles al estado de ánimo del hombre amado. Ella comprendió su turbación. Como en un libro abierto le leyó el pensamiento a la salida del Registro Civil. Su intención era ayudarlo. Cuando aman, las mujeres pierden carácter. Quiso decirle: ¡ven!, pero se avergonzó, y en vez de llamarlo tiró esos libros al suelo. Traducido en palabras, aquel gesto significaba: los libros me importan un comino, quien cuenta eres tú. Gesto simbólico que equivalía a una declaración de amor. Desde entonces no cesó de cortejarlo. Le impuso su compañía durante las comidas; le impuso los muebles nuevos. Siempre que podía lo rozaba con su falda almidonada. Como buscaba una oportunidad para hablar de camas, le hizo comprar una en vez del diván. Luego cambió de habitación y compró un juego de dormitorio para dos. Durante su convalecencia, el testamento fue sólo un pretexto para hablarle. Por algo decía siempre: «¡Querer es poder!». ¡Pobre criatura obcecada! Han pasado meses desde la boda y aún espera su amor. Le lleva dieciséis años, sabe que morirá antes que él, y sin embargo insiste en que los dos hagan su testamento. Seguro que querrá dejarle sus

ahorros, y para que él no se niegue a aceptarlos le exige a su vez un testamento. Pues, ¿de qué le servirían si es ella quien ha de morir primero? Él, en cambio, podría disfrutar de esos ahorros. Le demostraba su amor con su dinero. Hay solteras que, de golpe, le entregan los ahorros de toda su vida a un hombre, ahorros de decenios, los mejores ahorros de aquellos días en que, por guardar, no disfrutaron. Además, ¿cómo se hubiera ella elevado por sobre su esfera doméstica? El dinero, para los analfabetos, es la prueba decisiva en todo orden de cosas: amistad, bondad, cultura, poder o amor. Y tratándose de una mujer, este hecho tan simple se complica por su debilidad natural. Como quiere regalarle sus ahorros, decide torturarlo seis semanas con una eterna letanía. No se atreve a decirle simplemente cara a cara: te amo, aquí tienes mis ahorros. Esconde la llave de la puerta que da al estudio y, como él no la encuentra, ella es libre de respirarle su aire. No le interesa tratarla más de cerca, aunque a ella le baste compartir el mismo aire. Nunca se preguntó si el Banco donde guarda su dinero era seguro. Pero ella teme perderlo. Sus ahorros han de ser demasiado exigüos para mantenerlo mucho tiempo a flote. Con rodeos, como si en realidad se preocupara de sí misma, insiste en pedirle información sobre su Banco. Querrá salvarlo de una posible catástrofe. Las mujeres se preocupan del futuro de su amado. A ella le quedan pocos años y, antes de morir, consagra sus últimos esfuerzos a asegurarle la vejez. Presa de la desesperación, registró el escritorio cuando él estaba enfermo, esperando obtener datos más precisos. Para ahorrarle una emoción innecesaria, no dejó la llave puesta y la volvió a guardar donde la había encontrado. Pero siendo una persona inculta, no tenía idea de la precisión y el poder memorístico de su marido. Era tan inculta que a él le daba náuseas el solo pensar en su lenguaje. Y no hay manera de ayudarla. Uno no viene al mundo para amar, después de todo; él no se casó por amor. Quería que alguien se ocupara de los libros y ella le pareció la persona adecuada.

Kien tuvo la impresión de estar en una calle por primera vez en su vida. Esta vez distinguió entre los transeúntes a hombres y mujeres. Las librerías por las que pasaba lo hicieron detenerse, claro está, aunque por los escaparates que antes evitaba. Los libros pornográficos ya no lo inquietaban. Leía los títulos y proseguía su camino sin menear la cabeza. Unos perros cruzaron la calzada persiguiendo a otros y se olisquearon con satisfacción. Kien aflojó el paso y los miró, estupefacto. A sus pies cayó de pronto un paquetito. Un joven se apresuró a recogerlo y empujó a Kien sin disculparse. La mirada de Kien siguió los dedos que abrieron el paquetito y extrajeron una llave. En el papel arrugado se veían unas cuantas palabras. El joven sonrió al leerlas y alzó la mirada hacia la casa. Por un ventanal del cuarto piso se asomó una muchacha y le hizo señas, entre dos colchones que se ventilaban. Luego desapareció tan velozmente como la llave en el bolsillo del joven. «¿Qué hará con esa llave? Un ladrón, seguro; la criada le tira la llave, será su amante». En la bocacalle siguiente había una gran librería: la dejó a su izquierda. En la esquina de enfrente, un policía charlaba apasionadamente con una dama. Sus palabras, que Kien vio a la

distancia, lo atrajeron. Quiso oírlos. Pero estando ya muy cerca de ellos, la pareja se separó.

—Adiós —graznó el policía. Su rubicunda carota brilló bajo la intensa luz del día.

—¡Hasta la vista, inspector! ¡Hasta la vista! —farfulló la dama; él era gordo, ella, robusta; a Kien se le grabó la pareja.

Al pasar frente a la catedral oyó unos cálidos y misteriosos sonidos. Se habría puesto a cantar en ese tono si su voz, como su estado de ánimo, lo hubiera secundado. De pronto le cayó un poco de palomina. Entre curioso y asustado, levantó la mirada hacia los botareles. Un grupo de palomas se arrullaba, picoteándose: ninguna era culpable del desaguisado. Llevaba veinte años sin oír esos zureos, aunque cada día pasara por ahí al dar su paseo. Sin embargo, conocía el arrullo por los libros.

—¡Así es! —dijo en voz alta y con un gesto de aprobación, como hacía siempre que algún hecho real se correspondía con su original impreso. Pero aquel día, su lúcida constatación no le causó placer alguno. Sobre la cabeza de un Cristo enjuto y demacrado que, con una intensa expresión de sufrimiento, se alzaba en un pedestal, vino a posarse una paloma. No estaba a gusto sola; otra lo notó y se posó al lado. Según la gente, los sufrimientos de ese Cristo eran exagerados: se debían a un dolor de muelas. Pero no era eso, no. Acaso no aguantara a esas palomas con sus sempiternos escarceos. Entonces pensó en su soledad. Aunque más vale no pensar en ella si algo quiere hacerse. ¿Por quién hubiera muerto Él en la cruz de haber pensado en su soledad? Sí, en realidad estaba muy solo; su hermano ya no le escribía. Dejó pasar varios años sin contestar las cartas del parisiense, hasta que éste se cansó y no volvió a escribirle. *Quod licet jovi, non licet bovi*. Desde que Georg andaba tanto con mujeres, se creía un verdadero Júpiter. Georg era un mujeriego; nunca estaba solo. Como no podía soportar la soledad, se rodeaba de mujeres. A él también lo amaba una mujer. Y en vez de quedarse con ella, le había huido y ahora se quejaba de su soledad. Dio media vuelta y se dirigió a casa por las mismas calles, con pasos largos y esperanzados.

Impulsado por la compasión, avanzó con excesiva rapidez para sus fuerzas. Era dueño de una vida. Podía amargar y abreviar los últimos años de esa pobre criatura que se moría por él. Hay que hallar un término medio. Las esperanzas de Teresa eran vanas: él nunca sería un vividor. Su hermano ya traía suficientes niños al mundo. La posteridad de la familia Kien estaba asegurada. Las mujeres no tienen sentido crítico, dicen. Y es cierto: nunca saben con quién se meten. Hace más de ocho años que vive con él en el mismo apartamento. Más fácil le hubiera sido seducir a Cristo. Las palomas pueden traicionar el sentido de su existencia, pues carecen de él. Pero hacerse de una mujer, teniendo tanto trabajo, era un crimen contra la naturaleza de la ciencia. Es cierto que él aprecia su fidelidad y ella hace lo que puede. Por otra parte, él aborrece el robo y el fraude. La propiedad no es un problema de ambición, sino de orden. Nunca se le ocurriría ocultar algo que hablara en favor de ella. Para ser mujer, lo había amado con una discreción asombrosa en esos ocho años. Él nunca advirtió

nada. Sólo desde el matrimonio se le va un poco la lengua. Para eludir su amor está dispuesto a hacer cuanto le pida. ¿Teme que su Banco quiebre? Pues le dirá qué Banco es. Aunque en realidad ya lo conoce, porque una vez cobró un cheque. Así podrá averiguar si es un Banco seguro. ¿Quiere regalarle sus ahorros? Perfecto, no le negará esa mínima satisfacción y hará su testamento para darle así pretexto a redactar el suyo. ¡Qué poco necesita un hombre para ser feliz! Con esta decisión pensaba liberarse de ese amor exagerado y ruidoso.

Pero estaba en uno de sus días malos. En secreto esperaba fracasar. El verdadero amor nunca se calma: inventa nuevas cuitas antes de que las viejas mueran. Él nunca había amado; era como un adolescente ignaro que está a punto de saberlo todo, y al que saber y no saber le producen la misma tenebrosa angustia. Su confusión era tal que empezó a perorar mentalmente como una mujer. Cogía al azar la primera idea que se le ocurriera y la soltaba, sin seguirla hasta el final. Y es que otra, no precisamente mejor, acababa de cruzar por su mente. Dos ideas fijas lo acosaban: la de su mujer amante y abnegada y la de los libros que, ávidos e impacientes, lo incitaban al trabajo. Cuanto más se aproximaba a su casa, más escindido se sentía interiormente. Su razón veía lo que estaba en juego y se avergonzaba. Dirigió su mira hacia el amor y lo atacó muy duramente recurriendo a las armas menos dignas. La falda de Teresa se convirtió en objeto de litigio. Su ignorancia, su voz, su edad, sus frases, sus orejas, todo fue puesto en el platillo, pero la falda hizo inclinar la balanza. Cuando Kien llegó frente a su casa, la falda yacía aplastada bajo el peso de los libros.

«¿Cómo es eso?», se dijo a sí mismo. «¿Solo? ¿Yo, solo? ¿Y los libros?». Cada piso que subía lo acercaba a ellos. Desde el vestíbulo gritó hacia el estudio:

—¡El Banco Nacional! —Teresa estaba en pie ante el escritorio—. ¡Quiero hacer mi testamento! —ordenó él y la empujó con más violencia de la que hubiera deseado. En su ausencia, ella había emborronado tres espléndidas hojas en blanco con la palabra «testamento». Se las señaló y quiso reírse, pero no logró esbozar sino una débil sonrisa. Quiso gritar: «¿No te lo dije?», pero la voz le falló. Estuvo al borde del desmayo, pero el tipo interesante la tomó en sus brazos y ella volvió en sí.

## Judas y el Salvador

Por la forma en que fue escrito el testamento, Teresa sospechó primero un *lapsus calami*, luego una broma pesada y, por último, una trampa. Con el capital guardado en el Banco podrían cubrir dos años más los gastos de la casa.

Al ver la cifra, comentó inocentemente que faltaba un cero. Dio por supuesto que Kien se había equivocado. Y mientras éste comprobaba si la cantidad era exacta, ella, que esperaba una suma diez veces mayor, se sintió amargamente desilusionada. ¿En qué se había ido la fortuna? Quería instalarle al tipo interesante la mejor mueblería de la ciudad, y el testamento sólo daba para una tienda como la de *Gross & Madre*. Ya se había hecho una idea del negocio; hacía varias semanas que, antes de dormirse, calculaba los precios de compra de los muebles. Renunció a la idea de montar una fábrica propia porque de eso no entendía nada y deseaba meter su cuchara en el negocio. Y de pronto se queda ahí, fulminada, porque la casa *Guarro & Esposa* —ese letrero era una de sus condiciones esenciales— no empezaría con mejor pie que la casa *Gross & Madre*. Por ahora, el tipo interesante es el alma de la *Gross* pero cuando esa alma le pertenezca a ella, el negocio marchará tan bien que podrán reinvertir la mayor parte de los beneficios. Ellos dos no necesitan nada; por algo se aman. En un par de años, la *Gross & Madre* estaría liquidada. Y cuando ya se imaginaba al diminuto jefe sollozando y rascándose la cabeza tras la puerta vidriera, al ver que la pujante empresa *Guarro & Esposa*, de primera categoría, le quitaba sus mejores clientes, Kien le dijo:

—No falta ningún cero. Aquí había uno hace veinte años.

Ella no le creyó, y replicó casi bromeando:

—¿Y adonde fue a parar tan linda suma?

Y él, mudo, señaló los libros. No mencionó la parte que había gastado en vivir, pues no sólo era mínima, sino que le daba vergüenza.

A Teresa se le fueron las ganas de bromear y declaró con dignidad:

—El resto se lo enviará al hermano nuevo. Antes de morir le da a su hermano nueve partes, y una parte que le deje a la mujer después de muerto...

Lo había desenmascarado. Esperaba que se avergonzara y añadiese el discutido cero antes de que fuera demasiado tarde. No se da por satisfecha con basuras: ella va siempre a lo grande. Se sentía la administradora del tipo interesante y utilizaba mentalmente sus argumentos.

Kien no oyó muy bien lo que le dijo, pues siguió mirando fijamente los libros. Cuando hubo terminado, le echó un vistazo al documento —puro sentido del deber—, y lo dobló mientras decía:

—¡Mañana se lo llevaremos al notario!

Para no insultarlo, Teresa se retiró. Quería darle tiempo a que reflexionase. Ya se convencerá de que esas cosas no se hacen. Más cerca de uno está la vieja esposa que el hermano nuevo. No pensó en el capital que había en libros porque, de hecho, las

tres cuartas partes ya eran de ella. Sólo la preocupaban los bienes no relacionados con la biblioteca. Teñía que retrasar al máximo su ida a la notaría. Si el testamento llega ahí: ¡adiós capital! La gente decente no hace testamentos cada día. Les da vergüenza ir tan seguido a la notaría. Por eso, lo mejor es hacer de entrada un testamento bueno y no necesitar un segundo.

Kien hubiera preferido liquidar de golpe todas las formalidades. Pero aquel día sintió cierto respeto por Teresa, porque lo amaba. Sabía que como buena analfabeta necesitaba horas para redactar un documento legal. No le ofreció ayuda por no humillarla. Era el respeto mínimo que merecían sus sentimientos. Su actitud conciliatoria tendría sentido sólo si le ocultaba que él había calado en sus sentimientos. Temía que rompiera a llorar si aludía a su intención de hacerle ese regalo. Y optó por sentarse a trabajar, poner de lado el testamento y todas las preocupaciones al respecto y dejar abierta la puerta que daba al cuarto de Teresa. Con renovadas energías se sumergió en su viejo ensayo: *Sobre la influencia del Canon Pali en la forma del japonés Busoku Sekitai*.

En el almuerzo se miraron cara a cara sin decir una palabra. Mientras Teresa calculaba las probabilidades de enmendar el testamento, Kien examinaba el documento escrito por ella en busca de eventuales faltas de ortografía. ¿Qué era mejor: copiarlas o corregírselas? Una de las dos medidas sería inevitable. Las pocas horas de trabajo habían limado considerablemente su ternura inicial, que sin embargo bastó para que pospusiera la decisión al día siguiente.

Preocupaciones pecuniarias mantuvieron a Teresa en vela aquella noche. Le sabía mal que su marido gastara tanta luz trabajando hasta las doce. Desde que vio casi cumplidos sus deseos, cualquier céntimo dilapidado la hacía sufrir el doble que antes. Se echaba con cautela, y sin hacer presión, sobre la cama, pues pensaba vender su hermoso dormitorio como nuevo en cuanto montase la tienda. Hasta entonces no había sufrido ni un rasguño; la idea de volverlo a barnizar la hubiera fastidiado. Sus miramientos con la cama y el miedo de dañarla la mantuvieron despierta pese a que Kien ya dormía y que todos sus cálculos le habían resultado redondos. La aburría no tener en qué pensar, aunque mañana dejaría de aburrirse.

Pasó el resto de la noche engrosando las sumas que heredaría gracias a su habilidad en hacer «oes». Muy pronto dejó atrás a sus rivales femeninas. Otras surgieron en forma totalmente inoportuna. Ninguna tenía la falda almidonada. Ninguna aparentaba treinta. La mejor pasaba ya de los cuarenta, pero sus ceros eran ridículos y el tipo interesante la despachó en el acto. Por la calle, los hombres no la seguían con la mirada. «¡Teniendo tanto dinero, marrana!», le gritó Teresa a la sinvergüenza, «¿por qué no te haces almidonar la falda?». Demasiado ociosa para hacerlo ella misma y encima tacaña, ¡vaya pieza! Entonces se volvió hacia el tipo interesante y le agradeció. Quiso decirle su bonito nombre —Guarro le quedaba pésimo—, pero se le había olvidado. Se levantó, encendió, con cuidado, la lamparita de la mesilla de noche, sacó el inventario del bolsillo de su falda y lo leyó hasta dar

con el nombre, para el que ningún gasto de luz era excesivo. De puro excitada hubiera gritado: «¡Puda!», pero un nombre así había que susurrarlo. Volvió a apagar la luz y se echó pesadamente en la cama, olvidando los miramientos con que debía tratarla. Repitió: «¡Señor Puda!» hasta cansarse. Pero él era muy listo, además de interesante, y no admitía interrupción en su trabajo. Examinaba por turno a las mujeres. Más de una simuló andar encorvada bajo el peso de los ceros. «¡Ten cuidado!», le decía Teresa, «¡es un problema de edad y no de ceros!». Amaba la verdad ante todo. El señor Puda tenía ante él una bella hoja de papel satinado en la que iba anotando pulcramente los ceros. Luego la recorría con sus ojitos enamoradizos y decía, con esa voz tan suya: «Lo siento mucho, mi querida señora, pero es imposible». Y ponía a la vejistoria en la puerta. Pero, ¡qué se ha creído! ¿Qué les pasa a las mujeres hoy en día? No bien tienen cuatro reales se imaginan que el hombre más guapo es suyo. Teresa disfrutaba al máximo cuando, a juicio del señor Puda, alguno de los capitales aportados superaba a los demás. Él decía entonces: «¡Estupendo, por favor tome usted asiento, señora mía!». ¡Imposible imaginar lo vieja que era! Pero tomaba asiento, pese a todo. Cuando ya iba él a decirle: «¡Mi querida señora!», Teresa se estremeció ligeramente. Esperó a que él abriera la boca para avanzar e interponerse entre ambos. En la derecha llevaba un lápiz afilado. Se limitó a decir: «¡Un momento, por favor!», y trazó sobre el papel, detrás de su capital, un hermoso 0. El suyo superó a todos los otros: era la primera mujer con capital que encontraba. En vez de decir algo, como era su derecho, se retiró modestamente y en silencio. El señor Puda habló por ella: «Lo siento mucho, señora mía, pero es imposible». Más de una vieja rompió a llorar. Acercarse tanto a la felicidad y no tocarla ¡vaya suerte! Pero el señor Puda era insensible a las lágrimas. «Primero hay que aparentar unos treinta y después llorar», dijo. Teresa comprendió a quién se refería y se sintió muy orgullosa. La gente pasa ocho años en la escuela y no aprende nada. ¿Por qué no aprenden a hacer «oes»? ¿Acaso no es un arte?

Esa mañana, su excitación la sacó pronto de la cama. Ya estaba lista cuando Kien se despertó a las seis. En silencio lo oyó vestirse, lavarse y darle palmaditas a sus libros. El aislamiento en que vivía y el silencioso andar de Kien la habían sensibilizado al máximo ante ciertos ruidos. Reconocía exactamente en qué dirección se movía, pese a la suavidad de la alfombra y al escaso peso de Kien. Este dio varias vueltas inútiles y pareció no interesarse por el escritorio, al que sólo se acercó a las siete. Junto a él se quedó un rato y Teresa creyó oír el raspear de su pluma. ¡Qué tipo tan torpe!, pensó, su pluma raspea cuando hace un «O». Aguardó a que raspeara otra vez. Tras los sucesos de esa noche contaba al menos con dos ceros más. No obstante, aún se sentía muy pobre y murmuró: «Anoche fue todo tan bonito».

De pronto él se levantó y empujó la silla a un lado: estaba listo, la segunda vez no había raspeado. Ella se le acercó con tal ímpetu que ambos chocaron en el umbral. Kien le preguntó:

—¿Acabaste?

Y ella:

—¿Listo? —Los últimos vestigios de delicadeza se le habían ido con el sueño. Su absurda historia femenina dejó de interesarlo. Sólo se acordó del testamento al encontrarlo entre los manuscritos. Lo leyó de arriba abajo, aburrido, y observó que en la penúltima cifra de su nuevo saldo había un error incomprensible: en vez de un cinco se veía un siete. Enojado, corrigió el error y se preguntó cómo podía confundirse un cinco con un siete. Sin duda porque ambos eran números primos. Esta ingeniosa explicación, la única posible dado que un cinco y un siete no tienen otro rasgo en común, lo apaciguó.

—¡Un día excelente! —murmuró—, ¡a trabajar y aprovecharlo! —Pero antes quiso liquidar lo del dichoso testamento, para no ser interrumpido en su trabajo. La colisión no afectó en nada a Teresa: su falda la protegía. Él, en cambio, se hizo daño.

Kien aguardó la respuesta de Teresa; ella, la de él. Como éste nada dijo, ella lo apartó y se deslizó hasta el escritorio. Perfecto: ahí estaba el testamento. Observó que la penúltima cifra era un 5 en vez de un 7; pero de un nuevo cero ni rastros. Algo debió haberla birlado el viejo avaro. De momento la estafa era de 20 chelines; pero añadiéndole un 0, serían 200. Con un segundo cero habrá una diferencia de 2000. No se dejará robar 2000 chelines. ¿Qué diría el tipo interesante si se enterase? «¡Pero oiga, que nos arruina el negocio, señora mía!». Habrá que ir con cuidado; no vaya a ponerla en la puerta. El necesita una mujer decente. Una mondonga no le serviría.

Se volvió y le dijo a Kien, que estaba detrás de ella:

—¡Este cinco está de más!

Pero él no le hizo caso.

—¡Dame tu testamento! —ordenó con brusquedad.

Ella lo escuchó perfectamente. Desde la víspera venía espionando sus menores movimientos. Nunca en su larga vida había mostrado tanta serenidad como en esas pocas horas. Comprendió que le exigía un testamento. La parte teórica de su sempiterna letanía «Las dos partes debieran ir al Registro Civil», acudió en seguida a su memoria. No había transcurrido un segundo desde que recibiera la orden, cuando ella contraatacó:

—¡Pero oye! ¿Crees que esto es el Registro Civil?

Y, honestamente indignada ante esas pretensiones, abandonó la habitación. Kien no abundó en conjeturas sobre su mordaz respuesta. Constató que aún no parecía dispuesta a darle el documento. Por hoy quedaba exonerado del engorroso trámite notarial. ¡Tanto mejor! Aceptó su suerte muy contento y se enfrascó en su ensayo.

Esa comedia muda entre ambos se prolongó varios días. Mientras que el silencio de ella lo tranquilizaba gradualmente —era casi el mismo de antes—, la agitación de Teresa aumentaba de hora en hora. Tenía que hacer grandes esfuerzos para no hablar durante las comidas. Frente a él no se llevaba ni un bocado a los labios, por miedo a que se le escapara una palabra. Su hambre aumentaba con sus recelos. Antes de sentarse con él a la mesa, se hartaba sola, en la cocina. Cualquier temblor en su rostro



la hacía estremecerse: ¿cómo saber si ese temblor no se convertiría de pronto en la palabra «notario»? Él, a veces, soltaba alguna frase. Sus frases eran raras, pero ella les temía como a sentencias de muerte. Si él hubiera hablado más, el miedo de Teresa se habría fragmentado en mil pequeños miedos. El laconismo de Kien la consolaba. Pero su pánico persistía, enorme y arrollador. Si él empezaba con un: «Hoy...», Teresa, muy rápida, se decía: «¡Nada de notarios!», y repetía esta frase con una agilidad inaudita en ella. El cuerpo se le bañaba en sudor. También la cara. Y ella misma lo notaba: ¡siempre que su cara no la traicionase! En esos casos corría a buscar un plato. Leía en el rostro de Kien deseos que éste no tenía. Hubiera hecho cualquier cosa por él, siempre y cuando no hablase. Sus miramientos apuntaban a los ceros, pero a él lo favorecían. Presintiendo una desgracia horrible, se esmeraba sobre todo al cocinar. «¡Ojalá le guste!», pensaba, y se echaba a llorar. Tal vez quiso cebarlo, darle fuerzas para trazar aquellos ceros. Tal vez sólo quiso probarse lo mucho que se los merecía.

Su contrición era profunda. A la cuarta noche descubrió qué era el tipo interesante: un pecado suyo. Dejó de llamarlo por su nombre. Siempre que se cruzaba con él ponía mala cara, decía: «Cada cosa a su tiempo» y le daba un puntapié para que la entendiera. Los negocios no iban bien. Un negocio hay que merecerlo para que vaya bien. Le quedaba *un solo* refugio: la cocina. En ella se sentía tan simple y modesta como antes, y casi se olvidaba de su condición de ama de casa al no ver muebles a su alrededor. Un solo objeto la molestaba en aquel sitio: la guía telefónica que, propiedad suya, yacía muerta en un rincón. Para más seguridad, cortó las direcciones de todos los notarios y las tiró a la basura.

Kien no advertía sus manejos. Le bastaba con que no hablase. A caballo entre la China y el Japón, se dijo un día que aquel silencio era producto de su hábil diplomacia. La había dejado sin pretextos para hablar. Le había arrancado el aguijón de su amor por él. En esos días le resultaron varias hipótesis y reconstruyó en tres horas una frase estropeadísima. Los caracteres precisos brotaron velozmente de su pluma y al tercer día pudo acabar el viejo ensayo. De los nuevos ya tenía dos empezados. Fue evocando antiguas letanías que le hicieron olvidar las de Teresa. Lentamente se remontó a sus tiempos de soltero. La falda, que había perdido mucho de su tiesura y gravedad, le recordaba a ratos que su mujer existía. Se movía ahora con mayor rapidez y no debía estar tan bien planchada. Kien constató este hecho sin darle muchas vueltas. ¿Por qué no dejar la puerta de su dormitorio abierta? Ella no abusaba nunca de su paciencia y se guardaba bien de interrumpirlo. Durante las comidas, la presencia de su esposo la calmaba. Temía que cumpliera su amenaza de comer por separado y, aunque mujer, actuaba con suma cautela. A él le molestaba tanto esmero en el servicio. Ya irá perdiendo la costumbre, se decía. Tantos platos le parecían superfluos; no hacían más que robarle sus mejores ideas.

Al cuarto día, cuando Kien salió a dar su habitual paseo de las siete, ella — exteriormente otra vez la discreción misma— se deslizó hasta el escritorio. No se

acercó a él de inmediato. Lo rodeó varias veces y, antes de hacer lo que se había propuesto, arregló un poco la habitación. Sintió que aún no había ido demasiado lejos y aplazó su decepción lo más que pudo. De pronto recordó que a los asesinos los identifican por sus huellas digitales. Sacó de su baúl sus lindos guantes —los mismos que le procuraron un marido—, se los puso y cogió con gran cuidado el testamento, para no ensuciar los guantes. Los ceros brillaban por su ausencia. Temió que acaso ya estuvieran, pero la tenuidad de sus trazos impidiera verlos. Un examen más detallado la tranquilizó. Mucho antes de que Kien volviera, tanto ella como el estudio ofrecían un aspecto de lo más normal, como si nada hubiera ocurrido. Se refugió en la cocina, donde volvió a sumirse en la aflicción que interrumpiera a las siete.

Al quinto día hizo lo mismo. Se entretuvo más tiempo con el testamento, sin preocuparse de la hora ni de los guantes.

El sexto día fue un domingo. Se levantó sin ánimos, esperó que su marido saliera y contempló, como los otros días, la maligna cifra marcada en el testamento. No sólo el número entero, 12.650, sino la forma de cada guarismo parecía habersele grabado en carne propia. Buscó una tira de papel de periódico y copió la suma tal y como figuraba en el testamento. Sus números reprodujeron los de Kien trazo por trazo; ni un grafólogo hubiera podido distinguirlos. Utilizó la tira en sentido longitudinal para añadirle cuantos ceros quisiera, y le agregó una buena docena. Sus ojos relumbraron ante el fabuloso resultado. Acarició la tira varias veces con su mano tosca y dijo: «¡Pero oiga, qué maravilla!».

Luego cogió la estilográfica de Kien, se inclinó sobre el testamento y transformó los 12.650 en 1.265.000.

El trabajo a pluma le salió tan limpio y exacto como el que había hecho a lápiz. Cuando terminó el segundo cero, no fue capaz de incorporarse. La pluma se aferraba al papel, dispuesta a trazar un nuevo cero. Pero como faltaba espacio, la cifra hubiera quedado más pequeña y apretada. Teresa se percató del peligro que corría. Cualquier nuevo trazo hubiera violado las proporciones de las otras cifras y letras, atrayendo la atención hacia aquel punto. Estuvo al borde de arruinar su propia obra. La tira llena de ceros reposaba al lado. Su mirada, que por ganar tiempo erraba lejos del testamento, recayó de pronto en ella. El deseo de ser, de un plumazo, más rica que todas las mueblerías del mundo, adquirió proporciones inauditas. De haberlo pensado antes, hubiera hecho esos dos ceros más pequeños para deslizar luego un tercero. ¿Cómo pudo ser tan tonta? Ahora tendría todo arreglado.

Luchó desesperadamente con la pluma que quería escribir. El esfuerzo superó sus energías. La avidez, la ira y la fatiga la hicieron jadear. Los temblores de su respiración repercutían en su brazo; la pluma amenazó con salpicar de tinta el testamento. Aterrada ante esta posibilidad, la levantó bruscamente. Observó que había enderezado el tronco y empezó a respirar con más regularidad. «Hay que ser modesta», sollozó, interrumpiendo su trabajo tres minutos para soñar con los millones perdidos. Después se aseguró de que la tinta estuviera seca, guardó la preciosa tira en

su bolsillo, dobló el testamento y lo puso donde lo había encontrado. Distaba mucho de sentirse satisfecha; sus deseos apuntaban más alto. Al no obtener sino una parte de lo que hubiera podido, cambió de humor repentinamente. Se sintió una estafadora y decidió ir a la iglesia. Después de todo era domingo. Dejó una nota en la puerta del apartamento: «Estoy en la iglesia. Teresa», como si aquél hubiera sido su refugio de siempre.

Eligió la iglesia principal de la ciudad: la catedral. Una más pequeña le hubiera recordado que se merecía algo mejor. En la escalera se dio cuenta de que no iba bien vestida. Pese a su abatimiento, regresó y se cambió la primera falda azul por la segunda, que era idéntica. Por la calle se olvidó de comprobar si todos los hombres la miraban. En la catedral sintió vergüenza. La gente se burlaba de ella. ¿Será posible que se rían en la iglesia? A ella no le importaba, porque es una mujer decente. Se dijo a sí misma con gran énfasis: «una mujer decente», se lo repitió y buscó refugio en un rincón apartado de la catedral.

En él había un cuadro de la Última Cena, pintado íntegramente al óleo. El marco estaba bañado en oro. El mantel no le gustó. La gente no sabe lo que es lindo y, además, estaba sucio. Daban ganas de tocar la bolsa: contenía treinta monedas de plata; no se veían, pero la bolsa parecía de verdad. Judas la sujetaba firmemente. Por nada la hubiera soltado el muy tacaño. No le daba un real a nadie. Exactamente como su marido. Por eso traicionó al Señor. Su marido es delgado; Judas era gordo y tenía una barba rojiza. En el centro estaba el tipo interesante. ¡Qué cara tan bonita la suya: muy pálida y un par de ojazos como se pide! Lo sabe todo. Es listo, además de interesante. Le ha puesto el ojo a la bolsa. Querrá saber cuánto hay. Otro tendría que contar los chelines. Él no, le basta con mirarla por fuera. Su marido es un cerdo. ¡Hacerle eso por veinte chelines! Pero a ella no la engaña: antes había un siete, y él lo convirtió en un cinco. Y ahora son 2.000. El tipo interesante la reñirá. ¿Tiene ella la culpa? Ella es la blanca paloma. Vuela encima de su cabeza. Resplandece en su inocencia. El pintor lo quiso así. Ya sabrá él por qué: es su oficio. Ella es la blanca paloma. Que Judas intente alguno de sus trucos: no la cogerá. Ella irá adonde le plazca. Volará hacia el tipo interesante: sabe lo que es bueno. Judas no podrá decirle nada. Que se ahorque. De nada le servirá entonces la bolsa. Tendrá que dejársela. El dinero es de ella, la blanca paloma. Pero Judas no entiende esas cosas. Piensa sólo en su bolsa. Por ella le da un beso al Salvador y lo engatusa. En seguida vienen los soldados, dispuestos a llevárselo. Que lo intenten: ella *avanzará* y les dirá: «No es el Salvador. Es el señor Guarro, un simple empleado de la empresa *Gross & Madre*. No podéis hacerle nada. Yo soy su mujer. Judas siempre intenta engatusarlo. ¡Pero Él no tiene la culpa!». Ella cuidará de que nada le pase. Que Judas vaya y se ahorque. Ella es la blanca paloma.

Teresa se arrodilló ante el cuadro y rezó. Ni un minuto dejó de ser la blanca paloma. Lo decía desde lo más hondo de su corazón, sin quitarle los ojos de encima. Aleteando, el ave se posó en las manos del tipo interesante y él la acarició con

ternura, pues le había salvado la vida varias veces. Así trata la gente a las palomas.

Al levantarse, comprobó asombrada que tenía rodillas. Por un momento dudó de su existencia real y se las palpó. Una vez fuera de la iglesia, fue *ella* quien se burló de la gente. Se rió sin reírse, como era su costumbre. Todos la miraron con aire serio, avergonzados. ¡Qué caras tenían: auténticos criminales! Ya sabemos qué gentuza va a la iglesia. Logró evitar la colecta de limosnas. En el atrio vio un revoloteo de palomas, pero no eran blancas. Teresa lamentó no tener qué darles. ¡Con tanto pan duro que criaba moho en su casa! Detrás de la catedral, una paloma blanca de verdad se posó sobre una estatua de piedra. Teresa la miró: era el Cristo del dolor de muelas. Por suerte, pensó, no se parece al tipo interesante. El pobre se avergonzaría.

En el camino a casa oyó de pronto una música: militares que desfilaban al son de unas marchas preciosas. ¡Qué divertido, cómo le gustaba! Se volvió y avanzó deslizándose al nuevo ritmo. El director de la banda no dejaba de mirarla. Los soldados tampoco. ¿Qué tiene de malo? Ella vuelve la cabeza: quiere agradecerles por la música. Otras mujeres se unen al grupo... pero ella es la más bonita. ¡Y qué guapo el director! Ese era un hombre. ¡Qué bien dirige! Los músicos esperan la señal de su batuta. Sin la señal nadie se mueve. De vez en cuando dejan de tocar. Entonces ella estira la cabeza, el director le sonrío y empieza una marcha nueva. ¡Si no hubiera tantos niños! No la dejan ver bien. Debieran tocar diariamente esas cosas. Lo mejor son las trompetas. Desde que ella apareció, a todos les parece bonito. Pronto se congrega un gran gentío. Pero a ella no le importa. Todos le hacen sitio. Nadie deja de mirarla. Y ella, en voz baja, tararea al ritmo de la música: ¡de treinta, de treinta, de treinta!

## Un millón de herencia

Kien encontró la nota en su puerta. Le leyó, porque leía todo, y la olvidó al llegar a su escritorio. De pronto una voz dijo:

—¡Ya estoy aquí! —Teresa, de pie detrás de él, lo ahogó bajo un diluvio de palabras:

»¡Sí, una gran herencia! A tres casas de aquí hay un notario. ¿Cómo desperdiciar una herencia así? El testamento se ensuciaría. Hoy es domingo. Mañana, lunes. Habrá que darle algo al notario, si no lo hará todo al revés. Tampoco exageremos. Sería una lástima: un dinero tan bonito. En casa, el pan duro cría moho. Ser paloma es muy fácil. Eso sí, no tienen qué comer. Los militares tocan las mejores marchas. Para marchar y mirar todo hay que tener algo especial. ¿Y en quién clavó su mirada el director? No se lo diré a cualquiera. La gente no entiende bromas. 1.265.000. ¡La cara que pondrá el señor Guarro! Con esos ojos tan lindos. Todas las mujeres lo quieren. ¿No soy mujer yo también? Ser bonita es muy fácil. Yo soy la primera con capital...

Segura del triunfo y emocionada por las marchas militares y el «director de orquesta», entró de frente en el estudio. Todo era lindo aquel día. Todos los días debieran ser así. Tenía ganas de hablar. Dibujó en la pared el número 1.265.000, y tamborileó con sus dedos sobre la biblioteca oculta en su bolsillo interior. Quién sabe cuánto valía. Tal vez el doble. El manajo de llaves tintineó. Ella hinchó aún más los carrillos al hablar. Ese día habló sin interrupción, después de una semana de silencio. En su éxtasis le reveló sus pensamientos más secretos. No dudó haber obtenido cuanto estaba a su alcance: era una mujer de acción. Por espacio de una hora le habló sin parar al hombre que tenía enfrente, olvidando quién era. Se le olvidó el terror supersticioso con que, en días anteriores, había espiado el más mínimo temblor en aquel rostro. De pronto era un ser humano al que todo se le podía contar, exactamente el tipo que necesitaba. No le ocultó un solo detalle de cuanto le pasó o se le ocurrió aquel día.

Kien se sintió atacado por sorpresa: algo excepcional había sucedido. Alguna *razón* tendría —y se le notaba en la cara— para molestarlo en forma tan grosera tras su comportamiento ejemplar de aquella semana. Su lenguaje era confuso, temerario y exultante. Él hizo esfuerzos por comprenderla y lo fue logrando poco a poco:

Cierto tipo interesante, por lo visto pariente suyo, le había dejado un millón. Pese a su fortuna había sido director de orquesta, y por lo mismo interesante. Un hombre que, en cualquier caso, tenía de ella muy buena opinión, de lo contrario no la hubiera nombrado su heredera. Con el millón pensaba abrir una mueblería. La feliz noticia acababa de llegarle esa mañana y ella, en señal de agradecimiento, corrió a la iglesia, donde reconoció al difunto en un cuadro, bajo los rasgos del Salvador. (¡La gratitud: causa de alucinaciones!). En la catedral hizo el voto de alimentar regularmente a las palomas. No admitía que les dieran pan viejo cubierto de moho. Las palomas también tienen su lado humano (¡y tanto!); mañana quería ir con él donde el notario y llevarle

el testamento para que lo examine. Temía que, por tratarse de una herencia importante, el notario les pidiera honorarios muy altos. Por eso prefería discutir con él los honorarios antes de la consulta. ¡Parsimoniosa y ama de llaves hasta con su millón!

Pero, ¿sería de verdad una herencia tan importante? 1.265.000... ¿cuánto era realmente? Comparemos esa cifra con el valor de la biblioteca. Por toda su biblioteca no había pagado ni la ridícula suma de 600.000 coronas de oro. La herencia de su padre fue de 600.000 coronas, de las que aún le quedaba un remanente. ¿Qué pensaba ella abrir con su herencia? ¿Una mueblería? ¡Qué absurdo! Se podría ampliar la biblioteca. Le compraría a su vecino el apartamento de al lado y haría derribar la pared. De ese modo *ganaría*, cuatro piezas grandes para la biblioteca. Haría tapiar las ventanas del otro apartamento e instalar tragaluces, como aquí. En ocho cuartos podría albergar 60.000 volúmenes. Acababa de ponerse a la venta la biblioteca del viejo Silzinger y era poco probable que la hubieran subastado. Contenía unos 22.000 volúmenes, y aunque no pudiera competir con la suya, incluía piezas de gran valor. Él se reservó un millón neto para la nueva biblioteca; que ella dispusiera del resto a su antojo. Tal vez le *alcanzara para abrir una mueblería*, aunque de eso él entendía muy poco. ¿Qué le importaba, después de todo? De negocios y dinero nunca quiso saber nada. Tendrá que averiguar si la biblioteca del viejo Silzinger había sido subastada. Sería una pérdida muy lamentable, en todo caso. Se enterraba demasiado en los estudios, privándose de ciertos medios indispensables para el trabajo científico. Así como el agiotista ha de estar al tanto de las cotizaciones bursátiles, el erudito ha de tener el ojo puesto en el mercado de libros.

Ampliar la biblioteca de cuatro habitaciones a ocho: ¡fabuloso! Hay que evolucionar. Anquilosarse no es bueno. Cuarenta años tampoco son muchos. ¿Por qué estancarse a los cuarenta? Hace dos años compró su último gran lote. Así es como uno se oxida. Pero hay otras bibliotecas, no sólo la suya. La pobreza es repugnante. Por suerte ella me ama. Me dice señor Guarro porque soy guarro con ella. Mis ojos le parecen bonitos. Creo que gusto a todas las mujeres. En verdad soy demasiado guarro con ella. Si no me amara, se quedaría con su herencia. Hay hombres que se hacen mantener por sus mujeres. Asqueroso. Primero me suicidaría. Aunque bien puede hacer algo por la biblioteca. ¿Acaso los libros comen? No lo creo. Yo pago el apartamento. Hacerse mantener supone tener casa y comida gratis. También pagaré el alquiler del otro apartamento. Será una mujer necia e inculta, pero se le ha muerto un pariente. ¿Que soy cruel? ¿Por qué?, si yo no lo conocí. Sería pura hipocresía sentir lástima por él. Su muerte no es una desgracia; tiene un sentido más profundo. Todo hombre ocupa un espacio vacío, aunque sólo sea un instante. El espacio de este hombre era su muerte. Ahora está muerto. Ninguna compasión lo resucitará. ¡Qué extraña casualidad! Esta rica heredera se emplea justamente en mi casa como ama de llaves. Cumple sus deberes por espacio de ocho años y de pronto, poco antes de heredar un millón, me caso yo con ella. No bien descubro cuánto me ama, se le muere

el rico director de orquesta. Un golpe de suerte que me cae de un día para otro, sin merecerlo. La enfermedad cerró una etapa de mi vida, marcó el final de la estrechez económica, de la biblioteca exigua y opresiva en la que he vivido hasta ahora.

¿Acaso es igual que un hombre nazca en la luna o en la Tierra? Aunque la luna fuera dos veces más pequeña que la Tierra, no se trataría sólo de otra cantidad de materia, pues la diferencia de tamaños se refleja también a nivel individual. ¡Treinta mil nuevos libros! ¡Cada uno será un punto de partida hacia nuevas ideas y trabajos! ¡Qué cambio tan radical de circunstancias!

En ese instante abandonó Kien la interpretación conservadora de la teoría evolucionista que hasta entonces suscribiera y, a banderas desplegadas, se pasó al campo de los revolucionarios. Todo progreso está condicionado por cambios bruscos. Las pruebas pertinentes, disimuladas hasta entonces —como en todos los sistemas evolucionistas— bajo hojas de parra, afloraron inmediatamente a su conciencia. Un hombre culto tiene siempre a mano cuanto necesita. El espíritu de un hombre culto es un arsenal brillantemente equipado. Pero no se nota mucho, porque los interesados —precisamente en *razón* de su cultura— raras veces tienen el valor de utilizarlo.

Una palabra, lanzada por Teresa con pasión y alegría, arrancó a Kien de sus meditaciones. «Dote», la oyó decir y acogió con gratitud aquel vocablo. Todo cuanto necesitaba en ese histórico momento le llegó de un solo golpe. El legado del capitalismo, defendido y practicado durante siglos por su familia, surgió en él con gran violencia, como si en veinticinco años de lucha no hubiera salido perdiendo. El amor de Teresa, piedra angular del inminente Paraíso, le aportaba ahora una dote. Su derecho era no desdeñarla. Le había demostrado la honestidad de sus intenciones tomándola por esposa cuando era una mujer pobre y él ni sospechaba que tuviera un pariente rico a punto de morir. De vez en cuando —y no muy seguido— también ella disfrutaría recorriendo a paso rápido las ocho salas de la flamante biblioteca. Pensar que un pariente suyo hubiera contribuido a realizar tan magna obra, la compensaría por la pérdida de su mueblería.

Muy contento por la naturalidad con que progresaba su revolución, Kien se frotó los largos dedos. Ninguna muralla teórica se *alzaba*, en su camino. Pronto haría derribar la pared real que daba al apartamento contiguo. Hay que hablar en seguida con los vecinos e informar al maestro albañil Putz: que empiece a trabajar mañana mismo. Revisar el testamento en el acto y llevárselo al notario hoy día. ¡Cuidado con la subasta Silzinger! El portero despachará entretanto unos recados.

Kien avanzó un paso y ordenó:

—¡Llama al portero!

En su informe, Teresa había vuelto al pan mohoso y las palomas hambrientas. Insistió una vez más en esta paradoja que desdecía de su habitual parsimonia, y añadió, reforzando su indignación:

—¡Sólo faltaría!

Pero Kien no estaba de humor para réplicas.

—¡Llama al portero! ¡En seguida!

Teresa notó que le había dicho algo. ¿Qué necesidad tiene de hablar? ¿Por qué no la deja terminar?

—¡Sólo faltaría! —repitió.

—¿Sólo faltaría qué? ¡Llama al portero!

Pero ella le tenía tirria al tipo aquel por la propina.

—¿Qué tiene ése que ver aquí? ¡No pienso darle nada!

—Sobre eso decido yo. Soy el dueño de la casa. —Le habló así no porque fuera necesario, sino porque juzgó útil hacerle ver que su voluntad era inflexible.

—¡Pero oye!, el capital es mío.

En el fondo, él esperaba esa respuesta. Siempre sería una mujer inculta y mal educada. Kien cedió en la medida en que su dignidad no se opusiera a sus proyectos:

—Nadie lo niega. Pero necesitamos al portero para que haga unas gestiones ahora mismo.

—¡Qué lástima! Un dinero tan bonito. Se llevará una fortuna.

—¡Tranquila! ¡Tenemos un millón asegurado!

El recelo se abrió paso en Teresa. El tipo querrá sacarle algo más. Ya le había birlado dos mil chelines.

—¿Y los 265.000? —dijo ella, deteniéndose en cada número y lanzando miradas significativas.

Ahora hay que conquistarla en forma rápida y definitiva.

—Los doscientos sesenta y cinco mil son todos tuyos. —Ocultó su enjuto rostro tras la máscara de un rechoncho mecenas: estaba haciéndole un regalo y aceptaba su agradecimiento con sumo placer y de antemano.

Teresa empezó a sudar:

—¡Todo es mío!

¿Por qué insistiría tanto? Kien disimuló su impaciencia con una frase oficial:

—Ya te he dicho que nadie discute tus reivindicaciones. El problema, por ahora, no es ése.

—Ya lo sé. Lo escrito queda.

—Tenemos que organizar juntos esto de tu herencia.

—¿Acaso es asunto tuyo?

—Te ruego que aceptes mi ayuda.

—Mendigar es muy fácil. Primero regatea y después mendiga. ¿Qué se ha creído?

—Sólo temo que te engañen.

—No te hagas el santo.

—Con herencias de un millón suelen surgir parientes falsos.

—Era un hombre solo.

—¿Sin mujer? ¿Sin hijos?

—Pero oye, ¿qué bromas son éstas?

—¡Una suerte inaudita!



¿Suerte? Teresa se quedó perpleja. El tipo iba a entregarle su dinero antes de morir. ¿Qué suerte era ésa? Desde que Kien empezó a hablarle, ella tuvo la convicción de que quería engañarla. Espiaba sus palabras cual Cancerbero de cien cabezas, esforzándose en buscar respuestas tajantes e inequívocas. Al menor descuido, podría verse con la soga al cuello. El marido ha leído todo. Para ella era parte contraria y defensor del adversario al mismo tiempo. Al proteger su nueva propiedad, desarrolló capacidades que la asustaron a ella misma. De pronto se sintió capaz de meterse en el pellejo de otro. Intuyó que el testamento no era ningún golpe de suerte para Kien. Detrás de sus palabras sospechó una nueva trampa. Algo le estaba ocultando. ¿Qué suele ocultar la gente? Lo que tiene. Su marido poseía más de lo que confesaba. El tercer cero no escrito le ardió en la palma de la mano. Levantó el brazo como impulsada por un dolor repentino. Hubiera querido abalanzarse sobre el escritorio, sacar el testamento y añadirle el cero con un enérgico trazo. Pero sabiendo lo que estaba en juego, se contuvo. La causa de todo era su gran modestia. ¿Por qué será tan tonta? Ser modesto es una necesidad. Pero ahora se espabilará. Tiene que arrancarle el secreto. ¿Dónde habrá escondido el resto? Le sonsacaría todo sin que él se diera cuenta. Amplia y maligna, su habitual sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Y qué harás con el resto?

Se hallaba en el pináculo de su astucia. No le preguntó dónde había escondido el resto, pues él no hubiera contestado. Primero lo haría admitir la existencia de ese resto.

Kien la miró entonces con afecto y gratitud. Su resistencia era sólo aparente; él siempre tuvo esa sospecha. Le pareció muy fino eso de llamarle resto al millón, la parte principal. Por lo visto, el paso súbito de la torpeza al amor era característico en personas de su especie. Se puso en su lugar e intentó calcular el tiempo que habría tenido esta profesión de vasallaje en la punta de la lengua, retrasándola al máximo para potenciar su efecto. Era grosera, pero fiel. Empezaba a comprenderla mejor que antes. Lástima que fuera tan vieja; demasiado tarde para hacer de ella un ser humano. En cualquier caso, no debía permitirle cambios de humor tan bruscos como aquéllos. Por ahí empieza toda educación. La gratitud que le tenía reservada y el amor por sus nuevos libros se le borraron de la cara. Adoptó un aire severo y gruñó, como si estuviera ofendido:

—Con el resto pienso ampliar mi biblioteca.

Teresa se sobresaltó, aterrada y triunfante a la vez. ¡Oír dos confesiones de golpe! ¡Su biblioteca! ¡Cuando ella tenía el inventario en su bolsillo! De modo que había un resto. Él mismo lo había dicho. Teresa no supo por dónde atacar primero. Pero su mano, que involuntariamente se posó sobre el bolsillo, decidió por ella:

—¡Los libros son míos!

—¿Qué?

—Tres habitaciones son de la mujer, y una es del marido.

—Pero ahora son ocho habitaciones. Hay cuatro nuevas... me refiero a las de al

lado. Necesito espacio para la biblioteca de Silzinger, que tiene ella sola más de 22.000 volúmenes.

—¿Y de dónde sacarás el dinero?

¡Otra vez lo mismo! Ya estaba harto de esas alusiones.

—De tu herencia. Y no hablemos más del asunto.

—¡Ni pensarlo!

—¿Cómo que ni pensarlo?

—La herencia es toda mía.

—Pero yo puedo disponer...

—Primero muérete y después podrás disponer.

—¿Qué significa todo esto?

—Que no estoy dispuesta a regatear.

¿Cómo? ¿Cómo? ¿Ya tenía que ajustarle las clavijas? La biblioteca de ocho salas, que él no perdió de vista un momento, le proporcionó un último residuo de paciencia.

—Pero se trata de intereses comunes.

—¡Yo quiero el resto!

—Ya te darás cuenta...

—¿Dónde está el resto?

—La mujer debe respetar al marido.

—Y el marido le roba el resto.

—Exijo un millón para adquirir la biblioteca Silzinger.

—Exigir es muy fácil. Yo quiero el resto. ¡Quiero todo!

—¡En esta casa mando yo!

—¡Y yo soy el ama de casa!

—Te doy un ultimátum. Exijo categóricamente un millón para adquirir...

—¡Yo quiero el resto! ¡Yo quiero el resto!

—En tres segundos. Cuento hasta tres...

—Contar es muy fácil. Yo también sé contar.

Estaban a punto de llorar de rabia. Mordiéndose los labios, ambos contaron cada vez más alto: «¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!». Los números brotaron de sus bocas al unísono: dos explosiones mínimas y bien sincronizadas. Para ella, estos números se sumaron a los millones que el resto añadiría a su fortuna. Para él representaban las nuevas salas. *Ella* hubiera contado eternamente; él contó hasta tres, pasó al cuatro y se detuvo. Sumamente tieso y más tenso que nunca, se acercó a ella y rugió, con la voz del portero retumbándole en los oídos:

—¡Dame el testamento! —Los dedos de su mano derecha intentaron cerrarse en puño y golpearon con fuerza el aire. Teresa dejó de contar: la había hecho añicos. Estaba realmente perpleja. Esperaba una lucha a muerte y él, de pronto, dice sí. De no haber estado tan segura de su «resto», se hubiera sentido despistada. Su cólera se disipó al sentir que ya no la engañaban. La cólera no lo era todo para ella. Rodeando a su marido, se acercó con cautela al escritorio. Él la esquivó. Aunque la hubiera

hecho añicos, temió que le devolviese el fallido puñetazo, destinado a ella y no al aire. Pero Teresa no lo había visto. Se puso a hurgar en los papeles, que entreveró descaradamente hasta sacar uno.

—¿Cómo ha ido a parar... un testamento ajeno... entre mis manuscritos?

Intentó rugir también esta larga frase, pero no pudo emitirla de un tirón y tomó aliento tres veces. Sin esperar a que acabase, ella le replicó:

—¡Pero oye! ¿Cómo que ajeno? —Desplegó velozmente el testamento, lo extendió sobre la mesa, alisándolo con una mano, preparó papel y tinta y, con aire modesto, le hizo un sitio al propietario del «resto». Cuando él se le acercó, aún algo intranquilo, su mirada recayó primero en la cifra. Le pareció conocida, pero lo importante era que fuese exacta. Mientras discutían, una leve angustia lo puso en guardia contra la estupidez de aquella analfabeta, que tal vez no leyó bien el número. Satisfecho, dirigió los ojos a la parte superior del documento, se sentó y procedió a un examen minucioso.

Entonces reconoció su propio testamento.

Teresa dijo:

—Será mejor que vuelvas a escribirlo —olvidando el peligro al que exponía sus ceros.

La fe en su validez se había arraigado, tanto en su corazón, como en el de Kien la fe en el amor de ella. Él dijo:

—Pero si es mi...

Y ella, sonriendo:

—¡Pero oye!, ¿qué he...?

Él se levantó hecho una furia. Teresa le explicó:

—A lo hecho, pecho.

Antes de saltarle a la garganta, la había entendido; Teresa lo insta a que escriba: le pagaría el papel nuevo. Él se derrumba en el sillón, como si fuera gordo y pesado. Ella quiere saber por fin a qué atenerse.

Poco después, ambos se habían comprendido bien por primera vez.

## La paliza

La pérfida alegría con que Kien, basándose en documentos, le demostró la exigüidad de su fortuna, ayudó a Teresa a superar lo peor. Ella se hubiera disuelto en sus componentes básicos —falda, sudor y orejas—, si el odio que le tenía, y que él alimentaba aún más con voluptuosa pedantería, no hubiera llegado a ser el eje de su existencia. Kien le reveló el monto inicial de su herencia. De los distintos cajones en que su humor las dispersara, fue sacando las facturas de todos los libros que había comprado. Su capacidad de recordar detalles cotidianos, que normalmente era un estorbo, le resultó esta vez de gran utilidad. Al dorso del malogrado testamento fue anotando las cifras que encontraba. Pese a su abatimiento, Teresa las sum  mentalmente hasta redondear un total. Quería saber cuánto quedaba en realidad. Resultó que la biblioteca entera había costado más de un millón, cifra que, aunque sorprendente, no le suponía a Kien ningún consuelo. Su altísimo valor no compensaba la pérdida de las nuevas salas. Vengarse del engaño sufrido era su único objetivo. Durante la tediosa operación no dijo una sílaba de más ni —cosa aún más difícil tratándose de él— tampoco una de menos. Cualquiera malentendido era imposible. Cuando la aniquiladora cifra estuvo calculada, a nadi  con voz fuerte y entrecortada, como la de un niño en la escuela:

—Gastó el resto en comprar libros sueltos y en vivir.

Al oír esto, Teresa rompió a llorar y, deslizándose como un torrente por la puerta y el pasillo, fue a desembocar en la cocina. A la hora de dormir interrumpió su llanto, se quitó la falda almidonada, que acomodó sobre una silla, volvió a instalarse ante la estufa y siguió llorando. El cuartito de al lado, en el que tan feliz viviera esos ocho años como ama de llaves, la invitaba a acostarse. Pero le pareció indecente dejar tan pronto el luto y continuó en su puesto.

A la mañana siguiente empezó a poner en práctica las decisiones que tomara en sus horas de duelo. Cerró con llave los tres cuartos que le pertenecían, aislándolos del resto del apartamento. Se acabó lo bueno, así es la vida; aunque después de todo era dueña de tres habitaciones con sus respectivos libros. No quería utilizar los muebles hasta que muriera Kien. Había que conservar todo.

Kien pas  el resto del domingo en su estudio. Si bien aparentaba trabajar —ahora que su misión informadora había concluido—, en realidad estaba combatiendo su apetencia de libros nuevos. Este deseo había resurgido en él con tal vehemencia que su estudio, con todos sus libros y estanterías, le pareció anticuado y poco ameno. Varias veces se obligó a estirar la mano hacia los manuscritos japoneses apilados sobre la mesa. Si llegaba hasta ellos, los tocaba y, casi con repugnancia, volvía a retirar la mano.  Qu  importancia tenían? Llevaban ya quince años encerrados en su celda. Olvid  su hambre al mediodía y por la tarde. La noche lo encontr  sentado en su escritorio. Contrariando su costumbre, dibuj  en un manuscrito ya empezado varios signos desprovistos de sentido. Hacia las seis de la mañana empezó a cabecear

y se durmió. A la hora en que solía levantarse soñó con una biblioteca gigantesca que, en lugar del Observatorio, se alzaba junto a un cráter del Vesubio. Temblando de miedo, él iba y venía en su interior, esperando la erupción del volcán que sólo tardaría ocho minutos. Su miedo y sus paseos duraron una eternidad; los ocho minutos que lo separaban de la catástrofe no transcurrían. Cuando despertó, la puerta que daba a la pieza contigua estaba ya cerrada. Él se dio cuenta, pero eso no aumentó su claustrofobia. Las puertas ya no le importaban, pues todo era igualmente viejo: los cuartos, las puertas, los libros, los manuscritos, él mismo, la ciencia y su propia vida.

Ligeramente mareado por el hambre, se levantó e intentó abrir la otra puerta, que daba al vestíbulo. Entonces se dio cuenta de que estaba encerrado. Consciente de que su intención había sido comer algo, sintió vergüenza, pese a su debilidad. En la escala de las actividades humanas, comer ocupaba el rango más bajo. Se había creado todo un culto en torno a la comida, cuando en realidad sólo era el primer paso hacia otras funciones hartamente despreciables. Kien advirtió que una de éstas lo apremiaba ahora y se creyó autorizado a sacudir la puerta. Su estómago vacío y el esfuerzo físico lo dejaron tan exhausto que otra vez estuvo a punto de llorar, como el día anterior mientras contaba. Pero ya ni para eso tuvo fuerzas; sólo atinó a decir con voz lastimera:

—No quiero comer nada; no quiero comer nada.

—Oye, eso está mejor —dijo Teresa, que ya llevaba un rato espiando sus primeros movimientos desde afuera. Lo que es ella no pensaba darle de comer. ¿Por qué alimentaría a un hombre que no trae un real a casa? Tenía que decírselo. Su temor era que el tipo se olvidara de comer. Pero ahora que él mismo había renunciado a su parte, Teresa abrió la puerta y le comunicó lo que pensaba. Tampoco permitirá que le ensucie la casa. El pasillo que daba a sus habitaciones era de ella. La ley es la ley. ¿Qué suelen poner en los pasajes privados? Y abriendo un papelito muy doblado que llevaba en la mano, leyó: «Se autoriza el paso hasta nueva orden».

Al bajar a la carnicería y la verdulería, donde era aborrecida por igual, compró comida para una sola persona, aunque así le saliera más caro y en general ella se proveyera para varios días. A las miradas inquisitivas respondió en tono agresivo:

—¡A partir de hoy se quedará sin comer! —El propietario, los clientes y el personal de ambas tiendas se miraron perplejos. Después copió letra por letra el cartel de un pasaje vecino y, mientras lo hacía, dejó su cesta de compras con todas las provisiones en el suelo inmundado.

Cuando regresó, él seguía durmiendo. Cerró la puerta que daba al pasillo y se puso al acecho. Había llegado a un punto en el que prefería hablarle sin tapujos. Borraría lo de «nueva orden» y no le dejaría utilizar su pasillo para ir a la cocina o al lavabo. No tenía para qué ir por ahí. Cada vez que ensucia el pasillo tendrá que limpiarlo él mismo. Ella no era una criada y le pondría juicio. Podrá salir del apartamento si lo hace como es debido. Ella le enseñará cómo hacerlo.

Sin esperar su respuesta, Teresa se deslizó otra vez hasta la puerta del apartamento. Su falda iba rozando la pared sin tocar la zona del pasillo que le

pertenecía. Luego entró en la cocina, cogió un trozo de tiza —reliquia de su época escolar— y trazó una gruesa línea divisoria entre su pasillo y el de Kien.

—Esto es sólo por ahora —dijo—, después lo pintaré al óleo.

Aturdido por el hambre, Kien no entendió muy bien lo que ocurría. Los ajetreos de Teresa le parecieron absurdos. ¿Estaré aún en el Vesubio?, se preguntó. No, en el Vesubio lo asustaron esos ocho minutos, pero su mujer no existía. Quizá el Vesubio no fuera tan horrible, después de todo. Sólo una erupción podía crear problemas. Entretanto, su propia necesidad iba en aumento y lo indujo a traspasar el pasillo prohibido, como si Teresa no hubiera trazado su señal con tiza. A grandes trancos llegó a su meta. Teresa, cuya indignación corría parejas con la necesidad de su marido, lo fue siguiendo. Estuvo a punto de alcanzarlo, pero él le llevaba ventaja. Kien se encerró con llave, como es la costumbre, salvándose así de una eventual agresión física. Ella sacudió la puerta y chilló intermitentemente:

—¡Pero oye, iré al juzgado! ¡Pero oye, iré al juzgado!

Viendo que era todo inútil, se retiró a la cocina. Junto al fuego, donde le venían siempre las mejores ideas, dio de pronto con la solución más justa. Perfecto, lo dejaría usar el pasillo. No era una desconsiderada. El tipo tenía que salir. Pero, ¿qué le pediría a cambio? A ella nadie le da nada. Todo se lo gana trabajando. Le cedería el pasillo y él, a cambio, le daría parte de su cuarto. Ella tenía que cuidar los suyos. Y ¿dónde iba a dormir? Si cerró las tres habitaciones nuevas, ¿por qué no cerrar también su antiguo dormitorio? Nadie podrá entrar en él. Y en ese caso tendrá que dormir en el estudio. ¿Qué otra solución había? Ella sacrifica su pasillo, tan bonito, y él le deja un sitio en su estudio. Sacará los muebles del cuartito donde dormía el ama de llaves. Él, a cambio, podrá ir al lavabo cuantas veces quiera.

Bajó corriendo a la calle a buscar un mozo de cordel. Con el portero no quería saber nada: su marido lo había sobornado.

No bien cesaron los chillidos de Teresa, Kien se durmió de puro agotamiento. Al despertar, se sintió más fresco y animado. Fue a la cocina y, sin ningún escrúpulo, devoró varias rodajas de pan con mantequilla. Cuando volvió, muy tranquilo, a su habitación, la halló reducida a la mitad. En el centro, y puesto de través, se *alzaba*, el biombo. Tras él descubrió a Teresa entre su antiguo mobiliario. Estaba dando los últimos retoques y encontraba todo muy bonito. El insolente mozo de cordel ya se había marchado, felizmente. Le pidió una auténtica fortuna pero ella sólo le dio la mitad y lo puso en la puerta, de lo que se sentía muy ufana. Lo único que no le gustaba era el biombo, por extravagante. Blanco y vacío por uno de sus lados, en el otro se apiñaban una serie de signos ganchudos: —hubiera preferido una puesta de sol color sangre—. Señaló el biombo y le dijo:

—No sé qué hace aquí. Yo, por mí, lo tiraría. —Kien guardó silencio. Avanzó penosamente hasta su escritorio y se dejó caer en el sillón, lanzando un débil gemido.

Al cabo de unos minutos se incorporó bruscamente. Quería ver si los libros de la habitación contigua aún estaban vivos. Su inquietud provenía más de un inveterado

sentido del deber que de un verdadero amor. Desde el día anterior, sólo sentía ternura por unos libros que no poseía. Pero antes de llegar a la puerta, se le adelantó Teresa. ¿Cómo pudo espiar sus movimientos pese al biombo? ¿Por qué su falda la impulsaba con más velocidad que a él sus piernas? De momento no le puso la mano a ella ni a la puerta. Pero mientras él juntaba fuerzas para hablar, ella empezó a echar pestes:

—¡Qué cara tiene el marido! Como soy tan buena y lo dejo usar el pasillo, piensa que los cuartos ya son de él. Pero yo tengo un documento. Lo escrito, queda. El marido no puede tocar ni la manija. De entrar ya ni hablemos, porque yo tengo las llaves y no pienso dárselas. La manija es parte de la puerta. La puerta pertenece al cuarto. Puerta y manija son mías. ¡No permitiré que toque la manija!

Kien intentó acallarla y, con un torpe gesto de su brazo, le rozó la falda sin querer. Ella rompió a chillar con fuerza y desesperación, como pidiendo ayuda.

—¡No permitiré que me toque la falda! ¡La falda es mía! ¡No me la compró el marido! ¡Yo misma me la compré! ¿Acaso él la almidona y la plancha? ¡Yo misma la almidono y la plancho! ¿O cree que las llaves están en la falda? ¡Sólo a él se le ocurre! No pienso darle las llaves. Aunque me rompa la falda a dentelladas, no pienso dárselas, porque no están ahí. Una mujer le da todo a su marido, menos la falda. ¡La falda nunca!

Kien se pasó la mano por la frente.

—¡Estoy en un manicomio! —dijo en voz tan baja que ella no lo oyó. Una ojeada a los libros lo convenció de que no era cierto. Recordó por qué se había levantado, pero no osó llevar a cabo su proyecto. ¿Cómo llegar hasta la habitación contigua? ¿Pasando sobre su cadáver? ¿Y qué hacer con el cadáver si no tiene las llaves? Era lo bastante astuta como para haberlas escondido. En cuanto él las tuviera, abriría las puertas. A Dios gracias no le daba miedo. No bien tenga las llaves en su mano, la aplastará como a una lombriz.

Como en ese momento luchar no tenía sentido, Kien se retiró a su escritorio. Teresa montó guardia ante su puerta un cuarto de hora más. Siguió chillando y chillando sin inmutarse. Que el muy hipócrita hubiera vuelto a su escritorio no la impresionaba en absoluto. Sólo cuando la voz empezó a fallarle, abandonó el juego y desapareció poco apoco detrás del biombo.

No volvió a aparecer hasta la tarde. De vez en cuando dejaba escapar sonidos inconexos, que sonaban como los fragmentos de un sueño. A ratos se callaba y respiraba más tranquila, aunque por poco tiempo. En el reparador silencio que seguía resonaba de pronto una voz inconfundible:

—A los seductores debieran ahorcarlos. Prometen matrimonio y luego no hacen testamento. Pero oiga, señor Puda, despacio que tengo prisa; no está mal. ¿Será posible no tener dinero para un testamento? —No, la que habla no es ella, se dijo él a sí mismo; será un invento de mis oídos sobreexcitados: resonancias, por así decirlo. Como Teresa volvió a callarse, él se tranquilizó con esta explicación. Logró hojear los manuscritos que tenía delante. Cuando iba por la primera frase, los ecos volvieron

a importunarlo—: ¿Acaso he matado a alguien? El asesino es Judas. Los libros también cuestan. El mundo ya no es como antes. El sobrino siempre estaba de buen humor. Y la vieja cubierta de harapos. Poco apoco madura el majuelo. Las llaves hay que esconderlas. Así es la vida. Nadie me regala las llaves. Tanto dinero para nada. Mendigar es muy fácil. Ser brutal también. ¡La falda nunca!

Precisamente esta frase, la primera en que reconoció un eco del anterior griterío, lo convenció de que en efecto había hablado. Una serie de impresiones que creía olvidadas afloraron nuevamente a su conciencia, remozadas y envueltas en un halo de felicidad. Se vio otra vez enfermo y condenado a oír su letanía durante seis semanas. Dado que ella repetía siempre lo mismo, él fue memorizando sus palabras y acabó por ser, en un sentido estricto, su amo odia adivinar la frase o la palabra que vendría luego. Pero al final aparecía el portero y la mataba diariamente. ¡Qué tiempos tan maravillosos! ¡Y qué lejanos! Hizo sus cálculos y llegó a un resultado sorprendente: ¡hacía escasamente una semana que se había levantado! Buscó alguna razón que justificase el abismo entre la opaca realidad actual y aquella edad dorada. Tal vez la hubiera encontrado, pero Teresa reanudó su discurso. Lo que decía era incomprensible y ejercía un poder tiránico sobre él. ¿Cómo memorizarlo y adivinar qué seguiría en cada caso? Se hallaba encadenado y no sabía por qué.

Por la tarde, el hambre lo liberó. Se guardó muy bien de preguntarle si había algo de comer. A escondidas, tal como pensaba, y en silencio, se alejó del apartamento. Sólo al llegar al restaurante se volvió para ver si lo seguía. No, no estaba en el umbral. ¡Que se atreva!, dijo y tomó asiento en una de las salas posteriores, entre parejas que no parecían casadas. Pensar que a estas alturas de mi vida tenga que caer en uno de estos reservados, dijo en un sollozo, y se admiró de que el champán no corriera por las mesas y de que la gente, en vez de hacer obscenidades, devorara escalopas o chuletas como si tal cosa. Estuvo a punto de compadecer a esos hombres por haberse sometido al yugo femenino. Pero la voracidad general reprimió en él toda emoción de este tipo, acaso por lo hambriento que también estaba. Insistió en que el mozo le hiciera gracia del menú y le trajese lo que él, como especialista, juzgara conveniente. El especialista rectificó al punto su opinión sobre ese comensal tan mal vestido y, reconociendo en el enjuto caballero a un *gourmet*, le sirvió los platos más caros. No bien lo hizo, las miradas de todas las parejas convergieron en su mesa. Advirtiolo el propietario de esas maravillas y, aunque las encontrara sabrosísimas, fue ingiriéndolas con evidente repulsión. «Consumir» o «ingerir» le parecían los verbos menos expresivos, y por ende más idóneos, para designar este aspecto del proceso nutritivo. Reafirmó tenazmente sus ideas sobre el particular y las desarrolló en detalle ante su espíritu que, a ritmo lento, iba volviendo a la vida. Su insistencia en esta peculiaridad le devolvió parte de su amor propio. Dichoso, sintió que aún tenía una gran reserva de dignidad y se dijo que Teresa merecía compasión.

En el camino a casa pensó en la mejor forma de manifestarle esa compasión. Abrió enérgicamente la puerta del apartamento y constató, desde el pasillo, que su



cuarto estaba a oscuras. La idea de que estuviera durmiendo despertó en él una alegría salvaje. Suave y cautelosamente, cerniendo que sus huesudos dedos hicieran ruido al asir la manija, abrió la puerta. Su intención de compadecerla no pudo caer en peor momento. Sí, se dijo, dejémoslo estar. Por compasión no pienso despertarla. Logró mantener su determinación un rato más. No encendió la luz y se deslizó a su cama de puntillas. Al desvestirse le molestó llevar bajo la americana un chaleco y, bajo el chaleco, una camisa. Cada una de estas prendas hacía su propio frufrú. Su silla, vieja conocida, no estaba junto a la cama, Prefirió no buscarla y dejó su ropa en el suelo. Por no despertar a Teresa hubiera reptado incluso bajo la cama, ¿cuál será la forma más discreta de meterse en una cama? Como la cabeza era en él lo más pesado, decidió que los pies, la parte más alejada de ella y, por lo tanto, más liviana, entrasen primero. Una de sus piernas se hallaba ya sobre el reborde y la segunda se disponía a seguirla dando un salto, el tronco y la cabeza oscilaron un instante en el aire, buscando instintivamente algún punto de apoyo antes de lanzarse sobre las almohadas, cuando Kien sintió algo extrañamente blando por debajo. Pensó: ¡un ladrón!, y cerró los ojos en el acto.

Aunque yacía sobre el ladrón, no se atrevió a moverse. Pese a su terror, advirtió que el ladrón era de sexo femenino. La idea de que este sexo y la época actual hubieran caído tan bajo, le procuró una satisfacción remota y pasajera. Rechazó la idea de defenderse, que le llegó de algún antro recóndito de su corazón. Si la ladrona dormía de veras, como le pareció al comienzo, él, tras una espera prudencial, se escabulliría con su ropa en la mano, dejaría abierto el piso y se vestiría junto a la cabina del portero. No lo llamaría de inmediato: esperaría mucho, mucho tiempo y lo despertaría sólo cuando oyera pasos en la escalera. Entretanto, la ladrona mataría a Teresa. Se vería obligada a hacerlo porque ésta se defendería. No se dejaría robar sin defenderse. Ya *debe* estar muerta. Detrás del biombo, nadando en su propia sangre. Siempre y cuando la ladrona haya apuntado bien. O quizá aún esté viva cuando llegue la policía y le eche la culpa a él. Debieran darle otro golpe, para más seguridad. No, no es necesario. La ladrona se echó a dormir de puro cansada. Y una ladrona no se cansa tan fácilmente. La lucha debió de ser terrible. Una mujer muy fuerte. Una heroína. De quitarse el sombrero. Él no habría podido. Teresa lo hubiera enredado entre los pliegues de su falda hasta asfixiarlo. La simple idea lo hizo jadear. Seguro que esa había sido su intención: quería asesinarlo. Toda mujer quiere matar a su marido. Sólo esperaba el testamento. De haberlo hecho, ahora estaría muerto en lugar de ella. ¡Cuánta perfidia hay en el ser humano! No; en *una* mujer; no hay que ser injusto. Aún la sigue odiando. Se divorciará de todos modos aunque ya esté muerta. No la enterrarán con su apellido. De ningún modo. Nadie debe enterarse de que estuvo casado con ella. Al portero le dará lo que quiera por su silencio. Un matrimonio así puede empañar su reputación. Un auténtico erudito no debe permitirse esos deslices. Es cierto que ella lo engañó. Toda mujer engaña a su marido. *De mortuis nil nisi hene*. Pero antes que se mueran, ¡que se mueran todas! Tendrá que

verla. Tal vez sólo aparente estar muerta. Suele ocurrirle al asesino más fuerte. La historia conoce infinidad de ejemplos. La historia es mezquina. La historia nos da miedo. Si está viva, él la hará polvo. Con todo derecho. Le había hecho perder la nueva biblioteca. Y él se vengaría en ella. Ya lo habría hecho, pero alguien se le adelanta y la mata. A él le correspondía la primera piedra y se la roban. Pero le tirará la última. Tenía que pegarle, estuviera viva o muerta. ¡Tenía que escupirla, pisotearla, golpearla!

Kien se incorporó, temblando de ira, Y en ese mismo instante recibió una bofetada monstruosa. Estuvo a punto de hacer «¡psst!» a la asesina, no fuera que el cadáver estuviera vivo. Pero la asesina empezó a golpear, Tenía la voz de Teresa. Al cabo de tres palabras comprendió que cadáver y asesina eran la misma cosa. Consciente de su culpa, guardó silencio y se dejó golpear cruelmente.

En cuanto él salió de casa, Teresa había cambiado las camas, sacado el biombo y puesto el resto del mobiliario patas arriba. Mientras esto hacía, radiante de felicidad, no cesó de repetir el mismo ensalmo: «¡Ojalá se envenene! ¡Ojalá se envenene!». Al ver que no había vuelto a las nueve, se acostó —como la gente decente— y esperó a que llegara y encendiera la luz para soltarle los insultos que había almacenado en su ausencia. Si no enciende la luz y se le mete en la cama, esperará hasta que termine para insultarlo. Como es una mujer decente, contaba con lo primero. Cuando él se deslizó hasta la cama y se desvistió a su lado, la sangre se le heló en las venas. Para no olvidar los insultos, decidió pensar, mientras durase el éxtasis: «¿Es esto un hombre? ¡No, no es un hombre!». Cuando lo tuvo encima, enmudeció por miedo a que se fuera. Él sólo permaneció sobre ella unos instantes: a Teresa le parecieron días. No se movía y era liviano como una pluma. Ella aguantó la respiración. Poco a poco, su espera se convirtió en amargura. Cuando él se incorporó de un salto, ella pensó que se le iba y lo embistió como una endemoniada, cubriéndolo de los insultos más procaces.

Para cualquier naturaleza moral que se halle al borde del crimen, los golpes son un bálsamo. Mientras no le dolieron demasiado, el propio Kien se dio de golpes con la mano de Teresa y esperó el horrible epíteto que se merecía. Pues, ¿qué era en el fondo sino un profanador de cadáveres? Lo sorprendió el tono más bien suave de sus insultos. *De* ella esperaba algo muy distinto y, sobre todo, aquel horrible epíteto. ¿No querría decírselo o lo reservaba para el final? No sabía qué replicar a sus vaguedades. En cuanto le dijera «profanador de cadáveres», él asentiría y expiaría su falta confesándola, algo mucho más importante para un hombre de su categoría que recibir unos cuantos golpes.

Pero estos golpes no tenían cuándo acabar. Kien los empezó a encontrar superfluos. Los huesos le dolían y ella, envuelta en un vértigo de fórmulas groseras y banales, no hallaba tiempo para el ansiado epíteto. Teresa se había incorporado y le pegaba alternativamente con los puños y los codos. Era una mujer tenaz; sólo al cabo de algunos minutos sintió una leve fatiga en los brazos, interrumpió su vocerío —

compuesto exclusivamente de sustantivos— con una frase entera: «¡No lo permitiré!», lo empujó fuera de la cama, sujetándolo por los cabellos para que no se le escapara y, sentada al borde, siguió dándole con las piernas mientras sus brazos se recuperaban. Después se le sentó a horcajadas sobre el vientre, volvió a interrumpirse —esta vez con un «¡Ahora viene lo peor!»— y lo abofeteó varias veces en ambas mejillas. Poco a poco fue perdiendo Kien la conciencia. Pero antes se le olvidó la expiación que le debía. Lamentó ser tan alto. Flaco y pequeño, murmuró, flaco y pequeño: así habrá menos que golpear. Él se encogió; ella golpeó a su lado. ¿Seguiría maldiciendo? Golpeó el suelo, golpeó la cama: él oyó sus duros golpes. Ya casi no lo veía de lo diminuto que era, por eso maldecía.

—¡Feto! —le gritó. ¡Qué bueno ser un feto! Siguió encogiéndose con una rapidez alarmante y él mismo empezó a buscarse. Lo que es ella no lo encontraría. Se redujo tanto que al final se perdió de vista.

Teresa golpeó un rato más con precisión y energía. Por último dijo, haciendo una pausa para tomar aliento:

—¡Bueno, descansemos un poco! —Se sentó en la cama y encomendó su tarea a las piernas, que la cumplieron menos a conciencia y fueron espaciándola hasta detenerse del todo. En cuanto sus extremidades se calmaron, no supo ya cómo insultarlo y se calló. Él no se movía. Estaba exhausta. Tras la inmovilidad de Kien husmeaba otras perfidias. En previsión de nuevas agresiones, prorrumpió en amenazas—: Iré al juzgado. Ya no aguanto más. Un marido no ataca a su mujer. Yo soy una mujer decente. Al marido le pondrán diez años. En los periódicos eso se llama violación. Tengo pruebas. Yo leo los procesos. No intentes moverte. Mentir es muy fácil. Pero oiga, ¿él qué hace aquí? Una palabra más y llamo al portero. Tendrá que protegerme. Una pobre mujer sola. Por la fuerza es muy fácil. Me divorciaré. El apartamento es mío. A un criminal no le dan nada. Oiga, no se me impacienta. ¿Acaso le pido algo? Aún me duele todo el cuerpo. Vergüenza debiera darle. Asustar a su mujer de ese modo. Pudo haberme matado. ¡Y entonces pobre de él! No tiene ni un camisón. No es problema mío, ya lo sé. Duerme sin camisón. Se le nota en seguida. Nada más abrir la boca y todos me creen. Lo que es yo, presa no voy. Por algo tengo al señor Puda. ¡Que el marido se atreva! Tendrá que vérselas con Puda. Y con él no hay quien pueda. Se lo diré en seguida. Son las ventajas del amor.

Kien guardaba un obstinado silencio. Teresa dijo:

—Ahora se ha muerto —y al instante reconoció lo mucho que lo había amado. Se arrodilló junto a él y buscó las huellas de sus puntapiés y manotazos. Entonces advirtió que estaba a oscuras; se levantó y encendió la luz. A tres pasos de distancia pudo apreciar el lamentable estado de aquel cuerpo—. ¡Debiera avergonzarse, el pobre diablo! —dijo en tono compasivo. Sacó una sábana de su propia cama — estuvo a punto de prestarle su camisón— y lo envolvió cuidadosamente en ella—. Ya no se ve nada —dijo, y lo cargó en sus brazos como a un niño, tiernamente. Luego lo llevó a su cama y lo arropó con gran dulzura, sin quitarle la sábana «para que no se

enfríe». Le entraron ganas de sentarse a su cabecera y cuidarlo. Pero se negó este placer al verlo dormir con tanta placidez. Apagó la luz y se acostó. Esta vez no le reprochó la sábana que faltaba.

## Petrificación

Transcurrieron dos días de silencio y de letargo. Una vez recuperado, osó Kien medir, secretamente, la magnitud de su desgracia. Hicieron falta muchos golpes para domeñar su espíritu. Pero recibió aún más. Diez minutos menos de paliza y hubiera sido capaz de vengarse. Quizá Teresa, presintiendo este peligro, le siguió pegando hasta el final. Al estar tan débil no le apetecía nada y sólo lo aterraba una cosa: recibir más golpes. Cuando ella se acercaba al lecho, él temblaba como un perro vapuleado.

Teresa le dejaba una bandeja con comida en la silla que había junto a la cama y se alejaba en seguida. No fuera él a pensar que Volvería a alimentarlo. Mientras estuvo enfermo le dio de comer por puro tonta. Él se acercaba a la bandeja y sorbía con dificultad parte de su limosna. Al oír los ávidos chasquidos de su lengua, ella sentía la tentación de preguntarle: «¿Está rico?». Pero tampoco se permitía este placer, del que se resarcía pensando en un mendigo al que una vez le regaló algo, catorce años atrás. No tenía piernas ni brazos: ¡oiga, era un desecho humano! Sin embargo, se *parecía*, al señor Sobrino. Ella no le hubiera dado nada; esos tipos son unos farsantes; primero se fingen tullidos y al llegar a casa ya están sanos. Aquella vez, el tullido le dijo: «¿Cómo está el señor esposo?». ¡Muy listo el tipo! Ella le dio un jugoso real y hasta se lo echó en el sombrero. ¡Era tan pobre! No es que le guste dar limosna; casi nunca da. Pero a veces hacía excepciones: por eso alimentaba a su marido.

Pese a sus fuertes dolores, Kien, el mendigo, se guardaba bien de gritar. En vez de volver la cara a la pared, no perdía de vista a Teresa, cuyas idas y venidas seguía con angustioso recelo. Ella era silenciosa y, a pesar de su corpulencia, más bien ágil. ¿O acaso sus entradas y salidas repentinas tendrían que ver con el cuarto? Sus ojos tenían un brillo maligno: eran ojos de gato. Cuando deseaba decir algo y se interrumpía antes de decirlo, se oía como un bufido.

Un tigre sanguinario y ávido de carne humana se puso un día la piel y la ropa de una tierna doncella. Llorando, se paró en una esquina y era tan hermosa que un sabio se le acercó. Ella lo engañó hábilmente y él, compadecido, se la llevó a casa, convirtiéndola en una de sus numerosas concubinas. Como era un hombre muy valiente, prefería dormir con ella. Una noche, el tigre se quitó la piel de doncella y le desgarró el pecho. Luego le devoró el corazón y huyó por la ventana, dejando su flamante piel en el suelo. Una de sus ex-mujeres encontró ambas cosas y se desgañitó implorando algún elixir de la vida. No paró hasta visitar al hombre más poderoso de la región, un loco que vivía entre las inmundicias del mercado. Estuvo largas horas revolcándose a sus pies. De pronto, el loco le escupió en la mano ante todo el mundo y la obligó a tragarse el esputo. La mujer lloró desconsoladamente varios días, pues amaba mucho al difunto aun sin corazón. De la vergüenza que por él se tragara surgió entonces, en el cálido suelo de su pecho, un nuevo corazón. Se lo entregó al marido y él volvió a su lado.

En la China hay mujeres que saben amar. En la biblioteca de Kien sólo vivía un

tigre. Pero no era joven ni hermoso y, en vez de una piel brillante, llevaba una falda almidonada. El corazón del sabio le importaba menos que sus huesos. El más perverso de los espíritus chinos se portaba mejor que la Teresa de carne y hueso. ¡Si sólo fuera un espíritu, ay, no podría vapulearlo! ¡Cómo quisiera él evadirse de *su piel* y dejarla a merced de ella! Sus huesos necesitan reposo. Sus huesos tienen que recuperarse. Sin huesos hasta la ciencia se acaba. ¿Tratará a su propia cama como a él? El piso no se hundió bajo sus puños. Esta casa ha visto mucho. Es vieja y, como todo lo viejo, sólida y bien construida. Teresa misma es también un ejemplo. Hay que mirarla imparcialmente. Como es un tigre, su fuerza física supera la de cualquier mujer. Podría competir con el portero.

A veces golpeaba la falda en sueños hasta derribar a Teresa. Luego se la quitaba por los pies y la cortaba en trozos muy menudos con unas tijeras. Una vez hecha esta operación, que le tomaba mucho tiempo, los trozos le parecían muy grandes: ella podría volver a coserlos. Por eso ni siquiera *alzaba*, la vista y empezaba de nuevo: cada retal era partido en cuatro. Después vaciaba sobre Teresa un saco lleno de retalitos azules. ¿Cómo iban a parar al saco? El viento los arrastraba hacia él: se le adherían, los sentía, eran hematomas azules repartidos por todo su cuerpo... y se ponía a gemir.

Teresa se le acercaba y preguntaba: «¿Por qué tanto gemido? ¿Qué pasa?». Otra vez estaba azul. Se le habían pegado parte de los hematomas. ¡Qué extraño! Tuvo la impresión de ser sólo él quien los llevara. Pero ya no gimió, y esta respuesta la satisfizo. De pronto recordó al perro de sus últimos patronos: se echaba antes de que se lo ordenaran. Así debía ser.

Al cabo de pocos días, sus cuidados, consistentes en un simple plato de comida mañana y tarde, se le hicieron a Kien tan molestos como los dolores de sus contusiones. Sentía su recelo cuando se le acercaba. Al cuarto día, a ella se le fueron las ganas de seguirlo alimentando. Quedarse en cama es muy fácil. Para simplificar, le palpó el cuerpo a través de la manta y decidió que pronto estaría sano. Ya no se encogía. Si no se encoge es que ya no le duele. Podía levantarse. No necesitaba que lo alimentaran. Quiso ordenarle: «¡Levántate!», pero temió que él diera un salto, se arrancara sábanas y mantas y le mostrara un cuerpo lleno de hematomas, como si ella fuese la culpable. Para evitarlo no dijo nada y al día siguiente sólo le sirvió media bandeja. Además, cocinó mal adrede. Kien no advirtió el cambio en la comida, sino en ella. Interpretó erróneamente sus miradas inquisitivas y temió nuevas palizas. En la cama estaba inerme. Al verlo ahí, echado cuan largo era, podía estar segura de acertar donde golpease. Sólo si pegaba a lo ancho podía equivocarse, pero a él esta seguridad no le bastaba.

Pasaron aún dos largos días con sus noches antes de que el miedo, reforzando su voluntad, lo animara a levantarse. Su sentido del tiempo no lo abandonó un solo instante. Siempre sabía qué hora era y, para reimplantar de golpe su antiguo orden, se puso en pie una mañana a las seis en punto. La cabeza le crujió como un montón de

leña seca. Su esqueleto, dislocado, pugnaba por mantenerse erguido. Inclinandose hábilmente en direcciones opuestas, logró evitar una caída. Poco a poco y con gran maña fue poniéndose la ropa, que sacó de debajo de su cama. Cada prenda era saludada con júbilo como un refuerzo a su armadura, una protección importante. Sus movimientos para mantener el equilibrio fingían una danza misteriosa. Torturado por los dolores, diablillos diminutos, aunque a salvo del más grande, la muerte, avanzó zigzagueando hasta su escritorio. Ahí, ligeramente mareado por el esfuerzo, tomó asiento y siguió temblando un poco más hasta que brazos y piernas se le calmaron, volviendo a obedecerle.

Desde que no hacía nada, Teresa dormía hasta las nueve. Era ama de casa y esas señoras suelen dormir incluso más. Las sirvientas tienen que levantarse a las seis. Sin embargo, el sueño no la acompañaba tantas horas y, nada más despertarse, la nostalgia de su pérdida fortuna ya no la dejaba en paz. Tenía que vestirse para sentir la dureza de las llaves en su carne. Pero cuando su maltrecho esposo aún convalecía, se le ocurrió una solución brillante: acostarse a las nueve con las llaves entre los senos y no dormirse hasta las dos. A esa hora se levantaba y volvía a esconderlas en su falda, donde nadie pudiera encontrarlas. Después se iba a dormir. Quedaba tan exhausta tras su prolongada vigilia que no salía del sueño hasta las nueve, exactamente igual que las señoras. Así es como una avanza, mientras que las criadas se quedan con las ganas.

De este modo llevó Kien a cabo su proyecto sin ser visto. Desde su escritorio observaba la cama de Teresa. Vigilaba su sueño como el más preciado de sus bienes y en el curso de tres horas se llevaba más de cien sustos mortales. Ella poseía el don, muy feliz por cierto, de compenetrarse con lo que soñaba. Si comía algo apetitoso en sueños, lanzaba eructos y ventosidades, aludiendo con un «¿Será posible?» a cosas que sólo ella veía. Pero Kien se sentía aludido. Sus aventuras oníricas la hacían cambiar de posición: la cama crujía fuerte y Kien gemía al unísono. A veces ella se reía con los ojos cerrados: Kien llegaba al borde de las lágrimas. Si al aumentar de volumen, su risa degeneraba en aullidos, él sentía ganas de reírse. De no haber escarmentado en carne propia, hubiera lanzado una carcajada. Estupefacto, un día la oyó llamar a Buda. Al comienzo dudó de sus oídos, pero ella repitió: «¡Puda! ¡Puda!» y rompió a llorar. Él comprendió entonces lo que Puda significaba en su idioma.

Cuando, por debajo de la manta ella sacó una mano, él dio un brinco. Pero no lo golpeó: se limitó a cerrar el puño. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho?, se preguntó a sí mismo; y la respuesta fue: *ella* sabrá. Respetaba mucho su delicadeza. El crimen que tan cruel castigo le valiera había sido expiado, pero no olvidado. Teresa llevó su mano al lugar donde usualmente escondía las llaves. Confundió la gruesa manta con su falda y encontró las llaves, aunque no estuvieran. Su mano se abatió pesadamente sobre ellas: las palpó, jugó con el manojito y las acarició una a una entre sus dedos. Gruesas gotas de sudor —producto de la alegría— centellearon en su cara. Kien se ruborizó sin saber por qué. El rechoncho brazo de Teresa luchaba en una manga

estrecha y muy tirante. Los encajes que la adornaban por delante eran un homenaje al marido, que dormía en el mismo cuarto. Kien los encontró chafados. Pronunció en voz baja esta palabra tan querida. Y escuchó: «chafados», ¿quién había hablado? Levantó la cabeza y miró fijamente a Teresa. ¿Quién más sabía lo chafado que él estaba? Ella dormía. Sin fiarse de sus ojos cerrados, esperó, conteniendo la respiración, a que ella dijera otra cosa. «¿Cómo puedo ser tan temerario?», pensó, «¡está despierta y le miro la cara!». Rechazó el único modo de calcular el inminente peligro y, como un niño avergonzado, bajó los párpados. Con las orejas muy abiertas —según él— esperó oír un torrente de injurias. En su lugar oyó una respiración pausada. Había vuelto a dormirse. Al cabo de un cuarto de hora se animó a darle otra ojeada, siempre listo a emprender la fuga. Creyéndose astuto, se atrevió a pensar que era David y estaba vigilando a Goliat dormido. Bien mirado, el gigante podía pasar por un cretino. Si bien David no lo venció al primer combate, logró escapar u sus funestos designios, y, ¿quién podía decidir sobre el futuro? El futuro, el futuro, ¿cómo adentrarse en el futuro? Dejemos que el presente pase y no podrá hacernos nada. ¡Ay, quién pudiera borrar el presente! El infortunio del mundo se debe a que vivimos muy poco en el futuro. ¿Qué importancia tendrá, dentro de cien unos, que él reciba hoy día una paliza? Dejemos al presente convertirse en pasado y ya no sentiremos los coscorrónes. El presente es el culpable de todos los dolores. Kien anhela el futuro porque entonces habrá más pasado en el mundo. El pasado es bueno y no hace mal a nadie; en él pudo moverse libremente por espacio de veinte años y vivió feliz. En cambio, ¿quién vive feliz en el presente? Si no tuviéramos sentidos, el presente nos resultaría insoportable. Viviríamos en el recuerdo, es decir, en el pasado. Al principio era el Verbo, pero ya *era*, o sea que el pasado existía antes del Verbo. Éste se inclina ante la primacía del pasado. Por más que hablen a favor de la Iglesia católica, para él tiene muy poco pasado. ¿Qué eran dos mil años —en buena parte inventados— al lado de tradiciones dos o tres veces más antiguas? Cualquier momia egipcia supera a un sacerdote católico. Al verla muerta, él se cree superior. Sin embargo, las pirámides no están más muertas que la Basílica de San Pedro; al contrario, están mucho más vivas, porque son más viejas. Pero los romanos se imaginan que el pasado empezó con ellos. Se niegan a venerar a sus ancestros, lo cual es un sacrilegio. Dios es el pasado. El  *Cree* en Dios. Llegará un momento en que los hombres transmutarán sus sentidos en recuerdo y el tiempo entero en pasado. Llegará un momento en que un pasado único englobará a todos los hombres, en que no habrá sino pasado, en que todos creerán en el pasado.

Kien se arrodilló mentalmente y, desde su desamparo, elevó una plegaria al Dios del futuro: el Pasado. No recordaba cómo hay que rezar, pero ese Dios le refrescó la memoria. Al final le pidió disculpas por no haberse arrodillado de verdad. Pero Él ya sabe que *a la guerre comme a la guerre*, no necesitaba decírselo dos veces. Eso era lo inaudito y realmente divino en Él: comprendía cualquier cosa en el acto. El Dios bíblico era en el fondo un triste analfabeto. Muchos modestos dioses chinos habían



leído más que él. Podría decir tales cosas sobre los Diez Mandamientos que al Pasado se le erizarían los pelos. Pero el Pasado conocía mejor todo. Además, Kien se permitía liberarlo del ridículo género femenino que le habían puesto los alemanes (). Que los alemanes hubieran feminizado lo más valioso que tenían, las ideas abstractas, era una de esas barbaridades inconcebibles con que anulaban sus propios méritos. En lo sucesivo él santificaría con sufijos masculinos todo cuanto se refiriese a Dios. El género neutro era demasiado pueril para Dios. Como filólogo, era plenamente consciente del odio que esta acción le acarrearía. Pero en definitiva, el lenguaje fue creado para el hombre y no el hombre para el lenguaje. Por eso le rogaba al Pasado, en *masculino*, que aprobase su modificación<sup>[2]</sup>.

Mientras negociaba con Dios, fue regresando poco a poco a su puesto de observación. Teresa era inolvidable; ni siquiera al rezar se liberaba totalmente de ella. Roncaba a intervalos que a su vez iban ritmando la plegaria de Kien. Sus movimientos se intensificaron gradualmente: era indudable que pronto se despertaría. La comparó con Dios y la encontró insignificante. Justamente, pasado es lo que le faltaba. No descendía de nadie ni sabía nada. ¡Pobre infeliz atea! Y Kien se preguntó si lo sensato no sería irse a dormir. Tal vez esperaría a que él se despertase, y su cólera inicial, provocada por la arbitraria reaparición de su marido junto al escritorio, se disiparía con la espera.

En ese instante, una violenta sacudida de Teresa dio con su humanidad en tierra. El estrépito fue enorme. A Kien le tembló todo el esqueleto. ¿A dónde huir? ¡Lo había visto! ¡Ya se acerca! ¡Lo matará! Recorrió el curso del tiempo en busca de un escondite. Exploró toda la historia, avanzando y retrocediendo por los siglos. Las mejores fortalezas no ofrecen seguridad ante los cañones. ¿Los caballeros? Absurdo. Cachiporras suizas... Los arcabuces ingleses parten en dos la armadura y el cráneo. Los suizos fueron aniquilados en Marignano. Y nada de lansquenets, nada de mercenarios... se acerca un ejército de fanáticos... Gustavo Adolfo... Cromwell... y nos degüella a todos. Atrás, más atrás, lejos de la Edad Moderna... lejos de la Edad Media... Metámonos en una falange... los romanos la deshacen... elefantes hindúes... flechas incendiarias... pánico general... ¿adónde huir?... en un barco... fuego griego... rumbo a América... México... sacrificios humanos... nos destrozarán... China, China... los mongoles... pirámides de cráneos: en medio segundo agotó todas sus fuentes históricas. En ningún sitio hay salvación, todo se desmorona; los enemigos te seguirán adonde vayas; castillos de naipes, las amadas civilizaciones se derrumban ante bárbaros ladrones, cabezas huecas, cabezas de madera.

Y Kien se petrificó.

Apretó una contra la otra sus enjutas piernas. Con el puño cerrado, su mano derecha fue a posarse en la rodilla. El antebrazo y el muslo quedaron firmemente pegados. Con el brazo derecho se sostuvo el pecho. Su cabeza se irguió ligeramente. Sus ojos miraron a lo lejos. Intentó cerrarlos. Al ver que se negaban, cayó en la

cuenta de que era un sacerdote egipcio de granito: se había convertido en una estatua. La historia no lo había abandonado. En el antiguo Egipto encontró un refugio seguro. Mientras la historia le fuera fiel, nadie podría matarlo.

Teresa lo trataba como a un ser etéreo. O de piedra, corrigió él mismo. Su miedo fue cediendo gradualmente a una profunda sensación de paz. La piedra la obligaría a protegerse. ¿Quién hay tan necio para darse con la mano en una piedra? Recorrió mentalmente las aristas de su cuerpo. Si la piedra es buena, mejores son sus aristas. Sus ojos, que en apariencia escrutaban el vacío, revisaron detalladamente su cuerpo. Lamentó saber tan poco de sí mismo. La imagen que tenía de su cuerpo era insuficiente. Deseó tener un espejo sobre el escritorio. O meterse bajo la piel de su ropa. De haber sido consecuente con su curiosidad, se hubiera desnudado totalmente para someter su cuerpo a un examen minucioso, inspeccionándolo y estimulándolo hueso por hueso. ¡Oh! ¡La de ángulos secretos y punzantes aristas que vislumbró! Sus hematomas le servían de espejo. Esa mujer no sentía el menor respeto por un sabio. Se atrevió a tocarlo como a un cualquiera. Petrificarse era una forma de castigarla. Sus planes se estrellarían contra esa excepcional dureza.

El mismo juego se repetía a diario. La vida de Kien, que se había disgregado bajo los puños de su esposa, distanciándose de los libros nuevos y viejos gracias a su propia codicia y a la de ella, recibió una auténtica tarea. Por las mañanas se levantaba tres horas antes que Teresa. Hubiera podido aprovechar esos momentos de gran calma para trabajar; y de hecho lo hacía. Pero lo que antes entendía por trabajo, se le alejaba ahora a millas de distancia en espera de un futuro mejor. Hacía acopio de energías para ejercitar su arte. Sin tiempo libre no hay arte. Es raro hacer algo perfecto inmediatamente después de despertarse. Hay que espabilarse primero; el artista ha de ponerse a trabajar en libertad y sin ninguna traba. Por eso se pasaba Kien tres horas inactivo ante su mesa de trabajo. Dejaba discurrir por su mente infinidad de ideas, tratando, eso sí, de no alejarse demasiado de su tema. Luego, cuando el reloj de su cerebro —vestigio final de la erudita red que antes tendiera sobre el tiempo— sonaba la alarma por ser casi las nueve, comenzaba a petrificarse lentamente. Sentía cómo el frío iba invadiendo su cuerpo y lo juzgaba de acuerdo a la uniformidad de su distribución. Había días en que la mitad izquierda se le enfriaba antes que la derecha, lo cual lo inquietaba seriamente. «¡Al otro lado!», ordenaba, y las ondas de calor irradiadas por la mitad derecha reparaban el error del lado izquierdo. Su habilidad en petrificarse fue aumentando día a día. No bien llegaba al estado lítico, probaba la dureza del material presionando levemente con los muslos el asiento de la silla. Esta prueba de resistencia duraba escasos segundos: una presión más prolongada hubiera destrozado la silla. Más tarde, cuando empezó a temer por el destino de ésta, la convirtió igualmente en piedra. Una caída en presencia de su mujer hubiera puesto en ridículo su rigidez y le hubiera dolido mucho, pues el granito es pesado. Además, su creciente sensibilidad al grado de dureza hizo de la prueba algo cada vez más superfluo.

De nueve de la mañana a siete de la tarde mantenía Kien su inconfundible pose. Sobre el escritorio había un libro abierto, siempre el mismo. Nunca se dignó mirarlo. Sus ojos sólo exploraban la lejanía. Su mujer tuvo el buen tino de no interrumpir nunca sus sesiones, aunque trajinase todo el tiempo en el cuarto. Al ver la entrega y seriedad con que se consagraba a sus labores domésticas, él reprimía una sonrisa inoportuna. Ella daba un gran rodeo en torno a la monumental estatua egipcia, sin ofrendarle injurias ni alimentos. Por su parte, Kien se prohibió el hambre y demás molestias corporales. A las siete le infundía aliento y calor a la piedra, que se animaba en seguida. Esperaba a que Teresa llegara al ángulo más alejado del cuarto —su habilidad en calcular distancias nunca le fallaba—, se incorporaba de un salto y salía del apartamento a toda prisa. Mientras ingería su única comida en el restaurante, se iba adormilando de puro cansancio. Pasaba revista a las dificultades del día anterior y aprobaba, con una venia, cualquier idea buena para el siguiente. Desafiaba a quien quisiera imitar, como él lo hacía, aquella estatua. Pero nadie se presentaba. A las nueve estaba ya en su cama y se dormía.

Teresa también se adaptó pronto a las limitaciones de su entorno. Se movía en su nueva alcoba libremente, sin ser molestada.

Por la mañana, antes de ponerse medias y zapatos, daba un par de vueltas sobre la alfombra, que era la más bonita del apartamento y cuyas manchas de sangre ya no se veían. Su piel vieja y callosa apetecía las caricias de la alfombra, y su contacto hacía desfilar por su cabeza imágenes bellísimas. Pero el marido, que nada le daba, la interrumpía constantemente.

Kien adquirió tal virtuosismo en su manera de guardar silencio que hasta la silla en la que se sentaba —un mueble viejo y testarudo—, crujía raras veces. Las tres o cuatro veces diarias que el silencio potenciaba sus crujidos, resultaban penosas para su dueño. Kien vio en ello los primeros síntomas de agotamiento y, adrede, decidió ignorarlos.

Teresa, sospechando un peligro al menor crujido, interrumpía su felicidad, se deslizaba velozmente hacia sus medias y zapatos, se los ponía y reanudaba su letanía de la víspera, evocando las terribles cuitas que la atormentaban. Sólo por piedad aguantaba a su marido en casa. Después de todo, su cama no ocupaba mucho espacio. Necesitaba las llaves del escritorio, donde él guardaba su talonario de cheques. Lo cobijaría unos días más, hasta tener el talonario con el resto. Quizá algún día él se acordara y sintiera vergüenza de haber sido tan malvado con ella. Si algo se movía en torno a Kien, ella temblaba por el talonario, que en general creía a buen recaudo. No esperaba, en cambio, resistencia alguna por parte del madero en que él se convertía la mayor parte del tiempo. Aunque el marido, vivo, era capaz de cualquier cosa, hasta de robarle su talonario.

Por la tarde, la tensión de ambos bandos llegaba a su apogeo. Kien reunía su exiguo remanente de energías para no calentarse demasiado pronto. Teresa se enfurecía ante la idea de que él volviera al restaurante, donde bebía y se hartaba con

un dinero tan penosamente ganado por ella. Aunque casi no quedaba nada. ¿Cuánto hacía que el tipo vivía de eso sin traer un real a casa?

Una tiene su corazoncito. ¿O acaso ella es de piedra? Hay que salvar esa pobre fortuna. Los criminales se echarán sobre ella como bestias; todos querrán su parte. No tienen vergüenza. Ella es una mujer sola. Y el marido, en vez de ayudarla, se emborracha. Ya no sirve para nada. Antes llenaba páginas que valían lo suyo. Ahora ya ni eso. ¿Se creía en un asilo de pobres? ¿Por qué no se va al hospicio? Ella no puede mantener bocas inútiles. Acabará dejándola en la calle. Mejor que se arruine él. Gracias por el buen rato. Nadie le dará un real. Es cierto que parece un pordiosero, pero ¿sabrás pedir como es debido? ¡Qué va! Pues que se muera de hambre. Ya veremos qué hace cuando la bondad se me acabe. Mi madre, que en paz descanse, también se murió de hambre, ¡y ahora le toca a mi marido!

Su cólera aumentaba un grado cada día. La sopesaba antes de optar por una solución definitiva y la encontraba muy liviana. La cautela con que procedía sólo era equiparable a su tenacidad. Se decía: hoy lo veo demasiado pobre (hoy día no estoy a su altura) e interrumpía bruscamente su acceso de rabia, reservándose un poco para el día siguiente.

Una tarde, Teresa puso su plancha a calentar y, antes que ésta alcanzase una temperatura media, la silla de Kien crujió tres veces seguidas. ¡Sólo le faltaba esta insolencia! Arrojó al fuego ese largo madero llamado Kien, junto con la silla a la que iba pegado. Grandes llamas se elevaron crepitando y un calor terrible se apoderó de la plancha. Ella rescató con sus manos —no le temía al hierro candente, más bien esperaba aquella incandescencia— uno tras otro, todos los insultos que le tenía reservados: mendigo, borracho, criminal, corrió con ellos hacia el escritorio. Incluso ahora estaba dispuesta a negociar. Si él le entregaba el talonario por las buenas, no lo echaría en seguida. Que no dijera nada y ella tampoco hablaría. Podrá quedarse hasta que ella lo encuentre. Tendrá que dejarla buscar: ¡ya estaba harta!

Con la sensibilidad de una estatua adivinó Kien, no bien su silla hubo crujió tres veces, en qué medida su arte estaba en juego. Oyó venir a Teresa y reprimió un impulso de alegría que hubiera empañado su frialdad. Había estado tres semanas entrenándose. Por fin llegaba el día del estreno. La perfección de su trabajo saldría ahora a relucir. Estaba seguro de ella como ningún artista lo estuviera antes que él. Segundos antes de la tempestad, despachó por su cuerpo un remanente de frío. Con la planta de los pies hizo presión sobre el suelo: eran duras como el granito, grado de dureza 10, diamante, aristas afiladas y cortantes. En su lengua —a salvo de los golpes— saboreó ligeramente la tortura pétrea que le reservaba a su mujer.

Teresa lo asió por las patas de la silla y lo empujó pesadamente a un lado. Luego dejó la silla, se acercó al escritorio y abrió el cajón. Lo inspeccionó, no encontró nada y pasó al siguiente. Tampoco encontró lo que buscaba en el tercero, cuarto ni quinto. Kien comprendió: una estratagema. No buscaba nada, ¿qué podía buscar? Los manuscritos le eran indiferentes; además, hubiera encontrado papeles en el primer

cajón. Estaba explotando su curiosidad, incitándolo a preguntarle qué hacía. Pero si hablaba, dejaría de ser piedra y su mujer lo mataría a golpes. Quería sacarlo de su envoltura granítica. Forcejeaba y sacudía el escritorio. Pero él conservó su sangre fría y no lanzó ni un suspiro.

Teresa empezó a tirar salvajemente los papeles. En vez de ordenarlos, los iba dejando sobre el escritorio. Muchas hojas se cayeron al suelo. Él conocía muy bien su contenido. Ella recogió otras en completo desorden. Trataba sus manuscritos como harapos. Sus dedos eran toscos y buenos para las empulgueras. En ese escritorio anidan el celo y la paciencia de varios decenios.

Su insolente diligencia lo irritó. No debiera tratar así sus papeles. ¿Qué le importaba a él su estratagema? Más tarde necesitaría esas notas. Tiene trabajos pendientes. ¡Si pudiera empezar ahora mismo! Él no nació para artista. Su arte le estaba costando mucho tiempo. Era un erudito. ¿Cuándo vendrán tiempos mejores? Su arte es transitorio. Le hace perder semanas y semanas. ¿Cuánto hace que lo practica? Veinte, no, diez, no, cinco semanas: no podría decirlo exactamente. El tiempo se le confundía. Ya estaba ensuciándole su último ensayo. ¡Su venganza sería espantosa! Teme perder los estribos. Ya está ladeando la cabeza y echándole miradas de odio. Aborrecía su apacible rigidez. Pero él se intranquiliza, ya no aguanta el juego, quiere hacer las paces, le hará una propuesta: un armisticio. Que saque de ahí sus dedos; sus dedos le destrozan sus papeles, los ojos, el cerebro. Que cierre los cajones y se largue del estudio. Ese lugar es de él; ya no la aguanta; la hará trizas ¡si pudiera hablar!... pero la piedra es muda.

Con su falda, Teresa fue cerrando los cajones vacíos. Luego pisoteó los manuscritos caídos y escupió en los que estaban sobre el escritorio. En el paroxismo de la rabia destruyó el contenido del último cajón. Los crujidos de impotencia del papel le ardieron a Kien hasta la médula. Sofocó el calor que había en él: se levantará y la hará pedazos con su cuerpo de fría piedra. Después recogerá los trozos y los hará polvo. Se abatirá sobre ella, la aniquilará como una violenta plaga egipcia. Se coge a sí mismo: las Tablas de la Ley, y lapida a su pueblo con ellas. Su pueblo olvidó los Mandamientos divinos. Dios es omnipotente y Moisés alza su brazo punitivo. ¿Quién es tan duro como Dios? ¿Quién es tan frío como Dios?

De pronto Kien se levantó y se abalanzó sobre Teresa hecho una furia. Por no soltar ni una palabra, se mordió los labios usando los dientes como alicates. Si hablaba dejaría de ser piedra; hincó sus dientes hasta la lengua.

—¿Dónde está el talonario? —chilló Teresa antes de romperse en mil pedazos—: ¿Dónde está el talonario? ¡Borracho! ¡Asesino! ¡Ladrón! —¿Con que eso era lo que buscaba? Sus últimas palabras lo hicieron sonreír.

Pero no fueron las últimas. Teresa le cogió la cabeza y se la golpeó contra el escritorio. Luego lo atacó a codazos entre las costillas, le gritó:

—¡Fuera de mi apartamento! —Y le escupió; sí: le escupió en la cara. Él sintió todo. Le dolía. No era una piedra. Como ella no se hizo trizas, su arte se le rompió.

Todo es mentira. La fe no existe. Dios no existe. Él hace un quite. Se defiende. Le devuelve los golpes. Da en el blanco con sus huesos puntiagudos—. ¡Sentaré una denuncia! ¡A los ladrones los encierran! ¡La policía lo encontrará! ¡Fuera de mi apartamento! —Le coge las piernas para hacerlo caer. En el suelo le dará a sus anchas, como la otra vez. Pero no puede: el tipo es fuerte. Entonces se le aferra al cuello, y lo arrastra fuera del piso, tirando la puerta detrás de él. En el rellano, Kien se dejó caer al suelo. Estaba cansadísimo. La puerta volvió a abrirse y Teresa le tiró su abrigo, su sombrero y su cartera—. ¡Cuidado con mendigar por ahí! —gritó y desapareció. Le tiró la cartera porque estaba vacía. Los libros se quedarían todos en el piso.

Pero el talonario estaba en su bolsillo. Él lo estrechó, feliz, contra su cuerpo, aunque no fuera sino un talonario. Teresa no se imaginó lo que se le iba con el mendigo. Porque oiga, ¿qué ladrón carga con su botín a cuestas todo el tiempo?

## **Segunda parte**

### **UN MUNDO SIN CABEZA**

## “El Cielo Ideal”

Desde que lo echaron de su apartamento, se bailaba Kien abrumado de trabajo. Se pasaba todo el día recorriendo la ciudad a paso firme y medurado. Sus largas piernas entraban en funcionamiento muy temprano. Al mediodía no se permitía refrigerio ni descanso alguno. Para ahorrar esfuerzos, dividió su campo de acción en zonas que respetaba rigurosamente. En su cartera llevaba un plano gigantesco de la ciudad, escala 1:5000, en el que las librerías estaban señaladas con llamativos círculos rojos.

Al entrar en una librería, preguntaba por el dueño. Si estaba de viaje o se había ido a comer, se contentaba con el empleado principal. «Necesito con urgencia las siguientes obras para un trabajo científico», decía, y leía una lista enorme de una hojita inexistente. Para evitar repeticiones, pronunciaba los nombres de los autores con parsimonia y claridad tal vez exageradas. Se trataba de obras raras, y la ignorancia de esa gente era inimaginable. Si bien leía, con el rabllo del ojo iba observando los rostros que lo escuchaban. Entre título y título hacía breves pausas. Le gustaba sorprender con el nombre siguiente al vendedor aún no repuesto de un título difícil. Sus caras de perplejidad lo divertían. Algunos le pedían: «¡Un momento!» otros se agarraban la frente o las sienes; pero él, impasible, seguía enumerando. Su lista incluía de dos a tres docenas de volúmenes. En casa los tenía todos. Ahí volvía a adquirirlos. Pensaba cambiar o vender luego los que tuviera repetidos, y que ahora le estorbaban. Después de todo, su nueva actividad no le costaba un real. Preparaba sus listas en la calle y leía una distinta en cada librería. Al terminar, doblaba la hojita con gestos precisos, la metía en su cartera junto a las demás, y abandonaba el local con una venia despectiva. Nunca esperaba respuesta. ¿Qué podían contestarle esos cretinos? Ponerse a discutir con ellos sobre los libros deseados era perder tiempo. Y ya había perdido tres largas semanas en circunstancias muy extrañas: inmóvil y tieso frente a su escritorio. Para recuperar este retraso, deambulaba el día entero con tanta habilidad, constancia y entusiasmo que, sin el menor asomo de autocomplacencia, podía estar contento de sí mismo. Y de hecho lo estaba.

La gente con la que su profesión lo iba relacionando, reaccionaba de manera diferente según su humor y su temperamento. Unos cuantos se ofendían al no poder tomar la palabra, pero la mayoría era feliz escuchándolo. Bastaba verlo y oírlo para descubrir en él a un portento de erudición. Una frase suya equivalía, en contenido, a varias librerías bien surtidas. Pero la magnitud de su importancia era reconocida raras veces. Si no, esos pobres locos hubieran dejado todos su trabajo y, apiñados a su alrededor con los oídos bien abiertos, lo habrían escuchado hasta que el tímpano se les rompiera. ¿Cuándo encontrarían otro pozo de ciencia parecido? En general, sólo uno de los presentes aprovechaba la ocasión para escucharlo. Los demás le huían, como a todos los grandes hombres; lo sentían demasiado extraño y distante, y su perplejidad, que él decidió no tomar más en cuenta, lo conmovía hasta la misma médula. No bien les volvía la espalda, se pasaban el resto del día hablando de él y de



sus listas. Bien mirado, propietarios y personal subalterno hacían las veces de empleados suyos. Les concedía el honor de una mención colectiva en su biografía. Después de todo, tampoco se portaban mal y lo admiraban, procurándole cuanto necesitaba. Intuían quién era y tenían el valor de callar en su presencia. Pues nunca entraba dos veces en la misma librería. Un día en que por error lo hizo, lo echaron fuera. Era demasiado para esa gente: su persona los oprimía y ellos la rechazaban. Kien, que comprendía ese complejo de inferioridad, se compró en aquellos días el plano de la ciudad con los círculos rojos. Sobre los que indicaban librerías visitadas, trazaba una pequeña cruz: para él habían muerto.

Por lo demás, su actividad tenía un objetivo apremiante. Desde el instante mismo en que se vio en la calle, sólo mostró interés por los ensayos que tenía en casa. Pensaba concluirlos, pero sin biblioteca era imposible. Por eso iba haciendo listas con las obras especializadas que necesitaba. Productos de la urgencia, sus listas excluían cualquier capricho o arbitrariedad. Sólo se permitió comprar de nuevo los libros indispensables para su trabajo. Circunstancias muy precisas lo obligaron a cerrar temporalmente su biblioteca. Aunque fingiera someterse a su destino, de hecho era más listo que él. No renunciaba a un solo palmo de su ciencia. Cuando comprase el material necesario, o sea dentro de pocas semanas, reanudaría su trabajo. Su estrategia era de gran alcance y respondía a aquellas circunstancias muy precisas. No se dio por vencido: una vez libre, desplegó las alas de su inteligencia y fue creciendo en proporción al número de días en los que dispuso de sí mismo. Además, el hecho de crearse así otra bibliotequita de varios miles de volúmenes, compensaba ampliamente sus esfuerzos. Temía incluso que creciera demasiado. Cada noche dormía en un hotel distinto. ¿Cómo llevar de un lado a otro una carga en continuo aumento? Pero al tener una memoria indestructible, *cargaba* con su nueva biblioteca en la cabeza. La cartera quedaba vacía.

Por la tarde, tras el cierre de las tiendas, se percataba de su agotamiento y, al salir de la última librería, buscaba el hotel más cercano. Sin equipaje y con un traje tan raído, despertaba la sospecha de los porteros que, felices con la idea de poder echarlo bruscamente, lo dejaban decir dos o tres frases. Deseaba un cuarto grande y tranquilo por esa noche. Si sólo les quedaba alguno a cuyo alrededor hubiera niños, mujeres o gente vulgar, rogaba que se lo dijeran en seguida, pues no lo aceptaría. Al oír «gente vulgar», los porteros se sentían desarmados. Antes de ver el cuarto, sacaba su billetera dispuesto a pagar por adelantado. Como había retirado sus ahorros del banco, la billetera rebosaba de billetes gordos. Por amor a los billetes, los porteros mostraban zonas de sus ojos que nadie, ni siquiera Excelencias o americanos, habían visto nunca. Luego llenaba la hoja de registro con su letra alta, precisa y angulosa, declaraba: «Propietario de una biblioteca» como profesión, y omitía precisar su estado civil. No era soltero, casado ni divorciado, y lo indicaba con una raya oblicua. Daba propinas fabulosas a los porteros —el cincuenta por ciento del precio de la habitación—, y al pagar se alegraba de que el talonario no estuviera en manos de

Teresa. Las reverencias entusiásticas le sentaban bien; él, como un Lord, permanecía inmóvil. Contrariando su costumbre —aborrecía las comodidades de la técnica— utilizaba el ascensor porque en la tarde, como llegaba exhausto, su bibliocabeza le pesaba horriblemente. Se hacía subir la cena al cuarto: era su única comida diaria. Después ponía su biblioteca en tierra para descansar unos minutos, y calculaba si el espacio era suficiente.

Al comienzo, cuando su libertad era aún joven, no le importaba mucho el tipo de habitación que tornase; sólo le interesaba dormir: el sofá se hacía cargo de los libros. Más tarde empezó a hacer uso del armario y pronto la biblioteca superó ambos muebles. Para poder utilizar la alfombra sucia, llamaba a la camarera y le pedía diez pliegos de papel de embalar muy limpio. Luego los extendía hasta cubrir la alfombra y todo el suelo; si al final le sobraba algo, cubría el sofá y revestía el armario. Así, durante un tiempo, se acostumbró a pedir cada tarde papel de embalar junto con la cena. Por la mañana dejaba los pliegos usados en el cuarto. Sus libros aumentaron vertiginosamente; pero aunque se cayeran, no se ensuciaban, pues todo estaba cubierto de papel de embalar. A veces se despertaba por la noche, muy inquieto, seguro de haber oído un ruido extraño, como de libros que se caen de sus anaqueles.

Una tarde, las pilas de libros le parecieron demasiado altas: tenía ya una cantidad sorprendente de nuevos títulos. Entonces pidió una escalera. Cuando le preguntaron para qué la quería, contestó tajantemente: «¡No es asunto suyo!». La camarera era algo tímida: un robo con efracción, cometido hacía poco en uno de los cuartos, estuvo a punto de costarle el puesto. Corrió donde el portero y le contó, muy excitada, lo que deseaba el señor del 39. El portero, hombre seguro de sí mismo y buen psicólogo, conocía sus deberes para con la succulenta propina, pese a tenerla ya en el bolsillo.

—¡Váyase a dormir, pasmona! —le dijo sonriendo—. ¡Yo me ocuparé del asesino!

Pero ella no se movió.

—Es un tipo extraño —dijo con voz tímida—, parece un álamo. Primero me pidió papel de embalar y ahora quiere una escalera. El piso entero está cubierto de papel de embalar.

—¿Papel de embalar? —preguntó él, a quien este dato lo impresionó muy favorablemente. Sólo la gente distinguida lleva a tal extremo sus cuidados.

—¡Así como lo oye! —replicó ella muy ufana: la había escuchado.

—¿Sabe usted quién es ese señor? —preguntó él. Incluso ante una camarera no decía «él», sino «ese señor»—. ¡El propietario de la Biblioteca Real! —Pronunció cada sílaba de la gloriosa profesión como un artículo de fe, añadiendo lo de real para taparle la boca a la muchacha. Y al punto comprendió lo distinguido que debía ser aquel señor para omitir el adjetivo real en la hoja de registro.

—¡Pero si ya no hay rey!

—¡Pues Biblioteca Real sí que hay! ¡Vaya ocurrencia! ¿O cree que la gente se ha comido los libros?

La camarera se calló. Le gustaba enfurecerlo porque era tan fuerte que sólo le hacía caso cuando estaba enojado. Ella acudía a buscarlo con cualquier pretexto. Él la dejaba hablar unos minutos. No bien se enfurecía, había que ponerse en guardia. Pero su cólera la envalentonaba. Muy contenta, le subió a Kien la escalera. Pudo pedirle ese favor al botones, pero prefirió hacerlo ella misma por obedecer al portero. Por último, preguntó al ilustre propietario de la Biblioteca Real si podía serle útil.

—¡Sí! —dijo él, yéndose en seguida de este cuarto. Luego se encerró con llave —desconfiaba de la indiscreta criatura—, obstruyó con papel el ojo de la cerradura, puso cuidadosamente la escalera entre las pilas de libros y se trepó a ella. Ordenados según las listas, fue sacando de su cabeza paquete tras paquete y llenando la habitación hasta el techo. Pese a su carga, conservaba el equilibrio en la escalera, creyéndose un acróbata. Desde que era su propio amo, superaba sin temor cualquier dificultad. No bien hubo terminado, alguien llamó insistentemente a su puerta. Se enfadó de que lo interrumpieran. Desde sus experiencias con Teresa, toda mirada profana sobre sus libros le daba un miedo cerval. Era la camarera que, siempre por deferencia hacia el portero, reclamaba tímidamente la escalera.

—¡El propietario de la Biblioteca Real no pensará dormir con la escalera en el cuarto! —Su inquietud era sincera; miró a aquel extraño álamo con una mezcla de curiosidad, amor y envidia, deseando que el portero mostrase el mismo interés por ella.

Su lenguaje evocó en Kien el de Teresa. Si hubiera sido ella, le habría tenido miedo. Mas como sólo se la recordaba, exclamó:

—¡La escalera se queda aquí! ¡Dormiré con ella!

«¡Dios mío, qué hombre tan distinguido!», pensó la jovenzuela y se retiró asustada. Nunca lo hubiera creído tan distinguido como para no aceptar ni que le dirigieran la palabra.

Pero él sacó sus propias consecuencias del incidente. Había que evitar a todo precio a las mujeres, ya fuesen amas de llaves, esposas o camareras. A partir de entonces empezó a pedir cuartos tan grandes que una escalera hubiera resultado absurda y superflua, y siempre llevaba papel de embalar en su cartera. Por suerte, quien le subió la cena era un camarero, no una mujer.

En cuanto sentía su cabeza aligerada, se acostaba. Antes de dormirse comparaba su situación anterior con la actual. Por las tardes, sus pensamientos volvían con placer hacia Teresa, pues todos sus gastos salían del dinero que él, gracias a su arrojito personal, pudo salvar de la codicia de su esposa. Cualquier asunto de dinero se la evocaba de inmediato. De día, nunca manejaba dinero; además del almuerzo, se negaba también los viajes en tranvía, y con motivo. Ninguna Teresa vendría a mancillar la seria y fabulosa empresa en la que ahora andaba. Teresa era el centavo que va de mano en mano. Teresa era el lenguaje en boca de un analfabeto. Teresa era un plomo en el espíritu humano. Teresa era la encarnación de la locura.

Encerrado varios meses con una demente, al final no pudo resistir las malas

influencias de su enfermedad y se había contagiado. Codiciosa hasta el exceso, ella le transmitió una parte de su insaciable avidez. Una voraz manía de adquirir libros ajenos lo había distanciado de los suyos. Estuvo a punto de robarle ese millón del que la creyó dueña. Su fuerza de voluntad, en contacto siempre muy violento y estrecho con la de ella, corría el peligro de naufragar contra el escollo del dinero. Pero no zozobró. Su cuerpo se inventó una coraza. De haber seguido circulando en libertad por el apartamento, hubiera sucumbido al mal irremisiblemente. Por eso le hizo aquella broma de la estatua. Claro está que no se petrificaría de verdad. Pero bastaba con que *ella* se lo creyese. Le cogió miedo a la piedra y describía un amplio círculo a su alrededor. El arte con el que pasó semanas sentado en esa silla, tieso e inmóvil, la había desconcertado. Desconcertada ya estaba de todas formas. Pero tras ese hábil ardid no supo ya quién era aquel marido. Kien tuvo tiempo para deshacerse de ella. Fue sanando lentamente. Su sometimiento había terminado. En cuanto se sintió con fuerzas, preparó su plan de fuga. Lo esencial era evitarla y, sin embargo, tenerla vigilada. Para que la fuga resultase, Teresa debía creer que *ella misma* lo había echado del apartamento. Por eso él se escondió aquel talonario en el bolsillo. En el curso de varias semanas ella registró todo el apartamento. Era su enfermedad: buscar dinero todo el tiempo. Pero no encontró el talonario en ningún sitio. Por último, se atrevió a hurgar en su escritorio. Pero ahí chocó con él. Su desilusión la hizo rabiar y él la fue irritando más y más hasta que, fuera de sí, ella lo echó de su propia casa. Y ahí estaba ahora, redimido. Teresa se creía victoriosa. Pero él la había encerrado. Seguro de que no se escaparía, él se hallaba ahora a salvo de sus embestidas. Cierto es que había sacrificado su casa, pero ¿qué no hace un hombre por salvar su vida cuando ésta pertenece a la ciencia?

Estiró su cuerpo bajo la manta, poniéndolo en contacto con gran parte de la sábana. Suplicó a los libros que no se le cayeran: estaba cansado y quería reposar siquiera un poco. Ya en duermevela musitó un ¡Buenas noches!

Disfrutó de su nueva libertad durante tres semanas, aprovechándolas con admirable empeño hasta agotar todas las librerías de la ciudad. Una tarde ya no supo adonde ir. ¿Empezar de nuevo y recorrer las primeras según el orden conocido? ¿No lo reconocerían? Prefería evitarse situaciones incómodas. ¿Sería su cara una de aquellas que, una vez vistas, a nadie se le olvidan? Se acercó al espejo de una peluquería y contempló sus rasgos. Dos ojos azul acuoso y ni asomo cíe mejillas. Su frente era una pared de roca hendida. La nariz, espina vertical de una estrechez vertiginosa, precipitábase al abismo. Muy abajo, totalmente disimulados, acechaban dos ínfimos insectos negros. Nadie hubiera sospechado que eran las fosas nasales. Su boca era una cremallera. Dos profundas líneas, que fingían cicatrices falsas, bajaban de ambas sienas hasta la barbilla, cruzándose en su punta. Estas dos líneas y la nariz dividían el rostro, de por sí largo y enjuto, en cinco tiras de angustiante estrechez. Angostas, pero de una simetría tan estricta que no invitaba a detenerse en ellas. Kien sólo se detuvo brevemente, pues al contemplar su imagen —solía no mirarse nunca

—, se sintió de pronto muy solo. Decidió perderse entre la multitud. Tal vez entonces se olvidara de su rostro solitario; tal vez se le ocurriera cómo proseguir con sus actividades.

Paseó su mirada por los letreros de las tiendas circundantes —aspecto éste de la ciudad para el que, en general, era ciego— y leyó: *EL CIELO IDEAL*. Decidió entrar, muy satisfecho. Apartó las gruesas cortinas de la puerta y un humo espantoso le cortó el aliento. Como escapándose, avanzó mecánicamente dos pasos. Su afilado cuerpo dividió como un cuchillo el aire espeso. Sus ojos lagrimearon. Él los abrió mucho para poder ver, pero le lloraron más y no vio nada. Una negra figura lo escoltó hasta una mesita y lo obligó a sentarse. Él obedeció. La figura le pidió un café doble y se desvaneció en el humo. Perdido en esa extraña región del mundo, se aferró Kien a la voz de su acompañante y constató que era masculina, aunque imprecisa y por lo tanto desagradable. Lo alegró encontrar un ser humano tan despreciable como, según él, lo eran casi todos. Una gruesa mano puso el café doble en su mesita. Él agradeció cortésmente. Sorprendida, la mano permaneció inmóvil un instante y al final se abrió, presionando el mármol con sus cinco dedos estirados. ¿Por qué se reirá de este modo?, se preguntó Kien. Su desconfianza iba en aumento.

Cuando la mano se retiró junto con su dueño, Kien volvió a ser amo de sus ojos. La niebla se disipaba. Con mirada recelosa siguió a la silueta que, como él, era larga y esmirriada. Ésta se detuvo ante una barra, se volvió y señaló al nuevo cliente con el brazo estirado. Luego dijo unas palabras incomprensibles y empezó a temblar de risa. ¿Con quién estaba hablando? No había un alma en los alrededores de la barra. El local se hallaba increíblemente sucio y descuidado. Detrás del mostrador alcanzó a distinguir un montón de harapos multicolores. Aquella gente era demasiado ociosa para abrir un armario: iba tirando todo entre la barra y el espejo. ¡No se avergonzaban ni ante sus clientes! Éstos también fueron interesando a Kien. En casi todas las mesitas había un individuo greñudo y de aspecto simiesco que lo observaba tenazmente. Al fondo se oían chillidos femeninos. El *Cielo Ideal* era muy bajo y abundaba en nubarrones sucios, de un tono gris parduzco. Aquí y allá brillaba algún fragmento de estrella entre las turbias capas. Hubo una época en que todo el *Cielo* se hallaba sembrado de estrellas de oro. Pero el humo extinguió la mayor parte, y las restantes parecían por falta de luz. El mundo era pequeño bajo ese *Cielo*. Hubiera cabido fácilmente en un cuarto de hotel. Sólo parecía vasto y confuso bajo la ilusión de la niebla. Cada mesita de mármol llevaba su existencia planetaria independiente; todas juntas producían la pestilencia del mundo. Los clientes fumaban en silencio o golpeteaban con el puño el duro mármol. Desde unos nichos diminutos llegaron voces de auxilio. De pronto, resonó un viejo piano. Kien lo buscó en vano. ¿Dónde lo habrían escondido? Unos tipos ya mayores y harapientos, con gorras en la cabeza, empujaron los pesados cortinajes de la entrada, se deslizaron lentamente por entre los planetas, saludando a unos, amenazando a otros, y se sentaron donde la recepción fue más hostil. En poco tiempo el local cambió de aspecto. Cualquier movimiento resultó

imposible. ¿Quién se atrevía a pisar los pies de semejantes vecinos? Kien era el único que estaba solo. Le dio miedo levantarse y se quedó sentado. Las injurias volaban de mesa en mesa. La música enardecía a la gente, despertando su agresividad. Tan pronto como el piano callaba, volvían a su torpe ensimismamiento. Kien se llevó una mano a la cabeza. ¿Qué clase de individuos eran esos? Una joroba enorme se alzó de pronto a su lado y le preguntó si podía sentarse. Haciendo un gran esfuerzo, Kien miró hacia abajo. ¿Dónde estaba la boca que le había hablado? Pero el dueño de la joroba, un enano, se trepó de un salto a una de las sillas. Después de acomodarse, volvió hacia Kien un par de ojazos melancólicos. La punta de su nariz, hiperbólicamente ganchuda, se hundía en el hoyuelo del mentón. Su boca era tan pequeña como él mismo, sólo que inencontrable. Sin frente, sin orejas, sin cuello y sin tronco, el hombre se componía de una joroba, una imponente nariz y dos ojazos negros, tristes y serenos. Pasó un buen rato sin decir nada, acechando los efectos de su repentina aparición. Kien se acostumbró a su nuevo entorno. De pronto oyó que una voz ronca preguntaba, por debajo de la mesa:

—¿Cómo van los negocios?

Kien se miró las piernas. La voz carraspeó indignada:

—¿Soy un perro o qué? —El que había hablado era el enano. Kien no supo qué decir de sus negocios. Examinó la abrumadora nariz del hombrecito, que le inspiró desconfianza. Como no era un hombre de negocios, se encogió ligeramente de hombros. Su indiferencia impresionó mucho al enano.

—¡Mi nombre es Fischerle! —La nariz picoteó el tablero de la mesa. Temiendo por su buen nombre, Kien no se presentó, limitándose a hacer una venia muy rígida, que podía interpretarse como un rechazo o una aceptación. El enano se decidió por lo último. Alzó dos brazos largos como los de un gibón y cogió la cartera de Kien. Al ver su contenido se echó a reír. La contracción de las comisuras bucales, a ambos lados de la nariz, probó finalmente la existencia de su boca.

»¿Es usted del gremio de papeleros, verdad? —graznó blandiendo el papel de embalar pulcramente doblado. Al oírlo, todos los habitantes del *Cielo* rompieron a reír estrepitosamente. Consciente de lo que su papel valía, Kien tuvo ganas de gritar: “¡Qué insolencia!” y arrancárselo de las manos al enano. Pero la intención, ya de por sí temeraria, le pareció un crimen atroz. Para expiarlo adoptó una expresión entre infeliz y perpleja.

Fischerle no soltó su presa:

—¡Una auténtica novedad, señoras y señores, una auténtica novedad! ¡Un vendedor mudo! —Agitó el papel con sus dedos ganchudos, arrugándolo en veinte sitios como mínimo. A Kien se le encogió el corazón. La limpieza de su biblioteca estaba en juego. ¡Si hubiese algún medio de salvarla! Fischerle se paró sobre su silla —ahora era tan alto como Kien sentado— y cantó con voz quebradiza—: ¡Yo soy el pescador... y él un pescado! —Al decir «yo» se golpeaba la joroba con el papel; al decir «él», se lo refregaba a Kien por las orejas. Éste lo aguantó sin chistar.

Consideraba una suerte que el rabioso enano no lo hubiera matado. Pero su tratamiento le empezaba a doler. ¡Adiós biblioteca limpia! Comprendió que ahí uno estaba perdido sin un gremio. Aprovechando los extensos intervalos entre el «yo» y el «él», se levantó, hizo una profunda venia y declaró en tono resuelto:

—Kien, del gremio de librereros.

Fischerle se interrumpió antes del siguiente «él» y tomó asiento. Estaba satisfecho de su éxito. Se hundió más en su joroba y preguntó con manifiesta humildad:

—¿Juega usted al ajedrez? —Kien lo lamentó muchísimo.

»Un hombre que no juega al ajedrez no es un hombre. Yo digo siempre que el ajedrez es cuestión de inteligencia. Un tipo puede medir cuatro metros, pero si no juega al ajedrez es un pelmazo. Yo sé ajedrez y no soy un pelmazo. Permítame hacerle una pregunta. Si quiere me contesta y si no, no. ¿Para qué tienen cabeza los hombres? Se lo diré antes de que se rompa usted la suya, lo que sería una lástima. Tienen cabeza para jugar al ajedrez. ¿Me entiende? Si me dice que sí, perfecto. Si me dice que no, se lo repetiré por tratarse de usted. Tengo debilidad por el gremio de librereros. Le advierto que yo aprendí solo, no con libros. ¿Quién cree usted que es el campeón de este local? Apuesto a que no lo adivina. Yo le diré el nombre: el campeón se llama Fischerle y está sentado a su misma mesa. ¿Y por qué se ha sentado aquí? Porque es usted un tipo feo. Tal vez crea que me atraen los tipos feos. ¡Falso, pamplinas, no es cierto! No se imagina lo guapa que es mi esposa. ¡No creo que haya visto otra igual! Y ahora le pregunto: ¿Quiénes son siempre los inteligentes? Los feos, créame. ¿De qué le sirve a un guapetón la inteligencia? Su mujer gana por él. No le gusta jugar al ajedrez porque tendría que agacharse y arruinaría su perfil. Además, ¿qué ganaría? Los tipos feos tienen la exclusiva de la inteligencia. Mire usted a los campeones de ajedrez: todos feos. Si en una revista veo a algún tipo famoso que no está del todo mal, me digo: Fischerle, aquí hay gato encerrado. Se habrán equivocado de foto. Pues, ¿qué harían los periódicos con tanta foto y tanta gente que quiere ser famosa? Después de todo, un diario es también humano. Lo extraño es que usted no juegue al ajedrez. Todo el gremio de librereros juega al ajedrez. ¿Qué tiene de raro? Les basta con abrir su manualito y aprenderse las partidas de memoria. Pero ¿cree usted que alguno me ha ganado? De los del gremio ninguno: ¡tan cierto como que es usted uno de ellos, si de veras lo es!

Para Kien, oír y obedecer fueron esta vez sinónimos. Desde que el hombrecito empezó a hablarle de ajedrez, le pareció el judío más inofensivo del mundo. Jamás se interrumpía; sus preguntas eran retóricas y él mismo se contestaba. La palabra «ajedrez» sonaba como una orden en su boca, como si sólo dependiera de su buena fe añadirle el funesto «jaque mate». El mutismo de Kien, que al comienzo irritara al enano, parecióle ahora un signo de atención, y se sintió halagado.

Durante el juego, sus adversarios le temían demasiado para importunarlo con objeciones; pues su venganza era terrible. Solía exponer las jugadas torpes al escarnio general. En las pausas entre partida y partida —pasaba la mitad de su vida ante el

tablero—, lo trataban como correspondía a su persona. Él hubiera preferido jugar sin interrupciones. Soñaba con una vida en la que se pudiera comer y dormir mientras jugase el adversario. Si al cabo de seis horas de triunfos consecutivos surgía una nueva víctima, su mujer intervenía, y lo obligaba a abandonar: no fuera que se insolentara con ella. Él la trataba con la misma indiferencia que a una piedra. Si la aguantaba, es porque lo mantenía. Pero cuando le interrumpía una cadena de triunfos, bailaba furioso en torno a ella y le pegaba en las zonas menos sensibles de su ya insensible cuerpo. La mujer ni se movía, y, como era muy fuerte, toleraba todos sus desmanes. Eran las únicas pruebas de amor conyugal que él le ofrecía. Pues ella lo amaba como a un hijo. Su oficio le impedía tener otro. Gozaba del máximo respeto en *El Cielo Ideal* por ser la única, entre todas esas chicas baratas y paupérrimas, en tener un caballero que, con inviolable fidelidad y desde hacía ocho años, la visitaba cada lunes. Debido a este ingreso fijo le decían la Rentista. Durante sus escenas con Fischerle todo el local bramaba; pero nadie se hubiera atrevido a iniciar otra partida contraviniendo a sus órdenes. El enano lo sabía, por eso le pegaba. Los clientes le inspiraban ternura, si es que alguna le dejaba aún sentir su amor al ajedrez. Apenas ella se iba con alguno, él se regodeaba a sus anchas con el tablero. Tenía preferencia sobre los desconocidos que el azar llevase a aquel local. En todos sospechaba a un gran campeón del que podría aprender algo, aunque diera por supuesto que le *ganaría*. Sólo cuando su esperanza de aprender nuevas combinaciones se frustraba, le ofrecía al forastero su mujer para quitársela un tiempo de encima. Como tenía siempre debilidad por el gremio respectivo, le aconsejaba en secreto que pasara, arriba, unas horas con ella: no era melindroso y sabía valorar a un hombre guapo. Pero también le pedía que no lo traicionara: negocios son negocios y él estaba yendo en contra de sus propios intereses.

Antes, muchos años atrás, cuando su mujer aún no era Rentista y tenía demasiadas deudas como para llevarlo al café, Fischerle, a pesar de su joroba, tenía que esconderse debajo de la cama cada vez que ella llevaba a algún cliente a su cuartito. Allí prestaba oído a las palabras del hombre —las de su mujer le eran indiferentes—, y algo le decía siempre sí el tipo era o no un ajedrecista. Cuando estaba bien seguro de ello, salía a gatas de su escondrijo —en general golpeándose la joroba— e invitaba al desprevenido visitante a jugar una partida. Algunos le aceptaban sólo por dinero. Esperaban sacarle a ese judío roñoso el dinero que, obligados por una necesidad mayor, le habían regalado a su mujer. Creían estar en su derecho, pues de otro modo, a esas alturas, ya no hubieran aceptado el trato. Pero al final perdían otro tanto. La mayoría rechazaba las propuestas del enano por recelo, cansancio o indignación. Nadie se preguntaba de dónde podría surgir así, tan de repente. Pero la pasión de Fischerle aumentó con los años. Cada vez le resultaba más difícil posponer su desafío. A menudo, la sospecha de que algún campeón mundial pudiera estar de incógnito allá arriba, lo asaltaba con inusitada violencia. Entonces se acercaba a la cama mucho antes de lo previsto y, con la nariz o con el dedo, golpeaba



suavemente en el hombro a la oculta celebridad hasta que ésta, en vez de culpar a algún insecto, se percataba del enano y de su oferta. Pero todos encontraban torpe esta maniobra y aprovechaban la ocasión para reclamar la devolución de su dinero. Al ver que los incidentes se repetían —un ganadero enfurecido llamó una vez a la policía—, su mujer le dijo un día que si las cosas no cambiaban, se buscaría otro. Y así, fuese bien o mal en el negocio, Fischerle era enviado al bar con órdenes expresas de no volver a casa antes de las cuatro. Poco después hizo su aparición el Caballero de los lunes, y los malos tiempos se acabaron. El tipo pasaba ahí toda la noche. Fischerle se lo encontraba en el camino a casa y recibía un infaltable «¡Hola, campeón mundial!», a guisa de saludo. Supuestamente era una broma de buen gusto —y había cumplido ocho años—, pero a Fischerle le parecía una ofensa. Si el Caballero, cuyo apellido nadie sabía (ocultaba incluso su nombre), terminaba particularmente satisfecho, sentía compasión por el pequeño y se dejaba ganar rápidamente. Era de los que prefieren resolver de un plumazo los problemas superfluos de la existencia. Cuando salía del cuartito se olvidaba de ambas cosas, amor y compasión, durante una semana. Sus derrotas ante el enano le ahorraban los centavos que, en principio, debía destinar a los mendigos en la tienda que supuestamente dirigía, y a cuya puerta colgaba el siguiente cartel: «No se dan limosnas».

Pero había una categoría de hombres que Fischerle *odiaba* en este mundo: los campeones mundiales de ajedrez. Con una especie de furia maligna seguía todas las partidas importantes que se publicaban en revistas y periódicos. Partida que estudiaba, partida que le quedaba grabada durante años. Dada su incontestable maestría en el local, le era muy fácil demostrar a sus amigos la nulidad de esos campeones. Jugada por jugada, les iba explicando —y ellos confiaban ciegamente en su memoria— lo que sucedía en tal o cual torneo. Cuando la admiración de su auditorio por esas partidas empezaba a exasperarlo, inventaba jugadas falsas, que nunca existieron, y proseguía el juego como mejor le conviniera. La catástrofe llegaba pronto; todos sabían quién era la víctima, ya que ahí los nombres también eran fetiches. Algunos argüían en voz alta que a Fischerle le hubiera ocurrido lo mismo en el torneo. Nadie reconocía los errores del vencido. Entonces, Fischerle alejaba su silla de la mesa hasta que con el brazo estirado alcanzase a duras penas las distintas piezas. Era una forma muy suya de manifestar desprecio, pues las comisuras de su boca, órgano del que la gente se sirve en estos casos, quedaban casi ocultas por la enorme nariz. Luego graznaba: «¡Dadme un pañuelo; ganaré a ciegas la partida!». Si la Rentista estaba a su lado, le prestaba su bufanda sucia: no debía interferir —y lo sabía— en torneos que sólo se celebraban una vez cada dos meses. Si ella no estaba en el local, cualquiera de las chicas cubría con sus manos los ojos del pequeño. Rápido y seguro, éste reconstruía la partida paso a paso, deteniéndose donde el error había sido cometido. Y aquél era también el punto de partida de su embuste. Un segundo embuste le permitía, con la misma desvergüenza, llevar a su adversario a la

victoria. Atónitos y sin respiración, todos seguían sus jugadas. Las chicas le acariciaban la joroba y le besaban la nariz. Los hombres —incluso los más apuestos, que poco o nada sabían de ajedrez—, golpeaban las mesas de mármol con el puño y proclamaban, con sincera indignación, que Fischerle debía ser campeón mundial. Vociferaban tanto que al minuto habían ya recuperado la atención de las muchachas. A Fischerle le daba igual. Fingía una total indiferencia a los aplausos y se limitaba a comentar, en tono seco: «¿Qué esperabais? Soy un pobre diablo. ¡Si alguien me diera hoy una fianza, mañana sería campeón del mundo!». «¡Hoy mismo!», gritaban todos al unísono. Y al punto se les acababa el entusiasmo.

En su condición de genio incomprendido del ajedrez, y gracias al cliente fijo de su mujer, la Rentista, Fischerle gozaba de un enorme privilegio bajo *El Cielo Ideal*, podía recortar y guardarse todas las partidas de ajedrez publicadas en los diarios, aunque éstos, al cabo de unos meses y tras haber pasado por media docena de manos, recalasen en otro local aún más sucio. Pero Fischerle nunca guardaba los papelitos cuadrangulares, sino que los rompía en mil pedazos y, con asco, los tiraba al retrete. Vivía siempre con la angustia de que alguien pudiera pedirselos. Él mismo no confiaba mucho en su valor. Las jugadas de verdad, que él suprimía, lo obligaban a devanarse los sesos. Por eso odiaba a muerte a los campeones mundiales.

—¿Dónde cree que estaría si tuviera una subvención? —le dijo a Kien—. Sin subvención, un hombre es un inválido. Ya llevo veinte años esperando una subvención. ¿Cree usted que le pido algo a mi mujer? Sólo exijo mi tranquilidad y una subvención. Vente a mi casa, me dijo ella cuando yo era un crío. No, dije yo, ¿para qué quiero una mujer? Entonces, ¿qué quieres?, me dijo. No me dejaba en paz. ¿Qué quiero? Una subvención. De la nada no surge nada. Imposible abrir un negocio sin capital. El gremio de ajedrez también es un gremio, ¿por qué no habría de serlo? ¿Acaso hay algo que no sea gremio? Bueno, me dijo, si te vienes conmigo, tendrás tu subvención. Y ahora dígame una cosa: ¿sabe a qué me refiero? ¿Sabe usted lo que es una subvención? Pues voy a decírselo. Aunque ya lo sepa, no estará de más que se lo diga. Fíjese bien: subvención es una palabra muy fina; viene del francés y significa lo mismo que capital en judío.

Kien tragó saliva. ¡Reconocer palabras por su etimología! ¡Vaya local! Tragó más saliva en silencio. No se le ocurrió nada mejor en esa cueva de ladrones. Fischerle hizo una pausa mínima para observar el efecto de la palabra «judío» en su interlocutor. Nunca se sabe. El mundo está lleno de antisemitas. Un judío ha de estar siempre en guardia contra enemigos mortales. Los enanos jorobados —incluso los que han ascendido al rango de rufián— no se pierden ni un detalle. El gesto de tragar saliva no se le escapó. Lo interpretó como una señal de desconcierto, y a partir de ese momento tomó a Kien por judío, lo que éste en realidad no era.

—Sólo se aplica a las profesiones de categoría —añadió tranquilizado, refiriéndose a la subvención—. Y al oír su sacrosanta promesa me instalé en su casa. ¿Sabe cuándo fue todo esto? A usted puedo decírselo porque es mi amigo: hace

veinte años. Veinte años en que no hemos hecho sino ahorrar y ahorrar, privándonos los dos de todo. ¿Sabe qué es un monje? No creo, porque usted es judío y los judíos no tenemos monjes; pues el caso es que vivimos como monjes, pero no importa. Se me acaba de ocurrir algo mejor; ojalá me entienda, porque usted no entiende nada: vivimos como monjas, las mujeres de los monjes ¿sabe? Todo monje tiene una mujer llamada monja. Pero no se imagina lo alejados que viven. ¿Quién no querría un matrimonio así? Pienso que los judíos debieran adoptarlo. Y fíjese que hasta ahora no hemos conseguido la subvención. ¡Cuente usted! Supongo que sabrá contar. Pongamos que da *usted* veinte chelines ahora mismo. Cualquiera no los soltaría. La gente noble es hoy en día una rareza. ¿Quién puede darse un lujo así? Pero usted es mi amigo. Y como es buena persona, se dice: Fischerle necesita una subvención, si no, se arruinará. ¿Puedo permitir que se arruine? Sería una lástima; no, no puedo permitirlo. ¿Qué hacer? Le regalo los veinte chelines a su esposa, me voy con ella y le doy una alegría a mi amigo. Yo, por un amigo, hago lo que sea. Y voy a demostrárselo. Tráigame a su mujer mientras preparo la subvención, dice; le juro por mi honor que no soy un cobarde. ¿O cree que me asustan las mujeres? ¿Qué mal pueden hacerme? ¿Tiene usted esposa?

Por primera vez, Fischerle esperó una respuesta. En el fondo, aquella mujer era algo tan seguro, para él, como su propia joroba. Pero deseaba jugarse otra partida; hacía ya tres horas que se sentía observado y no daba más. Quería que la discusión tuviera un resultado práctico. Kien guardó silencio. ¿Qué hubiera podido decirle? La mujer era su punto débil; ni con la mejor buena voluntad podía decir algo cierto sobre ella. Como sabemos, no era casado, divorciado ni soltero.

—¿Tiene usted esposa? —le preguntó Fischerle por segunda vez. Pero en su voz sonaron ecos de amenaza. A Kien lo torturaba la verdad. Le volvió a pasar lo mismo que, minutos antes, le ocurriera con el gremio de librerías. La necesidad nos obliga a mentir.

—No, no tengo esposa —afirmó con una sonrisa que iluminó su austero rostro. Si había que mentir, ¿por qué no optar lo más agradable?

—¡Entonces le daré la mía! —estalló Fischerle. Si el gremio de librerías hubiera tenido una mujer, la oferta del enano habría sido: «¡Entonces le propongo un cambio!». Pero esta vez chilló en voz alta a través del local—: ¡Oye! ¿Vieeenes o nooo? —Y vino. Era alta, gorda y redonda: bordeaba el medio siglo. Se presentó señalando a Fischerle con uno de sus hombros, y añadió, no sin una pizca de orgullo:

—Mi marido. —Kien se levantó y le hizo una profunda venia. Tenía un miedo horrible de lo que pudiera ocurrir.

Dijo en voz alta:

—Mucho gusto —y en voz muy baja, casi imperceptible: «¡Barragana!», aniquilándola con este arcaísmo.

Fischerle graznó:

—¡Vamos, siéntate! —Ella obedeció. Su marido le llegaba con la nariz hasta los

pechos; ambas cosas, pechos y nariz, se reclinaban sobre el tablero de la mesa. De pronto, el pequeñajo dio un salto y carraspeó precipitadamente, como si hubiera olvidado lo esencial—: ¡Gremio de librereros!

Kien volvió a sumirse en su mutismo. La mujer lo encontró repulsivo. Comparó sus huesos con la joroba de su marido, y ésta le pareció bonita. Su conejito siempre decía algo. No tenía pelos en la lengua. Antes hablaba hasta con ella. Ahora la encontraba muy vieja. Y tenía razón. No se iba con ninguna de las otras. Era un crío inocentón. Todos creen que entre los dos aún hay algo. Sus amigas andan todas tras él. Las mujeres son falsas. Ella no. No sabe lo que es ser falsa. Los hombres también son falsos. Pero su Fischerle es de fiar. Antes de liarse con una tipeja dice que mejor es no liarse con ninguna. Y ella está de acuerdo en todo. No es eso lo que necesita. Que no lo comente, eso sí. ¡Es un tipo tan modesto! Jamás le pediría nada. ¡Si tuviera más cuidado con su ropa! A veces parecía acabadito de salir de un cubo de basura. El Ferdl le dio a la Mizzl un ultimátum: esperaría un año la moto que le prometió. Si al año no se la daba, ¡al diablo!, ya podría buscarse otro. Ella ahorra y ahorra, pero ¿de dónde sacará para una moto? Su conejito nunca le haría eso. ¡Con sus ojazos tan lindos! ¿Qué culpa tiene de ser jorobado?

Siempre que Fischerle le conseguía algún cliente, ella sentía que deseaba sacársela de encima, y le agradecía esa prueba de cariño. Más tarde volvía a parecerle un vanidoso. Ella era, en general, una criatura contentadiza que, pese a su horrible vida, albergaba muy poco odio en su interior. Y este poco lo encauzaba al ajedrez. Mientras las otras chicas conocían ya las reglas fundamentales del juego, ella jamás llegó a entender por qué las distintas piezas se movían de modo diferente. La irritaba que un rey fuera tan desvalido. ¡Qué ganas de darle un bofetón a la reina, esa descarada! ¿Por qué ella lo podía todo y el rey no? A menudo seguía atentamente el juego. Al ver su cara, un extraño la hubiera tomado por una gran concedora. En realidad sólo esperaba que tomasen la reina. Si esto sucedía, ella entonaba una canción de moda y abandonaba la mesa en el acto. Compartía el odio de su esposo por la reina enemiga; el amor con que el enano protegía a la suya, le daba celos. Sus amigas, más independientes que ella, se situaban en la cúspide de la escala social y trataban de puta a la reina y de rufián al rey. Sólo la Rentista se atenía al verdadero orden jerárquico, cuyo primer peldaño había superado gracias a su Caballero fijo. Ella, que normalmente contaba los chistes más picantes, no atacaba nunca al rey. En cambio, el vocativo «puta» le parecía demasiado suave para la reina. Las torres y los caballos le gustaban por su parecido con los de la realidad, y cuando los caballos de Fischerle avanzaban a galope tendido por el tablero, solía reírse con su voz dulce y cansina. Veinte años después de que él se le instalara en casa con su tablero de ajedrez, aún solía preguntarle, con total inocencia, por qué no dejaba las torres en las esquinas del tablero, como al comienzo del juego, pues ahí se veían más bonitas. Fischerle maldecía aquel cerebro de chorlito y no decía nada. Si sus preguntas lo hartaban —ella sólo quería oírlo hablar, adoraba sus graznidos, nadie tenía esa voz de

cuervo—, la hacía cerrar el pico con algún desafío drástico: «¿Tengo o no tengo una joroba? Pues, como que tengo una, ¡lárgate ahora mismo! ¡A ver si te espabilas un poco!». Su joroba la apenaba. Hubiera preferido ignorarla. Se sentía en cierto modo responsable de la deformidad de su hijito. En cuanto él descubrió este rasgo, que le parecía absurdo, lo utilizaba siempre para chantajearla. Su joroba era la única amenaza seria con la que contaba.

En aquel momento, ella lo contemplaba con ternura. Comparada con ese esqueleto, su joroba era preciosa. Estaba feliz de que la hubiera sentado a su mesa. Kien no la inquietaba en absoluto. Tras unos minutos de silencio general, ella dijo:

—¡Bueno, guapo! ¿Cuánto piensas regalarme? —Kien se ruborizó. Fischerle la increpó:

—¡No hables así! ¡No permitiré que insulten a mi amigo! Es una lumbrera. No habla por hablar. Piensa mucho antes de abrir la boca. Cuando dice algo, sabe por qué lo dice. Se interesa por mi subvención y está dispuesto a colaborar con veinte chelines.

—¿Subvención? ¿Qué es eso?

Fischerle se enfureció:

—¡Subvención es una palabra muy fina! Viene del francés y significa lo mismo que capital en judío.

—¿Y de dónde sacaré yo un capital? —La mujer no entendió su treta. ¿Por qué utilizaría una palabra extranjera?

A él le interesaba tener razón. Clavó en la Rentista una mirada grave y, señalando a Kien con la nariz, declaró solemnemente:

—Él lo sabe todo.

—¿Qué es todo?

—Que estamos ahorrando para el ajedrez.

—¡Ni te lo sueñes! Primero que no gano tanto y segundo que no soy la Mizzl ni tú eres Ferdl. Además, ¿tú qué me has dado? ¡Un cuerno, sí, un cuerno! ¿Sabes lo que eres? ¡Un pobre tullido! ¡Ponte a limosnear si esto no te conviene! —Y puso a Kien como testigo de esa horrible injusticia—: ¡Es un cerdo! Y no lo parece, ¿verdad? ¡Semejante tullido! ¡Vergüenza debería darle!

Fischerle se redujo aún más; dio su juego por perdido y se limitó a decirle a Kien, en tono melancólico:

—Por suerte no es usted casado. Empezamos ahorrando los dos juntos perra tras perra durante veinte años, y ahora ella se gasta alegremente toda la «subvención» con sus amiguetes. —Esta insolente mentira dejó a su mujer sin habla.

—¡Eso sí que no! —gritó en cuanto se hubo recuperado— ¡puedo jurar que no he estado con ningún otro hombre desde hace veinte años!

Resignado, Fischerle extendió las palmas de sus manos hacia Kien:

—¡Vaya, una puta que nunca ha estado con un hombre! —Y al decir «puta», frunció el entrecejo. Ante este insulto, la mujer rompió a llorar a voz en cuello. Sus

palabras se volvieron ininteligibles, aunque daba la impresión de hablar, entre sollozos, de cierta pensión—. Ya ve usted, ella misma lo confiesa. —Fischerle había cobrado ánimos—. ¿Y quién cree que le da esa pensión? Un caballero que viene cada lunes. A mi casa, por supuesto. ¿Sabe una cosa? Las mujeres juran *siempre* en falso. ¿Y por qué juran *siempre* en falso? ¡Porque ellas mismas son falsas! Y ahora déjeme preguntarle: ¿podría usted jurar en falso? ¿Podría yo jurar en falso? ¡Imposible! ¿Sabe por qué? Porque los dos usamos la cabeza. ¿Conoce usted a alguien que use la cabeza y jure en falso? ¡Yo no!

La mujer lloraba cada vez con mayor fuerza.

En su fuero interno, Kien le dio la razón al enano. De puro angustiado no se preguntó si Fischerle mentía o decía la verdad. Desde que la mujer se sentó a la mesa, cualquier gesto hostil contra ella, viniera de donde viniera, suponía para él un alivio. En cuanto ella le pidió un regalo, supo a quién tenía enfrente: una segunda Teresa. De las costumbres del local sabía poco, pero sí estaba seguro de una cosa: un espíritu puro, encerrado en un cuerpo deforme, luchaba ahí hacía veinte años por salir del fango que lo rodeaba. Teresa no se lo permitía. Forzado a imponerse infinidad de privaciones, jamás perdió de vista su objetivo: la autonomía intelectual. Pero Teresa lo arrastraba al fango con maligna obstinación. Él no ahorra por mezquindad, ya que es más bien una persona generosa; ella, en cambio, despilfarra para que él no se le escape. Colgado de una minúscula arista del mundo espiritual, se aferra a ella con la desesperación de quien se está ahogando. El ajedrez era su biblioteca. Habla de gremios porque ahí estaba prohibido otro lenguaje. Pero su admiración por los libreros era sintomática. Kien se imaginó las luchas que por su vivienda libraría ese hombre tan golpeado por la vida. Trae un libro a casa para leerlo a escondidas, pero ella lo destroza y el viento dispersa los despojos. Lo obliga a dejarle su apartamento para hacer cosas horribles. Quizá le pague a una sirvienta, alguna espía, para que limpie la casa de libros cuando él esté fuera. Los libros están prohibidos; pero el tren de vida de ella estaba autorizado. Tras larguísimos combates, él logra arrancarle un tablero de ajedrez. Ella lo confina entonces a la pieza más pequeña del apartamento. Y el pobre pasa allí noches enteras, recuperando su dignidad humana ante las piezas de madera. Sólo se siente un poco libre cuando la mujer tiene visitas, pues son horas en las que él no existe para ella. Tienen que llegar a esos extremos para que no lo torture. Pero, aún así, ha de estar alerta por si de repente se le aparece borracha. La ve llegar con tufo a alcohol, fumando. Abre violentamente la puerta y vuelca el tablero con sus pies rollizos. El señor Fischerle rompe a berrear como un niño. Se hallaba justo en el pasaje más interesante de su libro. Recoge las letras desparramadas y vuelve la cara, no sea que ella se alegre al ver sus lagrimones. Es un pequeño héroe. Con mucho carácter. ¡La de veces que quisiera lanzarle la palabra «Barragana»! Pero se contiene; ella no lo entendería. Lo hubiera echado hace ya tiempo de su casa, pero espera a que haga un testamento en favor de ella. Probablemente tenga poco; para robarle, a su mujer le basta ese poco. Él no está dispuesto al sacrificio final. Se

defiende y conserva un techo sobre su cabeza. ¡Si supiera que debe ese techo a sus especulaciones sobre el testamento! Pero no hay que decírselo. Podría atentar contra su vida. No era de granito. Su constitución enana...

Kien nunca había calado tan a fondo en los sentimientos de otro ser humano. Pudo desembarazarse de Teresa. Le había batido con sus propias armas, burlándose de ella y encerrándola. Y ahora la tenía ahí, sentada a su mesa, pidiendo y regañando como antes, con la única diferencia de que por fin ejercía una profesión adecuada. Pero, esta vez, su actividad destructora ya no lo afectaba —apenas si lo había mirado—; afectaba al hombre que tenía enfrente, a quien la naturaleza, por un triste error etimológico, había convertido en un lisiado. Kien se sintió en deuda con ese hombre. Tenía que hacer algo por él. Lo respetaba. Si el señor Fischerle no fuera tan sensible, le ofrecería dinero. Seguro que le hacía falta. Pero en ningún caso quería herir sus sentimientos; como tampoco se le ocurriría herir los suyos propios. Quizá si reanudasen la conversación que Teresa, con la típica desfachatez femenina, había interrumpido...

Sacó su billetera, desbordante de billetes gordos. Muy contra su costumbre, la sostuvo largo rato en una mano, extrajo todos los billetes y empezó a contarlos tranquilamente. Al verlos, el señor Fischerle se convencerá de que la oferta que estaban a punto de hacerle no suponía, ni de lejos, un gran sacrificio. Al llegar al trigésimo billete de cien chelines, Kien bajó la mirada hacia el enano. ¿Estaría lo bastante apaciguado como para hacerle un regalo? Pues ¿a quién le gusta contar dinero? Fischerle lanzaba miradas furtivas en derredor; sólo el hombre que contaba parecía no inquietarlo en absoluto; sin duda por delicadeza y aversión al vil dinero. Kien no se desanimó y siguió contando, aunque esta vez en voz alta y bien articulada. Mentalmente le pidió disculpas al enano por su impertinencia; sentía que estaba ofendiendo sus oídos. El pequeño se agitaba muy inquieto en su silla. Apoyó su cabezota contra la mesa, tapándose un oído: ¡era un tipo sensible! Luego asió a su mujer por los pechos, ¿por qué sería?, y se los abrió aún más, ¡con lo anchos que eran!, tapándole la vista a Kien. La mujer se dejaba hacer todo. Esta vez tampoco habló. Sin duda contaba con el dinero. Pero se equivocaba. Teresa no vería un real. Cuando Kien llegó al 45, la angustia del enano estaba en su apogeo.

—¡Pst! ¡Pst! —musitó, con ademán de súplica. Kien se enterneció. ¿Debía exonerarlo del regalo? Tampoco podía obligarlo. No, no, más tarde se alegraría, quizá hasta se largara, liberándose de esta Teresa. Al oír eso, Fischerle le plantó una mano a su mujer en plena cara y graznó como un endemoniado—: ¿No puedes estar quieta? ¿Qué quieres, estúpida? ¿Tú qué sabes de ajedrez? ¡Cretina! ¡Te comeré viva! ¡Lárgate!... —Con cada cifra decía algo distinto. Desconcertada, la mujer hizo ademán de retirarse, lo que a Kien no le convenía. Tendrá que estar presente cuando le dé el regalo al pequeñajo. Tendrá que enfurecerse al no recibir nada, o su marido no se alegrará. El dinero solo no puede hacerlo muy feliz. Tendrá que dárselo antes de que ella se vaya.

Aguardó una cifra redonda —la próxima era sesenta— y dejó de contar. Luego se levantó y cogió un billete de cien chelines. Hubiera preferido coger varios, pero no quiso ofender al enano con una cantidad o demasiado alta o excesivamente baja. Permaneció de pie un instante, tieso y en silencio, como enfatizando la solemnidad de su intención. Luego habló; fueron las palabras más corteses de su vida:

—¡Apreciado señor Fischerle! Me es imposible reprimir más tiempo una súplica que quisiera dirigirle. Concédame el honor de aceptar esta modesta contribución a su subvención, como se complace usted en llamarla.

En vez de decir «gracias», el pequeño musitó:

—¡Pst! ¡Ya está bien! —Y siguió insultando a su mujer. Estaba azoradísimo. Poco faltó para que sus miradas y palabras de furia dieran con ella en tierra. El dinero ofrecido le importaba tan poco que ni se dignó mirarlo. Por no ofender a Kien, estiró el brazo y cogió el billete. Pero en vez de uno solo, apresó el fajo entero sin darse cuenta. ¡Estaba tan excitado! Kien esbozó una sonrisa. De pura modestia, el hombrecito actuaba como el más ávido de los ladrones. No bien se dé cuenta, sentirá una vergüenza horrible. Para ahorrársela, cambió Kien el fajo por el billete suelto. Mas los dedos del enano eran duros e insensibles. Se aferraban al fajo contra la voluntad de su dueño, por supuesto. No sintieron nada cuando Kien los fue soltando uno tras otro, y volvieron a cerrarse, automáticamente, sobre el billete de cien chelines, que quedó huérfano. El ajedrez habrá encallecido estas manos, pensó Kien. El señor Fischerle estará acostumbrado a sujetar firmemente sus piezas, lo único que la vida le permite. Entretanto, había vuelto a sentarse, satisfecho de su buena acción. Agobiada por los insultos y con la cara hecha un tomate, Teresa se levantó y abandonó la mesa. Podía irse, ya no la necesitaba. Que no esperase nada de él. Había cumplido con su obligación: contribuir a que el marido la venciera.

En el torbellino de su euforia, Kien no oyó lo que pasaba a su lado. De pronto, sintió un golpe muy fuerte en el hombro. Sobresaltado, miró a su alrededor. Una mano enorme lo apresó y una voz gruñó:

—¡Yo también quiero algo! —Muy cerca de él vio a una docena de individuos sentados. ¿Desde cuándo? Antes no estaban. Sobre la mesa fueron acumulándose puños. Llegaron nuevos tipos: los de atrás se apoyaban en los que estaban delante, sentados. Una voz femenina gritó lastimeramente:

—¡Abran paso, que no veo nada! —Y otra, muy aguda, añadió—: ¡Perdí, pronto tendrás tu moto! —Alguien sostuvo en alto la cartera abierta, la sacudió y al ver que no caía dinero, rugió decepcionado—: ¡Al diablo con tu papel, imbécil! —El local desapareció entre tanta gente. Fischerle graznaba, pero nadie le hacía caso. Su mujer había vuelto y chillaba a voz en cuello. Otra mujer, más gorda aún, *avanzó* a codazos por entre los tipos y bramó—: ¡Yo también quiero! —Iba cubierta con todos los retales que Kien había visto detrás de la barra. El *Cielo se tambaleó*. Algunas sillas se cayeron. Una voz angelical lloró de felicidad. Cuando Kien cayó en la cuenta de lo que pasaba, le habían encasquetado su cartera hasta las orejas. No pudo ver ni oír



nada; sólo sintió que yacía por tierra y que los bolsillos, costuras y agujeros de su traje eran hurgados por manos de todos los pesos y medidas. El cuerpo entero le temblaba, no por él mismo, sino por su cabeza: podrían desordenarle los libros. Aunque lo maten, no traicionará a sus libros. ¡Entrérganos los libros!, le ordenarían, ¿dónde están los libros? Pero él no lo haría: ¡nunca, nunca, nunca! Es un mártir y morirá por sus libros. Sus labios se agitan; quisieran decirles que está decidido, pero en voz alta no se atreven. Simulan estar hablando.

Pero nadie le pregunta nada. Prefieren convencerse por sí mismos. Lo hacen girar de un lado a otro en el suelo. Por poco lo dejan en cueros. Pero por más vueltas que le den, no encuentran nada. De pronto, siente que está solo. Todas las manos han desaparecido. Con un gesto furtivo se palpa la cabeza y deja ahí su mano, para protegerse del próximo ataque. Luego alza la otra mano. Intenta levantarse manteniendo ambas manos en la cabeza. Sus enemigos aguardan este instante para lanzarse sobre los inermes libros. ¡Cuidado, cuidado! Logra incorporarse. Tiene suerte: ya está en pie. ¿Dónde están los tipos? Prefiere no mirar en derredor, podrían verlo. Su mirada, que él, por precaución, dirige al ángulo opuesto del local, se da con una masa humana que discute, agitando puños y cuchillos. Pronto escucha el vocerío. Prefiere no entenderlos. Ellos también podrían entenderlo. De puntillas se desliza afuera sobre sus largas piernas. Alguien lo coge por la espalda. Incluso al correr se cuida bien de no volver la cara. Mira de reojo, conteniendo la respiración, y se sujeta la *cabeza* con todas sus fuerzas. Sólo eran las cortinas de la entrada. Ya en la calle, respira hondo. ¡Lástima que esa puerta no cierre! La biblioteca está a salvo.

Unas casas más allá lo esperaba el enano, que le devolvió su cartera.

—El papel está dentro —dijo—, ¡fíjese qué honrado soy! —En medio de su angustia, Kien se olvidó de que en el mundo existía un ser llamado Fischerle. Y esta increíble prueba de cariño lo dejó aún más perplejo.

—El papel también —balbuceó—, ¿cómo podré agradecerle...? —Con ese hombre no se había equivocado.

—¡Esto no es nada! —replicó el pequeño—, ¡y ahora, tenga la bondad de seguirme a ese portal! —Kien obedeció, emocionadísimo. Le entraron ganas de abrazar al hombrecito.

—¿Sabe usted qué es una recompensa? —le preguntó cuando el portal los hubo devorado.

—Seguro que sí: el 10 %. Allá adentro se están matando y quien la tiene soy yo. —Sacó la billetera de Kien y se la entregó como un regalo inestimable.

—¡Ni tonto que fuera! ¿Dejarme encerrar por culpa de éstos? —Como sus bienes más preciados se hallaban en peligro, Kien se olvidó asimismo del dinero. Se rió en voz alta ante tanto escrúpulo, aceptó la billetera más por el placer que le causaba Fischerle que por el dinero recuperado, y repitió—: ¡No sabe cuánto le agradezco! ¡No sabe cuánto le agradezco! —Kien tomó el fajo de billetes y le ofreció una buena parte a Fischerle.

—¡Cuenta primero! —gritó el enano—, negocios son negocios. No vaya a decir después que le he robado. —¡Pedirle a Kien que contara! ¿Sabía acaso lo que llevaba en la cartera? Fischerle, en cambio, recordaba exactamente cuánto había separado. Si lo invitó a contar fue por la recompensa. Pero Kien contó todo de nuevo por darle gusto. Cuando, por segunda vez en aquel día, llegó al número 60, Fischerle volvió a sentirse en la cárcel. Decidió poner pies en polvorosa —eventualidad para la que había separado antes su recompensa— y no hizo más que una última y violenta tentativa—. Ya lo ve usted mismo. No falta nada.

—Naturalmente —dijo Kien, feliz de no tener que contar más.

—¡Cuenta usted ahora la recompensa y estaremos en paz!

Kien empezó otra vez, y al llegar a nueve —hubiera seguido contando eternamente— Fischerle gritó:

—¡Basta! ¡10 %! —Conocía exactamente el total. Mientras esperaba a Kien bajo el portal, había escudriñado rápida y exhaustivamente la billetera.

Cuando arreglaron cuentas, le dio la mano a Kien, levantó hacia él una mirada triste y le dijo:

—¡No se imagina el riesgo que ha corrido! ¡Nunca podrá regresar al *Cielo Ideal*! ¿O cree usted que sí? Si me encontraran todo este dinero, me matarían. ¿De dónde habrá sacado Fischerle todo esto? ¿Y cómo les digo de dónde lo saqué? Si digo: del gremio de librerías, me molerán a golpes y, ya muerto, le quitarán al pobre Fischerle la pasta del bolsillo. Si no digo nada, igual le seguirán robando a Fischerle hasta que se muera. Ya lo ve: si Fischerle sale vivo, no tendrá con qué vivir; y si se muere, ahí quedó eso. ¡Ya ve usted lo que nos pasa por ser amigos! —Esperaba recibir una propina.

Kien se sintió obligado a ayudar a ese hombre —el primero que conocía en su vida—, a que empezara una existencia nueva y digna.

—Yo no soy comerciante, soy erudito y bibliotecario —dijo, haciéndole una venia al enano—. Entre a mi servicio, que yo me ocuparé de usted.

—Como un padre —completó el pequeño—, ya me lo suponía. ¡En marcha! —Y empezó a caminar con paso firme. Kien iba detrás, pensando en un trabajo para el nuevo fámulo. Un amigo nunca debe sospechar que le hacemos un regalo. Podría ayudarlo a descargar y amontonar sus libros por las noches.

## La joroba

A las pocas horas de entrar a su servicio conocía Fischerle al dedillo los deseos y manías de su amo. Cuando tomaron posesión de sus cuarteles nocturnos, Kien lo presentó al portero como «un amigo y colaborador». Por suerte, éste reconoció al generoso «propietario de una biblioteca» que había pernoctado ya una vez en el hotel; si no, amo y colaborador hubieran salido disparados. Fischerle hizo grandes esfuerzos por seguir lo que Kien iba anotando en la ficha de registro. Pero era tan bajito que la nariz no le llegaba ni a los datos personales. Lo aterraba la segunda ficha, que el portero ya le había preparado. Pero Kien, recuperando en una noche la falta de delicadeza de toda una vida, previo las dificultades que escribir podía suponerle al hombrecito, y lo incluyó en su propia ficha bajo el rubro: «acompañante». Devolvió la segunda ficha al portero, diciéndole: —No hace falta—. Así le ahorraría a Fischerle la pejiquera de rellenarla y, lo que creía aún más importante, la humillación de figurar en el servicio doméstico.

Apenas llegaron a su cuarto, sacó Kien el papel de embalar y comenzó a alisarlo.

—Está arrugadísimo —dijo—, pero no tenemos otro. —Fischerle aprovechó la ocasión para hacerse indispensable y volvió a alisar todos los pliegos que su amo daba ya por listos.

—La culpa es mía —explicó—, por manosearlo tanto. —El resultado final corroboró la envidiable habilidad de sus dedos. Luego extendieron los papeles en el suelo de ambas habitaciones. Fischerle daba saltitos, se echaba boca abajo o se arrastraba en los rincones como un reptil giboso y diminuto.

—¡Será cuestión de un instante! ¡Esto no es nada! —repetía casi sin aliento. Kien sonrió: no estaba acostumbrado a ese andar rastrero ni a la joroba, y lo alegraba el respeto del enano por su persona. Sin embargo, tener que darle explicaciones le causaba cierto malestar. Tal vez sobreestimara la inteligencia del hombrecito, que tenía casi su misma edad y había vivido años exiliado, es decir, sin libros. Tal vez el otro no entendiera la tarea que lo aguardaba y preguntara: «¿Dónde están los libros?», antes de saber dónde los guardaba Kien durante el día. Mejor que reptara un poco más por el suelo, mientras Kien hallaba alguna imagen popular capaz de iluminar su cerebritito. Lo inquietaban también los dedos del pequeño. En perpetuo movimiento, pasaban demasiado tiempo alisando el papel. Tenían hambre, y los dedos hambrientos reclaman comida. Sin duda le reclamarían esos libros que él nunca dejaba tocar por nadie. En general, temía entrar en conflicto con el apetito cultural del hombrecito. Éste podría reprocharle, aparentemente con razón, que dejara aquellos libros en barbecho. ¿Cómo defenderse? Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Y ya tenía al loco frente a él, diciéndole:

—¡Listo!

—Ahora ayúdeme a descargar los libros, por favor —le dijo Kien sin más preámbulo, asombrado de su propia osadía. Para evitar cualquier pregunta capciosa,

bajó de su cabeza una pila de libros y se la alcanzó al enano. Éste la recibió hábilmente entre sus largos brazos y exclamó:

—¡Huy, cuántos! ¿Dónde quiere que los ponga?

—¿Le parecen muchos? —replicó Kien ofendido—, ¡no es sino la milésima parte!

—Ya entiendo, el uno por mil. En cualquier caso, no pienso pasarme aquí un año. Ya no doy más, son pesadísimos, ¿dónde los pongo?

—Sobre el papel. Empiece por aquel rincón, para que después no tropecemos.

Cautelosamente, Fischerle se deslizó hacia el rincón, evitando movimientos bruscos que hicieran peligrar su carga. Al llegar se arrodilló, depositó la pila en el suelo con sumo cuidado y niveló los lados para que ninguna irregularidad ofendiera la vista. Kien, que lo había seguido, le entregó un nuevo paquete. Desconfiaba del pequeño, sintió que de algún modo se burlaba de él. En manos de Fischerle, el trabajo avanzaba de maravilla. Fue recibiendo paquete tras paquete y su habilidad aumentaba con la práctica. Dejaba un centímetro de separación entre las pilas para meter los dedos con comodidad. Pensaba en todo, incluso en la partida del día siguiente. Sólo hacía pilas hasta cierta altura, que luego comprobaba pasando por encima la punta de su nariz. Aunque estuviera absorto en su tarea, no cesaba de repetir: «¡Con su permiso, señor!». Su nariz marcaba la altura tope. Kien estaba preocupado. Calculó que al levantar pilas tan bajas el espacio se le agotaría pronto, y no tenía ganas de dormir con media biblioteca en la cabeza. Pero no dijo nada y dejó actuar a su fámulo. Le había abierto a medias su corazón, perdonándole el desprecio contenido en el «¡Huy, cuántos!». Se alegró al pensar en el momento en que el suelo disponible de ambos cuartos se hubiera agotado, y en que él, con un asomo de ironía en la mirada, le preguntase al pequeño: «¿Y ahora qué?».

Al cabo de una hora se vio Fischerle en grandes dificultades debido a su joroba. Por más quiebros y esguinces que hiciera, siempre chocaba con los libros. Salvo un angosto pasillo que llevaba de la cama de un cuarto a la del otro, todo estaba equitativamente cubierto de libros. Bañado en sudor, el enano ya no se atrevió a seguir pasando la nariz sobre el plano superior de sus pilas. Intentó hundir su joroba, mas no pudo. El esfuerzo físico lo había agotado. Estaba tan cansado que hubiera enviado al cuerno todas las pilas para echarse a dormir. Pero aguantó hasta que ya ni con la mejor voluntad pudo encontrar un rinconcito libre, y se derrumbó medio muerto:

—¡En mi vida había visto una biblioteca así! —dijo. Fischerle no había contado con esto.

—¡Mañana le tocará a la otra mitad! —afirmó en tono conminatorio. Kien se sintió atrapado. Dijo eso por darse ínfulas, pero en realidad ya habían desempacado unas dos terceras partes de la biblioteca. ¿Por quién lo tomaría el enano cuando se diera cuenta? A la gente honrada no le gusta pasar por embustera. Mañana pernoctaría en un hotel donde los cuartos fueran menos grandes. Le alcanzaría

paquetes más pequeños, de modo que dos juntos hicieran una pila. Y si Fischerle notaba algo raro con la punta de su nariz, le diría simplemente: «No todos tienen la nariz a igual altura. Conmigo aprenderá muchas cosas». Lo incomodó seguir mirando al pequeñín, que parecía exhausto. Hay que darle un merecido descanso—. Respeto su cansancio —dijo—, lo que se haga por un libro, bien hecho está. Puede irse a dormir. Mañana seguiremos. —Lo trató con deferencia, pero como a un sirviente. El trabajo que había hecho lo rebajaba a ese rango.

Cuando Fischerle hubo descansado un poquito en su casa, gritó en dirección a Kien:

—¡Vaya camastros! —Se sentía tan a gusto —en su vida había dormido en un colchón tan blando— que tuvo que decir algo.

Como cada noche antes de dormirse, Kien se trasladó a la China. Los extraños acontecimientos de aquel día guiaron su imaginación por nuevos rumbos. Logró concebir una vulgarización de su ciencia sin sentirse asqueado de inmediato. Intuyó que el enano lo entendía y reconoció la existencia de naturalezas congeniales. Si uno logra transmitirles algo de humanidad o de cultura, puede darse por satisfecho. Todo principio es difícil. Pero tampoco hay que apoyar arbitrariedades. El trato cotidiano con tanta erudición aumentaría más y más el hambre del pequeño. Un buen día lo sorprenderá cogiendo un libro e intentando leerlo. No debía permitirselo. Será perjudicial para él: echará a perder la escasa inteligencia que posee. ¿Cuánto podría absorber el pobre tipo? Había que prepararlo oralmente. La lectura personal no corre prisa. Pasarían años hasta que domine el chino. Pero antes había que familiarizarlo con los exponentes y las ideas del mundo cultural chino. Para despertar su interés por esas cosas, tenía que partir de simples experiencias cotidianas. Bajo el título *Mong-Tse y nosotros*, podría escribir un ensayo precioso. ¿Le serviría de algo? Kien recordó que el enano acababa de decir algo; no sabía qué era, pero en cualquier caso estaba despierto.

—¿Qué nos dice Mong-Tse? —exclamó en voz alta. Este título le pareció mejor. Se veía en seguida que Mong-Tse era un ser humano. Como erudito, prefirió no cometer graves errores.

—¡Digo que las camas son incómodas! —replicó Fischerle en voz más alta.

—¿Las camas?

—Sí, hay chinches.

—¡Qué va! ¡Mejor duerma en vez de estar bromeando! Mañana tendrá que aprender mucho.

—¿Sabe una cosa? ¡Hoy he aprendido ya bastante!

—Es lo que usted cree. Y ahora duérmase; cuento hasta tres...

—¡Dormirme yo! Si alguien viene y nos roba los libros, ¿qué haremos? Prefiero no arriesgarme. ¿Cree que podré pegar ojo? Tal vez usted, que es un hombre rico. Yo no.

La idea de dormirse asustaba realmente a Fischerle. Era un hombre de

costumbres. Dormido, era capaz de robarle a Kien todo el dinero. Cuando sueña, no tiene idea de lo que hace. Un hombre sueña con las cosas que le importan. Fischerle gozaba revolviendo cerros de billetes. Cuando se cansaba de revolverlos, y tenía la total seguridad de que ninguno de sus falsos amigos merodeaba por ahí, se sentaba encima y jugaba una partida de ajedrez. Ser tan alto tiene sus ventajas. Podía vigilar dos cosas a la vez: de lejos, a los que vinieran a robarle, y de cerca, el tablero de ajedrez. Los grandes señores arreglan sus negocios de este modo. Con la derecha mueven las piezas, y con la izquierda se limpian los dedos sucios en billetes de banco. Lo grave es que hay demasiados. Digamos... millones. ¿Que hacer con tantísimos millones? Regalar unos cuantos no estaría mal; pero ¿quién se atreve? En cuanto ven que un pequeñajo ha ganado algo, esos canallas se lo quitan. Mejor es no darse aires de grandeza. Él tiene un capital como para hacerlo, pero no lo dejan. ¿Qué hace ahí encima?, le dicen: ¿Qué puede hacer un pequeñín con sus millones sin tener donde guardarlos? Una operación sería lo más sensato. Ofrecerle un millón a algún famoso cirujano. «Señor», le diría, «quíteme usted la joroba y le daré un millón». Por un millón haría una obra de arte. Una vez operado, le diría: «Estimado señor, lo del millón era falso, pero aquí tiene estos miles». El tipo quizá le agradeciera. Quemarían la joroba y él podría andar erguido el resto de sus días. Pero un hombre inteligente no hace estupideces. Coge su millón, hace rollos muy pequeños con los billetes y se fabrica otra joroba. Después se la pone. Nadie advierte nada. Él sabe que anda erguido; la gente lo cree jorobado. Él sabe que es millonario; la gente lo cree un pobre diablo. Para dormir se correría la joroba a la barriga. ¡Dios santo! ¡Qué no daría por dormir alguna vez sobre su espalda!

De pronto Fischerle se apoya sobre su joroba y le agradece al dolor por arrancarlo de su duermevela. No aguanta más, se dice, puede soñar que el cerro de billetes está al lado y que si lo coge tendrá problemas. ¡Como si no fuera suyo! La policía está de más. No tiene por qué meterse. Él ganaría honestamente esa suma. El tipo del otro cuarto era un idiota; aquí duerme un hombre inteligente. ¿Quién se quedaría al fin con el dinero?

En vano trató Fischerle de convencerse. Estaba demasiado acostumbrado a robar. Si no robaba hacía tiempo eran porque en derredor no hay qué robar. Tampoco se arriesga a ir muy lejos porque la policía ya le ha echado el ojo. ¡Es tan fácil identificarlo! Y el fanatismo policial no tiene límites. Ya lleva media noche en vela, con los ojos abiertos a la fuerza y las manos cruzadas en forma extrañísima. Alejó de sí el cerro de dinero y prefirió aceptar una vez más los puñetazos y las palabrotas que recibía en las comisaría. ¿Qué falta hacía todo eso? Y encima a uno lo despluman; y no vuelve a ver un real. ¡Pero eso no es robar! Cuando los insultos pierden su eficacia y él, con un brazo fuera de la cama, se siente hasta la coronilla de la policía, recuerda unas partidas de ajedrez. Son lo bastante interesantes como para retenerlo en cama, aunque el brazo cuelgue fuera, listo a saltar. Juega con más prudencia que de costumbre, pensando sus jugadas con una lentitud casi ridícula. Como adversario

elige a un campeón mundial. Le va dictando las jugadas con orgullo. Ligeramente sorprendido por su obediencia, cambia al antiguo campeón por uno nuevo; pero éste también le aguanta todo. De hecho, Fischerle está jugando por los dos. El otro no encuentra mejores soluciones que las que Fischerle le dicta, mueve la cabeza en actitud sumisa y acaba recibiendo una paliza de órdago. La escena se repite varias veces hasta que Fischerle exclama: «¡Me niego a jugar con un cretino así!», y saca las piernas fuera de la manta. Luego pregunta: «¿Campeón mundial? ¿Dónde está, que no lo veo?».

Para mayor seguridad, se levanta y escudriña el cuarto. En cuanto obtienen el título, esos tipejos prefieren esconderse. No ve a nadie. Sin embargo, juraría que un campeón mundial se sentó en su cama y estuvo jugando con él. ¿No se habrá escondido en el cuarto de al lado? Tranquilos, que Fischerle lo encontrará. Con toda calma lo busca también en la otra pieza, que estaba vacía. Abre el armario e introduce velozmente la mano: no hay ajedrecista que se le escape. Apenas hace ruido al moverse; es comprensible. ¿Perturbar el sueño del larguirucho hombre-libro sólo por abofetear a su adversario? A lo mejor ni estaba allí, y él perdía su puesto por un simple capricho. Bajo la cama, su nariz inspecciona cada pulgada. Nunca había estado tanto tiempo debajo de una cama; se siente como en casa. Al salir a rastras, descubre una americana colgada en una silla. Entonces piensa en la avidez de los campeones mundiales, a los que todos les parece poco. Para arrebatárles el título, hay que poner un cerro de billetes sobre la mesa; seguro que el tipejo iba también tras el dinero y no andaría lejos de la billetera. Quizá aún no la tenga. Había que salvarla. Un tipo así es capaz de todo. Mañana no habrá dinero y el larguirucho creería que fue Fischerle. Pero a él no lo engañan. Estira sus largos brazos hacia la billetera, la saca y se esconde otra vez bajo la cama. Hubiera podido salir del todo, pero ¿para qué?; el campeón mundial es más grande y fuerte que él; lo más seguro es que esté ahí, detrás de la silla, acechando el dinero, y le dé un manotón a Fischerle por adelantársele. Pero su hábil maniobra pasó inadvertida. Que el ladrón siga donde está. Nadie lo llama. Aunque sería mejor que se largase. ¿Quién lo necesita?

Fischerle lo olvida pronto. En su escondite —muy al fondo, debajo de la cama—, va contando esos billetes nuevecitos; sólo por placer, claro está. Aún recuerda exactamente cuántos eran. No bien termina, vuelve a contarlos desde el principio. Luego Fischerle se marcha a un país lejano: los Estados Unidos. Allí busca al campeón mundial, Capablanca, le dice: «¡Lo he estado buscando!», deposita su apuesta y juega con él hasta vencerlo. Al día siguiente, la foto de Fischerle aparece en todos los periódicos: ha hecho un negocio redondo. En su casa, bajo el *Cielo Ideal*, la chusma no da crédito a sus ojos; la puta de su mujer empieza a berrear y grita que, de haberlo sabido, lo habría dejado jugar. Las otras le dan un par de bofetones: ¡cómo suenan! Es lo que pasa cuando una mujer no se molesta en comprender el juego. Las mujeres pueden llevar a un hombre a la ruina. De haberse quedado en casa, hubiera sido un don nadie. El hombre tiene que largarse: ahí está el secreto. Si se acobarda,

nunca será campeón mundial. Y no le digan después que los judíos son cobardes. Los reporteros le preguntan quién es. Nadie lo conoce. No tiene pinta de americano, y judíos hay en todas partes. Pero ¿de dónde sale este judío que ha vencido triunfalmente a Capablanca? El primer día deja al público en suspenso. Los periódicos quisieran informar a sus lectores, pero no saben nada. Los titulares anuncian: *El enigma del campeón mundial*. La policía interviene, por supuesto. Quiere llevárselo otra vez. Pero no, no, caballeros, ahora no es tan simple; los billetes llueven a su paso y la policía se honra en liberarlo. Al segundo día hay un centenar de reporteros. Cada uno le promete, digamos, mil dólares en efectivo si les dice algo. Fischerle no abre la boca. Los periódicos empiezan a mentir. ¿Qué otra cosa les queda? Los lectores ya no aguantan. Fischerle se instala en un hotel enorme, con un bar a todo lujo, como los de esos gigantes del océano. El camarero quiere presentarle a las mujeres más guapas. Nada de putas, por favor; sólo millonadas que se interesen por él. El agradece cortésmente: más tarde, dice, ahora no tiene tiempo. ¿Y por qué no tiene tiempo? Porque lee todas las mentiras que sobre él publican los periódicos. Eso le ocupa el día entero. No tiene cuándo acabar. Todo el tiempo lo molestan. Los fotógrafos le piden «un momento». «Pero señores, ¡con esta joroba!», les dice. «Campeón mundial es campeón mundial, estimado señor Fischerle. La joroba es otro cuento». Y le hacen fotos por la derecha, por la izquierda, por delante y por detrás. «Retóquenlas un poco», sugiere él, «así publicarán algo bonito en su diario». «Como guste, estimado campeón mundial». Pero, realmente, ¿dónde tenía los ojos?: su foto salía en todas partes sin joroba. Se había hecho humo. Ya no la tenía. Sin embargo, su escasa talla aún lo preocupaba. Llama al camarero y le enseña un diario: «¡Qué foto tan mala!, ¿verdad?», pregunta. Y el camarero le responde: «Well». En América se habla inglés. Encuentra la foto estupenda. «Sólo ha salido la cabeza», dice él. Y tiene razón. «Puede retirarse», dice Fischerle y le da cien dólares de propina. Por la foto se diría un hombre normal. Nadie pensaría que era enano. Va perdiendo el interés por los artículos. ¿Cómo leer tanto en inglés si él sólo entiende: «Well?». Más tarde se hace traer las últimas ediciones de los diarios y observa sus fotos con detenimiento. En todas ve su cabeza. La nariz es un poco larga, cierto, pero no es culpa suya. Ya de pequeño le gustaba el ajedrez. Pudo haberse dedicado a otra cosa: fútbol, natación o boxeo. Pero no era lo suyo. Fue realmente una suerte. Si fuera campeón mundial de boxeo, por ejemplo, tendría que salir semidesnudo en los periódicos. Todos se reirían y él no sacaría nada. Al día siguiente, los reporteros ya son mil. «Señores», íes diría, «estoy muy sorprendido al ver que en todas partes me llaman Fischerle. Mi nombre es Fischer. Espero que rectifiquen el error». Ellos se lo prometen. Luego se le arrodillan —¡qué pequeños eran todos!— y le suplican que por fin les diga algo. Los echarán, dicen en coro; perderán su empleo si hoy no logran sacarle algo. ¡Y a mí qué!, piensa él, no hay nada gratis. Ya le dio cien dólares al camarero; a los reporteros no les dará nada. «¡Hagan su oferta, señores!», exclama en tono audaz. «¡Mil dólares!», grita uno. «¡Ridículo!», grita otro, «¡diez mil!». Un tercero le coge la mano



y murmura: «¡Cien mil, señor Fischer!». Los tipos nadan en dinero. Él se tapa los oídos. Hasta que no lleguen al millón se niega a oírlos. Furiosos, los reporteros empiezan a mesarse unos a otros los cabellos; cada cual ofrece más, todo: ¡le rematan su documentación! Alguien da cinco millones. Silencio absoluto. Nadie se atreve a ofrecer más. El campeón mundial Fischer se destapa las orejas y declara: «Les diré una cosa, señores. ¿Qué interés puedo tener en arruinarlos? Ninguno. ¿Cuántos son ustedes? Mil. Que cada uno me dé diez mil dólares y les haré una confesión colectiva. Así yo sacaré diez millones y ninguno de ustedes se arrumará. ¿De acuerdo?». Todos se le echan al cuello; ya es un hombre famoso. Luego se sube a una silla —no es que le haga falta, no, pero lo hace— y les cuenta la verdad pura y simple. Como campeón mundial cayó del *Cielo*. Tarda una hora larga en convencerlos. Su matrimonio fue un fracaso. Su mujer, una Rentista, acabó por descarriarse; era, como dicen en su casa, el *Cielo Ideal*, una puta. Quería que él le aceptara dinero. Y él no sabía qué hacer. Si no se lo aceptaba, le dijo ella, lo mataría. Tuvo que hacerlo. Se sometió al chantaje y le fue guardando dinero. Aguantó ese juego durante veinte años, pero al final se hartó. Un día le exigió categóricamente que no siguiera; si no, se haría campeón mundial de ajedrez. Ella lloró, pero siguió en las mismas. Estaba demasiado acostumbrada a no hacer nada, a los vestidos bonitos y a los caballeros pulcros y bien afeitados. Lo sintió por ella, pero un hombre cumple su palabra. Voló directamente del *Cielo* a los Estados Unidos, liquidó a Capablanca y ahí estaba. Los reporteros deliran. El también. Fundará una Institución benéfica y otorgará una subvención a todos los bares del mundo. A cambio, sus dueños se comprometerán, bajo juramento, a pegar en las paredes, como carteles, todas las partidas que jugase el campeón mundial. Estropear esos carteles estará prohibido por la policía. Cada cual deberá ir y convencerse por sí mismo de que el campeón mundial juega mejor que el interesado. Si no, podría presentarse un impostor —algún enano o cualquier otro tullido— y afirmar que él jugaba mejor. A nadie se le ocurriría controlarle las jugadas al tullido. Son capaces de creerle sólo porque miente bien. Pero había que acabar con esa gente. De cada pared colgaría ahora un cartel. Cuando el impostor hiciera una jugada falsa, todos mirarían el cartel y, ¿quién se avergonzaría en lo más hondo de su horrible joroba? ¡El impostor! Además, el dueño del bar se comprometía a darle un par de bofetones por haber insultado al campeón. ¡Que lo desafíe, si tiene dinero! Fischer invertirá un millón en esta obra benéfica. Tacaño no era. A su mujer le mandaría otro millón para que cambie de vida. Pero ella, a cambio, se comprometería por escrito a no ir nunca a América y a no hablar más de sus antiguos líos con la policía. Fischer se casará después con una millonaria. De este modo recuperará las pérdidas. Se mandará hacer trajes nuevos donde un sastre de primera, para que su mujer no note nada. Luego se construirá un palacio gigantesco con torres, caballos, alfiles y peones de verdad, como debe ser. Los criados irían de librea; en treinta enormes salones, Fischer jugará día y noche treinta partidas simultáneas con piezas de carne y hueso, todas a su disposición. Con sólo mover un dedo, sus esclavos se desplazarían adonde

él quiera. Sus rivales llegarán de todos los países: pobres diablos que quieren aprender algo a su lado. Algunos hasta venden zapatos y americana para costearse el largo viaje. Él se muestra hospitalario y les ofrece un menú completo: sopa, budín, dos guarniciones con la carne, y, a veces, asado en vez de fricando. Todos pueden dejarse ganar una vez por él. Nada les pide a cambio de su hospitalidad. Tan sólo que, antes de marcharse, inscriban su nombre en el libro de visitantes y confirmen expresamente que él, Fischer, es el campeón mundial. Así defenderá su título. Entretanto, su nueva mujer saldrá a pasear en coche. Él la acompañará una vez por semana. Tras apagar todas las luces del palacio —sólo en luz se gasta un dineral— dejaría un letrero en el portón: «Vuelvo en seguida. Fischer: campeón mundial». No se queda ni dos horas fuera, pero los visitantes ya hacen cola, como en la guerra. «¿Aquí qué venden?», pregunta un transeúnte. «¿Cómo, no lo sabe? ¿Es usted extranjero?». Y, por piedad, le dicen quién vive ahí. Para que entienda bien, se lo dicen primero uno a uno y después todos juntos, en coro: «Fischer, el campeón mundial de ajedrez, reparte limosnas». El extranjero se queda sin habla y sólo la recupera al cabo de una hora. «¿Así que hoy día recibe?». La pregunta que esperaban los nativos. «Precisamente hoy no recibe. Si no, habría mucha más gente». Y se preguntan todos a la vez: «¿Dónde estará? ¡El palacio está sin luces!». «Dando una vuelta en coche, con su esposa. Es la segunda. La primera fue una simple Rentista. La segunda es millonaria. El coche es de él. No es un taxi. Se lo mandó hacer ex profeso». Lo que dicen es la pura verdad. Hecho a su medida, el coche le iba de maravilla. Para su esposa era un poco justo: tenía que ir siempre encogida. Pero así pueden ir juntos. Ella también tiene coche. Pero él nunca lo usa: le resulta demasiado grande. El suyo le costó más. Hubo que fabricarlo expresamente. Para él es como estar bajo la cama. Mirar afuera es aburrido. Cierra bien los ojos. Nada se mueve. Estar bajo la cama es como estar en casa. Desde arriba le llega la voz de su mujer. Está harto de ella, ¿qué puede interesarle? De ajedrez no tiene idea. El tipo también ha hablado. ¿No será un ajedrecista? Se le ve la inteligencia. ¡Esperar, esperar, esperar! ¿De qué le sirve esperar? El hombre habla un alemán literario; será un profesional, algún campeón desconocido. Esos tipos tienen miedo de que los reconozcan. Son como los reyes, que ven a sus mujeres de incógnito. ¡Es un campeón mundial, no un campeón cualquiera! Tiene que jugar con él. Ya no da más. La cabeza le estalla de buenas jugadas. ¡Lo hará polvo en un segundo!

Furtivo y silencioso, Fischerle sale gateando de debajo de la cama y se yergue sobre sus torcidas piernas. Como se le habían dormido, vacila y se aferra al borde de la cama. La mujer había desaparecido. Tanto mejor, así estarán más tranquilos. Un cliente muy alto yacía solo en la cama. Parecía dormido. Fischerle le da unas palmaditas en el hombro y le pregunta en voz alta: «¿Juega usted al ajedrez?». El cliente duerme de verdad. Hay que sacudirlo. Fischerle iba a asirlo con ambas manos por el hombro, cuando advierte algo en su mano izquierda: un paquetito. Te estorbará, Fischerle, ¡tíralo! Se sacude el brazo izquierdo, pero la mano no suelta el

paquetito. «¿Me quieres decir qué significa todo esto?», grita. La mano no cede. Se aferra al paquetito como a una reina recién tomada. Lo mira más de cerca: el paquete es un fajo de billetes. ¿Por qué tirarlos? Le pueden hacer falta; él es un pobre diablo. Quizá sean del huésped, que aún sigue durmiendo. No, son de Fischerle, porque él es millonario. ¿Cómo llegaría ahí ese huésped? Sin duda un extranjero. Querrá jugar con él. Deberían leer antes el letrero del portón. No lo dejan ni pasear en coche. El extranjero le parece conocido. Una visita del *Cielo*. No estaría mal. ¡Pero si es el gremio de librerías! ¿Qué hace aquí el gremio de librerías? ¿Gremio de librerías? Una vez fue su sirviente. Tenía que estirar papel de embalaje sobre el suelo y después...

Fischerle se encorva aún más de risa. Al reír se despierta del todo. Está en un cuarto de hotel; debiera dormir en la otra pieza; le ha robado el dinero. ¡Rápido, largo con él! Rumbo a América. Da dos o tres pasitos en dirección a la puerta. ¿Cómo pudo reírse tan fuerte? ¿No habrá despertado al gremio de librerías? Se desliza otra vez hasta la cama y verifica si está dormido. El tipo lo denunciaría. No estaba tan loco como para no denunciarlo. Vuelve a dar los mismos pasos en dirección a la puerta, esta vez más lentamente. ¿Cómo escaparse del hotel? El cuarto está en el tercer piso. Tendrá que despertar al portero. Y al día siguiente, la policía le echaría el guante antes de que cogiera el tren. ¿Por qué le echaría el guante? ¡Por su joroba! Asqueado, se la palpa con sus largos dedazos. No quiere que lo metan en chirona. Esos cerdos le quitaban su ajedrez. Él tiene que agarrar las piezas para que el juego lo divierta, y ellos lo obligan a jugar mentalmente. No hay quien los aguante. Querría hacer fortuna. Podría matar al gremio de librerías, pero un judío no hace esas cosas. ¿Con qué lo mataría? Podría obligarlo bajo juramento a que no lo denuncie. «¡Tu palabra o te mato!», le diría. Seguro que el tipo era un cobarde. Le da su palabra. Pero ¿puede uno fiarse de semejante idiota? Cualquiera lo manipula a su antojo. Así como así no romperá su palabra: la romperá de puro idiota. ¡Qué absurdo! ¡Fischerle con tanta pasta en la mano! ¡Adiós América! No, se escaparía. Y ellos lo pescarán. Si no lo pescan, se hará campeón mundial en América. Si lo pescan, se ahorcará. ¡Vaya gusto! ¡Qué diablos...! No podrá hacerlo. No tiene cuello. Una vez se colgó de una pierna, pero le cortaron la cuerda. No se colgará de la otra pierna, ¡no!

Entre la cama y la puerta se tortura Fischerle buscando una solución. Su mala suerte lo desespera. Querría llorar a gritos, pero no puede: despertaría al otro. Tal vez pasen semanas antes de que la ocasión se repita. Semanas, semanas... ¡hace ya veinte años que espera! Está con un pie en América y el otro en una cuerda. ¡Hay que saber qué se hace! El pie en América avanza un paso y el pie colgado retrocede otro. ¡Qué juego tan sucio! Golpea duro a su joroba, sosteniendo el dinero entre las piernas. La joroba es la culpable de todo. ¡Que le duela! Se lo merece. Si no le pega, se pondrá a berrear. Y si berrea, ¡adiós América!

A medio camino entre la cama y la puerta, Fischerle flagela su joroba sin mover los pies del lado. Alza alternativamente ambos brazos como si fueran látigos y, por encima de los hombros, lanza sobre ella cinco tiras de doble nudo: sus dedos. La

joroba aguanta en silencio. Altiya en su dureza, se yergue como un monte implacable entre los promontorios de los hombros. Podría gritarle: ¡basta!, pero se calla. Fischerle toma impulso. Ve que la joroba aguanta y prepara una tortura más larga. Lo que importa no es su rabia, sino que los golpes duelan. Aunque largos, sus brazos le parecen demasiado cortos. Los usa como son. Los golpes se suceden regularmente. Fischerle empieza a jadear. Necesita música. En el *Cielo* había un piano y él mismo se acompañaba. El aliento se le acaba, y se pone a cantar. La excitación vuelve su voz aguda y estridente. «¡A ver si aprendes! ¡A ver si aprendes!». Vapulea a la bestia hasta cubrirla de hematomas. ¡Quéjate y verás! Antes de cada golpe, piensa: «¡Baja ya, carroña!». Pero la carroña no se mueve. Fischerle está bañado en sudor. Los brazos le duelen; siente los dedos blandos y sin fuerza. Pero nada: persevera, es muy paciente, jura, la joroba está en las últimas. De puro hipócrita se hace la fuerte. Él la conoce. Quiere verla. Por poco se desnucan al intentar reírse de sus muecas. ¿Cómo? ¡Se esconde! ¡Cobarde, feto inmundo! ¡Un cuchillo, un cuchillo! ¡La atravesaré, un cuchillo! Fischerle echa espuma por la boca. Gruesas lágrimas resbalan de sus ojos: llora porque no tiene un cuchillo; llora porque el feto no le habla. Los brazos le flaquean. Se desploma como un saco vacío. Se acabó; piensa ahorcarse. El dinero cae al suelo.

De pronto Fischerle da un salto y ruge:

—¡Jaque mate!

Kien soñó la mayor parte del tiempo con libros que se caían y que él intentaba retener con su cuerpo. Se vio delgado como un alfiler: una cascada de libros se precipita a ambos lados. De pronto, él también se tira al suelo y despierta.

—¿Dónde están? —gime—, ¿dónde están?

Fischerle le ha dado el mate al feto inmundo; recoge el fajo de billetes, se acerca a la cama y dice:

—¿Sabe una cosa? ¡Ha estado usted de suerte!

—¡Los libros! ¡Los libros! —gime Kien.

—Todo salvado. Aquí está el capital. En mí tiene usted un tesoro.

—¡A salvo!... soñé que...

—¿Soñando? ¡A mí me han molido agolpes!

—¿De modo que entró alguien? —Kien dio un salto—. ¡Hay que revisar los libros ahora mismo!

—No se desespere. Lo oí en seguida, antes de que cruzara el umbral. Me deslicé a este cuarto y me metí bajo su cama para ver qué hacía. ¿Qué cree usted que buscaba? ¡Dinero! Cuando estiró la mano, lo apresé. Me golpeó, y yo a él. Me pidió perdón: ¡yo no perdono! Quería irse a América, no lo solté. ¿Cree usted que tocó un solo libro? ¡Ni uno! Parecía inteligente, aunque era más bien bruto. En su vida se hubiera ido a América. ¿Sabe adónde hubiera ido? Entre nosotros: a la comisaría. Al final se largó.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Kien. Quería agradecerle al hombrecito su

vigilancia. El ladrón no le importaba mucho.

—¿Cómo le diría? Un jorobado como yo. Juraría que era buen ajedrecista. Un pobre diablo.

—Dejémoslo ir —dijo Kien echándole una mirada, según él, afectuosa, al enano. Y los dos volvieron a sus camas.

## La gran piedad

El Monte de Piedad lleva, en memoria de una princesa pía y hacendosa que recibía a los mendigos una vez al año, el acertado nombre de *Theresianum*. Ya por entonces se privaba a los mendigos de lo último que poseían: la codiciada porción de Amor que Cristo les legara dos mil años antes, y el polvo que cubría sus pies. Mientras la princesa los lavaba, se enorgullecía de su apelativo de cristiana, que cada año venía a añadirse a sus innumerables títulos. Como un corazón auténticamente principesco, el Monte de Piedad alza sus muros gruesos y espléndidos, bien protegidos del mundo exterior, y se ufana de sus diferentes pisos. Concede audiencia a ciertas horas, recibiendo de preferencia a mendigos o gente dispuesta a serlo. Los visitantes se arrojan a sus pies y, como en los viejos tiempos, le entregan sus diezmos. Lo cual no es más que un decir; pues lo que para el corazón principesco es una millonésima parte, para el mendigo es una fortuna. El principesco corazón acepta todo; es ancho y espacioso, encierra miles de cámaras y un número igual de necesidades. Al mendigo tembloroso se le permite graciosamente levantarse y se le entrega, a cambio, un regalito: limosna en efectivo. Exultante de felicidad, el individuo abandona a toda prisa el establecimiento: En cuanto a la costumbre de lavar los pies, digamos que cayó en desuso desde que la princesa sólo existe como institución. Pero en cambio se ha impuesto otra costumbre: los mendigos pagan interés por sus limosnas. Los últimos serán los primeros; por eso su tipo de interés es el más alto. Un particular que exigiera el mismo tipo de interés sería enjuiciado por usura. Con los mendigos se hace una excepción; después de todo, sólo manejan sumas miserables. Es innegable que los pobres tipos se alegran de la transacción. Acuden en tropel hasta las ventanillas y se desesperan por pagar lo antes posible una cuarta parte de la limosna que les es reclamada. Quien nada tiene, da con gusto. Pero no faltan unos cuantos avarientos que se niegan a pagar limosna e intereses y prefieren renunciar a sus prendas que abrir el bolso. Aducen no tener ninguno. Pero incluso a éstos se les permite la entrada. Al enorme y bondadoso corazón, perdido en el torbellino de la gran ciudad, le falta tiempo para controlar la solidez de esos mendaces bolsos. Renuncia a las limosnas e intereses y se conforma con prendas cinco o diez veces más valiosas. De real en real ha ido amasando una fortuna. Los mendigos le llevan sus guñapos; el corazón viste de seda y terciopelo. Tiene a su servicio un regimiento de empleados fieles, que cobran y administran hasta conseguir la ansiada jubilación. Como leales vasallos de su señoría, todo lo cotizan bajísimo. Su obligación es prodigar menosprecio. Cuanto más reduzcan las limosnas, más gente será feliz. El corazón es grande, pero no infinito. De vez en cuando distribuye sus riquezas a precios irrisorios para dar cabida a nuevos regalitos. Los céntimos de los mendigos son tan inagotables como su amor por la inmortal emperatriz. Cuando los negocios se paralizan en todo el país, ahí siguen funcionando. Los objetos robados — como cabría esperar en interés de una circulación más intensa de mercaderías— no

son negociables sino en casos muy raros.

Entre las cámaras de tasación y transacción de esta gran dama misericordiosa, las destinadas a joyas, oro y platería ocupan un puesto de honor, no lejos de la entrada principal. Ahí el terreno es más seguro. Los diversos pisos se van distribuyendo según el valor de los objetos pignorados. Arriba, muy por encima de los abrigo, zapatos y sellos de correos, en el sexto y último piso, se encuentran los libros. Son guardados en una dependencia auxiliar, a la que se accede por una escalera ordinaria, similar a la de cualquier casa de vecinos. ¡Ni rastros de la principesca suntuosidad del edificio central! El opulento corazón le deja poco espacio al cerebro. Uno se queda abajo, pensando, y se avergüenza de los bárbaros que traen aquí sus libros por afán de lucro; de la escalera, que no es tan limpia como su función lo exigiría; de los empleados, que reciben libros en vez de leerlos; de esos cuartuchos bajo el tejado, expuestos a cualquier incendio; de un Estado que no prohíbe sin más trámite empeñar libros, y de una humanidad que, desde que imprimir le resulta tan fácil, ha olvidado por completo el carácter sagrado de cada letra impresa. Uno se pregunta por qué las transacciones con joyas y esas bagatelas no se efectúan en el sexto piso, y los libros no vienen a ocupar su puesto en los bellísimos salones de la planta baja, ya que subsanar radicalmente esta ofensa a la cultura parece inconcebible. En caso de incendio se podrían tirar las joyas a la calle. Están muy bien envueltas, demasiado bien para ser simples minerales. Las piedras no se hacen daño. En cambio, los libros que caigan a la calle desde un sexto piso llegarán, para cualquier alma sensible, muertos. ¡Imaginemos el remordimiento de los empleados! Las llamas se propagan. Ellos permanecen en sus puestos, pero no pueden hacer nada. La escalera se derrumba. Tienen que decidirse entre el incendio o la caída. No se ponen de acuerdo. Lo que uno ya está a punto de tirar por la ventana, otro se lo arranca y lo arroja a las llamas. «¡Más vale quemado que desfigurado!», y lanza todo su desprecio a la cara del colega. Éste, en cambio, espera que abajo tiendan redes para atrapar ilesas a las pobres criaturas. «¿Soportarán el cambio brusco de presión?», le silba casi a su enemigo. «¿Y dónde están sus redes, si me permite?». «Los bomberos las tenderán en seguida». «De momento sólo escucho el estallido de los cuerpos sobre el pavimento». «¡Por amor de Dios, cálese!». «¡Pues entonces al fuego! ¡Rápido!». «No puedo». No logra decidirse; se había hecho hombre entre ellos. Es como una madre que arroja a su hijito por la ventana: alguien lo atraparía, mientras que en el fuego perecería. El partidario del fuego tiene más carácter; el otro más corazón. Los dos son encomiables, los dos cumplen con su deber hasta el final, los dos perecerán en el incendio, pero ¿de qué les servirá a los libros?

Kien llevaba una hora reclinado en la barandilla, muerto de vergüenza. Le parecía haber vivido en vano. Conocía el aborrecible trato que la humanidad suele reservar a los libros. Había asistido a numerosas subastas, e incluso les debía algunos ejemplares raros que nunca hubiera encontrado en librerías de viejo. Aceptaba cuanto pudiera enriquecer sus conocimientos. Pero esas subastas habían dejado más de una

huella dolorosa en su corazón. Nunca olvidaría una magnífica edición de la *Biblia* de Lutero que los comerciantes de Nueva York, París y Londres se disputaron como buitres, y que al final resultó ser falsa. La decepción de esos farsantes que pujaban lo tenía sin cuidado, pero que la estafa se extendiera incluso a estos dominios le parecía incomprensible. Se le partía el corazón al ver cómo trataban a esos libros antes de la compra, examinándolos o abriéndolos y cerrándolos de golpe como si se tratara de esclavos. Esos gritos, pujas y sobrepujas en boca de individuos que en su vida no habían leído ni mil libros le parecía una insolencia sin límites. Siempre que por necesidad recaía en el infierno de alguna subasta, le daban ganas de llegar con unos cien mercenarios bien armados y hacerle dar mil azotes a cada comerciante y quinientos a cada aficionado, aparte de confiscar, como medida de protección, los libros subastados. Pero ¿qué eran esas experiencias frente al degradante espectáculo del Monte de Piedad? Los dedos de Kien se enredaron en los ornamentos, tan sofisticados como insípidos, de la barandilla de hierro. Tiraron de ella con la secreta esperanza de dar en tierra con todo el edificio. El oprobio de aquel culto idolátrico lo oprimía. Estaba dispuesto a morir sepultado bajo los seis pisos con una sola condición: que jamás fuesen reconstruidos. Pero ¿puede uno confiar en la palabra de un bárbaro? Renunció a una de las intenciones que lo habían conducido hasta aquel antro: visitar las dependencias superiores.

La realidad había superado sus peores expectativas. La dependencia auxiliar era aún más insignificante de lo que decían. El ancho de la escalera, que su guía calculaba en un metro cincuenta aproximadamente, sería a lo sumo de 105 centímetros. La gente desinteresada suele equivocarse al hacer cálculos. El polvo debía de tener ya veinte días y no dos. La campanilla del ascensor no funcionaba. La puerta vidriera que daba acceso a la dependencia, estaba mal engrasada. Una mano inexperta había pintado, con una tinta horrible y en un cartón miserable, el letrero que indicaba la sección librería. Debajo de él había otro, cuidadosamente impreso, que decía: SELLOS DE CORREOS EN EL PRIMER PISO. Una ventana enorme daba a un patio minúsculo. El color del techo era indefinible. En pleno día era posible imaginar lo macilenta que sería la iluminación vespertina, encomendada a una sola bombilla. Kien se había convencido de todo esto concienzudamente. Pero la idea de pisar esos peldaños lo asustaba. No soportaría el terrible espectáculo de arriba. Su salud estaba quebrantada, y temía que le diera un infarto. Sabía que toda vida tiene un fin, pero mientras sintiera su amada y dulce carga tenía que cuidarse. Incluyó su pesada cabeza sobre la barandilla y sintió vergüenza.

Fischerle lo miraba orgulloso. Se hallaba a pocos pasos de su amigo. El Monte de Piedad le era tan familiar como el *Cielo*. Quería desempeñar una cigarrera de plata que jamás había visto, y cuya papeleta de empeño se la había ganado a un ladrón al que venció en ajedrez más de veinte veces. Todavía la llevaba bien guardada en su bolsillo cuando entró al servicio de Kien. Se rumoreaba que era una cigarrera nueva y muy pesada: artículo de primera. En el *Theresianum*, Fischerle había logrado ya,



miles de veces, revender papeletas de empeño a gente interesada. También había visto rescatar tesoros, tanto propios como ajenos. Aparte de su sueño dorado —el título de campeón mundial de ajedrez— acariciaba otro menos importante: desempeñar alguna prenda que le perteneciera, poner ante la fría mirada del empleado el importe total, con los intereses, esperar como la demás gente frente a la ventanilla de entrega e inspeccionar la prenda como si la hubiese tenido todo el tiempo bajo su nariz y sus ojos. Era evidente que, no siendo fumador, de nada iba a servirle la cigarrera; pero al ver que una de sus ansiadas oportunidades había llegado, le pidió a Kien una hora de permiso. Aunque le explicó de qué se trataba, Kien se la negó de forma rotunda. Tenía, le dijo, plena confianza en él, pero desde que lo ayudaba a cargar con media biblioteca no pensaba perderlo de vista un solo instante. Los sabios de más carácter se volvían criminales por amor a sus libros. ¿Cuál no sería, pues, la tentación de un hombre inteligente y ávido de instruirse, al sentir por vez primera el fascinante peso de los libros?

La repartición de la carga se produjo de este modo: cuando, a la mañana siguiente, Fischerle se puso a empaquetar los libros, Kien no pudo comprender cómo había cargado hasta entonces con todo eso. La prolijidad de su criado lo hizo pensar en los peligros que corría. Antes se levantaba temprano y salía de su cuarto ya cargado. Nunca se le ocurrió preguntarse cómo los libros que apilara la noche anterior en el suelo, habían vuelto a metérsele en la cabeza. Se sentía lleno y partía. Pero las cosas cambiaron con la llegada de Fischerle. La mañana que siguió al frustrado robo se acercó, como si anduviera sobre zancos, a la cama de Kien, lo instó a tener mucho cuidado al levantarse y preguntó si ya podía comenzar a empaquetar. Como era su costumbre, no esperó la respuesta y levantó ágilmente la pila más cercana, acercándola a la cabeza de Kien, que aún estaba en la cama.

—¡Ya entraron! —dijo. Mientras Kien se lavaba y se vestía, el pequeñuelo, a quien el aseo le importaba poco, prosiguió su trabajo tenazmente. En media hora había liquidado el primer cuarto. Kien prolongó adrede su toilette. Trató de recordar cómo resolvía antes lo del embalaje, pero le fue imposible. ¡Qué extraño! Se estaba volviendo olvidadizo. Mientras sólo se tratase de nimiedades como ésa, no se preocupaba mucho. En todo caso, había que observar si su falta de memoria se extendía también a la esfera científica. Sería horroroso. Su memoria era tenida por un don divino, un verdadero fenómeno; ya en sus épocas de colegial, varios psicólogos famosos habían explorado sus capacidades mnemotécnicas. En un minuto memorizó el número hasta el sexagesimoquinto decimal. Todos y cada uno de los respetables eruditos sacudieron la cabeza. La suya, ahora, tal vez estaba excesivamente recargada. Bastaba con verlo: iba metiendo pila tras pila y paquete tras paquete, sin darle ningún respiro al pobre cráneo. Sólo una vez se tiene cabeza, sólo una vez puede desarrollarse hasta alcanzar un grado tal de perfección; lo que uno destruya en su interior, se pierde para siempre. Lanzó un hondo suspiro y dijo:

—¡Usted sí que lo tiene fácil, mi querido Fischerle!

—¿Sabe una cosa? —El hombrecito comprendió en seguida la alusión— yo cargaré con los del otro cuarto. Fischerle también tiene cabeza. ¿O no le parece?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga... ¿sabe una cosa? ¡Me siento ofendido! —Tras largas vacilaciones, Kien le dio su consentimiento. El enano tuvo que jurar por la vida de la «inteligencia» que jamás había robado algo. Protestó además por su inocencia y repitió varias veces—: ¡Pero señor! ¿Quién va a robar con *semejante* joroba?

Por un momento pensó Kien pedirle una fianza. Pero como ni la mayor fianza del mundo hubiera compensado *su* «inclinación» por los libros, renunció a esta idea. Añadió, sin embargo:

—Seguro que es usted un buen corredor.

Fischerle entrevió la trampa y replicó:

—¿Qué ganaría mintiéndole? Cuando usted da un paso, yo doy medio. En el colegio siempre fui el peor corredor. —Pensó en el nombre de un colegio, por si Kien le preguntaba; en realidad, nunca había ido al colegio. Pero a Kien lo trabajaban pensamientos de más peso: estaba a punto de dar la prueba de confianza más grande de su vida.

—¡Le creo! —dijo simplemente, Fischerle dio un salto de alegría.

—Ya ve, lo que yo decía. —El pacto del libro estaba hecho. Como criado, el pequeñuelo se encargó de la mitad menos pesada. Por la calle iba delante de Kien, a no más de dos pasitos de distancia. La joroba, que pese a todo existía, aminoraba el efecto de la inclinación corporal elegida expresamente por su dueño. Pero el paso arrastrado era elocuentísimo. Kien se sintió aliviado. Con la cabeza erguida, seguía a su hombre de confianza sin mirar a ningún otro lado. Tenía los ojos fijos en la joroba que, como la de un camello, se bamboleaba rítmicamente, aunque con menos lentitud. De vez en cuando estiraba los brazos para ver si, con la punta de sus dedos, podía aún tocarla. Cuando no llegaba, aceleraba el paso. Había ideado un plan para evitar cualquier intento de fuga. Con puño firme asiría la joroba y se abalanzaría sobre el criminal cuan largo era, teniendo, eso sí, cuidado de no herirlo en la cabeza. Si la prueba del brazo estirado funcionaba, y no le hacía falta acelerar ni aminorar el paso, lo invadía esa exquisita sensación de cosquilleo sólo conocida por quienes se dan el lujo de *tener confianza* tras haberse asegurado contra toda decepción.

Así dejó pasar dos días, con el pretexto de reponerse de las pejugueras sufridas, prevenir las futuras y hacer una última incursión por la ciudad, en busca de librerías no exploradas. Sus ideas volvían a circular, aliviadas y contentas, mientras él seguía paso a paso la recuperación de su memoria. Las primeras vacaciones que, por voluntad propia, se tomaba desde sus años de estudiante, transcurrían junto a una criatura fiel, un amigo que apreciaba el valor de la inteligencia —como él solía designar a la cultura— sin ser inoportuno; que aunque llevara consigo una notable biblioteca, no abría uno solo de los libros que ardía en deseos de leer; un ser deforme y, según confesión propia, muy mal corredor, pero con la fuerza y tenacidad

suficientes para soportar toda esa carga. Kien se sintió casi tentado de creer en la felicidad, aquel despreciable objetivo vital de los analfabetos. Si llega por sí sola, sin que la persigamos, si no la retenemos por la fuerza y más bien la tratamos con cierta condescendencia, podremos tolerarla a nuestro lado un par de días.

Al comenzar el tercer día de felicidad, Fischerle pidió una hora libre. Kien alzó una mano para golpearse la frente. En otras circunstancias lo hubiera hecho. Pero como conocía a los seres humanos, decidió callarse y desenmascarar, si es que existían, los traidores proyectos del enano. La historia de la cigarrera de plata parecióle una burda patraña. Tras haber manifestado su rechazo, en forma muy velada al principio, luego cada vez más simple y airada, dijo de pronto:

—¡Muy bien! ¡Lo acompañaré! —Este enano miserable tendrá que confesar su vil designio. Iría con él hasta la ventanilla y miraría la supuesta papeleta de empeño y la supuesta cigarrera. Como éstas no existían, el muy granuja se le echará a los pies, ahí, ante todo el mundo, y le pedirá perdón con lágrimas en los ojos. Fischerle notó el recelo de su amo y se sintió profundamente ofendido. El tipo lo creía loco; como si él fuera a robar libros, y ¡qué libros! Porque quiere irse a América y trabaja como un negro para pagarse el pasaje, lo trata como a un hombre sin inteligencia.

En el camino, le contó a Kien cómo era el Monte de Piedad por dentro. Le describió el imponente edificio con todas sus dependencias, desde el sótano hasta el desván. Al final, reprimió un leve suspiro y dijo:

—Mejor no hablemos de los libros. —La curiosidad devoraba a Kien. Acribilló a preguntas al enano, que se mostraba muy reticente, hasta que le arrancó entera y sin tapujos, la horrible verdad. Le creyó, porque los hombres son capaces de cualquier infamia; pero también dudó, porque el hombrecito le resultaba odioso aquel día. Fischerle, que halló tonos de veracidad inconfundible, le contó de qué manera recibían los libros: un Cerdo los tasaba, un Perro extendía la papeleta de empeño y una Mujer los envolvía en un trapo inmundo, sobre el cual pegaba un número. Un viejo decrepito, que se caía todo el tiempo, se los llevaba luego a otra pieza. A uno se le parte el corazón de sólo verlo. Dan ganas de quedarse un rato más ante la ventanilla hasta tener los ojos secos —pues uno se avergüenza de salir a la calle con los ojos rojos—, pero el Cerdo gruñe: «Esto es todo», lo pone a usted en la puerta y cierra la ventanilla de golpe. Hay personas tan sensibles que ni aun así logran irse. Pero el Perro empieza a ladrar y todos corren, porque el tío muerde.

—¡Pero esto es inhumano! —espetó Kien, que había alcanzado al enano durante su relato. Caminó un rato a su lado, con el corazón en la boca, y se detuvo justo en medio de una calle que estaban cruzando:

—¡Así como lo oye! —afirmó Fischerle con voz lacrimosa. Recordó la bofetada que le propinó en cierta ocasión el Perro: él se había pasado una semana entera, día tras día, mendigando un viejo libro de ajedrez. El Cerdo, al lado, rebosaba de felicidad y de gordura.

Fischerle no dijo una palabra más. Se sintió suficientemente vengado. Kien

también callaba. Cuando llegaron a su meta, la cigarrera ya no le importaba nada. Vio cómo Fischerle la desempeñaba y la frotaba repetidas veces contra su americana.

—No la reconozco. ¡No sé qué diablo hacen con las cosas! «Cosas». ¿Cómo saber si es la mía? «Mía». ¿Sabe una cosa? Los denunciaré. Son una tanda de ladrones. ¡No pienso callarme! ¿O no soy un ser humano? ¡Un pobre diablo también tiene sus derechos! —Se acaloró tanto al hablar que los presentes, que hasta entonces sólo habían admirado su joroba, prestaron atención a sus palabras. Toda esa gente, que de algún modo se sentía ahí estafada, tomó partido por el jorobadito —menos aventajado que ellos por naturaleza— aunque no creyese en lo del cambio de prendas. Fischerle suscitó un murmullo general de aprobación; no daba crédito a sus oídos: ¡Lo estaban escuchando! El murmullo iba en aumento; él siguió hablando, casi grita de satisfacción. De pronto, un señor gordo gruñó a su lado:

—¡Pues vaya de una vez y quédese!

Fischerle volvió a frotar la cigarrera un par de veces, la abrió y graznó:

—¡Vaya, vaya! ¿Sabe una cosa? ¡Es la misma! —Le perdonaron la decepción que tan irreflexivamente había provocado. Era la misma cigarrera. Después de todo, no iban a estafar a un pobre jorobado. A cualquier otro le hubiera ido menos bien. Cuando salían, Kien le preguntó:

—¿Por qué hicieron tanto ruido? —Fischerle tuvo que recordarle el motivo por el que habían ido. Le enseñó la cigarrera varias veces, hasta que Kien la vio. La atenuación de una sospecha que, desde las últimas informaciones, ya no le pesaba tanto, causole una impresión muy moderada—. ¡Ahora lléveme a ese sitio! —le ordenó.

Llevaba una hora larga acumulando vergüenza. ¿Adónde irá a parar el mundo? Estamos, sin duda, en vísperas de una catástrofe. El supersticioso tiembla ante el año mil y los cometas. El sabio —al que en la antigua India veneraban como a un santo— manda al diablo todos los cometas y las cábalas numéricas, y declara: nuestra lenta perdición es esa falta de piedad que ha infectado a los hombres: ¡este veneno nos está matando a todos! ¡Pobres generaciones futuras! Están perdidas; heredarán de nosotros un millón de mártires y los instrumentos de tortura para liquidar a otro millón. No hay gobierno que aguante tantos santos. En cada ciudad construirán palacios inquisitoriales de seis pisos, como éste. ¿Quién sabe si los americanos no elevarán sus Montes de Piedad hasta el cielo? Los prisioneros, que aguardan durante años su muerte por el fuego, languidecerán allá en el piso treinta. ¡Qué ironía tan cruel la de esas prisiones aéreas! ¿Ayudar en vez de lamentarse? ¿Hechos en vez de lágrimas? ¿Cómo llegar hasta ellas? ¿Cómo saber dónde están ubicadas? Avanzamos a ciegas por la vida. ¿Qué vemos de toda la espantosa miseria que nos rodea? ¿Cuándo hubiera él descubierto esa vergüenza, aquel oprobio indignante, brutal y aniquilador, si un enano bien intencionado, al que conoció por casualidad, no le hubiera hablado de él, temblando de vergüenza y como desde una pesadilla, abrumado bajo el peso de sus horribles palabras? Debería servirnos de ejemplo.

Jamás le había hablado a nadie del asunto. Sentado en su guarida maloliente, guardaba el secreto; incluso ante el tablero de ajedrez, pensaba en la visión dantesca, grabada para siempre en su memoria. Sufría en vez de hablar. Algún día llegará el gran ajuste de cuentas, decía a sí mismo. Y esperaba, observando día a día a cuanto bicho raro entrara en su establecimiento; se moría por hallar a un hombre, un corazón, alguien que viera, oyera y sintiera. Y por fin apareció aquel Hombre. Lo siguió, le ofreció sus servicios, se puso a sus órdenes en horas de vigilia o sueño y, cuando liego el momento, le habló. La calle rió se curvó al oír sus palabras, ninguna de las casas se desplomó, el tráfico no se paralizó; pero al Hombre a quien le hablaba sí se le paralizó el corazón... y ese Hombre era Kien. ¡Lo había escuchado y entendido! ¡Ese heroico enano sería su modelo! ¡Basta de charlas y manos a la obra!

Sin levantar la mirada, soltó el pasamanos y se paró de través en la angosta escalerilla. De pronto sintió un empujón. Sus pensamientos pasaron espontáneamente a la acción. Clavó los ojos en el pobre pecador y le preguntó:

—¿Qué desea? —El pobre pecador, un estudiante muerto de hambre, llevaba una pesada cartera bajo el brazo. Tenía las obras de Schiller y era la primera vez que iba a la Casa de préstamos. Como los libros estaban muy raídos, y él mismo se hallaba endeudado hasta sus anchas orejetas, entró allí tímidamente. Al llegar al pie de la escalera, los últimos restos de valor habíanse escurrido de su cabecita «¿para qué seguir estudiando?: padre, madre, tíos y tías le aconsejaban dedicarse a algún negocio»; tomó impulso y tropezó con un extraño personaje —seguramente el Director— que le clavó la mirada y, con voz tajante, le ordenó detenerse.

—¿Qué desea?

—Yo... buscaba la sección de libros.

—Soy yo.

El estudiante, que respetaba a profesores y criaturas similares porque toda su vida lo habían ridiculizado, y a los libros, porque tenía muy pocos, se llevó la mano al sombrero para quitárselo. Pero recordó que no llevaba.

—¿Qué quería hacer arriba? —preguntó Kien en tono amenazador.

—¡Oh!... era... sólo Schiller.

—¡Enséñeme!

El estudiante no se atrevió a tenderle la cartera. Sabía que nadie le compraría aquel Schiller. Sin embargo, Schiller era su única esperanza en los próximos días y no tenía ganas de enterrarla tan pronto. Kien le arrebató violentamente la cartera. Fischerle intentó hacerle señas a su amo y emitió varios «¡Pst! ¡Pst!» seguidos. Estaba impresionadísimo con ese robo tan audaz, perpetrado en plena escalera. Acaso el gremio de libreros fuera más astuto de lo que pensaba. Tal vez sólo se hiciera el loco. Pero ahí, a mitad de la escalera ¡eso nunca! Gesticuló enérgicamente con sus manos a espaldas del estudiante, y tomó sus precauciones para escabullirse en el momento preciso. Kien abrió la cartera y examinó el Schiller con todo cuidado:

—Ocho tomos —constató—, la edición en sí no vale nada y su estado es un

escándalo. —Las orejas del estudiante enrojecieron—. ¿Cuánto pide por ellos? Quiero decir... ¿cuánto dinero? —Pronunció esta repulsiva palabra en último lugar y no sin ciertos titubeos. El estudiante, cuya dorada adolescencia había transcurrido casi toda en la tienda de su padre, recordó que hay que poner precios muy altos para luego irlos bajando al regatear.

—Nuevos, me costaron 32 chelines —dijo adoptando una frase y el tono de voz de su padre.

Kien sacó su billetera, de la que cogió 30 chelines, redondeó la suma con dos más, que extrajo del monedero, y le dio todo al estudiante, diciéndole:

—¡No vuelva usted a hacerlo, amigo! ¡Ningún hombre vale su peso en libros! ¡Créame! —Le devolvió la cartera llena y le estrechó cordialmente la mano. El estudiante, que tenía prisa, maldijo las formalidades que lo retenían en aquel lugar. Estaba ya en la puerta vidriera Fischerle, desconcertadísimo, le había hecho sitio cuando Kien le gritó—: ¿Y por qué precisamente Schiller? ¡Lea usted el original! ¡Lea usted a *Immanuel Kant*!

—¡El original eres tú! —dijo el estudiante para sus adentros, y se escabulló a la carrera.

La agitación de Fischerle no conocía límites. Estaba al borde del llanto. Cogió a Kien por los botones del pantalón —la americana era demasiado alta— y graznó:

—¿Sabe usted lo que ha hecho? ¡Una locura! ¡Sí, una locura! Un tipo tiene dinero o no lo tiene. Si tiene, no lo regala; y si no tiene, todavía menos. ¡Es un crimen! ¡Vergüenza debería darle, tan grandazo!

Pero Kien no oyó sus palabras. Estaba muy contento con su buena acción. Fischerle siguió tironeándole los pantalones hasta que el criminal tomó conciencia de él. Sintió un reproche mudo —como él mismo se dijo— en la actitud del hombrecillo y, para calmarlo, le habló de las aberraciones mentales que tanto abundan en ciertos países exóticos.

Los chinos ricos, le explicó, que también se preocupaban por su salvación ultraterrena, solían destinar enormes sumas de dinero al mantenimiento de cerdos, cocodrilos, tortugas y otros animales en un monasterio budista. Mandaban instalar estanques y rediles especiales para sus protegidos, y los monjes no hacían otra cosa que cuidarlos y alimentarlos. ¡Ay de ellos si algo malo le ocurría a un cocodrilo! Una muerte dulce y natural aguardaba incluso al cerdo más pingüe, y el noble benefactor era recompensado luego por su buena acción. En cuanto a los monjes, el dinero que recibían era tan cuantioso que todos podían vivir de él. Quien visite algún santuario en el Japón podrá ver, a la orilla del camino, niños acucillados junto a un gran número de jaulas con pajaritos cautivos. Previamente adiestradas, las avecillas baten las alas y arman un perpetuo revuelo de trinos y gorjeos. Los peregrinos budistas que pasan por aquel camino se apiadan de ellas y salvan así sus propias almas. Por un rescate mínimo, los niños abren la puerta de la jaula y liberan a los pajaritos. Rescatar animales es, allí, una costumbre inveterada. ¿Qué les importa a esos peregrinos sí,

cuando prosiguen su camino, los pajarillos adiestrados son nuevamente enjaulados por sus propietarios? Mientras dure su cautiverio, el mismo pájaro suele servir diez, cien y hasta mil veces como objeto de piedad de los peregrinos. Y éstos, salvo algunos ejemplares palurdos y limitadísimos, sabían muy bien lo que pasaba en cuanto volvían la espalda. Pero el destino real de los animalitos los tenía sin cuidado.

—Es fácil comprender por qué —concluyó Kien, sacando la moraleja de su historia—. No son más que animales y deben tenernos sin cuidado. Su actitud es de una necedad que los condena. ¿Por qué no emprenden el vuelo? ¿Por qué al menos no se alejan a saltitos si les han cortado las alas? ¿Por qué se dejan enjaular de nuevo? ¡Que su animal estupidez caiga sobre sus cabezas! En sí, el rescate de animales tiene, como toda superstición, un sentido más profundo. El efecto de esta acción en los hombres que la realizan depende, naturalmente, de *qué* han rescatado. Ponga usted libros, libros auténticos e inteligentes, en lugar de esos animales ridículos y absurdos, y la acción que usted realice tendrá un valor moral de primer orden. Habrá usted redimido a un pobre descarriado que buscaba refugio en el infierno. Tenga la seguridad de que aquel Schiller no volverá a ser arrastrado al matadero. Al redimir a un hombre al que por ley —mejor sería decir por injusticia—, le está actualmente permitido disponer de sus libros como si fueran animales, esclavos u obreros, hará usted más soportable el destino de esos libros. Una vez en casa, el individuo al que le recordemos su deber de esta manera, se echará a los pies de quienes hasta entonces tomara por sirvientes —aunque desde una perspectiva espiritual sea *él* quien deba servirlos— y hará un firme propósito de enmienda. Y si alguno es tan duro de corazón que no se enmiende, sus víctimas se habrán salvado al menos del infierno. ¿Sabe usted lo que sería incendiar una biblioteca? ¡Imagínese una biblioteca en llamas en un sexto piso! Miles de volúmenes... millones de páginas... billones de letras, cada una de las cuales arde, implora, grita, aúlla pidiendo auxilio. Le romperían el tímpano, le partirían el corazón... pero hablemos de otra cosa. Hace años que no me sentía tan contento. Prosigamos el camino que nos hemos trazado. Nuestro óbolo para aliviar la miseria general es muy modesto, pero hay que darlo. Si todos nos decimos: yo, solo, soy muy débil, nunca haremos nada y la miseria seguirá haciendo estragos. Mi confianza en usted es ilimitada. Vi que hace un momento se ofendió porque yo no le había hablado de mis planes. Pero éstos no tomaron cuerpo hasta que las obras de Schiller me lanzaron su muda plegaria. No tuve tiempo de informarlo. Pero ahora le diré las dos consignas bajo las que seguiremos nuestra lucha: ¡Actuar en vez de lamentarse! ¡Hechos y no lágrimas! ¿Cuánto dinero tiene?

Fischerle, que al comienzo interrumpía el relato de Kien con exclamaciones airadas del tipo: «¿Qué me importan los japoneses?», «¿Y por qué no peces de oro?», empecinándose en tildar de «atorrantes» a los piadosos peregrinos, no se perdió, sin embargo, una palabra, y se tranquilizó al oírlo hablar del óbolo y de sus planes futuros. Iba pensando en cómo asegurarse aquel dinero para el viaje a América — dinero que era suyo y había tenido entre sus manos: si lo devolvió fue sólo

provisionalmente y como precaución—, cuando la pregunta de Kien: «¿Cuánto dinero tiene?», lo hizo caer de las nubes. Se mordió los labios y no dijo nada. Sólo por salvaguardar sus intereses, se entiende; porque si no se las hubiera cantado, y bien claras. Empezaba a entrever el sentido de toda esa farsa. Aquel noble caballero se arrepentía de la gratificación que Fischerle *ganara*, tan honestamente el primer día. Era demasiado cobarde para recuperarla, robándole el dinero por la noche, y tampoco lo hubiera encontrado. Mientras dormía, Fischerle se lo escondía, hecho un ovillo, entre las piernas. ¿Qué hacía, pues, ese elegante caballero, aquel supuesto erudito y bibliotecario que, en realidad, ni siquiera pertenecía al gremio de libreros; aquel estafador que andaba suelto sólo por no tener joroba? ¿Qué hacía? Muy contento debió sentirse el otro día cuando, a la salida del *Cielo*, recuperó un dinero robado sabe Dios dónde. Por miedo a que Fischerle llamara a los otros, le dio la recompensa en seguida. Y para recuperar su diez por ciento, le dijo en tono solemne: «¡Entre usted a mi servicio!». Pero ¿qué hacía realmente ese estafador? Por lo pronto se hacía el loco. Aunque verlo actuar era un placer, de todos modos. Y Fischerle cayó en la trampa. Se pasa una hora entera haciéndose el sentimental hasta que aparece el otro con sus libros: y el tío, tan contento, sacrifica 32 chelines porque espera treinta veces más de Fischerle. ¡Un hombre que mueve sumas tan grandes y no es capaz de darle su pequeña gratificación a un pobre carterista! ¡Qué mezquinos son todos estos señorones! Fischerle está sin habla. No se la esperaba. Por lo menos no de este loco. Nadie lo obliga a ser realmente loco, no; pero ¿por qué será tan sucio? Ya le dará su merecido. ¡La de historias que sabe! ¡Qué inteligencia la suya! Se nota en seguida la diferencia entre un pobre carterista y un estafador de alto vuelo. En los hoteles todos le creen. Fischerle también estuvo a punto de creerle.

Mientras hervía de odio y ardía de admiración, Kien lo tomó familiarmente por el brazo y le dijo:

—Ya no está enfadado conmigo, ¿verdad? ¿Cuánto dinero tiene? Tenemos que ayudarnos mutuamente.

«¡Canalla!», pensó Fischerle, «sabes actuar, pero yo actuaré mejor». Y replicó en voz alta:

—Tendré unos treinta chelines. —El resto estaba bien escondido.

—Es poco, pero mejor que nada. —Kien no recordaba que, días antes, había obsequiado al pequeño con una gran suma. Aceptó en seguida el óbolo de Fischerle, le agradeció, emocionadísimo ante tal desprendimiento, y estuvo a punto de ofrecerle la gloria celestial.

Desde aquel día tuvo lugar una lucha a vida o muerte entre los dos, aunque uno de ellos ni lo sospechaba. El otro, sintiéndose menos dotado como actor, asumió la dirección del espectáculo, esperando compensar así su desventaja.

Cada mañana iba Kien a pararse en el patio de acceso al gran salón. Antes de que abrieran las ventanillas, iniciaba sus paseos ante el portal del *Theresianum*, observando fijamente a los que entraban. Si alguno se detenía, él se le acercaba y



preguntaba: «¿Qué busca aquí?». Las respuestas más groseras y vulgares no lograban amedrentarlo. El éxito lo justificaba. Los que pasaban por esta calle antes de las nueve solían mirar, más bien por simple curiosidad, los letreros que anunciaban la próxima subasta y los objetos que serían rematados. Los timoratos lo tomaban por un detective privado que vigilaba los tesoros del *Theresianum*, y eludían cualquier roce con él. Los indiferentes se percataban de su pregunta sólo dos calles más abajo. Los impulsivos lo insultaban y, contrariando su costumbre, permanecían un buen rato inmóviles frente a los anuncios. Él los dejaba, no sin memorizar antes sus rasgos. Le parecían gente con una conciencia muy particular de sus culpas, que inspeccionaba el terreno antes de regresar, quizás en una hora, con una víctima propiciatoria bajo el brazo. Atribuía el hecho de que no regresaran a su implacable mirada. A la hora exacta se dirigía al vestíbulo del anexo. Los que empujaban la puerta vidriera percibían primero su magra y rígida figura junto a la ventana, y tenían que pasar a su lado para acceder a la escalera. Cuando Kien apostrofaba a alguien, no movía un solo rasgo. Sólo accionaba los labios, como dos cuchillos muy afilados. Su primera tarea era rescatar esos pobres libros; la segunda, enmendar a esas bestias humanas. En libros era un verdadero experto; en seres humanos ya no tanto, como él mismo confesaba. Por eso decidió estudiarlos.

Para orientarse mejor, clasificó en tres grupos a los que entraban por la puerta vidriera. A los del primer grupo, la cartera repleta les resultaba una *carga*, a los del segundo, una ganga, y a los del tercero, un placer. Los primeros sostenían los libros con ambos brazos, sin *gracia* y sin amor, como quien lleva un paquete muy pesado. Con ellos empujaban la puerta y hasta hubieran refregado la barandilla, de haber podido. Como querían deshacerse pronto de su carga, no intentaban disimularla y la llevaban apoyada contra el pecho o la barriga. Aceptaban complacidos las ofertas, declarando su conformidad con cualquier suma; no regateaban y salían exactamente como habían entrado, sólo que un poquitín más pesa dos por el dinero y ciertas dudas sobre la legitimidad de su obtención. A Kien le resultaban molestos; era gente muy lenta de aprender y cada uno hubiera necesitado muchas horas para lograr una enmienda definitiva.

El segundo grupo le inspiraba un odio auténtico. Sus integrantes llevaban los libros a la espalda y, en el mejor de los casos, dejaban ver alguna punta entre el brazo y las costillas para excitar la codicia del comprador. Aceptaban con recelo las ofertas más brillantes. Se negaban a abrir sus carteras o paquetes, regateaban hasta el último momento y al final se hacían siempre los estafados. Había algunos que se embolsaban el dinero y querían subir otra vez al infierno. Pero, en esos casos, Kien pulsaba cuerdas que a él mismo lo asombraban. Les salía al paso y los trataba como se merecían: exigiéndoles la inmediata devolución de su dinero. Al oír esto, salían disparados. Más vale tener poco en el bolsillo que mucho allá arriba, bajo el techo. Kien estaba convencido de que arriba ofrecían sumas gigantescas. Cuanto más gastaba él mismo, menos dinero le quedaba y más oprimido se sentía al pensar en la

desleal competencia de los demonios de arriba.

Del tercer grupo aún no había aparecido nadie. Pero él sabía que existía. Nostálgico y paciente, aguardaba la llegada de algún representante, cuyas características le eran tan familiares como el catecismo. Un día vendrá el hombre que cargue sus libros con gusto, cuyo camino al infierno esté plagado de tormentos, que se derrumbaría si los amigos que lleva consigo no lo animaran constantemente. Su andar es como el de un sonámbulo. Su silueta se perfila tras la puerta vidriera, vacila, ¿cómo empujarla sin golpear a sus amigos? Lo consigue. El amor es ingenioso. Al ver a Kien, personificación de su propia consciencia, el individuo se ruboriza. Pero haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, avanza algunos pasos. Va con la *cabeza*, gacha. Al pasar junto a Kien, y antes de ser interpelado, se detiene como al conjuro de una orden interna. Presiente lo que la conciencia va a decirle. Hasta que resuena la terrible palabra: «dinero». Se estremece como si viera el hacha del verdugo, solloza en voz alta: «¡Eso nunca! ¡Eso nunca!», y no acepta ni un real. Antes se mataría. Quisiera escabullirse, pero las fuerzas lo abandonan y hay que evitar movimientos bruscos que hagan peligrar a sus amigos. La conciencia lo acoge entre sus brazos y le habla con cariño. Un pecador arrepentido, le dice, vale más que cien justos. Tal vez hasta le legue su biblioteca. Cuando aparezca, Kien dejará su puesto por una hora; aquel solitario que nada acepta, compensará los otros mil que piden más. Mientras espera, dará a esos mil lo que tenga. Tal vez alguno del primer grupo se arrepienta al llegar a casa. De los del segundo no espera nada. Él mismo salvará a las víctimas. Por eso, y no por su propio placer, se para allí.

Junto a la cabeza de Kien, a su derecha, colgaba un letrero que prohibía formalmente pararse en escaleras y pasillos, así como junto a los radiadores. Fischerle se lo enseñó ya el primer día a su enemigo mortal.

—Van a pensar que no tiene usted carbón —dijo—, aquí sólo se paran los que no tienen carbón, y eso está prohibido. Acaban echándolos. La calefacción es para los gatos; para que no se les enfríe la inteligencia a los clientes al subir la escalera. Si alguno tiene frío, lo echan en seguida. Aquí podría calentarse. Si no tiene frío, le permiten quedarse. ¡Todos creerán que está usted helándose!

—Pero si el radiador está en el entresuelo, quince peldaños más arriba —replicó Kien.

—La calefacción gratuita no existe, por escasa que sea. ¿Sabe una cosa? Yo estuve una vez donde está usted, y me sacaron. —Lo cual no era mentira.

Kien pensó que sus rivales estarían muy interesados en echarlo y aceptó, complacido, la oferta de espionaje que le hacía el hombrecito. Su pasión por la media biblioteca que le confiara habíase enfriado. Peligros mayores lo amenazaban. Ahora que estaban unidos por tareas y consignas comunes, descartaba la posibilidad de cualquier embuste. Al día siguiente, cuando se dirigían a su puesto de trabajo,

Fischerle dijo:

—¿Sabe una cosa? ¡Entre usted primero! Como si no nos conociéramos. Yo me quedaré afuera. ¡Y no venga a molestarme! No le diré dónde estoy. Si nos ven entrar juntos, el negocio se irá al agua. En caso de emergencia, pasaré a su lado y le guiñaré un ojo. Usted corra por delante, que yo lo seguiré. Más vale no correr juntos. Nuestra cita es detrás de la iglesia amarilla. Espéreme ahí hasta que llegue. ¿Entendido? —Le hubiera sorprendido mucho ver rechazada su propuesta. Estaba interesado en Kien y no pensaba deshacerse de él. ¿A quién se le ocurriría fugarse por una recompensa, por una simple propina, si en realidad lo quería todo? El estafador, el gremio de librerías, aquel perro taimado caló en la parte honesta de sus planes y lo obedeció.

## Cuatro y su futuro

En cuanto Kien desapareció en el edificio, Fischerle retrocedió lentamente hasta la esquina más próxima, dobló por una travesía y echó a correr a espeta-perro. Sólo al llegar frente al *Cielo Ideal* le concedió un breve respiro a su cuerpecito, sudoroso, acezante y trémulo, y entró. La mayoría de los habitantes del *Cielo* solían dormir a esa hora. Él contaba con eso: de momento no quería gente peligrosa ni violenta. Estaban presentes: el camarero esmirriado; un buhonero, que al menos sacaba una ventaja del insomnio que lo aquejaba y podía circular las veinticuatro horas del día; un ciego inválido que aún usaba los ojos al beber su pobre taza de café cada mañana, antes de iniciar su jornada laboral; una vieja vendedora de diarios a la que llamaban la Fischerla por su parecido con el enano y porque, como todos sabían, sentía por él un amor tan secreto como desdichado; y un manobrero de alcantarillado que solía recuperarse de su faena nocturna y de la hediondez de los desagües en la no menos fétida atmósfera del *Cielo*. Era considerado el más serio de todos los clientes porque a su mujer, con la que tenía tres hijos en un feliz matrimonio, le daba las tres cuartas partes de su salario semanal. El cuarto restante se esfumaba, en el curso de un día o de una noche, en la caja de la propietaria del *Cielo*.

La Fischerla le tendió un diario a su bienamado que entraba y le dijo:

—¡Al fin te veo! ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Cuando la policía lo buscaba, Fischerle solía desaparecer por varios días. Todos decían:

—Se ha ido a Estados Unidos. —Se echaban a reír de la broma: ¿qué haría semejante guiñapo en el país de los rascacielos? Y lo olvidaban hasta que aparecía de nuevo. La Rentista, su mujer, no lo amaba tanto como para preocuparse por él. Lo amaba sólo porque vivía a su lado, y sabía que interrogatorios y cárceles eran para él el pan cotidiano. Siempre que oía la broma sobre América, pensaba en lo bueno que sería disponer alguna vez de todo su dinero. Hacía tiempo que deseaba comprarse un cuadro de la Virgen para su cuartito. Toda Rentista necesita un cuadro de la Virgen. Y él, no bien osaba salir de su escondrijo —donde solía recluirse aun sin haber hecho nada, sólo porque lo retenían mucho tiempo en prisión preventiva y le quitaban su juego de ajedrez— corría a verla al Café y, al cabo de unos minutos, era otra vez su conejito. Pero la Fischerla era la única que preguntaba por él a diario y hacía toda suerte de conjeturas sobre su paradero. Lo dejaba leer sus periódicos sin *pagar*. Antes de iniciar su ronda, entraba cojeando al *Cielo*, le tendía el ejemplar que encabezase su paquete recién impreso y esperaba pacientemente, con su pesada carga bajo el brazo, a que su amado lo leyera hasta el final. Él sí podía abrir el diario, arrugarlo y dejarlo incluso mal doblado; a los demás sólo les permitía mirarlo por sobre sus hombros. Si estaba de mal humor, Fischerle la hacía esperar adrede largo rato, causándole grandes pérdidas. Y ella, cuando le tomaban el pelo por su inconcebible estupidez, se encogía de hombros, sacudía su joroba —que rivalizaba con la de Fischerle en tamaño y

expresividad— y replicaba:

—¡*Él es lo único que tengo en el mundo!* —Quizás amara al enano por el placer de repetir su lastimero estribillo. Lo decía con voz de falsete, como si pregonara dos periódicos: *Lo único y El mundo*.

Aquel día, Fischerle ni miró el diario. Ella entendió: el ejemplar no era reciente, pero su intención había sido buena. ¡Cuántos días habrá estado sin leer nada! ¡Quién sabe de dónde vendría! Fischerle la asió por los hombros —era tan pequeña como él—, la sacudió y graznó:

—¡Venid todos, muchachos, que tengo algo para vosotros! —Y todos —salvo el camarero tísico que, no aceptando órdenes de un judío y careciendo de curiosidad, se quedó en pie junto a la barra—, es decir tres en total, se apiñaron en torno a él y casi lo aplastan con su entusiasmo—. ¡Conmigo podréis ganar veinte chelines diarios! ¡Y durante tres días por lo menos!

Ocho kilos de jabón de tocador, calculó rápidamente el buhonero insomne. El ciego miró a Fischerle con aire dubitativo.

—¡Una auténtica ganga! —gruñó el manobrero. La Fischerla sólo escuchó el «*conmigo*», sin parar mientes en la suma.

—He iniciado un negocio por mi cuenta. Si os comprometéis a liarle todo al jefe, que soy yo, os contrato. —Ellos hubieran preferido saber antes de qué se trataba, pero Fischerle se guardó bien de divulgar secretos comerciales. Es un gremio, declaró categóricamente, y no les diría nada más. Pero a cambio le dará cinco chelines de adelanto a cada uno, el primer día. No estaba mal. «El suscrito se compromete a depositar cada céntimo cobrado en efectivo a Livor de la empresa Siegfried Fischer. El suscrito asume las responsabilidades que pudieran surgir de una eventual complicación». En un santiamén escribió Fischerle estas frases en cuatro hojitas, arrancadas de un bloc que le tendió el buhonero. Siendo el único hombre de negocios entre los presentes, éste esperaba una participación en los beneficios y las tareas más importantes, por lo que intentó ganarse a su patrón. El manobrero, padre de familia y el más estúpido de todos, firmó el primero. Fischerle se molestó porque la firma era tan grande como la suya y él se ufanaba de tener la más grande—. ¡Qué pretensión! —gruñó; mientras que el buhonero se conformó con una esquina lejana y una firma diminuta—. ¡No hay manera de leerla! —declaró Fischerle, y obligó al individuo, que se sentía ya el gerente general, a trazar caracteres menos modestos. El «ciego» se negó a mover un dedo hasta que no le pagaran. Obligado a soportar que la gente le echase botones al sombrero, no confiaba en nadie cuando estaba de civil—. ¡Vaya, vaya! —protestó Fischerle, molesto—, ¡como si hubiera estafado a alguien en mi vida! —Sacó varios billetes arrugados de su axila, hizo chasquear entre sus dedos los de cinco chelines y dándole uno a cada uno, los obligó a firmar un recibo de «*pago a cuenta*».

—¡Así la cosa cambia! —dijo el «ciego»—. Del dicho al hecho hay mucho trecho. ¡Por un hombre así hasta soy capaz de mendigar, si es necesario!

El buhonero se hubiera echado al fuego por un jefe así, y el manobrero lo seguiría hasta la muerte. Sólo la Fischerla se puso tierna.

—De mí no necesita firma —dijo—, nunca le robaría. Él es lo único que tengo en el mundo.

Fischerle consideraba su sumisión como algo tan natural que le volvió la espalda apenas se saludaron. Su joroba la animaba; visto de atrás, el enano le inspiraba amor, mas no respeto. La Rentista no estaba en el local y la Fischerla se sintió prácticamente la esposa del nuevo jefe. Pero cuando éste oyó su insolencia, se volvió, le puso la pluma en la mano y le ordenó:

—¡Firma y cierra el pico! —Ella obedeció a la mirada de sus ojos negros —los suyos eran grises— y acusó recibo de los cinco chelines aunque no se los hubiera dado.

—¡Bueno! ¡Ya estamos! —Fischerle se guardó los cuatro papelitos y suspiró—: ¿Qué nos traen los negocios? ¡Sólo preocupaciones! Os juro que preferiría ser el pobre diablo de antes. ¡Los suertudos sois vosotros! —Sabía que la gente bien suele hablar así a sus empleados, tenga o no preocupaciones; y él tenía algunas—. ¡Vamos! —dijo; le hizo una seña al camarero de abajo arriba, como un pequeño benefactor, y abandonó el café con su nuevo personal.

En la calle les fue explicando sus obligaciones. Los llamaba uno por uno y ordenaba a los otros tres que siguieran a cierta distancia, como si no se conocieran. Juzgó necesario tratar a esa gente según su grado de inteligencia. Como tenía prisa y el manobrero pareció el más fiable, lo eligió primero, con gran indignación del buhonero.

—Es usted un buen padre —le dijo—, por eso pensé en seguida en usted. Un hombre que entrega a su mujer el 75 % de lo que gana, vale su peso en oro. De modo que fíjese bien y no se precipite a su desgracia. Sería una lástima por sus hijitos. Él le daría un paquete, y el paquete se llamaba «arte»: A ver, repita: ¡arte!

—¡Oiga! ¿Se cree que no sé lo que es arte porque le doy todo eso a mi mujer? —En el *Cielo*, el manobrero era objeto de tenaces burlas por su vida familiar, que todos le envidiaban. A fuerza de vapulear su torpe orgullo, Fischerle logró extraer la poca inteligencia que el buen hombre poseía. Tres veces le explicó con lujo de detalles lo que había que hacer. El manobrero nunca había estado en el *Theresianum*. Su mujer iba por él cuando era necesario. El socio de Fischerle se paraba detrás de una puerta vidriera, junto a una ventana. Era flaco y muy alto. Él tendría que pasar lentamente por su lado, sin decir ni una palabra, ¡ni una sola palabra!, y esperar a que el socio le hablase. Entonces bramaría: «¡Arte, señor! ¡No menos de doscientos chelines! ¡Arte puro!». Acto seguido, Fischerle ordenó al manobrero que lo esperase frente a una librería, donde hizo sus compras: diez novelas baratas de dos chelines hicieron, juntas, un paquete imponente. Le repitió tres veces las instrucciones previas; era de suponer que incluso este cretino lo entendería todo. Si el socio quería desempaquetar los libros, él tendría que pegárselos al cuerpo y gritar muy fuerte: «¡No! ¡No!».

Después iría a esperarlo, con el dinero y el paquete, detrás de la iglesia. Allí le pagaría a condición de que no hablase de su trabajo con nadie, ni siquiera con los otros empleados. Mañana podría presentarse otra vez, a las nueve en punto, detrás de la iglesia. Fischerle tenía debilidad por los manobreros honrados: todos no podían ser del mismo gremio. Y con estas palabras despidió al buen padre de familia.

Mientras el manobrero esperaba frente a la librería, los otros tres, cumpliendo la orden de su jefe, siguieron su camino sin prestar ninguna atención a las llamadas confidenciales de su colega, al que las últimas instrucciones le habían hecho olvidar las anteriores. Pero Fischerle se lo esperaba, y el manobrero dobló por una travesía antes de que los otros vieran el paquete que, como el precioso heredero de una riquísima familia, era llevado con suma cautela. El enano dio un silbido, alcanzó a los otros tres y se llevó a la Fischerla. El buhonero comprendió que una tarea mayor le estaba reservada y dijo al «ciego»:

—Yo seré el último, ya verá.

El pequeñajo despachó en un dos por tres a la Fischerla.

—Yo soy lo único que tienes en el mundo —dijo, recordándole su frase de amor predilecta.

—Cualquier mujer puede decirme eso, ¿sabes?; yo quiero pruebas. Si me birlas un solo real, todo habrá terminado entre nosotros y te juro que no volveré a tocar ni uno de tus diarios. ¡Y a ver si encuentras otro que se te parezca! —El resto fue muy fácil de explicar. La Fischerla estaba pendiente de sus labios: para verlo hablar, se hizo más pequeña de lo que era. A él, su nariz le impedía besar; ella era la única que había visto su boca. El *Theresianum* era su segunda casa. Por ahora tendría que adelantarlos y esperar al jefe detrás de la iglesia. Allí recibiría un paquete por el que tendría que pedir 250 chelines; luego volvería a la iglesia con el dinero y el paquete —. ¡Corre! —le gritó al final. El hecho de que lo amara se la hacía odiosa.

En la esquina siguiente se detuvo hasta que el «ciego» y el buhonero lo alcanzaron. Este último cedió el turno al ciego y le hizo una venia de complicidad a su jefe.

—¡Qué escándalo! —afirmó Fischerle echando una mirada respetuosa al «ciego» que, pese a su harapiento traje de faena, examinaba a todas las mujeres con desconfianza. Quería saber qué efecto producía en ellas su nuevo bigote. Odiaba a las chicas jóvenes porque su profesión las escandalizaba—. ¡Un hombre como usted! —siguió diciendo Fischerle—, ¡dejarse engañar de ese modo! —El «ciego» paró la oreja—. Hay gente que le echa botones al sombrero, usted mismo me lo ha dicho. Y usted, viendo que es un botón, les dice gracias. Porque si no, adiós ceguera y los clientes se le esfuman. ¡Dejarse engañar de ese modo! ¡Un hombre como usted! ¡Es para suicidarse! ¡Cualquier estafa es repugnante! ¿O acaso no tengo razón? —Al mendigo, un hombre ya mayor, que había luchado tres años en el frente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Aquel engaño cotidiano, que él notaba en seguida, era su mayor preocupación. ¡Soportar las burlas de cualquier pillastre sólo porque se ganaba el pan

tan duramente! Varias veces había pensado en suicidarse. De no tener uno que otro éxito con las mujeres, lo hubiera hecho hacía tiempo. A todo el que entablase, en el *Cielo*, una conversación con él, le contaba la historia de los botones, amenazando al final con matar a uno de esos pillos y después suicidarse. Como llevaba años repitiendo lo mismo, nadie lo tomaba en serio y su recelo era cada vez mayor.

—¡Sí! —gritó, blandiendo su brazo sobre la joroba de Fischerle—. ¡Hasta un niño de tres años sabe si lo que tiene en la mano es un real o un botón! ¡Y no lo sabré yo! ¿Por qué no, eh? ¡Si no soy ciego!

—Es lo que le digo —concluyó Fischerle—, todo proviene de la estafa. ¿Por qué tendrán que estafar? ¿Por qué no dicen: hoy no tengo blanca, caballero, mañana le daré el doble? Pero no, prefieren engañarlo y que usted se trague el botoncito. ¡Tendrá que buscarse otra profesión, mi estimado! Hace tiempo que vengo pensando en otro trabajito para usted. Le diré una cosa: si se porta bien estos tres días, lo contrataré más tiempo. Pero que los demás no se enteren, estrictamente confidencial: los despacharé a todos. Entre nosotros, sólo por piedad los he tomado un par de días. Con usted es distinto. *Usted* no aguanta la estafa y *yo* tampoco; *usted* es un hombre honrado y *yo* también: reconozca que somos almas gemelas. Y para que vea la estima en que le tengo, le adelantaré sus honorarios de hoy. A los otros no les daré un céntimo.

El ciego recibió efectivamente los 15 chelines restantes. Si al comienzo no dio crédito a sus oídos, ahora desconfiaba de sus ojos.

—¡Adiós suicidio! —gritó. Por ese instante de felicidad hubiera renunciado a diez mujeres; porque contaba en mujeres. Aceptó con entusiasmo, como si se tratara de un juego, lo que Fischerle le explicó en seguida. Como estaba de buen humor, la descripción del esmirriado socio lo hizo reír—. ¿Muerde? —preguntó. Se acordó de su perro largo y escuálido que lo llevaba al trabajo por las mañanas y lo recogía por las tardes.

—¡Que se atreva! —amenazó Fischerle. Dudó un instante si confiarle o no al ciego una suma superior a los 300 chelines; el hombre parecía sinceramente entusiasmado. Fischerle regateó consigo mismo. ¡Cómo hubiera querido ganar quinientos de golpe! Pero advirtió que el riesgo era excesivo, que una pérdida así podría arruinarlo, y redujo su apetito a cuatrocientos. El ciego tendría que ir a la plaza que había frente a la iglesia y esperarlo.

Cuando éste se perdió de vista, el buhonero pensó que su hora había llegado. Alcanzó al enano a pasos breves y ligeros y se puso a caminar junto a él.

—¡No hay manera de sacárselos de encima! —dijo. Mantenía la cabeza gacha, sin lograr bajarla hasta la altura de Fischerle; pero al menos levantaba la mirada al hablar, como si el enano, desde que era jefe, hubiese duplicado su talla. Fischerle callaba. No pensaba hacerle confianzas a aquel tipo. Los otros tres le cayeron verdaderamente del Cielo; con éste se mantuvo en guardia. Hoy día y nunca más, se dijo. El buhonero repitió:



—¡No hay manera de sacárselos de encima! ¿Verdad?

A Fischerle se le agotó la paciencia.

—¿Sabe una cosa? ¿Por qué no cierra el pico? Está usted de servicio. ¡Ahora hablo yo! ¡Si quiere hablar, búsquese otro puesto!

El buhonero se contuvo y le hizo una venia. Sus manos, que poco antes se frotara haciendo cálculos, se juntaron. Su tronco, cabeza y brazos empezaron a temblar violentamente. ¿Por qué otros medios demostrar su sumisión? Su nerviosismo era tal que estuvo a punto de pararse de cabeza y juntar también los pies, en señal de respeto. Luchaba por liberarse de su insomnio. La palabra «riqueza» evocaba en él sanatorios y curas complicadas. Su paraíso rebosaba de infalibles somníferos. En él se podía dormir catorce días seguidos sin despertarse ni una vez. Uno comía durmiendo y se despertaba al decimoquinto día; antes no era permitido, y no había más remedio que obedecer. Los médicos eran tan estrictos como la policía. Luego les daban medio día para jugar a las cartas en un recinto especial, frecuentado sólo por importantes hombres de negocios. En unas cuantas horas se volvía a ser tan rico como antes: ¡tal era la suerte en el juego! Después se echaban a dormir otros catorce días. El tiempo les sobraba.

—¿Por qué tiembla así? ¡Qué vergüenza! —gritó Fischerle—, ¡deje de temblar o lo despido!

El buhonero salió bruscamente de su letargo y apaciguó al máximo sus temblorosos miembros. La codicia volvió a invadirlo.

Fischerle no vio el menor pretexto para despedir al sospechoso individuo y, furioso, empezó a darle instrucciones.

—¡Fíjese bien, si no, lo mando a freír monos! Yo le daré un paquete. ¡Un paquete! ¿Me entiende? Un buhonero ha de saber qué es un paquete. Y usted irá con él al *Theresianum*. No tengo por qué darle explicaciones. Un inútil como usted debe pasarse el día entero ahí, me imagino. Abrirá la puerta vidriera que lleva a la sección libros. ¡Deje de temblar, le digo! Le advierto que si allá sigue temblando así, puede romper los cristales; pero ese es problema suyo. Junto a la ventana verá a un caballero muy delgado. Es uno de mis mejores socios. Usted se le acercará en silencio, pues si habla antes que él, dará media vuelta y lo dejará plantado. Él es así; toda una autoridad. ¡De modo que mejor cállese! No tengo ganas de demandarlo por daños y perjuicios. Pero si da un paso en falso, tenga la seguridad de que lo haré, ¡no permitiré que eche a perder mis ímprobos negocios! Si es usted nervioso, además de necio, ¡lárguese! Un manobrero me será más útil. ¿Dónde me quedé? ¿No se acuerda? —Fischerle notó de pronto que estaba perdiendo el distinguido lenguaje que adquiriera a los pocos días de andar con Kien, lenguaje que le parecía el más idóneo para dirigirse a este arrogante empleado. Hizo una breve pausa y aprovechó la ocasión para coger a su odioso rival desprevenido. El buhonero replicó al punto:

—Usted se para junto a ese socio delgado y yo me callo.

—¡Es usted el que se para! —graznó Fischerle—, ¿y dónde está el paquete?

—Lo llevo en la mano.

La humildad de aquel hipócrita desesperaba al enano.

—¡Puf! —suspiró—, ¡mientras logro que me entienda, me crecerá otra joroba! — El buhonero sonrió tímidamente, sintiéndose desagraciado por esa mención a la joroba. Pero ni por ser más alto se sentía a salvo de las miradas de Fischerle, y echó una furtiva ojeada hacia abajo. El enano no advirtió nada, pues buscaba desesperadamente nuevos insultos. Quería evitar las palabrotas que se oían en el *Cielo*: no hubieran impresionado a un contertulio. Seguir diciéndole necio lo aburría. Aceleró repentinamente el paso y, cuando tuvo al buhonero a medio paso de él, se volvió con ademán despectivo y le dijo—: ¡Ya está cansado! ¿Sabe una cosa? ¡Mejor vaya y acuéstese! —Y siguió dándole instrucciones. Le dijo en todos los tonos que pidiera un «adelanto» de 100 chelines al caballero aquel, pero sólo cuando le saliese al paso y le hablase, y después, sin decir una palabra, regresara con paquete y adelanto a la plaza de detrás de la iglesia. El resto se lo diría allí. Una simple alusión a su trabajo, aunque fuera a los otros empleados, y lo despediría en el acto.

La idea de que el buhonero pudiera contar todo y conspirar con los demás en contra de él, suavizó ligeramente a Fischerle. Para reparar sus ataques, aflojó el paso y dijo, cuando el otro le llevaba ya un buen metro de ventaja:

—¡Alto! ¿Por qué corre? ¡Tampoco hay tanta prisa! —El buhonero interpretó este comentario como un nuevo ataque. Las palabras siguientes, que Fischerle pronunció en tono más calmo y amistoso, como si aún fueran compañeros de igual rango en el *Cielo*, fueron atribuidas al miedo del enano ante posibles arbitrariedades. Pese a su nerviosismo, el buhonero distaba mucho de estar loco. Evaluaba cabalmente a los hombres y sus móviles. Para animarlos a comprar fósforos, cordones, blocs de notas o, en el mejor de los casos, jabones, desplegaba a veces más sagacidad, simpatía y hasta discreción que muchos célebres diplomáticos. Sólo cuando soñaba con dormir mucho, mucho tiempo, los pensamientos se le diluían en una difusa niebla. Comprendió que el éxito del flamante negocio dependía de un secreto.

Fischerle aprovechó el resto del camino para demostrarle, mediante una serie de historias, la peligrosidad de su amigo, ese gran señor delgado y aparentemente inofensivo. Luchó tanto en la guerra que enloqueció. Pasaba días sin moverse ni alzar un dedo contra nadie. Pero a la menor palabra superflua que escuchaba, solía sacar su viejo revólver y dispararle a uno a quemarropa. Los tribunales no podían hacer nada: era un enfermo mental y llevaba un certificado médico consigo. La policía lo conoce. ¿Para qué encerrarlo?, se decían los policías, si después lo vuelven a soltar. Además, tampoco mata a la gente en el acto, sino que les dispara a las piernas. Sus víctimas suelen recuperarse en muy pocas semanas. Sólo una cosa lo enfurece: que lo interroguen demasiado. No soporta las preguntas. Si alguien le pregunta con toda inocencia por su salud, por ejemplo, al segundo es ya cadáver. Pues, en esos casos, su socio apunta al corazón. Es su costumbre. No puede remediarlo, aunque después se arrepienta. Hasta ahora sólo ha habido seis muertes. Todo el mundo está enterado de

su peligrosa costumbre y sólo seis le habían preguntado algo. Aparte de eso, uno podía hacer con él negocios estupendos.

El buhonero no le creyó una palabra. Pero su imaginación se encendía fácilmente. Se vio frente a un señor muy bien vestido que, antes de que él se despertara del todo, le disparaba a quemarropa. Decidió, pues, evitar a cualquier precio las preguntas y dar con el secreto a través de otra vía.

Fischerle se llevó el índice a la boca y dijo: «¡Psd!». Habían llegado ante la iglesia, donde el ciego, con mirada de perruna sumisión, los esperaba. No había mirado a una sola mujer en ese lapso; sólo supo que pasaron varias. En su euforia, se alegró de recibir cordialmente a sus colegas; los pobres diablos serían despedidos en tres días, él, en cambio, tenía un puesto estable. Saludó tan efusivamente al buhonero como si no lo hubiera visto en años. Detrás de la iglesia, los tres se reunieron con la Fischerla. La pobre corrió tanto que llevaba diez minutos tomando aliento. El ciego le palpó la joroba.

—¿Qué tal, abuela? —rugió, riéndose con toda su cara lívida y arrugada—. ¡Hoy estamos de buenas! ¿Eh? —Tal vez un día le hiciera el favor a la vieja. La Fischerla dio un chillido. Sintió que no era la mano de Fischerle la que la manoseaba; se dijo: sí que es él, y oyó la voz ronca del ciego. Su chillido pasó del miedo al éxtasis, y del éxtasis al desencanto. La voz de Fischerle era seductora. ¡Debería vender periódicos! ¡Se los arrancarían de las manos! Pero era demasiado bueno para trabajar. Se hubiera cansado. Mejor seguía siendo el jefe.

Pues además de la voz, tenía la mirada aguda. El manobrero acababa de doblar la esquina. Él lo vio primero, les ordenó a los otros:

—¡No se muevan! —Y corrió a su encuentro.

Se lo llevó bajo el portal de la iglesia, le quitó el paquete —que seguía entre sus brazos, en la misma posición de antes—, y los doscientos chelines de la derecha. Sacó 15 chelines y se los puso en una mano, que tuvo que abrir él mismo. Por entonces se había formado ya, en la pesada boca del manobrero, la primera frase de su informe:

—¡Me ha ido bien! —empezó.

—¡Ya veo, ya veo! —exclamó Fischerle—. ¡Mañana a las nueve en punto: nueve en punto; aquí, aquí a las nueve en punto!

El manobrero se alejó a pasos lentos y pesados, mientras contaba su dinero. Al cabo de un buen rato exclamó:

—¡Exacto! —Luchó contra su costumbre hasta llegar al *Cielo*, pero al final sucumbió a ella. Le daría diez chelines a su mujer y él se bebería cinco. Y así fue. Aunque al comienzo quiso beberse todo.

Sólo bajo el portal de la iglesia vio Fischerle lo mal que había combinado sus jugadas. Si le entregaba el paquete a la Fischerla, el buhonero, que estaba al lado, lo vería. Y si se daba cuenta de que era el mismo paquete, su precioso secreto se acabaría. En eso, y como si le hubiera leído el pensamiento, la Fischerla se le acercó

hasta el portal de la iglesia y le dijo:

—¡Ahora me toca a mí!

—¡Ya hace rato, querida! —le replicó él bruscamente, dándole el paquete—: ¡Vuela! —La vieja se alejó cojeando a toda prisa. Su joroba ocultaba el paquete a las miradas de los otros.

Entretanto, el ciego intentó explicarle al buhonero que con las mujeres mejor es no meterse. Primero hay que tener una profesión seria y respetable, que te permita ir con los ojos bien abiertos. Con la ceguera tampoco sacas nada. La gente cree que porque eres ciego puede hacer lo que le dé la gana contigo. Pero si triunfas en la vida, las mujeres se te pegan como moscas y un buen día ya no sabes dónde meterlas. La chusma no tiene idea del asunto. Son como los perros, que lo hacen en cualquier parte. ¡Uf! Él no era así. Necesita una buena cama, con su colchón de crin, una buena estufa que no apeste, y una fulana bien sabrosa. No soporta el olor a carbón; eso ya desde la guerra. Tampoco es de los que se va con cualquiera. Antes, cuando aún era mendigo, no hacía más que picar de una en otra. Ahora piensa comprarse un traje nuevo; pronto nadaría en oro y podría elegir. Pondría en fila a unas cien tías y les metería mano a todas: para eso no hace falta desnudarlas, es igual. Después se iría con tres o cuatro: más no puede en una noche. ¡Y adiós botones!

—¡Necesitaré una cama doble! —suspiró—, si no, ¿dónde pondré a las tres fulanas?

Al buhonero lo inquietaban otras cosas. Casi se desnucaba por mirarle la joroba a la Fischerla. ¿No tendría algún paquete escondido? El manobrero apareció con un paquete y se fue con las manos vacías. ¿Por qué el enano se lo llevaría bajo el portal de la iglesia? Cuando estaban ahí, no pudo ver ni al jefe, ni al manobrero, ni a la Fischerla. Esconderían el paquete en la iglesia, por supuesto. ¡Excelente idea! A nadie se le ocurriría buscar cosas robadas en una iglesia. El jorobado aquel sí que era fino. El paquete contendrá una buena dosis de cocaína. ¿Cómo conseguiría ese negocio el muy guarduño?

En ese momento, el enano se les acercó corriendo y les dijo:

—¡Paciencia, caballeros! Mientras esta patituerta va y viene, nos habremos muerto los tres.

—¡Basta de muertes, jefe! —rugió el ciego.

—De morir nadie se escapa, jefe —ratificó el buhonero servilmente y volvió las palmas de sus manos hacia afuera, como Fischerle hubiera hecho en su lugar—. ¡Ah! ¡Si tuviéramos un buen ajedrecista! —añadió—, pero ninguno de nosotros puede competir con un campeón.

—¡Campeón, campeón! —Y Fischerle sacudió, ofendido, la cabeza—. ¡En tres meses seré campeón mundial, caballeros!

Sus dos empleados se miraron boquiabiertos.

—¡Viva el campeón mundial! —rugió de pronto el ciego. Y el buhonero se apresuró a secundarlo con su tenue voz de grillo (siempre que abría la boca, en el

*Cielo* decían: «está tocando mandolina»). Alcanzó a decir «mundial», pero el «campeón» se le atascó en la garganta. Por suerte, la plazoleta estaba desierta a esa hora y no se veía ni uno de esos centinelas de la civilización urbana: los policías. Fischerle hizo una venia, pero sintió que había ido demasiado lejos y graznó:

—¡Lamento tener que pedirles más silencio en horas de trabajo! ¡Mejor no hablemos!

—¡Por fin! —dijo el ciego, que quería empezar otra vez con sus proyectos futuros y se creyó con derecho a hacerlo después del ¡viva!

El buhonero se llevó el índice a la boca, dijo:

—Siempre he dicho que el silencio es oro —y enmudeció.

El ciego se quedó solo con sus mujeres. No dejó que lo privasen de su gusto y siguió hablando en voz alta. Comenzó diciendo que con mujeres era mejor no meterse, concluyó con la cama doble y, como le pareció que Fischerle mostraba poco interés por esas cosas, empezó de nuevo y les fue describiendo detalladamente algunas de las cien mujeres que tenía en reserva. Le atribuía a cada una un trasero hiperbólico, indicando su peso en kilos, y aumentaba la cifra de una en otra. Al llegar a la sesenta y cinco, que eligió como ejemplo de la decena respectiva, sólo las nalgas pesaban 65 kilos. Como era mal calculador, prefería quedarse en la cifra que pronunciaba. Con todo, los 65 kilos le parecieron algo exagerados y declaró:

—¡Lo que digo es siempre cierto! No sé mentir; es algo que me queda de la guerra.

Pero Fischerle andaba ocupadísimo consigo mismo, reprimiendo las jugadas que se le ocurrían. La distracción que más temía era el creciente deseo de jugar una partida: su negocio podía irse a pique. Golpeteó ligeramente el tablerito que llevaba en el bolsillo derecho de la americana y que servía de caja para las piezas, las oyó saltar dentro, masculló un «¡estate quieto, ahora!» y volvió a golpetearlo hasta que se cansó del ruido. El buhonero, que soñaba con las drogas, asoció sus efectos con su necesidad de dormir. Si encontraba el paquete en la iglesia, se robaría unas cuantas dosis para hacer la prueba. Sólo temía soñar bajo el efecto de la droga. Si hay que soñar, prefería no dormirse. Buscaba el sueño verdadero, con gente que lo alimentase sin despertarlo... al menos por catorce días.

En ese instante, el enano vio que la Fischerle desaparecía bajo el portal, tras haberle hecho señas de que se acercara. Cogió al ciego por el brazo, le dijo:

—¡Claro que tiene razón! —Y al buhonero—: ¡Usted no se mueva! —Y se llevó al primero hasta el portal. Ahí lo hizo esperar y arrastró a la Fischerle hasta el interior de la iglesia.

La vieja, terriblemente excitada, no decía palabra. Para calmarse un poco, le puso el paquete y los 250 chelines en la mano. Mientras él los contaba, ella respiró profundamente y sollozó:

—Me preguntó si yo era la señora Fischerle.

—¡Y tú le dijiste...! —gritó él, temiendo que una respuesta torpe le echara a

perder el negocio: ¡seguro que sí, y encima se divertía la pasmona! ¡Cuando le dicen que es su mujer, se vuelve loca! ¡Por algo nunca pudo verla! ¡Y el otro burro! ¿Qué tenía que hacerle esas preguntas? ¡Si él mismo le había presentado a su mujer! Como ella tiene joroba y él también, el tipo la creyó su esposa; algo notaría. Y ahora tendría él que largarse con 450 chelines miserables, ¡qué vergüenza!—. ¿Y tú qué le dijiste? —gritó por segunda vez. Olvidó que estaba en una iglesia. En general, sentía miedo y respeto por las iglesias, pues su nariz era muy llamativa.

—¡Pero... si yo no... podía... decir... nada! —replicó ella, sollozando ante cada palabra—, sólo sacudí la cabeza. —Todo el dinero que creía perdido se le cayó del corazón como un gran peso. Pero el miedo que ella le causara se le convirtió en rabia pura. ¡Con qué ganas la hubiera abofeteado! Por desgracia no tenía tiempo. La sacó a empellones de la iglesia y le chilló al oído:

—¡Mañana seguirás con tus inmundos diarios! ¡Nunca volveré a mirarlos!

Ella entendió que había perdido su puesto, pero no estaba en condiciones de calcular lo que eso suponía. Un señor la toma por la mujer de Fischerle, y ella sin poder decir nada. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia tan horrible! En su vida se había sentido tan dichosa. Al volver a casa fue repitiendo entre sollozos: «Es lo único que tengo en el mundo». Olvidó que él le debía aún 20 chelines, cantidad que, en épocas difíciles, le costaba una semana de trajines. Acompañaba su melodía con la imagen del caballero que le había dicho: «señora Fischerle». Olvidó que todos le decían la Fischerla.

Sollozaba también por no saber dónde vivía el caballero ni qué sitios frecuentaba. Le hubiera ofrecido diarios cada día. Y él le hubiera vuelto a preguntar...

Fischerle se liberó así de ella. No la estafó adrede: el miedo y la rabia lo habían sacado de quicio. Sin embargo, aunque la hubiera despedido por las buenas, algo le habría escamoteado. Le entregó el paquete al ciego, aconsejándole que fuese con cuidado y no hablara, ya que de eso dependía su puesto. Entretanto, y como veía desfilar ante él a todas sus mujeres, el ciego cerró los ojos para olvidarlas. Cuanto los abrió, hasta las más pesadas se habían esfumado, dejándole un ligero desconsuelo. En su lugar fue recordando detalladamente sus nuevas obligaciones. El consejo de Fischerle era, pues, superfluo. Pese a la prisa que el negocio le imponía, el enano no miró con buenos ojos su partida: daba demasiada importancia a los botones. Hasta qué punto le importaban a aquel hombre las mujeres era, además, algo que Fischerle, con su habitual indiferencia por el otro sexo, no podía precisar a ciencia cierta.

Al llegar junto al buhonero, le dijo:

—¡Pensar que un hombre de negocios tiene que confiar en esta chusma!

—¡Tiene usted razón! —replicó el otro que, siendo también un hombre de negocios, se exceptuaba de la chusma.

—¿Para qué vivimos? —Los cuatrocientos chelines que estuvo a punto de perder lo habían desilusionado de la vida.

—¡Para dormir! —replicó el buhonero.

—¡Usted, dormir! —Y al imaginar dormido al buhonero, que no hacía sino quejarse de su insomnio, una risa convulsiva se apoderó del enano. Cuando se reía, sus fosas nasales simulaban una doble boca muy abierta bajo la que aparecían dos tenues ranuras: las comisuras de los labios. Esta vez, su mal de risa fue tan fuerte que lo hizo sujetarse la joroba, así como otros se sujetan la barriga. Juntó las manos por debajo, amortiguando el efecto de los espasmos.

No bien hubo dejado de reírse —el buhonero estaba ofendidísimo por esa falta de fe en su sueño—, cuando el ciego reapareció y se metió bajo el portal. Fischerle se abalanzó hacia él, le arrancó el dinero de la mano, quedó muy sorprendido al ver que la suma coincidía —¿o le había dicho quinientos?, no, cuatrocientos— y le preguntó, para disimular su agitación:

—¿Cómo te fue?

—En la puerta vidriera me topé con una tía... Si no hubiera sido por su estúpido paquete, le habría agarrado el pecho: ¡era tan gorda! Su socio está medio chiflado.

—¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido?

—No se me enfade, pero habló pestes de las mujeres. Dijo que cuatrocientos era mucho, pero que me los daba por esa mujer. Las mujeres tienen la culpa de todo. ¡De poder hablar, cuatro frescas le hubiera dicho yo al muy idiota! ¡Las mujeres! ¡Las mujeres! ¿Qué haría yo sin mujeres? ¡Yo me choco con la tía y él va y me arma una escena!

—Él es así. Es un solterón empedernido. No permito que lo insulten. Es mi amigo. Tampoco dejo que le hablen, por no ofenderlo. A los amigos no hay que ofenderlos. ¿Lo he ofendido yo a usted alguna vez?

—No, reconozco que usted es un buen tipo.

—¡Pues ya ve! Mañana a las nueve aquí mismo, ¿eh? ¡Y ni una palabra, fíjese que somos amigos! ¡Ya veremos si alguien puede morir por un botón! —El ciego se alejó. Se sentía tan bien que olvidó pronto las excentricidades del socio. Con veinte chelines se podía hacer algo. Primero lo esencial. Y lo esencial era una mujer y un traje; el nuevo traje tendría que ser negro para que hiciera juego con su nuevo bigote. Pero un traje negro por veinte chelines, ¡ni en sueños! Se quedó, pues, con la mujer.

La curiosidad hizo olvidar al ofendido buhonero su prudencia y cobardía habituales. Quería sorprender al enano cambiando los paquetes. La perspectiva de inspeccionar toda una iglesia, por pequeña que fuese, en busca de un paquete, no le tentaba en absoluto. Pensó que entrando repentinamente se haría una idea de la situación, ya que el enano tendría que salir de algún lado. Lo encontró frente al portal, recibió su paquete y se alejó en silencio.

Fischerle lo siguió lentamente. El resultado del cuarto intento no tenía sólo una importancia financiera: era una cuestión de principios. Si Kien le daba ahora los cien chelines, la suma total acumulada por Fischerle —950 chelines— superaría el monto de su gratificación inicial. En el curso de su estafa organizada contra el gremio de libreros, la idea de estar frente a un enemigo que, tan sólo ayer, había intentado

desplumarlo, no abandonó un instante al enano. Es natural que uno defienda su pellejo. Frente a un asesino, nos volvemos asesinos. Frente a un ladrón, nos rebajamos a ser también ladrones. No había más que un pero en este asunto: acaso el tipo se obstinase en recobrar la recompensa, acaso se empecine en su ruindad —la gente se mete ideas imposibles en la cabeza— y, por ella, ponga en juego toda su fortuna. Aunque si ésta había sido ya una vez de Fischerle, ¿quién le impediría quitársela? Pero acaso su oportunidad hubiera pasado. No todos saben meterse ideas en la cabeza. Si el tipo aquel tuviera un carácter como el de Fischerle, si la gratificación le interesara tanto como a Fischerle el ajedrez, los negocios irían viento en popa. Pero ¿cómo saber a quién tienes delante? Tal vez no fuera sino un charlatán, un pobre diablo que lamentase su dinero y que el día menos pensado le diría: «¡Basta ya, de aquí no paso!». Era capaz de renunciar, por cien chelines, a la recompensa entera. Pero ¿sabía acaso que iban a quitarle todo y que al final no recuperaría nada? Si el gremio de libreros tiene alguna chispa de inteligencia —y es la impresión que hasta entonces le ha dado—, seguirá pagando hasta quedarse sin nada. Mas Fischerle dudaba de esa inteligencia; no todos tienen su rigor mental, desarrollado por el ajedrez. Necesitaba un hombre enérgico, con su firmeza de carácter, un hombre que no se arredrase ante nada. Con gusto *pagaría*, por un hombre así; lo haría su socio, si lo hallara; iría a buscarlo al portal del *Theresianum* y lo esperaría. En cualquier caso, después podrá estafarlo.

Pero en vez de su hombre enérgico, vio acercarse al buhonero que, aterrado, se detuvo ante él en seco. No esperaba ver allí a su jefe. Tuvo la astucia de pedir 20 chelines más de lo que éste estipulara. Metió la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón, donde había escondido su ganancia, y dejó caer el paquete. Poco le importaba a Fischerle el tratamiento que, por ahora, recibiera su mercadería: quería alguna noticia. Su empleado se hincó de rodillas para recoger el paquete y, para su gran asombro, vio que Fischerle hacía lo mismo. Ya en el suelo, éste cogió al buhonero por la mano derecha y le encontró los cien chelines. No es más que un pretexto, pensó el buhonero, está asustado por el valor de su paquete, ¿por qué demonios no me lo miraría hace un momento? Ahora es demasiado tarde. Fischerle se levantó y le dijo:

—¡Cuidado con caerse! ¡Llévese el paquete a casa y vuelva con él mañana, a las nueve en punto, aquí a la iglesia!

—¿Cómo? ¿Y mi comisión?

—¡Ah sí, perdón! ¡Soy tan olvidadizo! —(Por casualidad era cierto)—. ¡Tenga! —Y le dio su porcentaje. «¿Mañana a las nueve? ¡Ahora mismo, amigo!». Con estas palabras, el buhonero se metió en la iglesia. Volvió a hincarse de rodillas detrás de una columna y, rezando por si entraba alguien, abrió el paquete. Eran libros. Ya no le quedó ninguna duda. Lo habían engañado. El verdadero paquete estaba en otro sitio. Empaquetó otra vez los libros, los escondió debajo de un banco y empezó a buscar. Sin dejar de rezar, recorrió furtivamente la iglesia entera, mirando bajo cada banco.



Fue minucioso; ocasiones como ésa no surgen cada día. Varias veces creyó haber descubierto el misterio, pero sólo eran misales negros. Al cabo de una hora sintió por ellos un odio inextinguible. A la segunda hora la espalda le dolía, y la lengua, seca, le colgaba fuera de la boca. Sus labios seguían moviéndose como si mascullasen oraciones. Cuando acabó, volvió a empezar desde el principio. Era demasiado listo para repetir mecánicamente sus gestos. Sabía que lo que se nos escapa a la primera, se nos escapa a la segunda, e invirtió el orden de sus pesquisas. A esa hora casi nadie iba a la iglesia. Se detenía, con el oído muy alerta, cada vez que le llegaba un ruido extraño. Una beata le hizo perder veinte minutos: temía que descubriese el secreto antes que él y no le quitó el ojo de encima. Hasta que no se fue, él no se atrevió ni a sentarse.

A primera hora de la tarde —ya ni recordaba a qué hora había empezado a buscar— zigzagueaba a trompicones desde el lado izquierdo hasta la tercera fila de bancos de la derecha, y desde ésta hasta su correspondiente al lado izquierdo. Era el último orden de pesquisas que alcanzó a imaginar. Por la tarde se desplomó en un rincón y se quedó dormido. Aunque había logrado su objetivo, el sacristán lo despertó a sacudones y lo echó fuera a la hora de cerrar la iglesia, mucho antes de que pasaran los catorce días. El paquete real se le olvidó dentro.

## Revelaciones

Cuando Fischerle apareció en la puerta vidriera guiñando vivamente el ojo, Kien lo saludó con una dulce sonrisa. La piadosa profesión que poco antes iniciara le había atemperado el alma, predisponiéndola a la invención metafórica. Se preguntó qué significaría el parpadeo de aquella luz melancólica; el torrencial flujo del amor le había hecho olvidar las señales convenidas. La fe de Kien, tan inquebrantable como su recelo ante una humanidad que profanaba libros, se lanzó por un terreno predilecto. Deploraba la debilidad de Cristo, aquel extraño despilfarrador. Multiplicación de panes y de peces, curaciones y parábolas desfilaron por su mente, y pensó en la cantidad de libros que se hubieran salvado con esos milagros. Sintió que su estado interior actual se asemejaba al de Cristo. Él hubiera hecho lo mismo en muchos casos, sólo que los objetos del amor de Cristo le parecían aberrantes, al igual que los de aquellos japoneses. Como el filólogo aún estaba vivo en él, decidió consagrarse, cuando el país volviese a la normalidad, a una exégesis textual completamente nueva de los *Evangelios*. Tal vez Cristo no se refiriera exactamente a los hombres, y una jerarquía bárbara hubiese tergiversado el sentido original de sus palabras. La inesperada aparición del *Lagos* en el *Evangelio* de San Juan daba pábulo, precisamente porque la hermenéutica tradicional la atribuía a influjos griegos, a diversas conjeturas de este tipo. Kien se sentía lo suficientemente informado como para retrotraer el Cristianismo a sus verdaderos orígenes, y aunque no fuera el primero en transmitir las auténticas palabras del Redentor a una humanidad siempre dispuesta a escucharlas, esperaba, no sin cierta convicción, que su interpretación fuera la definitiva.

Sin embargo, el juego mímico de Fischerle indicándole un peligro inminente, permaneció incomprendido. El enano repitió varias veces sus señales de alarma, guiñando alternativamente los dos ojos, y por último se abalanzó sobre Kien, lo cogió del brazo, murmuró:

—¡La policía! —La palabra más horrible que conocía— ¡corra, que yo iré delante! —Y contraviniendo su promesa, volvió a pararse en la puerta a ver qué efecto producían sus palabras. Kien echó una doliente mirada arriba, no hacia el Cielo, sino al Infierno del sexto piso, y juró regresar a aquel vestíbulo sagrado el mismo día, de ser posible. Despreciaba de todo corazón a los inmundos fariseos que lo asediaban. Como un auténtico santo tampoco olvidó, antes de poner en movimiento sus largas piernas, agradecerle al enano su advertencia con una venia tiesa, pero profunda. En caso de que faltase a sus deberes por cobardía, amenazó a su propia biblioteca con la muerte en la hoguera. De pronto constató que sus enemigos no se mostraban. ¿Qué temían? ¿La fuerza moral de sus argumentos? No estaba defendiendo pecadores, sino libros inocentes. Que le tocasen un pelo a uno solo de esos libros y ya verían quién era él. También conocía al dedillo el *Antiguo Testamento* y se reservaba la venganza.

—¡Ah, demonios que me acecháis en vuestros escondrijos! —exclamó— ¡abandono vuestro lodazal con la cabeza bien erguida! No os tengo miedo, pues detrás de mí vienen muchísimos millones. —Y señaló con el dedo a las alturas. Luego inició lentamente la huida.

Fischerle no le quitaba el ojo de encima. Le molestaba que *su* dinero pudiera ir a parar de los bolsillos de Kien a los de cualquier granuja. Temía que apareciera un nuevo adicto al Monte de Piedad, y apremió a su amo agitando nariz y brazos. La actitud dubitativa del otro le pareció garantizar su propio futuro. El tipo era, por lo visto, un hombre de carácter y se obstinaba en recuperar de esa manera —y no de otra— la famosa gratificación. Nunca pensó que fuera tan consecuente y lo encontró admirable. Se propuso promocionar los planes de aquel hombre tan voluntarioso, ayudándolo a deshacerse de su capital lo antes posible y sin mayor esfuerzo. Pero como da lástima malgastar una suma de por sí tan respetable, Fischerle tenía que evitar cualquier interferencia extraña. Lo que se hallaba en juego entre ambos hombres de carácter, los concernía a ellos dos y a nadie más. Acompañaba cada paso de Kien con una estimulante oscilación de su joroba, señaló aquí y allá algún rincón oscuro y, llevándose el índice a la boca, siguió avanzando de puntillas. Cuando un empleado —que resultó ser el Cerdo encargado de tasar los libros— pasó a su lado, Fischerle intentó un esguince y lo apuntó con la joroba. Kien también se agachó de pura cobardía. Intuyó que aquel presunto ser humano, que había bajado por la escalera un cuarto de hora antes, trabajaba como demonio allá arriba, y temió que le prohibiera pararse junto a la ventana.

Por último, Fischerle logró llevarlo hasta la plazuela, detrás de la iglesia, y lo arrastró bajo el portal.

—¡Salvados! —dijo con sorna. Asombrado ante la magnitud del peligro que acababa de correr, Kien abrazó al pequeño y le dijo con voz suave y tierna—: Si no fuera por usted...

—¡Hace tiempo que estaría en chirona! —completó Fischerle.

—¿Acaso mi comportamiento es ilegal?

—Todo lo que uno hace es ilegal. Va usted a comer algo porque tiene hambre, y lo acusan de haber robado. Ayuda usted a un pobre diablo regalándole un par de zapatos, el tío se fuga con los zapatos y lo declaran a usted cómplice. Se echa a dormir en un banco y se pasa allí diez años soñando, los tíos vienen y lo despiertan por algo que cometió hace diez años... ¡qué digo despiertan, se lo llevan! Quiere usted ayudar a un par de libros indefensos, y todo el *Theresianum* es rodeado por la policía; en cada esquina se esconde uno, ¡hubiera visto usted sus nuevos revólveres! Un Mayor dirige la operación; yo me le escurrí por entre las piernas. ¿Y qué cree que esconde para que ninguno de los señorones que pasan noten nada? ¡Una orden de captura! El Jefe superior de policía ha dado una orden de captura especial por ser usted un caballero. ¡Usted mismo sabe lo que es, no necesito decírselo! A las once en punto iban a detenerlo, vivo o muerto, en los salones del *Theresianum*. Pero una vez

fuera, ya nada puede ocurrirle. Afuera no es usted un asesino. A las once en punto. ¿Y qué hora es ahora? Las once menos tres. ¡Convéngase usted mismo!

Lo arrastró hasta el otro lado de la plaza, de donde se podía ver el reloj. No habían pasado aún dos minutos, cuando dio las once.

—¿No le dije? ¡Ya son las once! ¡Ha tenido usted suerte! ¿Se acuerda del hombre al que saludamos? Era el Cerdo.

—¡El Cerdo! —Kien no había olvidado una sola palabra del informe que Fischerle le hiciera al comienzo. No bien hubo descargado su cabeza, la memoria volvió a funcionarle de maravilla. Cerró el puño algo tardíamente y exclamó—: ¡Vampiro miserable! ¡Si lo tuviera entre mis manos!

—¡Pues alégrese de no tenerlo! Si hubiera provocado al Cerdo, lo habrían detenido antes. ¿Cree que no sentí asco al inclinarme ante ese, Cerdo? Pero tenía que advertirle; para que vea usted qué amigo tiene.

Kien siguió pensando en el aspecto del Cerdo.

—¡Y yo que lo creía un simple diablo! —dijo avergonzado.

—Y lo es. ¿Por qué un diablo no podría ser un Cerdo? ¿Le vio usted la barriga? En el *Theresianum* se rumorea que... pero mejor me callo.

—¿Qué se rumorea?

—Se va usted a enfadar si se lo digo.

—¿Qué se rumorea?

—¡Júreme que no regresará ahora mismo si se lo digo! No haría más que arruinarse y ningún libro saldría ganando.

—Bien, lo juro, ¡pero Cuente!

—¡Ha jurado! ¿Le vio la barriga?

—Sí... Pero ¿y los rumores?

—Ya vienen. ¿No notó algo raro en la barriga?

—¡No!

—La gente dice que es angulosa.

—¿Y eso qué significa? —La voz de Kien temblaba. Algo inaudito se acercaba.

—Se dice... pero déjeme agarrarlo, no vaya a hacerse daño... se dice que lo ceban con libros. Que... ¡devora libros!

Kien dio un alarido y se tiró al suelo. En su caída arrastró al enano, que se golpeó contra el adoquinado y, para vengarse, siguió hablando: «¿Qué quiere que haga?», dice el Cerdo, yo mismo se lo oí decir, «¿qué haría yo con tanta mugre?». Dijo mugre, siempre les dice mugre a los libros, pero le encanta comérselos. «¿Qué quiere que haga?», dice, «la mugre se acumula aquí durante meses, mejor aprovecho y me doy una panzada». Ha escrito un libro de cocina con muchísimas recetas y ahora busca un editor. «Hay demasiados libros en el mundo», dice, «y demasiados estómagos hambrientos. Le debo mi barriga a mi cocina», dice, «quisiera que todos tuvieran mi barriga y que los libros desaparecieran; si por mí fuera, no quedaría ni uno. Los podrían quemar, pero nadie saldría ganando. Por eso digo que es mejor

comérselos, crudos con aceite y vinagre, como una ensalada, o fritos con pan rallado, como una escalopa rebozada, con sal y pimienta, con azúcar y canela». Ciento tres recetas tiene el muy cerdo, y cada mes inventa una nueva. Pienso que es una vergüenza, ¿no cree?

Durante este discurso, que Fischerle graznó sin una sola pausa, no paró Kien de revolcarse en el suelo. Golpeaba el adoquinado con sus débiles puños como queriendo probar que hasta la dura corteza terrestre era más blanda que el hombre. Un dolor agudo le oprimía el pecho; quiso gritar, salvar, rescatar, pero en vez de su boca eran sus puños los que hablaban con voz débil. Iban golpeando un adoquín tras otro sin saltarse ni uno. Golpearon hasta sangrar; de su boca salió una espuma que fue a mezclarse con la sangre de sus puños: ¡tan cerca de la tierra estaban sus temblorosos labios! Cuando Fischerle acabó, Kien se levantó, vacilante, se aferró a la joroba y, tras mover inútilmente los labios dos o tres veces, gritó con voz penetrante a través de la plaza: «¡Ca-ní-ba-les! ¡Ca-ní-ba-les!». Estiró el brazo libre en dirección al *Theresianum*, y con un pie parteó el adoquinado que casi besara segundos antes.

Los transeúntes, pues algunos ya pasaban a esa hora, se detuvieron aterrados: su voz resonaba como la de un herido grave. Se abrieron ventanas, un perro aulló en una calleja vecina, un médico en delantal blanco salió a la puerta de su consultorio, y a la vuelta de la esquina se dejó oír la policía. Una maciza florista, cuyo tenderete estaba frente a la iglesia, fue la primera en acercarse al gritón y preguntarle al enano qué tenía el caballero. Aún llevaba en la mano unas rosas frescas y el cordel para atarlas.

—Se le ha muerto alguien —dijo Fischerle, apenado.

Kien no oyó nada. La florista ató sus rosas, se las puso a Fischerle en el brazo y le dijo:

—Déselas de mi parte.

Fischerle hizo una venia, murmuró:

—Hoy es el entierro —y la despidió con un breve gesto de su mano. Pensando en sus flores, la mujer fue de un peatón a otro diciéndoles que el caballero había perdido a su esposa. Lloraba porque su difunto esposo, muerto doce años antes, siempre le había pegado.

A él no se le hubiera ocurrido llorar por ella. Se apiadó de sí misma como si fuera ella la mujer del esmirriado caballero. El médico —que resultó ser un peluquero— movió secamente la cabeza:

—¡Tan joven y viudo! —Esperó un instante y se rió de su broma.

La florista le lanzó una mirada torva y sollozó:

—¡Las rosas se las di yo!

La historia de la esposa muerta se propagó por todo el vecindario; varias ventanas se cerraron. Un viejo verde comentó:

—¡Ya no hay nada que hacer! —Y sólo se quedó por una chica de servicio, tierna y jovencita, que hubiera querido consolar al pobre caballero. El guardia urbano no sabía qué hacer; un botones que iba a su trabajo lo había informado. Cuando Kien

reanudó sus gritos, pues la gente lo exasperaba, el custodio del orden quiso intervenir. Pero las súplicas de la florista lo hicieron desistir. Como la proximidad de la policía angustiaba horriblemente al enano, dio un salto hasta la altura de Kien, le tapó la boca, que cerró firmemente, y lo obligó a agacharse a su nivel.

Así se lo llevó —un cortaplumas semiabierto— hasta el portal de la iglesia, y exclamó:

—¡Rezar lo calmará! —Hizo una venia al público y desapareció con Kien en el templo. El perro seguía aullando en la calleja.

—Los animales siempre se dan cuenta —dijo la florista— cuando mi difunto esposo... —y le contó su historia al guardia urbano. Ahora que el señor se había ido, sintió pena por sus flores tan caras.

El buhonero acababa de iniciar sus pesquisas en el interior de la iglesia cuando apareció Fischerle en compañía de su acaudalado socio. Sentó al palo de escoba en un banco, dijo en voz alta:

—¿Está usted loco? —Echó una mirada alrededor y siguió hablando en voz baja. El buhonero estaba asustadísimo porque había estafado a Fischerle y el socio sabía con cuánto. Se alejó, a rastras, lo más que pudo, escondiéndose detrás de una columna. Allí permaneció vigilante, al amparo de la penumbra, pues una luminosa intuición le dijo para qué habían venido: a traer o a llevarse el paquete.

En la angosta penumbra de la iglesia se fue Kien recuperando lentamente. Sentía la proximidad de un ser cuyos suaves reproches lo animaban. Aunque no entendiese lo que dicho ser decía, empezó a sentirse más calmado. Fischerle se afanaba desesperadamente. Había ido demasiado lejos. Mientras desgranaba sus palabras de consuelo, trató de adivinar a quién tenía al lado. Si el tipo estaba loco, lo estaba de remate; pero si sólo se hacía, era el estafador más temerario del mundo. ¡Un estafador que deja que la policía se le acerque y no corre; al que es preciso salvar por la fuerza de las garras de la policía; que logra convencer a una florista de su miseria y hasta le saca rosas gratis; que arriesga 950 chelines sin malgastar una palabra; que escucha las mentiras de un enano jorobado sin propinarle una paliza! ¡Un campeón mundial de la estafa! Engañar a un campeón así es todo un placer: Fischerle no aguanta rivales de los que deba avergonzarse. En cualquier juego exigía adversarios de igual categoría, y como había elegido a Kien por razones financieras, lo consideraba entre sus iguales.

Sin embargo, lo trataba como a un imbécil rematado: él mismo se lo busca, por hacerse el loco. En cuanto se hubo calmado, le preguntó, para cambiarle las ideas, qué tal le había ido esa mañana.

Kien mostrose muy dispuesto a recordar momentos más felices para liberarse del horrible pesar que lo oprimía. Apoyó clavículas, costillas y otros huesos contra la columna que remataba su hilera de bancos, y sonrió con la débil sonrisa de un enfermo que, si bien se hallaba en vías de recuperación, precisaba aún muchísimos cuidados. Y Fischerle estaba dispuesto a prodigárselos. Es un placer mantener vivo a un rival así. Se trepó al banco, se arrodilló y pegó una oreja a la boca de Kien lo más

que pudo: alguien podría oírlos.

—Para que no haga tanto esfuerzo —le dijo. Pero a Kien nada le parecía natural. Cualquier gesto amable en un ser humano era para él un milagro.

—Usted no es un ser humano —suspiró afectuosamente.

—Lo siento, pero un tullido no es un ser humano.

—El único tullido es el ser humano —replicó Kien, intentando alzar la voz. Como ambos se miraron de hito en hito, olvidó lo que había que callarle al pequeñuelo.

—No —dijo Fischerle— el ser humano no es tullido, si no, yo sería un ser humano.

—No permito que diga eso. ¡El hombre es la única, bestia! —exclamó Kien, entre conminatorio e imperativo.

A Fischerle lo divertía mucho esta escaramuza, pues por tal la tomaba.

—¿Por qué entonces nuestro Cerdo es un Hombre? —¡Ya está: lo había agarrado! Kien dio un respingo: era invencible.

—¡Porque los cerdos no pueden defenderse! ¡Protesto contra semejante abuso! ¡Los hombres son hombres y los cerdos, cerdos! ¡Todos los hombres no son sino hombres! ¡Su Cerdo es un hombre! ¡Ay del hombre que presuma ser cerdo! ¡Lo aplastaré! ¡Ca... ní... ba... les! ¡Ca... ní... ba... les!

Las furiosas lamentaciones retumbaron en la iglesia, aparentemente vacía. Kien siguió gritando. Fischerle, al que había cogido de sorpresa, se sentía inseguro en las iglesias. Estuvo a punto de arrastrar de nuevo a Kien hasta la plaza. Pero allí había policías. Aunque la iglesia se derrumbase, él no pensaba echarse en brazos de la policía. Fischerle sabía historias horrorosas de judíos sepultados bajo iglesias que se derrumbaban por estar ellos dentro. Se las había contado su mujer, la Rentista, porque era muy piadosa y quería convertirlo a su fe. Pero él no creía en nada, salvo que un «judío» es uno de esos criminales que llevan en sí mismos su castigo. En su desconcierto se miró las manos, que mantenía siempre a la altura de un imaginario tablero de ajedrez, y advirtió que había aplastado las rosas con su brazo derecho. Las recogió y graznó:

—¡Rosas! ¡Qué preciosas! ¡Rosas! ¡Qué preciosas!

La iglesia se fue llenando de rosas que graznaban: de lo alto de la nave central, desde las naves laterales, del coro, del portal, de todas partes volaron hasta Kien los rojos pajarracos.

(Muerto de miedo, el buhonero seguía acurrucado detrás de su columna. Comprendió que se trataba de una riña entre ambos socios y se regocijó, porque al pelear seguro que se les caería el paquete. Sin embargo, hubiera preferido verlos fuera: el ruido era ensordecedor, la gente podría arremolinarse y, como en esos casos suelen presentarse hampones, temió que le robaran su paquete).

Los caníbales de Kien fueron ahogados por las rosas. Su voz, debilitada ya por los esfuerzos anteriores, no pudo competir con la del enano. No bien tomó conciencia de la palabra «rosas», interrumpió su griterío y, entre confuso y asombrado, se volvió

hacia Fischerle. ¿De dónde salían esas flores? Él estaba en otro sitio; las flores son inofensivas, viven de agua y luz, de tierra y aire; no son seres humanos ni atacan a los libros; son devoradas y perecen por culpa del hombre; las flores necesitan protección, hay que protegerlas de hombres y animales: ¿dónde está la diferencia? Bestias, bestias por todas partes; unas comen plantas y otras libros, el único aliado natural de un libro es una flor. Asíó las rosas de la mano de Fischerle, recordó su suave aroma, que conocía por poemas de amor persas, y se las llevó a los ojos: es verdad, olían. Eso lo calmó por completo y dijo:

—Puede usted decirle Cerdo, si gusta. ¡Pero no me insulte a las flores!

—Se las traje yo mismo para usted —declaró Fischerle, feliz, de no tener que gritar más en una iglesia—. Me han costado una fortuna. Usted las ha aplastado con sus gritos. ¿Qué culpa tienen las pobres de que haya hombres así? —Optó en lo sucesivo por darle la razón a Kien en todo. Contradecirlo era muy peligroso. Esa temeridad podría dar con él en la comisaría. Exhausto, el obsequiado se dejó caer nuevamente en el banco, volvió a apoyarse en su columna y, mientras movía las rosas de un lado a otro ante sus ojos, con la misma precaución que si fueran libros, empezó a contarle los felices acontecimientos de la mañana.

La época en que, tranquilo y sin recelo, rescataba víctimas en ese luminoso vestíbulo del que nadie se escapaba, le parecía tan lejana como su juventud. Vio claramente ante él a los seres que ayudó a volver al buen camino como si sólo hubiera transcurrido una hora, y él mismo se asombró de la precisión de su memoria, que esta vez se superaba a sí misma. «Cuatro grandes paquetes hubieran recalado en el estómago del Cerdo o sucumbido en un futuro incendio. Yo logré salvarlos. ¿Debo acaso jactarme? No lo creo. Me he vuelto más modesto. Y entonces, ¿por qué le cuento todo esto? Tal vez para que usted, cuyo lema es todo o nada, reconozca el valor de una obra de misericordia, por mínima que sea». En estas palabras se aspiraba el aire puro que sigue a la tormenta. Su lenguaje, por lo general duro y seco, adquirió en ese momento una sonoridad dulce y melodiosa. Una gran quietud reinaba en la iglesia.

Kien hacía una pausa entre frase y frase para luego retomar, en voz baja, el hilo de su historia. Le habló de los cuatro descarriados que recibieron su apoyo. Sus figuras se esfumaron levemente tras los nítidos contornos de sus paquetes, que describió en primer término: papel, forma y supuesto contenido. En ningún caso lo verificó realmente. Los paquetes eran tan limpios y sus portadores tan tímidos y modestos que no les quiso cortar la retirada. ¿Qué sentido tendría su labor redentora si él fuera duro? Salvo el último, todos eran criaturas de una extraña bondad, que trataban con cuidado a sus amigos y pedían gruesas sumas por quedarse con ellos. De arriba hubieran vuelto sin empeñar un solo libro: su firme decisión se les veía en la cara. Pero a él sí le aceptaron el dinero y se alejaron en silencio, profundamente emocionados. El primero, sin duda un obrero, lo insultó al oír sus preguntas: debió creerlo un comerciante. ¡Nunca palabras duras le parecieron tan suaves! La segunda



fue una dama cuyo aspecto le recordó a alguien conocido; lo tomó por uno de los demonios burlones que allí atendían y se ruborizó, pero guardó silencio. Poco después vino un ciego que tropezó con una mujer de aspecto muy vulgar, casada con uno de los diablos de la entrada. Se salvó de sus brazos aferrándose al paquete que llevaba y, con una seguridad pasmosa, se detuvo ante su protector. Ver a un ciego con libros es un espectáculo conmovedor: se aferran desesperadamente a su único consuelo, y algunos, no muy interesados en la escritura Braille por lo poco que hay impreso en ella, jamás renuncian ni se dicen la terrible verdad. No es raro verlos ante un libro abierto, impreso en caracteres normales: se engañan a sí mismos, imaginándose que leen. Ese tipo de ciegos es bastante escaso, y si alguien merece ver la luz del día, sin duda son ellos. Por ellos desearíamos que las letras mudas hablaran. Las exigencias del ciego fueron las más altas, pero él, por delicadeza no podía decirle esas cosas, le pagó insinuándole que era por lo de aquella mujer irrespetuosa. ¿Para qué recordarle su desgracia? Si quieres consolarlo, muéstrale su lado feliz. Si tuviera una mujer, el pobre se pasaría la vida tropezando y perdiendo el tiempo con ella, porque así son las mujeres. El cuarto, un ser insignificante y menos cariñoso con los libros, que temblaban en sus brazos, le pidió muy poco —como era de esperar— y dejó entrever en sus palabras un toque de vulgaridad.

De este informe dedujo el enano que nadie le había escamoteado un céntimo, lo que lo hubiera ofendido muchísimo. Confirmó la apariencia vulgar del último personaje, con el que, dijo, se había cruzado en la puerta. Se trataba sin duda de algún mercachifle que regresaría mañana. Habría que echarle mano.

El buhonero oyó estas últimas palabras; se había acostumbrado al timbre de las voces. Cuando la ruidosa disputa se calmó, avanzó hacia ellos con curiosidad, aunque lentamente, y llegó justo cuando hablaban de él. Lo indignó la falsedad del enano, y no bien los socios abandonaron la iglesia, reanudó su labor con renovado ahínco.

Fischerle decidió hacer un sacrificio enorme. Condujo a Kien hacia el hotel más cercano —tenía que estar en forma para el día siguiente—, y reprimió su mal humor ante la succulenta propina que el otro dio de su dinero. Cuando Kien pagó el importe de las dos habitaciones —aunque una sola hubiera sido suficiente—, añadió el 50 % de la suma total en propinas —como si Fischerle aprobase esa locura tocante a su propio cuarto—, y, consciente de su culpa, lo miró sonriendo a la cara; el enano lo habría abofeteado. ¿No eran superfluos esos gastos? ¿Qué diferencia había entre darle uno o cuatro chelines de propina al portero? De cualquier forma, en pocos días tendría todo el capital en su bolsillo, rumbo a América. El portero no se hará rico con esa miseria; Fischerle se la perdía. ¡Y encima tenía que ser amable con un hipócrita como ése! Seguro que su amo lo desafiaba para que, estando ya muy cerca de la meta, perdiera los estribos y provocara él mismo su despido. ¡Dios lo libre! Aquella noche volvería a extender los papeles y amontonar los libros, le daría las buenas noches y se dejaría poner esos nombres absurdos antes de dormirse. Y mañana se levantaría a las seis, hora en que hasta las putas y los asesinos duermen, empaquetaría

los libros y volvería a hacer su teatro. La peor partida de ajedrez le resultaba más *grata*. El larguirucho no irá a pensar, sin duda, que Fischerle cree en esos libros imposibles. Lo hace sólo porque lo respete; pero Fischerle le mostrará respeto mientras le haga falta, ni un segundo más. No bien reúna el dinero del viaje, le diría lo que piensa. «¿Sabe qué es usted, caballero?», le gritaría «¡un vulgar caballero de industria! ¡Así como lo oye: un caballero de industria!». Agotado por las emociones matinales, pasó Kien toda la tarde en cama. No se desvistió por no dar mucha importancia a una siesta intempestiva. A las reiteradas preguntas de Fischerle sobre si podía empezar ya con los libros, se encogió de hombros con indiferencia. El interés por su biblioteca privada, que en cualquier caso estaba a buen recaudo, había disminuido en forma notable. Fischerle notó el cambio. Sospechó un ardid que había que evitar, o una fisura por la que podría darle algunos golpes, breves pero contundentes. Le preguntó varias veces por los libros. ¿No le pesarían demasiado al señor bibliotecario? Ni su cabeza ni los libros estaban acostumbrados a esa posición. No es que quisiera entrometerse, pero tampoco aprobaba aquel desorden craneano. ¿Por qué no pedir siquiera más almohadas hasta que la cabeza quede en posición vertical? Si Kien movía la cabeza, el hombrecito gritaba, con todos los signos del espanto:

—¡Por Dios, tenga cuidado! —Una vez saltó incluso hasta él y apoyó sus manos bajo la oreja derecha para coger varios libros—. ¡Se están cayendo! —le dijo en tono de reproche.

Poco a poco fue poniendo a Kien en la disposición anímica que deseaba. Éste recordó sus deberes, se prohibió cualquier palabra superflua y permaneció acostado, tieso e inmóvil. ¡Si el enano se callara! Sus palabras y miradas lo hacían sentirse incómodo, como si la biblioteca peligrara de verdad, lo que no era cierto. La precaución exagerada resulta dolorosa. Además, aquel día le pareció más apropiado pensar en todos aquellos millones cuya vida estaba amenazada. Fischerle era demasiado meticuloso. Se preocupaba mucho de su cuerpo —sin duda debido a la joroba— y transfería esa inquietud al de su amo. Llamaba a las cosas por el nombre que era preferible silenciar, y se aferraba a los cabellos, ojos y orejas. ¿Para qué? Es evidente que en una cabeza entran muchísimas cosas; sólo los seres mezquinos se preocupan del aspecto exterior. Hasta entonces nunca había sido cargoso.

Pero Fischerle no lo dejaba en paz. La nariz de Kien empezó a moquear y, tras dejarla inmóvil un buen rato, decidió, por puro amor al orden, atacar la gruesa y pesada gota que colgaba de la punta. Sacó un pañuelo del bolsillo y se aprestaba a sonarse, cuando Fischerle sofocó un grito:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Espéreme, ya voy! —Le arrancó el pañuelo de la mano, pues él mismo no tenía, se acercó con gran cautela a la nariz y le enjugó la gota como si hubiera sido una perla valiosísima—. ¿Sabe una cosa? —dijo—. ¡Con usted yo no me quedo! ¡Ya iba a sonarse y los libros se le hubieran salido por la nariz! ¡Prefiero no decirle cómo hubieran quedado! ¡No tiene usted corazón para con sus libros! ¡Con un

tipo así yo no me quedo! —Kien enmudeció. En el fondo le daba la razón. Y, justamente por eso, su tono insolente lo exasperó aún más. Le pareció oírse a sí mismo por boca de Fischerle. Bajo la presión de unos libros que ni siquiera leía, el enano iba cambiando visiblemente. La vieja teoría de Kien se vio así brillantemente confirmada. Sin darle tiempo a preparar una respuesta, Fischerle siguió graznando: la pasividad de su amo lo asombraba. Él mismo no arriesgaba nada y al chillar descargaría toda la ira provocada por aquella escandalosa propina—. ¡Imagínese que yo me suene! ¿Qué diría usted? ¡Me despediría en el acto! Un hombre inteligente no se porta así. Mucho de rescatar libros ajenos y trata a los suyos como a perros. Un buen día se quedará sin un real; en fin, eso no importa, pero ¿qué haría si se quedara sin libros? ¿Quiere usted mendigar en su vejez? Yo no. ¡Y así pretende ser el gremio de libreros! ¡Míreme! ¿Soy yo un gremio de libreros? ¡No! ¿Y cómo trato a los libros? Impecablemente, como un ajedrecista trata a la reina o una puta a su rufián, ¿cómo le diría?... a ver si me entiende: ¡como una madre a su niño de pecho! — Intentó recuperar su antiguo lenguaje, pero no le salía. Sólo se le ocurrían palabras distinguidas, y como eran distinguidas, se dijo: «¡También valen!» y quedó tan contento.

Kien se levantó, se le acercó y, no sin dignidad, le dijo:

—¡Es usted un jorobado insolente! ¡Salga ahora mismo de mi cuarto! ¡Queda despedido!

—¡Con que además es ingrato! ¡Judío marrano! —gritó Fischerle—. ¡No cabe esperar otra cosa de un judío marrano! ¡Salga ahora mismo de mi cuarto o llamo a la policía! Soy yo el que ha pagado. ¡Devuélvame lo que he gastado o lo denuncio! ¡Rápido!

Kien vaciló. Tenía la impresión de haber pagado él mismo, pero en cuestiones de dinero nunca estaba seguro. También le pareció que el enano quería engañarlo; pero aunque despidiera a su fiel criado, quería al menos tomar en serio sus consejos y no poner más en peligro a los libros.

—¿Qué ha pagado usted por mí? —preguntó, y el tono de su voz pareció aún más incierto.

Fischerle, que de pronto volvió a sentir todo el peso de su joroba, respiró profundamente y, como todo le iba mal, como quizá nunca fuese a América, como su propia estupidez era culpable de esta crisis, como se odiaba a sí mismo, su pequeñez, su mezquindad, su mezquino futuro, su derrota poco antes de la victoria, su mísero salario (comparado con el majestuoso total que hubiera ganado fácilmente en pocos días); como hubiera querido coger ese primer salario, una bagatela que le importaba un rábano, y tirárselo a Kien por la *cabeza* (lo que hubiera sido una lástima) junto con su maldita biblioteca: por todo eso renunció también al importe de la habitación y a la propina del portero. Y exclamó:

—¡Renuncio a todo! —La frase le costó tal esfuerzo que el tono en que la dijo le confirió más dignidad que a Kien toda su altura y su rigor. Esa renuncia se hacía eco

de su dignidad humana ofendida y de la conciencia de ser incomprendido pese a sus buenas intenciones. Kien, entonces empezó a entender. Aún no le había dado un solo real a cuenta de su sueldo, seguro que no; nunca habían tocado el tema y ahora, en vez de reclamar cuando menos sus gastos, el enano renunciaba. Lo despidió porque esa noble preocupación por su biblioteca lo llevó a usar palabras indecentes. Y él, encima, le decía jorobado. Pocas horas antes, ese mismo jorobado le había salvado la vida cuando toda la policía de la capital lo andaba persiguiendo. Al enano le debía no sólo su organización y seguridad, sino incluso la idea de hacer obras misericordiosas. Por negligencia se había echado en esa cama sin acostar previamente a sus libros, y cuando su criado le recordó, como era su deber, la incómoda posición y el peligro que éstos corrían, él lo echó de su cuarto. No, tampoco había caído tan bajo como para seguir pecando contra el espíritu de su biblioteca por pura terquedad. Puso una mano en la joroba de Fischerle y se la presionó con cariño, como diciéndole: no te preocupes, otros tienen su joroba en el cerebro. ¡Qué absurdo!, esos otros no existen, porque los otros no son más que hombres. Sólo nosotros dos, seres felices, somos diferentes. Y ordenó:

—¡Ya es hora de desempaquetar, querido señor Fischerle!

—Así me parece —replicó el enano sofocando sus lágrimas con gran esfuerzo. América surgió ante él, gigantesca y más joven que nunca; y un mezquino estafador como Kien jamás podría ahogarla.

## Muerta de hambre

Una pequeña fiesta conciliatoria volvió a acercarlos. Aparte de su común amor por la cultura, o, en otras palabras, la inteligencia, ambos habían compartido ya una serie de aventuras. Kien le habló por primera vez de su mujer, una loca a la que tenía encerrada en casa, donde era inofensiva. Ciertamente es que también guardaba ahí su enorme biblioteca, pero como su mujer nunca mostró el más mínimo interés por los libros, era poco probable que, en su locura, fuera consciente de lo que la rodeaba. Un ser sensible como Fischerle comprenderá sin duda su aflicción al verse lejos de su biblioteca. Pero no hay libro en el mundo mejor protegido que por esa demente, añadió, cuya única obsesión era el dinero. Él llevaba consigo lo esencial; y señaló las pilas de libros que yacían por tierra. Fischerle asintió respetuosamente.

—¡Sí, sí! —siguió diciendo Kien—. Usted no se imagina la de gente que sólo piensa en el dinero. Bello gesto de su parte el de rechazarlo, incluso el que se gana honestamente. Quisiera demostrarle que mis recientes invectivas contra su persona no fueron sino el producto de un capricho, o incluso de mi mala conciencia. Quisiera desagraviarlo por los insultos que, en silencio, tuvo usted que aguantar. Considere, pues, como un desagravio lo que le estoy diciendo sobre la realidad de este mundo. Créame, querido amigo, hay hombres que no piensan en el dinero sólo de vez en cuando, sino siempre: ¡a cada hora, minuto y segundo de sus vidas! Yendo más lejos, me atrevería a afirmar que ese dinero, a veces, es ajeno. La gente así a nada le teme. ¿Sabe usted lo que mi esposa quería arrebatarme?

—¡Un libro! —gritó Fischerle.

—Eso aún se entendería, aunque sea un delito gravísimo. No: ¡un testamento!

A Fischerle le habían contado casos similares. El mismo conocía a una mujer que intentó hacer algo parecido. Por corresponder a la confianza de Kien le contó la misteriosa historia en un susurro, rogándole encarecidamente que jamás lo traicionase, ya que su cabeza estaba en juego. No menor fue la sorpresa de Kien al enterarse de quién era la protagonista: la propia mujer de Fischerle.

—Ahora puedo confesárselo —exclamó— en cuanto la vi, su mujer me recordó a la mía. ¿Se llama Teresa, verdad? Como no quise herir sus sentimientos aquel día, me guardé mis impresiones.

—No, se llama la Rentista; no tiene otro nombre. Cuando aún no era Rentista, le decían la Flacucha, por lo gorda que era. Salvo el nombre, todo lo demás coincidía.

La historia del testamento Fischerle despertó a Kien toda suerte de sospechas. ¿No sería Teresa una *barragana*, clandestina? De ella cabía esperar cualquier cosa. Con el pretexto de acostarse temprano, ¿no pasaría las noches en algún *Cielo*? Recordó la horrible escena en que se desnudó en su presencia y barrió los libros del diván al suelo. Sólo una *barragana* es capaz de tanta desvergüenza. Mientras Fischerle iba hablando de su mujer, Kien fue comparando los detalles —enfermedad, letanía, intento de asesinato— con los que conocía ya por Teresa y le había contado al

enano minutos antes. No cabía duda: de no ser idénticas, las dos féminas eran con seguridad hermanas gemelas.

Más tarde, cuando en un raptó de confianza Fischerle le propuso el tuteo y, trémulo de amistad, esperaba su respuesta, Kien no sólo decidió satisfacer este deseo, sino que prometió dedicarle su próximo trabajo importante, tal vez su revolucionaria tesis sobre el *Logos* en el *Nuevo Testamento*, aunque el enano no fuera un erudito y tuviese toda su educación por delante. En el curso de la fiesta conciliatoria, Fischerle se enteró de que en su país había gente que hablaba el chino mejor que los mismos chinos y una docena de lenguas más.

—Ya me lo suponía —dijo. Este hecho, de ser cierto, lo hubiera impresionado realmente. Pero no se lo creyó. De todos modos, ya era meritorio que un hombre simulase tanta inteligencia.

Apenas empezaron a tutearse, su solidaridad no tuvo límites. Elaboraron todo un plan de redención para los días siguientes. Fischerle calculó que el capital se *agotaría* en una semana exacta: podría presentarse gente con libros más valiosos y ¿cómo dejar que se perdieran sin hacerse acreedor a la pena de muerte? Pese a los molestos cálculos, a Kien lo fascinaron sus palabras. En cuanto se les agotase el capital, tomarían medidas más enérgicas, añadió el enano con expresión grave. Pero no reveló el sentido real de sus palabras. A título informativo le explicó a Kien los planes inmediatos. La misión se iniciaría a las 9 y 30 y concluiría a las 10 y 30. A esa hora, la policía suele ocuparse de otras cosas. Fischerle sabía, por experiencias anteriores^ que los guardias se retiran diariamente a las 9 y 20 del *Theresianum* y vuelven a sus puestos a las 10 y 40. Las detenciones se practican sobre las 11; el amigo recordará sin duda lo que estuvo a punto de ocurrirle esa mañana. Claro que Kien se acordaba; el reloj de la iglesia daba justo las once cuando alzaron la mirada.

—¡Eres un observador de primera, Fischerle! —le dijo.

—Mi estimado amigo, ¿cuando se vive tanto tiempo entre la plebe! Vivir allí no es divertido; no hay honestidad que se resista (salvo, claro está, la mía), pero uno adquiere experiencia.

Kien cayó en la cuenta de que el enano tenía justo lo que a él le faltaba: un conocimiento de la vida práctica hasta en sus últimas ramificaciones.

A las nueve y media en punto de la mañana siguiente estaba ya en su puesto, aligerado, aliviado y con mucho ánimo. Se sentía aligerado porque llevaba menos sabiduría consigo: Fischerle se había hecho cargo del resto de la biblioteca.

—¡Fíjese cuánto entra en mi cabeza! —dijo bromeando—, ¡y si falta espacio echaré un poco en mi joroba! —Se sentía aliviado porque el horrible secreto de su esposa ya no le pesaba; y con mucho ánimo porque estaba a las órdenes de otro. Fischerle se despidió de él a las 8 y 30: quería efectuar un breve reconocimiento. Si no volvía, es que todo estaba en perfecto orden.

Detrás de la iglesia encontró a sus empleados. Aunque despedida, la Fischerla volvió a presentarse. Esta vez llevaba la nariz unos centímetros más alta que de

costumbre. El jefe le debía veinte chelines y de ella dependía recordárselo. Tomando esta deuda como pretexto, se atrevió a acercársele. El manobrero se quejó de su mujer. En vez de contentarse con los 15 chelines que le diera reclamó en seguida los 5 restantes. Lo sabía todo. Por eso él la respetaba. Esa mañana lo despertó muy temprano reclamándole los chelines que se había bebido.

—Es lo que pasa —dijo el ciego, que llevaba dos horas yendo de un lado a otro detrás de la iglesia, y ni siquiera había tomado su café matinal— es lo que pasa cuando no se tiene más que *una* mujer.

Luego se informó sobre la mujer del manobrero. Su peso lo dejó pensando y se calló. El buhonero, al que el sacristán arrancara la víspera de su dormir sin sueños, sólo recordó en ese momento el paquete que había olvidado bajo el banco. Angustiadísimo, aunque sólo fueran libros, fue a buscarlo y lo encontró. Fischerle estaba ya fuera y lo saludó con una breve contracción de la nariz.

—Señoras y señores —empezó el jefe— no hay un minuto que perder. Hoy es un día importante. Nuestra empresa prospera a un ritmo vertiginoso. Las transacciones aumentan. En cuestión de días seré un hombre rico. ¡Cumplan su deber y no me olvidaré de ustedes! —Al manobrero le lanzó una mirada inexpresiva, al ciego, una prometedora, a la Fischerla, una de perdón, y al buhonero, una despreciativa—. Mi socio llegará en media hora. Entretanto les daré instrucciones para que sepan cómo actuar. ¡El que no las sepa será despedido!

Los fue llamando uno por uno en el mismo orden de la víspera y les repitió las sumas —notablemente más altas— que debían pedir hoy.

El socio no reconoció al manobrero; lo cual no era de extrañar, ya que el tipo tenía una boñiga reluciente en vez de cara. A la Fischerla le preguntó si no había estado ahí ayer; a lo que ella, siguiendo instrucciones, estalló en improperios contra su doble: aquella desalmada llevaba años empeñando libros, mientras que ella era la primera vez que lo *hacía*... Kien le creyó porque su indignación le gustaba, y pagó la cantidad exigida.

En el ciego puso Fischerle su más firme esperanza de lucro.

—Dígale primero cuánto quiere. Luego espere unos minutos. Si ve que se lo piensa mucho, písele los callos hasta que lo escuche y susúrrele al oído: «*Le traigo un cordial saludo de su esposa Teresa: ha muerto*». —El ciego quiso averiguar más sobre ella y lamentó que la muerte le hubiera arrebatado un peso sin duda succulento. Lamentaba a toda mujer muerta; por los hombres, aunque hubiesen muerto, no sentía la menor compasión. Las mujeres gordas que ya no pudieran ser suyas lo convertían, en sus días de suerte, en un profanador de cadáveres, y cuando le echaban botones, en un simple poeta. Ese día, Fischerle cortó sus preguntas prometiéndole un futuro sin botones—. ¡Primero deshágase de los botones, mi estimado, y después piense en las mujeres! ¡Botones y mujeres son incompatibles! —Con tales perspectivas, le fue fácil llevarle a Kien el cadáver de Teresa. Su nombre no fue olvidado entre el mercado de heno que había detrás de la iglesia, y el vestíbulo de la sección libros. Desde que lo

hirieron en la guerra, la inteligencia y la memoria se le agotaban al ciego con el nombre y el aspecto de las mujeres. Cuando apareció en la puerta vidriera, con los ojos bien abiertos sobre las nalgas de Teresa desnuda, soltó en seguida su nombre, se abalanzó hacia Kien y, cumpliendo las órdenes de su jefe, le pisó tardíamente los callos.

Kien empalideció. La vio venir. Se había escapado. Su falda azul resplandece. ¡La muy loca la había azulado y almidonado, almidonado y azulado! Y él, Kien, está amoratado y sin fuerzas. Lo anda buscando, lo necesita, necesita reponer fuerzas para su falda. ¿Dónde está la policía? Hay que encerrarla en seguida, es un peligro público, ha dejado la biblioteca sola, ¡policía, policía!, ¿por qué no hay policías?, ¡ah!, la policía no llega hasta las 10 y 40, ¡qué desgracia! Si Fischerle estuviera aquí, él, al menos, no tiene miedo, por algo se casó con la hermana gemela, él sí que sabe, ya ajustará cuentas con ella, la liquidará, la falda azul, ¡qué horror!, ¡qué espanto!, ¿por qué no se muere?, ¿por qué no se muere? Que se muera de una vez, en la puerta vidriera, antes de que lo alcance, antes de que le pegue, antes de que abra la boca; diez libros si se muere: cien, mil, media biblioteca, toda la que lleva Fischerle en la *cabeza*, pero que se muera para siempre; es mucho, jura que está dispuesto a dar toda su biblioteca por verla muerta, ¡muerta, muerta, irremisiblemente muerta!

—Por desgracia ha muerto —declaró el ciego con auténtica aflicción— y le envía un cordial saludo.

Kien se hizo repetir la buena nueva unas diez veces. Los detalles no le interesaban, apenas si podía hartarse con la simple noticia: se pellizcó los huesos y repitió su propio nombre para convencerse. Cuando vio que no era un malentendido, ni un sueño, ni una confusión, preguntó al caballero si era cierto y cómo lo sabía. La gratitud lo hizo ser cortés.

—Teresa ha muerto y le envía un cordial saludo —repitió el ciego, irritado. Al ver a ese hombre, su sueño adelgazó. Aunque lo supiera de buena fuente, dijo, no podía nombrarla. Por el paquete pedía 4.500 chelines. Pero tendría que llevárselo.

Kien se apresuró a lavar su culpa con dinero. Temió que ese hombre le reclamase la biblioteca prometida. Por suerte, Fischerle se la había llevado entera esa mañana. A Kien le hubiera sido imposible cumplir su voto en el acto: no estando ahí el enano ¿de dónde sacaría los libros? En cualquier caso, pagó rápidamente para que el mensajero de su dicha se desvaneciera. Si Fischerle, cuyo paradero desconocía, husmeaba por azar algún peligro, vendría a prevenirlo y entonces sí que adiós biblioteca. Jurase o no, una biblioteca vale más que cualquier juramento.

El ciego contó el dinero lentamente. Con sumas tan enormes no vendría mal una propina. Podría pedirle algo, pero ya no era un mendigo: trabajaba en una empresa de gran capacidad financiera. Quería a su jefe porque había puesto coto a esa engañifa de los botones. Si, por ejemplo, le diese cien chelines de propina, se compraría varias mujeres a la vez. Al jefe no le importaría. Siguiendo su vieja costumbre, le tendería su mano vacía diciéndole que él no era mendigo, pero que si no tenía



inconveniente... Kien clavó los ojos en la puerta; le pareció que se acercaba una sombra. Poniéndole al hombre un billete en la mano —de pura casualidad eran cien chelines—, lo apartó con el brazo y le imploró:

—¡Váyase en seguida, por favor, rápido, rápido!

El ciego no tuvo tiempo de lamentar su incompetencia; le hubiera podido pedir más, pero las consecuencias de su buena suerte lo preocupaban demasiado. Hablando en voz alta se llegó hasta donde estaba Fischerle, a quien le interesaba más saber el resultado de su ardid que oír las tiernas palabras del ciego, exultante de amor y de dinero. Dudó un poco antes de quitarle los billetes de la mano y no se los arrancó: para ver una suma ridícula y llevarse una decepción había tiempo. Su asombro no tuvo límites al constatar el cien por ciento de éxito. Contó varias veces la suma, repitiendo: «¡Eso se llama voluntad! ¡Qué carácter el del tipo! Mi querido Fischerle, has de ir muy al tanto con un tipo así». El ciego relacionó lo de carácter con su persona y recordó los cien chelines que llevaba en la mano izquierda. Se los plantó al enano en la nariz y exclamó:

—¡Mire qué propina, jefe! ¡Y no crea que se la pedí! ¡Un tipo que da cien chelines de propina es un buen tipo!

Y sucedió que, por primera vez desde que dirigía su flamante empresa, Fischerle dejó que se le fuera parte del botín: ¡tanto lo inquietaba el carácter de su enemigo!

En ese momento se acercó el buhonero, que, como la víspera, era el último. Su rostro atribulado irritó al ciego. Pero éste, bondadoso por naturaleza, le aconsejó que pidiera una propina. El jefe lo oyó. Y en cuanto tuvo a su lado al buhonero, esa pérfida serpiente que sólo pensaba en su provecho, despertó automáticamente de su sueño y le espetó:

—¡Pobre de usted si se atreve!

—¡Cómo se le ocurre! —declaró la víctima.

Desde el día anterior, y pese al breve sueño, estaba muy alicaído. Se dio cuenta de que por la fuerza nada sacaría. Seguía firmemente convencido de que el paquete real estaba en la iglesia, pero tan bien oculto que nadie daría con él. Por eso abandonó esta vía y enfiló una nueva. ¡Quién pudiera reducirse a las dimensiones de Fischerle para leerle el pensamiento! ¡Él se hubiera reducido incluso más, hasta hallar cabida en el misterioso paquete y dirigir su venta desde dentro! «Debo estar loco», se dijo, «pues no hay nadie más pequeño que un enano, nadie». Pero no puso en duda que la estatura de ese enano guardaba relación con el escondite del paquete. Era demasiado inteligente. Mientras los demás dormían, él estaba despierto. Sumando las horas de sueño y de vigilia se obtenía el porcentaje en que su inteligencia superaba a la de los demás. Él lo sabía, era demasiado inteligente para no saberlo; pero hubiera preferido poner coto a tanta inteligencia —por catorce días, pongamos— y pasar todo ese tiempo durmiendo, como los demás, en esos sanatorios con todo el confort moderno. Un hombre como él deambula siempre y oye todo tipo de conversaciones; los demás también las oyen, pero las olvidan durmiendo; él no, porque no puede dormir; por eso

retiene cada palabra.

A espaldas de Fischerle, el ciego le hacía signos, blandiendo en alto el billete de cien chelines y repitiendo con los labios lo de la propina. Temía que el buhonero volviese contrariado, pues deseaba discutir con él sobre sus mujeres. El jefe no entendía de esas cosas, no era más que un enano deforme. Al manobrero lo acobardaba su esposa; no salía con otras y aparte de su mujer sólo le interesaba la bebida. A los otros ni hablarles de su nuevo puesto; todos querían su tajada y no le dejarían *ni una* mujer en la mano. El buhonero es el *único*. No dice una palabra cuando se discute algo con él; sabe callarse, es con quien mejor se puede hablar.

Entretanto, el *único* estaba pensando en su misión. Tendría que pedir la fabulosa suma de dos mil chelines. Si el socio le pregunta si ya había estado ayer, él le diría: «Sí, por supuesto, y con el mismo paquete. ¿No se acuerda de mí?». Si por casualidad ve al larguirucho de mal humor, más vale que se retire volando y sin el dinero, pudiendo dejar incluso el paquete, en caso de urgencia. El larguirucho suele contar hasta dos antes de sacar su revólver y disparar.

El paquete no importaba. Los libros que contiene no son tan valiosos. Fischerle arreglaría cuentas con su socio cuando éste volviese a la normalidad y se pudiese hablar con él. De este modo diabólico pensó el enano liberarse del buhonero. Se imaginó a Kien furioso e indignado por la suma exigida y la reaparición del buhonero con los mismos libros. Se vio a sí mismo, Fischerle, encogiéndose de hombros y despidiendo a su empleado con una amable sonrisa. «No quiere verlo más. ¿Qué puedo hacer? Lamento tener que despedirlo. Afirma que usted lo ha insultado. ¿Qué le habrá hecho? Ahora ya es inútil. Puede usted irse. Cuando consiga otro socio volveré a contratarlo; en uno o dos años, digamos. Hasta entonces, cuídese usted; ya veré qué puedo hacer por usted. Tengo debilidad por los buhoneros. Él sostiene que es usted un tipo vulgar, una pérfida serpiente que sólo piensa en su provecho. Ignoro a qué se refiere. Y ahora, váyase».

Fischerle había calculado todo, pero subestimó el efecto que en Kien produciría la noticia de la muerte de Teresa. El buhonero se encontró a un socio turbadísimo y que sonreía constantemente, incluso ante los negocios más serios, que le pagó sonriendo la cuantiosa suma y por último declaró, no sin esbozar una fina sonrisa:

—Su cara me es conocida.

—La suya también —replicó el buhonero en tono grosero. Ya estaba harto de que le sonriera: o el socio se burlaba de él o estaba loco. Como manejaba sumas tan elevadas, la primera hipótesis le pareció la más probable.

—¿De dónde lo conozco? —preguntó Kien sonriendo. Sintió la necesidad de hablar de su felicidad con algún ser inofensivo, al que no le hubiera prometido la biblioteca y que no lo conociera.

—Nos conocemos de la iglesia —replicó el buhonero, desarmado por el amable interés del caballero. Quiso ver cómo reaccionaba un hombre rico al oír la palabra iglesia. Tal vez le traspasara todo el negocio.

—De la iglesia —repitió Kien— sí, claro, de la iglesia. —No tenía idea de qué iglesia hablaban—. Debo decirle que mi esposa ha muerto —su enjuto rostro se iluminó. Se inclinó hacia adelante: el buhonero retrocedió involuntariamente y le miró angustiado manos y bolsillos. Las manos estaban vacías; los bolsillos, quién sabe... Kien lo siguió y, frente a la puerta vidriera, asió por el hombro a la temblorosa criatura y le susurró al oído—: Era una analfabeta.

El buhonero, que no entendía nada y temblaba como un azogado, murmuró con fervor:

—¡Sentido pésame! ¡Sentido pésame! —Intentó liberarse, pero Kien, que no soltó a su presa, afirmó, sonriendo, que ese destino aguardaba a todos los analfabetos y que todos se lo merecían, aunque ninguno tanto como su mujer, de cuya muerte acababa de enterarse.

—¡La muerte nos espera a todos, pero más aún a los analfabetos! —Y al hablar sacudía el puño libre y su rostro fue adoptando el aire de severidad que normalmente tenía.

El buhonero empezó a entender: el tipo lo amenazaba con la muerte. Interrumpió su plegaria, gimió en voz alta pidiendo auxilio y dejó caer el pesado paquetón sobre los pies de su adversario, que lo soltó al primer dolor. Luego apretó las mandíbulas y echó a correr a espetaperro; si dejaba de chillar, tal vez el larguirucho no le disparase. Mentalmente le imploró que no lo hiciese hasta que doblara la esquina: nunca volvería a presentarse. Frente al *Theresianum* se palpó la ropa en busca de posibles heridas. Tuvo la suficiente entereza para reclamar su comisión antes de presentarle su renuncia a Fischerle. Sólo cuando el enano, delirante ante una suerte que le sonreía cuando menos lo esperaba, acabó de contar los 2.000 chelines y le pagó veinte, el buhonero rompió a temblar nuevamente y le contó entre sollozos que, sin que él le hubiera preguntado nada, el socio rico le había disparado y por poco lo alcanza. Un trabajo así no le interesaba, dijo. Además, Fischerle tendría que indemnizarlo por el susto. El enano le prometió seis cuotas mensuales de 50 chelines, pagaderas en un mes a partir de la fecha (hasta entonces, ya estaría instalado en América). El buhonero le dio su conformidad y se marchó.

Kien recogió los libros caídos, cuya suerte le dolió. Pero más le dolió que el hombre desapareciera: aún tenía mucho que decirle. Lo llamó en un tono dulce y tierno:

—Pero si está muerta, con toda seguridad, créame, no puede oírnos. —No se atrevió a gritar más fuerte. Sabía por qué el hombre echó a correr. Esa mujer asustaba a cualquiera. Ayer, cuando le habló a Fischerle de ella, el enano palideció. Su nombre producía espanto; bastaba con oírlo para petrificarse. Fischerle, el chillón y bullanguero Fischerle, susurró al hablar de su hermana gemela, y ese desconocido, cuyos libros había rescatado, no creyó en su muerte. ¿Por qué, si no, echó a correr? ¿Por qué se mostró tan tímido? Él le hubiera demostrado que debía estar muerta; su muerte era evidente, se explicaba por su propia naturaleza o, mejor dicho, por su

situación. Se había destruido a sí misma, devorándose por pura codicia. Quizá tuviera reservas en casa. Quién sabe dónde almacenaba la comida: en la cocina, en su antiguo cuarto de sirvienta (en realidad, no era más que un ama de llaves), bajo las alfombras, detrás de los libros; pero todo tiene un fin. Con ella se alimentó varias semanas, hasta que se le agotó. Vio que había consumido sus provisiones, pero no se echó a morir. Él lo hubiera hecho en su lugar. Prefería cualquier muerte a una vida indigna. Pero ella, enloquecida por su idea fija del testamento, se devoró a sí misma trozo por trozo. Hasta el último instante tuvo el testamento ante sus ojos. Se fue arrancando la carne a jirones; sí, como una hiena vivió de su propio cuerpo, engullendo su carne sanguinolenta sin cocerla (¿cómo la hubiera preparado?), y murió ya convertida en esqueleto. Su falda, tiesa, yacía sobre los huesos mondos, como si alguna tempestad la hubiera inflado. En realidad era la misma de siempre; sólo su dueña fue barrida por la tempestad. Y un buen día, al forzar la puerta del apartamento, la encontraron. Aquel lansquenete fiel y brutal, el portero, trató de dar con el paradero de su amo. Llamaba diariamente a su puerta y empezó a inquietarse al no obtener respuesta. Esperó varias semanas antes de forzar la puerta. El apartamento estaba cerrado con llave por fuera. Cuando al fin logró entrar, encontró el cadáver y la falda. Metieron ambas cosas en un ataúd. Nadie sabía la dirección del profesor, si no, lo hubieran invitado al funeral. Mejor para él, pues en lugar de llorar se hubiera echado a reír ante todos los presentes. Detrás del ataúd iba el portero, el único que llevaba luto, aunque sólo por fidelidad a su señor. Un enorme mastín saltó de pronto sobre el féretro, lo tiró al suelo y arrancó de su interior la falda almidonada. Tanto la mordió que se le ensangrentó el hocico. El portero pensó que esa falda era parte de ella, que le era más querida que su corazón; pero como el mastín rabiaba de hambre, no se atrevió a luchar con él. Se limitó a pararse al lado y observar, muy conmovido, cómo los trozos, impregnados en la sangre del poderoso animal, iban desapareciendo entre sus fauces. El esqueleto prosiguió su camino. Como nadie lo acompañaba, fue arrojado en el inmenso muladar que había frente a la ciudad. Ningún cementerio de ninguna confesión lo hubiera aceptado. Le enviaron después a Kien un mensajero con la noticia del horrendo fin.

En ese instante entró Fischerle por la puerta vidriera y le dijo:

—Ya estaba yéndose, por lo que veo.

—El encierro no fue mala idea —dijo Kien.

—¿Encerrarme, a mí? ¡Dios me libre! —Fischerle se asustó.

—Se merecía esa muerte. Ni aun ahora podría yo decirle si sabía leer y escribir correctamente. —Fischerle entendió:

—Y la mía no sabe jugar al ajedrez, ¿qué le parece? ¿No es indignante?

—Me hubiera gustado saber ciertos detalles. ¡Pero las noticias que nos dan son tan escuetas! Mi informador se me escurrió en seguida. —En realidad, él mismo lo había despachado, pero le dio vergüenza confesarle a Fischerle el terrible juramento que hiciera.

—¡Y el muy burro deja aquí el paquete! ¡Démelo! Si llevo todo, bien puedo llevar esto también.

Y al decir esto, recordó la reconciliación de la víspera y se disculpó ante Kien por haberlo tratado de «usted»: no eran sino restos de su antiguo respeto. En realidad lo despreciaba, pues ya era cuatro veces más rico que él. Pensó que le hacía un favor al dirigirle la palabra, y de no estar en juego el último quinto de su capital, simplemente no le hubiera hablado. Además, el mundillo doméstico de Kien empezaba a interesarlo más de cerca. Tal vez la mujer hubiera muerto de veras. Todos los indicios corroboraban esta hipótesis. Si aún viviera, ya habría ido a buscar a su marido. ¿Qué mujer deja suelto a un marido tan necio y con tanto dinero? Tampoco creía que estuviera loca; los detalles que Kien le fue contando hablaban todos a favor de su cordura. Por último, que este hombre débil y enclenque hubiera encerrado a alguien, y sobre todo a una mujer tan lista, pareció absurdo e imposible. Ella hubiera forzado la puerta, y más aún si era loca. De modo que debía estar muerta. ¿Qué sería ahora del apartamento? Si había objetos de valor, ¿por qué no llevárselos? Si sólo estaba lleno de libros, al menos podrían empeñarlos. El piso podría volver a venderse con un buen traspaso. En cualquier caso, allí había ocurrido una desgracia, y un capital, grande o pequeño, quedaba inutilizado.

Ya en la calle, alzó Fischerle una inquieta mirada hacia Kien y preguntó:

—Bien, mi querido amigo, ¿y qué haremos con los preciosos libros que hay en casa? La puta se ha marchado y los libros están solos. —Juntó los dedos estirados de su mano derecha, se los cogió con la izquierda y los dobló en dos, como si él mismo le hubiera torcido el cuello a la muy puta. Kien le agradeció esa evocación, que en el fondo esperaba.

—Tranquilízate —le dijo— el portero debe haber cerrado el apartamento con llave. Es el hombre más honrado del mundo. Si no, ¿crees que estaría tan tranquilo aquí, a tu lado? Además, me es imposible decir a ciencia cierta si era de verdad una barragana. —Era justo, una vez muerta, le pareció adecuado no condenarla sin pruebas válidas. Por otra parte, lo avergonzaba no haber podido averiguar, en ocho largos años, cuál era su verdadera profesión.

—¡No hay mujer que no sea puta! —Como siempre, Fischerle encontró la mejor solución, producto de una vida pasada en el *Cielo*.

A Kien lo iluminó en seguida. Jamás había tocado a una mujer. ¿Había acaso —aparte de la ciencia— mejor justificación de su conducta que el simple hecho de que todas eran barraganas?

—Por desgracia debo darte la razón —dijo, disimulando su aprobación bajo la forma de una experiencia personal. Pero Fischerle estaba harto de putas y pasó al portero. Dudaba de su honradez.

—En primer lugar no hay gente honrada —declaró— salvo nosotros dos, naturalmente; y en segundo lugar, no hay portero honrado. ¿De qué vive un portero? ¡Del chantaje! ¿Y por qué? Porque se moriría de otro modo. Un portero no puede

vivir sólo de los pisos. Otros tal vez, pero un portero no. Nosotros tuvimos uno que le pedía un chelín a mi mujer por cada cliente que trajera. Si alguna noche volvía sin cliente, pues todo es posible en su profesión, el tipo le preguntaba dónde se lo había escondido. «Hoy no encontré a nadie», decía ella. «¡Enséñemelo o la denunciaré!» replicaba él. Y ella se echaba a llorar: ¿dónde conseguir un cliente? A veces se pasaba así una hora. Al final tenía que enseñarle un cliente, aunque sólo fuera de este tamaño —y Fischerle estiró la mano a la altura de su rodilla—; hubiera podido esconderlo, pero el tipo era implacable. ¡Lástima por el chelín! ¿Y quién cargaba con el muerto? ¡Yo, naturalmente!

Kien le explicó que en este caso se trataba de un lansquenete, un tipo fiel, de toda confianza y fuerte como un toro, que no dejaba entrar mendigos, buhoneros ni gentuza similar. Era un placer verlo tratar a esos canallas, muchos de los cuales no sabían leer ni escribir. A algunos les pegaba hasta dejarlos, literalmente, tullidos. Por la paz que le debía —pues para estudiar se necesita paz, más paz y solamente paz—, él le había asignado una propinita de cien chelines mensuales.

—¡Y el muy guarro la acepta! ¡El muy guarro la acepta! —A Fischerle se le escapó un gallo—. ¡Un chantajista! ¿No le decía? ¡Un chantajista común y corriente! ¡Debieran encerrarlo en seguida! ¡Encerrarlo, digo; sí, encerrarlo!

Kien intentó calmar a su amigo. Él no debía compararse con un individuo tan vulgar. Claro que es poco delicado aceptar dinero por un servicio, pero esta mala costumbre se había arraigado entre la plebe y afectaba incluso a ciertos círculos cultivados. Platón luchó en vano contra ella. Por eso a él, Kien, siempre le molestó la idea de aceptar una cátedra. Por sus trabajos científicos nunca aceptaba un real.

—¡Platón es un buen tipo! —replicó Fischerle, que oía el nombre por vez primera—, yo a Platón lo conozco, es un hombre rico. Tú también lo eres. ¿Cómo lo sé? Porque sólo los ricos hablan así. Y ahora mírame. Yo soy un pobre diablo, no tengo nada, no soy nadie, nunca seré nada y, sin embargo, no acepto nada. ¡Eso se llama carácter! En cambio tu portero, ese chantajista, se embolsa los 100 chelines —para mí una fortuna— y se pasa el día pegándole a esos pobres diablos. Pero de noche... te apuesto a que de noche duerme y, si alguien se mete, él ni se entera; duerme a pierna suelta en su cama, con los 100 chelines en el bolsillo, y deja que se roben los libros; ¡oh!, no puedo soportar la idea, ¡qué escándalo!, ¿no crees que tengo razón?

Kien confesó no saber si el portero tenía o no el sueño pesado. En cualquier caso era probable, pues todo en él tenía peso, salvo cuatro canarios que cantaban siempre que él quería (mencionó este detalle para ser más preciso). Por otra parte, el tipo era un guardián fanático y se había construido una mirilla especial, a 50 centímetros del suelo, para observar mejor a los que entraban y salían. Allí pasaba todo el día arrodillado.

—¡A esos tipos los trituraría! —espetó Fischerle—, ¡suelen ser los mejores soplones! ¡Un soplón! ¡Qué asco de tipo! ¡Si lo tuviera aquí, mi estimado, lo aplastaría con mi meñique; sí, lo haría trizas! ¡No aguanto a los soplones! ¿Qué, no

son gentuza? Sí que lo son, te lo aseguro: ¿o no tengo *razón*?

—Dudo mucho que mi portero sea un soplón profesional —declaró Kien—, si es que esta profesión existe. Ha sido policía, inspector, si no me equivoco, y se jubiló hace ya tiempo.

Al oír esto, Fischerle renunció en el acto a la partida. Un robo así no le interesa. No quiere nada con la policía; en todo caso no antes de irse a América, y menos aún con jubilados: son los peores. Por pereza se cargan a mucha gente inocente. No pudiendo detener a nadie, se enfurecen por cualquier cosa y le pegan a un tullido hasta dejarlo más tullido aún. Una lástima, de todos modos; no estaría mal llegar a América mejor equipado. Sólo se va una vez a América. Y un campeón mundial no puede presentarse como un mendigo; campeón aún no era, pero lo sería, y la gente podría decir que si llegó con las manos vacías, por qué dejárselas llenas: mejor le quitamos todo. Pese a su título, Fischerle no se sentía nada seguro en América. En todas partes hay ladrones y allá todo es gigantesco. De vez en cuando metía la nariz bajo su axila izquierda para animarse con el tufillo del dinero. Era un consuelo; y su nariz, tras demorarse ahí un ratito, volvía a erguirse muy oronda en las alturas.

Pero a Kien ya no le hacía tanta gracia la muerte de Teresa. Las palabras de Fischerle le recordaron el peligro que corría su biblioteca. Todo lo empujaba a ella: el desamparo en que se hallaba, sus deberes, su trabajo. ¿Qué lo retenía aquí? Un amor más noble. Mientras tuviera una gota de sangre en las venas, estaba dispuesto a redimir a esos desdichados, a rescatarlos de las llamas, a protegerlos de las fauces del Cerdo. En casa, seguro lo detendrían. Había que mirar los hechos cara a cara: era cómplice en la muerte de Teresa. La principal culpable era ella, pero él la había encerrado. Por ley, debió internarla en un manicomio. Gracias a Dios que no cumplió la ley. En un manicomio estaría viva. Él la condenó a muerte; el hambre y la codicia ejecutaron la sentencia. No desdeciría un punto de su acción. Estaba listo a defenderla ante los tribunales. Su proceso debería concluir con una absolución deslumbrante. En cualquier caso, la detención de un erudito tan famoso, sin duda el primer sinólogo de su tiempo, provocaría un escándalo que en interés de la ciencia era aconsejable evitar. El principal testigo de descargo sería justamente el portero. Kien confiaba en él, pero los comentarios de Fischerle sobre la venalidad de esos tipos surtieron su efecto. Los lansquenets sirven al amo que mejor les paga. Lo esencial era detectar a aquel posible adversario. Si existía, ¿tendría interés en sobornar al portero con sumas irresistibles? Teresa no tenía a nadie. Jamás le había hablado de parientes. En su entierro no hubo comitiva fúnebre. Si durante el proceso surgía algún presunto pariente, Kien exigiría una investigación exhaustiva sobre el origen del interesado. Algún tipo de parentesco era, sin duda, posible. Decidió hablar con el portero antes de su detención. Aumentándole la propina a 200 chelines, se ganaría totalmente a aquel soplón, como con tanta propiedad lo bautizara Fischerle. El arreglo no podía considerarse como una tentativa de soborno ni como un delito; su portero diría la verdad y nada más que la verdad. En ningún caso era admisible que el primer

sinólogo de su tiempo fuese condenado por una mujer inferior, por una mujer de la que era imposible afirmar con certeza si sabía leer y escribir de corrido. La ciencia exigía su muerte. Pero también exigía la total absolución y rehabilitación de Kien. Los eruditos de su talla pueden contarse con los dedos. Mujeres, por desgracia, hay millones. Y Teresa figuraba entre las más vulgares. Ciertamente es que su muerte había sido horrible y cruel como pocas. Pero de eso, justamente de eso, era ella responsable. Pudo dejarse morir de inanición, lentamente. Miles de faquires hindúes eligieron, antes que ella, esta muerte lenta, pensando redimir sus almas. El mundo los admira aún hoy día. Nadie deplora su destino, y su pueblo, el más sabio después del chino, los proclama santos. ¿Por qué no tomaría Teresa esta decisión? Su apego a la vida era excesivo. Su codicia no tenía límites. Ella misma prolongó cada segundo de su despreciable existencia. De haber tenido hombres cerca, hubiera comido carne humana. Odiaba a los seres humanos. ¿Quién se hubiera sacrificado por ella? A la hora de la verdad se encontró sola y abandonada, como se merecía. Entonces se aferró a lo último que le quedaba: fue devorando su propio cuerpo trozo por trozo, pieza por pieza, piltrafa por piltrafa, manteniéndose viva entre dolores indescriptibles. El testigo no halló su cuerpo; halló sus huesos reunidos por la falda azul y almidonada que solía llevar siempre. Tal fue su merecido fin.

El alegato de Kien se convirtió en una requisitoria perfecta contra Teresa. La destruyó retroactivamente por segunda vez. Hacía rato que estaba con Fischerle en un cuarto de hotel, al que llegaron casi sin darse cuenta. Su rigurosa cadena asociativa no se interrumpió un instante. Sin hablar, fue repasando los más ínfimos detalles. Con las palabras que la difunta utilizara en vida, reconstruyó un texto modélico en su género. Era un maestro en lanzar brillantes conjeturas y se hizo responsable de cada letra. Ciertamente es que lamentó profundamente tener que aplicar tanta acribia filológica a un simple crimen. Pero era un caso de fuerza mayor y prometió al mundo una fecunda compensación en sus próximos trabajos. Justamente esa mujer, cuyo caso estaban discutiendo, le había impedido trabajar. Le agradeció al fiscal el solícito tratamiento que él, como acusado del asesinato, no esperaba recibir. El fiscal le hizo una venia y declaró, con esmerada cortesía, que sabía perfectamente cómo tratar al primer sinólogo de su tiempo. Aquel «sin duda» que Kien anteponía al «primer sinólogo» al hablar de sí mismo, fue omitido por el fiscal pues era totalmente superfluo. Este homenaje público llenó a Kien de legítimo orgullo. Su requisitoria contra Teresa adquirió entonces un tono más moderado.

—Concedámosle unas circunstancias atenuantes —le dijo a Fischerle que, sentado en la cama junto a él, lamentaba el fracasado asalto a la biblioteca y olisqueaba su dinero—. Ni siquiera en el peor momento, cuando ya su carácter se hallaba totalmente erosionado por el hambre, se atrevió a tocar un libro. Debo añadir que se trataba, claro está, de una mujer inculta.

Fischerle estaba molesto porque le entendía; maldijo su propia inteligencia que le permitía entender tantas sandeces, y sólo por costumbre le siguió la cuerda al pobre



diablo que tenía al lado.

—Mi estimado amigo —le dijo— estás loco. Nadie hace lo que no sabe hacer. ¿Te imaginas con qué ganas hubiera devorado los libros más bellos de haber sabido lo fácil que era? Quiero decir que si nuestro Cerdo del *Theresianum* hubiera publicado su libro de cocina con las 103 recetas... pero prefiero no seguir.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Kien abriendo desmesuradamente los ojos. Sabía muy bien lo que el enano insinuaba, pero quería que otra persona, y no él mismo, relacionase el horrible suceso con su biblioteca: él mismo no, ni siquiera mentalmente.

—Sólo te diré, querido amigo, que si hubieras vuelto a tu casa, la habrías encontrado vacía, pelada, sin una hoja, ¡y ya ni hablemos de libros!

—¡Gracias a Dios! —Kien respiró profundamente—. Ella está enterrada y ese libro infame no aparecerá tan pronto. Veré cómo abordar este problema en mi proceso. ¡El mundo entero me oirá! Pienso revelar sin miramientos cuanto sé. ¡Un erudito aún tiene algo que decir!

Desde la muerte de su esposa, el lenguaje de Kien se hizo más atrevido, y hasta las dificultades que lo aguardaban no hacían sino espolear su combatividad en pos de nuevas proezas. Pasó una animada tarde en compañía de Fischerle. En sus momentos de melancolía, el enano mostraba una gran vena humorística. Se hizo contar todo el proceso con lujo de detalles y no puso objeción alguna. Le dio a Kien más de un buen consejo, gratis y en vano. ¿No tenía algún pariente que pudiera ayudarlo? Un proceso por homicidio no es cosa simple. Kien mencionó a su hermano de París, un célebre psiquiatra que primero hizo fortuna como ginecólogo.

—¿Fortuna dices? —Fischerle decidió en el acto hacer escala en París al ir a América—. Es el hombre que necesito —dijo—, le consultaré sobre mi joroba.

—¡Pero si no es cirujano!

—No importa, si ha sido ginecólogo, lo sabe todo.

Kien sonrió al ver la ingenuidad del hombrecito que, por lo visto, no tenía idea de lo que era una especialidad científica. Pero le dio con gusto la dirección exacta, que Fischerle anotó en un papelito inmundo, y le contó muchas cosas sobre la estupenda relación que, decenios atrás, mantuviera con su hermano.

—La ciencia exige la entrega total del ser humano —concluyó— y no le deja tiempo para relaciones habituales. Ella nos separó.

—Cuando acabes tu proceso, ya no podré serte útil. ¿Sabes una cosa? Me iré a París y le diré a tu hermano que vengo de tu parte. Supongo que no me cobrará, si soy amigo tuyo, ¿verdad?

—Claro que no —replicó Kien—, te daré una carta de recomendación para que vayas sobre seguro. Ojalá él te pueda liberar de la joroba, me alegraría muchísimo. —Entonces se sentó y, por primera vez en ocho años, le escribió a su hermano. La propuesta de Fischerle no pudo ser más oportuna. Esperaba reanudar muy pronto sus labores científicas y el hombrecito, por más que lo respetase, le resultaría una carga.

En realidad, tenía la impresión de que a la corta o a la larga se separaría de él, sobre todo desde que se tuteaban. Si le operaban la joroba, Georg podría perfectamente emplearlo como enfermero en su clínica psiquiátrica.

El enano se llevó a su habitación la carta con el nombre, dirección y sello, sacó un libro del paquete —aquel preciado bien que el buhonero había tirado al suelo— e introdujo en él la carta. El resto del paquete cumpliría mañana su antigua misión. Según cálculos precisos, Kien tendría aún unos 2.000 chelines. En una mañana podría quitárselos como si tal cosa. Pasaron la tarde indignados, conversando sobre el Cerdo y otros monstruos semejantes.

El día siguiente empezó mal. Kien acababa de instalarse junto a su ventana, cuando un hombre que llevaba un paquete tropezó con él. Estuvo a punto de estrellarse contra el cristal. El otro patán siguió de largo.

—¿Qué desea? ¿Qué busca usted aquí? ¡Oiga, espérese! —Todos sus gritos fueron inútiles. El tipo se precipitó escaleras arriba sin volverse siquiera. Tras largas cavilaciones, Kien llegó a la conclusión de que debían ser sin duda libros pornográficos. ¿Cómo explicar, si no, la descarada prisa con que evitó le inspeccionaran su paquete? Después apareció el manobrero, se plantó ante Kien groseramente y le exigió 400 chelines con voz de trueno. Furioso ya por el predecesor, Kien lo reconoció. Con voz temblorosa lo increpó—: ¡Ayer estuvo usted aquí! ¡Debiera avergonzarse!

—¡Y anteayer también! —espetó ingenuamente el manobrero.

—¡Largo de aquí! ¡Arrepiéntase o acabará usted mal!

—¡Quiero mi pasta! —dijo el manobrero, feliz con los cinco chelines que pensaba beberse. Sin reflexionar mayormente —cosa que nunca hacía— estaba convencido de que, como buen obrero, no cobraría su salario hasta que no entregara su trabajo, es decir, el dinero recibido.

—¡No le daré nada! —exclamó Kien con voz resuelta y se paró en la escalera. Estaba dispuesto a todo. ¡Para empeñar los libros pasaría sobre su cadáver! El manobrero se rascó la cabeza. ¡Le hubiera sido tan fácil aplastar a ese espantajo! Pero no se lo ordenaron y él sólo cumplía órdenes.

—Consultaré con el jefe —gruñó, volviéndole el trasero al otro. Despedirse era más fácil que seguir hablando. La puerta vidriera chirrió.

Y al instante aparecieron una falda azul y un enorme paquete. Teresa iba detrás, llevando ambas cosas. A su lado marchaba el portero. Con la mano izquierda alzó un paquete aún más grande por encima de su cabeza y lo dejó caer sobre la otra mano, que lo atrapó como jugando.

## La consumación

Tras echar a la calle a su marido, ese ladrón, Teresa pasó una semana entera investigando el piso. Procedió como si hiciera una limpieza general y dividió su trabajo. De seis de la mañana a ocho de la noche se arrastraba sobre pies, rodillas, manos y codos en busca de fisuras secretas. Encontró polvo en los lugares más insospechados y le echó la culpa al ladrón, ya que esa gente es sucia. Con una hoja de papel de embalar fue hurgando en las ranuras donde sus horquillas ya no entraban. Después soplaba el polvo del papel y lo limpiaba con un trapo, pues la idea de tocar el talonario perdido con un papel sucio le daba asco. Para trabajar no se ponía guantes —los hubiera arruinado—, pero los tenía, siempre al lado, blancos e impecables, por si encontraba el talonario. Las preciosas alfombras, que su constante trajineo hubiera echado fácilmente a perder, fueron envueltas en periódicos y trasladadas al pasillo. Examinó los libros uno a uno para ver qué encerraban. No había pensado seriamente en venderlos. Antes quería consultar con alguien que supiera. Pero sí miraba el número de páginas: los de más de 500 le inspiraban respeto porque sin duda eran valiosos; los sopesaba como si fueran pollos desplumados antes de decidirse a guardarlos. No estaba molesta por lo del talonario. Le gustaba ocuparse del apartamento. Hubiera querido más muebles. Bastaba con imaginar el piso sin libros para adivinar quién lo había habitado: un ladrón. Al cabo de una semana descubrió que ahí no había nada. En esos casos, la gente decente llama a la policía. Ella esperó agotar todo el dinero de su último salario para sentar una denuncia. Quería probarle a la policía que su marido se había fugado con todo, sin dejarle un solo céntimo. Cuando salía a comprar, daba un gran rodeo para evitar al portero. Temía que le preguntase por el profesor. Hasta el momento no se había manifestado, pero el día primero seguro que subiría. El primero de cada mes recibe su propina. Este mes no le daría nada; se lo imaginó mendigando ante la puerta. Estaba dispuesta a despedirlo con las manos vacías. Nadie podía obligarla a darle nada. Si se le insolentaba, lo denunciaría.

Un día se puso Teresa la más almidonada de sus faldas. La rejuveneció: su azul era una pizca más claro que el de la otra, que usaba a diario. Una flamante blusa blanca le hizo juego. Abrió la puerta que daba al nuevo dormitorio, se deslizó hasta el armario de luna, dijo «¡Aquí me tiene!», y sonrió de oreja a oreja. Parecía una mujer de treinta y tenía un hoyuelo en el mentón. Los hoyuelos son preciosos. Le dio una cita al señor Guarro. Ahora que el apartamento era de ella, él podría visitarla. Quería que la aconsejara: en esos libros hay millones y ella está dispuesta a compartirlos. A él le hace falta un capital, y ella sabe lo hábil que es. No piensa dormirse sobre tanto dinero. ¿Qué ganaría? Ahorrar es bueno, pero ganar es mejor. De buenas a primeras una tiene el doble. No había olvidado al señor Guarro. ¿Qué mujer lo olvidaría? Las mujeres son así. Todas se pelean por él. Ella también quiere su parte. Su marido se marchó y no volverá. No piensa decirle lo que le hizo. Nunca fue bueno con ella, pero

era su marido, al fin y al cabo. Por eso prefiere no decírselo. Robar sí que pudo; ser hábil, no. ¡Si todos fueran como el señor Guarro! ¡Qué voz la suya! ¡Qué ojazos! Ella le puso un nombre; el nombre es Puda. Es un nombre precioso; el señor Guarro lo es más. Ella conoce a muchos hombres. Pero, ¿cuál le gusta más que el señor Guarro? Si piensa algo malo de ella, que se lo demuestre. Mejor es que no piense. Mejor es que venga y le hable de sus espléndidas caderas. ¡Habla tan bonito!

Y al decir esto se campaneaba de un lado a otro ante el espejo. Por primera vez se siente bella. Se quita la falda y contempla sus espléndidas caderas. Es cierto. Él sabe tanto. No es sólo interesante. Es todo. ¿Cómo lo sabía? Nunca había visto sus caderas. ¡Qué tal, ojo! Se mira con lupa a las mujeres. Y después le pregunta: ¿cuándo las podré probar? Un hombre tiene que atreverse. Si no, no es hombre. ¿Qué mujer iba a negársele? Teresa se palpa las caderas con las manos de Puda. Son suaves como su voz. Lo mira a los ojos con su hoyuelo. Le hará un regalo, dice. Regresa a la puerta y saca el manojito de llaves que cuelga de ella. Frente al espejo le entrega el tintineante regalo y lo autoriza a entrar en sus habitaciones cuando quiera: sabe que no es un ladrón. Incluso cuando ella no esté. El manojito de llaves cae al suelo y ella se avergüenza porque él no se agacha a recogerlo. Lo llama: ¡señor Puda! ¿No podría decirle Puda simplemente? Él no responde; no tiene cuándo acabar con las caderas. ¡Qué maravilla! ¡Cómo le gustaría oír su voz! Le va a contar un gran secreto: tiene una libreta de ahorros y él podrá cuidársela. ¿Quiere saber también el número? Lo dice en broma. Ella se asusta; claro que él podría exigírselo. Mejor no se lo dice hasta no conocerlo más a fondo. ¡Lo conoce tan poco! Pero él no ha dicho nada. ¿Dónde está? Lo busca en sus caderas, pero las siente frías. Tiene los pechos calientes. Sus manos están ahí, bajo la blusa, pero él no está. Lo busca en el espejo, y sólo ve su falda. Parece nueva; el azul es el color más bonito porque ella es fiel al señor Puda. Se la vuelve a poner: le va perfecto; si el señor Puda lo desea, volverá a quitársela. Vendrá hoy mismo y se quedará toda la noche; vendrá cada noche, ¡es tan joven! Tiene un harén, pero lo dejará por ella. ¿Que alguna vez fue guarro? ¡Pero si es su apellido! No es culpa suya. Ahora está bañada en sudor y se le acerca.

Teresa recogió las llaves desdeñadas, cerró cautelosamente la puerta, se reprochó a sí misma el haber utilizado el espejo de la mejor habitación, teniendo un trocito de espejo en otro cuarto, y se echó a reír a mandíbula batiente por haber intentado buscar un bolsillo interior que aquella falda no tenía. No reconoció su risa. Como nunca se reía, creyó oír a algún extraño en el apartamento. Y de pronto, por primera vez desde que estaba sola, la invadió un pánico atroz. Buscó rápidamente su libreta de ahorros: estaba en su escondite. No había, pues, ladrones en el piso; si no, ya se la hubieran robado. Para mayor seguridad se la llevó consigo. En el portal, se encorvó hasta el suelo por temor al portero. Como iba con tanto dinero, temió que justamente le pidiera hoy día la propina.

El tráfico callejero alegró más a Teresa, que se deslizó a toda prisa hacia su fiesta. Su meta quedaba en el corazón de la ciudad. El ruido fue creciendo de calle en calle.

Todos los hombres la miraban. Ella se dio cuenta, pero ya sólo vivía por *un* hombre. Siempre deseó vivir por *un solo* hombre, y ahora, al fin, podía hacerlo. Un insolente coche estuvo a punto de arrollarla. Ella estiró su *cabeza, hacia*, el conductor, le dijo: «Lo siento, pero esta vez no tengo tiempo», y volvió la espalda al peligro. En adelante, *Puda* la protegería de la chusma. Ahora no sentía miedo. Ni siquiera estando sola, pues todo le pertenecía. A su paso por la ciudad fue adueñándose de todas las tiendas. En una vio unas perlas que hacían juego con su vestido; y unos brillantes para su blusa. Las pieles no se las hubiera puesto, ¡qué indecencia!, aunque en su armario no estarían mal. Su ropa interior era la más bonita: tenía encajes mucho más anchos. No obstante, se llevó varios escaparates. Iba poniendo sus riquezas en la libreta de ahorros, que se hinchaba y se hinchaba; ahí estaba todo seguro, y él podría echarle una mirada.

Al llegar frente a su tienda se detuvo. Las letras de la muestra se le acercaron a los ojos. Primero leyó: *Gross & Madre*, después: *Guarro & Esposa*. ¡Qué bueno! Por mirarlo perdió un tiempo precioso. Los dos competidores se agarraron agolpes: el señor Gross era un cobarde y recibió una paliza. Las letras se pusieron a bailar de contento y, cuando acabaron, volvió a leer: *Gross & Esposa*. ¡Qué espanto!

—¡Vaya insolencia! —exclamó, y entró en la tienda.

Y, al punto, alguien le besó la mano a su querida señora. Era su voz. A dos pasos de él, Teresa alzó su bolso en vilo y dijo:

—Aquí me tiene.

Él se inclinó y le preguntó:

—¿La señora deseaba? ¿En qué puedo servirla, señora mía? ¿Quizás un nuevo dormitorio? ¿Para el nuevo esposo?

Como el temor de que tal vez no la reconociera torturaba a Teresa hacía meses, hizo lo posible por facilitarle la tarea. Cuidaba su falda; la lavaba, almidonaba y planchaba cada día. Pero el tipo interesante tenía tantas mujeres... Esta vez le dijo:

—¿Para el nuevo esposo? —Ella entendió su segunda intención. La había reconocido. Entonces perdió su timidez, ya no miró a su alrededor por si hubiera gente en la tienda, se le acercó y repitió, palabra por palabra, lo que había ensayado ante el espejo. Él la miró a la cara con sus ojazos húmedos. ¡Era tan bonito! ¡Y ella tan bonita! Todo era tan lindo que, cuando llegó a sus espléndidas caderas, Teresa empezó a jugar con la falda, vaciló, se aferró a su bolso y volvió a empezar. Él agitó los brazos y preguntó:

—¿La señora deseaba? ¡Pero señora! ¿La señora deseaba? —Para que hablara más bajo, Puda se le acercó; su boca se abrió y volvió a cerrarse junto a la de ella; ambos tenían la misma estatura, y ella siguió hablando en voz más alta y muy de prisa. No olvidó ni una palabra; todas estallaban en sus labios como proyectiles, pues su respiración era violenta y entrecortada. Cuando llegó, por tercera vez, a sus caderas, se desató la falda por detrás y apretó el bolso contra ella, para que no se le cayera. El vendedor estaba aterrado; ella siguió hablando en voz alta y sus mejillas

rojas y sudorosas rozaron las de Puda. ¡Si al menos la entendiera! No tenía idea de quién era ni de qué deseaba. La cogió por sus rechonchos brazos y gimió—: ¿La señora deseaba?

Ella volvió a detenerse muy cerca de sus caderas, las meneó espléndidamente y, dejando de gritar, exhaló un «¡Sí!», y se le echó en los brazos. Como era más gorda que él, se sintió abrazada. En ese instante, la falda se le cayó al suelo. Teresa lo notó y se alegró aún más de que todo fuera tan natural. Al sentirse rechazada, tuvo miedo y, pese a su beatitud, sollozó:

—¡Servidora!

La voz de Puda dijo:

—¡Pero señora! ¡Por favor, señora mía! ¡Pero señora! —La señora era ella. Se oyeron otras voces, nada bonitas; la gente los miraba, pero a ella le da igual: es una mujer decente. El señor Puda sintió vergüenza y empezó a forcejear; ella no lo soltaba: tenía las manos firmemente cruzadas en la espalda de Puda. Éste rugió—: ¡Un minuto más, señora mía! ¡Por favor, señora! ¡Suélteme, señora! —Ella apoyó la cabeza en su hombro: sus mejillas eran como mantequilla. ¿Por qué tendrá vergüenza? Ella no la tenía. No lo soltaría aunque le cortaran las manos. El señor Puda se puso a patalear y chilló—: ¡Perdón, señora mía, pero yo a usted no la conozco! ¡Perdón, señora; suélteme, por favor!

Entonces se acercaron varios tipos y le golpearon las manos a Teresa; ella rompió a llorar, pero no soltó su presa. Un hombre muy fuerte separó sus dedos uno a uno y liberó de pronto al señor Puda. Teresa titubeó, se secó los ojos con la manga de la blusa, dijo:

—Pero oiga, ¿cómo puede ser tan guarro? —Y dejó de llorar. El hombre fuerte resultó ser una dama enorme y gorda. ¡De modo que el señor Puda se había casado! Un ruido horrible se propagó en la tienda; cuando Teresa vio su falda en el suelo, comprendió el motivo.

Muy cerca de ella, un grupo se reía como si les pagaran por hacerlo. El techo y las paredes temblaban; los muebles oscilaban. Alguien gritó:

—¡Una ambulancia! —Y otro—: ¡Policía!

Indignado, el señor Guarro se sacudió el traje —sentía especial predilección por sus hombreras—, repitió varias veces:

—¡Los modales también tienen un límite, mi querida señora! .Y, cuando estuvo contento con el estado de su traje, se limpió la mejilla mancillada. Teresa y él eran los únicos que no reían. Su salvadora, la Madre, lo examinó con aire receloso: husmeaba una historia de amor detrás del incidente. Y como su interés estaba en juego, optó por llamar a la policía. Esa desvergonzada merecía un escarmiento; él ya había recibido el suyo. Además, era un chico guapo (lo que nunca hubiera dicho en público). El negocio exige una disciplina implacable. Pese a sus cálculos, la Madre estalló en una sonora carcajada. Todos hablaban a la vez. En medio de la multitud, Teresa se volvió a poner la falda. Una de las secretarias se burló de su atuendo. Teresa, que no

aguantaba comentarios al respecto, le dijo:

—¡Pues oiga, ya le gustarían! —Y señaló las anchas cintas de encaje de su enagua, que también eran preciosas: no sólo la falda. Las risas no cesaban. Teresa estaba muy contenta; sólo la asustaba la mujer de Guarro. Por suerte lo había abrazado, ya que nunca más podría hacerlo. Mientras se rieran, ella estaría a salvo. Cuando alguien se ríe, es incapaz de hacerte daño. Un empleado flaco, que no parecía un hombre, sino su ex-marido, el ladrón, dijo:

—Es la amiguita de Guarro.

Otro, ese sí era un hombre, añadió:

—¡Una preciosidad!

Le pareció una insolencia que las risas aumentaran.

—¡Oiga, claro que soy preciosa! —gritó—. ¿Dónde está mi bolso? —El bolso había desaparecido—. ¿Dónde está mi bolso? ¡Llamaré a la policía!

A la Madre eso le pareció el colmo.

—¿De veras? —exclamó—, ¡pues soy yo quien llamará a la policía! —Y, dando media vuelta, se dirigió al teléfono.

El señor Gross, o sea su hijo, el jefecito, la siguió todo el tiempo intentando decir algo, pero nadie lo escuchaba. La tironeó desesperadamente de la manga, pero ella le dio un empujón y declaró con voz ronca y varonil:

—¡Le daremos su merecido! ¡Ya verá quién manda aquí!

El señor Gross no sabía qué hacer. Cuando la vio con el teléfono en la mano, se atrevió a lo peor y la pellizcó.

—Pero si es clienta nuestra —susurró.

—¿Cómo? —preguntó la Madre.

—Nos compró un gran juego de dormitorio. —Fue el único que reconoció a Teresa.

La Madre colgó el auricular, se volvió hacia el personal y despidió a todos sin excepción, en el acto.

—¡No permito que insulten a mis clientes! —Los muebles volvieron a temblar, aunque ya no de risa—. ¿Dónde está el bolso de esta señora? ¡Tenéis tres minutos para encontrarlo!

Todos los empleados se tiraron al suelo y empezaron a gatear, obedientes. A ninguno se le escapó que, entretanto, Teresa había recogido el bolso del lugar donde estuviera la Madre. El señor Guarro fue el primero en levantarse y ver, sorprendido, el bolso bajo el brazo de Teresa.

—Según veo, mi querida señora —dijo cantando—, ya ha encontrado usted su bolso. La señora siempre tiene suerte. ¿La señora deseaba, por favor?

Su diligencia obtuvo el beneplácito de la Madre, que avanzó hacia él con paso enérgico y le hizo una señal de aprobación. Teresa dijo:

—Por hoy nada, gracias.

Guarro se inclinó sobre su mano y replicó con humildad:

—Entonces, permítame que bese su manita, señora. —Le besó el brazo más arriba del guante, tarareó—: Beso su manita, *Madame* —y retrocedió, haciendo un elegante gesto de renuncia con la mano izquierda.

El personal se incorporó de un salto y le hizo calle. Teresa titubeó, irguió orgullosamente su cabeza y dijo, como despedida:

—Pero oiga, ¿al menos podré felicitarlo?

Él no le entendió, pero la costumbre le ordenó inclinarse. Ella avanzó luego por la calle de honor. Todas las espaldas se encorvaron y todas las gargantas la felicitaron. Desde atrás, la Madre la saludó con voz de trueno. El jefecito, a su lado, prefirió callar. Aquel día se había tomado excesivas libertades. Debió avisarle a tiempo que esa dama era clienta. Cuando Teresa llegó a la puerta, que, flanqueada por dos personas, se convirtió en su arco de triunfo, el hombrecito se escabulló en su despacho. Tal vez la Madre lo olvidase. Hasta el final oyó Teresa exclamaciones de asombro.

—¡Qué mujer tan elegante! ¡Con esa falda tan bonita! ¡Oh, qué azul! ¡Y el bolso repleto! ¡Una auténtica princesa! ¡Qué suerte la del Guarro! —No, no era un sueño. El afortunado siguió besándole la mano cuando ella estaba ya en la calle. Hasta la puerta se cerró lentamente y con respeto. La siguieron mirando a través de los cristales. Y ella se volvió sólo una vez, antes de deslizarse, sonriendo, calle abajo.

Es lo que ocurre cuando un hombre especial nos ama. ¡Se había casado! ¿Por qué habría de esperarla? Ella debió presentarse antes. ¡Con qué fuerza la estrechó entre sus brazos! Mas de pronto sintió miedo. Su nueva esposa estaba en la tienda. Esa mujer le había dado el capital y él no podía hacerle eso. Era un hombre decente. Sabe comportarse. Es un experto. La abrazó por delante y se defendió por detrás. Protestó para que su mujer lo oyese. ¡Qué tipo tan inteligente! ¡Qué ojazos! ¡Qué hombros! ¡Qué mejilla! Su mujer, muy fuerte, era de armas tomar, pero no notó nada. Por su bolso, quiso llamar a la policía en el acto. ¡Una mujer de verdad! Así también quiso actuar ella; pero como el ladrón no se fue antes, a ella se le hizo tarde. ¿Qué culpa tiene de que sea un ladrón? Él le besó la mano. ¡Qué labios! La había estado esperando. Al comienzo, sólo quiso recibir dinero de ella; pero vino otra con un capital mucho mayor —las mujeres no lo dejan en paz—, y él la eligió. No podía despreciar tanto dinero. Pero sólo la ama a ella. No ama a su nueva esposa. Cuando llega, todos tienen que inclinarse ante su bolso. En la puerta hay cientos de ojos y todos la miran. ¿Por qué se puso la falda nueva? ¡Estaba tan contenta! ¡Por suerte lo abrazó furtivamente! ¡Quién sabe cuándo volvería a hacerlo! La falda le va de maravilla, y la enagua también. Los encajes eran caros. Pero ella no es una de esas. Pensó: ¡pobre hombre!, ¿por qué no va a probar mis caderas? Las encuentra espléndidas. Ahora las ha visto. A un hombre casado también le toca su tajadita. Teresa llegó a su casa como en sueños, indiferente a los nombres de las calles y a las insolencias. Su dicha la protegió de la desdicha. Innumerables desvíos se abrían a su paso, pero ella enfiló el buen camino, el que la llevaría a sus dominios. Su



almidonada presencia intimidaba a hombres y vehículos. Por todas partes despertaba un interés cordial. Pero esta vez ni se dio cuenta. Una multitud de empleados la escoltaba. Su guardia de honor era de goma y se estiraba a cada uno de sus pasos. Todos besaban su mano: el aire se pobló de besos que llovían sobre ella como granizo. Y ella los recogía todos. Nuevas esposas de armas tomar llamaron a la policía. Los bolsos de Teresa habían desaparecido. Ya no había jefecitos: se habían esfumado y no se les veía en sus tiendas. Sólo sus nombres seguían en los letreros. Mujeres que aparentaban treinta se echaban a montones en brazos de Puda, con labios, ojos, hombros y mejillas. Faldas azules y almidonadas caían por tierra. Espléndidas caderas se admiraban en miles de espejos. Las manos no soltaban su presa, nunca. Tiendas enteras se reían, orgullosas de tanta belleza. Perplejas, las amas de llaves dejaban caer sus bayetas. Los ladrones devolvían los bienes robados y se ahorcaban para luego ser enterrados. En toda la Tierra había sólo una fortuna y todas las demás se habían fundido en ella. No pertenecía a nadie. O, mejor dicho, a una sola persona, que podía cuidársela. Estaba prohibido robar. ¿Para qué vigilarla? Había cosas mejores que hacer. Batir leche, por ejemplo. La pella de mantequilla que salía era de oro y grande como la cabeza de un niño. Las libretas de ahorro estallaron. Los arcenes con ajuares también volaron en pedazos. En su interior no había más que libretas de ahorro. Nadie las quería. Sólo dos personas sabían cómo usarlas. Una de ellas era una mujer: todo le pertenecía. La otra se llamaba Puda, y aunque nada le perteneciera, podía usar a la mujer. Madres difuntas se revuelven en sus tumbas y no te dejan un real. Nada de propina a los porteros: todos tienen su pensión. Lo que decían es cierto. Por los papeles de un ladrón te dan dinero en efectivo. Los libros resultan muy rentables. El apartamento se vendió al contado. Uno más bonito no costaba nada. El viejo no tenía ventanas.

Teresa ya casi estaba en casa. La escolta de goma, rota hacía rato, se desvaneció. Ya no granizaba. En cambio, las cosas de siempre se acercaban. Eran muy simples, menos ricas, pero una estaba segura de encontrarlas y tenerlas. Al llegar ante el portal de su casa, dijo:

—Pues oiga, ya puedo estar contenta de que se haya casado. Ahora todo es mío.  
—Sólo entonces se puso a pensar en el tipo de capital que le hubiera prestado al señor Guarro. Para esos negocios hace falta un contrato y una firma. Podría pedirle un buen interés. Y una participación, claro está. Robar está prohibido. Por suerte nunca pasó nada. Hay gente tan despreocupada que suelta su dinero y nunca vuelve a verlo. Así es la vida.

—¿Qué le pasa al profesor?

El portero le salió al paso, vociferando. Teresa enmudeció, aterrada. Intentó buscar una respuesta. Si le decía que su marido era un ladrón, el tipo sentaría una denuncia. No quería denunciarlo aún, ya que la policía podría encontrar el dinero de la casa y pedirle cuentas; ¡como si él mismo no se lo hubiera dado!

—Hace ocho días que no lo veo. ¡Espero que no se haya muerto!

—¿Muerto? Pero oiga, si está vivito y coleando. A ése no hay quien lo mate.

—Pensé que estaría enfermo. Salúdelo de mi parte y dígame que iré a verlo. ¡Que aquí me tiene a sus órdenes!

Teresa agachó la cabeza con malicia y le preguntó:

—¿No sabe usted dónde está? Lo necesito con urgencia por el dinero de la casa.

El portero sorprendió al estafador gracias a su mujer. Querían quitarle su «propina». El profesor se escondía para no darle nada. Y eso que no era profesor. El portero le dio ese título porque quiso. Hace unos años era sólo el doctor Kien. ¡Pero un título así no vale nada! Tuvo que luchar porque los inquilinos le dijeren profesor. Y nadie trabaja gratis. Al que trabaja le dan su pensión. No le aceptará regalos a la vejancona; quería su propina porque era una pensión.

—¿Afirma usted —le rugió a Teresa— que su marido no está en casa?

—Pues oiga, no, hace ocho días. Dijo que estaba hartito. Y de pronto se larga y me deja sola, sin el dinero de la casa. ¿Será posible? Quisiera saber a qué hora se irá a dormir. La gente decente se acuesta a las nueve.

—¡Debió usted sentar una denuncia!

—Pero oiga, si se fue porque quiso. Dijo que volvería.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga ganas, dijo; siempre ha sido así, sólo piensa en él. Pero, oiga, una también existe. ¿O acaso es culpa mía?

—¡Ten cuidado carroña, que ahora subiré a buscarlo! Si lo encuentro arriba, os moleré los huesos a los dos. Me debe cien chelines. ¡Ya me oírás el muy cerdo! Yo soy muy bueno, ¡pero cuando se me sube...!

Teresa, que ya lo precedía escaleras arriba, advirtió en sus palabras el odio que por Kien sentía. Hasta entonces había tenido al portero como al único e invencible amigo de su esposo. Y ahora, en el mismo día, le llegaba otro golpe de suerte. Cuando viera que le había dicho la verdad pura y simple, el tipo la ayudaría. Todos estaban contra el ladrón. ¿Por qué será ladrón?

El portero entró dando un violento portazo. Sus pasos, agravados por la rabia, asustaron a los inquilinos que vivían bajo la biblioteca y estaban habituados a un silencio sepulcral hacía años. La escalera se llenó de gente que discutía. Todas las sospechas recayeron en el portero. Hasta ahora el profesor había sido su inquilino predilecto. Los otros odiaban a Kien por la propina, que el portero íes echaba en cara a cada instante. Probablemente, y con toda razón, el profesor se ha negado a pagarle. Pero se merecía la paliza. El portero arregla todo a palos. Sin embargo, lo que desorientó al curioso vecindario fue no oír ruidos de voces sino sólo el familiar martilleo de los pasos.

Pues la rabia del portero era tan grande que registró el apartamento en silencio. Decidió no prodigar su ira. Pensaba tomar a Kien como ejemplo cuando lo encontrase. Los insultos se le acumularon tras el cerco de los dientes. Los rojizos pelos de sus puños se erizaron. Él mismo lo advirtió en el nuevo dormitorio de

Teresa, al empujar los armarios con la cabeza. Esa carroña puede estar en cualquier parte. Teresa lo seguía con resignación, deteniéndose y registrando también donde él lo hiciera. Él le hacía poco caso y al cabo de unos minutos la aceptó como a su sombra. Ella lo sintió frenar su ira, que aumentaba al mismo ritmo que la suya. Su marido no sólo era ladrón, sino que la había abandonado, dejándola sin recursos. Guardó silencio por no molestar al portero. Cuanto más se aproximaban, menos le temía. En la puerta de su dormitorio aún le cedió el paso. Pero se le adelantó al abrir las otras dos habitaciones, que estaban con llave. El tipo revisó muy por encima su ex-cuartito junto a la cocina. Sólo podía imaginarse a Kien en una habitación enorme, por más oculto que estuviera. En la cocina lo invadió un deseo súbito de destrozar la vajilla. Pero se apiadó de sus puños, escupió en el hornillo y no tocó nada. De ahí volvió al estudio a grandes pasos y, en el camino, se detuvo un rato a contemplar el perchero: Kien no se había colgado de él. Luego derribó el enorme escritorio. Tuvo que utilizar ambos puños y se vengó cruelmente de esta humillación: metió la mano en uno de los estantes y tiró al suelo un montón de libros. Por último se volvió, a ver si Kien aparecía. Era su última esperanza.

—¡Ni rastros! —Constató, sintiéndose incapaz de *lanzar* nuevas maldiciones. La pérdida de sus 100 chelines lo había deprimido. Junto con su pensión, le permitían satisfacer la gran pasión de su vida: un apetito pantagruélico. ¿De qué le serviría su mirilla si se moría de hambre? Le alargó ambos puños a Teresa. Los pelillos seguían tiesos—. ¡Míreme! —rugió—, ¡en mi vida he estado tan furioso! ¡*Nunca!*

Teresa miró los libros caídos. El tipo pensó que enseñarle sus puños le serviría a él de excusa y a ella de desagravio. Teresa se sintió desagraviada, pero no por los puños.

—Pero oiga, si no era un hombre —le dijo.

—¡Era una puta! —rugió el damnificado—. ¡Un delincuente! ¡Un sinvergüenza! ¡Un asesino!

Teresa quiso añadir «y un mendigo», pero él ya había vuelto al «delincuente». Y cuando ella preparó su «ladrón», el «asesino» imposibilitó cualquier puja. Las maldiciones del portero fueron brevísimas. Muy pronto se calmó y recogió los libros. Pero volver a acomodarlos le era tan difícil como fácil le fue tirarlos. Teresa trajo la escalera y se trepó para hacerlo ella misma. Como aquel día estaba de buenas, decidió menear las caderas. El portero le alcanzó varios libros con una mano, y con la otra la atacó, dándole un soberbio pellizco en el muslo. A Teresa se le hizo agua la boca. Era la primera mujer que él conquistaba con sus métodos de seducción. A las otras las violaba. Teresa susurró mentalmente: «¡Qué hombre! ¡Otra vez, por favor!». Y añadió, pudibunda, en voz alta:

—¡Más!

El tipo le alcanzó una segunda pila de libros y volvió a pellizcarle el muslo izquierdo con igual violencia. Teresa empezó a babear. De pronto recordó que eso no se hace. Dio un grito y se precipitó de la escalera a sus brazos. Él la acomodó

tranquilamente en el suelo, le rompió la tiesa falda al bajársela y la poseyó.

Al levantarse, rugió:

—¡A ver si aprende, el esqueleto!

Teresa sollozó:

—Pero oye, si ahora soy tuya.

Había encontrado un hombre y no estaba dispuesta a perderlo. Él replicó:

—¡Quieta! —Y se instaló esa misma tarde en el apartamento. De día se quedaba abajo, en su puesto. De noche la aconsejaba en la cama. Poco a poco se enteró de lo que en realidad había sucedido y le ordenó empeñar discretamente los libros antes de que su marido regresara. Él se reservó la mitad, porque era la suya. La intimidó debidamente con respecto a su situación. Pero él era de la policía y la ayudaría. Por eso, entre otras razones, ella lo obedeció a ciegas. Cada tres o cuatro días iban al *Thersianum*, cargados de libros.

## El ladrón

El portero reconoció a su ex-profesor en el acto. Su nuevo puesto como consejero de Teresa le probaba mejor, y, sobre todo, era más lucrativo que la antigua propina. No tenía el menor interés en vengarse. Por eso no se hizo el resentido y desvió a tiempo la mirada. Como el profesor estaba a su derecha, transfirió definitivamente su paquete al brazo izquierdo y lo sopesó, entreteniéndose en esta operación un tiempo prudencial. Teresa, que solía imitar todas sus reacciones, le volvió bruscamente la espalda al ladrón y se aferró con desesperación a su lindo y enorme paquete. El portero ya había pasado cuando el tipo le salió al encuentro. Muda, Teresa lo empujó a un lado. Él, mudo también, asió el paquete. Ella forcejeó; él no soltó su presa. El portero oyó un ruido, pero siguió subiendo sin volverse. Quería que el encuentro se produjera en forma pacífica, y se dijo a sí mismo que el paquete de Teresa debió de haber rozado, al pasar, la barandilla. Kien tiró fuerte del paquete. Teresa aumentó su resistencia y volvió la cabeza hacia él, que cerró los ojos. Este gesto la desconcertó. El otro no bajó a ayudarla. En ese instante pensó en la policía y en el delito que había cometido. Si la encerraban, el ladrón regresaría al piso: él era así, no le importaba nada. No bien perdió su apartamento, las fuerzas la abandonaron. Kien se apoderó de una gran parte del paquete. Los libros le dieron fuerza y preguntó:

—¿Adonde los llevas?

Había visto los libros, aunque el papel estaba intacto. Ella lo vio reinstalado en el apartamento. Los ocho años de servicio desfilaron por su mente en décimas de segundo, y ya no pudo dominarse. Pero aún le quedaba un consuelo: pedir auxilio a la policía. Y gritó:

—¡Me ha insultado!

Diez peldaños más arriba, un hombre se detuvo, desilusionado. Si esa carroña los hubiera atajado más tarde, vaya y pase; pero justo se le ocurre hacerlo ahora, antes de que empeñaran los paquetes. Contuvo a tiempo el rugido que se aprestaba a salir de su garganta y le hizo señas a Teresa. Pero ésta se hallaba ocupadísima y ni lo vio. Mientras chillaba dos veces más:

—¡Me ha insultado! —Examinó al ladrón con curiosidad. Se lo había imaginado en harapos —nunca tuvo vergüenza—, tendiéndole la mano vacía a todo el mundo— los mendigos son así. —Y robando siempre que podía. Pero en realidad, tenía mejor aspecto que en casa. Teresa no pudo explicárselo. De pronto, observó que el chaleco le abultaba por el lado derecho. Antes no solía llevar dinero consigo y su billetera iba casi siempre vacía. Ahora parecía estar repleta. Entonces comprendió todo. Él tenía el talonario de cheques. Había sacado el dinero y, en vez de esconderlo en su casa, lo llevaba consigo a todas partes. El portero estaba al corriente de todos los detalles, hasta de la existencia de su libreta de ahorros. Lo que ella no le contaba, él se lo arrancaba a pellizcos. Sólo se reservó el sueño dorado del talonario oculto en algún intersticio. Sin esta reserva, la vida le hubiera resultado menos grata. Desbordante de

satisfacción al poder revelarle un secreto que mantuvo oculto durante semanas, exclamó entonces (acababa de chillar una vez más el «¡me ha insultado!»)—: ¡Oiga, me ha robado! —Su voz resonó indignada y llena de entusiasmo al mismo tiempo, como la de alguien que entrega a un ladrón a la policía. Sólo le faltaba aquel tonillo melancólico que, en estos casos, suelen adoptar ciertas mujeres cuando se trata de un hombre. Pero, ¿no estaba poniendo a su primer marido en manos del segundo, que era de la policía?

Éste bajó las escaleras y repitió, con voz apagada:

—¡Es usted un ladrón!

No le vio otra salida a la espinosa situación. Lo del robo le pareció una mentira oficiosa de Teresa. Puso su pesada mano en el hombro de Kien y declaró, como si estuviera nuevamente de servicio:

—¡En nombre de la ley, queda usted detenido! ¡Sígame sin llamar la atención!

El paquete le colgaba del meñique izquierdo. Clavó en Kien una mirada imperativa y se encogió de hombros. Su deber no le permitía ninguna excepción. El pasado era el pasado. En otros tiempos se llevaban bien. Ahora tenía que arrestarlo. Con qué gusto le hubiera dicho: ¿Se acuerda usted de...? Kien se dobló en dos, no sólo bajo el peso de la mano, y murmuró:

—Ya me lo suponía.

Esta respuesta despertó el rebelo del portero. Los delincuentes pacíficos son falsos. Se hacen los sumisos e intentan fugarse a la primera. Por eso se inventó el «agarrón policial». Kien se sometió dócilmente. Trató de mantenerse erguido, pero su talla lo obligó a inclinarse. El portero se enterneció. Hacía dos años que no detenía a nadie; temía las dificultades. Los delincuentes son recalcitrantes. Si no lo son, se escapan. Si uno va uniformado, piden su número. Si no lleva uniforme, le exigen una credencial. Pero éste daba muy poco trabajo. Se deja interrogar, lo sigue a uno sin chistar, no protesta de su inocencia ni arma escándalo: ¡de un delincuente así ya puede uno felicitar! A un paso de la puerta vidriera, se volvió hacia Teresa y le dijo:

—¡Así se hace! —Sabía que una mujer lo observaba, aunque no estaba muy seguro de que supiera apreciar los detalles de su hazaña. Otro le hubiera pegado en seguida. Para mí una detención es muy sencilla. No hay que armar escándalo. Los novatos arman escándalo; pero a un experto, los delincuentes lo siguen solos. Se domestica a un animal doméstico. Los gatos son salvajes. En el circo hay leones amaestrados. Los tigres saltan por un aro de fuego. Pero el hombre tiene un alma. La justicia lo apresa por el alma y él la sigue como un manso cordero. Aunque sólo dijo esto mentalmente, ardía en deseos de bramar lo que pensaba.

En otros tiempos y lugares, detener a alguien tras un período de inactividad lo hubiera hecho sudar tinta. Cuando aún estaba de servicio, detenía gente por llamar la atención y, debido a sus métodos, acababa en malos términos con sus superiores. Pregonaba sus hazañas en voz alta hasta verse rodeado de una multitud de papanatas. Predestinado a ser atleta, se inventaba diariamente un circo. Como la gente

escatimaba los aplausos, él mismo se aplaudía y, para mostrar lo fuerte que era, utilizaba al detenido como su segunda mano. Si el tipo era fuerte, los bofetones arreciaban y al final lo invitaba a boxear con él. Tras derrotarlo, y en señal de desprecio, se quejaba, durante el interrogatorio, de haber recibido malos tratos. Así aumentaba la pena de esos debiluchos. Si se topaba con uno más fuerte que él —lo que a veces sucedía con los delincuentes de verdad— su conciencia le ordenaba levantar un falso testimonio, pues a los indeseables hay que eliminarlos. Sólo cuando hubo de limitarse a una casa —antes tenía a su disposición a todo un barrio—, se volvió más modesto. Reclutaba a sus víctimas entre mendigos y buhoneros miserables, y a veces se pasaba días al acecho. Como le temían, los tipos se ponían mutuamente en guardia y sólo aparecían unos cuantos novatos. A muchos hasta les suplicaba que vinieran. Sabía que en el fondo le escurrían el bulto. El circo se limitaba, pues, a los vecinos de la casa. Pero él vivía esperando alguna detención real y notoria, practicable en circunstancias muy difíciles.

Entonces tuvieron lugar los últimos acontecimientos. Los libros de Kien le reportaban beneficios. Él hacía la mayor parte del trabajo y tomaba todas sus precauciones. Sin embargo, la molesta sensación de recibir dinero sin dar golpe no lo abandonaba nunca. Cuando era policía activo, siempre creyó que le pagaban por mover los músculos. Ahora procuraba que su lista de libros fuera muy pesada y elegía los volúmenes según su formato. Los más antiguos y gruesos, encuadernados en pergamino, fueron los primeros en caer. En el camino al *Theresianum* alzaba en vilo su paquete, le daba uno que otro cabezazo y, quitándole el suyo a Teresa —a la que ordenaba quedarse atrás—, se lo lanzaba a los brazos. Ella acusaba los golpes y una vez se quejó. Pero él la convenció de que lo hacía por la gente: cuantas más libertades se tomaran con los libros, menos gente pensaría que no eran suyos. Ella aceptó sus razones, pero el juego la irritaba. A él tampoco lo convencía demasiado: se sentía un enclenque y a veces afirmaba que pronto se convertiría en un judío. Sólo por este mínimo remordimiento, que él interpretaba como la voz de su conciencia, renunció a cumplir su viejo sueño y detuvo a Kien con toda *calma*.

Pero Teresa no iba a permitir que le aguaran la fiesta. Ella había visto la billetera repleta. Rodeó rápidamente a los dos hombres y se paró entre los batientes de la puerta vidriera, que su falda había separado. Con la mano derecha cogió a Kien por la cabeza, como queriendo abrazarlo, y lo rebajó a su altura. Con la izquierda le quitó la billetera. Kien sobrellevó ese brazo como una corona de espinas, y ni se movió. Sus propios brazos estaban inmovilizados por el «agarrón policial» del portero. Teresa levantó en alto el fajo de billetes y exclamó:

—¡Oiga, aquí lo tengo! —Su nuevo marido admiró ese dineral, pero sacudió la cabeza.

Teresa quiso responder y dijo:

—¿Tengo razón o no? ¿Tengo razón o no?

—¡Yo no soy un felpudo! —replicó el portero.

La frase se aplicaba tanto a su conciencia como a la puerta, que Teresa obstruía. Ésta esperaba alguna muestra de reconocimiento, una alabanza, una palabra que aludiese a su dinero antes de embolsárselo. Cuando se disponía a hacerlo, se apiadó de sí misma. Ya el marido sabe todo, se acabaron los secretos. ¡Un momento tan importante y el tipo enmudece! ¿Por qué no la felicitaba? Ella descubrió al ladrón. Él quiso seguir de largo; y ahora quiere escapársele. No lo dejaría. Por algo tiene su corazoncito. Él sólo sabe pellizcar; pero no suelta una palabra. «¡Quieta!», es todo lo que dice. Interesante no es. Hábil tampoco. Sólo sabe ser hombre. Una se avergüenza al pensar en el señor Guarro. Porque oiga, ¿qué era él antes? ¡Un vulgar portero! Ella no frecuenta gente así. ¡Pensar que se lo llevó al apartamento y ahora ni le da las gracias! Si el señor Guarro se enterase, no le besaría la mano. ¡Qué voz la suya! ¿Quién encontró ese dinero? *Ella*. Y ahora él se lo quiere quitar. ¿Por qué habría de dárselo? ¡Oiga, ya está harta de él! Si la cosa es gratis, de acuerdo. Por dinero le dirá que no. Lo necesita para su vejez. Quiere pasar una vejez decente. ¿De dónde sacaría faldas si él se las rompe todas? Se las rompe y le quita el dinero. Si al menos dijera algo. ¡Ese era un hombre!

Furiosa y ofendida, agitó el dinero de un lado a otro, pasándoselo por la nariz al portero. Éste empezó a pensar. El placer de la captura lo había abandonado. Al verla manosear la billetera, previo las consecuencias. No quería ir a la cárcel por esa mujer. Por muy hábil que ella fuese, él conocía la ley: es de la policía. ¿Qué sabe ella de esas cosas? Quiso regresar a su puesto; esa tipa le daba asco, lo había fastidiado. Por ella perdió su propina. Conocía la verdadera historia hacía tiempo. Sólo por razones de interés común mantenía oficialmente su odio contra Kien. Además de vieja, era exigente. Quería todas las noches. Él quería pegarle, y ella reclamaba lo otro. Antes, sólo le permitía pellizcarla. Y al primer golpecito rompía a berrear. ¡Puf, qué asco! Él se caga en las tipas así. Lo cuentan todo. Perdería su pensión, pero la enjuiciaría. Tendrá que devolverle la pensión. Y él conservará su parte. Lo mejor es denunciarla. ¡La muy puta! ¿Acaso los libros son suyos? ¿Desde cuándo? El profesor le da lástima. Es demasiado bueno para ella. Hombres como él ya no existen. ¿Por qué se casaría con esa marrana? Nunca había sido ama de llaves. Su madre murió en la miseria. Ella misma se lo confesó. ¡Si tuviera cuarenta años menos! Su hija, que en paz descansa, sí que era una santa. Lo hacía echarse a su lado cuando él acechaba a los mendigos. Y él pellizcaba y acechaba, acechaba y pellizcaba. ¡Eso era vida! Si surgía algún mendigo, ya tenía a quién pegarle. Si no, ahí estaba su hija. Ésta se echaba a llorar, pero de nada le servía. Contra un padre no hay lágrimas que valgan. Era muy cariñosa. Hasta que un día se murió. Los pulmones, el cuartito. ¡Con la falta que le hacía! De haberlo sabido antes, la hubiera enviado fuera. El profesor la conoció. Nunca le hizo ningún daño. Los inquilinos la torturaban por ser hija suya. Y esa marrana jamás la saludaba. ¡La mataría! Cargados de odio, ambos se enfrentaron. Cualquier palabra de Kien, incluso una amistosa, los hubiera acercado. Su silencio atizó aquel odio mutuo que se elevó, llameante, por los aires. Uno sujetaba el cuerpo



de Kien, la otra, su dinero. Pero el hombre mismo se les escapaba. ¿Cómo retenerlo? Su cuerpo es quebradizo como una brizna de paja. Una violenta tempestad lo arquea. Los billetes refulgen en el aire. De pronto, el portero le grita a Teresa:

—¡Devuelve ese dinero!

Imposible. Ella suelta la cabeza de Kien que, sin erguirse, permanece en la misma posición. Ella esperaba un movimiento. Pero al ver su inmovilismo, le tira los billetes en la cara a su nuevo marido y chilla:

—¡No eres capaz ni de pegar! ¡Le tienes miedo! ¡Un verdadero felpudo! ¿Será posible? ¡Cobarde, escoria, pobre diablo!

Su odio le inspira las palabras precisas para enardecerlo. Con uno de sus brazos empieza él a sacudir a Kien: no se dejará llamar cobarde. Con el otro ataca a Teresa. Que le deje sitio. Que sepa de una vez por todas quién es él. Normalmente es muy bueno, pero cuando se le sube... Los billetes se desparraman por el suelo. Teresa solloza:

—¡Ay, mi dinero!

Su marido la empuña: los golpes eran demasiado suaves. Prefiere sacudirla. Con su espalda abre Teresa los batientes de la puerta vidriera y se aferra finalmente a la manija redonda. Cogiéndola por el cuello de su blusa, él la atrae hacia sí y la vuelve a lanzar contra la puerta. Todo esto sin soltar a Kien, que era un guiñapo entre sus dedos. Cuanto menos lo siente, más embiste a Teresa. En ese momento llegó Fischerle corriendo. El manobrero le había transmitido la negativa de Kien. Estaba furioso. ¿Qué significa todo esto? ¡Tanto lío por dos mil chelines! ¡Lo único que faltaba! Ayer afloja cuatro mil quinientos sin chistar y hoy interrumpe los pagos. Que sus empleados lo esperen: volvería en seguida. Desde el vestíbulo oyó que alguien gritaba:

—¡Ay mi dinero! ¡Ay mi dinero!

Era su negocio. Alguien se le había adelantado. Quiso echarse a llorar. Tanto jaleo para que otro se beneficie. Y encima una mujer. Francamente inaceptable. Ya la pescará. Tendrá que devolverle todo. De pronto observa que la puerta vidriera se abre y se cierra. Se detiene asustado: había otro hombre. Titubea. El hombre tira a la mujer contra la puerta. La mujer era pesada. Debía ser un hombre fuerte. El larguirucho no hubiera podido. Tal vez no tenga nada que ver con ellos. ¿Por qué un hombre no iba a pegarle a su mujer? Seguro que ella no le da dinero. Fischerle tiene una empresa. Le hubiera gustado esperar a que ambos acabasen, pero tardan demasiado. Se abre paso cuidadosamente por entre la puerta.

—Con su permiso —dice, riéndose. Imposible no llamar la atención. Por eso sonrío anticipadamente. Para que la pareja advierta su buena intención. Como su risa puede pasar inadvertida, prefiere sonreír de inmediato. Su joroba se interpone entre Teresa y el portero, impidiéndole a este último atraer lo suficientemente a la mujer y encajarle otro empujón.

A cambio, recibe un puntapié en la joroba. Fischerle se abalanza sobre Kien,

aferrándose a él desesperadamente. Pero Kien era tan flaco, y el papel que desempeñaba en esa riña tan minúsculo, que el enano no advierte su presencia hasta que no lo toca. Lo reconoció. En ese momento Teresa volvió a chillar:

—¡Ay mi dinero! —El enano adivinó la antigua relación entre los dos, se volvió todo oídos y, de un solo vistazo, abarcó los bolsillos de Kien, los del extraño, las ligas de Teresa —cuya falda, por desgracia, le tapaba la vista—, los peldaños, junto a los cuales había dos paquetes gigantescos, y, a sus pies, el suelo. Entonces vio el dinero y se agachó velozmente a recogerlo. Sus largos brazos se enredaron entre tres pares de piernas. Tan pronto empuja un pie con fuerza, como alza tiernamente un billete. No grita cuando le pisan los dedos: ya estaba acostumbrado a ese tipo de inconvenientes. Tampoco trata a todos los pies por igual. Aleja de sí los de Kien, empuña como un zapatero los de la mujer y evita cualquier contacto con los del otro hombre: sería tan inútil como peligroso. Logra rescatar quince billetes. Mientras trabaja, va contando y sabe exactamente en cuál se queda. Pese a su joroba, se mueve con destreza. Arriba seguían los golpes. En el *Cielo* le enseñaron que es mejor no interrumpir a una pareja cuando está peleando. Si lo consigues, puedes pedirles luego lo que quieras. Las parejas se enfurecen. De los cinco billetes que faltaban, vio cuatro un poco más lejos y uno bajo el pie del otro hombre. Mientras se arrastra hacia los otros, Fischerle no pierde de vista el pie. Podría levantarse y hay que aprovechar ese instante.

Sólo entonces notó Teresa su presencia, viéndolo lamer algo en el suelo, a cierta distancia. Con las manos cruzadas en la espalda y el dinero entre las piernas, el hombrecito trabaja con la lengua para que, si los demás lo ven, no sepan qué está haciendo. El espectáculo reanimó a Teresa, que se sentía sin fuerzas. La intención del enano le resultó tan familiar como si lo conociera desde niño. Se vio a sí misma buscando el talonario de cheques cuando aún era ama de casa. De pronto se libera del portero y chilla:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones! —refiriéndose a la joroba que se arrastraba por el suelo, al portero, al ladrón y a todo el mundo; y sigue chillando, cada vez más fuerte, sin parar: sus reservas de aire valen por diez.

Arriba se abren puertas y en la escalera se oyen pasos, muchos pasos que bajan pesadamente. El ascensorista se aproxima a paso lento. No se inmutaría aunque estuvieran degollando a un niño. Lleva ya 26 años atendiendo el ascensor, vale decir, su familia, y era el vigilante.

El portero se quedó inmóvil. Vio que cada primero de mes vendría alguien a quitarle su pensión, en vez de traérsela. Además lo encerrarían. Los canarios se morirían al no tener a quién cantarle. Tapiarían su mirilla. Todo se sabría y los inquilinos profanarían a su hijita en la tumba. No es que tenga miedo. Pero a veces no dormía pensando en la niña. Se preocupaba de ella. La quería. Le daba de comer, le daba de beber: medio litro de leche al día. Él es jubilado. No es que tenga miedo, no. El mismo doctor dijo que eran los pulmones. ¡Mándela afuera! ¿Con qué, mi estimado? La pensión se le va en comer. Él es así. No puede vivir sin comer. Son

gajes del oficio. Sin él, la casa se hundiría. ¿Seguro de enfermedad? ¡Qué va! ¿Y si le regresaba con un hijo a ese cuartucho? No es que tenga miedo.

Fischerle, en cambio, dijo en voz alta:

—¡A mí ya me dio miedo! —Y metió rápidamente el dinero en uno de los bolsillos de Kien. Luego se redujo aún más. Fugarse era imposible. La gente empieza a tropezar con los paquetes. Él pega ambos brazos a su cuerpo. Lleva el dinero anterior, el del pasaje, muy bien enrollado en sus axilas, que por suerte eran así de grandes. Vestido, nadie nota nada. No se dejará encerrar. La policía te desnuda y te quita todo. Para ellos será siempre un ladrón. ¿Qué sabían de su empresa? ¡Debió inscribirla en el registro! ¡Sí, para pagar impuestos! Por algo dirigía una empresa. El larguirucho era un idiota. ¿Por qué reconocería al manobrero en el último instante? Pero ya había recuperado su dinero. ¡Pobre hombre! No podía dejarlo plantado. Le robarían el dinero. Él lo da todo en seguida. Es demasiado bueno. Fischerle es fiel. No abandonaría a un socio. Cuando esté en América, ya verá el larguirucho cómo se las arregla. No tendrá quién lo ayude. Fischerle fue reduciéndose entre las rodillas de Kien hasta ser sólo una joroba. Su joroba se volvía a veces un escudo tras el cual se ocultaba, una concha de caracol donde se recluía, una venera que sobre él se cerraba.

Monolítico, el portero permaneció con las piernas abiertas y los ojos clavados en su hijita, muerta a golpes. Por puro reflejo muscular, su mano siguió aferrada a un triste guiñapo: Kien. Teresa atrae con sus gritos a los pobladores del *Theresianum*. No piensa en nada. Más bien tendrá que reservar su aliento. Chilla mecánicamente y se empieza a sentir bien. Se siente dueña de la situación. Ya no recibe golpes.

Numerosas manos separan a los cuatro cuerpos inmovilizados. Los sujetan bien, como si aún siguieran pegándose. Todos quieren mirarles la cara. La gente se arremolina en torno a ellos. Un grupo de transeúntes invade el *Theresianum*. Pero empleados y clientes defienden sus prerrogativas. Aquella era su casa. El ascensorista, con 26 años de servicio a costas, era el llamado a poner orden, echar a los transeúntes fuera y cerrar las puertas del edificio. Pero no tiene tiempo. Ya ha llegado junto a la mujer, que pide auxilio a gritos, y se considera indispensable. Otra mujer ve la joroba de Fischerle en el suelo y echa a correr hacia la calle, gritando:

—¡Un crimen! ¡Un crimen! —Confundió la joroba con un cadáver. Más detalles no sabe. El asesino era flaquito y debilucho, ¿cómo pudo hacer eso? ¡Quién lo hubiera creído! Tal vez le disparó, dijo alguien. Claro, todos oyeron el tiro. Lo oyeron a tres calles de distancia. No es cierto, fue el neumático de un coche. ¡Pues aquí oyeron el tiro! A la multitud nadie le quita lo del tiro: adopta una actitud amenazadora frente a aquel escéptico. ¡Que lo detengan! ¡Es un cómplice! ¡Sólo intenta despistar! De dentro llegan más noticias frescas. Las declaraciones de la mujer son rectificadas. El asesinado era el flaco. ¿Y el cadáver en el suelo? Estaba vivo. Era el asesino, que se había escondido. Quiso escabullirse por entre las piernas, pero lo pillaron. Las últimas noticias son incluso más precisas. El pequeño era un enano. ¡Tullido tenía que ser! Pero el golpe se lo dio otro. Un pelirrojo. ¡Pelirrojo tenía que ser! El enano lo

incitó. ¡Linchémoslo! La mujer dio la alarma. ¡Bravo! Chilló y chilló hasta que la oyeron. ¡Qué mujer! Se ve que no conoce el miedo. El asesino la amenazó. El pelirrojo aquel. ¡Rojo tenía que ser! Le torció el cuello postizo a la pobre. No hubo disparos. Claro que no. Nadie ha oído disparos. Y él ¿qué dijo? Lo del tiro se le habrá ocurrido a alguien. Al enano. ¿Dónde está? Adentro. ¡Pues entremos! Nadie puede entrar. Todo está lleno. ¡Vaya crimen! ¡Qué aguante el de aquella mujer! Una paliza diaria. La dejaba medio muerta. ¿Por qué se casaría con un enano? Yo no lo haría. ¡Claro, teniendo a ese hombrón! ¡Con lo difícil que es ahora! Hay muy pocos hombres. ¡Claro, la guerra! ¡Y con la juventud actual...! Él era muy joven. No llegaba a los dieciocho. Y ya enanito. ¡Cretino, si es enano de nacimiento! Ya lo sé. Si yo lo he visto. Estuve dentro, pero no aguanté. ¡Con tanta sangre! Por eso está tan flaco. Hace una hora todavía era gordo. ¡Claro, la pérdida de sangre! Pero fíjese que los cadáveres se hinchan. Los ahogados. ¿Qué sabe usted de cadáveres? El tipo le quitó las joyas al cadáver. Fue por las joyas. Justo frente a la sección joyería. Un collar de perlas. Una baronesa. Él era un simple criado. ¡No, era el barón! Diez mil chelines. ¡No, veinte mil! Un aristócrata. Un hombre muy hermoso. ¿Por qué lo mandaría allí? Porque no la iba a mandar él. Es ella quien ha de mandarlo. ¡Hombre tenía que ser! Pero ella vive. El muerto es él. ¡Vaya muerte para un barón! ¡Se la merece! Los desocupados no tienen qué comer. ¿Para qué necesita él un collar de perlas? Debieran ahorcarlos. Así me parece. A todos juntos. Y a todo el *Theresianum*. ¡Incendiarlo! ¡Sería un hermoso incendio!

Si afuera corría un mar de sangre, adentro ocurría lo contrario. En cuanto se armó el tumulto, los cristales de la puerta vidriera volaron en mil pedazos. No hubo ni un herido. La falda de Teresa protegió al único que realmente corría peligro: Fischerle. No bien lo apresaron por el cuello, el enano empezó a graznar:

—¡Suéltense! ¡Yo soy su enfermero! —Y señalaba a Kien sin dejar de repetir—: ¡Cuidado, que está loco! Yo soy su enfermero, ¿me entienden? ¡Cuidado! ¡Es peligroso! ¡Cuidado, que está loco! Yo soy su enfermero. —Pero nadie le hizo caso. Era demasiado pequeño y la gente se esperaba algo grande. La única persona a la que logra impresionar lo toma por un cadáver y transmite la noticia a los de afuera. Teresa siguió gritando. ¡Qué bien lo hacía! Temió quedarse sin público si se callaba. Si bien gozaba en parte de su dicha, sudaba pensando en lo que vendría luego. Todos se compadecen de ella y la consuelan. La habían intimidado. El ascensorista hasta le puso una mano en el hombro, precisando que era la primera vez en veintiséis años que hacía algo semejante. Que dejase de gritar. Se lo pedía él mismo. La entiende muy bien. Es padre de tres hijos. Que viniera a su casa, si deseaba. Allí se recuperaría. Hacía veintiséis años que no invitaba a nadie. Pero Teresa se guarda muy bien de callarse. El tipo se ofende y hasta le quita la mano. No es que quiera entrometerse, dice, pero el miedo le ha sorbido el juicio a la señora. Cogiendo esta observación al vuelo, Fischerle gimió:

—Pero si le estoy diciendo que el loco es *él*, ella es normal; créame, ¡conozco a

mis locos! ¡Yo soy el enfermero!

Aunque unos empleados sin mejor ocupación lo sujetaron firmemente, nadie le hizo el menor caso. Pues todas las miradas convergían en el pelirrojo, que se dejó apresar y sujetar sin matar a nadie ni emitir ningún rugido. Pero no bien quisieron separarlo de Kien, una tempestad siguió a la calma chicha. No soltaría al profesor, dijo, y se aferró a él firmemente, rechazando con la derecha a sus atacantes. Mientras pensaba en su adorada hijita, bañó a Kien en un diluvio de palabras cariñosas:

—¡Profesor! ¡Usted es mi único amigo! ¡No me abandone! ¡Me ahorcaría! ¡No es culpa mía! ¡Mi único amigo! ¡Yo soy de la policía! ¡No se me enfade! ¡Soy un buen hombre!

Proclamó en voz tan alta su ternura que todos reconocieron al ladrón en Kien. Su escarnio era muy fácil de interpretar y todos admiraron su propia perspicacia. Todos eran perspicaces; a todos les pareció justificada la forma en que el pelirrojo quiso vengarse del asesino: empuñándolo por el brazo, atrayéndolo a su corazón y diciéndole su merecido. Un tipo tan fuerte prefiere vengarse él mismo y prescindir de la policía. Aunque intentaron sujetarlo, los mismos domadores no pudieron menos que admirar a ese héroe de la venganza; ellos harían exactamente lo mismo y, de hecho, lo hacen; se ponen en su lugar y aceptan hasta los violentos golpes que ellos mismos se reparten.

El ascensorista, convencido de que su dignidad estaba aquí en mejores manos, abandonó a esa mujer enajenada por el miedo y posó en el hombro de su furibundo vecino una mano carnosa, pero grave. A media voz le comunicó que en los últimos veintiséis años ningún ascensor había funcionado sin él; que en los veintiséis años que llevaba ahí de vigilante nunca había visto un caso igual, se lo juraba por su honor. Sus palabras se perdieron en el ruido. Como el pelirrojo ni lo miró, se inclinó discretamente hacia su oreja y le explicó que entendía todo muy bien. En veintiséis años había tenido tres hijos. Un violentísimo empujón volvió a acercarlo hasta Teresa. La gorra se le cayó al suelo. Y entonces pensó que había que hacer algo y fue a llamar a la policía. A nadie se le había ocurrido. Los que estaban junto al escenario se consideraban policías; los más alejados aspiraban a serlo. Dos individuos deciden poner a buen recaudo los dos paquetes de libros. Utilizando el pasaje que se había abierto el ascensorista, avanzaron gritando: «¡Abran paso!». Había que depositar los paquetes en el guardarropa antes de que se los robaran. En el camino decidieron examinar primero el contenido. Después se escabulleron sin problemas. No se robaron más paquetes porque no había.

Gracias al ascensorista, la policía, que tenía un puesto en el mismo *Theresianum*, fue alertada y puso en movimiento a seis hombres recios, ya que, según el informante, los rebeldes eran cuatro. El ascensorista les hizo una descripción detallada del lugar; pero también quiso prestarles su ayuda y encabezó la comitiva. La multitud iba rodeando admirativamente a los policías. El uniforme les permitía hacer cosas que los demás sólo podían permitirse mientras ellos no llegaran. Todos

les abrían paso. Algunos que habían peleado por sus puestos, los cedieron no más ver el uniforme. Otros, menos decididos, retrocedieron demasiado tarde, rozando la dura tela no sin un escalofrío de terror. Todos señalaban a Kien: había intentado robar. Había robado. Todos supieron en seguida que era él. Teresa fue tratada con respeto por la policía. Era la víctima: había descubierto el delito. La creyeron mujer del pelirrojo al ver las miradas de odio que le lanzaba. Dos policías la flanquearon. En cuanto vieron la falda azul, su respeto se convirtió en simple afabilidad. Los otros cuatro le arrancaron a Kien su pelirroja víctima: imposible no emplear la fuerza. El pelirrojo está literalmente pegado al ladrón. Alguna culpa ha de tener éste también; después de todo, era el ladrón. El portero creyó que iban a detenerlo. Su terror aumenta. Rugiendo, pide auxilio a Kien.

—Él es de la policía —ruge—. ¡Profesor! ¡No me detengan! ¡Suéltense! ¡Mi hija!

Empezó a repartir golpes a su alrededor. Su fuerza exasperó a la policía. Y más aún, el hecho de que afirmara ser uno de ellos. Se inició una larga lucha. Los cuatro policías se trataban con grandes miramientos. ¿Qué sería de ellos, si no, con semejante profesión? Atacaron al pelirrojo por todos lados y de todas las maneras posibles.

Los asistentes se dividieron en dos partidos. Unos corazones latían por el heroico pelirrojo, otros permanecían fieles a la policía. Pero no sólo sus corazones. A los hombres les picaban los puños; las gargantas femeninas dejaban escapar agudos gritos. Para no enfrentarse con la policía, todos se abalanzaron sobre Kien, golpeándolo, empujándolo y pisándolo. La escasa superficie que su cuerpo ofrece a los ataques, les brinda sólo una satisfacción escasa. Varios se ponen de acuerdo para estrujarlo como un trapo mojado. Su silencio evidenciaba hasta qué punto se sentía culpable. Permanecía mudo y con los ojos cerrados; nada lograba abrírseles.

Fischerle no puede soportar ese espectáculo. Desde que vio a los policías empezó a pensar en sus empleados, que lo esperaban allá afuera. El dinero en el bolsillo de Kien lo retuvo todavía un breve instante. La idea de recuperarlo en presencia de seis policías lo fascinaba, pero se guardó bien de ponerla en práctica. Acechaba una ocasión para fugarse. Pero nada. Tenso, se puso a observar a los verdugos de Kien. Por cada golpe dado en el bolsillo del dinero, sentía él una punzada en su corazón. Esa tortura acabó agotándolo. Ciego de dolor, se refugió bajo las piernas más cercanas. La excitación física del círculo interior de espectadores lo favorecía. Más afuera, donde nadie suponía su existencia, empezaron a notarlo. En el tono más lastimero posible les gritó: «¡Ay! ¡Ay! ¡Que me he quedado sin aire! ¡Déjenme salir!». Todos se rieron, dispuestos a ayudarlo. En vez de la excitación de los que estaban en primera fila —¡felices ellos!—, éstos siquiera podían reírse. Ninguno de los seis policías lo había visto: estaba tan abajo que su joroba no les llamó la atención. En plena calle solían detenerlo sin ningún pretexto. Hoy tuvo suerte. Logró escabullirse entre la enorme multitud congregada frente al *Theresianum*. Hacía un

cuarto de hora que lo esperaban. Sus axilas estaban intactas.

La policía guardó completa calma frente a los verdugos de Kien. Estaba ocupada. Mientras cuatro luchaban con el pelirrojo, dos flanqueaban a Teresa. No la podían dejar sola. Tras un prolongado silencio, ésta volvió a chillar: «¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!», marcando el compás a quienes exprimían al «trapo» Kien. Su escolta trató de calmarla. Si seguía excitándose así, le dijeron, ambos juzgarían inútil cualquier intervención de su parte. Pero los gritos de Teresa también se dirigían a esos cuatro valientes que luchaban con la rabia del portero. Ya estaba harta de dejarse pellizcar. Ya estaba harta de que le robaran. Su miedo a la policía cedió ante un sentimiento de orgullo. Todos hacen lo que ella quiere. Aquí manda ella. Y así tiene que ser. Por algo era una mujer decente: «¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!». Teresa bailaba, campaneando su falda. Un ritmo muy violento se fue apoderando de la multitud, que se inclinaba hacia un lado u otro con una intensidad siempre mayor. El ruido adquirió un carácter uniforme; hasta los simples espectadores jadeaban. Las risas se fueron extinguiendo poco a poco y los negocios se paralizaron. La alerta llegó hasta las ventanillas más remotas. Todos se llevaron las manos a la oreja y el índice a la boca: hablar está prohibido. Al que trajera alguna prenda lo esperaba un indignado silencio. El *Theresianum* siempre en movimiento, se sumió de pronto en una gigantesca calma. Un jadeo general era el único signo de vida. Todos sus pobladores respiraban al unísono y expelían luego el aire, entusiasmados.

Gracias a esta expectación general, los policías lograron domeñar al portero. Dos de ellos le aplicaron el «agarrón policial», mientras un tercero vigilaba sus pies, que tan pronto repartían patadas como intentaban acercarse al profesor. El cuarto mantenía el orden. Nuevos golpes llovieron sobre Kien, aunque asestados esta vez con menos ganas. El tipo no reaccionaba como ser humano ni como cadáver. Sus «exprimidores» no lograron arrancarle ni una queja. Hubiera podido defenderse, ocultar la cara, cimbrarse o, al menos, contraerse convulsivamente. Pero nada: defraudó todas las expectativas. Un tipo así debía de tener la conciencia muy sucia, sin duda; pero ojos que no ven, corazón que no siente. Asqueados y a la vez contentos de liberarse de la ingrata tarea, lo entregaron a la policía. Les costó un esfuerzo enorme no emplear sus puños libres contra ellos mismos. Cada cual observaba a su vecino y, al ver la vestimenta ajena, vuelve a ponerse la suya y descubre en su compañero de lucha a un colega o un cliente. Teresa gritó: «¡Ajá!». ¿Qué más podía ordenarles? Le entraron ganas de irse y puso codos y cabeza en posición de partida. El policía encargado de vigilar a Kien se asombró al ver la placidez de un individuo con semejante carga en la conciencia. Como era el que más sufrió bajo los puños del pelirrojo, la mujer le resultaba odiosa. No podían dejarla ir, de ningún modo, y sus dos custodios la detuvieron alegremente. Estaban avergonzados de su inactividad, ya que los otros cuatro habían arriesgado su vida contra el pelirrojo. Teresa los siguió, porque nada podía pasarle. De todos modos hubiera ido. Estaba dispuesta a dejar a los dos hombres en la comisaría.

Otro policía, conocido por su buena memoria, contó a los detenidos con los dedos: uno, dos, tres. ¿Dónde está el cuarto?, preguntó al ascensorista, que había seguido el combate con aire ofendido y acababa de sacudir su gorra cuando detuvieron a sus enemigos. Entonces volvió a romper el hielo: ignoraba que hubiera un cuarto. El policía memorioso le recordó que él mismo había denunciado a cuatro camorristas. El ascensorista protestó amargamente: llevaba veintiséis años vigilando el orden en ese lugar y tenía tres hijos. ¡Por supuesto que sabía contar! Otros vinieron en su ayuda. Nadie había oído hablar de un cuarto. El cuarto hombre era un invento: un invento del ladrón para despistarlos. Sus razones tendría para no hablar, el muy zorro. Y hasta el memorioso se dio por satisfecho. Los seis hombres estaban atareadísimos. Los tres detenidos fueron cuidadosamente guiados por entre los restos de la puerta vidriera y de la multitud. Al pasar rozó Kien el único cristal roto que quedaba y se rasgó la manga. Cuando llegaron al puesto de vigilancia, le empezó a salir sangre. Los pocos curiosos que integraban su escolta la miraron, asombradísimos. Aquella sangre les pareció increíble. Era el primer signo de vida que daba Kien.

El gentío ya se había dispersado casi en su totalidad. Unos cuantos volvieron a sus ventanillas, mientras otros les tendían diversos objetos con aire suplicante o amenazador. Pero esta vez los empleados se dignaron cambiar unas palabras con aquellos pobres diablos sobre lo que habían presenciado. Escucharon opiniones de gente a la que, por obligación, nunca debían escuchar. No lograron ponerse de acuerdo sobre los móviles del latrocinio. Objetos de valor, sugerían unos; si no, ¿por qué habían armado tanto escándalo? Libros, afirmaban otros, pues todo empezó en la sección libros. Más de un respetable caballero remitió a los diarios vespertinos. La mayoría de los clientes se inclinaba por la hipótesis del dinero. Pero los empleados adujeron, con más amabilidad que de costumbre, que la gente con dinero no va al Monte de Piedad. Quizá tuvieran ya empeñados sus objetos; pero esto tampoco era admisible, pues algún empleado los hubiera reconocido, y todos se consideraban buenos empleados. Unos cuantos lamentaron a su héroe pelirrojo, aunque a la mayoría ya les resultaba indiferente. Para mostrar que tenían corazón, dijeron que su mujer, aunque vieja, les dio lástima. Ninguno se hubiera casado con ella. Era una pena haber perdido tanto tiempo, aunque, pese a todo, se entretuvieron.



## Propiedad privada

En el puesto de vigilancia, los prisioneros fueron sometidos a un interrogatorio. El portero rugió:

—¡Colegas, soy inocente!

Y Teresa, por comprometerlo, exclamó:

—¡Oigan, ya es jubilado! —Borrando así la mala impresión que el familiar vocativo había causado en los colegas. La especificación objetiva de que ya era jubilado les hizo suponer que, realmente, se trataba de un ex-policía. Sin embargo, aunque la violencia de sus reacciones fuera policial, los rumores de que el verdadero preso había intentado robarle parecían desmentir esta sospecha. Lo interrogaron y él rugió:

—¡No soy un delincuente!

Teresa señaló a Kien, del que se habían olvidado, y dijo:

—¡Oigan, ese hombre es un ladrón!

La altiva seguridad del pelirrojo confundió a los policías: seguían sin saber a quién habían detenido. Pero la indicación de Teresa los sacó del apuro. Tres hombres se abalanzaron sobre Kien y le registraron los bolsillos sin mayores preámbulos. De ellos surgió un fajo de billetes arrugados: dieciocho billetes de cien chelines, en total.

—¿Es suyo este dinero? —le preguntaron a Teresa.

—Pues él debe haberlo chafado. Lo mío era seis veces más. —Pensó en la suma total marcada en el talonario. Le preguntaron a Kien por el resto, pero éste nada dijo. Apoyado contra el respaldo de una silla, mustio y anguloso, no abandonó la posición en que lo habían instalado. Al verlo, uno hubiera dicho que iba a derrumbarse de un momento a otro. Mas nadie lo miraba.

Por odio hacia Teresa, su guardián le trajo un vaso de agua y se lo acercó a la boca. Pero ni el vaso ni el amable gesto fueron atendidos, y un nuevo enemigo fue a sumarse a los que, una vez más, le registraron los bolsillos. Salvo la calderilla que había en el monedero, el resultado fue nulo. Unos cuantos sacudieron la cabeza.

—¿Dónde se ha metido usted el dinero, hombre? —preguntó el comisario.

Teresa glosó en tono burlón:

—¿No le dije? ¡Un ladrón!

—Mi estimada señora —dijo el comisario al verla vestida tan a la antigua—, ¡vuélvase que vamos a desvestirlo! Y nada de miraditas ¿eh? —Se rió con sorna; en el fondo le era indiferente que la vejancona mirase o no. Estaba convencido de que encontrarían el dinero y lo irritó que una mujer tan vulgar tuviera tanto.

Teresa dijo:

—¿Qué hombre es ése? ¡No es un hombre! —Y no se movió del sitio.

El portero rugió:

—¡Soy inocente! —Y miró a Kien como si, con rodo respeto, le estuviera pidiendo su «propina». Insistió en que era inocente, no de la muerte de su hija, sino

del penoso registro al que el profesor iba a ser sometido.

Tres agentes, que acababan de sacar sus dedos de los bolsillos del ladrón, retrocedieron dos pasos como ante una voz de mando. Nadie quería desvestir al repulsivo individuo. ¡Era tan flaco! En ese momento, Kien se cayó al suelo. Teresa exclamó:

—¡Miente!

—Pero si no ha dicho nada —replicó indignado uno de los agentes.

—¡Hablar es muy fácil! —respondió ella.

El portero se abalanzó sobre Kien para levantarlo.

—¡Qué cobarde! ¡Golpear a un tipo en el suelo! —dijo el comisario. Todos pensaron que el pelirrojo quería atacar al yacente. No es que tuvieran nada en contra: el inerme esqueleto que yacía por tierra les resultaba irritante. Sólo protestaban contra la injerencia en sus propios derechos: antes de que alcanzara a Kien, el pelirrojo fue sujetado y puesto a buen recaudo. Luego levantaron a la postrada criatura sin hacer siquiera bromas sobre su peso, ¡tan odioso lo encontraban! Uno de ellos intentó sentarlo en la silla—. ¡Déjelo en pie! ¿No ven que es un farsante? —dijo el comisario. Así le demostró a la mujer, cuya perspicacia lo avergonzaba, que él también había calado en la comedia. Los policías levantaron al larguirucho. El que quiso sentarlo en la silla separó los pies del delincuente para aumentar su estabilidad. Otro lo soltó de arriba: Kien volvió a derrumbarse y quedó colgado de los brazos de un tercero.

Teresa dijo:

—¡Qué vergüenza! ¡Se está muriendo! —Esperaba ansiosamente verlo castigado.

—Profesor —rugió el portero—. ¡No lo haga! —Aunque feliz al ver que a nadie le importaba su hija, contaba con el testimonio de aquel justo.

El comisario vio llegada la ocasión de enseñarle a aquella sabihonda lo que puede hacer un hombre. Se pellizcó enérgicamente la diminuta nariz: su máxima aflicción. (Fuera del servicio y durante él, en todos sus ratos libres, se la miraba en su espejito de bolsillo y suspiraba. La nariz solía crecerle en los momentos críticos, y él, antes de arrostrarlos, se convencía rápidamente de su existencia, pues ¡era tan grato olvidarla por completo a los tres minutos!) Esta vez decidió hacer desvestir al delincuente sin más trámites.

—Son todos unos idiotas —empezó, limitándose a pensar el resto de la frase, que se refería a su persona—. Si a los muertos no se les abrieran los ojos, no haría falta cerrárselos. Un farsante no puede hacerse el muerto. Si abre los ojos, no los tendrá vidriosos. Y si los cierra, nadie lo creerá muerto, pues, como ya dije, a los muertos se les abren los ojos. Un cadáver sin ojos vidriosos y abiertos es una farsa. Significa que la muerte no ha llegado. A mí no me engañan. ¡Fíjense bien, señores! Los invito a examinar los ojos del detenido.

Se levantó, empujó a un lado la mesa a la que estaba sentado —otra dificultad que eliminaba en vez de soslayar—, se acercó al individuo, que aún colgaba del brazo de

un agente, y, con gesto enérgico, le subió uno a uno ambos párpados con su dedo medio, grueso y blanquecino. Los policías se sintieron aliviados. Ya empezaban a temer que la multitud hubiera matado a golpes al individuo. Ellos intervinieron demasiado tarde, y tal vez eso crease complicaciones: había que pensar en todo. La multitud puede entregarse a sus delirios, pero la autoridad ha de conservar su sangre fría. La prueba ocular fue convincente. El comisario era un maestro. Teresa irguió la cabeza, como saludando el castigo pendiente. El portero sintió un escozor en los puños, como siempre que las cosas le iban bien. ¡Con un testigo así cualquiera se sentía a salvo! Los párpados de Kien temblaron bajo las duras uñas del comisario. Éste repitió sus ataques, pensando abrirle los ojos sobre una serie de cosas, como, por ejemplo, la estupidez de hacerse el muerto sin tener los ojos vidriosos. Para demostrar que no eran ojos de muerto, primero había que abrirlos. Pero ellos se negaban.

—¡Suéltelo! —ordenó el comisario al compasivo policía que aún no se cansaba de su carga, y alzando por el cuello al renitente granuja, lo sacudió. Su poco peso lo exasperó—. ¡Y un tipejo así se atreve a robar! —dijo en tono despectivo. Teresa le sonrió. El tipo empezaba a gustarle. Ése era un hombre. Sólo la nariz lo afeaba.

El portero —aliviado al ver que no lo interrogaban y preocupado porque nadie le hacía caso— se puso a pensar en la mejor manera de arreglar la historia. Él tenía su propia cabeza, al fin y al cabo; el profesor no era el ladrón. Él creía en lo que él creía, no en lo que los otros decían. Los sacudones no matan a nadie. En cuanto volviera en sí, el tipo hablaría, y entonces sí que se armaría una buena.

El comisario despreció un momento más al esqueleto, y empezó a desnudarlo con sus propias manos. Tiró la americana sobre la mesa, a la que siguió el chaleco. La camisa era vieja, pero decente. La desabrochó y clavó una mirada inquisidora en las costillas del sujeto. No había realmente nada. Una sensación de asco se apoderó de él. Por más cosas que hubiera visto en su vida, por más que su profesión lo pusiera en contacto con toda suerte de existencias, nunca había conocido a un individuo tan flaco. Su lugar estaba en un museo de curiosidades, no en una comisaría. ¿O acaso lo creían un expositor de feria?

—¡Ocúpense de los zapatos y los pantalones! —les dijo a los otros y se retiró, mortificado. De pronto se acordó de su nariz y se la agarró. Era minúscula. ¿Qué hacer para olvidarla? Malhumorado, se sentó a su mesa. Otra vez estaba torcida: alguien la había empujado—. ¡No pueden dejar mi mesa en su sitio, estúpidos! ¡Es la centésima vez que os lo digo! —Los que estaban sacándole zapatos y pantalones al ladrón, se rieron para sus adentros; los otros se cuadraron. Sí, pensó él, a individuos como éste hay que eliminarlos. Son un escándalo público. Con sólo verlos uno se siente mal. Son capaces de quitarle el apetito al más hambriento. Y ¿adónde ir sin apetito? ¡A ver quién los aguanta! En casos así no hay como la tortura. En la Edad Media, los policías se daban mejor vida. Para esta gente lo mejor es el suicidio. No afectaría en nada las estadísticas; un tipo así no haría inclinar la balanza. Y en vez de suprimirse, se hace el muerto. ¡Qué poca vergüenza! Uno que se avergüenza de su

nariz porque es un poquito corta, y el otro como si nada. Y encima roba. Ya se las pagará. De todo hay en el mundo. Unos nacen con capacidad, sentido común, inteligencia y astucia; otros no tienen ni un centímetro de grasa sobre los huesos. Son los que más trabajo dan: no bien saca uno su espejito, lo obligan a guardárselo otra vez en el bolsillo.

Y así fue. Pantalones y zapatos fueron puestos sobre la mesa y registrados en busca de un doble fondo. El espejito desapareció en un bolsillo interior, especialmente diseñado para él. Sin más ropa que la camisa —le habían quitado hasta los calcetines—, el individuo se apoyó, temblando, contra uno de los policías. Todas las miradas convergieron en sus pantorrillas.

—Son falsas —dijo el policía memorioso, que se inclinó y tamborileó sobre ellas: eran auténticas. El recelo lo invadió también a él. En su fuero interno había considerado anormal a ese hombre. Y ahora resultaba ser un farsante de cuidado.

—¡Esto no tiene sentido, señores! —rugió el portero. Su comentario se perdió en el asombro del comisario que, tomando una rápida decisión —se distinguía por sus intuiciones—, renunció al dinero robado a la mujer, que no aparecía en ningún sitio, y procedió a inspeccionar la cartera detenidamente. En ella encontró toda suerte de documentos de identidad pertenecientes a un Dr. Peter Kien, o sea, robados. Si alguno de ellos hubiera llevado una foto, la habría considerado falsa.

Todavía las paredes resonaban con el comentario del portero, cuando el comisario dio un salto, se cogió la nariz y, con una voz que borraba ya sus últimos vestigios nasales, le gritó al individuo:

—¡Sus papeles son robados!

Teresa se deslizó hasta él: podía jurarlo. Quienquiera que hablase de robo, estaba en lo cierto.

Kien tiritaba de frío. Abrió los ojos y los dirigió a Teresa, que se hallaba junto a él, balanceando hombros y cabeza. Se sintió orgullosa de que la hubiera reconocido: *ella* era el personaje más importante en aquel recinto.

—¡Sus papeles son robados! —repitió el comisario con voz algo más tranquila. Los ojos abiertos no lo veían y él, en cambio, los distinguía claramente. Creyó haber ganado la partida. Vencida la primera resistencia, el resto es ya muy fácil. Los ojos del ladrón seguían clavados en la mujer, taladrándola, y adquirieron una extraña fijeza. Ese residuo humano era, encima, un cerdo—. ¡Oiga! ¿No le da vergüenza? —exclamó el comisario—. ¡Está usted casi desnudo! —Las pupilas del ladrón se dilataron; los dientes le castañeteaban. Su cabeza seguía, inmóvil, en la misma dirección. ¿No serán éstos los ojos vidriosos?, se preguntó el comisario con cierta inquietud.

Entonces Kien levantó un brazo y lo estiró hasta tocar la falda de Teresa. Estrujó un pliegue entre dos de sus dedos, aflojó, volvió a estrujarlo, lo soltó y cogió el siguiente. Avanzó un paso; parecía no dar crédito a sus ojos ni a sus dedos, y pegó el oído para escuchar el roce de su mano contra los pliegues almidonados. Las fosas

nasales le temblaban.

—¡Basta ya, cerdo inmundo! —gritó el comisario, que había observado la insolente mueca en la nariz del detenido—, ¿se declara usted culpable o no?

—¡Vaya pregunta! —rugió el portero, cuya intervención no fue atendida.

Todos estaban pendientes de la respuesta del ladrón. Kien abrió la boca, quién sabe si para probar también la falda, y, cuando la tuvo bien abierta, dijo:

—¡Me declaro culpable! Pero ella también lo es, en parte. Yo la encerré. Pero ¿por qué tuvo que devorar su propio cuerpo? Se mereció esa muerte. Sólo quisiera que me aclaren una cosa, pues estoy un poco confundido. ¿Cómo se explican que la asesinada esté aquí? ¡La reconozco por la falda!

Hablaba en voz muy baja. Todos se fueron acercando a él para entenderle. Su rostro tenía la tensión de un moribundo a punto de revelar un angustiante secreto.

—¡Más fuerte! —gritó el comisario, evitando cualquier frase demasiado policial y portándose como si aquello fuera un teatro. El silencio de los otros era tenaz y reverente. En vez de enfatizar sus órdenes, el comisario se volvió un manso cordero. El portero apoyó sus antebrazos en los hombros de dos de sus colegas. Un círculo se fue formando en torno a Kien y a Teresa, y al final se cerró sin que nadie cediera su puesto.

Alguien dijo:

—¡Le falta un tornillo! —señalándose la frente. Pero se arrepintió en seguida y agachó la cabeza. Sus palabras entraron en colisión con la curiosidad general, y de todas partes recibió miradas de odio.

Teresa suspiró:

—¡Pero oiga! —Ahí era la gran señora; todo giraba en torno a ella. Devorada por la curiosidad, prefirió dejar que su ex-marido acabase con sus mentiras. Después le tocaría a ella; y que los otros cerrasen el pico.

Kien siguió hablando en voz más baja. De rato en rato se palpaba la corbata, acomodándose: era uno de sus gestos habituales frente a enigmas importantes. Parecía ignorar que no llevaba puesta sino la camisa. La mano del comisario se deslizó maquinalmente a su espejito; le entraron ganas de enseñárselo a ese buen señor. Le gustaban las corbatas bien anudadas; pero el señor aquel era un vulgar ladrón.

—Tal vez crean que sufro de alucinaciones. En general no es cierto. Mi trabajo científico exige lucidez, y yo no suelo confundir las «equis» con las «úes» ni tomar una letra por otra. Pero últimamente me han ocurrido muchas cosas; ayer mismo me dijeron que mi esposa había muerto. Ya saben a qué me refiero. A ella le debo el honor de estar ahora entre ustedes. Desde entonces no he dejado de pensar en mi proceso. Al dirigirme hoy día al *Theresianum*, me encontré con mi esposa asesinada. Iba en compañía de nuestro portero, un fiel amigo mío. Fue él quien, en representación mía, la condujo hasta su última morada. No me crean insensible. Hay mujeres que no se olvidan. Quiero decirles la pura verdad: yo mismo evité ir a su

entierro: hubiera sido demasiado. Espero que me comprendan, ¿nunca han estado casados? Un gran mastín despedazó la falda y se la tragó. Tal vez ella tuviera dos. En la escalera tropezó conmigo. Llevaba un paquete en el que supuse habría libros míos. Amo mi biblioteca. Es la biblioteca privada más grande de la ciudad. Tuve que abandonarla hace ya un tiempo para hacer obras de misericordia. El asesinato de mi esposa me alejó de casa; no puedo decir cuántas semanas he estado fuera. Pero aproveché bien el tiempo. El tiempo es ciencia, y la ciencia es orden. Aparte de adquirir una mínima bibliocabeza, me dediqué, como ya he dicho, a hacer obras de misericordia: rescataba libros, pero mejor hablemos de otra cosa. Los remito al discurso que pronunciaré ante los tribunales, en el que pienso revelar muchas cosas a la opinión pública. ¡Ayúdenme! Ella sigue inmóvil en su sitio. ¡Libérenme de esta alucinación, la única que hasta ahora he tenido! Temo que me está siguiendo hace más de una hora. Examinemos primero los hechos; quiero facilitarles la tarea de ayudarme. Yo los veo a todos y ustedes me ven. Pero a mi lado está también la asesinada. Todos mis sentidos me han traicionado, no sólo la vista. Haga lo que haga, oigo crujir la falda; la toco y huele a almidón; ella misma mueve la cabeza como lo hacía cuando estaba viva e incluso habla: hace un instante dijo «¡Pero oiga!». Debo decirles que su vocabulario tendría a lo sumo cincuenta palabras y, sin embargo, no hablaba menos que otra gente. ¡Ayúdenme! ¡Pruébenme que está muerta!

Los circunstantes empezaron a distinguir palabras aisladas dentro de aquel magma sonoro. Se fueron acostumbrando a su manera de hablar y lo escuchaban perplejos, agarrándose entre sí para oír mejor. ¡Se expresaba tan bien! Pretendía haber cometido un crimen. Todos juntos no creían lo del crimen, aunque por separado se lo hubieran creído. ¿Contra quién pedía ayuda? Ahora que estaba en camisa lo dejaban tranquilo; pero él tenía miedo. Hasta el comisario se sintió impotente y prefirió callarse: sus frases hubieran sonado poco literarias. El ladrón era de buena familia. Quizá no fuera ladrón. A Teresa le extrañó no haberlo notado antes: el tipo era ya un hombre casado cuando ella entró en la casa; siempre pensó que era soltero. Pero sabía que había un secreto, y el secreto era la primera mujer: la había asesinado. — ¡Líbreme Dios del agua mansa!— por eso nunca hablaba, y como la primera mujer llevaba una falda parecida, se casó con *ella* por amor. Intentó reunir pruebas: entre las 6 y las 7 de la mañana se encerraba en su estudio, solo; mantuvo todo oculto hasta que logró sacar de casa los restos del cuerpo, ¿será posible?, y ella recordaba todo. Por eso se le escapó, por miedo a que lo denunciase. Los ladrones son asesinos; ya lo decía ella, y el señor Guarro no lo creía.

El terror se apoderó del portero; los hombros en los que estaba apoyado vacilaron. Ahora que nadie pensaba en su hija, el profesor se vengaba de él. Pues aunque hablara de su mujer, se estaba refiriendo a *su* hijita. Al portero también le parecía verla, aunque evidentemente no estaba ahí. El profesor quiso ponerlo en ridículo, pero los otros no cayeron en la trampa. ¡En qué líos lo metía aquella alma de Dios! ¡Es increíble cómo engaña la gente! Su tristeza le impidió reaccionar. Las

acusaciones del profesor le parecieron poco sólidas; él conocía a sus colegas. Ni siquiera recordaba que fue él mismo quien nombró a Kien profesor, y entrevió su degradación como una perspectiva aún remota.

Tras pedir ayuda varias veces —aunque lo hiciera con serenidad, era una súplica desesperada—, Kien quedó a la espera. Aquel silencio de muerte le resultaba agradable. Hasta Teresa enmudeció. Él deseó que desapareciera. Quizás desaparecería ahora que no hablaba. Pero se quedó. Como nadie acudía en su ayuda, él mismo tomó la iniciativa de ahuyentar esa alucinación. Conocía sus deberes para con la ciencia. Suspiró profundamente, pues ¿quién no se avergüenza de llamar a otros en su ayuda? El crimen era comprensible y él podía salir en su defensa; sólo lo asustaban las consecuencias de su alucinación. Si el tribunal lo declaraba mentalmente incapacitado, se suicidaría en el acto. Sonrió para ganarse las simpatías de los asistentes, que luego serían sus testigos. Cuanto más amable y razonablemente les hablase, menos importancia darían a su alucinación. Los elevó, pues, al rango de personas cultas.

—La psicología forma ahora parte del campo de estudios de todo hombre... culto. —Era tan educado que hizo una pausa mínima ante aquellos «cultos»—. No he sido víctima de una mujer, como ustedes tal vez crean. Mi absolucón es segura. Están viendo ante mí, sin duda, al sinólogo vivo más grande de esta época. Gente más importante que yo ha tenido alucinaciones. El rasgo distintivo de un espíritu crítico es la energía con la que persigue el objetivo elegido. Hace una hora que este engendro de mi fantasía me obsesiona en forma tan intensa y exclusiva que ya no puedo liberarme de él. ¡Convézanse ustedes mismos de la lucidez de mis razonamientos! Quisiera rogarles encarecidamente que hagan lo siguiente: Retrocedan todos y pónganse en fila india. Luego avancen hacia mí, uno a uno y en línea recta. Espero convencerme así de que ningún obstáculo se interpondrá en vuestro camino, ni allí, ni acá. Yo mismo choco aquí con una falda; la mujer que la lleva está muerta y se parece a la asesinada como dos gotas de agua. Ahora no habla, pero hace poco tenía hasta su misma voz y esto me desconcierta. Tengo que estar lúcido. Yo mismo asumiré mi defensa. No necesito a nadie. Los abogados son unos delincuentes: no hacen sino mentir. Yo vivo por la verdad. Sé que esta verdad es engañosa y debe desaparecer. ¡Ayúdenme! Esta falda me desconcierta. Yo la odiaba antes de que el mastín se la tragara. ¿Por qué he de seguir viéndola ahora?

Había cogido a Teresa, no ya tímidamente, sino aferrándose a la falda con todas sus fuerzas, alejándola y volviéndola a acercar, rodeándola con sus largos y descarnados brazos. Ella ni protestó: él sólo quería abrazarla. Antes de la ejecución, los asesinos suelen comer algo. Nunca había visto un asesino. Ahora ya sabía: son flacos y con muchos libros dentro. La hizo girar una vez sobre su eje y dejó de abrazarla. Esto la indignó. Él la miró fijamente a dos centímetros de distancia y deslizó sus diez dedos por toda la falda. Luego sacó la lengua y la olisqueó con la nariz. Los ojos se le llenaron de lágrimas por el esfuerzo.

—¡Qué alucinación tan horrible! —admitió con voz entrecortada. Al ver sus lágrimas, los asistentes creyeron que estaba sollozando.

—¡No llore, señor detenido! —dijo uno que tenía varios hijos; el mayor le traía diariamente las mejores notas en redacción alemana. El comisario sintió envidia; aquel hombre en camisa, al que él mismo había desnudado, le pareció de pronto bien vestido.

—Muy bien —gruñó, intentando modular tonalidades más severas. Para facilitarse la tarea, le echó una mirada a la raída ropa puesta sobre la mesa.

El policía memorioso preguntó:

—¿Por qué no habló usted antes? —Recordaba perfectamente la escena anterior. Su pregunta no esperaba respuesta; sólo la formuló por recordarles su «genio», como decían sus colegas. Lo hacía de vez en cuando, sobre todo en momentos de calma. Los otros, personalidades menos sólidas, siguieron escuchando un rato más o empezaron a reírse, entre curiosos y satisfechos. Se sentían felices sin saberlo. En esos rarísimos instantes olvidaban su deber y hasta su dignidad, como hace mucha gente en teatros de reputación ya establecida. El espectáculo duraba poco. Hubieran querido ver más por su dinero. Kien hablaba y actuaba con grandes esfuerzos. Por lo visto tomaba su profesión muy en serio. ¡Cómo sudaba por ganarse el pan! Ningún actor lo hubiera superado. En cuarenta años no había hablado de sí mismo tanto como ahora, en veinte minutos. Sus gestos eran convincentes. Estuvieron a punto de aplaudirlo. Cuando se puso a manosear a la mujer, todos creyeron lo del crimen. Parecía de muy buena familia para ser un actorzuelo, aunque sus pantorrillas eran demasiado flacas para salir a escena. De no haber estado tan pendientes de lo que hacía, disfrutando de los complejos sentimientos que su arte despertaba en ellos, lo hubieran considerado una «vedette» venida a menos. Teresa estaba furiosa con él. Como las ávidas miradas de los hombres —pues todos eran hombres— convergían en ella, aceptó que Kien la manoseara un rato. El tipo en sí le repugnaba. ¿De qué le sirvió vivir con él? Era débil y flaco; de hombre no tenía nada: los hombres no hacen esas cosas. Claro que era un asesino, pero no sintió miedo: sabía lo cobarde que era. Sin embargo, notó que la conducta angelical del asesino la favorecía: el tipo permaneció extasiado y ella, inmóvil. Por su parte, al portero se le fue la perspicacia. Cayó en la cuenta de que el profesor no había hablado de su hija, y se concentró en el juego de las piernas. ¡Si un mendigo así pasara frente a su mirilla, le rompería las piernas como dos fósforos! Un hombre sin pantorrillas es una vergüenza. ¿Por qué seguía bailoteando en torno a la vejistoria? Una tipa así no merece que la cortejen. Debiera dejarlo en paz y no hacer tantas morisquetas. ¡Cómo había embrujado al profesor! El pobre se debatía entre las garras del amor, como suele decirse. ¡Un caballero como él! Los colegas debieran ponerle el pantalón. Cualquier extraño podría pasar por la comisaría y ver que no tenía pantorrillas. Y toda la policía quedará en ridículo. ¿Por qué mejor no se calla? Si aquí nadie entiende sus palabras. ¡Con lo bien que habla! Aunque en general no abre la boca. Hoy le había dado por hablar.



¿De qué le serviría?

De pronto se irguió Kien cuan largo era, apoyándose en Teresa. No bien la hubo sobrepasado —él le llevaba una cabeza—, se echó a reír en voz alta.

—No ha crecido —dijo, riéndose— no ha crecido.

Para conjurar su espejismo decidió medirse con él. ¿Cómo alcanzar a aquella pseudo-Teresa que le parecía gigantesca? Estirándose, parándose de puntillas; y si ella seguía siendo más alta, él se diría entonces, con toda tranquilidad:

—La verdad es que, cuando estaba viva, yo le llevé siempre una cabeza: se trata, pues, de un espejismo.

Pero cuando llegó arriba con la agilidad de un mono, su astuto plan quedó desbaratado por la antigua talla de Teresa. No le importó. Al contrario: ¿qué mejor prueba de su célebre precisión? ¡Hasta su imaginación era precisa! Se echó a reír. Un erudito de su rango nunca está perdido. La humanidad padece de imprecisión. Millones de hombres ordinarios habían vivido y muerto en vano. Mil espíritus exactos —mil a lo sumo— habían elaborado la ciencia. Dejar que alguno de estos mil espíritus muriera prematuramente equivaldría, para esta pobre humanidad, a un suicidio. Se reía a carcajadas. Trató de imaginar las alucinaciones de la gente normal, como esa que lo rodeaba. Teresa les hubiera parecido altísima, tan alta como el techo, probablemente. Hubieran llorado de miedo, implorando auxilio a otros. Vivían perpetuamente alucinados; no sabían construir ni una frase clara. Había que adivinar lo que pensaban, si a uno le interesaba, desde luego. Lo mejor era no preocuparse. Al verlos, uno creía estar en el manicomio. Se rieran o lloraran, nunca se quitaban la careta. Eran incurables; a cuál más cobarde. Ninguno hubiera asesinado a Teresa; pero todos se habrían dejado torturar por ella. No se atrevían a ayudarlo porque era un asesino. ¿Quién, aparte de él, conocía los móviles de su acto? Ante los tribunales, una vez que pronunciara su discurso, esos pobres diablos le pedirían perdón. Hacía bien en reírse. ¿Cuántos venían al mundo con memorias como la suya? La memoria es la condición fundamental de la exactitud científica. Había examinado su espejismo hasta convencerse de lo que era. Con peligros muy distintos se había ya enfrentado: textos ilegibles, líneas perdidas. No recordaba haber fallado nunca. Resolvía siempre y sin excepción los problemas que abordaba. Hasta aquel asesinato era para él asunto liquidado. Ninguna alucinación podría vencer a Kien; pero sí él a ella, aunque fuera de carne y hueso. Era un tipo duro. Teresa llevaba ya un buen rato en silencio. Él acabó de reírse y reanudó después su trabajo.

A medida que él ganaba valor y confianza, la calidad del espectáculo disminuía. Cuando se echó a reír, los asistentes lo encontraron divertido: acababa de sollozar amargamente y el contraste era estupendo.

—¡Qué bien lo hace! —dijo uno.

—Tras la lluvia sale el sol —le replicó su vecino. Luego se pusieron todos serios. El comisario se agarró la nariz. Apreciaba el arte, pero prefería una buena carcajada. El memorioso observó que por primera vez oía reír al caballero.

—¡Porque hablar es inútil! —rugió el portero. Pero el padre del buen alumno pensaba lo contrario.

—¡Será mejor que hable, señor detenido! —Le aconsejó. Kien no obedeció—. Se lo digo por su bien —añadió el padre. Y era cierto. El interés de los espectadores menguaba velozmente. El detenido se rió mucho tiempo. Su ridícula figura ya les era familiar. El comisario se avergonzó: era casi un bachiller y se dejaba impresionar por unas cuantas frases bien dichas. El ladrón debió aprendérselas de memoria: un peligroso estafador. Pero a él no le tomaba el pelo. El tipo piensa que inventándose lo del asesinato haría olvidar el robo y los papeles falsos. Pero un comisario experimentado ya ha visto muchos casos. Hace falta una gran dosis de insolencia para echarse a reír en esas circunstancias. Pronto volvería a llorar, aunque no de risa.

El policía memorioso fue ordenando todas las mentiras del ladrón, con miras al próximo interrogatorio. Seguro que ninguno de los asistentes —más de doce en total— recordaba una palabra. Todos confiaban en *su* memoria. Suspiró profundamente. No recibía un céntimo por sus valiosos servicios, y hacía más que todos los otros juntos. Ninguno valía nada. La comisaría existía por él. Era el hombre de confianza del comisario. Todo el peso recaía en él. Los demás lo envidiaban, como si ya tuviera su ascenso en el bolsillo. Pero sabían muy bien por qué no lo ascendían. Su genio asustaba a los superiores. Mientras clasificaba, con ayuda de sus dedos, las alegaciones del delincuente, el orgulloso padre de familia exhortó por última vez a Kien. Admitió que el tipo se había quedado sin habla y dijo:

—¡Será mejor que llore, señor detenido!

Tenía la impresión de que en la escuela nadie saca un sobresaliente por reírse. Casi todos soltaron a su vecino. Algunos se apartaron del grupo. El círculo y la tensión se disolvieron. Hasta los menos importantes comenzaron a tener opinión propia. El agente cuyo vaso de agua fuera rechazado, pensó en él. Los dos «soportes» del portero tuvieron ganas de castigar su atrevimiento con un par de bofetones. El pelirrojo rugió:

—¡Ese hombre habla demasiado!

Cuando Kien volvió a sumirse en la inspección de su espejismo, ya era demasiado tarde. Sólo algún número nuevo y tremendista lo hubiera salvado. Pero tuvo el descaro de repetirse. Teresa sintió que el fuego cruzado de la admiración ya se había extinguido.

—¡Oigan, estoy harta! —dijo. Ese no era un hombre.

Kien oyó su voz y se estremeció. Esa voz le arrebató su última esperanza. ¡Nunca lo hubiese creído! Pensó que, al igual que la voz, el resto se desvanecería poco a poco. Acababa de estirar los dedos para no sentir ya más el espejismo. La curación final, calculó, será la de los ojos. Las ilusiones ópticas suelen ser las más tenaces. Y en ese instante ella habló. No, no había oído mal. La oyó decir: «Oigan». Tendría que empezar desde el principio. ¡Qué injusticia: retrasar años un trabajo tan ingente!, se dijo a sí mismo. Y quedó inmovilizado por aquella voz, con la espalda encorvada y

los dedos de ambas manos rígidos y estirados, a escasos milímetros del fantasma. En vez de hablar se calló. No se le ocurrió llorar ni reírse: no hizo nada. Y de este modo disipó el último resto de simpatía.

—*¡Clown!* —exclamó el comisario. Se tomó la libertad de intervenir, pero dijo la palabra en inglés. La impresión de gran cultura dejada por Kien era indestructible. Miró a su alrededor para ver si lo entendían. El memorioso pronunció la palabra a la alemana. Conocía su significado y declaró que la pronunciación del comisario era la buena. Desde entonces se hizo sospechoso de hablar inglés bajo cuerda. El comisario esperó un momento para estudiar la reacción del detenido ante su insulto. Como temía alguna frase literaria, preparó una respuesta equiparable: «Parece usted creer que ninguno de los servidores del Estado aquí presentes ha cursado estudios». La frase le gustó. Se pellizó la nariz. Mas como Kien no le brindaba una ocasión para decirla, se enfureció y gritó—: ¡Parece usted creer que ninguno de los servidores aquí presentes ha aprobado el bachillerato!

—¿Cómo? —bramó el portero. La frase iba dirigida contra él, contra su hijita, sobre la que todos querían decir algo: ¡ni en su tumba la dejaban en paz! Kien estaba demasiado abatido para mover los labios. Las dificultades del proceso aumentaban. Un crimen es un crimen, después de todo. ¿No quemaron esas bestias a un Giordano Bruno? Él luchaba en vano contra una alucinación... ¿quién le daría fuerzas suficientes para probarle a aquel jurado inculto su importancia?

—¿Quién es usted realmente, caballero? —exclamó el comisario—. ¡Será mejor que empiece a hablar! —Con dos dedos cogió a Kien por la manga de la camisa. Le entraron ganas de estrujarlo entre sus uñas. ¿Qué educación era ésa? ¡No decir sino unas cuantas frases y callarse cuando le hacen preguntas razonables! La verdadera educación se manifiesta en el comportamiento, en la pulcritud y en el arte de llevar un interrogatorio. Serio y más consciente de su superioridad, el comisario volvió detrás de su mesa. El asiento del sillón que solía utilizar se hallaba cubierto de un cojín muy suave, el único en aquel puesto, sobre el que podía leerse: PROPIEDAD PRIVADA, bordado en letras rojas. La misión de estas palabras era recordar a sus subordinados que, aun durante su ausencia, no tenían sobre aquel cojín derecho alguno. Mostraban una sospechosa tendencia a deslizárselo bajo las posaderas. Antes de sentarse, el comisario lo acomodó con unos cuantos golpecitos hasta que la PROPIEDAD PRIVADA quedara en línea paralela a sus ojos, siempre dispuestos a enaltecerse con semejantes palabras. Luego le dio la espalda a la silla. Era difícil despegar la vista del cojín, pero más aún sentarse sin desplazarlo. Se fue agachando lentamente y mantuvo el trasero en vilo unos segundos. Sólo cuando la PROPIEDAD PRIVADA entraba en relación simétrica con esa parte de su anatomía, se permitía aplastarla. Una vez sentado, ningún ladrón le merecía ya el menor respeto, aunque fuera bachiller y esas cosas. Echó una rápida mirada a su espejito: su corbata, como él, era un poco ancha pero elegante. El cabello, peinado hacia atrás, yacía inmóvil bajo la brillantina sin que sobresaliera ni un pelito. Su nariz, cortísima, le dio el

impulso necesario para lanzarse al interrogatorio.

Su gente lo apoyaba. Cuando dijo «clown», le dieron la razón. Como el detenido empezaba a aburrirlos, volvieron a acordarse de su dignidad. El memorioso echaba chispas de impaciencia. Había memorizado ya catorce puntos. En cuanto las despreciativas uñas del comisario soltaron a Kien, éste fue conducido, en camisa, ante la mesa. Allí lo dejaron y él tuvo que pararse solo. Hizo muy bien.

Si se hubiera caído, nadie lo habría ayudado. Pensaban que tenía fuerza, pero también que era un farsante consumado. Llegaron a dudar hasta de su flacura. Desnutrido no estaba, desde luego. El orgulloso padre de familia empezó a preocuparse por las buenas notas de su hijo. ¡Si escribir bien llevaba a esos extremos...!

—¿Reconoce usted esta ropa? —preguntó el comisario a Kien, señalando la americana, el chaleco, los pantalones, los calcetines y los zapatos que cubrían la mesa. Al mismo tiempo lo miró fijamente a los ojos, para observar el efecto de sus palabras. Estaba firmemente decidido a proceder en forma sistemática y acorralar al delincuente. Kien asintió, aferrándose con ambas manos al borde de la mesa. Aunque sentía al espejismo detrás de él, dominó el impulso de volverse y comprobar si aún estaba. Justificarse le pareció más cuerdo. Por no irritar al juez de instrucción —pues no podía ser otro—, fue contestando a sus preguntas. Hubiera preferido hacer algún informe coherente del asesinato. Aborrecía los diálogos. Estaba acostumbrado a desarrollar sus ideas en disertaciones larguísimas. Pero también era consciente de que cada especialista tiene sus métodos, y optó por ceder. En el apasionante juego de preguntas y respuestas esperaba revivir la muerte de Teresa con tal fuerza que el espejismo se desvaneciera por sí solo. No dejaría en paz a aquel juez de instrucción hasta probarle que Teresa *tuvo* que morir. Cuando hubieran levantado un acta detallada y no quedara duda alguna sobre su complicidad; cuando la evidencia de las pruebas hubiera convencido al juez de aquella muerte, sólo entonces —de ningún modo antes— podría él volverse y romper a reír, viendo allá en el fondo, donde ella había estado, un espacio vacío. Seguro que ya debe andar muy lejos, se dijo a sí mismo porque la sentía muy próxima. Cuanto más presionaba la mesa con sus dedos, más perdía a su ex-mujer de vista. Aunque, en cualquier momento, podría ella tocarlo por detrás. Contaba con una fotografía del esqueleto, tal y como lo encontraron. La descripción del portero le parecía insuficiente. Hay gente mentirosa, y los perros, por desgracia, no pueden hablar. El testigo más seguro hubiera sido aquel mastín que destrozó la falda y se la tragó.

Pero un hombre de la posición del comisario no podía contentarse con una simple inclinación de cabeza.

—¡Conteste usted sí o no! —ordenó—. Repito la pregunta.

Kien dijo:

—¡Sí!

—¡Espere a que repita mi pregunta! ¿Reconoce usted esta ropa?

—Sí.

Pensó que se trataba de la ropa de la asesinada y ni la miró.

—¿Admite usted que esta ropa es suya?

—No, es de ella.

El comisario lo caló en seguida. Para poder negar que el dinero y los papeles falsos encontrados en la ropa fueran suyos, el muy sinvergüenza se atrevía a afirmar que la ropa era de esa mujer, a la que encima le había robado. Pese a haberlo desvestido con sus propias manos y a no haber visto jamás, con tantos años de experiencia profesional, una insolencia parecida, el comisario no perdió la calma. Con una leve sonrisa cogió los pantalones y los levantó:

—¿Estos pantalones también?

Kien los miró.

—Son pantalones de hombre —dijo, visiblemente disgustado de que aquel objeto no tuviera nada que ver con Teresa.

—¿Admite, entonces, que son de hombre?

—Por supuesto.

—¿De quién cree usted que son?

—Yo... no puedo saberlo. ¿Los encontraron junto al cadáver?

El comisario ignoró la pregunta intencionadamente. Pensaba liquidar la historia del asesinato y todas sus maniobras desorientadoras en cuanto apareciesen.

—¿Con que no puede saberlo, eh?

Al instante, sacó su espejito de bolsillo y se lo acercó a Kien; no demasiado, para que pudiera verse casi de cuerpo entero.

—¿Conoce usted a este señor? —le preguntó. Los músculos de la cara estaban a punto de estallarle.

—Soy... yo mismo —tartamudeó Kien, palpándose la camisa—. ¿Do... dónde están mis pantalones? —Su asombro no tuvo límites al verse en esa facha, despojado hasta de calcetines y zapatos.

—¡Ajá! —dijo el comisario, exultante—. Pues cójalos y vístase.

Se los entregó, esperando una nueva perfidia. Kien los cogió y se los puso a toda prisa. Antes de guardarse el espejito en el bolsillo, el comisario se arriesgó a echarle la mirada que minutos antes reprimiera para confundir mejor a su adversario. Sabía dominarse. Su conducta era intachable. Lo alegró ver con qué facilidad avanzaba su interrogatorio. El asesino se puso, solo, el resto de su ropa. Demostrarle que cada prenda era suya hubiera sido superfino. El comisario comprendió con quién tenía que vérselas y moderó sus fuerzas. Los preliminares no habían durado ni tres minutos. ¿Quién era capaz de semejante proeza? Estaba tan contento que hubiera querido terminar en seguida. Para poder seguir, le echó un último vistazo a su espejito, se irritó al ver su nariz y preguntó con renovada energía, mientras el ladrón se ponía su americana:

—¿Y cómo se llama usted ahora?

—Dr. Peter Kien.

—¿Cómo no! ¿Profesión?

—Erudito y bibliotecario.

El comisario recordó haber oído ya ambos datos. Pese a su memoria, que era tan corta como su nariz, cogió uno de los documentos falsos y leyó en voz alta:

—Dr. Peter Kien. Erudito y bibliotecario. —El nuevo ardid del asesino lo desconcertó ligeramente. Tras haber reconocido que aquella ropa era suya, ahora pretendía que los documentos no eran falsos. ¡Qué desesperada debió encontrar su situación para recurrir a un argumento tan descabellado! En esos casos, una pregunta imprevista suele llevar de golpe hasta la meta.

—¿Con cuánto dinero salió de casa esta mañana, doctor Kien?

—No sé. No suelo contar nunca mi dinero.

—Mientras no lo tenga, desde luego que no.

Observó el efecto de su indirecta. Incluso en los interrogatorios preliminares dejaba entrever que sabía todo, aunque se portara cortésmente. El asesino hizo una mueca. Su desilusión era más elocuente que un acta. El comisario decidió atacar al punto una zona no menos vulnerable del delincuente: su domicilio. Discreta y temblorosa, su mano izquierda se deslizó furtivamente sobre los documentos hasta cubrir por entero uno de los datos y cuanto lo rodeaba. Se trataba del domicilio. Los grandes asesinos saben leer al revés. Por eso el comisario tomó sus precauciones. Estiró el brazo derecho en actitud implorante y dijo, como quien no quiere la cosa:

—¿Dónde pasó usted la última noche?

—En el hotel... no recuerdo el nombre —replicó Kien.

El comisario levantó la mano izquierda y leyó:

—Calle de Ehrlich, 24.

—Allí encontraron el cuerpo —aclaró Kien, lanzando un suspiro de alivio. Por fin hablaban del asesinato.

—¿Encontraron, dice? ¿Sabe usted cómo decimos nosotros?

—Debo darle la razón; bien mirado, no quedaba casi nada de ella.

—¿Bien mirado? Debiera usted decir: ¡bien robado!

Kien se asustó. ¿Qué habían robado? ¿No sería la falda? En la falda y su ulterior destrucción por el mastín reposaba toda su defensa contra el espejismo.

—¿La falda fue encontrada en el lugar del crimen! —declaró con voz firme.

—¿Lugar del crimen? ¿Sabe usted que sus palabras pueden comprometerlo? — Todos los policías asintieron al unísono—. Yo lo considero una persona instruida. ¿Admite usted que un «lugar del crimen» presupone un crimen? Es usted libre de retirar su declaración. Pero no olvide que ese gesto dejaría una impresión desfavorable. Se lo digo en su interés. Lo mejor será que confíese. Vamos, confíese, amigo. Confíese, que ya sabemos todo. De nada le servirá negarlo. Ya se le escapó el lugar del crimen. Confíese y yo mismo diré algo en su favor. ¡Confíese todo en orden! Ya hemos hecho nuestras investigaciones. ¡No tiene usted escapatoria! ¡Usted

mismo se ha traicionado! Un lugar del crimen presupone un crimen. ¿Tengo o no razón, señores?

Cuando decía «señores», los señores ya sabían que la victoria era suya y lo abrumaban con miradas de admiración. Cada cual intentó adelantarse a su vecino. Consciente de que ya no sacaría nada en limpio, el memorioso abandonó su antiguo plan. Dio un paso adelante, estrechó la mano feliz del comisario y exclamó:

—¡Señor comisario, permítame felicitarlo!

El comisario era consciente de la incomparable proeza que acababa de cumplir. Hombre más bien modesto, evitaba en lo posible los honores. Pero aquello era demasiado. Pálido y excitado, se levantó, hizo una venia general, buscó un instante sus palabras y al final resumió su profunda emoción en una simple frase:

—¡Muchas gracias, señores!

«Está emocionadísimo», pensó el padre feliz, muy sensible a las escenas familiares.

Kien quería hablar. Lo habían invitado a contar toda la historia en orden. ¿Qué más podía pedir? Intentó empezar varias veces, pero los aplausos lo interrumpían. Maldijo las reverencias policiales, que él relacionaba con su persona. Esos tipos no lo dejaban ni empezar. En su extraña conducta sospechó un intento por influenciarlo. Aunque sintió unos movimientos a su espalda, prefirió no volverse. La verdad entera estaba frente a él. Quizás el espejismo hubiera desaparecido. Podría describir desde el comienzo su vida en común con la difunta Teresa, lo cual le facilitaría más de un trámite. Pero las facilidades lo tienen sin cuidado. Prefería describir su muerte detalladamente, ya que él tuvo parte decisiva en ella. Había que captarse a los agentes, contándoles cosas relacionadas con su profesión. Los crímenes son hechos de interés general. ¿Quién no se alegra de ellos?

El comisario se sentó por fin, aunque olvidando sobre qué: no verificó la posición de PROPIEDAD PRIVADA. Desde que le arrancó su culpa al delincuente, lo odiaba un poco menos. Pensó dejarlo hablar. El éxito había cambiado su vida. Su nariz era normal. El espejito yacía al fondo del bolsillo, igualmente olvidado: ¿de qué le serviría? ¿Por qué la gente se tortura tanto? La vida es elegante. Cada día salen modelos nuevos de corbatas. Hay que saberlas llevar. La mayoría parecen monos encorbatados. Él no necesita espejo. Se las anuda con los ojos cerrados. Y el éxito le da la razón. Es muy modesto. A veces se inclina al saludar. Sus hombres lo respetan. Su buena reputación le hace grato el trabajo más difícil. No se ciñe al reglamento; el reglamento es para los delincuentes. Prefiere hacerlos confesar él mismo, porque su técnica no falla.

—No bien cerré la puerta detrás de ella —empezó Kien— tomé plena conciencia de mi dicha. —Se remontó tiempo atrás, pero sólo en su fuero interno, en las profundidades de su espíritu resuelto. Sabía exactamente lo que ocurrió. ¿Quién conoce mejor que el criminal los móviles del crimen? Veía de principio a fin todos los eslabones de la cadena con que ató a Teresa. No sin cierta ironía, fue exponiendo los

hechos ante ese auditorio ávido de capturas y sensacionalismos. Pudo hablar de cosas más interesantes. Los tipos le daban lástima, pero no eran eruditos. Los trató como a personas de una inteligencia normal. Quizá no fueran ni eso. Evitó hacer citas de escritores chinos. Podían interrumpirlo y preguntarle quién era Mong Tse. En el fondo le agradaba hablar de cosas simples con palabras sencillas, accesibles a todo el mundo. La agudeza y sobriedad de su lenguaje, herencia de los clásicos chinos, se adecuaban perfectamente al tono de su historia. Mientras Teresa se vuelve a morir, él va evocando aquella biblioteca en la que tantas y tan importantes obras habían surgido. Pronto reanudaría su trabajo. Su absolución era segura. Sin embargo, pensaba comparecer ante sus jueces bajo un aspecto diferente, desplegando todo el esplendor de sus conocimientos. El mundo entero escucharía al —sin duda— primer sinólogo vivo pronunciar su discurso en defensa de la ciencia. Esta vez emplearía un tono más modesto. Enemigo de falsear las cosas y de hacer concesiones, se limitaría a simplificar.

—La dejé varias semanas sola. Firmemente convencido de que se moriría de hambre, pasé todas aquellas noches en hoteles. Renunciar a mi biblioteca fue un auténtico suplicio, créanme; hube de contentarme con una pequeña biblioteca de repuesto que tenía siempre a mano para casos de apuro. La cerradura de mi apartamento es bastante sólida y jamás me torturó la idea de que algún ladrón pudiera introducirse y liberarla. Imagínense su situación: todas las provisiones consumidas y ella en el suelo, extenuada y llena de odio, frente al mismo escritorio en el que solía buscar dinero. Pues sólo pensaba en el dinero. De santa no tenía nada. Prefiero no hablarles hoy de las ideas que se me ocurrían ante ese escritorio, cuando aún compartía el apartamento con ella. Pasé semanas convertido en una estatua vigilante por miedo a que me escamoteara manuscritos. Fue la peor humillación de mi vida. Aunque mi cerebro ardía en deseos de trabajar, yo me decía: eres de piedra, y, para permanecer inmóvil, lo creía. Si alguno de ustedes ha tenido que custodiar tesoros, se hará cargo de mi situación. Yo no creo en el destino. Pero el suyo la sorprendió. Quien ahí yacía no era yo —a quien ella estuvo a punto de matar con sus pérfidas arremetidas—, sino ella misma, devorada por su demencial apetito. Incapaz de ayudarse, y careciendo de todo autocontrol, se devoró a sí misma. Trozo a trozo, su cuerpo cayó víctima de su avidez. Fue adelgazando de día en día hasta que, demasiado débil para levantarse, se quedó pegada en su propia inmundicia. Tal vez yo les parezca flaco. Pues comparada conmigo, ella era una sombra humana, lastimera y despreciable. De haberse parado, la menor brisa la hubiera echado a tierra. Era frágil como un fósforo; cualquier debilucho la hubiera quebrado, incluso un niño. No puedo darles más detalles. La falda azul, que nunca se quitaba, cubría su esqueleto. Como estaba almidonada, mantuvo juntos los repulsivos restos de su cuerpo. Y un buen día expiró. Pero incluso esta expresión me suena a falsa: probablemente no tenía ni pulmones. Nadie la asistió en sus últimos momentos. ¿Quién aguantaría semanas junto a un esqueleto? Estaba cubierta de mugre. La carne,



que ella se arrancara a tiras de su cuerpo, apestaba a demonios. La putrefacción se hizo sentir mucho antes de que muriera. Y todo esto sucedió en mi biblioteca, en presencia de mis libros. Haré desinfectar el apartamento. Fue incapaz de abreviar ese proceso suicidándose. De santa no tenía nada; era muy cruel. Fingió amar a los libros esperando que le hiciera un testamento. Me hablaba del testamento día y noche. Me abrumó con sus cuidados y sólo me dejó vivo porque no estaba segura del testamento. No vayan a creer que estoy inventando. Dudo que supiera leer y escribir con fluidez. Les ruego que me crean; la ciencia me obliga a decir la verdad. Su origen era oscuro. Fue cerrando el apartamento y sólo me dejó *una* habitación, que por último también me quitó. Pero tuvo un final miserable. El portero forzó la entrada. Como buen expolicía, logró hacer lo que un ladrón hubiera intentado en vano. Lo considero un hombre fiel. La encontró bajo su falda: un esqueleto asqueroso, horrible y pestífero. Muerta, totalmente muerta, no dudó un segundo de su muerte. Fue a buscar a *los* vecinos y en el inmueble todos se alegraron. No se pudo precisar a qué hora sobrevino la muerte; pero lo esencial era que *estaba* muerta. Al menos cincuenta inquilinos desfilaron ante el cadáver. Nadie manifestó la menor duda; todos admitieron lo irremediable.

»Se han registrado casos de muerte aparente, ¿qué científico se atrevería a negarlo? Pero no conozco casos de esqueletos cuya muerte haya sido aparente. Desde los tiempos más remotos, el pueblo ha imaginado a los fantasmas bajo forma de esqueletos. Esta imagen es profunda y significativa al mismo tiempo; y tiene valor de prueba. ¿Por qué se teme a los fantasmas? Porque son la encarnación de un difunto, de un ser irremediamente muerto y enterrado. ¿Sentiríamos el mismo miedo si el fantasma se nos presentara con su cuerpo antiguo y conocido? ¡No! Pues al verlo nadie pensaría en la muerte; tendría ante sí al ser vivo y nada más. Pero si el espectro se aparece bajo forma de esqueleto, nos recuerda dos cosas a la vez: al ser vivo, tal como era, y al muerto, tal como es. El esqueleto, como imagen del fantasma, llegó a ser el símbolo de la muerte para innumerables pueblos. Es una prueba aplastante; la más irremediamente muerta de todas las formas conocidas. Las tumbas antiguas nos hacen estremecer de terror si sabemos que encierran esqueletos; si están vacías, no las imaginamos como tumbas. Y cuando tildamos a un ser vivo de esqueleto, queremos significar que está a punto de morir.

»Pero *ella* estaba totalmente muerta; todos los inquilinos pudieron comprobarlo, mientras un asco infinito ante tan ávido final se apoderaba de ellos. Aún la seguían temiendo. Era peligrosísima. El portero, la única persona que pudo dominarla, echó sus restos en el ataúd. Aunque al instante se lavó las manos, me temo que se le hayan manchado para siempre. No obstante, le agradezco aquí, públicamente, su valerosa acción. No temió acompañarla hasta su última morada. Por fidelidad hacia mí, invitó a varios inquilinos a que lo ayudaran en su ingrata tarea. Nadie se declaró dispuesto. A esa gente simple y honesta le bastó ver el cadáver para comprender lo que ella había sido. Yo viví muchos meses a su lado. Cuando el ataúd, demasiado blanco y

liso, avanzaba por las calles en una carroza destartada, todos adivinaron lo que contenía. Unos cuantos pilluelos, pagados por mi fiel sirviente para proteger la carroza contra los ataques de una multitud furibunda, huyeron despavoridos y propagaron la noticia por toda la ciudad. Un clamor rabioso fue invadiendo las calles. Indignados, muchos hombres abandonaron sus puestos de trabajo; las mujeres fueron presa de llantos convulsivos, y las escuelas decretaron asueto general. Miles de personas se congregaron, pidiendo autorización para dar muerte al cadáver. Desde la Revolución de 1848 no se había visto aquí un tumulto parecido. Puños en alto, maldiciones, calles jadeantes y voces que clamaban en coro: “¡Muerte al cadáver!”. ¡Muerte al cadáver!». Lo entiendo perfectamente. La multitud es voluble. En general no me gusta. Pero aquel día me hubiera unido a ella con sumo agrado. El pueblo no entiende bromas. Su venganza es terrible. Dadle el objeto adecuado y actuará con justicia. Cuando alzaron la tapa del ataúd, descubrieron un repugnante esqueleto en lugar de un cadáver normal. El frenesí se disipó al instante. A un esqueleto no hay por dónde cogerlo. La multitud se dispersó. Sólo un mastín no abandonó su presa. Buscaba carne y no encontraba nada. De pura rabia, tiró al suelo el ataúd y destrozó la falda. Luego devoró los trozos sin piedad, hasta el último bocado. Por eso es que la falda no existe. Buscarla sería inútil. Les cuento estos detalles para facilitarles la tarea. Tendrán que buscar los restos en un basural, fuera de la ciudad. Huesos, unos cuantos huesos miserables; dudo que puedan distinguirlos de la demás basura. Quizá tengan suerte. Un monstruo así no merecía un entierro decente. Como está bien muerta, no quiero hablar mal de ella. El peligro azul fue conjurado. Sólo los necios pueden temer uno amarillo. China es el país de los países, la auténtica Tierra Santa. ¡Crean en la muerte! Ya en mi juventud empecé a dudar de la existencia del alma. La doctrina de la metempsicosis me parece una aberración y estoy dispuesto a decírselo en la cara a cualquier hindú. Cuando la encontraron en el suelo, frente al escritorio, era un esqueleto, *no* un alma...

Kien controlaba su discurso. De vez en cuando, sus pensamientos derivaban hacia la ciencia. Al verla tan cerca, ¡cómo hubiera deseado explayarse en ella! Era su verdadera patria. Pero al final se dominaba. Los placeres, para más tarde, se decía, para cuando estés en casa: los libros te esperan, los ensayos te esperan, ya has perdido mucho tiempo. Todos los caminos lo llevaban, por obra de su voluntad, al sitio aquel, frente a su escritorio. Cuando lo veía, el rostro se le iluminaba y le sonreía a la muerta: era una visión, no un fantasma. Con gran amor se detenía a su lado. Pero en los seres vivos no advertía detalles; su memoria sólo funcionaba con los libros. Si no, ya la hubiera descrito con prolijidad.

Su muerte no fue algo trivial. Fue todo un acontecimiento. La redención final de una humanidad ferozmente perseguida. Poco a poco empezó Kien a asombrarse de su propio odio. Una mujer así no se lo merecía. ¿Cómo se puede odiar a un miserable esqueleto? El final fue rápido. Sólo el olor, que había impregnado los libros, lo molestaba. Tendrá que hacer sacrificios. Tratará de eliminarlo.

Los policías, ya impacientes, escuchaban sólo por deferencia al comisario. Pero a éste le era difícil recuperar el tono de sobriedad del interrogatorio. Teniendo la victoria entre las manos, esa prosa le resultaba insulsa. ¡Con qué gusto hubiera rebuscado corbatas nuevas —modelos exclusivos de pura seda—, para elegir la más bonita! Pues no tenía mal gusto. En todas las tiendas lo conocían. Podía pasarse horas revolviendo corbatas sin arrugarlas. Por eso le confiaban la mercadería. Algunos hasta se la enviaban a casa, lo que a él no le agradaba. Podía pasarse el día entero en una tienda, conversando con los dueños. Nada más verlo, éstos dejaban a los otros clientes. Su profesión era un arsenal de historias interesantes y él solía contarlas. La gente goza escuchándolo. Sí, tiempo es lo que le falta para darse gusto. Mañana saldrá a pasear. Lástima que hoy no sea mañana. Su deber era escuchar cada interrogatorio. No lo hacía por principio, pues ya lo sabía todo. A éste lo hizo confesar. Y engañarlo a él no es fácil. Tenía los nervios deshechos de tanto trabajar, pero así y todo se dio por satisfecho. Había logrado algo y esperaba ansiosamente su nueva corbata.

El portero paró la oreja. No se había equivocado con el profesor: su discurso demostraba lo valioso que era. En cuanto a él, no es un criado. Fiel, de acuerdo; y si lo deseaba, podía llamar a todos los vecinos del inmueble, que vendrían corriendo. O rugir tan fuerte que toda la ciudad lo oyera. Como buen policía, no conoce el miedo. Puede irrumpir en cualquier apartamento. No hay cerradura que lo detenga; derriba las puertas con *un solo* puño. No es de los que gastan suela dando patadas. Otros recurren a los pies en seguida. El no; su fuerza está en los puños.

Teresa permaneció junto a Kien, cuyas palabras fue tragándose penosamente. Sin moverse del sitio, describía círculos con ambos pies bajo la falda, haciendo girar ora el derecho, ora el izquierdo. La inutilidad de esos movimientos traicionaba su miedo. Temía a aquel hombre. Habían convivido ocho años en el mismo apartamento y cada vez lo encontraba más sangriento. Antes nunca quiso decir nada. Ahora no hacía sino hablar de crímenes. ¡Qué tipo tan peligroso! Cuando habló del esqueleto junto al escritorio, ella se dijo en el acto: su primera esposa. También quiso sacarle un testamento. Inteligente, la mujer; pero el muy cobarde no aflojaba un céntimo. Lo de la falda era una ofensa. ¿Desde cuándo los mastines comen faldas? Si por él fuera, las mataría a todas. Ni con palizas escarmienta. Además, era un farsante. Él mismo le regaló las tres habitaciones. ¿Qué haría ella con los manuscritos? Quería el talonario de cheques. ¿Que los libros apestaban a cadáver? Ella nunca notó nada. Y eso que llevaba ocho años desempolvándolos cada día. En la calle, la gente chilló al ver pasar el ataúd. Oiga, ¿quién hace eso ante un cadáver? Primero se casa por amor y después la mata. Merecía la horca. Ella es incapaz de matar una mosca. No se casó con él por amor. ¡Que se atreva a volver a la casa! Claro que estaba asustada. *Él* piensa en el dinero porque es un tacaño. Lo de la falda azul era un cuento. Lo dijo sólo por molestarla. Ya no habría más crímenes. Para eso estaba la policía. Un poco más y lloraría a gritos. Para ese hombre las mujeres eran animales. Tenía la suya en la

conciencia. Entre las seis y las siete estaba siempre solo. La hora del crimen. ¿Por qué no dejaría en paz ese escritorio? ¿Acaso ella encontró algo? El portero la dominaba. Ella quisiera una linda carroza. Y que el ataúd fuera negro. Con caballos.

Teresa sintió cada vez más miedo. La asesinada era tan pronto la primera mujer como ella misma. Se imaginó el cadáver sin falda. Era lo más desconcertante. Sintió lástima por la primera mujer: ¡cómo pudo él ser tan cruel con su falda! El miserable funeral le dio vergüenza. ¡Cómo odió al mastín aquel! ¡Qué poca vergüenza la de esa gente! En la escuela hay que pegarles más a los niños. Los hombres debieran trabajar más y las mujeres cocinar mejor. Ya les dirá lo que piensa. ¿Y a los inquilinos qué les importa? No hacen más que fisgonear.

Devoraba las palabras de Kien como un hambriento su mendrugo de pan. Lo escuchaba para no sentir miedo. No tardó en ir adaptando sus ideas a lo que él decía. Pero tanta agilidad mental acabó por marearla. No estaba acostumbrada a ir tan de prisa. Se hubiera sentido orgullosa de su inteligencia, de no estar medio muerta de miedo. Varias veces estuvo a punto de avanzar y decirles quién era él; pero el miedo a lo que Kien pensara la redujo al silencio. Intentaba adivinar lo que vendría luego, pero él la sorprendía. La estaba estrangulando. Ella se defendía; no era tonta, ¿por qué esperar a que le falte el aire? No. Tiene tiempo; no morirá antes de los ochenta: dentro de cincuenta años. Antes no. Así lo quiere el señor Guarro.

Kien concluyó su discurso con un gesto grandioso. Levantó el brazo en alto: un asta de bandera sin bandera. Su cuerpo se estiró y los huesos le crujieron. Entre aguada y clara, su voz resumió:

—¡Viva la muerte!

Esta exclamación despertó al comisario. Molesto, apartó un lote entero de corbatas. Había elegido las más bonitas. ¿Cuándo tendrá tiempo para guardarlas? De momento las hizo desaparecer: ya vendrán tiempos mejores.

—Mi estimado amigo —dijo—, si los oídos no me engañan, ya está usted en la muerte. ¡Mejor cuéntenos su historia una vez más!

Los policías se repartieron codazos. ¡El jefe y sus manías! El pie de Teresa se salió del círculo. Algo tendría que decir. El memorioso se vio ya en la meta. Palabra oída, palabra registrada. Pensaba repetir toda la historia del detenido.

—¡Ya está cansado! —dijo, señalando desdeñosamente a Kien con el hombro— ¡yo lo haré más rápido!

Teresa estalló:

—¡Oiga, me está matando! —El miedo la hizo hablar en voz baja. Kien la oyó, pero se negó a admitirlo. No se volvería. ¡Nunca! ¿Para qué? Si estaba muerta. Teresa exclamó—: ¡Oiga, que tengo miedo!

Pero el memorioso, molesto por la interrupción, la atacó:

—¿Acaso la están mordiendo?

El padre del colegial intervino:

—La mujer es, por naturaleza, el sexo débil —frase extraída de la tarea de alemán

de su hijo.

El comisario sacó su espejito del bolsillo, bostezó y dijo en un suspiro:

—¡Yo también estoy cansado! —La nariz se le redujo más; ya nada le interesaba.

Teresa gritó:

—¡Oiga, que se vaya!

Kien resistió el impacto de su voz sin volverse, pero lanzó un hondo suspiro. Harto de oír lamentaciones, el portero rugió:

—Profesor, la cosa no es tan grave. Todavía estamos vivos... y sin huesos rotos.

—No podía soportar la muerte. Así era él. Y avanzó a grandes pasos, dispuesto a intervenir.

El profesor era un hombre inteligente, dijo. A fuerza de leer tantos libros, sabía hablar muy bien. Un hombre famoso y un corazón de oro, además. Pero no hay que creerle una palabra. Nunca había cometido un crimen. ¿Con qué fuerzas? Hablaba así porque su mujer no era digna de él. Esas cosas suceden en los libros. Y él sabe de todo. Hasta un alfiler lo asusta. Su mujer le amargó la vida. No tiene corazón, la muy marrana. Se va con todo el mundo. Si le dices siéntate, se echa. Él puede jurarlo. Lo sedujo a la semana de marcharse el profesor de casa. Él era policía jubilado y trabajaba de portero. Su nombre: Benedikt Pfaff. No recuerda haber vivido en otra casa que el 24 de la calle de Ehrlich. Esa mujer no debería hablar de robos. El profesor se casó con ella por compasión, pues era una simple criada. Otro le hubiera hundido el cráneo. Su madre, que murió en la miseria, tuvo antecedentes penales por mendicidad. No tenía qué comer. La hija se lo había contado en la cama. Habla por veinte. El profesor era inocente, tan cierto como que él es policía jubilado. Él asumía cualquier responsabilidad. Un custodio del orden puede hacerlo. Su vivienda era una auténtica comisaría. Sus colegas se sorprenderían: cuatro canarios y una mirilla. Los hombres deben trabajar, y el que no trabaja se convierte en una carga pública.

Todos lo escuchaban sorprendidos. Sus rugidos penetraron en cada cerebro. Hasta el padre lo entendió. Era su lenguaje, pese a toda su admiración por las tareas del hijo. En el comisario brilló un último destello de interés. Admitió que el pelirrojo había sido policía. Ningún hombre normal hubiera actuado con tanto desparpajo en un lugar así. Teresa intentó protestar varias veces. Sus palabras casi no se oían. Fue deslizándose a derecha e izquierda hasta que cogió a Kien por la americana, tirando con fuerza de ella. Tendría que volverse y decirles si era una criada o un ama de llaves. Le pidió su ayuda, confiando en que así la compensaría de los insultos del otro marido. Se casó con ella por amor. ¿Qué se hizo de aquel amor? Por más asesino que fuera, lengua tenía. Y no iba a permitir que la trataran de criada. Hace treinta y cuatro que trabaja como ama de llaves. Y casi un año que es una respetable ama de casa. ¡Que diga algo rápido! ¡Si no, revelará el misterio de las seis de la mañana!

En secreto, decidió traicionarlo no bien él le tributase lo que le debía: amor. Kien fue el único que oyó sus palabras. En medio del griterío general, percibió su voz débil, pero como siempre indignada. Sintió la mano callosa en su americana. Con

cuidado, sin saber exactamente cómo, contrajo la espina dorsal y encogió los hombros hasta zafarse de las mangas, que bajó ligeramente con sus dedos. De pronto, tras un último tirón, se quedó sin americana y sin Teresa. Ahora ya no la sentía. Si lo cogía por el chaleco, volvería a hacer lo mismo. Mentalmente no invocó al fantasma ni a Teresa. Evitó su nombre y su imagen, aunque sabía contra qué se estaba defendiendo.

El portero concluyó su arenga. Sin esperar los efectos, pues contra él no había nada, se interpuso entre Kien y Teresa, rugió:

—¡Quieta! —Le arrancó la americana de la mano y vistió al profesor como si fuera un bebé.

En silencio, el comisario devolvió el dinero y los papeles. Sus ojos lamentaron el malentendido; pero no retiró una sílaba de su brillante interrogatorio. El «genio» de la memoria descubrió muchos detalles sospechosos y, por lo que pudiera suceder, tomó nota del discurso del pelirrojo y fue contando con sus dedos los diversos puntos que lo integraban. Los policías hablaban todos a la vez. Cada uno iba expresando su opinión. Uno de ellos, amante de los refranes, dijo:

—No hay cosa escondida que al cabo de un tiempo no sea bien sabida. —La frase halló eco en todos los corazones.

Los treinta y cuatro años de Teresa como ama de llaves se perdieron entre el vocerío. Empezó a patalear. El padre del colegial, al que ella le recordaba una cuñada (fruto prohibido), acabó por escucharla. Roja como un tomate y con voz chillona, Teresa se justificó citando cifras. Su marido era testigo, y si no, iría a buscar al señor Guarro, de la mueblería *Guarro & Esposa*, que acababa de casarse. Al decir «casarse» soltó un gallo. Pero nadie la creyó. Siguió siendo una criada común y corriente, y el padre le dio una cita para esa noche. El portero, que lo oyó, dio su conformidad antes de que ella respondiese.

—Por eso es capaz de irse al Brasil —le explicó jovialmente a su colega. América no le parecía demasiado lejos. Luego, radiante de satisfacción y resoplando, miró en derredor y descubrió en las paredes fotografías ampliadas de luchadores de jiu-jitsu —. En mis tiempos —rugió— esto era más que suficiente. —Y, cerrando sus macizos puños, los paseó bajo las admirativas narices de varios colegas.

—¡Qué tiempos aquellos! —dijo el padre, acariciándole el mentón a Teresa. Su hijo conocería tiempos mejores.

El comisario examinó a Kien —era un profesor de verdad—. En seguida le pareció alguien de buena familia, de esos que andan con los bolsillos llenos. Otros quizá se vistan mejor, en vez de ir por ahí como un mendigo. El mundo era injusto.

Teresa dijo al padre:

—Bueno, ¡pero no olvide que soy ama de casa! —No más de treinta, ya lo sabía, pero aún estaba ofendidísima. Kien, inmóvil y con los ojos fijos en el comisario, intentó averiguar si la voz de Teresa se hallaba cerca o lejos.

Cuando el portero decidió partir y cogió tiernamente al profesor por el brazo, éste

sacudió la cabeza y se aferró a la mesa con una fuerza asombrosa. Intentaron soltarlo, pero la mesa lo seguía. Entonces, Benedikt Pfaff rugió a Teresa:

—¡Lárgate ya, carroña! ¡No puede soportar a esta mujer! —añadió, dirigiéndose a sus colegas.

El padre empuñó a Teresa y la obligó a salir, entre bromas y empujones. Ésta, indignada, le pidió en un susurro que esa noche no la dejara dormir. Ya en la puerta, reunió la poca voz que le quedaba y exclamó:

—¿Así que un crimen no es nada? ¿Así que un crimen no es nada? —Pero recibió un bofetón en plena boca y se deslizó velozmente a casa. No dejaría entrar a un asesino. Cerró rápidamente la puerta: dos vueltas por abajo, dos vueltas por arriba y dos vueltas en el centro. Luego escudriñó todo el apartamento, por si hubiera algún ladrón escondido.

Diez policías no lograron que el profesor se moviera.

—¡Ya se fue! —le dijo el portero, alentándolo, y giró su cuadrada cabezota hacia la puerta. Kien guardó silencio.

El comisario le miró los dedos: eran inoportunos, empujaban su mesa. Si la cosa seguía así, pronto lo dejarían sin nada. Se levantó: el cojín también estaba torcido.

—Señores —dijo— ¡esto es inadmisibile! —Unos doce policías rodearon a Kien e intentaron convencerlo por las buenas de que soltara la mesa.

—Cada cual es forjador de su destino —dijo alguien. El padre prometió hacerle un lavado de cabeza a la mujer, esa misma noche.

—Sólo hay que casarse con gente decente —afirmó el memorioso. Él mismo no se casaría sí no es con una ricachona, por eso aún sigue soltero.

El comisario, que dirigía las operaciones, pensó: «¿sacaré algo en limpio de todo esto?» y bostezó, despreciando a todos.

—¡No me haga pasar vergüenzas, profesor! —rugió Benedikt Pfaff— y véngase conmigo. Ya nos vamos a casa. —Kien se mantuvo firme.

Pero el comisario ya estaba harto. Ordenó:

—¡Fuera! —Y los doce agentes, que hasta entonces emplearan la persuasión, se abalanzaron a la mesa y sacudieron a Kien, que se desprendió como una hoja seca. No se derrumbó. Permaneció alerta. Se negaba a darse por vencido. En vez de decir algo inútil, sacó su pañuelo y se vendó los ojos, ajustando bien el nudo hasta que le doliera. Después, su amigo, lo cogió por el brazo y salió con él.

No bien cerraron la puerta, el memorioso se llevó un dedo a la frente y exclamó:

—¡El asesino era el cuarto! —A partir de entonces, la policía decidió vigilar muy de cerca al ascensorista del *Theresianum*.

Ya en la calle, el portero le ofreció su cuartocho al profesor. En el apartamento no estaría a gusto, dijo, ¿para qué forzar las cosas? Ahora necesitaba reposo.

—Sí —dijo Kien—, no soportaría aquel olor. —Aceptaría su oferta hasta que limpiaran el apartamento.

## El botón

Frente al *Theresianum* tuvo Fischerle, cuya fuga resultó ser todo un éxito, una recepción inusitada. En vez de sus empleados, cuya suerte y garrulería lo tenían muy inquieto, una irritada multitud se agolpaba ante la puerta. Al verlo, un viejo gimió:

—¡El tullido! —Agachándose tan rápido como sus tiasas piernas se lo permitieron. Lo asustaba el criminal, convertido por los rumores en un enano gigantesco. Agazapado, él mismo era tan pequeño como éste. Una mujer repitió el débil gemido del anciano, dándole más énfasis. Y entonces lo oyeron todos. La dicha de tener un deseo unánime los embargó en seguida—: ¡El tullido! —Se oyó en toda la plaza— ¡el tullido!, ¡el tullido!

Fischerle dijo:

—¡Mucho gusto! —E hizo una venia. En una multitud así habría un dineral por recoger. Indignado por la gruesa suma que restituyera al bolsillo de Kien, esperó encontrar allí alguna compensación. Aún estaba bajo los efectos del peligro anterior y no barruntó el nuevo en seguida. La vibrante aclamación con la que fue recibido lo llenó de alegría. Exactamente así saldrá de su *Palacio de Ajedrez* en América. Y entre acompañamientos musicales y ovaciones multitudinarias, les robará sus dólares del bolsillo. La policía se mantendrá alerta, pero nada más. Ya nada podría ocurrirle: un millonario es sagrado. A su lado tendría a un centenar de policías invitándolo cortésmente a servirse. Aquí no lo entendían tan bien. Por eso los abandonó adentro. En vez de dólares no hay sino calderilla, aunque él acepta todo.

Mientras él inspeccionaba su campo de acción —calles por las cuales evadirse, bolsillos a los cuales echar mano, piernas por las que poder escabullirse—, el entusiasmo fue adquiriendo proporciones amenazadoras. Todos querían su tajada del ladrón de aquel collar de perlas. Hasta los más ecuánimes perdían la sangre fría. ¡Qué insolencia: presentarse ante un público que iba a reconocerlo! Los hombres lo harán polvo. Las mujeres lo pondrán por las nubes y luego lo desgarrarán con sus uñas. Todos querrán aniquilarlo, hasta no dejar sino la vergonzosa mancha que había sido; nada más. Pero antes tendrán que verlo. Pues aunque miles de fanáticos gritaran: «¡El tullido!», a lo sumo una docena lo habían visto. El camino al enano infernal está empedrado de prójimos buenos. Todos lo desean, todos suspiran por él. Más de un padre, preocupado, levantó en vilo a sus hijos. Alguien podría pisotearlos y así aprendían ellos algo: era matar dos pájaros de un tiro. Los vecinos tomaban muy a mal que, en un momento así, alguien pensara en sus hijos. Muchas madres se olvidaron de sus críos y los dejaron berrear tranquilamente. No oían nada, sólo oían: «¡El tullido!».

Fischerle encontró que hacían demasiado ruido. En vez de «¡Viva el campeón mundial!», gritaban: «¡El tullido!». ¿Por qué aclamar precisamente a ese tipejo? No lo entendía. Por todos lados lo empujaban. Menos amor y más billetes, señores. Así nunca tendrá nada. Por aquí le aplastan los deditos. Más allá ni sabe dónde lleva la



joroba. Robar con una sola mano es peligroso.

—¡Gentuza! —les gritó—, ¡me amáis demasiado! —Sólo los que estaban a su lado lo escucharon. Pero nadie entendió su mensaje, Los empujones le abrieron los ojos; los puntapiés lo convencieron. Algo había hecho, ¡si sólo supiera qué! ¿Lo habían sorprendido acaso? Se miró la mano libre. No, aún no había hurgado en ningún bolsillo. Siempre encontraba fruslerías: pañuelos, peines, espejitos. Solía cogerlas y tirarlas luego, en venganza. Pero esta vez, ¡oh vergüenza!, estaba con las manos vacías. ¿Cómo se les ocurría detenerlo siendo él inocente? No había robado nada y ya lo pisoteaban. Puñetazos por arriba y puntapiés por abajo, mientras las mujeres le pellizcan la joroba. No es que le doliera, pues aquella gente de palizas no entiende nada: en el *Cielo* les hubieran dado cursos gratis. Pero como uno nunca sabe, y a veces los principiantes resultan ser de golpe maestros consumados, Fischerle empezó a chillar en tono lastimero. Normalmente graznaba, pero en ciertos casos, como por ejemplo ahora, su voz sonaba como la de un bebé. También tenía la persistencia adecuada. Junto a él, una mujer lanzó inquietas miradas en derredor. Su hijo estaba en casa. Temió que hubiera salido detrás de ella, perdiéndose entre la multitud. En vano lo buscó con ojos y orejas, tratando de imponer silencio como ante un cochecito de niño, hasta que se calmó. Los otros no se dejaron dar bebé por asesino y, temiendo que el gentío los arrastrara a la deriva, se dieron prisa. Sus golpes, cada vez menos precisos, casi nunca daban en el blanco. Pero también iban llegando nuevos, animados por las mismas intenciones. Fischerle estaba muy descontento. Escaparse hubiera sido para él un juego de niños. ¡Con sólo sacarse los billetes de las axilas y lanzárselos a la multitud! Tal vez pretendieran eso. Por supuesto, que el buhonero, ese egoísta, esa serpiente inmundada, había amotinado a la gente, y ahora le pedían su dinero. Pegó bien sus brazos al cuerpo, indignado por las insolencias que los jefes tienen que aguantar ahora de sus empleados. Pero él no era uno de éstos, no; mandó al diablo a la serpiente, la despidió —de todos modos lo hubiera hecho— y decidió hacerse el muerto. Si esos delincuentes le registraban los bolsillos, sabría al fin lo que querían. Si no lo registraban, se irían, dándolo por muerto.

Pero era más fácil concebir su plan que ejecutarlo. En vano hizo esfuerzos por caer: las rodillas de los circunstantes sujetaban su joroba. Su rostro era ya el de un moribundo; sus torcidas piernas se doblaron; en lugar de la boca, que era diminuta, su nariz exhaló el último suspiro; los ojos se le abrieron, inertes y vidriosos... pero todos los preparativos eran prematuros. Su plan fracasó debido a la joroba. Fischerle escuchó lo que le reprochaban. ¡Qué lástima ese pobre barón! Por un collar de perlas no valía la pena. ¡Qué susto tan horrible el de la joven baronesa! ¡Pobre mujer, con la vida arruinada y sin marido! Tal vez se case con otro. Nadie podrá obligarla. A los enanos les dan 20 años. Deberían restablecer la pena de muerte. Y exterminar a los tullidos. Los asesinos son todos tullidos. No, todos los tullidos, asesinos. ¿Por qué tendrá ese aire de idiota, como un gañán de campo? Debería trabajar un poco más en

vez de quitarle el pan a la gente. ¿Para qué querría las perlas, con semejante joroba? ¡Y esa nariz de judío! ¡Deberían cortársela! Fischerle estaba furioso. ¡Esa gente hablaba de un collar de perlas como un ciego habla de colores! ¡Ojalá tuviera él uno!

De pronto, las rodillas ajenas cedieron, su joroba quedó Ubre y él por fin se desplomó al suelo. Con sus ojos vidriosos constató que lo habían abandonado. Ya cuando lo insultaban creyó oír menos gente. El grito: «¡El tullido!» resonaba con más fuerza, pero desde la iglesia.

—¡Mírenlo! —dijo en tono de reproche y se levantó, clavando sus ojos en los pocos admiradores que le quedaban—. ¡El que buscan está allá! —Todas las miradas siguieron su mano derecha, que señaló la iglesia. Con la izquierda, él registró velozmente tres bolsillos, tiró con ademán despreciativo un peine —lo único que encontró—, y puso pies en polvorosa.

Nunca llegó Fischerle a saber quién fue su misterioso salvador. En el lugar de siempre, la Fischerla, que lo esperaba junto con los otros, fue la única en hallar larga la espera.

Pues el manobrero no advirtió la prolongada ausencia de su jefe. Podía pasarse horas de pie, con la mente en blanco. El tiempo, para él, no transcurría rápido ni lento. Toda la gente le era extraña porque funcionaba muy de prisa o muy despacio. Su mujer lo despertaba; su mujer lo mandaba a trabajar; su mujer volvía a recibirlo. Era su reloj, su hora exacta. Se sentía muy a gusto cuando bebía, pues el tiempo dejaba de existir también para los otros.

Esperando, el «ciego» se divertía como un rey. La succulenta propina de la víspera se le había subido a la cabeza; hoy esperaba otra más succulenta todavía. Renunciará a la empresa Siegfried Fischer y con sus ahorros abrirá una tienda. Una tienda inmensa, con capacidad para noventa vendedoras, más o menos. Él mismo las escogería. Menos de noventa kilos no podrán pesar. Él es el amo y puede contratar a quien le dé la gana. Pagará los mejores sueldos y les quitará las de más peso a sus competidores. Las novatas oirán decir en todas partes que la tienda de Johann Schwer es la que mejor paga. El propietario, un ex-ciego, es un señor muy perspicaz. Trata a todas como a su propia esposa. Y ellas dejarán a sus maridos para irse con él. En su tienda se podrá comprar de todo: pomadas, peines de verdad, redecillas, pañuelos limpios, sombreros de hombre, alimento para perros, gafas ahumadas, espejitos de bolsillo y todo lo que uno quiera. Todo, salvo botones. En los escaparates colgaría grandes letreros: AQUÍ NO SE VENDEN BOTONES.

Por su parte, el buhonero siguió registrando la iglesia en busca de estupefacientes: su proximidad ejercía sobre él un efecto hipnótico. A cada paso cree dar con un paquete oculto, pero sabe que en realidad no es tal. Es demasiado inteligente.

Los tres hombres guardaban silencio.

La única en manifestar una inquietud creciente era la Fischerla. Algo le ha ocurrido a Fischerle. ¿Por qué no llegará? ¡Es tan pequeño...! Cuando promete algo, lo cumple. Y dijo que volvería en cinco minutos. Esa mañana los diarios hablaban de

un accidente; ella pensó en él de inmediato. Un choque de dos locomotoras: una de ellas resultó muerta y la otra, gravemente herida, fue llevada al hospital. Irá a ver qué pasaba. Si él no se lo hubiera prohibido, ya habría ido. Habían atacado a Fischerle por ser un gran jefe. Ganaba cerros de dinero y los llevaba consigo. Ya lo decía ella: es un hombre extraordinario. Su mujer debió *azuzar* a aquella gente contra él, al ver que ya no la quería. La encontraba muy vieja. Que se divorcie: en el *Cielo* todas lo querían. La plaza de la iglesia está negra de gente. Deben haberlo atropellado. Irá a ver qué pasaba. Que los otros se queden. ¡Con lo bien que grita, el pobre! Sus ojos la asustaban. Cuando la mira, ella quisiera huir, pero no puede. Qué pensarán los otros tres? El jefe era él. Debieran tenerle miedo. Ha de estar bajo las ruedas. Con la joroba triturada. Seguro que perdió su juego de ajedrez y lo anduvo buscando en el *Theresiarium*, porque era el campeón mundial. Se habrá puesto furioso. Volverá a enfermarse y ella tendrá que cuidarlo. Lo pensó esa misma mañana. Salió en el periódico. Aunque ella nunca lo leía. Irá a ver; irá a ver.

Hacía una pausa entre frase y frase, frunciendo inquietamente el ceño. Iba y venía de un lado a otro, balanceando su joroba y almacenando palabras nuevas que luego susurraba a sus colegas. Sintió que todos estaban tan preocupados como ella. Ni siquiera el ciego, que en sus ratos de buen humor era un parlanchín, decía nada. Ella quiso buscar a Fischerle sola, pero temió que los otros la siguieran. «¡Vuelvo en seguida!», gritó un par de veces, subiendo el volumen a medida que se alejaba. Los hombres no se movieron. Pese a su miedo, la vieja se sintió dichosa. Encontraría a Fischerle. Que no se atormente tanto por sus empleados; bastante tiene ya con sus desgracias. Él mismo les dijo que esperasen.

Avanzó con gran cautela hasta la plaza de la iglesia. Dobló la esquina y, en vez de apresurarse, aflojó aún más su ya menudo paso, volviendo ansiosamente la cabecita. Si el buhonero, el idiota de los botones o el manobrero la seguían, se pararía en seco, como el coche que atropello a Fischerle, y les diría: «Estoy mirando». Y sólo cuando dieran media vuelta, seguiría avanzando. A veces se paraba a esperar, creyendo ver un pantalón detrás de la iglesia. Pero no, no era: y seguía deslizándose. Tiempo que no veía tanta gente junta. Si todos le comprasen un periódico, tendría su semana asegurada. El paquete estaba en el *Cielo*; hoy no tenía tiempo para periódicos, porque era empleada de Fischerle. Pagaba veinte chelines diarios sin que se los pidieran. Él mismo lo quiso así, porque su empresa era grande. Y ella se esconderá para encontrarlo; se hará aún más pequeña, él debe de haberse echado en algún sitio. Oía su voz. ¿Por qué no lo veía? Deslizó su mano por el suelo. «Tampoco es tan pequeño», musitó, sacudiendo la cabeza. Ya estaba en medio de la multitud y, como iba agachada, sólo se le veía la joroba. ¿Cómo encontrarlo entre tanto gigante? El gentío la apretujaba; a él también lo apretujaban: ya lo habrían aplastado. ¡Que lo dejen salir! ¡No puede respirar, se está ahogando, se muere!

De pronto, alguien gritó a su lado:

—¡El tullido! —Golpeándole la joroba.

Oyó nuevos gritos y sintió más golpes. La multitud se le echó encima: los que no pudieron darle a Fischerle, se vengaron en ella. La Fischerle se tiró al suelo, de barriga, y no se movió. ¡Le daban duro! Querían darle en la joroba, pero la golpeaban por los cuatro costados. La multitud se fue arremolinando en torno a ella. No cabía duda sobre la autenticidad de su joroba. Con ella se ensañó la masa. Mientras pudo, la Fischerle tembló por la suerte de Fischerle y se puso a gemir:

—¡Es lo único que tengo en el mundo! —Luego perdió la conciencia.

A Fischerle le fue bien. Detrás de la iglesia encontró a tres de sus cuatro empleados: faltaba la Fischerle.

—¿Dónde está? —les preguntó, manteniendo la mano estirada a la altura de su vientre. Se refería a la pequeña.

—Se ha escapado —replicó rápidamente el buhonero, cuyo sueño era ligero.

—Mujer tenía que ser —dijo Fischerle—, no podía esperar; siempre tiene algo que hacer: que si está ocupada, que si pierde dinero, que si está arruinada, ¡todas son iguales, unos monstruos!

—¡Deje en paz a mis mujeres, señor Fischerle! —lo interrumpió el ciego en tono amenazador—. ¡Mis mujeres no son monstruos! ¡No me las insulte! —Poco faltó para que describiera su tienda. Pero una ojeada a sus competidores le inspiró una solución más sabia—. ¡En mi tienda se prohíben los botones por orden policial! —dijo, y se calló.

—Se ha ido —gritó el manobrero. Esta enérgica respuesta, recién elaborada, se refería aún a la pregunta inicial de Fischerle.

Pero el jefe arrugó la cara, consternado. Hundió su cabeza en el pecho y los ojazos se le llenaron de lágrimas. Los fue mirando uno a uno con desconsuelo y no dijo nada. Con la mano derecha se golpeó, no la frente, sino la nariz, y las piernas le temblaron tan violentamente como la voz cuando por fin habló.

—Señores —gimió— estoy arruinado. Mi socio me ha... —Y un espasmo de indignación sacudió su expresivo cuerpo— engañado. ¿Saben una cosa? ¡Suspendió los pagos y se fue con mi dinero a la policía! ¡El manobrero es testigo! —Y esperó una confirmación. El manobrero asintió, pero después de varios minutos. En ese lapso, la tienda se derrumbó, enterrando a noventa empleadas. La iglesia también se desplomó, y los estupefacientes que ocultaba se perdieron. Ya ni pensar en dormirse. Al retirar los escombros, encontraron en los sótanos de la tienda un depósito enorme de botones.

Fischerle aceptó la confirmación del manobrero y continuó:

—Estamos todos arruinados. Habéis perdido vuestros puestos y el corazón se me parte al pensar en vosotros. Todo mi capital se ha esfumado y han dado orden de captura contra mí, por negocios ilícitos. La orden llegará en un par de días, ya veréis, lo sé de buena fuente. Tengo que esconderme. Quién sabe dónde reapareceré; quizá en América. ¡Si tuviera el pasaje! Pero ya me las arreglaré. Para un ajedrecista como yo no es muy difícil. Sólo temo por vosotros. La policía podría encerraros. Por

haberme ayudado os caerían dos años de trabajos forzados. Ayudáis a alguien porque sois buenos amigos y resulta que os meten dos años en chirona, ¿por qué? ¡Por no haber cerrado el pico! ¿Sabéis una cosa? ¡No tienen por qué encerraros! Si sois inteligentes, claro está, y no decís nada. «¿Dónde está Fischerle?», pregunta la policía. «No tenemos idea», decís vosotros. «¿No erais empleados de Fischerle?». «¿De cuándo acá?», decís vosotros. «Nos han llegado rumores». «Perdón, pero serán rumores falsos». «¿Cuándo visteis a Fischerle por última vez?». «El día en que desapareció del *Cielo*; quizá su mujer sepa la fecha». Si dais una fecha exacta, dejaréis mala impresión. Si no dais ninguna fecha, le preguntarán a mi mujer; y no creo que le haga daño ir una vez a la policía, tratándose de su marido. «¿Qué negocios hacía la empresa Siegfried Fischer & Co?». «¿Cómo quiere que lo sepamos, mi general?». No bien empezéis a negar todo, os soltarán. ¡Esperad, que tengo una idea genial! Nunca habréis oído algo así! No tendréis que ir a la policía en absoluto. La policía os dejará tranquilos; no querrá saber nada de vosotros, no le interesáis, no existís para ella, vuestra madre no os parió, ¿cómo explicaros el por qué? Simplemente por cerrar el pico. No digáis una palabra a nadie, ni siquiera en el *Cielo*. Y ahora Contestadme, ¿a quién se le ocurrirá pensar que habéis tenido algo que ver conmigo? A nadie, os lo aseguro; y estaréis salvados. Iréis a trabajar como si nada hubiera sucedido. Tú venderás baratijas con tu sueño auestas; tú le entregarás a tu mujer las tres cuartas partes de lo que ganas y seguirás limpiando alcantarillas; los manobreros también son útiles, ¿qué haría una gran ciudad con tanta mugre y sin manobreros? Y tú seguirás mendigando; ya tienes tu perro y tus gafas. Si alguien te da un botón, mira a otro lado; si no te da botones, míralo. Los botones son tu perdición; pero cuidado, no sea que acabes matando a alguien. ¡Esto es lo que tenéis que hacer! Fijaos cómo soy: yo mismo estoy sin nada y os aconsejo a todos. Mis consejos valen su peso en oro. Ya me gustaría tenerlo, pero prefiero dároslo, por el cariño que os tengo.

Inquieto y emocionado, empezó Fischerle a rebuscarse los bolsillos. La aflicción que su ruina le produjo había desaparecido. Al hablar fue entrando en calor y olvidó la magnitud de su propia desgracia. Era el altruismo en persona: el destino de sus amigos le interesaba más que el suyo. Consciente de la vacuidad de sus bolsillos estiró hacia afuera el forro del izquierdo y, para su gran sorpresa, en el derecho encontró un chelín y un botón. Sacó ambas cosas —a lo hecho, pecho— y graznó entusiasmado:

—¡Compartiré mi último chelín con vosotros! Cuatro empleados y un jefe suman cinco en total. A cada uno le tocan veinte céntimos. Me guardaré la parte de la Fischerla, porque el chelín es mío. Tal vez la encuentre. ¿Quién tiene cambio?

Tras una serie de cálculos complicados (nadie tenía cambio de un chelín), lograron, siquiera parcialmente, efectuar el reparto. El buhonero recibió el chelín a cambio de sesenta céntimos que llevaba, y le quedó debiendo veinte al manobrero que, al no tener ni para su mujer, estaba evidentemente sin un cobre. El ciego cogió

su parte —y Fischerle, su doble parte— del cambio del buhonero.

—¡Reiros si queréis! —dijo Fischerle, que era el único en reírse—, pero pienso esconderme con veinte céntimos en el bolsillo. Vosotros tenéis trabajo; sois unos ricachones. Pero yo tengo mi orgullo y soy así. Prefiero que en el *Cielo* todos digan: «¡Fischerle se fue, pero era un tipo noble!».

—¿Donde encontraremos otro campeón de ajedrez? —se quejó el buhonero—, yo seré ahora el único campeón, pero de cartas.

El pesado chelín bailaba muy ligero en su bolsillo. El ciego se quedó inmóvil, con los ojos cerrados y la mano estirada por la costumbre. En ella tenía su «parte»: dos piezas de níquel, duras y pesadas como su nuevo dueño. Fischerle se echó a reír: «¡Un campeón de cartas!». Encontró absurdo que un campeón mundial de ajedrez tratara con gente así: un manobrero con mujer e hijos, un buhonero con insomnios y un posible suicida por problemas de botones. Advirtió la mano extendida, dejó caer el botón en ella y empezó a temblar de risa.

—¡Adiós a todos! —graznó—, ¡y mucho cuidado, amigos, mucho cuidado!

El ciego abrió los ojos y vio el botón; aunque había sentido algo extraño, quiso convencerse de lo contrario. Aterrado, siguió a Fischerle con la mirada. El enano se volvió y le gritó:

—¡Hasta la vista en un mundo mejor, querido amigo, y no te lo tomes muy a pecho! —Luego apretó el paso; el tipo era capaz de entender la broma al revés. En una travesía se dio tiempo para reírse a sus anchas: ¡la gente es tan idiota! Se metió bajo un portal, cruzó las manos bajo la joroba y rompió a reír a carcajadas, retorciéndose a derecha e izquierda. La nariz le goteaba, las moneditas de níquel tintineaban, la joroba le dolía: en su vida se había reído tanto; seguro que pasó ahí un buen cuarto de hora. Antes de seguir, se limpió la nariz contra el muro y la sumergió en sus axilas, que olisqueó por turno. En ellas llevaba el capital.

Al cabo de unas calles sintió pena por sus grandes pérdidas comerciales. Hablar de ruina era exagerado, pero 2000 chelines son una fortuna y el gremio de libreros se quedó con esa cantidad. La policía no tiene sentido, realmente. No hace más que interrumpir los negocios. ¿Qué puede saber un pobre agente, con un sueldito de hambre y sin capital, sin más ocupación que la de vigilar, de los negocios de una gran empresa? Él, por ejemplo, Fischerle, no se avergüenza de reptar por el suelo y recoger el dinero que su cliente le debía y, de pura rabia, ha tirado. Tal vez reciba un puntapié, pero no importa. Ya iría él separando un pie, dos, cuatro: todos esos pies, él mismo, pese a ser el jefe. Los billetes estaban sucios y arrugados, no eran recién salidos del Banco, un profano hubiera dudado si tocarlos o no... pero él los recogió. Por cierto que tiene empleados; cuatro para empezar, aunque hubiera podido tomar ocho; dieciséis ya no. Claro que también pudo ordenarles: «¡Chicos, recoged ese dinero inmundo!».

Pero era demasiado riesgo. La gente no piensa más que en robar, tiene la cabeza llena de robos, y el que menos se cree un gran artista porque esconde cualquier bagatela. Un jefe es jefe porque no confía sino en sí mismo. Es lo que

llaman correr el riesgo. Recoge, pues, dieciocho billetezcos de cien, sólo le faltan dos, ya los tiene casi en el bolsillo, suda y se tortura como un condenado, se dice: «¿Sacaré algo de todo esto?», y la policía se presenta en el peor momento. El pánico se apodera de él; no soporta a la policía, está harto de esos pobres diablos. Desliza el dinero en el bolsillo de su socio, —un dinero que ese socio le debe a él, Fischerle—, y se escabulle. Y ¿qué hace la policía? Se embolsa el dinero. Bien pudo dejárselo al socio; tal vez vengan tiempos mejores y Fischerle pueda recuperarlo; pero no se imagina que el gremio de libreros está loco. A un hombre como el gremio de libreros, con tanto dinero y tan poco juicio, pueden asaltarlo y robarle. Y eso traería problemas. Ya estamos hartos de trabajar, quedémonos mejor con el dinero... y de verdad se lo embolsan. ¡La policía roba y espera que uno sea honesto!

Un policía que pasaba clavó en Fischerle una mirada recelosa, El enano, sorprendido en plena rabieta, dejó que se alejara un buen trecho para dar rienda suelta a su odio. ¡Sólo faltaría que esos ladrones no lo dejaran ir a América! Antes de partir decidió vengarse de la policía por el delito contra la propiedad perpetrado en su persona. ¡Con qué ganas los hubiera pellizcado a todos hasta hacerlos chillar! Estaba convencido de que se repartirían el dinero robado. Pongamos que haya dos mil policías, a cada uno le tocaría un chelín. Ninguno diría: «¡No! ¡No acepto este dinero porque es robado!», como sería lo correcto tratándose de un policía. Por eso eran todos igualmente culpables y ninguno se salvó de los pellizcos de Fischerle.

—¡Pero no vayas a creer que les duele! —dijo de pronto en voz alta—. Tú estás aquí y ellos allá. Ni sienten tus pellizcos.

En vez de iniciar los trámites para su proyectado viaje, anduvo horas renqueando por la ciudad, sin objetivo, indignado y buscando algún modo de castigar a la policía. Normalmente se le ocurrían buenas ideas para realizar cualquier proyecto. Pero esta vez se quedó en blanco y, poco a poco, redujo sus exigencias más severas. Estaba incluso dispuesto a renunciar al dinero si le resultaba una venganza. ¡Sacrificaría dos mil chelines contantes y sonantes! Ya no los quería ni regalados; ¡pero que alguien se los robase a la policía!

Serían ya las doce pasadas —la rabia le quitó el hambre— cuando su mirada recayó en dos grandes placas colocadas a la entrada de una casa. En una se leía: DR. ERNST FLINK, Ginecólogo. Y la otra, puesta justo debajo, pertenecía a un DR. MAXI-MILIAN BÜCHER, especialista en enfermedades nerviosas. «Una mujer desquiciada mataría aquí dos pájaros de un tiro», pensó. Y en seguida se acordó del hermano de Kien en París, que había hecho fortuna como ginecólogo y luego se pasó a la psiquiatría. Buscó el papelito en el que había escrito la dirección de aquel famoso profesor y lo encontró en el bolsillo de su americana. La carta de recomendación también estaba, pero antes había que ir a París. Quedaba demasiado lejos, y entretanto la policía se habrá gastado el dinero a tragos. Si él mismo le escribiera una carta al hermano, firmándola con su nombre, el buen señor se preguntaría: «¿Fischerle? ¿Quién es Fischerle?», y se le haría un lío. Pues tiene una fortuna y es

terriblemente orgulloso. Profesor y con fortuna: hay que ir con mucho cuidado. Ya no es como en la vida, sino como en ajedrez. Si supiera que el profesor es ajedrecista, podría firmar: «Fischerle, campeón mundial de ajedrez». Pero un hombre así era capaz de no creérselo. En dos meses más, cuando Fischerle ya tenga en el bolsillo a Capablanca, aniquilado y deshecho como un perro, enviaría telegramas a toda la gente importante del mundo: «Tengo el honor de presentarle mis respetos: el nuevo campeón mundial de ajedrez, Siegfried Fischer». Entonces nadie dudaría, todos lo sabrían y se inclinarían a su paso, hasta los profesores ricos, y a los incrédulos los juzgarían por difamación. Además, enviar un telegrama de verdad era uno de los grandes sueños de su vida.

De este modo fue tomando cuerpo su venganza. Entró en la estafeta de correos más cercana y pidió tres formularios para telegramas: «Rápido, por favor, que es urgente». Sabía mucho de formularios. A menudo compraba varios —eran muy baratos— y, con sus letras gigantescas, escribía en ellos sarcásticos desafíos a los campeones mundiales del momento. Frases tan sublimes como: «Le desprecio. Un jorobado», o «Mídase conmigo, si se atreve, ¡tullido!». Luego las leía en el *Cielo* y se quejaba de la cobardía de los campeones, que jamás le respondían. Ahí le creían muchas cosas, salvo el cuento de los telegramas: no tenía dinero para enviar ni uno solo; por eso le tomaban el pelo con la dirección, que olvidaba o escribía mal, según ellos. Un católico bondadoso le prometió un día que, no bien llegara al cielo de verdad, le echaría a tierra las cartas que San Pedro le hubiese guardado. «¡Si supieran que voy a enviar un telegrama de verdad!», pensó Fischerle. Y sonrió al imaginar las bromas que esos pobres diablos gastarían sobre su persona. ¿Quién era él entonces? Un cliente asiduo de aquel antro llamado *El Cielo Ideal*. ¿Y quién es ahora? Alguien que envía un telegrama a un profesor. Ya sólo le falta elegir las palabras adecuadas. Mejor suprimir su propio nombre. Escribamos: «Hermano chiflado. Un amigo de la casa». ¡Qué bien queda así el primer formulario! Falta saber si «chiflado» impresionará a un psiquiatra. Como ve tantos cada día, se dirá: «No ha de ser tan grave», en espera de que el amigo de la casa vuelva a telegrafiarle. Pero Fischerle, en primer lugar, no puede tirar así el dinero; en segundo lugar, no lo ha robado y, tercero, esto le está quitando mucho tiempo. Decidió eliminar al «amigo de la casa», que sonaba demasiado fiel y podía despertar muchas expectativas, y reforzó «chillado» con «totalmente». En el segundo formulario se leía: «Hermano totalmente chiflado». Pero, ¿quién lo firmaría? Ningún profesional bien situado reacciona ante un telegrama sin firma. Hay calumnias, chantajes y oficios similares; un ginecólogo jubilado sube mucho. A Fischerle aún le queda un formulario. Molesto por haber desperdiciado ya dos, garrapateó mentalmente en el tercero: «Estoy totalmente chiflado», y al leerlo quedó entusiasmado. Cuando un hombre escribe eso de sí mismo, hay que creerle, pues ¿quién escribe eso de sí mismo? Firmó: «Tu hermano» y voló con su dichoso telegrama a la ventanilla.

El empleado, de talante más bien perezoso, sacudió la cabeza. Aquello no era



serio y él no aguanta bromas.

—¡Tiene que aceptarlo! —apremió Fischerle—, ¿a quién le pagan por hacerlo? ¿A usted o a mí? —De pronto temió que la gente con antecedentes penales no pudiera enviar telegramas. ¿De dónde lo conocería ese empleado? Del *Cielo* seguro que no; además, él siempre recogía sus impresos en otra estafeta.

—¡No tiene sentido! —dijo el hombre, devolviéndole el telegrama. Ver al jorobado le dio ánimos—. Un hombre normal no escribiría algo así.

—¡Por eso mismo! —exclamó Fischerle— por eso quiero enviarle un telegrama a mi hermano: ¡que venga a buscarme! ¡Estoy loco!

—¡No me haga perder más tiempo, por favor! —gritó el empleado, a punto ya de echar espumarajos.

Un señor gordo, envuelto en dos abrigos de piel —uno natural y otro artificial—, que esperaba detrás de Fischerle, se indignó al ver cómo perdían el tiempo. Apartó a un lado el enano y, amenazando al empleado con presentar una queja cerró su discurso —detrás de cada palabra se adivinaba una billetera repleta— con la frase:

—¡No tiene usted ningún derecho a rechazar un telegrama! ¿Me entiende? ¡Ningún derecho!

El empleado enmudeció y, tragándose su derecho de entender, cumplió con su deber. Fischerle le estafó un céntimo. El señor gordo, que había ayudado al enano por principio y no por prisa, le señaló su error.

—¡No sea tan metiche! —dijo Fischerle y desapareció. Una vez fuera, pensó que podrían retenerle el telegrama para castigar su jugarreta. «¡Por un céntimo, Fischerle!», se reprochó a sí mismo, «¡cuando el telegrama te cuesta 267 veces más!». Dio media vuelta y le pidió disculpas al señor gordo: que oía mal, le dijo, que estaba loco del oído derecho. Dijo aún otras cosas para aproximarse, siquiera mentalmente, a la billetera del gordo. Pero entonces recordó, y muy a tiempo, sus malas experiencias con gente que llevaba doble abrigo de piel. Mantienen su distancia y, antes de que les saques nada, te entregan a la policía.

Pagó su céntimo y se alejó con aires de gran señor, renunciando a la billetera por tener ya en marcha su venganza.

Para conseguir un pasaporte falso, se dirigió a un café situado no muy lejos del *Cielo*, pero de categoría bastante inferior. Se llamaba *El Babuino*, y este nombre bestial era ya indicativo de la clase de monstruos que lo frecuentaban. Todos tenían antecedentes. Un hombre como el manobrero, con trabajo y buena reputación, evitaba el *Babuino*. Su mujer, según contaba en el *Cielo*, se divorciaría de él si le sintiera el más mínimo olor a *Babuino*. En él no había una Rentista ni un campeón de ajedrez que les ganara a todos. Tan pronto ganaba éste como aquél. La inteligencia, que preside el triunfo, era la gran ausente. El local quedaba en un sótano y había que bajar ocho peldaños antes de dar con la puerta. Parte de los cristales rotos estaban pegados con papel. De las paredes colgaban imágenes pornográficas femeninas. La patrona del *Cielo* jamás hubiera tolerado algo así en su respetable local. Los tableros de las

mesas eran de madera: el mármol se lo habían robado poco a poco. El difunto propietario hizo lo posible por buscarse una clientela con sueldo fijo. Por cada cliente adinerado que trajesen, prometía un café gratis a las damas. Mandó pintar un letrero precioso y rebautizó a su local: *En la variación está el gusto*. Su mujer, aduciendo que el letrero también se refería a ella, cambiaba de amantes todo el tiempo, hasta que él se murió de pena a raíz de una apendicitis y de que el negocio empezó a fallarle. No bien quedó viuda, la mujer declaró: «Prefiero un *Babuino*», y volvió a colgar el antiguo letrero, poniendo fin a la temporadita de buena reputación. Esa mujer suprimió el café gratuito y, desde entonces, ninguna dama que se respetase cruzó el umbral de su taberna. ¿Quiénes la frecuentaban? Falsificadores, vagabundos, marginados, perseguidos, judíos de baja ralea y hampones peligrosos. La policía llegaba a veces hasta el *Cielo*; aquí ya no se aventuraba. Para detener a un delincuente protegido por la patrona del *Babuino*, se movilizaba un total de ocho detectives. Así de grave era la situación. Allí, un rufián ordinario no hubiera estado en seguridad. Sólo respetaban a los grandes criminales. Que un jorobado fuera o no inteligente, ¿qué les importaba? Los tipos así no saben diferenciar porque ellos mismos son idiotas. El *Cielo* rechazaba toda relación con el *Babuino*. Si dejaba entrar a esa gentuza, perdería sus mejores tableros de mármol. Cuando el cliente más miserable del *Cielo* había leído los diarios y revistas, éstos pasaban a la patrona del *Babuino*; ni un minuto antes.

Fischerle reconocía estar harto del *Cielo*; pero éste, comparado con el *Babuino*, era realmente el Paraíso. Cuando entró, varios hombres temidos se abalanzaron hacia él. De todos los rincones le llegaron aplausos de satisfacción y testimonios de alegría por su inesperada visita. La patrona no estaba en ese momento, ¡cómo se hubiera alegrado! Suponían que llegaba en línea recta del *Cielo*. A ellos les estaba vedado el ingreso en aquel lugar bendito por tantas mujeres. Le preguntaron por fulana y menganita. Fischerle mintió tan velozmente como pudo. No se hizo el presumido y adoptó más bien un aire campechano: quería pagar lo menos posible por el pasaporte falso. Esperó unos minutos antes de solicitarlo, no fuera que aumentasen los precios. Cuando se convencieron de que era él, lo aplaudieron todavía un ratito. Nuestras propias manos refuerzan nuestras opiniones. ¡Que se sentara! Ya que estaba ahí, tenía que quedarse. No iban a soltar tan pronto a un enanito distinguido. ¿Que si el techo del *Cielo* se había derrumbado? Ya no hay quien ponga los pies en un local tan peligroso. ¡La policía debiera ordenar que lo reparen! ¡Con tanta mujer que había dentro! ¿Adónde se meterían si el techo se les derrumbase?

Mientras intentaban convencer a Fischerle de que hiciera algo por el techo, un trocito de cal cayó en la taza de café que le acababan de servir. El enano se la bebió y deploró tener tan poco tiempo. Había venido a despedirse. La *Liga de Ajedrez* de Tokio le ofrecía un puesto como profesor de ajedrez.

—Tokio está en el Japón. Partiré pasado mañana. El viaje dura seis meses. Para mí, en todo caso. En cada ciudad pienso dar un torneo para ir cubriendo mis gastos.

Me devolverán el importe del pasaje, pero sólo en Tokio. Los japoneses son muy desconfiados. Sí, dicen, si le enviamos el dinero, se nos queda allá. Yo no me quedaría, pero ya han tenido malas experiencias en este sentido. Y con las malas experiencias... En su carta me dicen: «Honorabilísimo Maestro, confiamos plenamente en usted. Pero, ¿acaso hemos robado este dinero? ¡Claro que no!».

Los tipos quisieron ver la carta. Fischerle se disculpó: estaba en la comisaría. Allí le habían prometido un pasaporte, pese a sus antecedentes. El país se sentía orgulloso de la fama que él iba a llevar hasta el Japón con su tablero.

—¿Y te vas pasado mañana? —Seis tipos hablaron a la vez; los otros pensaron todos lo mismo. Lo tutearon, aunque viniera del *Cielo*, porque su credulidad les daba pena.

—¡Un rábano te dará la policía, tan cierto como que pasé nueve años en chirona! —aseguró uno de ellos—. ¡Y encima te encerrarán, por intento de evasión! ¡Y por último enviarán tu lista de antecedentes al Japón!

A Fischerle se le llenaron los ojos de lágrimas. Puso a un lado su taza de café y estalló en sollozos.

—¡Los apuñalaría a todos! —Le oyeron decir a intervalos—, ¡a todos! —A muchos les dio lástima: cuantos hombres, tantos pareceres. Un famoso falsificador de pasaportes afirmó que había *una* solución: él mismo. A Fischerle le cobrará sólo media tarifa por ser medio hombre. Tras esta *boutade* disimuló su simpatía. Ninguno hubiera pronunciado una palabra compasiva. Fischerle sonrió entre sus lágrimas—. Ya sé que eres famoso —dijo— pero nunca has hecho un pasaporte para ir al Japón, pese a tu fama.

El falsificador, llamado el «Pasaportero», un hombre de profusa cabellera negra que fracasó como pintor y aún guardaba cierta vanidad de su época de artista, pegó un salto y silbó indignado:

—¡Mis pasaportes llegan hasta América!

Fischerle se permitió observar que América no era, ni de lejos, el Japón. Y él no está dispuesto a dejarse utilizar como conejillo de Indias. En la frontera japonesa podían echarle mano y encerrarlo. Y francamente no sentía la menor curiosidad por conocer las cárceles niponas. Intentaron convencerlo por las buenas, pero él se defendió. Los tipos esgrimieron argumentos capciosos: el mismo Pasaportero había estado preso, pero sus clientes nunca. Por algo se preocupa de ellos. Lo da todo por su arte y se encierra con llave a trabajar. Queda tan agotado que después de cada pasaporte se pone a dormir. No hacía producción en serie. Dibujaba pieza por pieza. El que lo mirase, recibía un puntapié. Fischerle no negó nada, pero permaneció inflexible. Además, no tenía un céntimo. Por eso era inútil seguir hablando. El Pasaportero se declaró dispuesto a regalarle un pasaporte especial si se comprometía a utilizarlo. Podría pagarle en el Japón, promocionando aquella obra maestra. Fischerle le agradeció: era demasiado pequeño para esas bromas; *ellos* son fuertes como gigantes, y //, débil como una anciana. Prefería que otro se quemase los dedos.

Le pagaron dos cafés más. El Pasaportero rabiaba: que Fischerle le aceptara el pasaporte, si no, lo mataría; ¡a la una, a las dos...! Los otros lograron calmarlo de momento; pero sufrían por su causa y le dieron la razón. Las negociaciones se prolongaron durante una hora. El Pasa-portero fue llamando a sus amigos uno a uno y les prometió jugosas sumas. Entonces se les agotó la paciencia. En términos despectivos le explicaron a Fischerle que era su prisionero y que sólo lo dejarían libre con una condición: aceptar y utilizar un pasaporte falso por el cual no pagaría nada, puesto que no tenía un real. Fischerle se rindió ante la fuerza, pero siguió gimiendo. Dos sólidos gañanes lo acompañaron a hacerse fotos por encargo del Pasaportero. Si se movía, peor para él. No se movió, y su escolta esperó a que revelasen la placa e hicieran las copias. Cuando volvieron, el Pasaportero ya se había encerrado. Prohibido interrumpirlo. Su amigo más íntimo le deslizó las fotos, aún húmedas, por la rendija de la puerta. Trabajó como un condenado. Por sus greñas goteaba el sudor sobre la mesa, haciendo peligrar la pulcritud del pasaporte. Pero él lo iba salvando con hábiles movimientos de cabeza. Las firmas le causaban un auténtico placer. El énfasis oficial y la angular pedantería de los altos jefes de la policía estaban a su servicio. Sus firmas eran obras maestras. Al trazar sus ensortijadas líneas sacudía fogosamente el torso y tarareaba, sobre una melodía de moda:

—¡Qué original! ¡Qué original! ¡Nunca tan bien hecho!

Si la calidad de alguna firma falsa lo engañaba a él mismo, se guardaba el pasaporte de recuerdo y le pedía disculpas a un cliente ausente, aunque transportado por su imaginación hasta el pequeño taller, con su lema favorito: «¡Cada uno va a la suya!». Poseía varias docenas de estos pasaportes modélicos, ocultos en una maletita. Si los negocios le iban mal, se desplazaba con su colección a las ciudades vecinas y la exhibía. Veteranos en su profesión, rivales y discípulos enrojecían ante su propia incapacidad. A veces le enviaban casos difíciles desinteresadamente. Pedirle una comisión equivalía a suicidarse. Era amigo de los delincuentes más fuertes y respetados: cada cual un rey en su especialidad; todos juntos, la clientela ordinaria de *El Babuino*. Pero el desorden del Pasaportero tenía un límite: entre los pasaportes de su colección deslizaba papelitos rectangulares en los que se leía: «El duplicado es un rey del dólar en América», o bien: «El dueño envía saludos de Sudáfrica, el país de los diamantes», o bien: «He hecho fortuna como pescador de perlas. ¡Viva el Pasaportero!», o incluso: «¿Por qué no me sigue hasta La Meca? El pueblo musulmán echa el dinero por las ventanas. ¡Alá es grande!». El propietario iba sacando estas frases de las innumerables cartas de agradecimiento que lo perseguían hasta en sus más profundos sueños. Como eran demasiado valiosas para enseñarlas, le bastaba con el contenido, el simple testimonio de los hechos. Por eso, siempre que acababa un documento, se bebía varias copas de ron y, apoyando en la mesa su delirante cabeza, se ordenaba las greñas con los dedos y soñaba con el futuro y las proezas del cliente en cuestión. Aunque ninguno le hubiera escrito aún, sabía por sus sueños lo que habrían dicho y utilizaba sus destinos con fines publicitarios.

Mientras trabajaba para Fischerle, pensaba en el asombro que su pasaporte causaría en el Japón. *Aquel* país le resultaba nuevo; jamás se había aventurado tan lejos. Fabricó dos ejemplares a la vez: el primero resultó ser inimitable. A título excepcional, decidió entregárselo al cliente. Se trataba de una misión importante.

Entretanto, Fischerle fue obsequiado con cuanta golosina aparecía en el exiguo mostrador del *Babuino*. Le dieron dos salchichas viejas para él solo, un pestífero trozo de queso, pan duro a voluntad, diez cigarrillos marca *El Babuino* —aunque no fumara—, tres vasitos de aguardiente de la casa, un té con ron, un ron sin té, y numerosos consejos para el viaje. Que se cuidase de los carteristas. Harían lo que fuera por robarse un pasaporte como el que iban a darle. Cualquiera chapucero podía despegar la foto, poner otra en su lugar y quedarse con el precioso documento hasta el final de sus días. Que no lo enseñe demasiado: las estaciones son un hervidero de gente envidiosa. Y que no deje de escribirles: al Pasaportero, que tenía un apartado de correos muy secreto, le encantaba recibir cartas de agradecimiento y las conservaba como la patrona sus cartas de amor, sin mostrárselas a nadie. ¿Quién podía adivinar, viendo una carta, que fuera su autor un simple jorobado?

Fischerle prometió todo. No escatimaría elogios, agradecimientos, noticias ni homenajes. Pero, eso sí, tenía miedo. No podía evitarlo. Si al menos se llamara Doctor Fischer, en vez de Fischer a secas, la policía le tendría más respeto.

Al oír esto, todos los presentes se reunieron a deliberar. Sólo uno hizo guardia junto a la puerta, no fuera que el enano se escapase. Pese a la estricta prohibición del Pasaportero, decidieron interrumpir su trabajo y pedirle un doctorado para Fischerle. Si actuaban con tino y le decían «Maestro», el falsificador no montaría en cólera. Pese a estar de acuerdo en este punto, ninguno se ofreció a llevar el mensaje. Pues si el tipo se enfurecía, no le daría el premio prometido a quien lo interrumpiese, y ninguno de los presentes era tonto.

En ese momento volvió la patrona de hacer compras. Le gustaba mucho callejear, en gran parte por amor, pero a veces también —cuando quería demostrar a sus clientes que era una mujer— por dinero. Felices, los hombres aprovecharon la ocasión para dispersarse. Olvidando su proyecto, observaron emocionados cómo la patrona estrechaba entre sus brazos la joroba de Fischerle. Lo abrumó con palabras tiernas: que había echado de menos su graciosa naricita, sus piernitas torcidas y su amado, su amadísimo ajedrez. Para ella no existían los enanos. Le habían dicho que la Rentista, su mujer, estaba más gorda; ¿era cierto que comía tanto? Fischerle no dijo nada y, con aire desilusionado, se quedó mirando al vacío. Ella cogió una pila de periódicos viejos que la llenaban de orgullo —todos venían del *Cielo*— y los puso frente a su favorito. Pero Fischerle no abrió ninguno y persistió en su mutismo. ¿Qué pena oprimía el corazoncito de su amado? ¿Ese corazoncito tan chiquito?... y trazó un círculo que apenas si cubrió una cuarta parte de su palma abierta.

Mientras no fuera doctor, dijo Fischerle, tendría miedo.

Los hombres empezaron a inquietarse. Que no fuera a pensar que eran cobardes,

pero eso de doctor es imposible, rugieron al unísono. Un jorobado no puede ser doctor. ¡Jorobado y doctor ni pensarlo! ¡Sólo faltaría! Un doctor ha de tener buena reputación. Mientras que ser jorobado y tener mala reputación es lo mismo. Tendrá que reconocerlo. ¿O acaso conoce algún jorobado que sea doctor?

—Conozco uno —dijo Fischerle—. ¡Conozco uno! Es más bajo que yo. No tiene brazos. Tampoco tiene piernas. ¡Es para llorar, el pobre! Escribe con la boca y lee con los ojos. Y es un doctor muy famoso.

Pero esto impresionó poco a los tipos.

—Es muy distinto —dijo uno en nombre de todos—, él ya era doctor cuando perdió brazos y piernas. No es culpa suya.

—¡Absurdo! —chilló Fischerle, indignado por esas mentiras—. Nació así. Lo digo yo, que conozco bien el caso. Vino al mundo sin brazos ni piernas. «Estáis todos locos. Soy inteligente», se dijo a sí mismo, «¿qué me impide ser doctor?». Y se puso a estudiar. Un hombre normal estudia cinco años, los tullidos, doce. El mismo me lo contó. Somos amigos. A los treinta ya era un doctor famoso. Yo juego al ajedrez con él. Cura a la gente con sólo mirarla. Su sala de espera siempre está repleta. Atiende sentado en un cochecito y tiene dos mujeres que lo ayudan. Desvisten al paciente, lo auscultan y se lo acercan al doctor. Éste lo olisquea un segundo y en seguida sabe qué tiene. Luego exclama: «¡El siguiente, por favor!». El tipo gana una fortuna. No hay otro como él. A mí me adora. Dice que todos los tullidos deberían unirse. Yo sigo un curso con él. Hará de mí un doctor; me lo ha prometido. Y que no se lo diga a nadie: la gente nunca entiende. Ya hace diez años que lo conozco. Dos años más y acabaría mis estudios. Pero justo me llega esta carta del Japón y ya mandé todo al diablo. Quisiera ir a despedirme; el tipo se lo merece, pero no me atrevo. Es capaz de retenerme y ¡adiós puesto en Tokio! Puedo irme solo al extranjero. ¡No soy, ni mucho menos, un tullido como él!

Unos cuantos le pidieron que les mostrara al hombre. Ya estaban medio convencidos. Fischerle introdujo su nariz en el bolsillo del chaleco y dijo:

—Hoy no lo llevo conmigo. ¡Normalmente está aquí! ¿Qué queréis que haga?

Todos rompieron a reír, haciendo temblar las mesas bajo sus pesados brazos. Como les gustaba reír y no tenían muchas oportunidades de hacerlo, se levantaron de golpe y, olvidando sus temores, avanzaron pesadamente —eran ocho colosos— hasta la cabina del Pasaportero. Todos juntos, para que no hubiera *un* culpable, abrieron bruscamente la puerta y rugieron a coro:

—¡No olvides el doctorado! ¡No olvides el doctorado! ¡Ya lleva diez años estudiando! —El Pasaportero asintió. ¡Sí, hasta el Japón! Se hallaba de buen humor aquel día.

Fischerle notó que estaba borrachísimo. El alcohol, en general, lo ponía melancólico. Pero esta vez pegó un salto, con pasaporte y doctorado casi en el bolsillo, y se lanzó a bailar con la patrona del *Babuino*. Aunque sólo le llegaba a la barriga, le enroscó sus largos brazos, con comodidad, en torno al cuello. Él graznaba,

ella se contoneaba. Un asesino, cuyos talentos nadie conocía, sacó un peine gigantesco del bolsillo, lo envolvió en papel de seda y le arrancó una tierna melodía. Otro, un simple ladrón que amaba a la patrona, empezó a marcar un ritmo falso con el pie. Los demás se golpeaban los sólidos muslos. Del cristal roto de la puerta llegó un suave tintineo. Las piernas se le torcieron todavía más a Fischerle, mientras que la patrona, embelesada, contemplaba su nariz.

—¡Tan lejos! —chilló—, ¡tan lejos! —Su narizota tan querida se le iba hasta el Japón. El asesino siguió soplando. Pensaba en ella. Todos la conocían de memoria y le debían muchísimo. Al fondo, el Pasaportero también se puso a tararear: su voz de tenor era famosa. Se alegró pensando en su tarde libre: llevaba ya tres horas trabajando, y en una más acabaría. Todos los hombres cantaban, y al no saber el texto real de la canción, cada cual iba diciendo lo que en el fondo anhelaba. «El gordo de la lotería», gruñó uno; y otro suspiró: «¡Querida!». «Una pepita de oro grande como una cabeza de niño», reclamó un tercero; y un cuarto: «Un narguile inextinguible».

—¡Podemos ver aquí! —musitó alguien bajo un bigote: maestro de escuela en su juventud, sentía haber perdido su pensión de jubilado. Pero las amenazas y peligros dominaban, y todos hubieran querido emigrar por su cuenta y riesgo para probarse unos a otros de lo que eran capaces. La cabeza de Fischerle fue hundiéndose más y más, y su versión de la canción—: Jaque mate, jaque mate —se perdió entre el ruido.

De pronto la patrona se llevó un dedo a la boca y susurró:

—¡Se ha dormido! ¡Se ha dormido!

Cinco hombres lo sentaron con cuidado en una silla y rugieron:

—¡Psst! ¡Basta de música! ¡Fischerle tiene que dormir antes del largo viaje!

El papel de seda enmudeció sobre el peine. Los tipos se acercaron y empezaron a comentar los peligros del viaje hasta el Japón. Uno dio un puñetazo en la mesa y amenazó: en el desierto de Takla-Makan, uno de cada dos viajeros se muere de sed; está situado exactamente a mitad de camino entre Constantinopla y el Japón. El exmaestro, que también lo había oído nombrar, dijo:

—Sven Hedin, es cierto.

Preferible hacer el viaje por mar. El pequeño ha de saber nadar, y si no, la joroba lo haría flotar con toda la grasa que tenía. Que no hiciera escala en ningún sitio. Borearía la India. Las serpientes de anteojos acechan en los puertos. Media mordedura y sería hombre muerto, puesto que era medio hombre.

Mas Fischerle no dormía. De pronto recordó su capital y, en su rincón, decidió ver adonde se le habría deslizado al bailar. Lo encontró en el mismo sitio y celebró la espléndida constitución de sus axilas. Cualquiera otro ya tendría aquel tesoro en sus pantalones; o bien el suelo hubiera devorado los billetes. No estaba cansado; al contrario, fue siguiendo los comentarios y, mientras esos cretinos hablaban de mil y un países y de serpientes de anteojos, él pensaba en América y en su palacio millonario.

Por la tarde —ya había oscurecido—, el Pasaportero salió de su cabina

blandiendo un pasaporte en cada mano. Los hombres enmudecieron; respetaban su trabajo porque él retribuía generosamente ese respeto. Se deslizó en silencio hasta la silla del enano, puso los pasaportes frente a él, sobre la mesa, y lo despertó de una feroz bofetada. Fischerle la vio venir pero no se inmutó. Algo le costaría, era evidente, y se alegró de que no lo registrara.

—¡Tendrás que promocionarme! —gritó el Pasaportero entre temblores y tartamudeos. La ebriedad de su fama japonesa le duraba varias horas. Paró al enano sobre la mesa y lo hizo jurar con ambas manos:

Que utilizaría el pasaporte, que no se lo pagaría, que se lo metería por la nariz a los japoneses, diciéndoles que él, Rudolf Amsel, alias el Pasaportero, era el pintor más grande de los tiempos modernos, fama que toda Europa reconocería después de su muerte. Que hablaría de él a diario y daría entrevistas sobre su persona, diciendo cuándo y dónde había nacido y que no pudo aguantar la Escuela de Bellas Artes; que en forma independiente y con sus propios pies, sin muletas ni profesores —él es hombre de una sola palabra— se había encumbrado hasta ser lo que era.

Fischerle juró y perjuró que así lo haría. El Pasaportero lo obligó a repetir palabra por palabra lo que había dicho con su voz chillona. Por último, el enano abjuró solemnemente del *Cielo* y prometió no pisar ese antro de asesinos antes de su partida.

—El *Cielo* es un asco —graznó servilmente con su voz ronca—, me cuidaré de esa gentuza y en el Japón fundaré una sucursal del *Babuino*. Si gano demasiado, os enviaré un poco. Pero eso sí, no digáis nada de mi viaje a los del *Cielo*. Son capaces de echarme encima a la policía, los muy bandidos. Por daros gusto aceptaré el pasaporte falso y juro hacerlo espontáneamente. ¡Al diablo con el *Cielo*!

Luego le permitieron acostarse en el mismo rincón. Saltó de la mesa y se guardó el mejor pasaporte en el bolsillo, junto a su tablero en miniatura, pues era el sitio más seguro. Primero roncó en broma, para oír lo que decían. Pero pronto se durmió de veras, con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho y la punta de los dedos en las axilas, de suerte que al menor intento de robo pudiera despertarse en seguida.

A las cuatro de la mañana, hora de cierre, cuando por el cristal vieron pasar furtivamente a más de un policía, los tipos despertaron a Fischerle. Éste se sacudió el sueño sonándose la nariz y al instante estuvo despejado. Entonces le transmitieron la decisión, tomada en el ínterin, de nombrarlo miembro honorario del *Babuino*. Él agradeció efusivamente. Habían llegado más clientes y todos le desearon mucha suerte en el viaje. Se oyeron vivas al ajedrez. Cientos de palmaditas bien intencionadas estuvieron a punto de aplastarlo. Con una amplia sonrisa se inclinó hacia todos lados, exclamó con fuerza:

—¡Hasta la vista en el nuevo *Babuino* de Tokio! —Y abandonó el local.

En la calle saludó amigablemente a varios policías, todos muy en guardia. «De hoy en adelante», se dijo, «seré amable con la policía». Evitó el *Cielo*, pese a tenerlo al lado. Ahora que era doctor, decidió acabar con todos los locales de mala fama. No quiso ni que lo vieran. Era aún noche cerrada. Por ahorro, sólo una de cada tres



farolas estaba encendida. En América hay arcos voltaicos encendidos día y noche sin interrupción. La gente tiene tanto dinero que lo despilfarra a tontas y a locas. Si algún hombre se avergüenza de que su mujer sea una puta vieja, no tiene por qué volver a casa. Se dirige simplemente al Ejército de Salvación: allí hay hoteles con camas blancas y a cada cual le dan dos sábanas de lino para su uso personal, aunque sea judío. ¿Por qué no introducían en Europa esa institución tan brillante? Se palpó el bolsillo derecho de la americana y sintió el tablero de ajedrez y el pasaporte. En el *Cielo* no le hubieran regalado nunca un pasaporte: sólo pensaban en sí mismos y en ganar dinero. El *Babuino* era un lugar decente: él lo respetaba. Acababan de nombrarlo miembro de honor. ¡Lo que no es poco si se considera que ahí sólo llegan delincuentes de primera! En el *Cielo*, los muy cerdos viven de sus mujeres: ¡ya podrían trabajar un poco! Él se vengaría. El fabuloso *Palacio de Ajedrez* que mande construir en América se llamará el *Palacio del Babuino*. Nadie sabrá que era también el nombre de un tugurio.

Bajo un puente se puso a esperar el día. Antes de sentarse, buscó una piedra seca. *In mente* llevaba puesto un traje nuevo que se amoldaba perfectamente a su joroba. Era un traje a cuadros blanquinegros, hecho a medida, y valía dos fortunas. Quien no supiera cuidarlo, era indigno de América. Pese al frío, evitó hacer movimientos bruscos. Estiró las piernas como si los pantalones estuvieran recién planchados. De vez en cuando se sacudía un granito de polvo que brillaba inútilmente en las tinieblas. Un limpiabotas permaneció arrodillado ante la piedra varias horas, lustrando con todas sus fuerzas. Fischerle ni lo miró. Si hablaba con el chico, podría distraerlo. Mejor dejarlo trabajar. Un sombrero de moda protegía el peinado de Fischerle contra el viento de la madrugada: la llamada brisa marina. Al otro extremo de la mesa, Capablanca, sentado, jugaba con los guantes puestos.

—Tal vez piense que no tengo guantes —dijo el enano, sacando del bolsillo un par nuevo. Capablanca empalideció; los suyos estaban raídos. Fischerle tiró a sus pies el par de guantes nuevos y exclamó—: ¡Lo desafío!

—Si es su deseo —dijo Capablanca, temblando de miedo— pero usted no es doctor; yo no juego con cualquiera.

—¡Soy doctor! —replicó Fischerle con toda calma, acercándole el pasaporte a la nariz—, ¡aquí tiene: lea usted, si es que sabe!

Capablanca se rindió y hasta rompió a llorar, desconsolado.

—Nada es eterno —dijo Fischerle y le dio unas palmaditas en el hombro—, ¿cuántos años hace que es campeón mundial? Los otros también quieren su parte. ¡Mire usted mi traje nuevo! ¿O cree que es usted el único? —Pero Capablanca era una piltrafa humana: parecía un anciano, con la cara cubierta de arrugas y los guantes grasientos—. ¿Sabe una cosa? —dijo Fischerle (el pobre diablo le dio pena)— le daré una partida de ventaja.

Entonces el anciano se levantó, meneó la cabeza, entregó a Fischerle una tarjeta manuscrita y sollozó:

—¡Qué nobleza la suya! ¡Venga a visitarme! —En la tarjeta estaba la dirección exacta, escrita en caracteres extranjeros, ¿quién podría leérsela? Por más esfuerzos que hizo, el enano no sacó nada en limpio: los trazos eran todos diferentes—. ¡Aprenda usted a leer! —exclamó Capablanca, que ya había desaparecido. Sólo se oían sus gritos, ¡cómo chillaba el muy bribón!—. ¡Aprenda usted a leer! —Fischerle quería la dirección, la dirección—. ¡Está en la tarjeta! —gritó el diablo desde lejos. Tal vez no sepa alemán, suspiró el enano, y estrujó la tarjeta entre sus dedos. La hubiera roto, pero le interesaba la fotografía pegada a ella. Era él mismo en su viejo traje, sin sombrero y con joroba. La tarjeta resultó ser un pasaporte. De pronto se vio echado en una piedra, bajo el puente viejo. En vez de la brisa marina, el día empezaba a clarear. Se puso de pie y maldijo solemnemente a Capablanca. Esas cosas no se hacen. Cierto es que en sueños podemos permitirnos ciertas libertades, pero los sueños revelan el verdadero carácter de la gente. Fischerle le ofrece una partida de ventaja... y el otro lo engaña con la dirección. ¿Dónde encontrar ahora esas malditas señas?

En su casa tenía Fischerle una minúscula agenda de bolsillo cuyas páginas dobles estaban dedicadas a un campeón de ajedrez. Si en los periódicos aparecía un nuevo genio, él procuraba averiguar —de ser posible el mismo día— todos sus datos, desde la fecha de nacimiento hasta la dirección, y los iba anotando. Dado el ínfimo formato de la agenda y su gigantesca escritura, aquel trabajo le exigía un tiempo superior al tolerado por las costumbres de la Rentista. Cuando él escribía, ella le preguntaba lo que estaba haciendo sin obtener respuesta. Pues en caso de ruptura —que él, como habitante del *Cielo*, nunca descartaba—, esperaba hallar refugio y protección entre los detestados rivales de su ramo. Durante veinte años guardó su lista en el mayor secreto. La Rentista sospechaba historias de amor tras este juego. Él ocultaba su agenda en una grieta profunda que había bajo la cama. Sólo sus dedos eran capaces de alcanzarla. A veces, burlándose de sí mismo, se decía: «Fischerle, ¿qué ganarás con todo esto? ¡La Rentista te amará siempre!». Y sólo tocaba la agenda para registrar a algún nuevo campeón. Allí estaban todos, en blanco y negro, Capablanca incluido. Esa noche, cuando la Rentista se fuera a trabajar, la sacaría.

El nuevo día empezó con compras. Los doctores usan billetera. Hay que sacar una del bolsillo al comprar un traje, para que no se rían de uno. Le salieron canas de tanto esperar a que abrieran las tiendas. Quería la billetera más grande, de cuero y a cuadritos, pero con el precio marcado. No se dejaría estafar. Comparó los escaparates de casi una docena de tiendas y adquirió una billetera gigantesca, que sólo encontró sitio en uno de sus bolsillos porque estaba roto. Llegado el momento de pagar, giró bruscamente. Pero los empleados, recelosos, lo rodearon; dos de ellos se pararon en la puerta a tomar aire fresco. Él sacó dinero de su axila y les pagó al contado.

Bajo el puente ventiló su capital. Lo alisó sobre la misma piedra en que durmiera y fue poniendo los billetes, sin doblarlos, en la billetera a cuadros. Hubiera podido guardar más. ¡Ah, si las vendieran llenas!, suspiró, ¡ahora estaría gordísima con mi

capital adentro! En cualquier caso, el *sastre* notaría el contenido. Buscó una sastrería de primera y preguntó de entrada por el propietario. Éste vino y examinó, muy sorprendido, al enérgico cliente. Pese a la extraña deformidad de Fischerle, lo primero que notó fue su traje raído. El enano hizo una venia a su manera, echando la cabeza hacia atrás, y se presentó:

—Soy el doctor Siegfried Fischer, campeón de ajedrez. Supongo que me habrá reconocido por los diarios. Necesito un traje a la medida para esta misma tarde. Pagaré lo que sea. Le daré la mitad por adelantado y la otra mitad contra entrega. Viajo a París en el tren nocturno. Me están esperando para el torneo en Nueva York; y figúrese que ayer, en el hotel, me roban toda la ropa. Mi tiempo es platino. Cuando desperté no había nada. Los ladrones entraron por la noche. ¡Imagínese el susto de los administradores! ¿Cómo salir así a la calle? Mi constitución es anormal; no es culpa mía. ¿Dónde encontrar un traje que me quede? Ni camisa, ni calcetines, ni zapatos, ¡un hombre como yo, que adora la elegancia! Vaya tomándome las medidas, no quisiera demorarlo. Por suerte descubrieron a un individuo, tullido y jorobado, en un tugurio —¡no se imagina cómo era!— que me salvó de apuros con su mejor traje. ¿Y cuál cree que era el mejor traje? Este que llevo puesto. No soy, ni mucho menos, tan deforme como lo parezco así vestido. Con mis trajes ingleses nadie nota nada. Ya sé que soy bajito, no lo niego. Pero los sastres ingleses son todos unos genios, se lo aseguro. Sin traje, se me ve la joroba. Voy donde un sastre inglés y ¡adiós joroba! Un sastre talentoso me la puede reducir; un genio me la quita. ¡Qué lástima! ¡Un traje tan bonito! Claro que estaba asegurado. Una cosa debo agradecerle al ladrón: me dejó el pasaporte nuevo, expedido ayer, en la mesita de noche, y se llevó todo el resto. Tenga, fíjese... por si duda de mi identidad. ¿Sabe una cosa? Con este traje hasta yo mismo dudo. Le encargaría tres trajes a la vez, pero no sé cómo trabaja usted. En el otoño volveré a Europa. Si su traje tiene éxito, no se arrepentirá. ¡Le mandaré a toda América! Hágame un precio razonable, como primera medida. Sepa que espero ganar el campeonato mundial. ¿Juega usted al ajedrez?

Le tomaron cuidadosamente las medidas. Si un inglés podía hacerlo, ¿por qué ellos no iban a poder? No hacía falta ser ajedrecista profesional para reconocer al señor Doctor. El tiempo era muy justo, pero tenía doce operarios a su disposición, todos de primera; y él mismo, el propietario, se honraría en dirigir personalmente el corte, lo que sólo hacía con clientes excepcionales. Como buen jugador de Tarot, sabía apreciar debidamente el ajedrez. Un campeón es un campeón, ya fuera sastre o ajedrecista. Sin ánimo de forzarlo, le sugería encargarse otro traje en el acto. A las doce en punto se lo probaría, y a las ocho en punto ya tendría los dos listos. El tren nocturno partía a las once. Hasta entonces, el Doctor podría divertirse. Llegase o no a campeón mundial, se sentían orgullosos de un cliente como él. El Doctor se arrepentiría del segundo traje en el tren. ¡Ah!, y que por favor no deje de promocionar supreciado traje en Nueva York. ¡Le hará un precio especialísimo, un precio irrisorio! En realidad no ganaría un céntimo con el traje; trabajaría por amor al arte,

por tratarse de él. ¿Qué tela le gustaría al Doctor?

Fischerle sacó su billetera y dijo:

—Una igual a ésta. A cuadros y del mismo color: impresiona más en los torneos. Preferiría a cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez; pero ustedes los sastres no tienen esas cosas. ¡Hágame *un solo* traje! Si quedo contento, le telegrafiaré de Nueva York encargándole otro. ¡Palabra de honor! Un hombre famoso cumple lo que promete. ¡Qué maravilla de ropa interior! ¡Y yo aguantando esta inmundicia! Me la prestó el mismo tipo. Y ahora dígame, ¿por qué no se lavará ese tullido? ¿Acaso es malo lavarse? ¿Le hará daño el jabón? ¡A mí no!

Dedicó el resto de la mañana a importantes negocios. Se compró un par de zapatos amarillos y un sombrero negro. Su ropa inferior relumbraba donde el traje se lo permitía. ¡Lástima que se viera tan poco! Los trajes debieran ser transparentes, como la ropa de mujer, ¿por qué un hombre no ha de mostrar lo que vale? En un baño público se cambió la ropa interior. Le dio una propina a la encargada, preguntándole por quién lo tomaba.

—Por un tullido —respondió la mujer, con una sonrisa tan repugnante como su oficio.

—¿Se refiere a la joroba? —dijo Fischerle, ofendido—. Volverá a desaparecer, ya verá. ¿O acaso cree que nací con ella? Un absceso, una enfermedad, ¿qué sé yo? Seis meses más y volveré a estar tieso como un palo. No, pongamos cinco. ¿Qué le parecen mis zapatos? —Pero como entraba otro cliente, se quedó sin respuesta. Ya le había pagado—. ¡Al diablo! —se dijo a sí mismo—, ¿qué me importa esta puta vieja? Iré a bañarme.

En el establecimiento más elegante pidió una cabina de lujo con espejo. Como había pagado, se dio un baño de veras: el despilfarro no era lo suyo. Pasó una hora larga mirándose al espejo. ¡Ahí estaba, impecable de zapatos a sombrero! El traje viejo yacía sobre el diván de lujo, ¿quién se dignaría mirarlo? La camisa, en cambio, era azul y estaba almidonada; un color tierno, idóneo y grandioso, lástima que le evocara el *Cielo*. ¿Por qué?, el mar es igualmente azul. Calzoncillos sólo encontró blancos; los hubiera preferido rosados. Tironeó de sus ligas: ¡qué chasquido tan firme! Fischerle también tenía pantorrillas; no eran tan torcidas, y la cinta de las ligas es de seda garantizada. En la cabina había una mesita de mimbre, de esas que en los interiores de gran lujo suelen sostener hojas de palmera. Aquí, la mesita era más bien un suplemento al baño. El rico inquilino la empujó frente al espejo, sacó un juego de ajedrez de uno de los bolsillos del despreciable traje, tomó asiento con desenfado y ganó una partida relámpago contra sí mismo. «Si fuera usted Capablanca» se gritó violentamente «le habría dado ya seis mates simultáneos. Lo que en Europa llamamos: “mate galopante”. A otro perro con ese hueso. ¿O cree que me asusta? A la una, a las dos y está usted fuera de combate. ¡Sí, usted, americano! ¡Usted, paralítico! ¿Sabe quién soy yo? ¡Un doctor que ha hecho estudios! El ajedrez exige inteligencia. ¡Y pensar que ha sido usted campeón mundial!».

Luego empaquetó rápidamente sus cosas. No se llevó la mesita: en el *Palacio del Babuino* tendría varias docenas. Una vez en la calle, ya no supo qué comprar. Bajo su brazo, el paquete de ropa vieja parecía contener papel. La gente, en primera, viaja con maletas. Se compró una maleta en cuyo interior nadaba tristemente su ropa sucia. La llevó a la consigna de equipajes de mano. El empleado constató: «¡Vacía!». Fischerle lo miró de abajo arriba con gesto altivo.

—¡Ya te gustaría! —Luego se puso a estudiar los horarios. Había dos trenes nocturnos a París. Alcanzó a leer la información sobre uno; la del otro estaba demasiado arriba. Una señora lo ayudó. No iba muy bien vestida.

Le dijo:

—Se va usted a dislocar el cuello, pequeñín. ¿Qué tren quiere coger?

—Soy el Doctor Fischer —replicó él en tono condescendiente. La mujer se preguntó cómo se las arreglaría—. Viajo a París. Normalmente cojo el tren de la 1:05, ¡aquél, fíjese! Pero me han dicho que hay uno antes. —Como no era sino una mujer, no mencionó Estados Unidos, ni el torneo, ni su profesión.

—Se referirá usted al de las once, ¡éste, fíjese! —dijo la mujer.

—Muchísimas gracias, señora —y se volvió con aire solemne. Ella se avergonzó. Conociendo toda la gama de la compasión, no había dado en el clavo. Él notó su sumisión: debía provenir de algún *Cielo*. ¡Con qué gusto le hubiera lanzado un taco! La había reconocido. De pronto oyó el bramido de una locomotora que entraba, y se acordó de la estación. El reloj señalaba las doce. ¡Y él perdiendo su precioso tiempo con mujeres! Trece horas más y estaría rumbo a América. Pensando en su agenda, que no había olvidado pese a tantas novedades, se decidió por el último tren. En honor a su traje, cogió un taxi—. Mi sastre me espera —le dijo al taxista en el trayecto— esta noche viajo a París, y mañana temprano al Japón. ¡No se imagina lo atareados que andamos los doctores!

Al taxista no le gustó nada el viaje. Algo le decía que los enanos nunca dan propina, y se vengó por adelantado.

—¡Usted no es doctor, señor! ¡Usted es un charlatán!

El *Cielo* estaba lleno de taxistas. Jugaban pésimo, si es que jugaban. Le perdonaré su ofensa porque no sabe ajedrez, pensó Fischerle. En el fondo estaba contento, ya que se ahorra la propina.

Durante la prueba, su joroba se redujo. Al comienzo, el enano dudó del espejo y se acercó a él para ver si de verdad era liso. El sastre miró discretamente a un lado.

—¿Sabe una cosa? —exclamó Fischerle—, ¡seguro que usted nació en Inglaterra! Le apuesto lo que quiera. ¡Usted ha nacido en Inglaterra! —El sastre lo admitió a medias: conocía muy bien Londres, pero no nació ahí exactamente; en su viaje de bodas estuvo a punto de instalarse en Londres, pero la competencia...— Esto no es más que la prueba; por la tarde habrá desaparecido —dijo el enano frotándose la joroba—. ¿Le gusta mi sombrero?

El sastre estaba entusiasmado. Encontró el precio exorbitante y el modelo muy de

moda: le aconsejó vivamente un abrigo que hiciera juego.

—¡La vida es una! —dijo. Fischerle le dio la razón. Eligió un color que conciliase el amarillo de sus zapatos con el negro de su sombrero: un azul chillón.

—Además, es el mismo color de mi camisa.

El sastre se sacó el sombrero ante tanto buen gusto.

—Las camisas del Doctor Fischer son todas del mismo color y modelo —dijo volviéndose hacia un grupo de solícitos empleados, y les habló sobre las peculiaridades de aquel hombre extraordinario—. De este modo se nos revela el radiante Fénix. Es raro encontrar un carácter tan íntegro. En mi humilde opinión, el juego ratifica las tendencias conservadoras del hombre. Tarot o ajedrez, da lo mismo. Al estar sentado, el hombre de negocios se afirma en sus convicciones, convirtiéndose en la personificación de la calma. Una tarde libre al término de la jornada asegura una noche tranquila. Hasta la familia más unida tiene sus limitaciones en la vida. Nuestro Padre celestial se hace la vista gorda ante cualquier tertulia noble. A otro cliente le exigiría un adelanto por el abrigo. Pero su carácter me impide infligirle semejante ofensa.

—Sí, sí —dijo Fischerle—. Mi futura esposa vive en América. Hace un año que no nos vemos. ¡La profesión, la maldita profesión! Los torneos son una locura. *Aquí* se hace tablas, *más allá* se gana; por lo general se gana, o mejor dicho, siempre, y mi futura se consume esperándome. Que viaje con usted, me dirá. Hablar es muy fácil. Resulta que su familia es millonaria. «¡O te casas!», le dicen sus padres, «¡o te quedas en casa! Si no, te dejará plantada y nosotros seremos los paganos». Y conste que no tengo nada contra el matrimonio; su dote, enorme, será un palacio lleno de cosas, pero sólo cuando yo sea campeón del mundo, antes no. Ella se casará con mi nombre; yo, con su dinero. El dinero solo no me interesa. ¡Bueno, hasta las ocho!

Al revelar sus planes de matrimonio, Fischerle disimuló la profunda impresión que le había causado aquella descripción de su carácter. Hasta entonces había ignorado que los hombres suelen poseer más de *una* camisa al mismo tiempo. Su ex-mujer, la Rentista, tenía tres, pero sólo últimamente. El caballero que la visitaba cada semana se cansó de verla siempre con la misma blusa. Un lunes le confesó que ya estaba harto, que ese rojo sempiterno lo ponía nervioso. Buen comienzo de semana: estaba totalmente desmoralizado y los negocios le iban mal. Tenía derecho a exigir algo decente por su dinero. Total, mujer no le faltaba. La suya, aunque flaca, era mujer después de todo. Y nada de meterse con ella. Era la madre de sus hijos. Le repitió que si el próximo lunes lo recibía con su eterna blusa, renunciaría a ese placer. Caballeros solventes no hay muchos que digamos. Aquel día la cosa funcionó, sin embargo. Una hora después, el tipo volvió a ponerse tierno. Pero antes de irse protestó. Cuando Fischerle llegó a la casa, encontró a su mujer desnuda en medio de la habitación. La blusa roja, arrugada, yacía en un rincón. Y al preguntarle qué ocurría:

—Estoy llorando —dijo la grotesca criatura— él ya no volverá.

—¿Qué quiere? —preguntó Fischerle— iré a buscarlo.

—La blusa no le gusta —gimió el gordo espantajo—, quiere una nueva.

—¿Y no se la prometiste? —chilló el enano—, ¡de qué te sirve ese hocico! —Y se lanzó escaleras abajo como un loco—. ¡Caballero! —gritó en la calle— ¡caballero! —Nadie sabía el nombre. Siguió corriendo al azar hasta que tropezó con un farol. Y allí, precisamente, el Caballero estaba haciendo una necesidad que había olvidado arriba. Fischerle esperó a que terminase. Después no lo abrazó, pese a haberlo encontrado, sino que le dijo—: ¡Cada lunes tendrá usted una blusa nueva! Se lo garantizo. Como que es mi mujer y hago con ella lo que quiera. ¡Hónrenos con su visita el lunes próximo!

—Ya veré que puedo hacer por ella —replicó el Caballero, bostezando. Para no ser reconocido, daba una vuelta enorme. Aquel martes, la Rentista se compró dos blusas nuevas: una verde y otra lila. El lunes volvió el Caballero. Lo primero que miró fue la blusa. Ella llevaba la verde. De entrada, él le preguntó en tono maligno si no había hecho teñir la vieja: conocía esos trucos, no era fácil embromarlo. Ella le mostró las otras y lo dejó satisfecho. Le gustaba más la lila, pero prefería la roja, pues le recordaba sus primeros encuentros. La eficiencia de Fischerle salvó así a su esposa de la ruina. La pobre se hubiera muerto de hambre en esos tiempos tan difíciles.

Mientras pensaba en el cuartito y en su voluminosa mujer, decidió prescindir de la agenda. Quizá encontrase a su mujer en casa. Lo amaba ardientemente y tal vez no lo dejara ir. Cuando decía «no», empezaba a chillar y se plantaba en el umbral. Y no hay modo de escabullirse ni de empujarla a un lado: era más ancha que la puerta. Y muy tozuda, además; si algo se le metía en la cabeza, olvidaba el negocio y se pasaba la noche en casa. Él podría perder su tren y llegar tarde a América. Ya encontrará en París la dirección de Capablanca. Si nadie la sabía, preguntará en América. Los millonarios saben todo. Fischerle ya no quisiera volver a su cuartito. Aunque con gusto se deslizaría bajo la cama en señal de despedida: era la cuna de su carrera. Ahí había armado trampas y batido a mil campeones, volando de un escaque a otro como un rayo. En ningún café hubiera encontrado aquella calma; sus adversarios jugaban bien, porque él mismo era el adversario. En el *Palacio del Babuino* se haría construir un cuarto idéntico, con la misma cama para meditar sabias jugadas. Y sólo él tendrá derecho a deslizarse debajo. Pero renunció a la despedida. Tantos sentimientos son inútiles. Una cama es una cama. Recordaba muy bien todo sin ella. A cambio se compraría once camisas más, todas azules. Al que lograrse distinguirlas, le liaría un premio. El sastre era un experto en caracteres; pero del Tarot mejor que no hable: es un juego de burros.

Regresó a la estación con su paquete, sacó su maleta de consigna y guardó las camisas una a una. El desprecio del empleado se convirtió en respeto. «Una docena más», pensó el propietario, «y el tipo enloquece». Una vez cerrada y en su mano, la maleta pareció arrastrarlo hacia un tren en marcha. Pero el empleado le quitó la tentación. En una ventanilla especial, que una agencia de viajes había abierto para

extranjeros, Fischerle pidió, en un alemán mascado, un billete de primera hasta París. Lo largaron tieso, entonces alzó el puño y graznó:

—¡Ajá! ¡Pues en castigo viajaré en segunda! ¡La Compañía saldrá perdiendo! ¡Esperen a que vuelva con mi traje nuevo! —En realidad no estaba furioso. Pero no parecía extranjero. Frente a la estación engulló rápidamente un par de salchichas calientes.

—Podría ir a un restaurant con mesas separadas —le dijo al vendedor de salchichas— y poner una gran suma sobre el mantel blanco: mi billetera lo permite (y se la puso en la nariz al incrédulo), pero comer no me interesa, ¡lo mío es la inteligencia!

—Ya lo creo, ¡con semejante cabezota! —replicó el otro, que tenía una cabeza de niño y un cuerpo enorme, y envidaba a todos los cabezones.

—¡No se imagina lo que hay adentro! —dijo Fischerle al pagar—. Muchos años de estudio y varios idiomas, ¡al menos seis!

Por la tarde se sentó a aprender americano. En las librerías quisieron endilgarle manuales de inglés.

—Señores —coqueteó él—, tonto no soy. *Ustedes* van a la suya y yo a la mía.

Empleados y dueños le aseguraron que en los Estados Unidos se hablaba inglés.

—Yo sé inglés, quisiera algo especial.

Al ver que en todas partes le decían lo mismo, se compró un libro con los modismos ingleses más usuales. Lo obtuvo a mitad de precio, pues el librero, que era un entusiasta de Karl May y consideraba superfluo todo lo demás, llegó a olvidar sus propios intereses al oír que el enano pensaba atravesar el desierto de Takla-Makan con todos sus peligros, en vez de coger el Transiberiano o ir por barco hasta Singapur.

Sentado en un banco, el temerario explorador metió su nariz en el primer curso, donde sólo se leían novedades como: «El sol brilla» o «La vida es breve». Por desgracia, el sol brillaba realmente. Era a finales de marzo y todavía no picaba. Si no, Fischerle bien se hubiera guardado de exponerse a sus rayos. Tenía malas experiencias con el sol. Quemaba como la fiebre. En el *Cielo* jamás brillaba. Y es pésimo para el ajedrez: estupidiza a la gente.

—¡Yo también sé inglés! —exclamó una pasmona a su lado. Tenía trenzas y unos catorce años. Él la ignoró y siguió leyendo las novedades en voz alta. Ella esperó. Al cabo de dos horas, Fischerle cerró el libro. La niña se lo pidió y, como si hablara con un viejo conocido, empezó a hacerle preguntas (la Rentista jamás se hubiera atrevido). Él recordó todas las palabras—. ¿Cuántos años hace que estudia? —le preguntó la chiquilla—, nosotras no hemos avanzado tanto; sólo estoy en segundo.

Fischerle se levantó, le reclamó su libro y, fulminándola con la mirada, protestó enérgicamente:

—¡Su amistad no me interesa! ¿Sabe usted cuándo empecé? ¡Hace exactamente dos horas! —Y con estas palabras se alejó de aquella débil mental.

Por la tarde, el contenido del librito le era ya familiar. Cambió varias veces de



banco, porque la gente se le acercaba todo el tiempo. ¿Sería por su ex-joroba o porque estudiaba en voz alta? Como su joroba estaba en las últimas, optó por la segunda hipótesis. Cuando alguien se dirigía a su banco, él le gritaba desde lejos:

—No me interrumpa, se lo suplico. Si me suspenden mañana en el examen ¿usted qué ganaría? ¡Sea bueno!

Nadie podía resistirse a estas palabras. Sus bancos se llenaban; los otros se fueron vaciando. Al oír su inglés todos le prometían cruzar los dedos por su examen. Una maestra se enamoró de su empeño y lo siguió de banco en banco hasta el extremo del parque. Los enanos le inspiraban ternura y adoraba a los perros, aunque sólo a los salchicha. Pese a sus treinta y seis años todavía era soltera; enseñaba francés fluidamente y estaba dispuesta a intercambiar clases de inglés con él. El amor no le interesaba. Fischerle permaneció un rato en silencio. De pronto, ella trató a su ama de casa de tipa venal y miserable, y estalló en injurias contra el lápiz de labios... los polvos todavía, vaya y pase. Pero él no aguantó más: una mujer sin maquillaje, ¿qué idea tendrá ésta del oficio?

—No tiene usted sino 46 y ya habla así —silbó—, ¿cómo será cuando llegue a los 56?

La maestra se marchó. Lo encontró mal educado. No todo el mundo se deja insultar. Aunque muchos se contentaban con recibir lecciones gratis de él. Un viejecillo envidioso le corrigió la pronunciación y repitió obstinadamente: en Inglaterra no hablan así, sino asá.

—¡Yo pronuncio a la americana! —dijo Fischerle y le volvió la joroba. Todos le dieron la razón y se burlaron del viejo, que confundía el inglés con el americano. Cuando el muy desvergonzado, que debía andar por los ochenta, amenazó con llamar a la policía, Fischerle dio un salto y exclamó—: ¡Soy yo el que iré a llamarla! —Temblando, el viejecillo se alejó a saltitos.

Con el sol se fue también la gente. Unos cuantos pilluelos formaron corro y esperaron a que el último adulto desapareciera. De pronto rodearon el banco de Fischerle y empezaron a cantar en inglés. Chillaban «yes», pero querían decir «judío». Antes de decidir su viaje, Fischerle evitaba a los niños como a la peste. Aquel día tiró el libro, se subió al banco y empezó a dirigir el coro con sus largos brazos. Después se puso a cantar, siguiendo la melodía. Si los críos chillaban, él chillaba más todavía. El flamante sombrero le bailaba en la cabeza.

—¡Más rápido, señores! —graznaba de vez en cuando. Los niños, frenéticos, se sintieron repentinamente adultos y lo cargaron en hombros—. ¡Señores! ¿Qué hacéis? —Unos cuantos señores más y se sentirían definitivamente adultos. Le sostenían los pies y le protegían la joroba; tres de ellos se pelearon un libro de escuela sólo porque era de él; otro le quitó el sombrero. Ambos objetos lo precedían en triunfo, y él, se balanceaba sobre unos débiles hombros: ya no era judío ni jorobado, era un chico bien que sabía mucho de «wigwans». El noble héroe fue llevado hasta la puerta del parque. Se dejó sacudir y al final les resultó pesado. Una vez fuera, por desgracia, lo

bajaron. Le preguntaron si al día siguiente volvería. Él no quiso desilusionarlos—. Señores —les dijo— si mañana no estoy en América, estaré con ustedes. —Excitados y con prisa, los críos se dispersaron a la desbandada. A muchos los aguardaba una paliza en casa.

Fischerle se encaminó lentamente hacia la calle donde el traje y el abrigo lo esperaban. Desde que supo que el tren partía a las once en punto, daba gran importancia a la puntualidad y a las promesas. Como era demasiado pronto para ver al sastre, dobló por una calle lateral, entró en un bar desconocido, cuyas mujeres maquilladas lo hicieron sentirse en casa, y, en señal de admiración por su brillante inglés, se echó al colete un vaso de aguardiente. Luego dijo:

—*Thankyou* —tiró el dinero en la bandeja y, sólo al llegar a la puerta, se volvió y gritó—: *Good bye* —para que todos lo oyeran. Pero esta demora lo hizo caer en brazos del Pasaportero, al que hubiera preferido evitar.

—¡Hola! ¿De dónde me has sacado este sombrero? —le preguntó éste, no menos sorprendido de ver al enano que de verlo con sombrero nuevo: era el tercer cliente que encontraba en las intermediaciones.

—¡Psst! —susurró Fischerle, llevándose un dedo a la boca y señalando hacia atrás. Para evitar nuevas preguntas, le enseñó el zapato izquierdo y dijo—: Estoy preparando mi viaje.

El Pasaportero entendió y guardó silencio. Que un trabajo cundiera en pleno día y justo antes de iniciar la vuelta al mundo, parecióle admirable. ¡Lástima que el pequeño tuviera que viajar hasta el Japón sin dinero! Durante una fracción de segundo pensó dejarle unos cuantos billetes gruesos: sus negocios iban bien. Pero pasaporte y billetes era demasiado.

—Cuando no sepas qué hacer en una ciudad —dijo más para sí mismo que para el enano— ve a ver directamente al campeón de ajedrez. Ahí te será fácil encontrar algo. ¿Tienes las direcciones? Un artista está perdido sin direcciones. ¡No vayas a olvidarlas!

Este consejo, dicho así, bastó para retrotraer a Fischerle bajo su cama. Era ingrato desaparecer sin despedirse. Después de todo, la cama no era culpable de la estupidez de su mujer. Un artista no puede irse sin su agenda de bolsillo. El tren de la 1:05 era tan puntual como el otro. A las ocho en punto llegó donde el sastre. El traje resultó ser todo un éxito. Lo que aún quedaba de joroba, desapareció bajo el abrigo. Los campeones se felicitaron mutuamente por sus respectivos talentos.

—*Wonderful* —dijo Fischerle, y añadió—: ¡Y pensar que hay gente que ni siquiera sabe inglés. Conozco a uno. Cuando quiere decir: «thank you!», dice «¡gracias!».

El sastre le aseguró que adoraba los «*hamandeggs*»: anteayer fue a un restaurante y el mozo no le entendió.

—Sin embargo, jamón se dice «*ham*» y tranvía, «*tram*».

Su cliente le quitó las palabras de la punta de la lengua.

—Y ahora dígame, ¿conoce un idioma más fácil? ¡El japonés sí que es difícil!

—Pues permítame decirle que, desde el instante en que franqueó esta puerta, tuve la impresión de que era usted un lingüista consumado. Comparto plenamente su opinión sobre las invencibles dificultades del vocabulario japonés. La envidiosa Fama pregona que hay diez mil signos diferentes. Imagínese el gigantesco aparato tipográfico que eso supone para cualquier diario nipón. Su sistema de avisos aún está en pañales. La lengua misma va incubando aquel bacilo insospechado que acabará por infectar la vida comercial y económica. Nos oprime un sentimiento universal de simpatía por el bienestar de un pueblo amigo. Compartimos sinceramente sus esfuerzos infructuosos desde que la herida de una guerra inevitable en el Extremo Oriente se halla en vías de cicatrización.

—Tiene usted toda la razón —dijo Fischerle— y no lo olvidaré. Como mi tren sale muy pronto, despedámonos como dos amigos de toda la vida.

—Hasta la fría tumba familiar —completó el sastre y abrazó al futuro campeón mundial. Cuando la tumba de sus antepasados se asomaba a sus labios —tenía varios hijos—, una emoción y una ansiedad profundas lo embargaban. En su agonía, estrechó firmemente al Doctor contra su pecho. Un botón del nuevo abrigo se enganchó y salió disparado. A Fischerle le vino un ataque de risa al recordar a su ex-emplado, el ciego de los botones. El sastre, herido en sus sentimientos más sagrados, exigió una explicación detallada.

—Conozco a un individuo —bufó el enano—, conozco a un individuo que odia los botones. Quisiera comérselos todos y que no quedase ni uno. Yo me pregunto qué harían los sastres, ¿no le parece?

El ofendido olvidó al punto su futuro en la tumba familiar y prorrumpió en una ruidosa carcajada. (Mientras volvía a coserle el botón), le prometió una y otra vez enviar ese chiste tan bueno a una revista especializada, por si tenían a bien publicarlo. Cosió lentamente, para reírse en compañía. Hacía todo en compañía: solo, ni las lágrimas le resultaban agradables. Lamentaba de todo corazón la partida del señor Doctor. Con él se iba su mejor amigo, pues seguro que hubiera llegado a serlo, tan cierto como que dos y dos han sido siempre cuatro. Se separaron tuteándose. El sastre se paró en la puerta y siguió largo rato a Fischerle con la mirada. La silueta del caballeroso enano —pues tenía un corazón muy noble— se difuminó al cabo de poco tiempo en los contornos de su fabuloso abrigo, bajo el cual los pantalones de un elegantísimo traje deleitaban la vista.

Fischerle llevó su traje viejo, debidamente empaquetado, a la estación. Por tercera vez hizo su aparición en el vestíbulo de entrada: un hombre bien trajeado, rejuvenecido y de buena familia. Con una indiferencia principesca tendió su contraseña al empleado de consigna, sosteniéndola entre sus dedos medio e índice, y reclamó su «maleta nueva». El respeto del empleado se trocó en veneración. Acaso las camisas que le vio guardar aquella tarde fueran sólo para venta. Ahora iba con la elegancia pegada al cuerpo. Con ambos brazos metió el paquete en la maleta y

declaró:

—Está tan bien cerrado que sería una locura abrirlo. —En la ventanilla de extranjeros preguntó en alemán y con voz ronca—: ¿Puedo comprar aquí un billete de primera hasta París o no?

—Sí, sí, por supuesto —le aseguró el mismo individuo que, horas antes, lo enviara a paseo. De lo cual dedujo Fischerle, no sin orgullo, que era irreconocible.

—¡Qué lentos sois en este país, caballeros! —se quejó con acento inglés; aún llevaba su manual bajo el brazo—. ¡Espero que vuestros trenes sean más rápidos!

—¿Desea el señor una litera? Aún quedan plazas libres.

—Sí, por favor. Para el tren de la 1:05. ¿Son de fiar estos horarios?

—Sí, sí, por supuesto. Este es un antiguo centro de cultura.

—Ya lo sé. Pero eso nada tiene que ver con los trenes. Para nosotros, en Estados Unidos, los negocios son primero. *Business*, por si sabe usted algo de inglés. —La manera ostentosa con que el hombrecito le mostró una billetera a cuadros y repleta, confirmó al empleado la sospecha de estar frente a un americano, y la devoción ilimitada que como tal merecía—. ¡No volveré a pisar este país! —dijo Fischerle después de haber pagado y escondido su billete en la cartera a cuadritos—. Me han estafado, tratándome como a un tullido, no como a un americano. Mis profundos conocimientos de la lengua me permitieron desbaratar las intenciones de mis enemigos. ¿Sabe usted que me arrastraron por varios antros del vicio? Tenéis buenos ajedrecistas, es lo único que debo admitir. El profesor Kien, un célebre psiquiatra parisino amigo mío, comparte mi opinión. Me tuvieron preso bajo una cama y me exigieron un rescate fabuloso bajo horribles amenazas de muerte. Yo lo pagué, pero la policía me devolverá el triple. Ya se iniciaron los trámites diplomáticos. ¡Vaya centro de cultura! —Y, sin despedirse, dio media vuelta y abandonó el vestíbulo con paso firme. Un temblor desdeñoso jugueteaba en sus labios. ¡A él con centros de cultura! ¡A él, que nació en esa ciudad y no la había abandonado nunca, que conocía de memoria las revistas de ajedrez, que en el *Cielo* era el primero en leer cualquier revista y había aprendido inglés en una tarde! Su gran éxito lo convenció de que aprender idiomas era fácil, y se propuso estudiar dos lenguas por semana en las horas libres que, como campeón mundial, le quedaran en América. Al cabo de un año sabría 66. ¿Para qué más? Los dialectos no cuentan. No hace falta estudiarlos.

Eran las *nine o'clock*: el gran reloj de la estación daba la hora en inglés. A las diez cerraban el portón de su casa. Más valía que evitase al portero. El trayecto hasta la barraca en ruinas donde, por desgracia, Fischerle había desperdiciado veinte años con una puta, duraba cuarenta minutos: *forty minutes*. Sin demasiadas prisas, lo recorrió con sus zapatos amarillos. De vez en cuando se detenía y, bajo un farol de gas, consultaba en su manual las palabras que se iba diciendo en inglés. Nombraba los objetos e interpelaba a la gente con la que se cruzaba, aunque en voz baja, para no ser abordado. Sabía más de lo que pensaba. Como al cabo de veinte minutos no encontró nada nuevo, mandó al diablo casas, calles, faroles y perros y se sentó a jugar una

partida en inglés. La prolongó hasta su mugrienta barraca. Frente al portón la ganó y entró en el vestíbulo. Su ex-mujer le crispaba los nervios, ¡y cómo! Por no topar con ella, se escondió detrás de la escalera. Había espacio de sobra. Su mirada atravesó los peldaños que, de todas formas, estaban llenos de agujeros. Si quisiera, podría obstruir con su nariz esa escalera. Hasta las diez se mantuvo en silencio. El portero, un zapatero harapiento, cerró el portón y apagó la luz de la escalera con sus manos temblorosas. Cuando desapareció en su miserable tugurio —apenas dos veces más grandes que la mujer de Fischerle—, éste graznó en voz baja:

—*How do you do!*

El zapatero oyó una voz ligera y, creyendo que había una mujer afuera, esperó a ver si tocaba. El silencio era total. Se había equivocado: habrá sido un transeúnte. Entró en su cueva y, excitado por la voz, se acostó junto a su mujer, a la que no tocaba hacía meses.

Fischerle esperaba a la Rentista, preguntándose si llegaría o se iría. Como era buen observador, la reconocería por el modo de llevar su fósforo: siempre recto y en alto, pues era la puta más fumadora de toda la casa. Él preferiría que se fuera. Así podría deslizarse escaleras arriba, recoger su agenda de debajo de la cama, despedirse de aquel remanso de paz donde solía refugiarse cuando no era más que un pobre tullido, salir corriendo de la casa y coger un taxi hasta la estación. Arriba encontraría su llave del portón: hacía poco que él mismo, furioso de oír las necedades de su mujer, la había tirado en un rincón. Y no la recogió por pereza. Si ella entrara, en vez de salir, traería a algún cliente. Ojalá no se quedasen mucho rato. En el peor de los casos, el Dr. Fischer reptaría en el cuartito como el Fischerle de antaño. Si su mujer lo oía, se callaría para no enojar al cliente. Y antes de que hablara, él ya estaría fuera. Pues ¿qué hace una mujer como ella todo el día? O se acuesta con un tipo o no se acuesta con nadie. O esquilma a uno, o le ofrece dinero a otro. O es vieja y no le gusta a nadie, o es joven y más necia todavía. Si te da algo de comer, ten la seguridad de que acabará desplumándote. Si no gana nada, te mandará a robar peines de bolsillo. ¡Al cuerno todo aquello! ¿Qué mérito tenía? Un hombre de estatura normal se juega su prestigio al ajedrez. Mientras esperaba, Fischerle sacó el pecho. Quién sabe qué aspecto tendrán traje y abrigo al día siguiente. La joroba podía deformarlos.

Pasó una eternidad y no vino nadie. Del canalón goteaba agua al patio. Todas las gotas iban al océano. En un enorme trasatlántico, el Dr. Fischer se embarca rumbo a América. Nueva York tiene diez millones de habitantes. La población delira de júbilo. En las calles, la gente se besa y grita al unísono: «¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!». Cien millones de pañuelos se agitan en su honor; los habitantes se han atado uno a cada dedo. Las autoridades de inmigración desaparecen. ¿Por qué preguntan tanto? Una delegación de putas neoyorquinas pone a sus pies todos los *Cielos* de la ciudad. Allí también había. Él les agradece. Por algo ha estudiado. Una escuadrilla de aviones dibuja DR. FISCHER en el cielo. ¿Por qué no habrían de promocionarlo? Él vale más que el *Persil*. Miles de personas se tiran al agua por él. «¡Que los salven!», ordena.

Tiene un corazón de oro. Capablanca se le echa al cuello. «¡Sálveme!», le dice en un susurro. Por suerte, su corazón ensordece entre tanto ruido. «¡Largo de aquí!» le grita él, dándole un empujón. Capablanca es destrozado por la multitud furiosa. Desde un rascacielos retumba una salva de cañonazos. El presidente de los Estados Unidos estrecha su mano. Su futura esposa le enseña la dote en blanco y negro. Él la acepta. Se abren suscripciones para el *Palacio del Babuino* en todos los rascacielos. Las suscripciones superan la suma del empréstito. Él funda una escuela para jóvenes talentos. Pero éstos se insolentan y tiene que echarlos. En el primer piso dieron las once. En él vivía una anciana de ochenta años con un reloj del tiempo de su abuela. En 2 horas 5 minutos parte el tren-litera a París.

Fischerle subió la escalera de puntillas. Su esposa nunca se ausentaba tanto tiempo. Debía estar bajo algún cliente. Al llegar al tercer piso se detuvo ante el cuartito y oyó voces. No salía luz por las rendijas. Como despreciaba a su mujer, se negó a entender lo que decía. Se quitó los zapatos nuevos y los dejó en el primer peldaño de la escalera, un poco más cerca de América. Encima puso el sombrero nuevo y lo admiró: era más oscuro que las tinieblas. Del libro de inglés no se separó. Lo escondió en el bolsillo de su abrigo y abrió suavemente la puerta: en eso era un experto. Las voces seguían hablando, muy alto, sobre insultos. Ambos estaban sentados en la cama. Fischerle dejó la puerta abierta y se arrastró hasta la hendidura.

Lo primero que metió fue la nariz: ahí estaba su agenda, apestando al petróleo en el que se cayó unos meses antes. «¡A sus órdenes!», pensó el enano, inclinándose ante tal constelación de ajedrecistas. Luego empujó la agenda con el índice derecho hasta el extremo de la hendidura y la levantó. Ya era suya. Con la mano izquierda se sujetó la boca, pues estuvo a punto de soltar una carcajada: el cliente hablaba como el ciego de los botones. Como se conocía la agenda al revés y al derecho, pudo inscribirse, con ayuda del tacto, en las últimas hojas vacías. Pero escribir con letra tan pequeña le costaba más que antes. Por eso anotó en una página: «Doctor», en la segunda «Fischer», en la tercera «Nueva» y en la cuarta «York». Más tarde escribiría la dirección exacta, cuando supiera la del *Palacio del Babuino*, residencia de su prometida. Hasta entonces se había ocupado poco de esa boda. Las preocupaciones por el capital, el pasaporte, el traje y el billete le quitaron varios días preciosos. Su nariz olía a petróleo. «*Darling!*», dijo la millonaria y tiró de ella: le gustaban las narices largas, no aguantaba las pequeñas; ¿de dónde le vendría a él la suya?, le preguntó un día que paseaban por la calle. Todas le resultaban cortas. Ella era hermosa y americana; rubia como en las películas, muy alta y de ojos azules. Sólo viajaba en coche propio, los tranvías le daban miedo: van atestados de tullidos y de carteristas que le roban a una los millones del bolsillo, ¡una lástima! ¿Qué sabía ella de su ex-joroba en Europa?

—¡Jorobado y mugre es la misma cosa! —dijo el hombre desde la cama. Fischerle se rió, pues ya no lo era, y observó las piernas del tipo, enfundadas en su pantalón. Los zapatos presionaban el suelo. Si no supiera que el ciego de los botones

tenía sólo veinte céntimos, ni uno más ni uno menos, juraría que era él. Los socios existen. Y ahora habla de botones. ¿Por qué no? Le está pidiendo a la mujer que le cosa un botón. No, el tipo está loco. De pronto dijo—: ¡Toma, trágatelo!

—¡Dáselo a él! —dijo la mujer—, ¡que se lo trague!

El tipo se puso en pie y se dirigió a la puerta abierta.

—¡Está en la casa, te digo!

—Pues búscalos. ¿Qué culpa tengo yo?

El sosia dio un portazo y empezó a pasearse por el cuarto. Fischerle desconocía el miedo. Pero por si acaso, se arrastró en dirección a la puerta.

—¡Está bajo la cama! —gritó la mujer.

—¡Qué! —rugió el sosia. Cuatro manos sacaron al enano y dos le empuñaron la nariz y garganta.

—¡Mi nombre es Johann Schwer! —Alguien se presentó en la oscuridad y le soltó la nariz, pero no el cuello. Luego rugió—: ¡Toma, traga!

Fischerle recibió el botón en la boca e intentó tragárselo. La mano le soltó un instante la garganta para que se tragara el botón. Aprovechando el respiro, la boca de Fischerle esbozó una sonrisa y exhaló inocentemente:

—¡Pero si es mi botón! —La mano volvió a empuñarlo y apretó. Un puño le aplastó el cráneo.

El ciego lo tiró al suelo y fue a buscar, en la mesita que ocupaba uno de los rincones, un cuchillo de pan. Con él hizo trizas el traje y el abrigo, y le cortó la joroba a Fischerle. Su penosa labor lo hizo jadear: el cuchillo no tenía filo y no quiso encender la luz. La Rentista lo miró mientras se desvestía. Se echó en la cama y dijo:

—¡Ven!

Pero él no había acabado. Envolvió la joroba en los jirones del abrigo, le escupió un par de veces y dejó el paquete donde estaba. Luego empujó el cadáver bajo la cama y se tiró sobre la mujer.

—Nadie ha oído nada —dijo riéndose. Estaba cansado, pero la fulana era gorda. Le hizo el amor toda la noche.

## **Tercera Parte**

# **UN MUNDO EN LA CABEZA**



## El bueno de papá

El apartamento del portero Benedikt Pfaff comprendía una cocina oscura y de medianas dimensiones, y un cuartito que daba al portal del inmueble. Al comienzo, la familia entera, integrada por cinco miembros: la mujer, la hija y él por partida triple (como policía, marido y padre), dormía en la habitación más grande. Las camas de matrimonio —cosa que lo enfurecía— eran del mismo tamaño. Por eso obligaba a su mujer y a su hija a dormir juntas en una, reservándose la otra para él solo. Dormía sobre un colchón de crin: no por afeminamiento, pues odiaba a las mujeres y a los dormilones, sino por principio. El dinero lo traía él a casa. La mujer se encargaba de fregar las escaleras, y la hija, desde que cumplió diez años, abría el portón cuando llamaban por la noche. Así se despabilaría. Lo que ambas recibieran a cambio de sus servicios le correspondía a él, por ser el portero. De vez en cuando les permitía ganarse unos centavos fuera, haciendo recados o lavando. Así sentirían en carne propia lo que un padre tiene que sufrir por su familia. En la mesa se declaraba partidario de la vida familiar. Por la noche se burlaba de su mujer, ya algo vieja. Ejercía su derecho a castigar no bien llegaba del trabajo. En su hijita se lustraba los rojizos puños con sincero amor; a su mujer la usaba menos. Dejaba en casa todo su dinero. La suma resultaba siempre exacta sin necesidad de contar, pues la única vez que se produjo un fallo, mujer e hija tuvieron que dormir en plena calle. En resumidas cuentas, era un hombre feliz.

En esa época se cocinaba en el cuartito blanco, pensado también como cocina. Debido a su agotadora profesión, que mantenía sus músculos día y noche en estado de alerta, Benedikt Pfaff necesitaba una dieta rica, abundante, succulenta y bien servida. A este respecto no admitía bromas, y si a su mujer le llovían golpes, era culpa de ella; lo que nunca hubiera dicho de su hijita. Su hambre fue aumentando con los años. Y un buen día decidió que ese cuarto era excesivamente pequeño para hacer tanta comida y ordenó que trasladaran la cocina a la pieza de atrás. Por una vez encontró resistencia, pero su voluntad era invencible. Desde entonces los tres vivieron y durmieron en aquel cuartito, donde apenas cabía una cama, y la pieza grande fue reservada para cocinar, comer, dar palizas y recibir a uno que otro colega que, pese a la copiosa comida, nunca se sentía muy en casa. Poco después de este cambio, la mujer murió de agotamiento. No aguantó el trabajo en la nueva cocina: cocinaba tres veces más que antes y fue consumiéndose día a día. Parecía muy vieja; la gente le echaba sesenta años. Los inquilinos, que odiaban y temían al portero, lo compadecían sin embargo en este punto: les parecía una crueldad que un hombre rebosante de energía tuviese que vivir con esa anciana. En realidad ella era ocho años menor que él, pero nadie lo sabía. A veces le daba por preparar tanta comida que cuando su marido llegaba aún no había terminado. Pero a él, que solía esperar cinco minutos para sentarse a comer, se le acababa la paciencia y le pegaba antes de estar satisfecho. Ella murió bajo sus puños. De todas formas hubiera fallecido en los días

siguientes por sí sola: él no era asesino. En su lecho mortuorio, que él mismo le preparó en la habitación grande, se veía tan arrugada que a Pfaff le dio vergüenza recibir las visitas de pésame.

Un día después del entierro comenzó su luna de miel. Al verse más libre que antes, trataba a su hijita según sus caprichos. Antes de irse a trabajar, la encerraba en el cuarto de atrás para que se dedicase exclusivamente a la cocina. Además, así se alegraría al verlo de regreso. «¿Qué hace mi detenida?», rugía al girar la llave en la cerradura. Una sonrisa iluminaba el pálido rostro de la niña, que salía a hacer sus compras para el día siguiente. Es preferible que compre sonriendo, pensaba él muy contento, así le darán la mejor carne. Un trozo de carne mala es como un crimen. Si tardaba más de media hora, el hambre lo hacía rabiar y la recibía a puntapiés cuando llegaba. Pero al no ganar nada con ello, su rabieta aumentaba por el hecho de haber empezado mal su tarde libre. Si la niña lloraba mucho, él volvía a enternecerse y su programa se desarrollaba con normalidad. Sin embargo, prefería que llegara a tiempo. Le robaba cinco minutos de la media hora. En cuanto salía, él adelantaba el reloj cinco minutos, lo dejaba sobre la cama del cuartito y se sentaba en la nueva cocina, junto al fuego, a olisquear la comida, por la que sin embargo no movía un dedo. Sus orejas, gruesas y enormes, acechaban los débiles pasos de la niña. Esta casi no pisaba el suelo por miedo a que la media hora hubiese transcurrido, y, desde la puerta, echaba una mirada de terror sobre el reloj. A veces lograba deslizarse hasta la cama, pese al miedo que ésta le inspiraba, y atrasar el reloj unos minutos con gesto tímido y furtivo. Pero en general, él la oía dar el primer paso —su respiración la traicionaba—, y la sorprendía a mitad de camino, pues hasta la cama sólo había dos pasos.

Ella, en esos casos, intentaba deslizarse junto a él y asumir con diligencia y prontitud sus tareas culinarias. Al mismo tiempo pensaba en un vendedor lánguido y endeble que, en la cooperativa de consumo, le decía un «Buenos días, señorita» con voz más suave que las otras damas y evitaba sus tímidas miradas. Para estar más rato junto a él, dejaba pasar, como por distracción, a las clientas que la seguían en la cola. El chico era moreno. Un día en que no había nadie en la tienda, le regaló un cigarrillo. Ella lo envolvió en un papel de seda rojo y anotó encima, con letras casi invisibles, la fecha y hora del regalo. Llevaba el brillante paquetito en el único lugar de su cuerpo que al padre no le interesaba: junto al corazón, bajo el seno izquierdo. Los puñetazos la asustaban más que las patadas, pero si permanecía boca abajo, al cigarrillo no le ocurriría nada. Normalmente, los puños la golpeaban todo el cuerpo y su corazón temblaba bajo el cigarrillo. Juró que se suicidaría si llegaban a aplastarlo. Entretanto fue haciendo polvo el cigarrillo a fuerza de amarlo, ya que en sus largas horas de encierro solía abrir el paquetito, contemplarlo, acariciarlo y besarlo. Sólo le quedaba un montoncito de tabaco, del que no perdía ni una hebra.

En la mesa, la boca de su padre humeaba. Sus mandíbulas eran tan insaciables como sus brazos. Ella se quedaba en pie para llenarle el plato más rápidamente; el suyo permanecía vacío. Temía que de pronto le preguntase por qué no comía. Sus

palabras la aterraban incluso más que sus actos. Empezó a entender lo que él decía siendo ya grande, mientras que sus actos la afectaron desde el primer momento de su vida. Ya he comido, padre, le hubiera contestado. Come tranquilo. Pero en sus largos años de «casados», él nunca se lo preguntó. Estaba ocupadísimo mascando. Clavaba en el plato una mirada fija y embelesada, cuyo resplandor disminuía con el montón de comida. Sus músculos bucales se irritaban por la falta de trabajo, amenazando con estallar en rugidos. ¡Ay del plato cuando se vaciaba! El cuchillo lo hubiera cortado, el tenedor, atravesado, la cuchara, martilleado, y la voz, despedazado. Pero la hija estaba para eso. Seguía con mirada tensa los movimientos de su frente. No bien aparecía entre las cejas el primer vestigio de una arruga vertical, le rellenaba el plato sin fijarse en lo que aún quedaba. Pues la arruga se formaba más o menos rápidamente según su estado de ánimo. Ya lo sabía. Al comienzo, tras la muerte de la madre, siguió el ejemplo de ésta y se guiaba por el plato. Pero iba por mal camino: el tipo esperaba más de una hija. Muy pronto ella se dio cuenta y aprendió a leer su estado de ánimo en las arrugas de su frente. Había días en que acababa el plato sin decir nada. Luego seguía rumiando un buen rato. Ella lo escuchaba. Si chasqueaba la lengua con violencia, la pobre se ponía a temblar: la esperaba una mala noche. Trataba entonces, con sus palabras más tiernas, de animarlo a comerse otra porción. Pero en general sólo rumiaba de puro contento y le decía:

—Todo hombre tiene un retoño. ¿Quién es mi retoño? ¡La detenida!

Y al decir esto la señalaba, utilizando el puño en vez del índice. Cuando decía: «la detenida», ella tenía que imitar, sonriendo, el movimiento de sus labios. La niña se alejaba. Pero él la perseguía con su pesada bota.

—Papá tiene derecho...

—... al amor de su hijita. —En voz alta y cadenciosa, como en la escuela, concluía ella sus frases. Pero se sentía muy disminuida.

—Para casarse, mi hija... —y estiraba el brazo.

—... no tiene tiempo.

—La comida se la da...

—... el bueno de papá.

—Los otros hombres...

—... no la quieren.

—¿Qué haría un hombre con...

—... una niña idiota?

—Y ahora papá va a...

—... detenerla.

—En las rodillas de papá se sienta...

—... su obediente hijita.

—Uno también se cansa de...

—... la policía.

—Si la chica se porta mal, le caerá...

—... una *paliza*.

—Papá sabe por qué...

—... se la da.

—Así aprenderá lo que le debe a...

—... su papá.

Solía cogerla y sentársela en las rodillas. Con la derecha le pellizcaba la nuca, porque estaba detenida, y con la izquierda se ayudaba a eructar. Ambas cosas le agradaban. Ella reunía su escasa inteligencia para completar correctamente las frases, y se guardaba bien de llorar. Él se pasaba horas acariciándola y enseñándole nuevas llaves de judo, inventadas por él mismo; la empujaba de un lado a otro y le mostraba cómo dominar a un delincuente con un jugoso rechazazo en la barriga. En efecto, ¿quién no se sentía mal tras semejante golpe?

Esta luna de miel duró medio año. Un buen día jubilaron al padre y no fue más a trabajar. Desde entonces se hizo cargo de la chusma que mendigaba por casa. La mirilla abierta a cincuenta centímetros del suelo fue el resultado de varios días de meditación. Su hija colaboró en las pruebas. Tuvo que ir infinidad de veces del portón a la escalera y viceversa. «¡Más despacio!», rugía él, o «¡Corre!». Y en seguida la obligaba a ponerse sus pantalones viejos y hacer las veces de un delincuente masculino. Los bofetones destinados a éste llovían sobre ella. En cuanto él veía sus propios pantalones por la flamante mirilla, pegaba un salto, abría bruscamente la puerta y tiraba al suelo a la chiquilla de dos golpes furibundos. «Tuve que hacerlo», se disculpaba luego, como si fuera la primera vez que la tocaba «porque eres un indeseable». ¡En vez de rapar a los delincuentes debieran degollarlos! Son una carga. En la cárcel no hacen sino tragar a costa del Estado. ¡Yo aplastaré a esas sabandijas! El Gato ya está en casa. ¡Ratones a su agujero! Yo soy el Gato Rojo. ¡Me los comeré! ¡Que aprendan lo que significa aplastar!

Ella lo aprendió, y se alegró al pensar en su futuro. Ya no la enterraría. Él estaría siempre en casa y la vería todo el día. Podrá quedarse un rato más comprando: cuarenta minutos, cincuenta, una hora entera; no, tanto no. Iría a la Cooperativa cuando no hubiera gente: tiene que agradecerle el cigarrillo que le regaló hace ya tres meses y cuatro días. En aquel momento estaba tan excitada, y luego vino tanta gente, que no le dio las gracias. ¡Qué pensaría de ella! Si le preguntase qué tal le supo, le diría: estupendo, su padre casi se lo quita; le dijo que era la mejor marca y que le gustaría fumárselo.

Lo cierto es que su padre nunca vio aquel cigarrillo. No importa; ella quería agradecerle al señor Franz, el moreno, y decirle que era una marca fina: su padre era un experto. Tal vez le diera otro cigarrillo. Se lo fumaría ahí mismo. Si entraba alguien, se volvería y tiraría velozmente la colilla sobre el mostrador. Él la apagaría antes de que estallara un incendio. Es muy hábil. En el verano dirige solo la sucursal porque el jefe se va de vacaciones. Entre las dos y las tres, la tienda está vacía. Tendrá que estar alerta; podrían verlos. Él le alcanzará la cerilla y encenderá el

cigarrillo. Lo voy a quemar, le diría ella. Él sé asustará, ¡es tan delicado! De niño siempre estaba enfermo, ella lo sabe. Lo apunta con el cigarrillo y lo quema. «¡Ay!», grita él, «mi mano ¡cómo duele!». «Porque te quiero», exclama ella y se escapa. Esa noche, él vendrá a raptarla. Su padre duerme, alguien toca y ella sale a abrir. Coge todo el dinero y sobre el camisón se pone su propio abrigo, el que le estaba prohibido usar, no el gabán viejo de su padre. Parece una doncella, y ¿a quién ve en el portón? A él. Una carroza con cuatro corceles negros la espera. Él le ofrece su mano. Con la izquierda sostiene su espada. Como es un caballero, hace una venia. Lleva los pantalones planchados. «He venido», le dice, «pese a que me quemó. Soy el noble caballero Franz». Lo que ella siempre pensó, lira demasiado guapo para la Cooperativa: un caballero disfrazado. Le pide permiso para matar a su padre: su honor está en juego. «¡No, no!», le implora, «¡mataré a Su Alteza!». Él la aparta. Ella saca todo el dinero de su bolso y se lo tiende; él la fulmina con la mirada: es una cuestión de honor. Y de un solo golpe, en el cuarto, separa la cabeza del tronco paterno. Ella llora de alegría: ¡si su pobre madre lo hubiera visto, aún estaría viva! El caballero Franz recoge la rubicunda cabeza del padre. En el umbral le dice: «Gentil damisela, en adelante ya no tendréis que abrir la puerta, os llevaré conmigo». La joven introduce su piecico en la carroza. Él la ayuda a subir. Puede tomar asiento, hay espacio de sobra. «¿Es usted mayor de edad?», pregunta el joven. «Veinte años cumplidos», responde ella. No aparentaba veinte años, hasta ese día había sido la mimada de su padre. (En realidad tenía dieciséis; ojalá no se dé cuenta). Buscaba un marido para irse de casa. Y su hermoso caballero moreno se yergue en medio de la carroza en marcha y se arroja a sus pies. La quiere por esposa, sólo a ella, o sucumbirá su valiente corazón. Avergonzada, la niña le acaricia los negros cabellos. ¡Qué abrigo tan precioso! Ella lo llevará hasta que se muera: acaba de estrenarlo. «¿Adonde estamos yendo?», le pregunta. Los corceles piafan y resoplan. ¡Cuántas casas hay en la ciudad! «A ver a tu madre», responde él, «también tiene derecho a alegrarse». Los corceles se detienen frente al cementerio. La madre está justo a la entrada. He aquí su tumba. El caballero Franz deposita encima la cabeza del padre. Era su obsequio. «¿No le ofreces nada a tu madre?», le pregunta. ¡Oh, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Él le traía algo a su madre, y ella, nada. De pronto saca un paquetito rojo del camisón y lo pone junto a la rubicunda cabeza. La madre se alegra al ver a sus hijos felices. Ambos se arrodillan ante la tumba y rezan por ella.

Arrodillado frente a su mirilla, el padre la manosea todo el tiempo, la atrae a sí, le sostiene la cabeza ante el agujero y le pregunta si ve algo. Esa larga prueba la deja exhausta, el portal baila ante sus ojos y, por decir algo, lanza un «sí».

—¿Cómo que sí? —ruge el padre degollado, aunque todavía vivo. ¡La cara que pondrá esa noche cuando la carroza se detenga ante el portón!—. ¡Sí, sí! —dice, imitándola con sorna—, ¡no me digas que estás ciega! ¿Mi hija... ciega? Y ahora dime: ¿qué ves?

Ella permanece arrodillada hasta que distingue lo que él quiere: una mancha en la

pared de enfrente.

Su invento le enseñó a ver el mundo desde un ángulo nuevo. Y la niña, obligada, participó también en sus descubrimientos. Era muy poco instruida y no sabía nada. Cuando él, dentro de cuarenta años, se haya muerto (todos tenemos que morirnos), ella se convertirá en una carga para el Estado. Y él no quisiera irse con un delito así en la conciencia. Su deber es darle información sobre la policía. Por eso le fue explicando una serie de detalles acerca de los inquilinos, enseñándole a distinguir las diferentes faldas y pantalones y a determinar su importancia dentro de la criminología. Arrastrado por su fervor pedagógico, a veces dejaba escapar algún mendigo y la culpaba luego de aquel sacrificio. Aunque decentes, los vecinos también son sospechosos, le decía. ¿Le daban algo por la protección especial que él les brindaba? ¡Qué va! Se embolsan el fruto de su trabajo y, en vez de agradecerle, hablan mal de él. ¡Como si hubiera asesinado a alguien! Y entonces, ¿por qué trabaja en vano? Estando ya jubilado, podría no hacer nada, o dedicarse a perseguir mujeres, o emborracharse. Después de trabajar toda una vida, bien podía holgazanear. Pero él tenía una conciencia. En primer lugar, se dijo, tengo una hija que mantener. ¡Sería una crueldad dejarla sola en casa! Mejor me quedo con ella, y ella conmigo. Un buen padre de familia estrecha a su hija contra su corazón. Ya pasó medio año sola desde que murió la vieja. Él estaba de servicio: con la policía no se juega. En segundo lugar, el Estado le paga una pensión. Y tiene que pagársela; no hay escapatoria, aunque todo se hunda, la pensión no puede fallar. Hay nombres que se dicen: ya he trabajado bastante; y otros que agradecen la pensión y siguen trabajando voluntariamente: ¡son los mejores! Detienen a cuanta gente pueden, la matan a medias, porque matar del todo está prohibido, y le ahorran trabajo al Estado. Es lo que se dice un alivio, un fardo menos que cargar. La policía tiene que ir codo con codo; los jubilados también. A esas conciencias no debieran jubilarlas. Son insustituibles y al morir dejan un gran vacío.

La niña fue aprendiendo un poco más cada día. Tenía que memorizar las aventuras de su padre y acudir en su ayuda cuando la memoria le fallaba. Pues, ¿de qué te sirve una hija que se come la mayor parte de la pensión? Si aparecía un mendigo nuevo, él la hacía mirar rápidamente por el agujero y, en vez de preguntarle si lo conocía:

—¿Cuándo vino por última vez? —le decía. Las trampas son muy aleccionadoras; sobre todo para su hija, que siempre cae en ellas. Liquidado el mendigo, él fijaba el castigo exacto que la niña merecía y lo ejecutaba al instante. Sin castigos corporales no se llega a ningún lado. Los ingleses son un pueblo formidable.

Benedikt Pfaff logró educar tan bien a su hija que al final ésta llegó a sustituirlo. A partir de entonces la llamó Poli, título honorífico alusivo a las aptitudes que para la profesión paterna tenía la niña. Su nombre real era Ana, pero como a él no le decía nada —era enemigo de los nombres—, nunca lo utilizaba. Los títulos le gustaban más, sobre todo los que él mismo concedía. Al morir la madre, murió también Ana.

La niña pasó a llamarse «tú» o «la hija obediente» por espacio de medio año. Desde que le puso Poli, se sintió orgulloso de ella. Para algo sirven las mujeres, siempre que el hombre sepa convertirlas en «Polis», claro está.

Su nueva dignidad le suponía sacrificios aún mayores a la niña. Se pasaba todo el día sentada o de rodillas junto al padre, lista a sustituirlo. Cuando él se ausentaba unos minutos, ella ocupaba su puesto. Si algún mendigo o buhonero ingresaba en su campo visual, su obligación era retenerlo por la fuerza o por la astucia hasta que el padre se ocupase de aquel cerdo. Y él se daba prisa. Prefería hacer todo eso solo y le bastaba con que ella vigilara. Su nuevo sistema de vida lo absorbía cada vez más. Fue perdiendo el interés por las comidas y hasta disminuyó notablemente su hambre. Al cabo de unos meses, las ocasiones de moverse y de tomar el aire se vieron limitadas a unos cuantos novatos. El resto de los mendigos evitaba su casa como la peste; y con toda razón. Su temible estómago, que tanto llegara a importarle, se moderó. El tiempo que su hija dedicaba a la cocina se redujo a una hora diaria. No la dejaba estar más tiempo en el cuarto de atrás. Ella pelaba las patatas a su lado. A su lado limpiaba también la verdura, y, mientras golpeaba la carne para el almuerzo, él la palmeteaba muy contento. Sus ojos ignoraban lo que hacía su mano: permanecían clavados en las piernas que entraban y salían.

Como ahora sólo comía la mitad que antes, le daba a Poli un cuarto de hora para comprar. Pero ésta, digna alumna de su padre, solía renunciar un día entero a ver a Franz el moreno y se quedaba en casa: al día siguiente se cobraba dos cuartos de hora seguidos. Nunca encontró solo al caballero. Furtivamente, balbuceaba su agradecimiento por el cigarrillo. Puede que él la entendiera, pues desviaba la mirada con tal delicadeza... Por la noche, ella se dormía mucho después que su padre. Pero Franz nunca llamaba: ¡qué largos eran los preparativos! Si lo hubiera quemado, él se habría dado prisa. ¡Había siempre tantísimas mujeres en la Cooperativa! Un día, cuando él le preparase la cuenta, ella le diría en un susurro: «Gracias; no tiene por qué ser una carroza. ¡Y no olvide usted su espada!».

Un buen día encontró a las mujeres apiñadas ante la puerta de la Cooperativa, hablando todas a la vez:

—¡El Franz se ha esfumado! ¡Vaya chico! ¡Con toda la Caja! Nunca miraba a la cara. ¡68 chelines! ¡Debieran reimplantar la pena de muerte! Es lo que dice mi marido hace años.

Temblando, la chica se precipitó a la tienda justo cuando el administrador decía:

—La policía le está siguiendo la pista. —El perjudicado era *él*, todo por dejarlo solo; cuatro años llevaba el muy pillo en la tienda, nadie hubiera imaginado sus proyectos, jamás hubo un error de caja, ¡cuatro años!, acababa de llamar a la policía: antes de las seis lo tendrían entre rejas.

—¡No es cierto! —exclamó Poli, rompiendo a llorar—. ¡Mi padre es de la policía!

No le hicieron mucho caso, pues había una pérdida económica que lamentar. Ella

se escabulló y llegó a su casa con la cesta de compras vacía. Sin saludar a su padre, se encerró en el cuarto de atrás. Él estaba ocupado y esperó un cuarto de hora. Luego se levantó y le ordenó que saliera. Ella guardó silencio.

—¡Poli! —rugió él—, ¡Poli! —Nada se movía. Le prometió no castigarla, con la firme intención de dejarla medio muerta y, si protestaba, liquidarla del todo. En vez de respuesta, oyó una caída. Con gran indignación, se vio obligado a forzar su propia puerta—. ¡En nombre de la ley! —rugió por costumbre. La muchacha yacía muda e inmóvil ante el fuego. Antes de golpear, le dio unas cuantas vueltas: se había desmayado. Entonces se asustó: era joven y la quería. Le ordenó varias veces que volviera en sí. Su sordera lo irritó a pesar suyo. En cualquier caso, prefería empezar por una zona no muy sensible. Al buscarla, su mirada recayó en la cesta de compras. Estaba vacía. Al fin cayó en la cuenta: había perdido el dinero. Entonces comprendió su miedo. Él era insensible a ese tipo de bromas. La chica salió de casa con un billete de diez chelines. ¡Algo le quedaría, sin embargo! La registró de pies a cabeza. Por primera vez la tocaba con los dedos, no con los puños. Halló un paquetito rojo que contenía tabaco en polvo. Lo rompió y lo tiró a la basura. Por último abrió el bolso. El billete de diez chelines estaba adentro, intacto y reluciente. Esta vez no entendió nada. Perplejo, le empezó a pegar para que despertase. Cuando volvió en sí, la niña lo encontró sudando: ¡con cuánta precaución la habrá golpeado! Gruesos lagrimones le chorreaban de la boca.

—¡Poli! —rugió él—, ¡Poli! ¡El dinero sigue aquí!

—Mi nombre es Ana —respondió ella en tono frío y duro.

Él repitió:

—¡Poli! —La voz de su hija lo emocionó profundamente. Sus manos abiertas se cerraron en un par de puños; un sentimiento de ternura lo invadió—. ¿Qué comerá hoy día el bueno de papá? —gimió.

—Nada.

—La Poli tendrá que hacerle algo.

—¡Ana! ¡Ana! —gritó la niña.

De repente ella se puso en pie, le dio un empujón que hubiera derribado a cualquier otro padre —hasta él mismo lo advirtió—, corrió al cuartito (la puerta estaba hecha trizas, si no, lo hubiera encerrado), saltó a la cama con zapatos, para ser más alta que él, y le gritó:

—¡Te costará la cabeza! ¡Poli viene de policía! ¡Mamita tendrá tu cabeza!

Él comprendió. Amenazaba con denunciarlo. Su retoño lo quería calumniar. ¿Para quién vivía entonces? ¿Para quién seguía siendo un hombre respetable? En su seno había criado una víbora. La chica merecía la horca. Él pone a su disposición un gran invento para que aprenda algo y, ahora que el mundo y las mujeres eran suyas, se queda con ella de puro bueno. ¡Y ella pretende acusarlo de ser injusto! ¡No era hija suya! ¡La vieja lo engañó! Después de todo no fue mala idea pegarle como lo hacía. Siempre tuvo buen olfato. Llevaba ya dieciséis años tirando su dinero en una hija



postiza. Lo que cuesta una casa. La humanidad va de mal en peor. Pronto suprimirán el cuerpo de policía y los delincuentes harán de las suyas. El Estado dirá: no pagaré más pensiones, y aquello será el fin del mundo. ¡El crimen se propagará y Dios Padre no sabrá qué hacer!

Raras veces se encumbraba hasta Dios Padre, cuya situación de preeminencia respetaba. Dios Padre puede más que un Jefe Superior de Policía. Razón de más para inquietarse por el propio Dios y los peligros que corría. En vano bajó a su hijastra de la cama y le pegó hasta que sangrase. No sintió ningún placer. Lo hizo mecánicamente y sus palabras denotaban una tristeza y melancolía muy profundas. Sus monotonías desmentían su tono de voz. Las ganas de rugir se le acabaron. Por error citó una vez a una tal Poli. Sus músculos repararon la falta en el acto. El nombre de la mujercita que estaba vapuleando era Ana. Pretendía ser igual a una hija suya. Pero él no lo creía. La joven perdió muchos cabellos y, al defenderse, se rompió dos dedos. Gritaba algo sobre una cabeza como un vulgar carnicero. Insultó a la policía. Es evidente que ni la mejor educación puede combatir los malos instintos. La madre no valía nada. Era una enferma y le temía al trabajo. ¿Por qué no enviar a la hija junto a su madre? Ése era su lugar. Pero él no era así. Dejó de pegarle y se fue a comer a un restaurante.

Desde aquel día sólo se trataron como cuerpos. Ana cocinaba y hacía las compras, evitando a toda costa la Cooperativa. Sabía que Franz el moreno estaba preso. Por ella había robado; pero lo hizo mal. A un caballero le resulta todo. Desde que perdió su cigarrillo, dejó de amarlo. La cabeza de su padre estaba más segura que nunca: por la mirilla, sus ojos mendigaban mendigos. Ella le demostraba su desprecio ignorando la existencia de su invento y no asistiendo a sus clases. Él, en cambio, le comunicaba sus observaciones una vez cada dos días. De cuclillas junto a él, la chica hacía su trabajo y lo escuchaba en silencio. La mirilla no le interesaba. Cuando el padre le lanzaba una mirada reconciliadora, ella meneaba la cabeza con indiferencia. ¡Adiós sinceras conversaciones de sobremesa! Ella llenaba los dos platos por igual, se sentaba, comía —aunque poco— y sólo volvía a servirle cuando estaba satisfecha. Él la trataba exactamente igual que antes, pero ya no la asustaba. Le pegaba convencido de haber perdido su cariño. Al cabo de unos meses se compró cuatro preciosos canarios; tres eran machos, y frente a ellos colgó la jaulita de la hembra. Los tres machos cantaban como poseídos. Él manifestaba su admiración aparatadamente. No bien oía que gorjeaban, dejaba caer la tapa de su mirilla, se erguía y los escuchaba de pie. Su recogimiento no le permitía aplaudirlos al término del musical requiebro. Pero les gritaba: «¡Bravo!», y dirigía su admirativa mirada de los pajaritos a la joven. Esperaba cualquier cosa del ardiente gorjeo de las avecillas. Pero ni su canto lograba interrumpir la indiferencia de Ana.

La joven vivió aún varios años como criada y mujer de su padre. Él medró más todavía: su fuerza muscular fue aumentando en vez de disminuir. Pero no era feliz. Se lo decía diariamente y lo pensaba incluso en las comidas. Ella murió de consunción,

para gran desesperación de los canarios, que sólo comían de su mano. Pero sobrevivieron al desastre. Benedikt Pfaff vendió los muebles de la cocina e hizo tapiar la habitación del fondo. Ante el muro recién enjalbegado colocó un armario. Evitaba cuanto pudiera recordarle la pieza *vacía*... En ella, frente al horno, perdió el cariño de su hija. Jamás supo por qué.

## Pantalones

—¡Profesor! A un caballo noble hay que darle su avena. Es un purasangre y cocea. En el zoológico, el león devora su carne sanguinolenta. ¿Por qué? Porque el rey de los animales ruga como un trueno. Al gorila que enseña sus colmillos, los salvajes le dan mujeres tiernas. ¿Por qué? Porque el gorila tiene músculos de acero. ¡Eso se llama justicia! A mí, en cambio, esta casa no me paga un real. Y yo soy impagable. ¡Profesor! Usted es el único hombre en el mundo que conoce la gratitud. Su regalito, como le dicen, me ha permitido superar graves problemas alimenticios. Y ahora permítame preguntarle humildemente qué fue de su vida, profesor, y recordarle que me tiene, como siempre, a sus órdenes.

Tales fueron las primeras palabras que Benedikt Pfaff, al llegar a su cuchitril, dirigió al profesor, ocupado en quitarse la venda de los ojos. Kien se disculpó y, reparando su olvido, le pagó dos meses de propina.

—Sobre lo del piso de arriba ya no hay nada que aclarar —dijo.

—¡Así me parece! —replicó Pfaff guiñando el ojo en parte por Teresa, pero sobre todo por haber recuperado sus derechos, con los que casi no contaba.

—Mientras usted limpia a fondo mi apartamento, yo me quedaré aquí meditando. El trabajo apremia.

—¡El cuarto entero está a su disposición! ¡Profesor, está usted en su casa! Una mujer puede llegar a separar a los mejores hombres. Pero entre dos amigos como nosotros no existe una tal Teresa.

—Ya lo sé, ya lo sé —interrumpió Kien con impaciencia.

—¡Déjeme acabar, profesor! ¡Al diablo con esa tía! ¡Mi hija era otra cosa!

Y señaló el armario, como si la hija estuviese dentro. Luego expuso sus condiciones. Él era un hombre y se encargaría de limpiarle el piso. Pero había que barrer muchísimo. Contrataría varias mujeres de limpieza y asumiría el mando. Eso sí: no toleraría ninguna deserción. Deserción y perjurio eran delitos idénticos. Durante su ausencia, el profesor lo sustituiría en su puesto clave dentro de la casa.

Menos por sentido del deber que por afán dominador quiso obligar a Kien a arrodillarse varios días. Su hija no cesaba de revolotearle en la cabeza aquel día. Como estaba muerta, el profesor tendría que ocupar su puesto. Abundaba en argumentos. Le demostró cuan fiel e intensamente se amaban uno al otro y le regaló el cuarto entero, con todo el mobiliario. Minutos antes sólo estaban a su disposición. También rechazó indignado un pago por los días que su amigo pasara en su casa.

En un plazo brevísimo instaló un sistema de alarma que comunicaba su reducto con la biblioteca del cuarto piso. En casos sospechosos, el profesor no tendría más que pulsar un botón. El individuo en cuestión subiría la escalera desprevenido. El castigo bajaría a su encuentro y lo recibiría. No había escapatoria posible. Por la tarde de aquel mismo día entró Kien en funciones. Arrodillado, observaba por la mirilla las idas y venidas del populoso inmueble. Sus ojos anhelaban trabajar. La prolongada

inactividad los había desmoralizado. Para utilizarlos por igual y no favorecer a ninguno, decidió alternar. Su sentido de la precisión se despertó. Cinco minutos por ojo le pareció conveniente. Puso su reloj en el suelo, a su lado, y se guió estrictamente por él. Su ojo derecho parecía propenso a enriquecerse a costa del izquierdo. Él lo llamó al orden. No bien se hubo habituado a calcular los intervalos con exactitud, guardó el reloj en su bolsillo. Las banalidades que veía afuera le dieron cierta vergüenza. A decir verdad, era siempre lo mismo. Entre unos pantalones y otros las diferencias eran mínimas. Además, no habiendo mirado nunca a los demás inquilinos, le resultaba imposible reconstruir sus figuras. En los pantalones no veía sino eso: pantalones. Se sintió desamparado. Sin embargo, ellos tenían una cualidad a su favor: él podía verlos. Las faldas eran más frecuentes, pero lo molestaban. Por su número y tamaño, ocupaban más espacio del debido. Decidió ignorarlas. Involuntariamente, sus manos parecían ir pasando las páginas de algún libro ilustrado y asignando su tarea a los dos ojos. Lo hojeaban más o menos lentamente, según la velocidad de los pantalones. Al ver faldas, las manos compartían la aversión de su dueño y se saltaban las páginas indeseadas. Así perdía a veces varias páginas de golpe. Mas no lo lamentaba: ¡quién sabe lo que ocultarían!

La uniformidad del mundo exterior lo fue calmando gradualmente. La gran aventura de la víspera perdió relieve. La alucinación se deslizaba raras veces por entre los que iban y venían. De aquel color azul no quedaba ni rastros. Las faldas prohibidas, que le eran indiferentes, lucían los colores más variados. Pero ninguna llevaba aquel azul preciso e inconfundible, chillón, vulgar e insultante. La causa de este hecho, que desde una perspectiva estadística parecía un auténtico milagro, era muy simple. Una alucinación sobrevive mientras no se la combata. Hay que afrontar el peligro que nos amenaza, llenarnos la conciencia con el espejismo que tenemos, redactar una orden de captura contra la alucinación y tenerla lista en cualquier momento. Después hay que arrostrar la realidad, buscando nuestra alucinación en medio de ella. Si la encontramos en algún lugar del mundo real, sabremos que estamos locos y nos someteremos al tratamiento adecuado. Si la falda azul no aparece en ningún sitio, es evidente que la victoria ha sido nuestra. El que es capaz de deslindar la fantasía de la realidad, bien puede estar seguro de sus facultades mentales. Y una seguridad tan duramente adquirida es válida por siempre.

Aquella tarde, el portero le trajo una cena preparada por Teresa y se la cobró a precio de restaurante. Kien pagó sin rechistar y se puso a comer con gusto.

—¡Qué bueno! —dijo—, estoy contento con mi trabajo. —Estaban sentados en la cama, uno junto al otro—. Hoy tampoco vino nadie. ¡Vaya día! —suspiró Pfaff, y se comió más de media cena, pese a estar ya satisfecho.

Kien se alegró al ver lo rápido que desaparecía la comida. Muy pronto abandonó también el resto al apetito del portero y se arrodilló con renovado ahínco.

—¡Vaya, vaya! —rugió Pfaff—, veo que ya le cogió el gusto ¡Cualquiera se enamora de mi mirilla! —Estaba radiante y subrayaba cada frase con una palmada en

uno de sus muslos. Luego puso a un lado la bandeja, apartó al profesor, que intentaba escrutar la oscuridad, y preguntó—: ¿Todo en orden? ¡Déjeme mirar! —Con los ojos bien abiertos murmuró—: ¡Ajá! La Pilz ha vuelto a las andadas. Regresa a las ocho, cuando su marido está esperándola. Y ¿qué le ha preparado? Un cuerno. Hace años que debió matarla. El otro está afuera. Al tipo le faltan cojones. Yo la habría estrangulado... tres veces al día. ¡La muy puta! Todavía sigue ahí. El tipo la ama con pasión. Y su marido ni sospecha. Eso le pasa por cobarde. ¡Yo, en cambio, veo todo!

—Pero si ya ha oscurecido —objetó Kien, entre crítico y envidioso.

Al portero lo acometió uno de sus ataques de risa y dio con su robusta humanidad en el suelo. Parte de ella acabó bajo la cama, mientras la otra sacudía la pared. Permaneció así largo rato. Kien, temeroso, se ovilló en un rincón. El cuartito se llenó de ondas de risa que él trataba de esquivar, interrumpiendo su curso. Pese a todo, no se sentía muy en casa. La tarde solitaria le probó mucho mejor. Necesitaba calma. Y aquel bárbaro lansquenete sólo florecía con el ruido. De pronto se puso en pie, pesado como un hipopótamo, y dijo resoplando:

—¿Sabe usted cuál era mi difunto apodo en la policía? Profesor —y al decir esto apoyó sus puños en dos hombros endebles—, yo soy el Gato Rojo. Primero por mi extraño color, y luego porque puedo desentrañar la oscuridad. ¡Tengo unos ojos! Los gatos monteses son así.

Invitó a Kien a que ocupase toda su cama y se despidió: él dormiría arriba. Ya en la puerta, le encareció que protegiese su mirilla. La gente suele repartir golpes mientras duerme; él mismo rompió una noche la tapa de la mirilla y se despertó aterrado a la mañana siguiente. Le rogaba, pues, ir con cuidado y tener siempre muy presente su valiosa instalación.

Exhausto e irritado al ver que interrumpían su pacífico discurso mental —estuvo tres horas solo antes de cenar—, Kien se echó en la cama y empezó a añorar la biblioteca, tal como pensaba recuperarla muy pronto: cuatro enormes salas, las paredes revestidas de libros hasta el techo, todas las puertas de par en par, ninguna ventana injustificada, una iluminación regular desde arriba, un escritorio repleto de manuscritos, trabajo, trabajo, ideas, ideas, la China, controversias científicas, opinión contra opinión en las revistas, sin una boca material que las emita, Kien el Vencedor, no en el boxeo, sino en una lucha de espíritus, calma, calma, rumor de libros, exquisito, ni un solo ser vivo, ninguna bestia de colores chillones, ninguna mujer que chille: ni una falda. El apartamento limpio de todo cadáver. Nada de restos ante el escritorio. Un sistema moderno de ventilación que elimine cualquier olor persistente de los libros. Algunos siguen apestando después de meses. ¡Al esterilizador con ellos! El órgano más peligroso es la nariz. Las máscaras de gas facilitan la respiración. Poner una docena allá arriba, encima del escritorio. Más arriba, si no se las robará un enano. Se palpa su ridícula nariz. Ponte una máscara de gas. Dos grandes ojazos tristes. Una sola abertura penetrante. Lástima. Habrá que alternar. Véase instrucciones de uso. Pugilato entre los ojos. Los dos quieren leer. ¿Quién es aquí el

jefe supremo? Alguien me da un capirotazo en los párpados. En castigo os dejaré cerrados. Oscuridad total. Gatos monteses en la noche. Los animales también sueñan. Aristóteles sabía todo. La primera biblioteca. Una colección zoológica. La pasión de Zoroastro por el fuego. En su país lo veneraban. Un mal profeta. Prometeo, un diablo. El águila no le devora sino el hígado. ¡Devórale también su fuego! El sexto piso del *Tberesianum*... llamaradas... libros... huir por escaleras empinadas... ¡rápido, rápido!... ¡maldita sea!... un atasco... ¡fuego, fuego!... uno para todos, todos para uno... unión, unión, unión... libros, libros... todos somos libros... rojo, rojo... ¿quién bloquea la escalera?... pregunto. ¡Exijo una respuesta!... ¡Déjenme pasar!... ¡Les abriré camino!... ¡Me tiraré sobre las lanzas enemigas!... ¡maldita sea!... azul... la falda... se yergue, tiesa... una roca contra el cielo... sobre la Vía Láctea... Sirio... perros, mastines... ¡mordamos el granito!... dientes rotos, hocicos, sangre, sangre...

Kien se despertó. Pese a su cansancio, apretó el puño. Los dientes le castañeteaban. No hay por qué asustarse: aún siguen ahí. Ya ajustará cuentas con ellos. Lo de la sangre también es un cuento. El cuartito le resulta opresivo. Demasiado estrecho para dormir. Se incorporó de un salto, abrió la mirilla y se calmó al ver la uniformidad total del mundo exterior. Creer que nada ocurre es una simple ilusión. Cuando uno se acostumbra a la oscuridad, ve desfilar todos los pantalones de la tarde, mientras que las faldas se desvanecen. De noche todo el mundo lleva pantalones. Se está preparando un decreto para abolir el sexo femenino. La proclama se hará pública mañana. La leerá el portero. *Su voz será escuchada en toda la ciudad, en todo el país, en todos los países; llegará hasta los confines de la atmósfera terrestre; que los demás planetas cuiden de sí mismos: la Tierra está superpoblada... de mujeres; cualquier evasiva se castigará con la muerte, el desconocimiento de la Ley no es circunstancia atenuante. Todos los nombres tendrán terminaciones masculinas: la historia volverá a ser escrita para los jóvenes. La Comisión histórica elegida tendrá poco trabajo: su presidente es el profesor Kien. ¿Qué han aportado las mujeres a la historia? ¡Niños e intrigas!*

Kien volvió a acostarse. Dando rodeos, se quedó dormido. Dando rodeos se acercó a la roca azul que ya creía aniquilada. Como la roca no cedía, el sueño tampoco avanzaba, de modo que se despertó justo a tiempo y se inclinó hacia la mirilla. La tenía al lado. La misma escena se repite unas diez veces por la noche. Al amanecer transplanta la mirilla —su ventana a la uniformidad, su calma, su alegría— hasta la biblioteca de sus sueños. En cada pared perfora varios agujeros: así tendrá que buscar menos. Dondequiera que faltan libros, él instala una mirilla: sistema Benedikt Pfaff. Guía hábilmente el curso de sus sueños; de donde estén vuelve con ellos a su biblioteca. Innumerables mirillas lo invitan a quedarse. Él las atiende de rodillas, tal como aprendió durante el día, y constata que sólo hay pantalones en el mundo, sobre todo en las tinieblas. Las faldas de colores ya no existen. Las rocas azules y almidonadas se derrumban. Ya no necesita levantarse. Sus sueños se regulan automáticamente. Al alba se queda dormido, sin condiciones ni digresiones de ningún

tipo. Su cabeza, sumida en graves pensamientos, reposa sobre el escritorio.

Las primeras luces lo encontraron trabajando. A las seis de la mañana se puso a observar, arrodillado, cómo el nuevo día iba encendiendo el vestíbulo. La mancha en la pared de enfrente adquirió su auténtico perfil. Sombras de origen incierto —de objetos, no de seres humanos, pero ¿de qué objetos?— se proyectaban sobre las baldosas, adquirirían una coloración grisácea, peligrosa e indiscreta, y se acercaban a un color por cuyo nombre no estaba dispuesto a arruinarse la mañana, todavía joven. Sin insistir demasiado, rogó a las sombras —muy cortésmente al comienzo— que se desvanecieran o cambiasen de color. Ellas dudaron. Pero él, viendo sus titubeos, insistió. Al final les dio un ultimátum, amenazando con romper relaciones si no le hacían caso. Disponía de otros medios de presión, les advirtió. No estaba inerme. Podía salir de su emboscada y destrozar, de *un solo* hachazo, su orgullo y su altivez, su arrogancia y su insolencia. Además, eran despreciables y ridículas, su existencia dependía de aquellas baldosas. Nada hay más fácil de romper que una baldosa. Un golpe por aquí, otro por allá, y esas lamentables astillitas ya sólo podrán quejarse y meditar... ¿sobre qué? Pues sobre si es justo torturar a un inocente que jamás les hizo mal alguno y que, reconfortado por el sueño, se preparaba a una jornada de lucha decisiva. Pues la desgracia de ayer sería hoy destruida, aniquilada, enterrada y olvidada.

Las sombras vacilaron. Las tiras claras que las separaban tornáronse más anchas y brillantes. Era indudable que Kien, solo, hubiera vencido a sus enemigos. Pero un imponente par de pantalones acudió en su ayuda, robándole el honor de la victoria. Dos pesadas piernas avanzaron sobre las baldosas y se detuvieron. Un sólido zapato se alzó y contorneó por fuera la mirilla, con amor, como queriendo cerciorarse —sin hacerle daño— de su forma antigua y familiar. Luego se retiró, y otro zapato permitióse el mismo gesto de ternura, aunque en sentido inverso. Las piernas dieron unos pasos más. Se oyó un ruido, un tintineo como de llaves, chirridos y rechinamientos. Las sombras gimieron y se desvanecieron. Al fin podía confesarlo sin tapujos: eran azules, literalmente azules. El corpulento personaje volvió a pasar. Había que agradecerle, aunque sin él también se las hubiera arreglado. Las sombras son sombras. Algún objeto las proyecta. Si lo sacamos, lanzan un suspiro y mueren. Y en este caso, ¿qué objeto fue sacado? Sólo el culpable podrá dar una respuesta. De pronto entró Benedikt Pfaff.

—¡Vaya, vaya! ¿Levantado? ¡Muy buenos días, profesor! Es usted la actividad en persona. Vengo por aceite. ¿Oyó rechinar el portón? En esta cama se duerme de maravilla; un lirón se moriría de envidia. Fíjese que hemos llegado a dormir tres, cuando la vieja y mi difunta hijita aún vivían. Déjeme darle un consejo de amigo y de guardián de esta casa. Quédese aquí abajo, donde está, y verá una de las maravillas de la naturaleza, como quien dice: el despertar de una casa. Todos se van corriendo al trabajo, muy de prisa; y es que duermen demasiado, una tanda de mujeres y de dormilones. Con un poco de suerte, tal vez vea pasar tres pares de piernas a la vez.

Un espectáculo interesantísimo, en el que uno se pierde. ¡Ajá!, se dice usted a sí mismo, y cuando se acuerda ya llegó otro tipo. ¡No se imagina qué teatro! Y cuidado con reírse mucho, profesor, no sea que me estire usted la pata.

Temblando de felicidad por su chiste, y rojo como un tomate, dejó solo a Kien. Aquella sombra repugnante y todas las odiosas tiras provenían, pues, de la reja del portón. No bien llamados a las cosas por su verdadero nombre, pierden su peligroso encantamiento. El hombre primitivo designaba todo con nombres falsos. Un solo y terrible hechizo lo rodeaba: ¿dónde y cuándo no se hallaba amenazado? La ciencia nos ha liberado de creencias y supersticiones. Utiliza siempre los mismos nombres, de preferencia greco-latinos, para designar objetos reales. Cualquier mal entendido es imposible. Por ejemplo, ¿quién podría ver en una puerta algo que no sea ella misma o, a lo sumo, su sombra?

Pero el portero tenía razón. Un sinnúmero de pantalones empezaron a salir del inmueble. Los primeros, sencillos y sin gracia, se veían medianamente cuidados y revelaban escaso interés por la propia indumentaria, aunque sí tal vez —como Kien esperaba—, cierta inteligencia. Cuanto más tarde se hacía, más se perfilaba la angulosidad tajante de los pantalones, disminuyendo en cambio la prisa en sus desplazamientos. Cuando alguno de aquellos cuchillos se acercaba demasiado a otro, Kien, temiendo que se entrecortasen, les gritaba: «¡Cuidado!». Los más ínfimos detalles atraían su atención, y esta vez no vaciló en determinar el color, el tipo de material y su valor, la altura desde el suelo, los posibles agujeros, el ancho, la relación con el calzado y hasta las manchas y su origen. Pese al abundante material, pudo sacar algunas conclusiones acertadas. A eso de las diez, cuando la agitación se hubo calmado, intentó adivinar la edad, el carácter y la profesión de los dueños a partir de lo que había observado. Le pareció posible efectuar un estudio sistemático, clasificar a la gente según sus pantalones, y se prometió escribir un breve ensayo al respecto. En tres días podría terminarlo. Medio en broma, censuró a cierto erudito por estar investigando en un terreno propio de los sastres. Pero el tiempo que pasara ahí abajo era tiempo perdido, hiciese lo que hiciese. Sabía muy bien por qué se había consagrado a la mirilla. «Ayer» había transcurrido. Aquel «ayer» tenía que desvanecerse y la concentración científica le hacía un bien enorme.

Entre los hombres que se dirigían a su trabajo no podían faltar mujeres tercas e inoportunas. A primera hora estaban ya en pie. Volvían pronto y contaban así por dos. Sin duda salían a hacer compras. Kien oía sus saludos y cumplidos superfluos. Hasta los pantalones más tajantes y solemnes se paraban a expresar su sumisión masculina en formas muy diversas. Uno entrechocó violentamente los tacones: un ruido seco laceró los oídos de Kien, apostados casi a ras del suelo. Otros se balanceaban en la punta de los pies. Sólo dos doblaron las rodillas. A unos cuantos les temblaron levemente los pliegues del pantalón. Cualquier inclinación irreflexiva repercutía en el ángulo agudo que los pantalones formaban con el suelo. Kien quería ver a un hombre, uno solo, que mostrase aversión por alguna mujer, que prefiriese los ángulos



obtusos a los agudos. Pero aquel hombre no vino. Pensemos en la hora: hombres recién salidos de sus camas, del círculo de sus mujeres legítimas; la casa entera estaba casada. El día y el trabajo se abrían ante ellos. Se afanaban por salir lo antes posible. El brío y las ganas de trabajar de aquellas piernas contagiaron al observador. ¡Cuántas posibilidades! ¡Qué energía! No les aguardaba una tarea espiritual, sino la vida, la disciplina, la subordinación, deberes fijos, móviles ya conocidos, una red, una obra, el decurso de un tiempo distribuido como ellos mismos querían. ¿Y a quién encontraban en el portal? A la mujer, la hija o la cocinera de un vecino... y no era el azar lo que los unía. Las mujeres lo arreglaban de ese modo; los espiaban detrás de cada puerta y, nada más oír el paso del que habían condenado a su amor, lo abordaban por delante, por detrás, por el costado, como pequeñas Cleopatras dispuestas a cualquier mentira, halagándolo, moviéndole la cola, implorando su atención, proponiéndole su entrega y sus favores, desfigurando sin piedad el día intacto y hermoso que esos hombres, fuertes y bien equipados, se aprestaban a distribuir honestamente. Pues todos son unos perdidos. Viven en la escuela de sus mujeres y, por supuesto, las odian. Pero en vez de generalizar su aversión, se precipitan sobre la primera que encuentran. Cualquier sonrisa femenina los detiene. ¡Qué manera de humillarse, de aplazar proyectos, de espatarrarse, de perder el tiempo, de regatear placeres mínimos! Bajan tanto el sombrero al saludar que ya no dejan ver ni respirar. Si se les cae, una mano ganchuda se agacha a recogerlo, seguida por un rostro muy sonriente que, dos segundos antes, todavía estaba serio. ¡La interesada le robaba hasta su seriedad al pobre tipo! Las mujeres de la casa preparaban su emboscada justo frente a la mirilla. Incluso en sus secretos se hacían admirar por un tercero.

Pero Kien no las admira. Podía perfectamente ignorarlas. ¡Le costaba tan poco! Un simple esfuerzo de voluntad. Poder ignorar es propio de los sabios. La ciencia es el arte de ignorar ciertas cosas. Pero un motivo entrañable le impedía hacer uso de su arte. Las mujeres son analfabetas, insoportables y estúpidas: un incordio permanente. ¡Qué rico sería el mundo sin ellas, un inmenso laboratorio, una biblioteca repleta, un paraíso de trabajo intenso a todas horas! No obstante, la justicia lo obligó a reconocer un rasgo positivo en todas esas mujeres: llevaban faldas, pero ninguna era azul. Hasta donde Kien pudo ver, ninguna de ellas le recordó a una tipeja que, tiempo atrás, solía deslizarse por el pasillo, y al final, aunque con bastante retraso, sucumbió a una horrible muerte por inanición.

Hacia la una hizo su aparición Benedikt Pfaff y le pidió dinero para el almuerzo. Tiene que comprarlo en el restaurante y está sin un cobre, dice. El Estado le paga su pensión el día uno, nunca a últimos de mes. Kien le pidió que lo dejara en paz. Sus días aquí abajo eran escasos y muy pronto volvería a su apartamento de arriba. Pero antes deseaba concluir su trabajo científico frente a la mirilla. Pensaba escribir una *Caracterología según los pantalones*, junto con un *Apéndice sobre el calzado*. Para comer no había tiempo; tal vez mañana.

—¿Cómo? —rugió el portero—. ¡Ni hablar! ¡Profesor, por su propio bien le exijo

que me dé el dinero! Es muy fácil morir de hambre con un puesto tan interesante. ¡Mi deber es cuidarle!

Kien se puso en pie y clavó una mirada inquisidora en los pantalones del aguafiestas.

—¡Le ruego que abandone *mi* despacho en seguida! —Enfatizó el «mi», hizo una breve pausa y lanzó el «despacho» casi como un insulto.

Pfaff no daba crédito a sus ojos. Los puños le picaban. Por no ponerlos en acción de inmediato, se los frotó bruscamente contra la nariz. ¿Se ha vuelto loco el profesor? ¡Su despacho! ¿Qué hacer primero? ¿Quebrarle las piernas, hundirle el cráneo, volarle los sesos, o bien darle, para comenzar, un buen derechazo en la barriga? ¿Llevarlo a rastras donde su mujer? ¡Cómo le gustaría! Ella dijo que encerraría al asesino en el retrete. ¿Sacarlo a golpes a la calle? ¿Derribar la pared y encerrarlo en el cuarto de atrás, donde perdió el cariño de su difunta hijita?

Nada de eso ocurrió. Por orden de Pfaff, Teresa había preparado una comida que esperaba arriba y de la cual, aunque fuera a costa de una dulce venganza, tendría él que sacar un beneficio. También le hubiera gustado ser posadero, no sólo atleta. Sacó un minúsculo candado del bolsillo, apartó a Kien con un dedo, se agachó y cerró su mirilla.

—¡Esta mirilla es mía! —rugió. Los puños volvieron a hinchársele—. ¡Quietos! —les gritó con furia. Y ellos malhumorados, se retiraron a los bolsillos, permaneciendo al acecho. Estaban ofendidos y frotaron su pelambre contra el forro de los bolsillos, refunfuñando.

«¡Qué pantalones!», pensó Kien, «¡qué pantalones!». Entre sus múltiples observaciones de la mañana no figuraba una importante profesión: la de asesino. Y aquel individuo, el mismo que con la mayor sangre fría acababa de cerrarle su instrumento de trabajo, llevaba los pantalones típicos de un asesino: bolsudos, con reflejos rojizos de sangre desteñida, animados por un sórdido movimiento interior, deshilachados y viscosos, gruesos, oscuros, repugnantes. Si los animales usaran pantalones, elegirían exactamente aquel modelo.

—¡El almuerzo está pedido! —bramó el animal— ¡y lo que se pide, se paga!

Pfaff sacó súbitamente un puño, lo abrió —muy contra su voluntad— y se quedó con la palma extendida.

—¡No seré yo quien se lo pague, profesor! ¡Usted no me conoce! ¡No permitiré que me estafen! ¡Por última vez, profesor! ¡Piense en su salud! ¿Qué será de usted si no come?

Kien ni se movió.

—¡Pues tendré que embargarlo! —Y lo detuvo. Dijo—: ¡Valiente espantajo! —Lo tiró a la cama, le registró todos los bolsillos, contó cuidadosamente el dinero que llevaba, cogió el equivalente a una comida —ni un céntimo más—, se llamó a sí mismo un alma buena por su gesto de honradez, y añadió en tono amenazador—: ¡Le *mandaré* su almuerzo! No se merece a un hombre como yo. Es usted la ingratitud en

persona. Pero le advierto que esto se acabó. ¡Mi mirilla permanecerá cerrada! Una por otra. ¡Con tantos pantalones acabará usted matando! Tendré que vigilarlo. Si se porta bien, mañana volveré a abrirla... por compasión y respeto: sé lo que uno siente. ¡Pórtese bien! A las cuatro le traerán un café, y a las siete una modesta cena. Ya me la pagará después. O mejor ahora mismo.

Kien, que acababa de ponerse en pie, fue nuevamente acostado. Para terminar de una vez con tanto lío, calculó Pfaff los gastos de mantenimiento por toda la semana (para ser policía, no era mal calculador), y al tercer intento la suma le pareció correcta, porque era elevada. Dedujo su parte, escribió bajo la cuenta: «Su atento y seguro servidor, Benedíkt Pfaff, agente de policía jubilado», deslizó el papelito —con precaución, por ser obra suya— debajo de la almohada, escupió al suelo (demostrando así en parte su decepción por la actitud del profesor, y en parte la de sus puños por esa inactividad forzosa), y se marchó. La puerta quedó intacta. Pero cerró con llave por fuera.

Otra cerradura le interesaba más a Kien. Forcejeó la tapa de la mirilla, que cedió ligeramente pero no se abrió. Luego registró el cuartito en busca de las llaves. Tal vez alguna encajara. Al no ver nada bajo la cama, forzó el armario. En su interior había un uniforme viejo, una trompeta, un par de guantes de boxeo sin usar, un paquete, bien atado, con ropa de mujer, limpia y recién planchada (sólo ropa blanca), un revólver reglamentario, municiones y fotografías, que él miró más por odio que por curiosidad. Un padre de familia sentado, con las piernas bien abiertas: con su mano derecha sujetaba, como si fuera un detenido, a una mujer muy menudita; con la izquierda atraía hacia sí a una niñita de apenas tres años que jugaba tímidamente sobre sus rodillas. Al dorso se leía en letras gruesas y llamativas: «El Gato Rojo con mujer e hija». Kien calculó entonces que el portero debió haberse casado muchos años antes de que su mujer falleciera. Aquella foto lo mostraba aún en pleno matrimonio. Con perversa *alegría* tachó la palabra «Gato», escribió encima «Asesino», puso la foto sobre el uniforme que, a juzgar por su estado, era utilizado con frecuencia, y cerró las puertas del armario.

¡Una llave! ¡Una llave! ¡Qué no daría por una llave! Sentía como si le hubieran pasado una cuerda por cada poro de su piel, como si alguien hubiera trenzado todas esas cuerdas en una gran soga y aquella cosa enorme, fuerte, y tosca llegase, pasando por la mirilla, hasta el vestíbulo, donde un regimiento de pantalones tiraba de ella. «Ya voy, ya voy», gimió Kien, «¡pero aquí no me dejan!». Desesperado, se tiró en la cama y trató de recordar lo ocurrido.

Los hombres iban desfilando uno tras otro y él les daba alcance. No les perdonaba esa sumisión a las mujeres y les lanzaba cientos de reproches a la cara. ¡Había tanto en qué pensar! ¡Tantísimo que hacer! ¡Si tuviesen el espíritu ocupado! Puso cuatro genios japoneses —monstruos formidables, grotescos, temibles— ante las puertas de su espíritu. Ellos saben quién no debe entrar. Sólo pasaría lo que garantice la seguridad del pensamiento.

Resulta inevitable revisar muchas teorías consagradas. La ciencia también tiene sus puntos débiles. La base de todo saber auténtico es la duda. Descartes lo había demostrado. ¿Por qué la física nos habla, por ejemplo, de tres colores primarios? Nadie negará la importancia del rojo. Hay miles de pruebas en favor de su carácter primario. Contra el amarillo se podría objetar que, en el espectro, colinda peligrosamente con el verde. Pero el verde, resultante —según dicen— de la combinación del amarillo con un color innominable, hay que mirarlo con cuidado, aunque se le atribuyan propiedades terapéuticas para la vista. ¡Mejor invirtamos la argumentación! Un color beneficioso para los ojos no puede estar compuesto por uno de los elementos más destructivos, siniestros y absurdos que cabe imaginar. El verde no contiene azul. Digamos tranquilamente la palabra; total, es sólo una palabra y nada más. Tampoco es un color primario. Es evidente que, en algún lugar, el espectro oculta un secreto, un elemento que desconocemos y que, junto con el amarillo, contribuye a crear el verde. Descubrirlo debiera ser tarea de los físicos. Pero tienen cosas más importantes que hacer. Cada día inundan el mundo con nuevos rayos, surgidos todos del espectro invisible. Y para explicar los enigmas de nuestra luz real recurren a una solución muy fácil. El tercer color primario que nos falta y que sólo conocemos por sus efectos, pero cuya esencia ignoramos es, según afirman, el azul. Se elige una palabra al azar, se la asocia a un enigma, y el enigma está resuelto. Para que nadie descubra el engaño, eligen una palabra indecente y mal vista por todos. Ninguno se atrevería, como es lógico, a examinarla con lupa. Apesta, se dicen, y, dando un gran rodeo, evitan cuanto se acerque al azul. Los hombres son cobardes. Prefieren deliberar diez veces a tomar una decisión. Quizás la eludan a fuerza de mentiras. Y ello explica que hasta hoy día se haya creído más firmemente en la existencia de un color quimérico que en la del mismo Dios. El azul no existe. Es un invento de la Física. Si existiera, los criminales típicos tendrían el cabello azul. ¿Cómo se llama el portero? ¿El Gato Azul, acaso? Al contrario: ¡el Gato Rojo!

A los argumentos lógicos contra la existencia del azul se sumaron los empíricos. Con los ojos cerrados intentó Kien evocar alguna imagen que el consenso general considerase azul. Pensó en el mar. Una luz agradable emana de él; copas de árboles por entre las que pasa el viento. No en vano los poetas, cuando se hallan en algún sitio elevado, comparan con el mar los bosques que divisan a sus pies. Siempre lo hacen. No pueden evitar ciertas comparaciones. Y la razón es muy profunda. Los poetas son gente hipersensible. Divisan el bosque, que es verde, y en sus recuerdos aparece otra imagen, igualmente verde y profunda: el mar. El mar es, por lo tanto, verde. Sobre él se alza la bóveda del cielo, cargada de nubes negras y pesadas. Una tormenta se avecina. Pero no puede estallar. El cielo no es azul por ningún lado. El día pasa. ¡Cómo vuelan las horas! ¿Por qué? ¿Quién las persigue? Antes que anochezca uno quisiera ver el cielo y su color maldito. Es un infundio. Por la tarde se rasgan las nubes. Un rojo chillón las atraviesa. ¿Dónde se quedó el azul? ¡Por todas partes llamas rojas, rojas, rojas! Luego anochece. Otra mentira desenmascarada.

Nadie duda del rojo.

Kien se ríe. Todo le resulta. Cuanto aborda, se somete a sus pruebas. Una ciencia benévola lo protege hasta en sus sueños. En realidad no dormía. Simulaba, tan sólo. Si abre los ojos, verá la mirilla cerrada. Quiere evitarse molestias inútiles. Desprecia al asesino. Sólo cuando éste le devuelva su sitio de honor, es decir, cuando saque ese candado y le pida disculpas por su insolente conducta, volverá Kien a abrir los ojos. Antes no.

—¡Oiga, señor asesino! —interrumpió una voz.

—¡Silencio! —ordenó él. El color azul lo había hecho olvidar cierta voz. La aniquilará como a su irrevocable falda. Cerró aún más los ojos y volvió a ordenar—: ¡Silencio!

—¡Oiga, aquí está su comida!

—¡Absurdo! ¡Falso! ¡El portero me enviará la comida! —dijo él frunciendo los labios con desdén.

—Pero si es él quien me manda. No tuve más remedio. ¿Acaso le pedí que me mandara?

La voz parece indignada. Un pequeño ardid la hará callarse:

—¡No quiero comer! —Kien se frota los dedos. ¡Muy bien jugado! Decide prestarse a sus estupideces. Siendo un polemista formidable, la iría arrinconando paso a paso.

—¡Pues nada! ¡Aquí se la dejo! ¡Qué lástima: una comida tan rica! Oiga, ¿y quién la paga? ¡Otro, por supuesto!

La voz se permite entonaciones altaneras. Se comporta como si estuviera en casa. Como si acabara de resucitar del pudridero. Algún artista habrá cosido los pedazos: un gran artista, un genio.

Sabe hacerlo; sabe insuflar su antigua voz a los cadáveres.

—¡Le ruego dejar caer esa comida inexistente! Y permítame decirle una cosa, mi estimado cadáver: no le tengo miedo. Aquellos tiempos se acabaron. ¡No hay mortaja que me asuste! Pero... no he oído caer esa vajilla. ¿Se me habrá escapado el ruido? Tampoco veo los restos. Según tengo entendido, la gente come en platos. Y la porcelana, dicen, es muy frágil. Tal vez me equivoque. Le sugeriría que me cuente alguna historia sobre la porcelana irrompible. Los cadáveres tienen mucha inventiva. ¡Estoy esperando! ¡Estoy esperando! —Kien sonríe. Su cruel ironía lo divierte.

—¡Pero oiga! ¡Así no vale! Los ojos son para ver. ¡Ser ciego es muy fácil!

—Abriré los ojos, y si no la veo, ya puede usted decir: ¡tierra, trágame! Hasta ahora he jugado limpio: la he tomado en serio a medias. Pero cuando vea lo que por consideración a usted he preferido no ver —que me habla sin estar aquí presente—, su existencia habrá acabado. ¡Abriré tanto los ojos que la dejaré perpleja! Estiraré mis dedos hasta donde su rostro estaría, si tuviera usted uno. Mis ojos se abren con dificultad: están hartos de no ver; pero cuando estén abiertos, ¡pobre de usted! La mirada que se está fraguando ignora la piedad. ¡Un poco más de paciencia! Esperaré

un instante porque le tengo lástima. ¡Mejor desaparezca por sí misma! Le concedo una honrosa retirada. Contaré hasta diez y la cabeza se me habrá vaciado. ¿Por qué ha de correr siempre tanta sangre? Somos seres civilizados. Más vale que se vaya así, ¡créame! Además, esta habitación pertenece a un asesino. ¡Le advierto que cuando vuelva, la matará!

—¡No me dejaré matar! —chilló la voz—. ¡La primera esposa, de acuerdo; la segunda: no!

Pesados objetos llovieron sobre Kien. De haber alguien ahí, hubiera jurado que le tiraban piezas de vajilla. Pero ya había escarmentado. No ve nada, pese a mantener los ojos cerrados y a que esta situación favorezca las alucinaciones. Huele a comida: el olfato lo traiciona. Brutales injurias resuenan en sus oídos. Aunque no oye bien, distingue en cada frase la palabra «¡Asesino!». Sus valientes párpados permanecen cerrados. En torno a sus ojos, todos los músculos se contraen firmemente. ¡Pobres orejas enfermas! Un líquido resbala por su pecho.

—Me voy —grita la voz, que alguien se pone a escuchar de nuevo— y no le volveré a traer comida. Hay que matar de hambre a los asesinos. Así no quedará más que la gente decente. De todos modos, está encerrado. ¡Puah! ¡Como un animal! La cama está inmundada. Los vecinos meten la nariz en todo. La casa entera dice: está loco. Yo digo: es un asesino. Mejor me largo en seguida. ¿Por qué me tomaría la molestia? El cuartito apesta. No es mi culpa. La comida era buena. Detrás hay otro cuarto. ¡A los asesinos debieran emparedarlos! ¡Me voy!

Una súbita calma se impuso. Otro se hubiera alegrado. Kien espera. Cuenta hasta sesenta. La calma se mantiene. Se recita un sermón de Buda en el original pali, uno no muy largo. Pero no omite una sílaba y repite fielmente cuanto hay que repetir. Y ahora entreabramos el ojo izquierdo, se dice en voz muy baja. El silencio es total, quien tenga miedo es un cobarde. Sigue luego el ojo derecho. Ambos se abren sobre un cuarto vacío. En la cama hay varios platos, una bandeja y cubiertos; en el suelo, un vaso roto. También se ve un trozo de carne y, diseminados por su traje, restos de espinaca. Una sopa lo ha empapado hasta los huesos. Todo huele normalmente, a realidad. ¿Quién le traería aquello? Ahí no había nadie. Se dirige a la puerta: está con llave. La sacude en vano. ¿Quién lo encerraría? El portero, cuando salió. La espinaca no existe. Se lava las manchas. Recoge los fragmentos del vaso. Sus preocupaciones lo cortan. Le sale sangre. ¿Cómo dudar de su propia sangre? La historia registra casos de aberración extrema. Entre los cubiertos debe de haber algún cuchillo. Para probarlo se cercena —la hoja es filuda y le duele mucho— el meñique de la mano izquierda. Le sale mucha más sangre. Se envuelve la mano herida en un pañuelo blanco que cuelga de la cama. El pañuelo es una servilleta. En una esquina lee su monograma. ¿Cómo llegaría ahí? Es como si a través del techo, las paredes y la puerta cerrada, alguien hubiera echado una comida lista. Las ventanas están intactas. Él prueba la carne: tiene el gusto adecuado. Siente un malestar. Es de hambre: se come todo el trozo. Conteniendo la respiración, tieso y temblando, siente bajar cada

bocado por su esófago. Alguien se deslizaría en el cuartito mientras él yacía en esa cama, con los ojos cerrados. Aguza el oído. Para no perderse ni un ruido, recoge su dedo. Luego mira bajo la cama y en el armario: nadie. Alguien estuvo allí en silencio y volvió a irse, de puro miedo. Los canarios no cantaban. ¿Por qué tendrá la gente esos animalitos? Él nunca les hizo el menor daño. Desde que vive ahí, los ha dejado siempre en paz. Y ellos, ahora, lo traicionan. Ante sus ojos ve de pronto lucecitas. Los canarios rompen a cantar. Kien los amenaza con su puño vendado. Los observa: son azules y se burlan de él. Entonces los saca de la jaula uno a uno y les aprieta el cuello hasta ahogarlos. Entusiasmado, abre la ventana y tira los pajaritos muertos a la calle. Su dedo meñique, un quinto cadáver, sigue el mismo camino. No bien suprime de la habitación todo lo azul, las paredes empiezan a bailar. Sus violentas sacudidas las van disolviendo en manchas azulinas. Son faldas, murmura él, y se esconde bajo la cama. Comienza a dudar de su razón.

## Un manicomio

Una agitada y calurosa tarde de finales de marzo, el famoso psiquiatra Georges Kien recorría las salas de su hospital parisiense. Las ventanas estaban abiertas de par en par. Frente a los barrotes, los enfermos se disputaban tenazmente un reducido espacio, entrechocando sus cabezas y lanzando toda suerte de improperios. Casi todos eran víctimas de aquel aire inquietante que, durante todo el día —y algunos literalmente— habían aspirado y absorbido en el jardín. Cuando los guardianes los llevaban a sus dormitorios, empezaron a manifestar su descontento. Querían más aire; ninguno confesaba su cansancio. Permanecieron junto a los barrotes hasta la hora de dormir, aspirando los efluvios vespertinos. Allí tenían la impresión de estar más cerca de aquel aire, que llenaba sus altas y luminosas salas.

Ni siquiera el profesor, al que querían por ser bien parecido y bondadoso, los distrajo de su ocupación. Normalmente, cuando se anunciaba su visita, la mayoría de los ocupantes de una sala se congregaba para salir a su encuentro. Y muchos se peleaban por tomar contacto con él, ya fuera tocándolo o hablándole, como aquel día se disputaban los sitios junto a las ventanas. El odio que tantos sentían por el Sanatorio, donde se consideraban injustamente confinados, no se volcó nunca sobre el joven profesor. Llevaba dos escasos años dirigiendo oficialmente un establecimiento que antes sólo dirigiera en la práctica, como el buen ángel de un superior diabólico. Los pacientes que se consideraban retenidos por la fuerza, culpaban a su omnipotente antecesor, que entretanto había fallecido.

Éste había defendido la psiquiatría oficial con la obstinación de un demente. Consideraba que la auténtica tarea de su vida era utilizar el inmenso material de que disponía para apoyar la terminología tradicional. Los casos que él tenía por típicos le quitaban el sueño. Creía en la infalibilidad del sistema y odiaba a los escépticos. Los seres humanos, sobre todo alienados y criminales, le eran indiferentes. Les concedía cierto derecho a la existencia: suministraban experiencias sobre las que las autoridades construían después la ciencia. Y él mismo era una autoridad. Sobre estos constructores solía pronunciar —pese a ser más bien un hombre hosco y lacónico— largos y penetrantes discursos que su asistente, Georges Kien, avergonzado ante tanta estrechez mental, tenía que escuchar en pie durante horas, de principio a fin y de fin a principio... Cuando alguna opinión rígida se oponía a otra más flexible, su predecesor se decidía por la rígida. A los pacientes que, durante la visita, lo importunaban siempre con la misma historia, les decía: «Ya sé todo». Y a su mujer le presentaba amargas quejas sobre la obligación de tratar profesionalmente con ese tipo de alienados. También le revelaba sus ideas más secretas sobre la esencia de las enfermedades mentales, ideas que no hacía públicas porque eran demasiado simples y brutales, es decir, peligrosas para el sistema. La locura, decía con gran énfasis y clavando en su mujer una mirada aguda y penetrante que la hacía sonrojar, la locura ataca a los que sólo piensan en sí mismos. La demencia es el castigo del egoísmo. Por



eso en los manicomios se reúne la peor gentuza de cada país. Las cárceles cumplen la misma tarea, pero la ciencia necesita de los manicomios como material de observación. No tenía otras cosas que decirle a su mujer. Ella era treinta años menor que él y embellecía el atardecer de su existencia. La primera mujer se le escapó antes de que él —como hizo con la segunda— la internase en su propio Sanatorio por egoísmo incurable. La tercera, contra la que no tenía más reproches que sus propios celos, amaba a Georges Kien.

A ella debía éste su meteórica ascensión. Era un hombre grande, fuerte, fogoso y seguro de sí mismo; en sus rasgos había algo de aquella ternura que las mujeres necesitan para sentirse a gusto con un hombre. Quienes lo veían, lo comparaban con el Adán de Miguel Ángel. Sabía combinar muy hábilmente la elegancia con la inteligencia. Gracias a la estrategia de su amante, sus excepcionales dotes adquirieron pronto una genial eficacia. Cuando ella estuvo bien segura de que nadie, salvo Georges, podría suceder a su marido en la dirección del Sanatorio, perpetró un envenenamiento sobre el que guardó total silencio. Llevaba varios años meditándolo y preparándolo. Y le resultó. Su marido murió sin provocar ningún comentario. Georges fue nombrado director inmediatamente y se casó con ella en pago a sus primeros servicios. Del último no tenía la menor sospecha.

En la rígida escuela de su antecesor evolucionó muy pronto hacia una concepción diametralmente opuesta. Trataba a los enfermos como si fueran seres humanos. Los dejaba contar historias que ya había oído mil veces y se mostraba siempre sorprendido por sus peligros y terrores más antiguos. Reía y lloraba con el paciente que tuviera enfrente. Su horario cotidiano era muy significativo: tres veces —al levantarse, poco después del mediodía y al caer de la tarde— realizaba sus visitas, de suerte que no había día en que no viera al menos a uno de los ochocientos internados. Una rápida ojeada le bastaba. Si notaba algún ligero cambio, una fisura, cualquier posibilidad de deslizarse al alma ajena, actuaba de inmediato y se llevaba al enfermo a su apartamento particular. En vez de instalarlo en una sala de espera inexistente, lo conducía a su despacho y, entre oportunas muestras de cortesía, le asignaba el mejor sitio. Así se ganaba fácilmente —si es que ya no la tenía— la confianza de personas que, en presencia de cualquier otro, se ocultaban en los vericuetos de su locura. A los reyes les decía humildemente: Majestad. Frente a los dioses caía de rodillas y juntaba las manos. De ahí que las personalidades más conspicuas accedieran a revelarles intimidades. Lo convertían en su único confidente, y una vez reconocido como tal, lo tenían al corriente de los cambios que ocurrieran en sus respectivas esferas y le pedían consejo. Él repartía estos consejos con gran inteligencia, sin perder nunca de vista sus deseos, objetivos ni creencias, soslayando prudentemente ciertas cosas y poniendo en duda su propia competencia. Nunca se mostraba autoritario con los hombres, y su modestia era tal que algunos le infundían ánimos sonriendo: ¿no era él acaso su ministro, profeta y apóstol? ¿O a veces hasta su ayuda de cámara?

Con el tiempo llegó a ser un gran actor. Sus músculos faciales, de excepcional

movilidad, se adaptaban en el curso de un día a las situaciones más variadas. Como invitaba a un mínimo de tres pacientes por día —y a veces más, pese a su meticulosidad—, tenía que representar otros tantos papeles, sin contar los signos y palabras, fugaces pero oportunos, que les dirigía durante sus visitas. Pues éstos se contaban por centenas. Su tratamiento de los casos más distintos de disociación de la conciencia era un tema muy controvertido en el mundo científico. Si, por ejemplo, algún enfermo creía ser al mismo tiempo dos personas que nada tenían en común o que se hallaban en pugna, Georges Kien aplicaba un método que al comienzo le pareció muy peligroso: hacerse amigo de ambas partes. Una tenacidad fanática era la condición previa de este juego. Para explorar la verdadera esencia de ambas personalidades, las apoyaba con argumentos de cuyos efectos sacaba luego sus conclusiones. A partir de estas conclusiones elaboraba hipótesis, inventando experimentos delicados para demostrarlas. Después pasaba al tratamiento. En su propia conciencia aproximaba las partes disociadas del enfermo, tal como él las encarnaba, hasta ensamblarlas lentamente. Sentía los puntos de contacto existentes entre ambas personalidades y, mediante imágenes llamativas y convincentes, atraía su atención a dichos puntos hasta que se fijase en ellos y consolidase su unión espontáneamente. A menudo surgían crisis repentinas, rupturas brutales y separaciones violentas, imposibles de evitar. Mas no pocas veces tenía éxito. Atribuía los fracasos a su propia superficialidad. Algún eslabón oculto debió habersele escapado: era un chapucero, tomaba su trabajo a la ligera, sacrificaba seres vivos a sus convicciones muertas, era igual a su predecesor... pero volvía a comenzar con una nueva provisión de reservas y de experimentos. Pues creía en la exactitud de su método.

Así vivía en innumerables mundos a la vez. La frecuentación de los enfermos lo fue convirtiendo en uno de los espíritus más universales de su tiempo. Lo que aprendía de ellos superaba con creces cuanto les daba. Lo iban enriqueciendo con sus experiencias únicas, que él simplificaba por el simple hecho de curarlos. ¡Cuánto talento y agudeza descubrió en muchos de ellos! Eran las únicas personalidades verdaderas, hechas de una sola pieza, auténticos prohombres de una rectitud y fuerza de voluntad que Napoleón les hubiera envidiado. Había algunos de una vena satírica deslumbrante, mejor dotados que cualquier poeta. Sus ideas no acababan nunca en el papel; surgían de un corazón que palpitaba fuera de las cosas, asaltándolas como un conquistador extranjero. Los raqueros son los mejores guías hacia las riquezas de este mundo.

Desde que se convirtiera en uno de ellos, identificándose plenamente con sus quimeras, Georges Kien renunció a sus veleidades literarias. Las novelas dicen siempre lo mismo. En su juventud había sido un lector apasionado y se deleitaba con los giros nuevos dados a frases antiguas, que él creía ya invariables, desleídas, trilladas y sin sentido. El lenguaje le importaba entonces poco. Sólo le exigía corrección académica. Las mejores novelas eran aquellas en que los personajes se

expresaban con mayor refinamiento. Quien pudiera expresarse como todos los escritores que lo habían precedido, era su legítimo sucesor. La tarea de un escritor consiste en reducir la mordaz, punzante y dolorosa multiplicidad de la vida a la superficie plana de una hoja en blanco que pueda ser leída en forma rápida y amena. La lectura como caricia: otra forma del amor, concebida para damas y ginecólogos, cuya profesión exige una gran sensibilidad para apreciar las lecturas íntimas de las mujeres. Nada de giros desconcertantes, nada de barbarismos. Cuanto más transitada es una vía, más sutil es el placer que nos procura. Toda la literatura novelesca: un solo manual de urbanidad. La gente muy leída es, forzosamente, muy cortés. Su participación en la vida ajena se agota en cumplidos y condolencias. Georges Kien había comenzado como ginecólogo. Su belleza y juventud le atraieron multitud de pacientes. En aquella etapa, que sólo duró pocos años, se consagró a las novelas francesas. Estas desempeñaron un papel fundamental en sus éxitos. Involuntariamente, él trataba a las mujeres como si las amase. Todas aprobaban sus gustos y aceptaban las consecuencias. Entre aquellas mónicas se puso de moda estar enferma. Él aceptaba lo que le llegara, conservando luego sus conquistas con grandes esfuerzos. Con un harén de mujeres a su disposición, mimado, rico y bien educado, vivía como el príncipe Ciautama antes de ser Buda. Ningún padre o príncipe solícito lo había aislado de las miserias del mundo; veía la vejez, la muerte y los mendigos con tanta frecuencia que ya ni los notaba. Sin embargo, estaba aislado por los libros que leía, por las frases que decía, por las mujeres que lo cercaban como un muro ávido y hermético.

A los 28 años descubrió el camino hacia la soledad. En una de las visitas que solía hacer a la opulenta e inoportuna mujer de un banquero. —La dama caía enferma siempre que el marido se ausentaba—, conoció al hermano del banquero, un loco inofensivo u quien la familia, por razones de prestigio, tenía preso en su propia casa. Pues hasta en un Sanatorio hubiera peligrado la reputación del magnate. Dos habitaciones de la ridícula mansión estaban reservadas al hermano, que ejercía en ellas un poder absoluto sobre su enfermera. Ésta, una viuda joven y vendida a él en tres oportunidades, no podía dejarlo solo ni un minuto y tenía que someterse a todos sus caprichos. Ante el mundo debería figurar como su secretaria, pues lo hacían pasar por un artista excéntrico y con muy poco tiempo para hacer vida social, que trabajaba secretamente en una obra gigantesca. Era todo lo que sabía Georges Kien, como médico de cabecera de la dama.

A fin de protegerse contra su desbordante amabilidad, le pidió que le mostrase los tesoros artísticos de la mansión. Pesada y condescendiente, la matrona abandonó su lecho de enferma. Los cuadros de mujeres desnudas, aunque hermosas (los únicos que coleccionaba su marido), le permitirían —así esperaba— abordarlo con mayor facilidad. La fascinaban Rubens y Renoir. «En estas mujeres palpita el Oriente» decía, repitiendo una de las frases favoritas del marido. Como éste había sido vendedor de alfombras, cualquier exuberancia en el plano artístico le parecía provenir

de Oriente. *Madame* observaba al Dr. Georges con una simpatía abrumadora. Lo llamaba por su nombre de pila, pues podría ser «su hermano menor». Donde él clavaba la mirada, ella se detenía. Pronto creyó haber descubierto lo que él deseaba.

—¡Cómo sufre! —le dijo, mirándose el pecho como en el teatro. El Dr. Georges no la entendió. ¡Era un ser tan sensible!—. La pieza fundamental de la colección está en los aposentos de mi cuñado, que es totalmente inofensivo.

Esperaba mejores resultados de aquel cuadro realmente impúdico. Desde que recibían visitas de gente distinguida, su marido se vio obligado —aunque aullase que *él* era el amo de la casa— a desterrar a los aposentos de su hermano enfermo el único cuadro que de veras quería, el primero que logró comprar a buen precio (en principio sólo compraba a bajo precio y pagaba en efectivo). El Dr. Kien se mostró poco proclive a conocer al demente. Pensaba encontrarse con una versión stupidizada del banquero. Pero *Madame* le aseguró que el cuadro aquel valía mucho más que todos los otros juntos. Se refería a su valor artístico, pero la palabra adquirió en sus labios una entonación inequívoca que, como todo el resto, le venía del marido. Por último, ella misma le ofreció su brazo a Georges, que la siguió, obediente. Las familiaridades, según él, eran menos peligrosas caminando que permaneciendo inmóvil.

La puerta que llevaba a los apartamentos del cuñado estaba con llave. El Dr. Georges llamó. Unos pasos se arrastraron pesadamente. Luego se produjo un silencio de muerte. Tras la mirilla apareció un ojo negro. *Madame* se llevó un dedo a la boca y sonrió tiernamente. El ojo permaneció inmóvil. Los dos esperaron con paciencia. El médico lamentó su cortesía y la sensible pérdida de tiempo. De pronto, la puerta se abrió sin ruido. Un gorila vestido se asomó, estiró sus largos brazos, que puso en los hombros del doctor, y lo saludó en una lengua extranjera. A la mujer ni la miró. Sus huéspedes lo siguieron. Los invitó a tomar asiento ante una mesa redonda. Sus ademanes eran bruscos, pero comprensibles y cordiales. El médico se devanó los sesos para entender el idioma, que le recordaba un dialecto africano. El gorila fue a buscar a su secretaria. Ésta, pobremente vestida, se veía abochornada. Cuando se hubo sentado, su amo señaló un cuadro que colgaba en la pared y palmoteó a la mujercita en la espalda. Ella se arrimó a él con descaro: su bochorno se desvaneció. El cuadro representaba la copulación de dos seres simios. *Madame* se levantó y lo observó desde ángulos distintos y a distancias diferentes. El gorila retuvo al visitante masculino: parecía tener mucho que explicarle. Sus palabras eran todas nuevas para Georges. Sólo entendió una cosa: que la pareja sentada a la mesa estaba íntimamente vinculada a la pareja del cuadro. La secretaria entendía a su amo. Le contestaba con palabras similares. Él hablaba en voz más alta y grave; sus sonidos delataban apasionamiento. Ella dejaba escapar una que otra palabra en francés, sin duda para sugerir lo que iban diciendo.

—¿No habla usted francés? —preguntó Georges.

—¡Por supuesto, caballero! —replicó ella con vivacidad—, ¿por quién me toma?

¡Soy parisiense! —Y lo inundó con un vertiginoso torbellino de palabras mal pronunciadas y peor ensambladas, como si ya sólo hablara a medias el idioma.

El gorila la insultó y ella se calló en el acto. Los ojos de él relampaguearon. La secretaria apoyó el brazo en su pecho. Él rompió a llorar como un niño.

—Aborrece el francés —susurró ella al visitante—. Hace años que viene trabajando en una lengua propia. Aún no está del todo lista.

*Madame* seguía contemplando el cuadro. Georges le estaba agradecidísimo. Una palabra de ella hubiera echado a perder su cortesía. Él mismo no encontraba palabras. ¡Si el gorila siguiera hablando! Ante este único deseo se desvanecieron todas sus ideas sobre la escasez de tiempo, las obligaciones, las mujeres y los éxitos, como si desde que nació no hubiera hecho otra cosa que buscar a aquel hombre o gorila que tenía su propio idioma. Su llanto lo emocionaba menos. De pronto se puso en pie y se inclinó profunda y solemnemente ante el gorila. Evitó hablar en francés, pero en su rostro se leía un profundo respeto. La secretaria recibió este homenaje a su amo con una amable reverencia. El gorila dejó entonces de llorar, retomó el hilo de su discurso y volvió a su anterior desmesura gestual. Cada sílaba pronunciada correspondía a un ademán preciso. Las palabras que designaban objetos parecían ser siempre distintas. Señaló el cuadro unas cien veces, nombrándolo de cien maneras diferentes: los nombres dependían del gestó con que lo señalaba. Producido y acompañado por todo el cuerpo, ningún sonido le era indiferente. Al reír, estiraba los brazos al máximo. Parecía tener la frente detrás de la cabeza, zona en la que los cabellos le raleaban, como si en sus horas de actividad creadora se la frotase constantemente.

De pronto dio un salto y se tiró con pasión al suelo. Georges notó que éste se hallaba cubierto de tierra, sin duda una capa muy espesa. La secretaria tironeó al gorila por la americana, pero éste era muy pesado para ella. En tono implorante pidió ayuda a su visita. Era celosa, le dijo, muy celosa. Entre los dos levantaron al gorila que, ni bien se sentó, empezó a contarles lo que había sentido allá abajo. A partir de unas cuantas palabras, lanzadas violentamente por la habitación como troncos de árboles recién cortados, adivinó Georges una historia de amor mítica que lo estremeció en lo más profundo, haciéndolo dudar de sí mismo. Se sintió una chinche junto a un ser humano. Se preguntó cómo podía entender cosas cuyo origen se hallaba a miles de brazas por debajo de lo que él había osado explorar. ¡Qué pretensión la suya! Sentarse a la mesa de semejante criatura; un tipo como él, bien educado, con aire protector, con todos los poros del alma obstruidos por grasa y más grasa; un semihombre a efectos prácticos, sin el valor de ser —pues ser en nuestro mundo significa ser de otro modo—, un simple molde, un maniquí de sastre puesto en marcha o detenido por algún gracioso azar y enteramente dependiente de éste, sin la menor influencia, sin una chispa de poder, hilvanando siempre las mismas frases huecas, comprendido siempre desde la misma distancia. Pues ¿dónde hay un hombre normal que determine, modifique o modele a su prójimo? Las mujeres que amaban locamente a Georges y eran capaces de morir por él —sobre todo cuando las

abrazaba—, seguían siendo después lo mismo que antes: animalitos de piel lisa y bien cuidada, interesados en cosméticos y en hombres. Pero esta secretaria, en sus orígenes una mujer como cualquier otra, sin duda, se había transformado bajo la poderosa voluntad del gorila en una criatura original: más fuerte, más activa, capaz de mayor entrega. Mientras él contaba sus aventuras con la tierra, ella se fue impacientando. Interrumpió varias veces su historia con celosas miradas y comentarios, agitándose en su silla con aire desamparado. O bien lo pellizcaba, sonriente, y le sacaba la lengua. Él la ignoraba.

*Madame* dejó de solazarse con el cuadro y obligó a Georges a levantarse. Para su gran asombro, el doctor se despidió de su cuñado como si éste fuera un Creso, y de la secretaria como si tuviera la partida de matrimonio del Creso en el bolsillo.

—¡Vive de mi marido! —dijo cuando estuvieron fuera. Detestaba las impresiones falsas, pero no habló de la parte de herencia sustraída. El compasivo doctor le pidió entonces permiso para tratar al enfermo por razones de interés científico y de satisfacción personal que, desde luego, no supondrían desembolso alguno a su señor esposo. Ella lo entendió mal de inmediato y declaró su conformidad a condición de poder asistir a las sesiones.

Como oyó un ruido de pasos —quizá su marido había vuelto— añadió rápidamente:

—¡Sus proyectos, mi querido doctor, me parecen muy interesantes! —Georges la incluyó, pues, en sus planes, prolongando hasta su nueva vida aquel vestigio de la antigua.

Él acudió diariamente durante algunos meses. Su admiración por el gorila aumentaba de visita en visita, y hasta aprendió su idioma haciendo esfuerzos infinitos. La secretaria lo ayudaba poco. Si recurría al francés muy a menudo, se sentía repudiada: por traicionar al hombre a quien pertenecía sin reservas, merecía un castigo. Para mantener al gorila de buen humor, Georges renunció a la idea de emplear otros idiomas como puente. Fue aprendiendo como un niño al que con las palabras se le enseñan también las relaciones de las cosas entre sí. Aquí, esas relaciones eran lo primordial; las dos habitaciones y cuanto encerraban se disolvían en un campo magnético de sentimientos. Los objetos —y en este punto su primera impresión resultó ser justa— no tenían nombres especiales. Se llamaban según el humor con el que fueran percibidos. Su aspecto variaba para el gorila, que llevaba una vida violenta, tensa y tormentosa. Esta vida los animaba; en ella tomaban parte activa. Él pobló aquellos dos cuartos con todo un mundo, creó cuanto necesitaba y, pasados sus seis días, al séptimo se instaló en él. Pero en vez de descansar, obsequió a su creación con un idioma. Cuanto lo rodeaba, provenía de él. Porque el mobiliario que allí encontrara, así como los trastos que poco a poco fueron llegando, llevaban hacía tiempo las huellas de su actividad. Trataba con paciencia al extranjero que de pronto aterrizaba en su planeta, perdonándole sus recaídas en el idioma de una época remota y superada: él mismo había sido un ser humano. Mas también iba notando los

progresos de aquel extranjero. Inferior a su sombra en un principio, con el tiempo llegó a ser su igual y gran amigo.

Georges tenía la preparación suficiente como para publicar un estudio sobre el lenguaje de aquel loco. Con él arrojó nueva luz sobre la psicología de los sonidos. Muchos y discutidos problemas de la ciencia fueron así resueltos por un gorila. Su amistad con él hizo famoso a un joven médico que hasta entonces sólo había conocido el éxito. Por gratitud, lo dejó en el estado en el que se sentía feliz, renunciando a todo intento de terapia. Sin duda se creía capaz —desde que aprendió su idioma—, de transformar a un gorila en el hermano estafado de un banquero. Pero se abstuvo de cometer un crimen al que sólo lo arrastraba una súbita sensación de poder, y se pasó a la psiquiatría lleno de admiración por la grandeza de los locos —que él consideraba parientes de su amigo—, con el firme propósito de aprender cosas con ellos y de no curar más a ninguno. Ya estaba harto de literatura.

Más tarde, cuando hubo acumulado cientos de experiencias, aprendió a distinguir entre locos y locos. En general, su entusiasmo siguió vivo. Una ardiente simpatía por aquellos hombres que se alejan de los otros hasta el punto de pasar por locos, lo invadía ante cada enfermo nuevo. Muchos herían su sensibilidad amorosa, sobre todo esos temperamentos débiles que, tambaleándose de ataque en ataque, añoraban sus intervalos de lucidez... como los judíos que clamaban por las ollas de Egipto. Y él les daba gusto, guiándolos de vuelta a Egipto. Los caminos que inventaba eran sin duda tan milagrosos como los del Señor al liberar a su pueblo. Contra su voluntad, veía aplicar métodos que él recomendaba con pacientes muy concretos, a casos que, por respeto y gratitud a su gorila, no hubiera nunca abordado. Sus sugerencias hallaban eco. El director del Sanatorio en el que trabajaba de asistente se alegraba al constatar el ruido que aún hacía su escuela. Él daba ya por concluida la obra de su vida... ¡y de pronto uno de sus discípulos hace surgir aquellas flores increíbles!

Cuando Georges paseaba por las calles de París, solía encontrarse con alguno de sus ex-pacientes. En el acto se veía abrazado y casi derribado al suelo, como el amo de un gran perro que vuelve a su casa tras una larga ausencia. Bajo sus amables preguntas ocultaba una leve esperanza. Les hablaba de buena salud, profesión, planes futuros, y esperaba comentarios mínimos del género: «¡Antes me iba mejor!»; o bien: «¡Qué estúpida y vacía es mi vida ahora!». «¡Me gustaría estar enfermo otra vez!». «¿Por qué me curaría?». «¡Nadie se imagina la de maravillas que uno tiene en la cabeza!». «La salud mental es una especie de embrutecimiento». «¡No debieran dejarlo ejercer!». «¡Me ha privado de mis bienes más preciados!». «Lo aprecio sólo como amigo. Su profesión es un crimen de lesa humanidad». «¡Debería avergonzarse, zapatero de almas!». «¡Devuélvame mi enfermedad!». «¡Le pondré un juicio!». «¡Curación rima con destrucción!».

Y, en vez de esto, le llovían cumplidos e invitaciones. Sus ex-pacientes se veían gordos, sanos y normales. Su lenguaje no se distinguía en nada del de los otros transeúntes. Eran comerciantes o atendían en alguna ventanilla. En el mejor de los

casos, se cuidaban de una máquina. Cuando aún podía llamarlos huéspedes y amigos, se torturaba con una culpa enorme que decían sobrellevar en nombre de todos; o bien con su pequeñez, que contrastaba absurdamente con la grandeza de los hombres ordinarios; o con la idea de conquistar el mundo; o con la muerte, que volvían a aceptar ahora como un hecho natural. Sus enigmas habíanse extinguido. Antes vivían en función de esos enigmas; ahora, por cosas resueltas hacía ya tiempo. Georges se avergonzaba sin que nadie le diera motivos. Los parientes de sus enfermos lo endiosaban, esperando auténticos milagros. Aun en casos de lesiones físicas comprobadas, creían que los curaría de algún modo. Sus colegas lo admiraban, no sin envidiarlo, y se abalanzaban sobre sus ideas, que, como todas las grandes ideas, eran simples y luminosas. ¿Por qué no se les ocurrirían antes a ninguno de ellos? Recogían al vuelo las migajas de su gloria, proclamándose discípulos suyos y aplicando sus métodos a los casos más diversos. Tenía asegurado el Premio Nobel. Lo hubieran propuesto hacía tiempo, pero en vista de su juventud les pareció mejor esperar aún varios años.

De este modo, él mismo cayó víctima de su nueva profesión. Empezó movido por un sentimiento de penuria y el respeto más profundo ante las simas y montañas que exploraba. Poco después se presentó como un Salvador, rodeado de ochocientos amigos —¡y qué amigos: los pensionistas del Sanatorio!—, adorado por miles de seres cuyos parientes habían vuelto a nacer gracias a él. Pues de no tener a esos parientes, a los que uno ama y tortura, ¿pensaríamos acaso que vale la pena vivir?

Tres veces al día, durante sus visitas de inspección, Georges era objeto de nutridas ovaciones. Ya se había acostumbrado. Cuanto más fervorosamente lo aclamaban, arremolinándose en torno a él, más fácilmente le afluían las palabras y los gestos necesarios. Los enfermos integraban su público. Antes de entrar en la primera sala, percibía el familiar murmullo de sus voces. En cuanto alguno lo veía por la ventana, el bullicio se orientaba y se disciplinaba. Él aguardaba aquel cambio. Era como si, súbitamente, todos rompieran a aplaudir. Y él, sin quererlo, sonreía. Había logrado asimilar innumerables roles. Su espíritu anhelaba esas metamorfosis instantáneas. Una buena docena de asistentes lo seguían, dispuestos a aprender. Muchos eran ya mayores; casi todos llevaban más tiempo que él ejerciendo. Consideraban la psiquiatría como una especialidad de la medicina, y se veían a sí mismos como administradores de los alienados. A fuerza de esperanza y disciplina se habían apropiado de cuanto incidiera en su especialidad. A veces apoyaban las ideas más descabelladas de los enfermos, tal como lo aconsejaban sus manuales de estudio. Del primero al último, todos odiaban a su joven director. Éste les repetía diariamente que estaban allí para servir y no para explotar a los enfermos. «Vean ustedes, caballeros» les decía al quedarse solo con ellos, «qué necios y miserables somos, qué burgueses tan tristes e insensibles, comparados con este paranoico genial. Nosotros poseemos, él es poseído; nosotros nos alimentamos de experiencias ajenas, él, de las suyas propias. Al igual que la Tierra, se mueve por su espacio en una soledad total. *Tiene*



*derecho* a tener miedo. Al explicar y defender su trayectoria emplea más perspicacia que todos nosotros al justificar la nuestra. Cree en las quimeras que sus sentidos le proponen, mientras que nosotros desconfiamos de los nuestros. Los pocos que, entre los cuerdos, tienen fe, se aferran a experiencias que otra gente tuvo ya por ellos hace miles de años. Necesitamos visiones, revelaciones, voces —acercamientos fulminantes a las cosas y personas— y, cuando no las hallamos en nosotros mismos, recurrimos a la tradición. Nuestra propia miseria nos impulsa a tener fe. Otros, más pobres todavía, renuncian a todo esto. ¿Y él? Es Alá, el Profeta y el Muslime en una sola persona. ¿Algún milagro deja acaso de serlo porque le peguemos la etiqueta de *paranoia chronica*? Vivimos encaramados sobre nuestra sólida razón como los avaros sobre su dinero. Mas la razón, tal como nosotros la entendemos, es un malentendido. ¡Si existe una vida puramente espiritual, es sin duda la que lleva este loco!».

Sus asistentes lo escuchaban fingiendo interés. Cuando su promoción estaba en juego, no escatimaban histrionismo alguno. Mucho más que sus observaciones generales, sobre las que en secreto intercambiaban bromas, les interesaban sus métodos particulares. Anotaban todas las palabras que su director, animado por alguna inspiración momentánea, decía a un enfermo. Luego las aplicaban a cual mejor, firmemente convencidos de que así obtendrían los mismos resultados que él.

Un anciano, que había sido herrero en una aldea y llevaba ya nueve años viviendo en el Sanatorio, se vio un día arruinado por el incremento de los automóviles en su región natal. Tras unas semanas de extrema pobreza, su mujer no aguantó más la casa y se fugó con un suboficial. Una mañana en que, recién despierto, empezó a lamentar sus infortunios, no obtuvo respuesta de ella: se había ido. La buscó en toda la aldea. Llevaban veintitrés años viviendo juntos: ella llegó muy niña a la casa y se casó con él en plena juventud. La buscó en la ciudad más próxima. Por indicación de los vecinos, preguntó en el cuartel por el sargento Delboeuf, a quien nunca había visto. Desapareció hace ya tres días, le dijeron; debe haberse fugado al extranjero, pues un buen castigo lo aguardaba como desertor. El herrero no encontraba a su mujer por ningún lado. Pasó la noche en la ciudad. Los vecinos le prestaron dinero. Se metía en todas las tabernas, miraba por debajo de las mesas y balbuceaba: «¿Jeanne, estás ahí?». Tampoco la encontró bajo los bancos. Cuando se inclinaba sobre el mostrador, la gente gritaba: «¡Anda en busca de la caja!» y lo apartaba. Desde niño todos lo tenían por un hombre honrado. Desde que se casó, jamás le había puesto un dedo a su mujer. Ella se burlaba siempre de él, pues bizqueaba del ojo derecho. Él no se inmutaba, limitándose a decir: «¡Tan cierto como que me llamo Jean: ya verás la que te voy a dar!». Así de bueno era con ella.

En la ciudad le contó su desgracia a la gente. Cada cual le iba dando un buen consejo. Un sucio zapatero le sugirió que se considerase feliz. Casi lo mata a golpes. Más tarde conoció a un carnicero que lo ayudó a buscar: caminar de noche le hacía bien, pues era muy gordo. Alertaron a la policía y husmearon a orillas del río, por si veían flotar algún cadáver. Al amanecer encontraron una mujer, pero era de otro. Una

espesa niebla lo envolvía todo, y Jean el herrero lloró al ver que no era ella. El carnicero también lloró y vomitó en el río. A la mañana siguiente condujo a Jean a los mataderos. Allí todos lo conocían y lo saludaban. Las terneras mugían, el aire olía a sangre de cerdo, los cerdos chillaban, Jean chillaba más fuerte: «¿Jeanne, estás ahí?», y el carnicero rugía, superando en volumen todos los mugidos: «¡Este herrero es mi amigo! ¡A su mujer la han traído aquí! ¿Alguien la ha visto?». Los hombres sacudían la cabeza. Pobre mujer, bramó entonces el carnicero, deben de haberla matado. La buscó entre los cerdos, que colgaban en una larga hilera. «¡Aquí está la muy marrana!» exclamó de pronto. Jean la examinó por todas partes, olisqueándola: ¡cuánto tiempo que no comía morcilla, y le encantaba! Cuando se hartó de olería, dijo: «No es mi mujer». Pero el carnicero montó en cólera y bramó: «¡Vete al diablo, idiota!».

Jean se encaminó cojeando a la estación (la mujer era su pierna enferma); su dinero había desaparecido. Gimió:

—¿Cómo volveré a casa? —Y se echó sobre los rieles. En lugar de una locomotora, apareció un buen hombre que, viéndolo en ese estado, le regaló un billete de tren en recuerdo de su esposa. Ya en el tren, el billete resultó ser falso—. ¡Pero si es un regalo! —dijo Jean—, ¡mi mujer me ha abandonado! —En sus bolsillos no encontró ni un real, y la policía se lo llevó en la estación siguiente—. ¿Está allí? ¿La ha visto? —balbuceó Jean, arrojándose al cuello del policía.

—Aquí está —replicó el policía señalándose a sí mismo, y se lo llevó. Lo encerraron en una celda donde pasó varios días rabiando y perdió a su mujer de veras. Pues de otro modo la habría encontrado.

Un buen día lo dejaron ir a casa. «Tal vez haya vuelto», pensó Jean. Se habían llevado la cama, la mesa y las sillas: no quedaba nada. Su mujer no volvería nunca a una casa vacía.

—¿Por qué me han vaciado la casa? —preguntó a los vecinos.

—Nos debes dinero, Jean.

—¿Y dónde va a dormir mi mujer cuando regrese? —preguntó Jean.

—Tu mujer no volverá. Se fue con el joven sargento. Ahora que eres pobre, acuéstate en el suelo.

Jean se rió e incendió la aldea. De la casa en llamas de su primo salvó la cama de su esposa. Antes de sacarla, estranguló a los niños que estaban durmiendo: tres chicos y una chica. Tuvo mucho trabajo aquella noche. Mientras buscaba la mesa, las sillas y sus otros bienes, se le quemó la casa vacía. Instaló sus pertenencias en medio del campo, levantó una habitación igual a la anterior y llamó a Jeanne. Luego se acostó, dejándole espacio suficiente. Pero ella no vino. Pasó un buen rato en la cama, esperándola. Tenía mucha hambre, sobre todo de noche: ¡un hambre inconcebible! Estuvo a punto de levantarse aguijoneado por el hambre; la lluvia penetraba por su boca y él bebió y bebió. Cuando el cielo se aclaró, Jean tuvo ganas de morder las estrellas. ¡Si pudiera alcanzarlas! Detestaba el hambre. Cuando ya no aguantó más,

hizo un voto: le juró a la Virgen que no se levantaría hasta que su mujer lo oyera y se acostase a su lado. Pero la policía lo encontró, obligándolo a romper su juramento. Él lo hubiera respetado. Los vecinos querían matarlo. La aldea entera había ardido. Él se alegró al saberlo y exclamó:

—¡Fui yo! ¡Fui yo! —La policía tuvo miedo y se lo llevó rápidamente.

En su nueva celda había un maestro de escuela. Como tenía buena pronunciación, le contó su historia.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el maestro.

—Jean Preval.

—¡Absurdo! ¡Usted se llama Vulcano! Es bizco, cojo, y además, herrero. Un buen herrero, cuando cojea. ¡Atrape usted a su esposa!

—¿Atraparla?

—Su esposa se llama Venus, y el sargento, Marte. Voy a contarle una historia. Soy un hombre instruido. Sólo he robado.

Y Jean lo escuchó, con los ojos muy abiertos. ¡Qué noticia! ¿Con qué podía atraparla? No es difícil. Un viejo herrero lo hizo ya una vez. Su mujer lo engañaba con un soldado, un muchachón joven y fuerte. Cuando el herrero Vulcano se iba a trabajar, Marte, aquel bello demonio, se deslizaba hasta su alcoba y dormía con su esposa. El gallo de la casa, que observaba todo, se indignó y fue a contárselo a su amo. Vulcano forjó entonces una red tan fina que no se veía —los herreros de antes eran habilísimos—, y la dispuso alrededor del lecho, de suerte que los dos, la mujer y el soldado, cayeron en ella. El gallo voló hasta donde su amo y le cantó: están en casa. Y el herrero fue a buscar rápidamente a sus primos y a todo el pueblo. ¡Hoy día os daré una fiesta, esperad afuera, esperad! Luego se deslizó hasta el lecho, y descubrió a su mujer y al diablo: por poco llora. ¡Llevaban veintitrés años juntos y nunca le había pegado! Los vecinos esperaban. El entonces tiró fuerte de la red, muy fuerte, hasta atraparlos: ¡ya la tenía, a su mujer! Dejó al demonio en libertad: todos los aldeanos le asestaron una en el hocico. Después se acercaron y le preguntaron:

—¿Dónde está tu mujer? —El herrero la había escondido. Ella estaba avergonzada; él, muy contento.

—¡Es lo que debiera usted hacer! —dijo el maestro—. La historia es verdadera. En recuerdo les pusieron sus nombres a tres planetas: Marte, Venus y Vulcano. Son visibles en el cielo. Para Vulcano hay que tener buena vista.

—Ahora sé —dijo Jean— por qué quise morder las estrellas.

Más tarde se lo llevaron. El maestro se quedó en la celda. Pero Jean conoció a un nuevo amigo: un hombre hermoso, con el que se podía hablar. Todos querían verlo. Jean atrapaba a su esposa. A veces tenía suerte y se alegraba. Pero a menudo se ponía triste. Su amigo entraba entonces en la sala y le decía: «Pero Jean, si está en la red, ¿que no la ves?». Siempre tenía razón. Con sólo que abriera la boca, su mujer se presentaba. «Eres bizco», le decía a Jean. Y él reía y reía, amenazándola: «¡Ya verás la que te voy a dar, como que me llamo Jean!».

Este herrero, que llevaba ya nueve años en el Sanatorio, no era en absoluto incurable. Las pesquisas del director para encontrar a su mujer no dieron resultado. Y aun cuando la hallasen... ¿quién podrá obligarla a volver con su marido? Georges se imaginaba la culminación real de la escena en la que el viejo herrero hallase la felicidad. Instalaría red y cama en su propio apartamento, y encontraría finalmente a la mujer. Jean entraría en silencio y tiraría de la red. Ambos se repetirían las frases de siempre. La excitación de Jean iría en aumento... y la red y los nueve años se esfumarían. «¡Ah, si tuviera a esa mujer!», suspiraba Georges.

Cada día ayudaba a Georges a encontrarla. Deseaba tan ardientemente su presencia que podía entregársela como si la llevara consigo. Sus asistentes, esos monos, sospechaban algún experimento secreto en todo aquello. Tal vez se propusiera curarlo con esas palabras. Si alguno de ellos se quedaba solo en la sala, nunca dejaba de aplicar la fórmula mágica: «Pero Jean, si está en la red, ¿que no la ves?». Que Jean estuviera triste o contento, que los escuchara o se tapara los oídos, le lanzaban el cordial ensalmo del Maestro. Si estaba dormido, lo despertaban; si parecía atontado, le gritaban. Lo sacudían y empujaban, reprochándole sus limitaciones y ridiculizando el recuerdo de su esposa. Aquella única frase iba adoptando entonaciones diferentes según el humor o el carácter de los asistentes que, al no conseguir nada —pues al herrero le importaban un comino—, tenían un motivo más para burlarse del director. El muy necio llevaba varios años repitiendo su ingenuo experimento, convencido de que con una simple frase le devolvería la razón a ese incurable.

Georges los hubiera despedido a todos, pero los contratos de su antecesor lo ataban a ellos. Sabía que trataban mal a los enfermos y temía por el destino de éstos si él muriera repentinamente. No comprendía aquel mezquino sabotaje hecho a su obra, sin duda desinteresada y útil hasta para tipos tan limitados como ellos. Poco a poco irá rodeándose de colaboradores con talento suficiente para ayudarlo. Después de todo, los asistentes que heredara de su antecesor también luchaban por su existencia. Conscientes de que él no haría nada con ellos, recogían sus más mínimas insinuaciones para luego, en cuanto vencieran sus contratos, encontrar trabajo en cualquier parte como discípulos suyos. Era extremadamente sensible a cuanto acontecía incluso en seres demasiado simples, lerdos y equilibrados para enloquecer algún día. Cuando se cansaba y quería reponerse de la alta tensión a que lo sometían sus amigos locos, se sumergía en el alma de uno de sus asistentes. Cuando hacía Georges, tenía por escenario espíritus ajenos; incluso su descanso, aunque le costara mucho encontrarlo. Descubría cosas que lo hacían sonreír. Por ejemplo ¿qué pensaban de él esa tira de pusilánimes? Era evidente que buscaban una explicación plausible de sus éxitos y del lúcido apego que él manifestaba a sus pacientes. La ciencia les había inculcado una fe ciega en la causalidad. Personajes convencionales, se ceñían fielmente a las costumbres y opiniones de la mayoría. Buscaban el placer e interpretaban todo y a todo el mundo en función de esta búsqueda: una manía de la época, que dominaba todos los espíritus sin dar mayores resultados. Y por placer

entendían, naturalmente, todos los vicios tradicionales que el individuo, desde que existen animales, practica con indesmayable ahínco.

Pues nada sabían de aquella fuerza motriz de la historia, mucho más profunda y auténtica: el impulso humano a fundirse en una especie animal superior, la masa, y a perderse tan irremisiblemente en ella como si nunca hubiera existido *un* hombre aislado. Porque además eran educados, y la educación es un arma defensiva del individuo contra la masa que lleva dentro.

No menos que la lucha por el hambre o el amor, practicamos la llamada lucha por la vida con el fin de aniquilar nuestra masa interior. Pero ésta se robustece tanto bajo ciertas circunstancias que obliga al individuo a actuar en forma desinteresada y hasta en contra de sus propios intereses. La «humanidad» existía como masa ya mucho antes de haber sido formulada y diluida en conceptos. Como un animal monstruoso, salvaje, ardiente y exuberante, la masa hierve y se agita en lo más hondo de nuestro ser, a mayor profundidad que nuestras mismas Madres. Es, pese a su edad, el más joven de todos los animales, la criatura esencial de la Tierra, su meta y su futuro. Pero nada sabemos de ella y vivimos, supuestamente, como individuos. No obstante, la masa se abate a veces sobre nosotros como una espumante resaca, como un océano furioso en el que cada gota permanece viva y aspira a lo mismo. Al poco rato se dispersa, devolviéndonos a nuestro estado habitual de pobres diablos solitarios. Y entonces nos resulta inconcebible recordar que alguna vez llegamos a ser tantos, tan grandes y tan «Uno». «Enfermedad», dirá un comentarista inteligente; «la bestia en el hombre», atenuará un humilde cordero, sin sospechar cuan próximo a la verdad se halla su error. Entretanto, la masa prepara un nuevo ataque desde dentro. Hasta que un día ya no vuelva a dispersarse, quizá en un solo país, al comienzo, y de allí empiece a propagarse a todos lados hasta que nadie ponga en duda su existencia, porque ya no habrá más Yo, ni Tú, ni Él, sino sólo ella: la Masa.

Georges no se jactaba más que de un descubrimiento, y era justamente la incidencia de la masa en la historia y en la vida individual, su influencia en determinadas transformaciones del espíritu. Pudo comprobarlas en muchos de sus pacientes. Infinidad de personas enloquecen porque la masa es en ellos particularmente intensa y no encuentra satisfacción. No veía otra explicación plausible de sí mismo y toda su actividad. Hubo un tiempo en el que sólo vivía en función de sus gustos personales, de su ambición y sus mujeres; ahora, su única aspiración era perderse continuamente. Al actuar en consecuencia, se aproximaba a las ideas y deseos de la masa mucho más que quienes lo rodeaban.

Sus asistentes intentaron una explicación más acorde con su naturaleza. ¿Por qué el director admira tanto a los locos?, se preguntaban. Porque él mismo lo es, bien que sólo a medias. ¿Por qué los cura? Porque no puede aceptar que haya locos mejores que él. Los envidia. No le dejan un minuto de reposo. Los considera algo especial. Al igual que ellos, él también siente un mórbido deseo de llamar la atención. El mundo ve en él a un erudito normal. Nunca llegará más lejos. Morirá siendo director de un

manicomio, mentalmente sano y ojalá muy pronto. «¡Quiero ser loco!», gritará como un chiquillo. Y habrá que atribuir ese ridículo deseo a una experiencia juvenil, naturalmente. Algún día debieran examinarlo. Claro que él se negaría a que lo tomen como objeto de investigación. Era un egoísta. Con gente así más vale no tratar. Ya en su juventud, la imagen de algún loco debió de estar ligada para él con el placer sexual. Le teme a la impotencia. Si pudiera convencerse de que es loco, jamás sería impotente. Cualquiera loco le procura más placer que él a sí mismo. ¿Por qué habrían de gozar más de la vida que yo?, se quejaba. Se siente totalmente marginado. Tiene un gran complejo de inferioridad. De pura envidia se ocupa tanto de ellos que acaba por curarlos. Falta saber qué siente cuando suelta a alguno. No pensará que han de venir muchos más. Se alimenta de los pequeños triunfos del momento. ¡Y no era el gran hombre al que el mundo admira!

Aquel día, en el curso de la última visita, olvidaron hasta sus signos exteriores de servilismo. Hacía mucho calor; el cambio brusco de temperatura en los últimos días de marzo gravitaba sobre sus inertes almas. Se sentían como despreciables pacientes. Pues ellos, asistentes bien establecidos, también tenían en algún lugar ventanas con barrotes contra los que apoyaban la cabeza. Los molestaba la imprecisión de sus sensaciones. Por lo general, se abalanzaban servilmente a abrir las puertas si es que los guardianes o los enfermos no se les adelantaban. Ese día siguieron a Georges a cierta distancia, distraídos y malhumorados, maldiciendo su aburrido trabajo, su jefe y todos los enfermos del mundo. En aquel momento hubieran preferido ser mahometanos e instalarse, cada cual por separado, en pequeños Paraísos, cómodos y acogedores. Georges escuchaba el bullicio familiar. Desde sus ventanas, sus amigos lo vieron entrar y permanecieron tan indiferentes como los enemigos que lo seguían. ¡Qué día tan triste!, se dijo en voz baja. Le faltaban la aprobación y el odio: él sólo respiraba en la corriente de las sensaciones ajenas. Y aquel día no sintió nada en torno de él; sólo una atmósfera opresiva.

En las salas reinaba una calma odiosa. Los enfermos evitaban pelear en su presencia, pero esta vez se disputaron las ventanas. No bien la puerta se cerraba detrás de él, volvían a empujarse e insultarse. Sin abandonar sus puestos, las mujeres le imploraban su amor. Pero él no hallaba respuestas. Sus brillantes ideas terapéuticas lo habían abandonado. Una demente, más fea que Picio, chilló de pronto:

—¡No, no y no! ¡No aceptaré el divorcio!

Las otras gritaron en coro:

—¿Dónde está él?

Una chica balbuceó entusiasmada:

¡Déjame!

Jean, el buen Jean, amenazó a su Jeanne con una bofetada.

—¡Estaba en la red, y cuando quise cogerla, se me fue! —se quejó.

—¡Dale una bien fuerte! —dijo Georges, harto ya de esos treinta y dos años de fidelidad.

Jean golpeó y pidió auxilio —él mismo— por su esposa. En otra de las salas, todos lloraban a la vez porque ya había oscurecido.

—Hoy se han vuelto locos —dijo el guardián.

Uno de los numerosos Dioses Padre ordenó:

—¡Hágase la luz! —indignándose al ver el desprecio con que lo trataban.

—No es más que un empleaducho —le susurró a Georges, en tono confidencial, el de la cama vecina.

Otro preguntó:

—¿Dios existe? —Y quiso averiguar su dirección.

Un caballero muy pulcro, a quien su hermano llevara a la ruina, se quejaba de que los negocios le iban mal esa tarde:

—¡En cuanto gane el juicio, me abasteceré de camisas por unos quince años!

—¿Y por qué la gente anda desnuda? —replicó, melancólico, su mejor amigo: ambos se entendían de maravilla.

Sólo en la sala siguiente escuchó Georges la respuesta a esta pregunta. Un solterón mostraba a los otros cómo lo sorprendieron *in fraganti* con su propia esposa. —Le iba a sacar las pulgas, pero no tenía ni una. En ese instante su suegro metió la cabeza por el ojo de la cerradura y reclamó a su nieta—. «¿Dónde? ¿Dónde?» corearon los espectadores, preocupados todos por la misma cosa. ¡Qué bien se entendían! Los guardianes escuchaban con sumo placer. Uno de los asistentes, colaborador de un periódico, iba anotando la atmósfera de la velada con palabras significativas. Georges lo advirtió sin mirar; mentalmente, él hacía lo mismo. Era una tablilla de cera ambulante en la que se inscribían gestos y palabras. En vez de elaborarlos y de replicar, los registraba mecánicamente. Además, la cera estaba derritiéndose. «Mi mujer me aburre», pensó. Los enfermos le parecían extraños. La puerta secreta que conducía a su mansión amurallada, aquella puerta casi siempre entornada y que sólo él conocía, aquel día permaneció obstinadamente cerrada. ¿Forzarla? ¿Para qué? Más vale acabar de una vez. Mañana, por desgracia, será otro día. Volveré a encontrar a cada cual en su sala. Siempre encontraré a los ochocientos pacientes, toda mi vida. Tal vez mi fama agrande el Sanatorio y, con el tiempo, lleguen a ser dos o diez mil. Peregrinaciones del mundo entero completarán mi dicha. Una república mundial surgiría dentro de treinta años. Me nombrarían Comisario del Pueblo de Alienados. Viajes a todas las regiones habitadas del globo. Inspecciones y desfiles con un ejército de un millón de espíritus inhábiles. Pondría a los débiles mentales a la izquierda y a los fuertes a la derecha. Fundación de centros de investigación de animales superdotados. Crianza de animales locos para convertirlos en hombres. Licenciaría ignominiosamente de mi ejército a cuantos recuperen la razón. Sentiría más cerca a mis amigos que a mis partidarios. Los partidarios pequeños serán llamados grandes. ¡Qué pequeña es mi mujer! ¿Por qué no vuelvo ahora mismo a casa? Porque mi mujer me está esperando. Y quiere amor. Todos quieren amor hoy día.

La tablilla de cera lo oprimía: todo lo que iba registrando, tenía un peso. En la penúltima sala apareció de pronto su mujer. Venía corriendo.

—¡Un telegrama! —exclamó, riéndose en su cara.

—¿Y por eso corres tanto? —La cortesía era una segunda piel para Georges. A veces le entraban ganas de quitársela: ¡hubiera sido el colmo de *su* grosería! Abrió el telegrama y leyó: «Estoy totalmente chiflado. Tu hermano». De todas las noticias posibles, era ésta la que menos esperaba. ¿Una broma pesada? ¿Una exageración? No. Una palabra contradecía estas hipótesis: chiflado. Su hermano nunca usaba estas expresiones. Y si ahora lo hacía, era que algo no iba bien. Bendijo el telegrama. Un viaje se hacía inevitable. Podría justificarlo ante sus propios ojos. ¡Y él que no deseaba otra cosa!

Su mujer leyó:

—¿Quién es? ¿Tu hermano?

—¡Ah, de veras! Nunca te he hablado de él. El mayor sinólogo vivo. En mi escritorio encontrarás algunos de sus últimos trabajos. Hace doce años que no lo veo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Coger el primer expreso.

—Mañana temprano.

—No, ahora mismo.

Ella hizo una mueca.

—Sí, sí —añadió él, cabizbajo—, se trata de mi hermano. Habrá caído en malas manos. ¿Cómo explicar, si no, el envío de este telegrama?

La mujer hizo añicos el telegrama. ¿Por qué no lo rompería al recibirlo? Los enfermos se abalanzaron sobre los trocitos. Todos la querían, todos deseaban un recuerdo de ella; algunos se tragaron el papel. La mayoría se lo guardó junto al corazón o en los pantalones. El filósofo Platón, que observaba dignamente la escena, hizo una reverencia y dijo:

—¡*Madame*, vivimos en el mundo!



## Rodeos

Cuando el tren se detuvo, Georges llevaba ya un buen rato durmiendo. Alzó la mirada y vio subir a mucha gente. Su compartimiento, por estar con las cortinas corridas, permaneció vacío. A último momento —el tren ya estaba en marcha—, una pareja le preguntó si había asiento. Él, cortésmente, se hizo a un lado. El hombre le dio un codazo y no se disculpó. Georges, al que cualquier grosería entre monos civilizados lo divertía, lo observó sorprendido. La mujer interpretó mal su mirada y, nada más sentarse, le pidió disculpas en nombre de su marido: era ciego.

—No se me hubiera ocurrido —dijo Georges— se mueve con una seguridad asombrosa. Soy médico y he tenido muchos pacientes ciegos.

El hombre se inclinó. Era alto y delgado.

—¿Le molesta que lea en voz alta? —preguntó la mujer. La tímida resignación de su rostro tenía cierto encanto; era evidente que sólo vivía por el ciego.

—¡Al contrario! Y por favor no se ofenda si me quedo dormido. —En vez de la tensión que él anhelaba, se produjo un intercambio de amabilidades. Ella sacó una novela de su bolso de viaje y empezó a leer con voz profunda y halagüeña.

Peter debía parecerse ahora al ciego aquel: tieso y obstinado. ¿Qué podía haber ensombrecido su apacible espíritu? Vivía solo y despreocupado, sin mantener ningún contacto con seres humanos. El desconcierto que la frecuentación del mundo suele producir en ciertas almas sensibles, resultaba inconcebible en su caso: su mundo era su biblioteca. Se distinguía por su prodigiosa memoria. Un cerebro más débil hubiera sucumbido a tantos libros; en el suyo, cada sílaba leída quedaba claramente separada de la siguiente. Era todo lo contrario de un actor: siempre y solamente él mismo. En vez de prodigarse con los demás, los estudiaba a distancia, comparándolos consigo mismo. El sólo se conocía desde fuera y a través de su cabeza. Pero así pudo librarse de los grandes peligros que, ineluctablemente, acechan a cuanto solitario pase varios años estudiando las culturas orientales. Peter se hallaba protegido contra Lao-Tse y todos los hindúes. Su austeridad lo inclinaba hacia los filósofos del deber. En todas partes hubiera encontrado a su Confucio. ¿Qué oprimía, pues, a aquel ser casi asexuado?

«¡Me vuelves a incitar al suicidio!». Georges oía a medias la novela; la voz de la mujer tenía un timbre agradable, él comprendía sus inflexiones, pero no pudo menos que reírse ante esta absurda frase del protagonista.

—¡No se reiría, caballero, si fuera usted ciego! —Lo apostrofó una voz enojada. El ciego había hablado; sus primeras palabras eran descorteses.

—Discúlpeme —dijo Georges— pero no creo en esa especie de amor.

—Pues entonces no interrumpa los placeres de un hombre serio. Conozco el amor mejor que usted. ¡El que yo sea ciego no es asunto suyo!

—¡Me ha entendido usted mal! —empezó a decir Georges. Al notar que el hombre sufría por su ceguera, quiso ayudarlo; pero advirtió que la mujer le hacía

señas, llevándose alternativamente el índice a la boca y juntando las manos: que se callara, por amor de Dios... y él se calló. Los labios de ella le agradecieron.

El ciego había levantado un brazo. ¿Para defenderse? ¿Para atacar? Lo dejó caer y ordenó:

—¡Sigue! —La mujer reanudó su lectura con voz temblorosa. ¿De miedo? ¿De felicidad por haber conocido a un hombre tan tierno?

Ciego, ciego... Un recuerdo oscuro y lejano fue invadiendo vaga y tenazmente su conciencia. Vio dos habitaciones contiguas, en una de las cuales había una camita blanca. Acostado en ella, un chiquillo todo rojo. Tenía miedo. Una voz desconocida sollozaba: «¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego!», y añadió llorando: «¡Quiero leer!». Su madre iba de un lado a otro, hasta que se metió en el cuarto contiguo, donde la voz gritaba. Allá adentro estaba todo oscuro; aquí había luz. El chiquillo quiso preguntar: «¿Quién grita así?». Tenía miedo. Pensó que la voz podría salir y cortarle la lengua con una navaja. Entonces se puso a cantar todas las canciones que sabía, repitiéndolas desde el principio. Cantaba fuerte, rugía, la cabeza estaba a punto de estallarle. «Estoy rojo», cantaba. La puerta se abrió. «¿Quieres callarte?», le dijo su madre, «tienes fiebre. ¿Qué te pasa?». Pero aquella voz, horrible, lanzó un nuevo gemido y gritó: «¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego!». El pequeño Georg se tira de la cama, avanza a rastras, berreando, hacia su madre y se aferra a sus rodillas. «¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?». «¡El hombre! ¡El hombre!». «¿Qué hombre?». «¡Allí, en el cuarto oscuro, hay un hombre gritando! ¡Un hombre!». «Pero si es Peter, tu hermano Peter». «¡No, no!», el pequeño Georg rabiaba, «deja a ese hombre y quédate conmigo». «Pero Georg, mi hijito, si es Peter. Está con sarampión, como tú. Como ahora no ve nada, se ha puesto a llorar. Mañana estará sano y bueno. Ven ¿quieres verlo?». «¡No, no!», dijo él, zafándose. «Es Peter», pensó Georg, «otro Peter», y siguió gimiendo suavemente mientras tuvo a su madre al lado. En cuanto ésta se fue a ver al «hombre», él se escondió bajo la manta. Siempre que oía la voz, rompía a berrear con fuerza. Y así pasó un buen rato. Nunca había llorado tanto. La imagen se le desvaneció entre las lágrimas.

Georges comprendió de pronto el peligro por el que Peter se sentía amenazado incluso ahora: ¡temía quedarse ciego! Tal vez esté mal de la vista. Quizá tenga que dejar la lectura de vez en cuando. ¿Qué hubiera podido torturarlo más? Una hora que se apartara de su plan de trabajo bastaba para sumirlo en pensamientos extraños. Y para Peter era extraño todo cuanto se relacionaba con él mismo. Mientras su cabeza sopesara, corrigiera y enlazara hechos, datos y conceptos previamente elegidos, daba por seguro que su aislamiento era algo útil. Pero solo de verdad, solo consigo mismo, jamás lo estaba. Y es justamente eso lo que hace al sabio: vivir solo para estar en muchas cosas a la vez. ¡Como si en realidad pudiera estar en *una* sola! Los ojos de Peter estarían, probablemente, agotados. Quién sabe si trabajará con buena luz. Tal vez, a pesar de sus costumbres y de su desprecio por los médicos, haya consultado con alguno y éste le haya prescrito reposo absoluto. Aunque ese mismo reposo,

prolongado varios días, podía acabar con él. En vez de compensar la debilidad de sus ojos con la excelente salud de sus orejas, en vez de escuchar música y conversaciones (¿hay algo más rico que las inflexiones de la voz humana?), andaría de un extremo a otro de su biblioteca, dudando de la buena voluntad de sus ojos, conjurándolos, maldiciéndolos, recordando con pavor aquel día de ceguera de su infancia, horrorizado ante la perspectiva de quedarse otra vez ciego por más tiempo, rabiando y desesperándose. Hasta que por último él mismo, el más hosco y orgulloso de los hombres, llamaba a su hermano antes que pedir una palabra de consuelo a los vecinos, conocidos o a quien fuera. Lo salvaré de esta ceguera, decidió Georg. Nunca he visto algo más fácil. Tendré que hacer tres cosas: un examen minucioso de ambos ojos, revisar todo el sistema de iluminación de su apartamento y darle una explicación prudente y cariñosa que lo convenza de la inutilidad de sus temores, en caso de que realmente sean infundados.

Le echó una mirada amable al insolente ciego, agradeciéndole en silencio su presencia. Por él *había* interpretado debidamente el telegrama. Un hombre sensible obtiene siempre perjuicio o beneficio de cualquier encuentro, pues evoca en él recuerdos y sensaciones. Los indolentes son inercias ambulantes en las que nada afluye y que jamás rebalsan; discurren por el mundo como fortalezas de hielo. ¿Por qué se mueven? ¿Qué los impulsa? Ocasionalmente actúan como animales; en realidad son vegetales. Si los decapitásemos, seguirían viviendo gracias a sus raíces. La filosofía estoica es para vegetales: ¡alta traición contra los animales! ¡Seamos animales! ¡Y quien tenga raíces, que se las corte! A Georg le hizo gracia descubrir por qué el tren se lo llevaba tan de prisa. Había subido a ciegas. A ciegas soñó después con su niñez. De pronto sube un ciego... y la locomotora parte rumbo a su destino: la salvación de un hombre ciego. Pues que Peter *estuviera* ciego o sólo temiese estarlo, era igual para un psiquiatra. Ahora podía dormirse. Los animales llevan sus apetitos al extremo y después los interrumpen. Lo que más les gusta es el cambio frecuente de velocidades. Tragan hasta hincharse y copulan hasta agotarse, convirtiendo su descanso en sueño. Pronto también él se quedó dormido.

Entre línea y línea, la mujer que leía acariciaba la hermosa mano con la que él se sostenía la cabeza. Pensó que estaba oyéndola leer y acentuó algunas palabras: quería hacerle comprender lo desdichada que era. Nunca olvidaría este viaje; pronto tendría que bajarse. Pero dejaría el libro allí, como recuerdo y... por favor ¿no le concedería él una última mirada? Se bajaron en la estación siguiente. Hizo pasar primero a su marido, que normalmente la seguía. En la puerta contuvo la respiración. Sin volverse, pues le temía al marido, cuya cólera despertaba con sus movimientos, le dijo (y ya era demasiado) «¡Adiós!». ¡Cuántos años había esperado esta ocasión! Él no podía contestarle. Ella se sintió feliz. Lloriqueando y levemente mareada por su propia belleza, ayudó a bajar al ciego. Se dominó y no alzó la vista hacia la ventanilla del compartimiento, donde su corazón lo suponía.

Pues él la hubiera visto llorar, y eso la avergonzaba. La novela quedó junto al

desconocido, que seguía durmiendo.

Por la mañana se lavó. Llegó al atardecer y se dirigió a un hotel modesto. En uno más grande, su llegada habría causado sensación, pues él ya figuraba entre esa docena de científicos que los periódicos promocionaban tenazmente, a costa de todos los otros. Aplazó la visita a casa de su hermano hasta el día siguiente; no quiso interrumpir su descanso nocturno. Como su impaciencia lo atormentaba, decidió ir a la Ópera. Con Mozart se sintió agradablemente protegido.

Aquella noche soñó con dos gallos. El más grande era rojo y débil; el pequeño, astuto y vigoroso. Su combate, interminable, era tan apasionante que uno se olvidaba de pensar. ¡Vean ustedes, dijo un espectador, a lo que llegan los hombres! ¿Los hombres?, cantó el gallo pequeño. ¿Qué hombres? ¡Si somos gallos! ¡Gallos de pelea! ¡Y no se burle! El espectador se retiró. Se fue reduciendo hasta que, de pronto, todos reconocieron que no era sino un gallo. Y además cobarde, dijo el rojo: ya es hora de levantarse. El pequeño se dio por satisfecho. Había ganado y se fue volando. El gallo rojo se quedó. Fue aumentando de tamaño y su color se acentuaba en proporción. Le hería los ojos. Éstos se abrieron: un sol enorme llenaba la ventana.

Georg se apresuró y en menos de una hora llegó frente a la casa, el número 24 de la calle Ehrlich. Era casi elegante, aunque ya sin prestancia. Subió los cuatro pisos y tocó el timbre. Le abrió una mujer mayor. Llevaba una falda azul almidonada y sonreía. Él estuvo a punto de examinar su propio atuendo, por ver si algo andaba mal, pero se contuvo y preguntó:

—¿Está mi hermano en casa?

La mujer dejó de sonreír en el acto, le clavó la mirada y dijo:

—¡Oiga, aquí no hay ningún hermano!

—Soy el profesor Georges Kien, y busco al Dr. Peter Kien, un erudito investigador. Hace ocho años vivía aquí con toda seguridad. Tal vez sepa usted dónde puedo averiguar su dirección, en caso de que se haya mudado.

—Mejor me callo.

—Usted perdone, pero vengo expresamente de París. Al menos podrá decirme si vive aquí o no...

—¡Oiga, dese usted por bien servido!

—Bien servido, ¿por qué?

—Una no es tonta.

—Claro que no.

—¡Se dicen tantas cosas!

—¿Qué? ¿Está enfermo mi hermano?

—¡Valiente hermano! ¡Debiera avergonzarse!

—¡Pero hable de una vez, si es que sabe algo!

—¿Y qué ganaría hablando?

Georg sacó una pieza de su monedero, cogió a la mujer por el brazo y, presionando amablemente, le puso la moneda en la mano, que se había abierto por sí

sola. La mujer volvió a sonreír.

—¡Y ahora cuénteme lo que sepa de mi hermano! ¿Hecho?

—Contar es muy fácil.

—¿Y eso...?

—Un buen día nos morimos, y sanseacabó —replicó ella, levantando los hombros.

Georg sacó una segunda moneda. Ella extendió la otra mano, pero él, en vez de tocársela, dejó caer la moneda desde cierta altura.

—¡Podría irme ahora mismo! —dijo ella, lanzándole una mirada de odio.

—¿Qué sabe usted de mi hermano?

—Ya han pasado más de ocho años. Anteayer descubrieron todo.

Hacía ocho años que Peter no le había escrito. Anteayer llegó el telegrama. Esa mujer sabía, pues, parte de la verdad.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Georg, sólo para animarla a contar más de prisa.

—Fuimos todos a la policía. Una mujer decente va en seguida a la policía.

—Claro, claro. Le agradezco que haya usted ayudado a mi hermano.

—Y tanto. ¡La policía abrió unos ojos!

—¿Pero él qué ha hecho? —Georg se imaginó a su hermano, ligeramente desequilibrado, quejándose de dolor de ojos ante un corro de groseros policías.

—¡Pues robar! No tiene corazón...

—¿Robar?

—¡Y además la mató! No es culpa mía. Fue su primera mujer. La segunda soy yo. Escondió los pedazos. Detrás de los libros había espacio suficiente. Un ladrón, yo lo decía siempre. Anteayer descubrieron al asesino. ¡Y no vea la vergüenza que pasé! ¿Cómo pude ser tan tonta? Siempre digo que una no debiera... Así es la vida. Claro, pensé, ¡con tanto libro! ¿Qué hará entre las seis y las siete? ¡Cortar cadáveres! Y llevarse los pedazos a pasear. Nadie notó nada. Y se robó el talonario de cheques. ¿Acaso me queda algo en el bolsillo? Podría morirme de hambre. A mí también quiso... Yo soy la segunda. Después me divorciaré. ¡Pero oiga, que pague primero! ¡Hace ocho años que debieron encerrarlo! Ahora está aquí abajo. ¡Yo misma lo he encerrado! ¡No permitiré que me mate! —Y rompió a llorar, tirando la puerta detrás de ella.

¡Peter un asesino! ¡El enjuto y taciturno Peter, al que sus compañeros de escuela siempre le pegaban! La escalera tiembla; el techo se derrumba. Un hombre tan pulcro y meticuloso como Georg ve caer su sombrero y ni lo recoge. ¡Peter casado! ¡Qué increíble! Y su segunda mujer —más de 50 años, fea, limitada, vulgar, incapaz de expresarse como un ser humano— ¡se salva anteayer de un atentado! A la primera la despedazó. Ama sus libros y los utiliza como escondite. Peter y la verdad. ¡Si hubiera mentido! ¡Si de joven hubiera mentido descaradamente! ¿Con que por eso lo habían llamado? El telegrama debió enviarlo esa mujer o bien la policía. La leyenda de la

asexualidad de Peter. Una leyenda preciosa como todas, pero sin ninguna base: ¡absurda! Georg, hermano de un sádico asesino. Grandes titulares en todos los diarios. ¡El mayor sinólogo vivo! ¡El mejor conocedor de Extremo Oriente! ¡Una doble vida! Dimisión de su cargo como director de un manicomio. Paso en falso. Divorcio. Sus asistentes lo suceden. ¡Los enfermos, los enfermos: los torturarán, les impondrán tratamientos! ¡Ochocientos! Ellos lo aman, lo necesitan..., no puede abandonarlos, ¡su dimisión es imposible! Se aferran a él por todos lados: no puedes irte, nos iremos contigo, quédate, estamos solos, ellos no entienden nuestra lengua, tú nos escuchas, tú nos entiendes y te ríes con nosotros. Su hermosa colección de aves raras, ahí todos son extranjeros, todos vienen de patrias distintas, ninguno entiende a su vecino, se insultan entre sí y ni se enteran; pero él vive por ellos, no los abandonará: se *queda*. Tendrá que arreglar el asunto de Peter. Su desgracia es soportable. Peter vivía por los caracteres chinos; él, por los seres humanos. Había que internarlo en algún sanatorio. Demasiados años de abstinencia. Su primera mujer le trastornó los sentidos. ¿Cómo controlar un cambio tan brusco? La policía lo soltará. Tal vez logre llevárselo a París. Su enajenación mental es demostrable. En ningún caso abandonaría Georg la dirección del Sanatorio.

Por el contrario, dio un paso adelante, recogió su sombrero, lo sacudió y llamó a la puerta en forma cortés pero decidida. No bien tuvo el sombrero en la mano, volvió a ser el gran médico de siempre, seguro de sí mismo.

—¡Mi querida señora! —mintió—, ¡mi querida señora! —repitiendo estas tres palabras como un joven amante, en tono de súplica y con un fervor que él mismo encontró ridículo, como si estuviera entre el público, frente a la escena donde estaba actuando. La oyó prepararse. Tal vez tenga un espejito, pensó. Quizá se esté empolvando, dispuesta a escucharme. Cuando le abrió, sonreía—. ¡Quisiera hacerle varias preguntas! —Georg sintió su decepción. Ella esperaba una continuación de sus requiebros o, al menos, otra «Mi querida señora». Se quedó boquiabierta, con expresión avinagrada.

—Pero oiga: un asesino, es todo lo que sé.

—¡Quieta! —rugió una voz de fiera. Aparecieron dos puños, seguidos de una cabezota gruesa y rubicunda—. ¡No le crea a esta mujer! ¡Está chiflada! ¡En *mi* casa no hay asesinos! ¡Ni los habrá mientras *yo* mande! El me debía cuatro canarios, por si es usted su hermano: animalitos de primera, criados por mí mismo. Pero me los pagó, y muy bien pagados. Ayer por la noche. Tal vez hoy le abra mi mirilla patentada. El tipo está loco. ¿Quiere verlo? Le damos de comer cuanto nos pide. Yo mismo lo he encerrado. Le tiene miedo a esta mujer. No la traga. Nadie la traga. ¡Mírela! ¡No se imagina lo que ha hecho de él! Lo ha destrozado. Ella no existe para él, dice su hermano. Preferiría estar ciego. Y tiene razón. ¡Es un asco de mujer! ¡Si no se hubieran casado, todo iría bien, incluida su cabeza! La mujer quiso hablar, pero él, de un codazo en las costillas, la empujó al apartamento.

—¿Quién es usted? —preguntó Georg.

—En mí ve usted al mejor amigo de su señor hermano. ¡Firmo Benedikt Pfaff, agente de policía jubilado, alias el Gato Rojo! Tengo a mi cargo esta casa. Mi humilde persona vela por el cumplimiento de la ley. ¿Y usted quién es? Me refiero a su profesión.

Georg pidió ver a su hermano. Todos los crímenes, angustias y perfidias del mundo se desvanecieron. El portero le hizo gracia. Su cabeza le recordaba el sol naciente de aquella mañana. Aunque grosero, era agradable: un hombrón sólido e indomable, como ya casi no quedan en las grandes ciudades y centros de civilización. La escalera gemía. En vez de cargarla, Atlas aplastaba a la pobre Tierra. Sus potentes muslos gravitaban sobre el suelo. Sus pies y sus zapatos eran de piedra. Las paredes retumbaban con sus palabras. ¿Cómo lo aguantarán los inquilinos?, pensó Georg. Se sentía un poco avergonzado por no haber descubierto el cretinismo de aquella mujer en seguida. La simplicidad de su sintaxis lo convenció justamente de que las necedades que contaba eran ciertas. Culpó al viaje, a la música de Mozart que, por primera vez después de largo tiempo, lo distrajo ayer del curso cotidiano de sus pensamientos, y a la expectativa de encontrarse con un hermano enfermo, no con un ama de llaves loca. Que Peter el Austero hubiera caído en manos de aquella grotesca estantigua, parecióle muy revelador. Se rió de la ceguera e inexperiencia de su hermano, que seguro lo había telegrafiado a causa de ella, y se alegró de que el desaguisado fuese tan fácil de subsanar. Una pregunta que le hizo al portero ratificó sus sospechas: esa mujer había administrado la casa de Peter durante años, utilizando sus primeras funciones para usurpar después otras más elevadas. Lo invadió una gran ternura por su hermano, que le ahorraba las complicaciones propias de un asesinato. El telegrama, simple, tenía un significado igualmente simple. ¿Quién sabe si mañana no estaría otra vez en un tren, y pasado, recorriendo de nuevo las salas de su Sanatorio?

En el vestíbulo de entrada, Atlas se detuvo ante una puerta, sacó una llave del bolsillo y abrió.

—Yo entraré primero —susurró, llevándose un dedo enorme a la boca—. ¡Profesor, querido amigo! —Le oyó decir Georg adentro—. ¡Te traigo una visita! ¿Qué me darás a cambio?

Georg entró, cerró la puerta y se quedó perplejo al ver la estrechez del cuartito. La ventana estaba clausurada con tablones y una luz mortecina caía sobre una cama y un armario. Nada se distinguía claramente. Un repugnante olor a comida rancia lo envolvió. Con un gesto maquinal, se tapó la nariz. ¿Dónde estaba Peter? Se oía un rumor extraño, como de animales enjaulados. Georg palpó la pared. Estaba realmente ahí, donde él suponía: ¡qué estrechez tan horrible!

—¡Abra la ventana! —dijo en voz alta.

—¡No se puede! —replicó la voz de Atlas. Peter sufría, pues, de los ojos, no sólo por su mujer; eso explicaba la oscuridad en la que vivía.

—¿Dónde está?

—¡Aquí, aquí! —rugió Atlas como un león en un agujero —acuclillado ante mi invento—. Georg avanzó dos pasos siguiendo la pared y tropezó con un bulto. ¿Peter? Se agachó y palpó el esqueleto de un hombre. Lo levantó; el hombre tiritaba... ¿alguna corriente de aire? No, todo estaba cerrado; alguien dijo en un suspiro sordo y opaco, como un moribundo, como un muerto, si pudiese hablar:

—¿Quién es?

—Soy yo, Georg, tu hermano Georg. ¿Me oyes, Peter?

—¿Georg? —La voz se reanimó ligeramente.

—Sí, Georg; quería verte, he venido a visitarte. De París.

—¿Eres tú, realmente?

—¿Y por qué dudas?

—No veo nada aquí. Es tan oscuro.

—Te reconocí por tu flacura.

De pronto, alguien ordenó con voz seca y cortante (Georg se sobresaltó):

—¡Salga usted de este cuarto, Pfaff!

—¿Cómo?

—Por favor, déjenos solos —añadió Georg.

—Ahora mismo —ordenó Peter, el Peter de antes.

Pfaff se fue. El recién llegado le parecía demasiado fino. Tenía aires de Inspector y seguro era algo así. Ya le haría pagar luego su insolencia al profesor. Como cuota inicial, tiró la puerta al salir; por respeto al Inspector, no la cerró con llave.

Georg acostó a Peter en la cama —sus brazos ni notaron que de pronto ya no lo cargaban—, se dirigió a la ventana y arrancó las tablas.

—Luego volveré a ponerlas —dijo—. Necesitas aire. Si te duelen los ojos, ciérralos un rato.

—No me duelen los ojos.

—¿Entonces por qué los cuidas tanto? Pensé que habías leído demasiado y deseabas descansar un poco en la oscuridad.

—Esas tablas sólo están ahí desde ayer por la tarde.

—¿Quién las ha clavado así? ¿Tú? Apenas puedo despegarlas. Nunca pensé que tuvieras tanta fuerza.

—Fue el portero, el lansquenete aquél.

—¿Lansquenete?

—Una bestia venal.

—A mí me cayó simpático. En comparación con tus otros vecinos...

—A mí también, al comienzo.

—¿Qué te ha hecho?

—Es un mal educado: me tutea.

—Creo que lo hace por demostrarte su amistad. ¿No hará mucho que estás en este cuartito, verdad?

—Desde anteayer al mediodía.



—¿Y te sientes mejor desde entonces? Me refiero a tus ojos. Espero que no hayas traído ningún libro.

—Los libros están arriba. Me robaron mi pequeña biblioteca portátil.

—¡Qué suerte! Si no, hubieras tratado de leer aquí. Y eso sería mortal para tus ojos enfermos. Creo que hasta a ti mismo empiezan a preocuparte. Antes te eran indiferentes y abusabas todo el tiempo de ellos.

—Mis ojos se hallan en perfectas condiciones.

—¿En serio? ¿No tienes ningún problema?

—No.

No quedó ni una tabla en la ventana, por la que ahora entraba una luz intensa y aire en abundancia. Satisfecho, Georg respiró profundamente. El examen iba bien, hasta el momento. Las respuestas de Peter a sus calculadas preguntas eran todas correctas, objetivas y un poco lacónicas, como antes. Todo el mal venía de aquella mujer y sólo de ella; por eso fingió no haber oído una alusión a su persona. Por los ojos de su hermano no temía en absoluto. Su manera de reaccionar ante las reiteradas preguntas sobre el tema, revelaban una indignación justificada. Georg se volvió. De la pared colgaban dos jaulas vacías. La ropa de cama tenía manchas rojas. En uno de los rincones vio un aguamanil: el agua sucia que contenía lanzaba destellos rojizos. Peter era aún más flaco de lo que sus dedos supusieron. Dos marcadas arrugas dividían sus mejillas. El rostro parecía más enjuto, severo y perfilado que años atrás. Cuatro profundos surcos corrían por su frente, dando la impresión de que estuviera siempre con los ojos bien abiertos. De los labios nada se veía; una amarga ranura revelaba su emplazamiento. Los ojos, de un azul acuoso e inexpresivo, examinaban al hermano con fingida indiferencia: en el rabillo palpitaban la curiosidad y el recelo. Peter ocultaba el brazo izquierdo detrás de su espalda.

—¿Qué te has hecho en la mano? —preguntó Georg, quitándosela de la espalda. Estaba envuelta en un trapo empapado en sangre.

—Me he cortado.

—¿Cómo así?

—Comiendo. Se me resbaló el cuchillo contra el dedo meñique. Perdí las dos falanges superiores.

—Le habrás dado con todas tus fuerzas.

—Las falanges colgaban del dedo a medio separar. Pensé que ya eran irre recuperables y me las corté del todo. Para acabar de golpe con el dolor.

—¿Qué te asustó tanto?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Cómo quieres que lo sepa, Peter?

—El portero te lo habrá contado.

—Me parece muy extraño que no me haya dicho una palabra al respecto.

—El tiene la culpa. Yo no sabía que criaba canarios. Escondió las jaulas debajo de la cama; el diablo sabrá por qué. Pasé una tarde y todo el día siguiente en medio de

un silencio sepulcral, aquí en este cuartito. Ayer, mientras cenaba, y justo cuando me disponía a cortar la carne, estalló un estrépito infernal. El primer susto me costó mi meñique. Piensa en la tranquilidad que me rodea cuando trabajo. Pero me vengué de ese desalmado. Le gusta hacer bromas pesadas. Creo que escondió adrede las jaulas debajo de la cama. Pudo haberlas dejado en la pared, de donde ahora cuelgan.

—¿Y cómo te vengaste?

—Solté a los pájaros. Una venganza suave en comparación con mi dolor. Probablemente se hayan muerto. Le entró tal furia que me clausuró la ventana con esas trancas. Y encima le pagué los animales. Él sostenía que eran impagables, que amaestrarlos le había costado años. Lo cual es un infundio, por supuesto. ¿Has leído alguna vez que los canarios canten y enmudezcan siguiendo órdenes humanas?

—No.

—Quiso aumentar el precio de este modo. Podría pensarse que sólo las mujeres andan tras el dinero del marido. Nada más falso. Ya ves lo que me ha costado.

Georg se dirigió a la farmacia más cercana y compró yodo, una venda y unas cuantas pequeñeces para reanimar a Peter. La herida no era peligrosa. Pero que un hombre ya muy débil de por sí hubiera perdido tanta sangre, lo inquietaba. Debieron vendarlo ayer mismo. Ese portero era un monstruo; no pensaba sino en sus canarios. La historia de Peter parecía verídica. Pero no estaría de más interrogar al culpable y ver si ella también era cierta en todos sus detalles. Lo mejor sería subir en el acto al apartamento y escuchar su relato de lo sucedido la víspera y en días anteriores. A Georg no le hacía ninguna gracia. Ya era la segunda vez aquel día que se equivocaba con un hombre. Se creía —y sus éxitos como psiquiatra le daban la razón—, un gran conecedor del ser humano. El rubicundo hombretón no sólo era un fuerte Atlas, sino también un tipo pérfido y peligroso. Su idea de esconder los pájaros debajo de la cama revelaba lo poco que le importaba Peter, aunque se presentase como su mejor amigo. Era capaz de quitarle luz y aire a un enfermo clavando tablas en su ventana. De la herida ni se había preocupado. Una de sus primeras frases, cuando Georg lo conoció, fue que su hermano le había pagado, y muy bien, los cuatro canarios que le debía. El dinero era su gran preocupación. Por lo visto estaba en connivencia con la mujer. Vivía con ella en el apartamento. La tipa había aceptado, entre contenta e irritada, el violento codazo y las palabrotas que él le lanzara. Era, pues, su amante. Ninguna de estas conclusiones se le ocurrieron a Georg arriba. ¡Se sintió tan aliviado al enterarse de la inocencia de Peter! Ahora le dio otra vez vergüenza: había olvidado su sagacidad en casa. ¡Qué ridículo dar crédito a una mujer así! ¡Qué absurdo dar tanta confianza a un lansquenete! (El nombre que le puso Peter era excelente). El tipo se reiría en su cara: lo había engatusado. Nada extraño que esos dos sinvergüenzas le sonriesen todo el tiempo: ¡estaban seguros de aventajar a Peter, de ganarle la partida! Sin duda pensaban quedarse con el apartamento y la biblioteca, y dejar a Peter en este cuchitril. La mujer lo saludó con una gran sonrisa al abrirle la puerta.

Georg decidió vendar a Peter antes de buscar al portero. La herida era más

importante que cualquier explicación. Además, el tipo no le diría nada nuevo. Después sería fácil encontrar algún pretexto para ausentarse media hora del cuartito.

## Odiseo, fecundo en ardid

—Además, no nos hemos saludado como es debido —dijo Georg al regresar—. Ya sé que eres enemigo de las escenas familiares. ¿No tienes agua corriente aquí? En el vestíbulo he visto un grifo.

Fue a buscar agua y pidió a Peter que no hablara.

—Suelo hacerlo sin que me lo digan —fue la respuesta.

—Me encantaría ver tu biblioteca. De niño no entendía tu amor por los libros. Yo era mucho menos inteligente que tú y no tenía tu increíble memoria. ¡Qué chico tan tonto, goloso y juguetón he sido! Me hubiera pasado día y noche haciendo teatro y besando a mamá. Tú, en cambio, te trazaste un objetivo desde el principio. Nunca he conocido a un hombre con una línea de acción tan consecuente como la tuya. Ya sé que detestas los cumplidos y preferirías que me callara y te dejase en paz. ¡Por favor, no te enfades, pero no pienso dejarte en paz! Hace doce años que no te veo y ocho que sólo leo tu nombre en las revistas, pues no me juzgas digno de recibir cartas tuyas. Es probable que en los próximos ocho años no me concedas mejor trato. A París no vendrás, desde luego; sé lo que opinas de los franceses y de los viajes. Y yo no tendré tiempo para hacerte pronto otra visita: estoy sobrecargado de trabajo. Tal vez hayas oído que tengo a mi cargo un Sanatorio cerca de París. Dime, pues ¿cuándo podría agradecerte, si no es ahora? Y *tengo* que darte las gracias. Tu exagerada modestia te impide calcular lo mucho que te debo: mi carácter, en la medida en que tenga uno, mi amor por la ciencia, mi existencia, mi liberación del yugo femenino, mi respeto por las cosas grandes y mi veneración por las pequeñas, tal como tú los posees: más aún que el propio Jakob Grimm. También eres responsable, en última instancia, de mi orientación a la psiquiatría. Tú despertaste mi interés por los problemas del lenguaje, y yo di luego el salto con un estudio sobre el lenguaje de un loco. Claro está que nunca llegaré, como tú, a la entrega absoluta, a ese amor al trabajo por el trabajo y al deber por el deber que exigían Immanuel Kant y, mucho antes que los otros pensadores, Confucio. Temo ser demasiado débil para ello. Los aplausos me hacen bien; tal vez los necesite. Tú eres un hombre envidiable. Tendrás que reconocer que las personas con tu fuerza de voluntad son raras, lamentablemente muy raras. ¿Cómo iban a surgir dos en una misma familia? Por lo demás, leí tu ensayo sobre Kant y Confucio con más interés y apasionamiento que al mismo Kant o los *Diálogos* de Confucio. Es incisivo, exhaustivo, implacable contra quienes no comparten tu opinión, de una profundidad y de un ecumenismo realmente abrumadores. Tal vez hayas leído aquel artículo de una revista holandesa en el que le llamaban el Jakob Burckhardt de las culturas orientales. Sólo que, decían, tú eras mucho menos digresivo y mucho más riguroso contigo mismo. Yo considero tu cultura más universal que la de Burckhardt, lo cual se explica en parte por la mayor riqueza de conocimientos de nuestra época y, sobre todo, por tu misma persona, por tu capacidad de estar solo. Burckhardt era catedrático y dictaba cursos, un

compromiso que no dejó de influir en la formulación de sus ideas. ¡Excelente tu interpretación de los sofistas chinos! A partir de unas cuantas frases, más fragmentarias aún que las que poseemos de los griegos, reconstruyes su mundo o, mejor dicho, sus *mundos*, pues éstos difieren entre sí como un filósofo difiere de otro. El último de tus ensayos largos me agradó muy particularmente. La escuela de Aristóteles, afirmas en él, desempeñó en Occidente el mismo papel que la de Confucio en China. Aristóteles, el nieto espiritual de Sócrates, también recoge todas las otras influencias de la filosofía griega. Entre sus discípulos medievales —y no precisamente los menos importantes— hay algunos cristianos. Del mismo modo, los discípulos tardíos de Confucio elaboraron todo cuanto en la escuela de Mo-Ti, entre los taoístas y más tarde incluso en el Budismo les pareció aprovechable y necesario para mantener su autoridad. Mas no por eso se puede llamar eclécticos a los confucianos o a los aristotélicos. Se hallan muy próximos —como tú lo demostraste irrefutablemente— por sus respectivas incidencias: uno, aquí, en el Medioevo cristiano, los otros, allá y en la misma época, a partir de la dinastía Sung. Claro está que yo no entiendo mucho de estas cosas; no sé ni una palabra de chino. Pero tus conclusiones atañen a quien quiera comprender sus propias raíces, el origen último de sus opiniones o su propio mecanismo mental. ¿Puedo preguntarte en qué estás trabajando ahora?

Mientras lavaba y vendaba la mano, fue observando con insistencia —aunque con la máxima discreción—, el efecto de sus palabras en el rostro de su hermano. Tras la última pregunta, se detuvo.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó Peter—. Me estarás confundiendo con uno de tus pacientes. Sólo entiendes a medias mis teorías científicas porque eres demasiado inculto. ¡No hables tanto! No me debes nada. Detesto la adulación. Aristóteles, Confucio y Kant te son indiferentes. Prefieres a cualquier mujer. De haberte influido yo en algo, no serías director de un asilo de idiotas.

—Pero Peter, me estás...

—Estoy trabajando en diez ensayos a la vez. Casi todos son «fisgoneos lingüísticos», como llamas tú en secreto a los trabajos filológicos. Te burlas de los conceptos. Trabajo y deber son para ti conceptos. Sólo crees en el ser humano, y sobre todo en las mujeres. ¿Qué quieres de mí?

—Eres injusto, Peter. Te he dicho que no entiendo una palabra de chino. «San» significa tres, y «wu», cinco, es todo lo que sé. Además, *tengo* que mirarte a la cara. ¿Cómo, de otro modo, sabría si te hago daño o no en el dedo? Tú mismo no abrirías la boca. Por suerte, tu cara es algo más expresiva que tus labios.

—¡Pues entonces date prisa! Tu mirada es pretenciosa. ¡Y deja mi ciencia en paz! No necesitas fingir que te interesa. ¡Quédate con tus locos! Yo no te pregunto por ellos. ¡Hablas demasiado, porque frecuentas gente todo el tiempo!

—Bueno, bueno. Ya estoy casi listo.

Georg sintió en la mano de Peter que su hermano hubiera querido levantarse al

pronunciar estas bruscas palabras: ¡tan fácil de reanimar era su dignidad personal! Años atrás solía ya manifestarse en la contradicción. Media hora antes estaba acucillado en el suelo, débil e inexistente: un montoncito de huesos del que salía una voz de niño vapuleado. Ahora se defendía con frases breves y malévolas, mostrando deseos de utilizar como arma su estatura.

—Quisiera echarle una ojeada a tus libros, si no te importa —dijo Georg cuando acabó de vendarlo—. ¿Vienes o me esperas aquí? Debieras cuidarte hoy día; has perdido mucha sangre. ¡Recuéstate una hora! Después vendré a buscarte.

—¿Qué piensas hacer en una hora?

—Mirar tu biblioteca. ¿El portero estará arriba?

—Para mirar mi biblioteca te hará falta un día. En una hora no verás nada.

—Sólo quiero echarle una ojeada; ya la miraremos luego juntos, con más detenimiento.

—¡Quédate aquí! ¡No subas! ¡Te prevengo!

—¿Contra qué?

—El apartamento apesta.

—¿Apesta a qué?

—A mujer, por no usar un término más fuerte.

—No exageres.

—Eres un mujeriego.

—¿Mujeriego? En absoluto.

—¡O un faldero, si prefieres! —Y Peter soltó un gallo.

—Comprendo tu odio, Peter. Esa mujer lo merece. Y merecería mucho más.

—¡Tú no la conoces!

—Pero sé lo que has sufrido.

—Hablas como un ciego sobre colores. Tienes alucinaciones. Tus pacientes te las contagian. El interior de tu cabeza es como un caleidoscopio. Vas mezclando formas y colores a tu antojo. ¡Los colores: podríamos llamar a cada uno por su nombre! ¡Pero mejor no hables de cosas que tú no has vivido en carne propia!

—Me callaré. Sólo quise decirte que te entiendo, Peter: yo he pasado por lo mismo, ya no soy el de antes. Por eso cambié de especialidad en aquel momento. Las mujeres son una desgracia: pesas de plomo en el espíritu de la humanidad. Quien tome en serio sus deberes tendrá que sacudírselas de encima, de lo contrario está perdido. No necesito las alucinaciones de mis pacientes, porque mis ojos, sanos y bien abiertos, han visto más cosas. En doce años he aprendido mucho. Tú tuviste la suerte de saber desde el comienzo algo que yo hube de pagar con crueles experiencias.

A fin de que su hermano le creyera, Georg habló con menos énfasis del que disponía. Un viejo rictus de amargura contrajo sus labios. El recelo de Peter aumentó con su curiosidad, como lo demostraba la tensión creciente en el rabillo de ambos ojos.

—¡Qué bien vestido vas! —dijo como única respuesta a toda esa resignación.

—¡Una odiosa obligación! Mi profesión lo exige. Los enfermos incultos suelen impresionarse al ver que un señor de aspecto distinguido los trata con familiaridad. Algunos melancólicos se sienten más edificados por los pliegues de mis pantalones que por mis palabras. Si no curo a esa gente, continuarán en su estado de barbarie. Para abrirles, aunque sea tardíamente, el camino a la cultura, tengo que sanarlos.

—¿Desde cuándo das tanta importancia a la cultura?

—Desde que conocí a un hombre realmente culto y pude ver su labor ya realizada y la que cumple cada día, la certeza en la que vive su espíritu.

—Te refieres a mí.

—¿A quién, si no?

—Tus éxitos se deben a una adulación desvergonzada. Ahora entiendo por qué se habla tanto de ti. Eres un embustero redomado. La primera palabra que aprendiste a decir fue una mentira. El placer de mentir te llevó a ser alienista. ¿Por qué no actor? ¡Debieras avergonzarte ante tus pacientes! Su desgracia es la amarga verdad; se quejan cuando ya no saben qué hacer. Me figuro a cualquiera de esos pobres diablos sufriendo de alucinaciones con un color determinado: «Lo veo todo verde», se queja. Acaso llore. Acaso lleve varios meses torturándose con su absurdo color verde. ¿Y qué haces tú? Yo sé lo que haces. Lo halagas, lo coges por su talón de Aquiles (¿cómo no va a tener uno?: los hombres se componen de puntos débiles), y lo tratas de «querido amigo» y «mi estimado». El entonces se ablanda, empieza por respetarte a ti y luego a sí mismo. Aunque sea el último pobre diablo de la Tierra, tú lo abrumarás con respeto. No bien se imagine ser codirector de tu Sanatorio, privado de la dirección general por un azar injusto, tú te quitarás la máscara. «Querido amigo», le dirás, «el color que está usted viendo no es verde. Es... es... ¡azul!». —Y Peter soltó un gallo—. ¿Acaso lo has curado? ¡No! Su mujer lo seguirá torturando en casa como siempre, lo torturará hasta su muerte. «Cuando la gente se enferma y está a punto de morir, se asemeja mucho a los locos», dice Wang-Chung, un espíritu lúcido que vivió en el primer siglo de nuestra era, entre los años 27 y 98, en la China de los últimos Han, y sabía más sobre el sueño, la locura y la muerte que todos vosotros con vuestra ciencia supuestamente exacta. ¡Cura a tu enfermo de su mujer! Mientras la tenga cerca, estará loco y al borde de la muerte, dos estados bastante próximos, según Wang-Chung. ¡Aléjalo de su mujer, si puedes! Aunque no podrás, claro, porque ella no es tuya. Y si lo fuera, te la guardarías, pues eres un mujeriego. Encierra a todas las mujeres en tu Sanatorio, haz con ellas lo que quieras, agota tus energías, muérete exhausto y estupidizado a los cuarenta años: ¡así habrás curado al menos a los maridos enfermos y sabrás a qué deber fama y honores!

Georg notó muy bien en qué momentos la voz le fallaba a Peter: bastaba con que recordase a la mujer de arriba. Aún no había dicho nada de ella que su voz ya traicionaba un odio agudo, intenso e incurable. Esperaba a todas luces que Georg se la llevara: una misión a su entender tan difícil y peligrosa que le reprochaba su

fracaso anticipadamente. Había que obligarlo a descargar lo más posible su odio. ¡Si le contase los hechos tal y como se le habían grabado en la memoria, remontando hasta sus mismos orígenes! Al dar esas ojeadas retrospectivas sabía Georg hacer las veces de una goma e ir borrando todos los vestigios de la sensible pátina de la memoria. Pero Peter no hablaría nunca de sí mismo. Sus vivencias habían echado raíces en el plano mismo de su erudición. Y en él era más fácil encontrar un punto sensible.

—Creo —dijo Georg con aire seductor y compasivo al mismo tiempo (¡imposible no sentirse aludido!)— que les das mucha importancia a las mujeres. Las tomas demasiado en serio, considerándolas seres humanos como nosotros. Yo sólo veo en las mujeres un mal provisionalmente necesario. Muchos insectos han solucionado este problema mejor que nosotros. Una sola o unas cuantas madres traen al mundo a toda la colonia. Los demás animalitos no se desarrollan. ¿Y existe acaso vida más comunitaria que la de las termitas? ¡Qué terrible acumulación de estímulos sexuales supondría una colonia semejante... si los animales conservaran su sexo! Mas no lo tienen; sólo poseen los instintos respectivos en una escala mínima y que, sin embargo, los asusta. En el enjambre, cuando miles y millares de bichejos sucumben sin razón aparente, veo una liberación de la sexualidad acumulada en toda la colonia. Sacrifican una pequeña parte de su masa para preservar al resto de sus extravíos amorosos. La colonia entera sucumbiría al amor si éste fuera autorizado. No concibo imagen más grandiosa que la de una orgía en un termitero. Los insectos olvidan —un recuerdo monstruoso se apodera de ellos— lo que son: células ciegas de un Todo fanático. Cada uno quiere ser él mismo; la cosa empieza con cien o mil: el delirio cunde, *su* delirio, un delirio masivo; los soldados abandonan las entradas, la colonia entera se consume de amor insatisfecho, no pueden copular, no tienen sexo. El ruido y la excitación, que sobrepasan todo lo habitual, atraen un torbellino de hormigas; el enemigo mortal penetra por las puertas no custodiadas. ¿Qué guerrero piensa en defenderse? Todos quieren amor, y la colonia, que quizá hubiera vivido eternidades, esas eternidades a las que aspiramos, muere, muere de amor, víctima del instinto por el cual nosotros, la especie humana, prolongamos nuestras vidas. ¡Una súbita transformación de lo más sensato en lo más absurdo! Es como si... aunque no admite comparación alguna; sí, es como si un día luminoso, teniendo los ojos sanos y la *razón* intacta, te quemaras con todos tus libros. Nadie te amenaza, tienes el dinero que necesitas y deseas, tus trabajos son cada día más exhaustivos y originales; libros raros y antiguos llegan a tus manos; compras manuscritos fabulosos; ninguna mujer cruza tu umbral; te sientes libre y protegido por tu trabajo, por tus libros... y un buen día, sin ningún motivo, pese a vivir en ese estado fecundo y bendito, prendes fuego a tus libros y los dejas arder tranquilamente contigo. Sería un acontecimiento lejanamente emparentado al de aquel termitero, una irrupción del absurdo, como allí, sólo que en proporciones menos gigantescas. ¿Lograremos superar el sexo algún día, como las termitas? ¡Yo creo cada día más en la ciencia, y cada día menos en la



imposibilidad de sustituir el amor!

—¡El amor no existe! Y lo que no existe no es sustituible ni insustituible. Quisiera poder decir con igual seguridad: las mujeres no existen. ¿Qué nos importan las termitas? ¿Alguien padece ahí con las mujeres? *Hic mulier, hic salta* ¡Quedémonos con los humanos! Que las arañas hembras le devoren la cabeza al macho tras abusar del pobre infeliz o que sólo los mosquitos hembras succionen sangre, no atañe en absoluto a nuestro asunto. La matanza de los zánganos por las abejas es un acto de barbarie. Si no necesitan zánganos, ¿por qué los crían? Y si son útiles, ¿por qué los matan? En la araña, el más cruel y feo de todos los animales, veo la encarnación de la femineidad. Su tela brilla al sol, venenosa y azul.

—Ahora eres tú quien habla sólo de animales.

—Porque conozco demasiado al ser humano. Prefiero no empezar. De mí no te hablaré. Realmente soy *un* caso, y sé que hay otros mil peores que el mío, a cual más grave. Los filósofos realmente grandes viven convencidos de la inutilidad de la mujer. ¡Busca en los *Diálogos* de Confucio, donde hay miles de opiniones y juicios sobre todos los temas de la vida cotidiana y más que cotidiana, *una sola* frase sobre las mujeres! ¡No hallarás ninguna! El maestro del silencio las ignora con su silencio. Hasta el luto por su muerte le parece a él, que reconoce en las formalidades un valor interno, algo inoportuno y molesto. Su mujer, con la que se casó muy joven, según la costumbre —no por convicción, y menos aún por amor— murió tras largos años de matrimonio. Su hijo estalló en ruidosas lamentaciones junto al cadáver. Lloró y se puso a temblar: como esa mujer había sido, por azar, su madre, la consideraba insustituible. Pero su padre, Confucio, le reprochó en términos duros su dolor. *Voilà un homme* Más tarde, su experiencia ratificó esta convicción. Durante varios años, el príncipe del Estado de Lu lo empleó como ministro. El país floreció bajo su administración. El pueblo se recuperó, respiró y empezó a tener confianza en sus dirigentes. Pero la envidia se apoderó de los Estados vecinos: temían ver perturbado el equilibrio de poderes, una teoría en boga ya en los tiempos más antiguos. ¿Qué hicieron para silenciar a Confucio? El más astuto de ellos, el príncipe de Tsi, envió a su vecino de Lu, a cuyo servicio estaba Confucio, ochenta mujeres escogidas, entre bailarinas y flautistas, que sedujeron al joven príncipe, debilitándolo. La política le pareció a partir de entonces aburrida y encontró tediosos los consejos del Sabio: las mujeres lo divertían mucho más. Por ellas fracasó la magna obra de Confucio, que cogió el bastón de peregrino y echó a andar, como un apátrida, de un sitio a otro, desesperado por los sufrimientos del pueblo y esperando en vano recobrar sus influencias: en todas partes encontró a los príncipes bajo el poder de las mujeres. Murió amargado; pero era demasiado noble para lamentar su desgracia. Yo lo he sentido en varios de sus proverbios más breves. Yo tampoco me quejo. Sólo generalizo y saco conclusiones evidentes.

»*Buda* fue contemporáneo de Confucio. Inmensas montañas los separaban, ¿cómo hubieran podido conocerse? Es probable que ninguno supiera el nombre del país al

que pertenecía el otro. “¿Por qué motivo, Venerable?”, preguntole un día Ananda, el discípulo favorito de Buda, a su maestro, “¿por qué causa las mujeres nunca toman parte en las asambleas públicas, no dirigen negocios ni se ganan la vida con una profesión independiente?”.

»“Las mujeres son irascibles, Ananda; las mujeres son celosas, Ananda; las mujeres son envidiosas, Ananda; las mujeres son necias, Ananda. Este es el motivo, Ananda, esta es la causa por la cual no toman parte en las asambleas públicas, ni dirigen negocios, ni se ganan la vida con una profesión independiente”.

»Varias mujeres imploraron su admisión en la Orden y fueron apoyadas por los discípulos, pero Buda se negó a ceder durante largo tiempo. Decenios más tarde sucumbió a su propia clemencia, a su piedad por ellas, y fundó, a falta de algo mejor, una Orden para monjas. Entre las ocho estrictas Normas que les impuso, la primera dice: “Aunque llevare ya cien años en la Orden, una monja tendrá que saludar a un monje —no importa que éste haya sido ordenado el mismo día— con el máximo respeto. Deberá levantarse ante él, juntar las manos y honrarlo como es debido. Tendrá que respetar esta norma, reverenciarla, honrarla, observarla religiosamente y no transgredirla durante toda su vida”.

»La séptima Norma, cuya religiosa observancia les fue encomendada en los mismos términos, estipula: “Una monja no debe en ningún caso injuriar o censurar a un monje”.

»La octava: “A partir de hoy día, el acceso a los hombres por vía del lenguaje estará vedado a las monjas. Pero los monjes podrán acercarse a ellas por la vía del lenguaje”.

»Pese a las barreras que el Sublime alzara contra las mujeres en sus ocho Normas, lo invadió una gran tristeza al terminar y dijo a Ananda: “Si no les fuera permitido a las mujeres, Ananda, según la doctrina y enseñanzas del Perfecto, retirarse del siglo y consagrarse a una vida errante, esta Orden sagrada perduraría mucho tiempo, la Doctrina verdadera duraría mil años. Mas como una mujer, Ananda, se ha retirado del siglo para consagrarse a una vida errante, esta Orden sagrada, Ananda, no perdurará mucho tiempo, y la Doctrina verdadera sólo durará quinientos años”.

»“Igual que si un hermoso *arrozal*, Ananda, es atacado por la enfermedad llamada añublo, perece al poco tiempo, así también perecerá la Orden sagrada si a las mujeres se les permite, en virtud de una doctrina y de unas enseñanzas, retirarse del siglo y consagrarse a una vida errante”.

»“Igual que si una hermosa plantación de azúcar, Ananda, es atacada por la enfermedad llamada *azul* y perece al poco tiempo, así también perecerá la Orden sagrada si a las mujeres se les permite, en virtud de una doctrina y de unas enseñanzas, retirarse del siglo y consagrarse a una vida errante”.

»Me parece oír aquí, a través del lenguaje impersonal de la fe, una enorme desesperación personal, un tono doloroso que no he encontrado en ningún otro sitio, en ninguna de las innumerables frases que nos han llegado de Buda.

»“Duro como un árbol, Como los ríos sinuoso, Perverso como una mujer, Tan perverso y absurdo” dice uno de los proverbios más antiguos de la India; bondadoso, como la mayoría de los proverbios, en comparación con el horrible tema al que alude, pero indicativo del sentimiento popular de los hindúes.

—Lo qué dices sólo me resulta nuevo en parte. Admiro tu memoria. Del caudal infinito de la tradición, citas lo que corrobora tus tesis. Me recuerdas a los antiguos brahmanes que, antes de que existiera la escritura, transmitían oralmente a sus discípulos los *Vedas*, más vastos que los libros sagrados de cualquier otro pueblo. Tú tienes en tu cabeza los libros sagrados de todos los pueblos, no sólo de los hindúes. No obstante, *pagas* tu memoria científica con una peligrosa carencia: no ves lo que ocurre a tu alrededor, nunca recuerdas tus propias experiencias. Si yo te pidiese (cosa que desde luego no haré): cuéntame cómo caíste en manos de aquella mujer, cómo logró mentirte y engañarte, utilizarte y jugar contigo, cuéntame en detalles las maldades y estupideces que, según tu proverbio indio, la componen, para que yo mismo pueda formarme un juicio y no tenga que aceptar el tuyo a ciegas..., serías incapaz de responderme. Tal vez hicieras un esfuerzo de memoria por tratarse de mí, pero sería en vano. ¿Ves?, yo poseo el tipo de memoria que te falta; en eso soy cien veces superior a ti. Nunca olvido lo que un hombre me haya dicho por herirme o halagarme. Pero las declaraciones, las simples constataciones que bien pueden dirigirse a mí como a cualquier otro, se me escapan con el tiempo. La memoria sensitiva —como me gustaría llamarla— es propia del artista. Las dos juntas: memoria sensitiva y memoria intelectual —o sea la que tú posees— hacen posible el hombre universal. Tal vez te haya sobrestimado. Si ambos pudiéramos fusionarnos en un solo hombre, tú y yo, surgiría un ser espiritualmente perfecto.

Peter frunció la ceja izquierda.

—Las memorias carecen de interés. Las mujeres, cuando leen, se alimentan de memorias. Yo observo muy bien lo que me ocurre. Tú eres curioso, yo no. Oyes cada día historias nuevas y, para variar, quisieras oír hoy alguna mía. Yo, en cambio, me niego a oír historias: esta es la diferencia entre nosotros. Tú vives de tus locos; yo, de mis libros. ¿Qué es más respetable? Yo podría vivir en un simple agujero, pues llevo mis libros en la cabeza; tú, en cambio, necesitas todo un manicomio. ¡Pobre criatura! ¡Me das lástima! En el fondo eres una mujer. Estás hecho de sensaciones. Vas saltando de novedad en novedad. Yo me mantengo firme. Cuando una idea me inquieta, no me abandona durante semanas. Tú te precipitas en seguida sobre otra y llamas a eso intuición. Si padeciera de alucinaciones, me sentiría orgulloso. ¿Qué mejor prueba de carácter y de entereza? ¡Inténtalo con algún delirio de persecución! *Te regalo* mi biblioteca si lo consigues. Eres huidizo como una anguila, eludes cualquier idea sólida y nunca tienes alucinaciones. Yo tampoco, pero tengo un don imprescindible: el carácter. Acaso te parezca una pedantería de mi parte, pero lo cierto es que he probado mi carácter. Por voluntad propia y sin ayuda de nadie —ni siquiera he tenido un confidente—, pude liberarme de una presión, de una carga, de

una muerte, de una maldita corteza de granito. ¿Dónde estaría si te hubiera esperado? ¡Arriba! Pero me fui a la calle y abandoné mis libros; ¡no te imaginas qué libros!, tienes que conocerlos. Tal vez sea un asesino. Moralmente debo serlo, pero asumo la responsabilidad y no me asusta. La muerte rompe matrimonios. ¿Me estaría permitido menos que a la muerte? ¿Qué es la muerte? La interrupción de ciertas funciones, algo negativo, la nada. ¿Debo acaso aguardarla? ¿Aguardar el capricho de un cuerpo decrepito y tenaz? ¿Quién espera cuando tiene en juego su trabajo, su vida y sus libros? Llegué a odiarla. Y aún la sigo odiando: ¡la odio después de muerta! Tengo derecho a odiarla; te demostraré que todas las mujeres merecen odio. Tal vez pienses que sólo conozco el Oriente: saca de su especialidad las pruebas que necesita, estarás pensando. Pues bien, te bajaré el azul del cielo sin mentirte; sólo verdades, verdades duras, hermosas y afiladas, verdades de todo tipo y dimensión; verdades para el sentimiento y verdades para la *razón*, aunque en ti, como en toda mujer, sólo funcione el sentimiento; verdades hasta que veas azul; no negro, sino azul, azul, azul, pues el azul es el color de la fidelidad. Pero dejemos esto. Me has apartado del tema inicial de nuestra charla. Nos hemos reducido al nivel de analfabetos. Tú me degradas. Debiera callarme. ¡Me conviertes en una arpía chillona, aunque argumentos no me faltan!

Peter jadeaba. La boca le temblaba violentamente. En su interior se movía una lengua cuyas desesperadas convulsiones evocaban las de un náufrago a punto de ahogarse. Las arrugas de su frente se deformaron. Él lo notó al hablar y se llevó una mano a ellas. Puso tres dedos en los surcos y, presionando con fuerza, los deslizó varias veces de derecha a izquierda. La cuarta arruga no recibe ninguna atención, pensó Georg. Por suerte hay una boca en aquella ranura. Tiene labios y una lengua, como todo el mundo, ¿quién lo hubiera creído? No quiere contarme nada. ¿Por qué desconfiará de mí? ¡Qué tal orgullo! Teme que me burle de él por haberse casado. Ya de joven despotricaba siempre contra el amor. Hombre adulto, nunca le pareció que valiera la pena hablar de él. «Si pudiera dar con Afrodita, la mataría». Adoraba a Antístenes, el fundador de la escuela cínica, por haber dicho esta frase. Pero vino una vieja asquerosa y arrastró al victimario de Afrodita a la miseria. ¡Qué gran carácter! ¡Qué firmeza la suya! Georg sintió un placer maligno. Peter lo había insultado. Estaba acostumbrado a recibir insultos, pero éstos lo habían herido. Las palabras de Peter tenían sentido. Georg no podía vivir sin sus enfermos, era cierto. Les debía mucho más que su pan y su fama; constituían el substrato de su existencia anímica y espiritual. El ardid que empleara para hacer hablar a Peter resultó un fracaso. En vez de contar, insultó a Georg y se acusó a sí mismo de un asesinato. Se había escapado de su mujer. Para no avergonzarse demasiado de su reprobable acción, se presentaba como un criminal. La conciencia de un crimen que no era tal, le resultaba soportable. Hasta los hombres más fuertes se prueban a sí mismos su integridad dando rodeos. Peter tenía motivos para considerarse un cobarde. No echó a su mujer de casa, sino que se echó a sí mismo. De la calle, donde paseó un tiempo su larga y ridícula figura,

volvió al cuartucho del portero. Allí, en aquella prisión, purgó su horrible crimen. Para que el tiempo se le hiciera menos largo, telegrafió antes a su hermano. A éste le correspondía una misión muy peculiar en todo el plan. Tendría que echar fuera a la mujer, poner al portero en su sitio, persuadir al hombre fuerte de que no era un criminal y volver con él en triunfo a la biblioteca, ya libre y purificada. Georg se vio de pronto como una pieza importante en el mecanismo que otro había puesto en marcha para salvaguardar su dignidad amenazada. La comedia bien valía una falange de la mano izquierda. A Peter aún le dolía. Pero esa simulación de un trastorno, ese abuso de la dignidad ajena para recuperar la suya propia, ese juego del que él mismo era víctima —él, acostumbrado a jugar con los demás— lo fastidiaban. Con qué gusto le hubiera dado a entender que comprendía. Decidió reincorporar a Peter al sosiego de su erudita existencia, con prudencia y desinterés, como su profesión lo exigía. Se reservó una mínima venganza para dentro de unos años. Cuando volviera a visitar a Peter, pues ya había decidido esta visita, le expondría en forma amable, pero despiadada, lo que ocurrió realmente entre ellos dos en aquel cuartucho.

—¿Tienes argumentos? ¡Pues dímelos! Creo que tus frases nos llevarán siempre a la China o a la India.

Eligió el camino largo, pues el corto estaba cerrado. Como Peter se negaba a darle un informe simple, Georg tendría que deducir, a partir de frases supuestamente científicas, lo que su hermano sentía contra esa mujer. ¿Cómo arrancarle las espinas de la carne si no las veía? ¿Cómo calmarlo sin saber en qué rincones se había escondido su inquietud, qué estaba tramando, cómo se manifestaba, qué pensaba del pasado de la raza humana por el cual, monstruosa criatura, sustituyó al suyo propio?

—Me quedaré en Europa —prometió Peter—, aquí hay más cosas que decir sobre las mujeres. Las grandes epopeyas nacionales de los alemanes y los griegos tienen intrigas femeninas como tema. No puede hablarse de influencia mutua. ¿Acaso admiras la cobarde venganza de Crimilda? ¿Fue ella misma quien se lanzó a combatir, quien acaso se expuso al menor peligro? No, se limitó a incitar a otros, tramó intrigas, abusó, traicionó. Y al final, no temiendo ya ningún peligro, decapitó con sus propias manos a Günther y a Hagen encadenados. ¿Por fidelidad? ¿Por amor a Sigfrido, de cuya muerte era culpable? ¿Porque las Furias la hostigaban? ¿Sabía acaso que sucumbiría a su venganza? ¡No, no y no! Ningún sentimiento noble la impulsaba. ¡Sólo le interesaba el tesoro de los *Nibelungos*! Por charlatana perdió sus joyas y decidió vengarlas. Entre las joyas también había un hombre. Lo perdió junto a ellas, y con ellas lo vengó. Hasta el último momento esperó que Hagen le revelara el escondite del tesoro. ¡Cuánto le agradezco al poeta, o al pueblo que prefiguró su obra, que hiciera desaparecer a Crimilda!

Ella habrá sido codiciosa y le pediría dinero todo el tiempo, pensó Georg.

—Los griegos eran menos justos. Le perdonaron todo a Elena por ser bella. Yo, por mi parte, tiemblo de indignación siempre que me la encuentro en Esparta, con sus ojos de perra, junto a Menelao. ¡Como si nada hubiera sucedido: diez años de guerra,

los griegos más fuertes, hermosos y nobles, caídos en combate, Troya incendiada y París, su amante, muerto! ¡Si al menos se callara! Habían pasado años desde entonces, pero ella aún hablaba ingenuamente de aquel tiempo en que «... los aqueos fuisteis por mí, ojos de perra, a empeñar fieros combates con los troyanos...». Llega incluso a contar cómo Odiseo, disfrazado de mendigo, se introdujo en la Troya sitiada y mató a muchos hombres.

»“Prorrumpieron las troyanas en fuertes sollozos y a mí el pecho se me llenaba de júbilo, porque ya sentía en mi corazón el deseo de volver a mi casa y deploraba el error en que me había puesto Afrodita cuando me condujo allá, lejos de mi patria, y hube de abandonar a mi hija, el tálamo y un marido que a nadie le cede ni en inteligencia ni en *gallardía*”.

»Contó esta historia ante sus huéspedes y, por supuesto, en presencia de Menelao. Por él sacó la moraleja. Y así volvió a ganárselo con sus lisonjas, consolándolo de su antiguo adulterio. Paris me parecía entonces más hermoso de alma y cuerpo, es el sentido oculto de sus palabras, pero hoy sé que tú eres igualmente bello. ¿Quién va a pensar que Paris ya no existe? Para una mujer, un hombre vivo es más hermoso que uno muerto. Le gusta siempre lo que tiene a mano. Y ella aprovecha esta debilidad de su carácter, utilizando la adulación.

Ella le habrá reprochado su triste figura, pensó Georg, engañándolo con otra menos triste. Cuando el otro se murió, volvió a acercársele con sus lisonjas.

—¡Oh, Homero sabe más de mujeres que nosotros! ¡El ciego puede darnos clase a los que vemos! Recuerda el adulterio de Afrodita, para quien Hefesto no era lo bastante bueno porque cojeaba. ¿Con quién lo engaña? ¿Acaso con Apolo, el poeta, un artista como Hefesto, poseedor de toda la belleza que ella echa de menos en el herrero cubierto de hollín? ¿O con Hades, el sombrío y misterioso señor de los Infiernos? ¿Con Poseidón, el robusto e iracundo dios que desencadenaba tempestades en los mares? Hubiera sido el esposo indicado, pues ella surgió del mar. ¿Con Hermes, gran conocedor de todos los ardides del mundo (incluso los de las mujeres), cuya astucia y habilidad comercial debieron cautivarla a ella, diosa del amor? No, prefiere a Ares, que compensa la vacuidad de su cabeza con la abundancia de sus músculos: un rubicundo mastuerzo, dios de los lansquenets griegos, sin espíritu, pero con dos buenos puños, ilimitado sólo en su violencia, aunque limitadísimo en todo el resto.

Ya llegamos al portero, pensó Georg, el segundo verdugo.

—De puro torpe se queda preso en la red. Siempre que leo cómo Hefesto los atrapa a ambos en su red, cierro el libro y beso con unción el nombre de Hornero diez o veinte veces. Mas no por eso me pierdo el fin. Ares se evade penosamente, pues aunque burro, también es hombre: aún le queda una chispa de vergüenza en el cuerpo. Afrodita, radiante, huye en seguida a Pafos, donde la aguardan sus templos y altares, y se repone de su vergüenza —todos los dioses se rieron al vería en la red— envolviéndose en sus mejores galas.

Cuando los sorprendió a los dos, pensó Georg, el portero, aún modesto en esa época, debió de escaparse, perplejo, y olvidar sus puños en presencia del rico erudito. Pero ella adoptó un aire de insolencia —único recurso de los sorprendidos *in fraganti*—, y se vistió en la habitación contigua. ¿Jean, dónde estás?

—Creo adivinar tus pensamientos. Piensas que tengo a la *Odisea* en contra. En tus ojos leo los nombres de Calipso, Nausícaa y Penélope. Voy a presentártelas en toda su belleza, que *cada crítico elogia confiando ciegamente en la opinión de otros*. Antes mencionaré que Circe, una mujer, transformaba en cerdos a todos los hombres. Calipso retuvo siete años a Odiseo, al que amaba con todo su cuerpo. Él se pasaba el día entero a la orilla del mar, llorando amargamente y torturado por la nostalgia y el oprobio. De noche debía dormir con ella: era su *obligación*, noche tras noche, aunque no quisiera. Y no quería. Deseaba irse a su casa. Era un hombre activo, lleno de energía, valor e inteligencia: un personaje asombroso, el actor más grande de todos los tiempos y, sin embargo, un héroe. Ella lo ve llorar y sabe muy bien de qué padece. Ocioso y alejado de los seres cuyos actos y palabras son el aire que respira, derrocha junto a ella sus mejores años. La ninfa no lo deja ir. Jamás lo hubiera permitido. Pero Hermes trae un día la orden de los dioses: dejar en libertad a Odiseo. Se ve obligada a obedecer. Malgasta las últimas horas que le quedan en granjearse las simpatías del héroe. Yo misma he decidido liberarte, le dice, porque te amo y me das lástima. El cala en sus intenciones, pero se calla. Así actúa una diosa inmortal: tendrá hombres y amor por toda la eternidad, nunca envejecerá. ¿Qué puede importarle la breve y mísera existencia de aquel mortal, ya erosionada a medias por el tiempo?

Nunca lo dejaría en paz, pensó Georg, ni de noche, ni cuando trabajaba.

—Poco sabemos de Nausícaa: era demasiado joven. Sin embargo, entrevemos sus aficiones. Desea un esposo como Odiseo, nos dice. Lo vio desnudo en la playa y eso le bastó: era un hombre bello. ¿Quién era? No tenía la menor idea. Hizo su elección en base al cuerpo. De Penélope, la leyenda afirma que esperó veinte años a Odiseo. El número de años es exacto, pero ¿por qué lo esperó tanto? Porque no pudo decidirse por ninguno de los pretendientes. La fuerza de Odiseo la había corrompido. Ningún otro hombre le gustaba. Se prometía muy poco placer de aquellos sibaritas. ¡Amaba a Odiseo! ¡Qué gran mentira! Su perro viejo, débil y agotado lo reconoce cuando llega disfrazado de mendigo, y muere de alegría. Ella no lo reconoce y sigue viviendo tan tranquila. Sólo llora cada noche, antes de dormirse. Al comienzo lo añoraba; él era un hombre ardiente y fiero. Después, el llanto se le convirtió en una costumbre, en un somnífero imprescindible. En vez de recurrir a una cebolla, recordaba a su adorado Odiseo y berreaba hasta quedarse dormida. ¡La bondadosa Euriclea, ancianita tierna e indesmayable, prorrumpe en gritos de júbilo al ver a los pretendientes muertos y a las sirvientas ahorcadas! ¡El vengador Odiseo, el auténtico ofendido, se ve obligado a reprochárselo!

Lo que odia en Penélope y Euriclea, pensó Georg, es su condición de mujeres hacendosas. Ella fue, antes que nada, su ama de llaves.

—El legado más precioso y personal de Hornero son, para mí, las palabras que Agamenón, una sombra azul y opaca en los infiernos (su mujer lo había asesinado), dirige a Odiseo:

»“Por tanto, jamás seas benévolo con tu mujer ni le descubras todo lo que pienses; antes bien, particípale unas cosas y ocúltale otras... Otra cosa voy a decir que pondrás en tu corazón: al tomar puerto en la patria tierra, hazlo ocultamente y no a la descubierta, pues ya no hay que fiar en las mujeres...”.

»La crueldad es uno de los atributos esenciales de las diosas griegas. Los dioses son más humanos. ¿Ha habido acaso criatura más implacablemente torturada y perseguida que Heracles por Hera, a la que no hizo otro daño que nacer? Cuando al fin muere y se libera de las terribles mujeres que hicieron hasta de su muerte un infierno, ella, mediante un pérfido ardid, le escamotea la inmortalidad. Pero los dioses, deseosos de resarcirlo por sus sufrimientos y avergonzados del odio de la cruel Hera, en compensación le conceden la inmortalidad. Hera introduce entonces, de matute, una mujer en su regalo: lo empareja con su hija Hebe. Los dioses, orgullosos, consideran una suerte que alguien tome por esposa a una inmortal. Heracles estaba indefenso. Si Hebe hubiera sido un león, la habría destrozado con su porra. Pero era una diosa. Él sonrió y agradeció. Lo sacaban de una vida llena de peligros para transplantarlo... ¿adónde? ¡A un matrimonio inmortal! Un matrimonio inmortal en el Olimpo, bajo un cielo azul, mirando un mar azul...

Lo que más teme es la indisolubilidad de su matrimonio. Georg se alegró pensando en el divorcio con que obsequiaría a su hermano. Peter se calló, fijando la mirada en el vacío.

—Dime una cosa —continuó balbuceante—, yo sufro de ilusiones ópticas. He intentado imaginarme el Mar Egeo y me parece mucho más verde que azul. ¿Tiene esto algún sentido? ¿Tú qué piensas?

—¡Qué ocurrencia! Eres un hipocondríaco. El mar puede adquirir las coloraciones más diversas. Seguro que el tono verdoso evoca en ti recuerdos placenteros. A mí me ocurre algo muy similar. También me agrada ese verde insidioso que, en los días oscuros, precede a las tormentas.

—Encuentro el azul mucho más insidioso que el verde.

—Las opiniones sobre los colores varían de persona a persona, según he comprobado. En general, el azul es considerado agradable. Recuerda el azul simple y candoroso de los cuadros de Fra Angélico.

Peter volvió a callarse. De pronto cogió a Georg por la manga y le dijo:

—Ya que hablamos de pintura, ¿qué piensas tú de Miguel Ángel?

—¿Por qué precisamente Miguel Ángel?

—En el centro mismo del techo de la Capilla Sixtina, Eva es creada de la costilla de Adán. Esta escena, que convirtió el mejor de los mundos —recién formado— en el peor de cuantos existen, ocupa menos espacio que las que representan la creación de Adán y la expulsión del Paraíso, dispuestos a ambos lados. Lo que en ella ocurre es



más bien algo mezquino y miserable: el robo de la peor costilla del hombre, la separación de los sexos, uno de los cuales no es más que un fragmento del otro. Pero este ínfimo suceso figura en el centro de la creación. Adán está durmiendo. De haber estado despierto, se hubiera guardado su costilla. ¿Por qué el fugaz deseo de una compañera hubo de convertirse en su fatal destino? Dios agotó su buena voluntad creando a Adán. Desde entonces lo trató como a un extraño, no como a su obra. Lo hizo esclavo de palabras y de estados de ánimo, más fugaces que las nubes, obligándolo a soportar eternamente sus propios caprichos. De los caprichos de Adán surgieron los instintos del género humano. Él dormía. Y el buen Dios Padre, maliciosamente indulgente en esta ocasión, transforma su costilla en Eva. Ésta tiene un pie en la tierra y otro en el costado de Adán. Antes de poder arrodillarse, junta las manos. Sus labios murmuran una lisonja. Las lisonjas dirigidas a Dios se llaman plegarias. Mas ella no aprendió a rezar por necesidad. Es previsora. Mientras Adán duerme, ella va atesorando buenas obras. Guiada por su instinto, intuye la vanidad de Dios, que es gigantesca como Él mismo. Dios se comporta de manera diferente en las distintas escenas de la creación. Entre cuadro y cuadro se cambia de indumentaria. Envuelto en una túnica amplia y de hermosos pliegues, contempla a Eva. No advierte su belleza, pues en todas partes sólo se ve a Sí mismo, pero acepta su homenaje. El gesto de Eva es vulgar y pecaminoso. Desde el primer instante empieza a calcular. Está desnuda, pero no se avergüenza ante ese Dios envuelto en su amplia túnica. Sólo conocerá la vergüenza cuando fracase en uno de sus pecados. Adán yace a su lado, exhausto como después de un coito. Su sueño es ligero. Está soñando con la tristeza que Dios le ha regalado. Del miedo a la mujer surgió el primer sueño del hombre. Y cuando Adán se despierta, Dios, con toda crueldad, los deja solos; ella se arrodilla frente a él, con las manos juntas como ante Dios y las mismas lisonjas en los labios, con lealtad en la mirada y ansias de poder en el corazón, y lo arrastra a la lujuria para que ya no pueda escapársele. Adán es más generoso que Dios. Dios se ama a sí mismo en su creación. Adán ama a Eva, lo Segundo, lo Otro, el Mal, el Infortunio. Le perdona lo que es: una costilla hinchada. Lo olvida, y de Uno surgen Dos. ¡Qué desgracia por siempre jamás!

Un capricho o una veleidad serán culpables de su matrimonio. Se habrá casado contra su voluntad, y no se lo perdona. Lo irrita creer sólo en el imperativo categórico y no en Dios. Si no, le echaría a Él la culpa. Levanta la mirada hasta el techo de la Sixtina para formarse una idea de Dios. En todas las artes plásticas no existe otro Dios bíblico digno de fe. Lo necesita para denigrarlo. Y Georg lanzó en voz alta una frase obsequiosa, lo más lejana posible de sus pensamientos:

—¿Por qué por siempre jamás? Hace un instante hablábamos de las termitas, que han superado el sexo. Este no es, por tanto, un mal absoluto e inextinguible.

—Sino un milagro exactamente igual a la orgía amorosa en el termitero o el incendio de mi biblioteca, que es imposible, absurdo, inconcebible, un acto de locura, una traición sin precedentes contra un cúmulo de maravillas que es casi imposible

encontrar juntas, una infamia y una obscenidad que no debiste, ni de broma, pronunciar en mi presencia, y mucho menos suponer. Ves muy bien que no estoy loco, ni siquiera trastornado. ¡He soportado tantas cosas! Estar excitado no es una vergüenza. ¿Por qué me miras y te ríes? Mi memoria está intacta, sé todo lo que quiero, soy dueño de mí mismo; ¿por qué?, porque me casé una vez, pero nunca he tenido una aventura amorosa. En cambio, ¿qué no habrás hecho tú en amores? El amor es una lepra, una enfermedad heredada de los organismos unicelulares; otros se casan dos y hasta tres veces, yo nunca tuve nada con ella; me ofendes, no debiste ni decírmelo, tal vez un loco lo haga, yo nunca incendiaré mi biblioteca, lárgate, si tanto insistes, vuelve a tu asilo de idiotas. ¿Dónde tienes la cabeza?, a todo lo que digo contestas con un sí y amén. ¡Hasta ahora no te he oído decir nada original, parlanchín que crees saberlo todo! Huelo tus ideas sarcásticas: apestan. Está loco, piensas, porque insulta a las mujeres. ¡No soy el único! ¡Te lo demostraré! ¡Retira tus inmundos pensamientos! Fui yo quien te enseñó a leer, mocosito. Ni siquiera sabes chino. Más tarde me divorciaré, de todos modos. Tengo que rehabilitar mi honor. La mujer no es necesaria en un divorcio. Que se revuelque en su tumba. Aunque no está enterrada: ni siquiera merece una tumba. ¡Merecería el infierno! ¿Por qué no hay infierno? Es preciso instalar uno. Para mujeres y mujeriegos como tú. ¡Lo que digo es cierto! Soy un hombre serio. Pronto te irás y no te ocuparás de mí. Me quedaré solo. Pero tengo una cabeza. Puedo cuidarme solo. No te legaré mis libros. Prefiero quemarlos. Además, te morirás antes que yo; estás hecho un guiñapo, por culpa de tu inmunda vida; escúchate hablar a ti mismo: sin fuerzas, en frases largas y sinuosas; siempre tan educado, como buena mujer; eres como Eva, pero yo no soy Dios, ¡conmigo no tendrás ningún éxito! ¡Descansa un poco de tu femineidad! Tal vez vuelvas a ser hombre. ¡Pobre criatura sórdida! Me das lástima. Si estuviera en tu lugar, ¿sabes qué haría? No lo estoy, pero si tuviera que estarlo, si no tuviera más remedio, si ninguna ley natural se apiadase de mí... tendría una solución. ¡Incendiaría tu Sanatorio, hasta que ardiese con todos sus ocupantes y conmigo, pero sin mi biblioteca! Un libro vale más que un loco, un libro vale más que un ser humano. Tú no lo entiendes, porque eres un comediante y necesitas aplausos. Los libros son mudos, hablan y son mudos: ¡eso es lo extraordinario! Hablan y los oyes con más rapidez que si tuvieras que aplicar los oídos. Te enseñaré mis libros, pero no ahora; luego. ¡Y tendrás que disculparte por tu abominable sugerencia, si no quieres que te eche fuera!

Georg no lo interrumpió; quería oírlo todo. Peter hablaba con tal prisa y excitación que ninguna palabra amable lo hubiera detenido. Se había puesto en pie: no bien empezó a hablar de libros, sus tímidos gestos se hicieron amplios y seguros. Georg se arrepintió de la imagen que, a falta de otra mejor, eligiera para ilustrar el mundo de las termitas y su dichosa asexualidad, y orientar la fantasía de su hermano en esa dirección: ¡funesta elección! La simple idea de prender fuego a sus libros le ardió a Peter más que el fuego mismo. ¡Amaba tanto su biblioteca! Era el sustituto de

los seres humanos. Si bien debió ahorrarle este dolor, tampoco había sido un golpe inútil. Por él se enteró Georg de que existía, contra la mujer, un remedio más seguro que el veneno: un amor desmesurado que bastaba con oponer a ese odio para extinguirlo y aniquilarlo. Valía la pena seguir viviendo por libros que uno protegía con tanta pasión de un peligro puramente imaginario. Echaré a esa mujer pronto y sin ruido, se propuso Georg, y al portero junto con ella. Alejaré del apartamento cuanto pueda recordársela, y examinaré la biblioteca para ver si está intacta; arreglaré sus asuntos de dinero —es probable que le quede poco o nada—, volveré a acercarlo al corazón de sus libros, atizando su viejo amor por un día, animándolo a emprender trabajos proyectados hace tiempo, y abandonaré a este ratón de biblioteca en su triste elemento, que él encuentra divertido. Al cabo de medio año lo visitaré de nuevo; le debo estas atenciones mínimas, aunque él sea mi hermano y yo desprecie su absurda profesión. Sobre su matrimonio ya sé cuánto me hacía falta. Sus juicios, que él considera objetivos, son más transparentes que el agua. Antes tendré que apaciguarlo. Se tranquiliza cuando encubre su odio con mujeres históricas o legendarias. A la sombra de los baluartes que su memoria le ofrece, se siente protegido contra la mujer de arriba. Ésta no sabría ni qué contestarle. En el fondo es un hombre limitado y de carácter mezquino. Su odio le da cierto impulso. Tal vez le quede algo para sus futuros trabajos.

—Te has interrumpido. Tenías algo más importante que decirme. —Con voz tranquila, dulce y expectante cortó Georg las brascas invectivas de su hermano. Tanta seriedad y diligencia desarticulaban la ira de Peter, que volvió a sentarse, hizo memoria y encontró en poco tiempo el hilo que le pedían.

—La destrucción del techo de la Sixtina por el propio Miguel Ángel hubiera sido algo tan sorprendente como la orgía en tu termitero y el imposible incendio de mi biblioteca. Tal vez —y pese a los cuatro años de trabajo— hubiera él recubierto o borrado una figura tras otra por mandato de algún Papa loco. Pero habría defendido a Eva, *aquella* Eva, incluso contra cien guardias suizos. Ella es su legado.

—Tienes muy buen olfato para los legados de los grandes artistas. Pero también la historia te da la *razón*, no sólo Hornero y la *Biblia*. Dejemos a Eva, Dalila, Clitemnestra y hasta a la misma Penélope, cuya perfidia has demostrado. Son ejemplos contundentes, personajes ideales para corroborar tus teorías, pero ¿quién sabe si alguna vez existieron? Una Cleopatra nos dice mucho más a los amantes de la historia.

—Sí, no es que yo la haya olvidado, pero había otras mujeres antes. Bueno, dejémoslas. Tú no eres tan meticuloso como yo. Cleopatra hizo asesinar a su hermana (toda mujer es enemiga de las demás); engañó a Antonio (toda mujer engaña a su marido), y se sirvió de él y de las Provincias asiáticas de Roma para satisfacer su afán de lujo (toda mujer vive y muere por su gran amor: el lujo). Traicionó a Antonio en el primer momento de peligro, haciéndole creer que iba a quemarse viva. Y él, entretanto, se suicida. Ella no se quema, pero sí se consigue un vestido de luto que le

queda bien y con el cual intenta encandilar a Octavio. Éste tuvo el tino de bajar la vista. Apuesto a que nunca llegó a verla. El astuto joven llevaba puesta su coraza. Si no, ella lo hubiera seducido con su piel, abrazándolo mientras Antonio entregaba su espíritu. ¡Qué hombre, ese Octavio!

—¡Un hombre de verdad: se protege la piel con su armadura y baja la mirada! Se dice que no replicó ni una palabra al canto de sirena de ella. Sospecho que se tataría los oídos como Odiseo. En cualquier caso, ella con la nariz no pudo cautivarlo. Y él confiaba en su nariz. Probablemente tendría poco desarrollado el olfato. ¡Qué hombre, qué hombre, cómo lo admiro! César sucumbió a ella; él no. Y eso que ella se había vuelto mucho más peligrosa con la edad, es decir, más importuna.

A su mujer, le reprocha hasta la edad, pensó Georg: muy comprensible. Siguió escuchándolo un buen rato. Ninguna fechoría femenina, ya fuera históricamente comprobable o simple leyenda, quedó desatendida. Los filósofos iban apuntalando su desprecio. Como Peter hablaba igual que un maestro de escuela, sus citas, siempre de fiar, fueron grabándose con lujo de detalles en la memoria de su hermano. Muchas frases que la tradición había tergiversado, fueron corregidas. Siempre hay cosas que aprender, incluso de un pedante. Muchas de ellas eran nuevas para Georg. «La mujer es una hierba mala que crece velozmente», dijo Santo Tomás de Aquino, «un ser humano inacabado; su cuerpo accede pronto a la madurez sólo porque es menos valioso, porque la naturaleza se preocupa menos de él». ¿Y dónde aborda Tomás Moro, el primer comunista moderno, las leyes conyugales de su Utopía? ¡En el capítulo sobre la esclavitud y el crimen! Atila, el rey de los Hunos, fue llamado por una mujer —Honorio, la hermana del emperador de Roma— a Italia, su propia patria, que él saqueó y destruyó en su mayor parte. Pocos años más tarde, la viuda del mismo emperador, Eudoxia, que al morir éste se casó con su asesino y sucesor, conjuró a los vándalos a que invadieran Roma. A ella le debe Roma el famoso saqueo, así como a su cuñada la plaga de los Hunos.

El apasionamiento de Peter fue menguando poco a poco. Hablaba cada vez con mayor calma, citando muy tangencialmente crímenes horrendos. El material acumulado superaba su odio. Para no omitir nada —su cualidad esencial seguía siendo la precisión—, lo repartía equitativamente en toda suerte de períodos, pueblos y filósofos. Mas poco le correspondía ahora a cada uno. Una hora antes, Mesalina hubiera oído comentarios muy distintos sobre su persona. Esta vez salió airoso con un par de versos de Juvenal. Hasta la mitología de muchas tribus negras parecía saturada de desprecio a la mujer. Peter reclutaba a sus aliados donde fuera, perdonando su ignorancia a los analfabetos siempre que demostrasen conocer como él a las mujeres.

Georg aprovechó una breve pausa en el recuento y, con todo respeto y sin perjuicio de su atención, se permitió nacerle una propuesta, relacionada esta vez con el almuerzo. Peter la aceptó: prefería almorzar fuera de casa. Estaba harto del cuartito. Se dirigieron al restaurante más cercano. Georg se sintió observado de soslayo.

No bien abrió la boca, Peter regresó a sus hienas. Pero sus frases se ahogaron pronto en el silencio. Georg también calló. Ambos descansaron unos minutos de su recíproca atención. Ya en el restaurante, Peter tomó asiento ceremoniosamente. Fue desplazando su silla hasta darle la espalda a una dama sentada cerca de él. Poco después llegó otra, mayor y más ansiosa de ser vista, que examinó incluso a un tipo como Peter y, agradeciendo una atención que esperaba despertar muy pronto, observó con toda naturalidad al esqueleto. El camarero, un señor de aspecto distinguido, se paró junto a Georg, a quien consideraba el protector de aquel famélico cliente, y anotó el pedido. Inclinando discretamente la cabeza en dirección al mendigo, recomendó dos tipos de platos: unos nutritivos para el último, otros más finos para el benefactor. De pronto, Peter se puso en pie y declaró en tono tajante:

—¡Vámonos de este lugar! —El camarero lo lamentó mucho y se culpó a sí mismo, deshaciéndose en cumplidos. Georg se sintió penosamente afectado. Se fueron sin dar explicaciones—. ¿Viste a esa vieja bruja? —preguntó Peter en la calle.

—Sí.

—Se dedicó a mirarme. ¡A mí! ¡Como si fuera un criminal! ¡Atreverse a examinarme en esa forma! ¡Puedo justificar lo que he hecho!

En el segundo restaurante, Georg tomó un apartado. Mientras comían, Peter reanudó su interrumpido discurso a un ritmo lento y monótono, observando si su hermano lo escuchaba. Se perdió en lugares comunes e historias archiconocidas. Su lenguaje empezó a cojear. Entre frase y frase se dormía. Pronto separaría sus palabras por minutos. Georg pidió champán. Cuanto más rápido hable, antes acabará. Además, podrá así enterarme de sus secretos más íntimos, si es que alguno tiene. Peter se negó a beber. Aborrecía el alcohol. Pero al final bebió. No fuera a creer Georg que quería ocultarle algo. No tenía nada que ocultar. Era la verdad misma. De su amor a la verdad provenía su desgracia. Bebió mucho. Su erudición se desplazó a otras esferas. Demostró una sorprendente familiaridad con los procesos criminales de la historia, y defendió arduosamente los derechos del marido a liberarse de su esposa. Su discurso se convirtió muy pronto en el de un defensor que explica al tribunal por qué motivos su cliente tuvo que matar a una diabólica mujer. Todo en ella tenía algo demoníaco: la vida disipada que hubiera deseado llevar, su modo provocativo de vestirse, su edad, que solía ocultar, las palabras vulgares que constituían su vocabulario y, muy en particular, el sadismo de sus agresiones físicas, que degeneraban en brutales palizas. ¿Qué hombre no asesinaría a una mujer así? Peter desarrolló sus argumentos detenidamente y con fervor. Cuando acabó, se acarició muy satisfecho la barbilla, como un auténtico abogado. Luego defendió a los asesinos de mujeres menos talentosas.

Georg no se enteró de nada nuevo sobre el caso de su hermano. La opinión que ya tenía de él permaneció, pese al alcohol, inalterada. Las lesiones cerebrales de un pedante son muy fáciles de corregir: se curan con la misma exactitud con que aparecen. Eran éstos los únicos casos que a Georg no le agradaban: no eran realmente

casos. La persona que, estando bebida, actúa igual que si estuviera sobria, merece la peor de las opiniones. ¡Qué falta de imaginación tan alarmante la de Peter! Un cerebro de plomo, hecho con letras de imprenta, frío, rígido y pesado. Técnicamente un milagro, es muy posible; pero ¿hay acaso milagros en nuestra era tecnológica? La idea más temeraria a la que llega un filólogo es la de asesinar a su esposa. Y es preciso que la esposa sea un monstruo; usos veinte años mayor que el filólogo en cuestión: una versión siniestra de él mismo, que trata a los seres vivos como él maneja textos de grandes escritores. Si al menos cometiera el crimen, si alzara la mano contra ella y no la retirara en el último momento, si él mismo pereciera con su crimen, si sacrificara a su venganza conjeturas, biblioteca y manuscritos, todo lo que encerraba en su mezquino corazón... entonces sí: ¡honor a su memoria! Pero prefiere despedirla. Y antes telegrafía a su hermano, pidiéndole ayuda por un crimen inexistente. Vivirá y trabajará treinta años más. En los anales de la ciencia refulgirá eternamente como una estrella de primera magnitud. Los nietos que hojeen los *Anuarios* de sinología (pues nacerán nietos así), darán forzosamente con su nombre y apellido. Georg tiene el mismo apellido: debiera cambiárselo. Dentro de cincuenta años, el gobierno chino lo honrará con una estatua. Niñitos de ojos rasgados y piel lisa (cuando ríen, hasta las casas más rígidas se inclinan), criaturas tiernas y graciosas, jugarán en una calle bautizada con su nombre. Para sus ojos (los niños son siempre enigmáticos, ellos mismos y cuanto los rodea), las letras de su apellido resultarán un misterio, cuando el que en vida lo llevara había sido un hombre claro, transparente, comprensible y comprendido; pues si alguna vez fue un enigma, quedó resuelto de inmediato. ¡Suerte que la gente no sepa muchas veces quién les da nombre a sus calles! ¡Suerte que en general sepamos tan poco!

Al comenzar la tarde condujo al filólogo a su hotel y le rogó que descansara ahí mientras él arreglaba sus asuntos en casa.

—¿Quieres limpiar el apartamento? —le preguntó Peter.

—Sí, sí.

—No te extrañes del mal olor.

Georg sonrió: los cobardes recurren a la perífrasis.

—Me taparé la nariz.

—¡Abre bien los ojos! Tal vez veas fantasmas.

—Jamás veo fantasmas.

—Quizá veas alguno. En ese caso, dímelo.

—Sí, sí.

(¡Qué malos son sus chistes!)

—Quiero pedirte una cosa.

—¿Qué?

—¡No hables con el portero! Es peligroso. Te atacará. Si dices algo que no le guste, te pegará en seguida. Y no quisiera que te ocurra nada malo por mi culpa. Te romperá los huesos. Cada día echa mendigos a la calle, pero antes les pega. No lo

conoces. ¡Prométeme que no le dirás nada! Y encima miente. No hay que creerle nada.

—Lo sé, ya me advertiste una vez.

—¿Me lo prometes?

—Sí, sí.

—Aunque no te haga nada, después se reiría de mí.

Ya está temiendo quedarse otra vez solo.

—Ten la seguridad de que lo sacaré de casa.

—¿De veras? —Por primera vez en su vida vio Georg reír a su hermano. Peter sacó de su bolsillo un fajo de billetes arrugados y se lo tendió.

—Te pediré dinero.

—¿Es ésta toda tu fortuna?

—Sí, Encontrarás el resto arriba, bajo una forma más noble.

Un ligero malestar invadió a Georg al oír la última frase. Una mitad de la cuantiosa herencia paterna se había convertido en libros muertos; la otra mitad, en un manicomio. ¿Cuál de las dos estaba mejor invertida? Pensó que Peter aún conservaría un resto. Lo que más le apena, se dijo, no es el hecho de tener que mantenerlo por el resto de sus días. Su pobreza me irrita porque, con la misma suma, yo hubiera ayudado a varios, enfermos.

Después lo dejó solo. En la calle se secó las manos con su pañuelo. Iba a pasárselo por la frente y ya había alzado la mano, cuando recordó el gesto similar de Peter. Velozmente la dejó caer.

Al llegar ante la puerta del apartamento, oyó un griterío. Estaban riñendo adentro: le sería aún más fácil dominarlos. Al oír su violento timbrazo, la mujer abrió en seguida. Tenía los ojos llorosos y llevaba la misma absurda falda de la mañana.

—¡Oiga, señor hermano! —chilló— ¡es un fresco! Ha empeñado los libros. ¿Acaso es culpa mía? Ahora quiere denunciarme. ¡Eso no se hace! ¡Soy una mujer decente!

Con estudiada cortesía la condujo Georg a una de las piezas. Le ofreció su brazo, que ella se apresuró a enlazar, y, frente al escritorio de su hermano, la invitó a tomar asiento. Él mismo le acercó la silla.

—¡Póngase cómoda! —le dijo—. Espero que esté a gusto aquí. A una mujer como usted habría que llevarla en brazos. Lástima que yo ya esté casado. Usted debiera poner un negocio. Es lo que se llama una mujer de negocios. Aquí no nos molestarán, ¿verdad? —Se dirigió a la puerta comunicante y sacudió el picaporte—. Cerrada. Perfecto. ¿Podría usted cerrar la otra puerta, por favor?

Ella obedeció. Él sabía cómo transformarse de inmediato en propietario, convirtiendo en huésped al ama de casa.

—Mi hermano es indigno de usted. He hablado con él. Tendrá usted que dejarlo. ¡Quería denunciarla por doble adulterio!

Lo sabe todo. Yo lo he disuadido. Cualquier mujer engañaría a un hombre así.

Creo que no es un hombre de verdad. Lo cierto es que podría echarle a usted la culpa en caso de divorcio. Y usted saldrá perdiendo. No sacaría nada después de haber sufrido tanto con un hombre así: créame, yo lo conozco. La obligaría a pasar sus últimos días en la soledad y en la pobreza. ¡Una mujer decente como usted, que al menos tiene treinta años por delante! Pues, ¿cuántos tiene ahora? Cuarenta a lo sumo. Él ha presentado su denuncia en secreto. Pero yo me ocuparé de usted, pues me cae bien. Tendrá que irse en seguida de esta casa. Si él no vuelve a verla, no hará nada contra usted. Le compraré una lechería en el otro extremo de la ciudad, y le adelantaré el capital necesario con una condición: no vuelva a presentarse más ante mi hermano. Si lo hace, el capital que le adelante revertirá a mi cuenta. Quiero que me dé su conformidad por escrito. Usted saldrá ganando. Él quiso mandarla a la cárcel. La ley lo ampara. La ley es injusta. ¡Hacer sufrir a una mujer como usted por unos cuantos libros desaparecidos! No lo permitiré. ¡Si no fuera casado!... Querida señora, permítale a su cuñado que le bese la mano. Y ahora dígame, por favor, qué libros faltan. Me he comprometido a reponerlos. Si no, él hubiera mantenido su denuncia. Es un hombre cruel. Pero lo dejaremos solo. Ya verá cómo se las arregla. Nadie se ocupará de él. Bien merecido lo tiene. Si vuelve a hacer estupideces, la culpa será sólo suya. Ahora la culpa a usted de todo. Al portero le quitaré el empleo. Ha sido insolente con usted. Que se busque otra portería. Pronto la veré otra vez casada. Tenga la seguridad de que todos le envidiarán su nueva tienda. Cualquier hombre se casa en esas condiciones. Tiene usted todo lo que una mujer necesita. No le falta nada. ¡Créame! Yo soy un hombre de mundo. ¿Quién le da tanta importancia a la limpieza como usted? Su falda es una auténtica rareza. ¡Y esos ojos! ¡Y esa juventud! ¡Y esa boquita! Como le digo, si no fuera casado... intentaría seducirla. Pero respeto a la mujer de mi hermano. Cuando regrese a ver al pobre diablo, me tomaré la libertad de visitarla en su lechería. Entonces ya no será su esposa. Y nuestros corazones podrán hablar...

Hablaba con pasión. Cada una de sus palabras produjo el efecto calculado. Teresa cambió de color. Al cabo de varias frases, él hizo una pausa. Jamás había estado tan melodramático. Ella guardó silencio. Georg comprendió que su presencia la hacía enmudecer. ¡Hablaba tan bonito! Temiendo perderse una sola de sus palabras, ella lo miraba con los ojos desorbitados, primero por el miedo, luego por el amor. Sin ser una perra, paró las orejas. Su boca babeaba. La silla en la que estaba sentada chirrió una tonadilla. Entonces le tendió sus manos juntas, formando cuenco. Ella bebía con labios y manos. Cuando él se las besó, el cuenco perdió su forma y los labios de Teresa susurraron (él la oyó): otra vez, por favor. Georg dominó su asco y le volvió a besar las manos. Teresa temblaba: su excitación repercutió hasta la raíz de sus cabellos. Si la hubiera abrazado, se le habría desmayado. Al acabar su última frase, relativa a los corazones, Georg prolongó el gesto final y mantuvo la mano y gran parte de su brazo sobre el pecho, en actitud ceremoniosa. Ella dijo entonces que tenía una libreta de ahorros. Y no faltaba ningún libro, añadió: guardaba todas las papeletas



de empeño. Por último, volviéndose torpe y ostensiblemente, con el falso pudor de una impúdica, sacó de su falda, que por lo visto tenía un bolsillo, un grueso fajo de papeletas de empeño. ¿Quería también la libreta de ahorros? Se la regalaría por amor. Georg le agradeció: justamente no se la aceptaba por amor. Aún estaba él rechazándola, cuando ella dijo:

—Oiga, ¿quién sabe si se la merece? —Se arrepintió del regalo antes de que él lo aceptara. ¿De veras la visitaría? ¡Él sí que era un hombre! Las pocas palabras que dijo la calmaron. Pero cuando él abrió la boca, volvió a ser toda suya.

Media hora más tarde, Teresa lo ayudó en su campaña contra el portero.

—¡Usted no sabe quién soy yo! —le gritó Georg al tipo—. ¡Jefe de la policía de París! Voy de paisano. ¡Una palabra mía, y mi amigo, el Jefe de aquí, hará que lo detengan! Perderá su pensión. Sé todo lo que tiene en la conciencia. ¡Mire estas papeletas de empeño! Del resto prefiero no hablar por ahora. ¡No me interrumpa! Lo conozco de pies a cabeza. Es usted un sinvergüenza camuflado. Tengo que actuar drásticamente contra tales elementos. Le pediré a mi amigo, el Jefe de aquí, que depure sus tropas. ¡Largo de esta casa! ¡No quiero verlo aquí mañana! ¡Es usted una escoria! ¡Coja sus cosas ahora mismo! De momento le pondré una sanción. ¡Y luego lo aniquilaré, asesino! ¿Sabe usted lo que ha hecho? ¡Anda en boca de medio mundo!

Benedikt Pfaff, el fornido y rubicundo hombrón, contrajo sus músculos, se arrodilló, juntó las manos y pidió perdón al señor Jefe de la policía. Su hija estaba enferma: de todos modos se hubiera muerto; él se ponía a sus órdenes y le rogaba que no lo echase de su puesto. No tenía más que su mirilla. ¿Qué le quedaría sin ella? No iba a privarlo de unos cuantos mendigos que, además, ya casi no venían. Toda la casa lo adoraba. ¡Qué desgracia! ¡De haberlo sabido! Nunca se imaginó que el profesor tuviese a un Jefe de policía por hermano. ¡Lo hubiera esperado en la estación! Pero Dios sabe lo que hace. Con su permiso, se pondría en pie.

Quedó muy satisfecho con su homenaje al caballero. Cuando estuvo en pie, le guiñó un ojo en señal de amistad. Georg permaneció rígido y serio. Pero de hecho le perdonó todo. Pfaff se comprometió a desempeñar personalmente todos los libros empeñados: mañana temprano. Tuvo que renunciar a su casa. En el otro extremo de la ciudad, junto a la lechería de Teresa, le instalarían una tienda de animales. Ambos aprobaron la idea de mudarse juntos. Pero ella puso sus condiciones: que no la pellizcara ni le pegara, y que le permitiese recibir al señor hermano cuando éste lo deseara. Pfaff aceptó, muy halagado. Contra la prohibición de pellizcar tenía sus peros: él era solo un hombre, al fin y al cabo. Además de amarse, ambos se comprometían a vigilarse mutuamente. Si una de las partes se perdiera en las inmediaciones de la calle de Ehrlich, la otra avisaría a París de inmediato. Y tanto la libertad como el negocio se les acabarían implacablemente. A la primera información él enviaría por telégrafo una orden de captura. El informante sería recompensado. Pfaff dijo que se cagaba en la calle de Ehrlich si a cambio podía vivir entre canarios. Teresa se quejó:

—Oiga, ya está cagándose otra vez, qué tipo tan grosero.

Georg lo instó a expresarse como convenía a un gran hombre de negocios. Ya no era un pobre jubilado, sino un hombre hecho y derecho. Pfaff hubiera preferido dirigir un restaurante, o, mejor aún, actuar como Hércules en algún circo y presentar pájaros amaestrados que canten o enmudezcan a una orden suya. El Jefe de la policía lo autorizó a abrir un restaurante o un circo en caso de que su negocio prosperase y él se comportara debidamente. Pero Teresa dijo no: un circo es indecente. Un restaurante sí. Decidieron repartirse el trabajo. Ella dirigiría el restaurante, y él, el circo. Él sería el patrón; ella, la patrona. El Jefe prometió enviarles clientes y espectadores de París.

Esa misma tarde empezó Teresa a limpiar a fondo el apartamento. No contrató ayudantes; lo hizo todo sola para ahorrarle al señor hermano gastos innecesarios. Por la noche puso sábanas limpias en la cama del marido y se la ofreció al señor hermano. Los hoteles están cada día más caros. Ella no tenía miedo. Georg se disculpó por Peter: no podía dejarlo solo. Pfaff se retiró por última vez a su cuartito: el último sueño sería su recuerdo más grato. Teresa se pasó toda la noche fregando.

Tres días después, el propietario hizo su entrada en el inmueble. Lo primero que miró fue el cuartito: estaba vacío. En la pared, un desolado agujero señalaba el emplazamiento de la mirilla. Pfaff, el inventor, había arrancado su invento para llevárselo. Arriba, la biblioteca estaba intacta, con las puertas abiertas de par en par. Peter dio varias vueltas frente al escritorio.

—Las alfombras no se han manchado —dijo sonriendo—. Si tuvieran manchas, las quemaría. Detesto las manchas. —De los cajones fue sacando manuscritos que amontonó sobre el escritorio. Le leyó los títulos a Georg—: ¡Hay trabajo para años, mi estimado! Y ahora te enseñaré los libros. —Entre continuos «mira aquí» y «¿qué crees que es esto?», entre miradas protectoras y palabras de estímulo (cualquiera no domina una docena de lenguas orientales), iba sacando libros que, poco antes, todavía estaban en el Monte de Piedad, y enumeraba sus características a un hermano siempre dispuesto a sorprenderse. La atmósfera se transformó con misteriosa rapidez, cargándose de fechas y de referencias bibliográficas. Las letras cobraron un sentido revolucionario. Cualquier hipótesis peligrosa era rechazada. Los filólogos irreflexivos fueron desenmascarados como monstruos que, envueltos en túnicas azules, debieran ser expuestos en las plazas al escarnio público. El azul fue definido como el más ridículo de los colores, el color de los que carecen de sentido crítico, de la gente crédula y confiada. Un idioma recién descubierto resultó ser conocido hacía tiempo, y su presunto descubridor, un verdadero asno. Contra él se alzaron exclamaciones airadas. Tras una estancia de sólo tres años en aquel país, el hombre osaba presentar un libro sobre el idioma vernáculo. La insolencia de los arribistas también suele ganar terreno en las esferas científicas. La ciencia debiera tener sus tribunales de la Inquisición para juzgar a sus herejes. No hace falta condenarlos a la hoguera en el acto. Sobre la autonomía legal del clero en la Edad Media habría mucho que decir. ¡Si

los eruditos tuvieran actualmente las mismas garantías! Por cualquier delito mínimo y quizá hasta necesario, un erudito cuya labor fuera inestimable podía ser juzgado hoy día por simples profanos.

Georg empezó a sentirse inseguro. No conocía ni la décima parte de los libros comentados. Despreciaba ese saber que lo oprimía. Las ganas de trabajar de Peter aumentaron vertiginosamente, despertando en su hermano nostalgias de aquel sitio donde él era también amo absoluto, como Peter en su biblioteca. Le dijo de pasada que era un nuevo Leibniz y aprovechó algunas verdades para sustraerse a su control aquella tarde: era preciso contratar a una criada inofensiva, llegar a un acuerdo con el restaurante más cercano para que le prepararan cada día las comidas, y depositar dinero en un banco que el día primero de cada mes le enviase un giro a casa.

Se despidieron ya muy tarde.

—¿Por qué no enciendes la luz? —preguntó Georg. La biblioteca estaba casi a oscuras. Peter se rió con orgullo.

—Aquí me oriento hasta en la oscuridad. —En cuanto estuvo en casa, se transformó en un hombre seguro de sí mismo y casi alegre.

—¡Te estropearás los ojos! —dijo Georg y encendió la luz.

Peter le agradeció los servicios prestados, que enumeró con hostil pedantería, y omitió el más importante: la expulsión de su mujer.

—¡No te escribiré! —concluyó.

—Ya lo creo. ¡Con el trabajo que te has impuesto!

—No es por eso. Yo no escribo a nadie por principio. Escribir cartas es improductivo.

—Como quieras. ¡Si me necesitas, hazme un telegrama! Volveré a visitarte dentro de seis meses.

—¿Para qué? ¡Yo no te necesito!

En su voz había rabia. La separación lo afectaba. Su aparente grosería ocultaba dolor.

En el tren, dio Georg libre curso a sus pensamientos. No sería raro que me quisiera un poquito. Después de todo, lo he ayudado. Ahora tiene todo exactamente a su gusto. Ni una brisa lo molesta.

La lejanía de esa infernal biblioteca lo puso de buen humor. Ochocientos creyentes lo aguardaban llenos de impaciencia. El tren avanzaba muy despacio.

## El gallo rojo

Peter cerró el apartamento con llave al salir su hermano. La puerta estaba asegurada por tres cerrojos complicados y gruesas barras de hierro. Las sacudió: no se movió un solo clavo. La puerta entera parecía hecha de una sola pieza de acero; uno se sentía en casa detrás de ella. Las llaves encajaban aún en sus cerraduras; la madera se veía un poco deslucida, revelando sus asperezas al tacto. La herrumbre ya era vieja en las oscuras barras e impedía descubrir por dónde habían reparado la puerta. Pues el portero debió de hacerla añicos al entrar en el apartamento por la fuerza. Un puntapié suyo y esas barras se hubieran curvado como tablas; ¡mentiroso el muy cerdo!, mentía con puños y pies; sin duda forzó la entrada. Era un primero de mes y al señor Pfaff no le llegó su regalito. «¡Algo le habrá pasado!», rugió antes de precipitarse, escaleras arriba, a la fuente de ingresos que súbitamente se le había agotado. En el camino magulló la escalera. La piedra gemía bajo sus puños calzados. Los vecinos se asomaron a las puertas de sus antros —todos eran subalternos en su casa— tapándose la nariz. «¡Apesta!», se quejaron. «¿Dónde?», preguntó él en tono amenazador. «En la biblioteca». «No apesto nada», dijo él: ¡no sabía ni su propio idioma! Tenía una nariz gruesa con dos fosas gigantescas, pero el bigote, embadurnado, se le metía por las fosas nasales de suerte que no olía sino a pomada. Nunca olió el cadáver. Su bigote era tieso como el hielo; se lo alisaba cada día. Guardaba pomada roja en cien tubos diferentes. Debajo de la cama, en su cuartito, tenía una colección de botes de crema con toda la gama de rojos: rojo aquí, rojo allá, rojo acullá. Su misma cabeza era de un rojo-FUEGO.

Kien apagó la luz del vestíbulo. Bastaba con girar un conmutador para quedarse a oscuras. Una luz tenue, proveniente de su estudio, se filtró por las rendijas, rozándole el pantalón suavemente. ¡Qué de pantalones había visto! Ya no existía la mirilla. El rufián la había arrancado. La pared, ahora, estaba desierta. Mañana, un nuevo Pfaff se instalaría abajo y taparía el agujero. ¡Si hubiera restañado a tiempo la herida! La servilleta quedó tiesa con la sangre. El agua de la jofaina se tino como después de un combate junto a las Islas Canarias. ¿Por qué se esconderían bajo la cama? En la pared había espacio suficiente. Cuatro jaulas listas. Pero ellas contemplaban con desdén al populacho. Las ollas de carne se vaciaron. Y entonces llegaron nubes de codornices y el pueblo de Israel pudo comer. No quedó un pájaro vivo. Tienen cuellos muy pequeños bajo el plumaje amarillo. ¡Quién lo diría! ¡Con esa voz tan potente y ni se les ve la garganta! Cuando la encuentres, aprietas... y adiós canto a cuatro voces, la sangre brota por todas partes, una sangre espesa y caliente, esos pájaros viven en un estado febril permanente: sangre caliente, que ARDE, los pantalones ARDEN.

Kien se sacudió sangre y luz de sus pantalones. En vez de ir a su estudio, de donde venía la luz, enfiló el pasillo largo y oscuro hasta la cocina. Sobre la mesa había un plato con pasteles. Frente a él, la silla había sido desplazada, como si alguien acabara de ocuparla. La empujó bruscamente a un lado. Cogió los bollos

blandos y amarillos —parecían cadáveres de pájaros— y los guardó en la panera, que tenía aire de crematorio. Luego la escondió en el armario de la cocina. Sobre la mesa quedó el plato solo, luminoso, blanquísimo: un cojín. Encima vio *Los pantalones*. Teresa lo había abierto. Se quedó en la página 20. Tenía sus guantes puestos. «Leo seis veces cada página». Intentó seducirlo. El sólo quería un vaso de agua. Ella se lo sirve. «Estaré seis meses fuera». «¡Oiga, eso no se hace!». «Es necesario». «No lo permitiré». «Me iré de todos modos». «Entonces cerraré el piso con llave». «Yo tengo las llaves». «Oiga, ¿dónde?». «¡Aquí!». «¿Y si estallara un INCENDIO?».

Kien se dirigió al fregadero y abrió el grifo totalmente. El chorro golpeó con tal violencia la pesada cubeta que casi la quiebra. Pronto se llenó de agua. El torrente rebalsó e inundó el suelo, extinguiendo cualquier peligro. Kien volvió a cerrar el grifo. Avanzó a saltos sobre las baldosas y se deslizó al cuarto contiguo. Estaba vacío. Él le sonrió. Antes había aquí una cama y, pegada a la pared de enfrente, una maleta. En esa cama dormía la bruja azul.

En la maleta ocultaba sus armas: faldas, faldas y más faldas. Rezaba cada día en un rincón, junto a la tabla de planchar. En ella iba poniendo faldas arrugadas, que resurgían luego almidonadas. Más tarde se mudó a su cuarto con muebles y todo. Las paredes empalidecieron de alegría y desde entonces siguen blancas. ¿Y qué apoyó Teresa contra ellas? ¡Sacos de harina, gruesos sacos de harina! Convirtió la habitación en despensa por si llegaban las vacas flacas. Del techo colgaban pernils ahumados. Por el suelo, erizado de terrones de azúcar, rodajas de pan chocaban contra botes de mantequilla y cacharros repletos de leche. Y apoyados contra las paredes, sacos de harina protegían la ciudad contra un ataque enemigo. Había provisiones para toda la eternidad. Tranquilizada, se dejó encerrar confiada en sus llaves. Un buen día abrió la puerta. En la cocina no vio ni una miga. ¿Y qué encontró en la pieza? Los sacos de harina eran puro agujero. En vez de jamones, sólo colgaban cuerdas. Las lecheras se habían vaciado y los terrones de azúcar no eran sino papel azul. El suelo había absorbido el pan, tapando todas sus grietas con la mantequilla. ¿Quién? ¿Quién? ¡Las ratas! Las ratas aparecen de improviso en casas que jamás habían visitado. Uno no sabe de dónde vienen, pero ahí están, devorando todo a su paso, esas benditas ratas que no dejan sino pilas de periódicos para mujeres hambrientas. Los periódicos no les gustan. Las ratas odian la celulosa. Se manejan muy bien en la oscuridad, pero no son termitas. Las termitas atacan la madera y los libros. Una orgía en un termitero. INCENDIO EN LA BIBLIOTECA.

Tan pronto como se lo permitió su brazo, cogió Kien uno de los periódicos. No tuvo que inclinarse mucho: el montón le llegaba hasta la rodilla. Lo empujó a un lado bruscamente. Frente a la ventana, el suelo aparecía cubierto, a todo lo ancho, por periódicos. Durante años había almacenado allí los diarios viejos. Se asomó por la ventana. El patio, abajo, estaba a oscuras. La luz de las estrellas se filtraba hasta él. Mas no era suficiente para leer el periódico. Tal vez lo sostenía demasiado lejos. Se lo acercó a los ojos. Su nariz rozó el papel y aspiró, entre ávida y medrosa, el olor a

petróleo. El papel tembló y crujió. El viento que lo curvó salía de sus fosas nasales. Sus uñas se clavaron en la hoja. Pero sus ojos buscaron un titular que por sus dimensiones resultase legible. Si encontraba alguno, leería el periódico a la luz de las estrellas. Lo primero que distinguió fue una gran C. Se trataba, pues, de un crimen. En efecto, la letra siguiente era una R. El titular, en gruesos caracteres negros, ocupaba la sexta parte de la página. ¡Con que así magnificaban su proeza! Era el tema de conversación de toda la ciudad: ¡él, que amaba la paz y la soledad! Y a Georg le llegaría un ejemplar antes de que cruzara la frontera. Él también se enteraría del asesinato. Si hubiera una censura erudita, media página estaría en blanco. Y la gente ya no leería tanto texto azul en la parte inferior. El segundo titular empezaba con una I, seguida a su vez por una N: INCENDIO. El crimen y las llamas asolaban los diarios, el país y los espíritus, a los que nada interesaba tanto. Si al crimen no sucedía algún incendio, el placer era incompleto. Ellos mismos prenderían fuego. Para matar les faltaba valor, eran cobardes. Nadie debiera leer diarios; así perecerían todos, víctimas del boicot general.

Kien tiró el periódico sobre el montón. Tendrá que rescindir su abono a dicho diario, cuanto antes. Abandonó la horrible pieza. Pero si es de noche, dijo en voz alta en el pasillo. ¿Cómo rescindirlo ahora? Para seguir leyendo, sacó su reloj. No le ofrecía sino una esfera. Imposible descifrar la hora. El CRIMEN y el INCENDIO eran menos reacios. En la biblioteca había luz. Ardía en deseos de saber la hora. Entró en su estudio.

Eran las once en punto. Pero no oyó campana alguna. Aquella vez era de día. Al frente, la iglesia amarilla. En la plazoleta, la gente iba y venía sin parar. El enano jorobado se llamaba Fischerle. Sus berridos ablandaban piedras. Los adoquines daban saltos y más saltos. Un cordón policial rodeaba el *Thersianum*. Un Mayor dirigía las operaciones. Lleva la orden de captura en su bolsillo. El enano se la había visto. Los enemigos se apostaron bajo la escalera. Arriba, el Cerdo seguía en funciones. ¡Libros indefensos a merced de bestias sin escrúpulos! El Cerdo preparaba un libro de cocina con ciento tres recetas. Decían que su vientre era angular. ¿Y por qué era Kien un asesino? Por ayudar a aquellos pobres desvalidos. Pues antes de oír hablar del cadáver, la policía dio la orden de captura. ¡Todo ese despliegue de fuerzas contra él! Hombres a pie y a caballo. Revólveres por estrenar, carabinas, ametralladoras, alambre de púas y coches blindados... ¡pero contra él todo es inútil! Si quieren colgarlo, que lo cojan antes. Él y su fiel enano se escapan por entre las piernas, en busca de rosas. Ya le pisan los talones, ya oye sus bufidos y resoplidos, ya el mastín quiere lanzársele al cuello. Pero ¡ay!, estos son males menores. En el sexto piso del *Thersianum* las bestias se dan las buenas noches. Tienen millares de libros ilegalmente detenidos; decenas de miles, contra su voluntad, inocentes, ¿qué pueden hacer los pobres contra el Cerdo, sin contacto con tierra firme, aislados en un desván que ARDE a fuego lento, hambrientos, condenados, condenados a ser pasto de las LLAMAS?

Kien oyó gritos de auxilio. Desesperado, tironeó el cordón de la claraboya y los batientes se abrieron bruscamente sobre su cabeza. Aguzó el oído. Los gritos de auxilio se intensificaron. Desconfiaba de ellos. Corrió al cuarto contiguo y tiró asimismo del cordón. Ahí se oían menos fuerte. En la tercera habitación resonaron estruendosamente, en la cuarta apenas los oyó. Volvió corriendo al primer cuarto. Siguió corriendo y escuchando. Los gritos de auxilio llegaban y se alejaban por oleadas. Se tapó y se destapó rápidamente los oídos con las manos, varias veces. ¡Exactamente lo que oía allá arriba! ¡Ah!, sus orejas lo desorientaban. Arrastró la escalera, pese a la resistencia de la corredera, hasta el centro del estudio, y se trepó al peldaño más alto. Su tronco sobrepasaba el techo. Se apoyó en los cristales. Y entonces escuchó los alaridos: eran los libros que gritaban. En dirección al *Theresianum* divisó una luz rojiza y vacilante que avanzaba por la oscuridad negra del cielo. En su nariz sintió olor a petróleo: ¡Resplandor de incendio, griterío, mal olor: el *Theresianum* ARDÍA!

Deslumbrado, cerró los ojos e inclinó su cráneo incandescente. Unas gotas le estallaron en la nuca: estaba lloviendo. Echó atrás la cabeza, ofreciéndole su cara a la lluvia. ¡Qué fría estaba, esa agua tan extraña! Hasta las nubes se apiadaron. Tal vez ellas apagarán el incendio. De pronto sintió un golpe helado en los párpados. Le entró frío. Alguien lo pellizcó. Se quedó en cueros. Le registraron todos los bolsillos. Sólo le dejaron la camisa puesta. Se vio a sí mismo en un espejito. Era flaquísimo. A su alrededor crecían frutos rojos, gruesos e hinchados. Entre ellos vio al portero. El cadáver intentó hablar. Él no lo escuchó. Todo el tiempo decía «¡oiga!». Él se tapó los oídos. Ella dio palmaditas en su falda azul. Él le volvió la espalda, quedando frente a un uniforme sin nariz. «¿Su nombre?» «Dr. Peter Kien». «¿Profesión?». «El mayor sinólogo vivo». «¡Imposible!». «¡Se lo juro!». «¡Es un perjuró!». «¡No!». «¡Asesino!». «Estoy en mi sano juicio. Lo confieso. Con plena conciencia. Yo la maté. No crea que estoy loco. Mi hermano lo sabe. ¡No le haga nada! Es un hombre famoso. Yo le menté». «¿Dónde está el dinero?». «¿Dinero?». «Usted ha robado». «¡No soy ningún ladrón!». «¡Ladrón y asesino!». «¡Asesino!». «¡Ladrón y asesino!». «¡Asesino, asesino!». «¡Está usted detenido. Se quedará aquí!». «Pero mi hermano va a venir. ¡Déjeme en libertad hasta entonces! ¡Que no se entere! ¡Se lo ruego!». El portero dio un paso adelante, todavía es amigo suyo y le consigue varios días de libertad. Se lo lleva a su casa y lo vigila: no lo deja salir del cuartito. Y ahí lo encontró Georg, en la miseria, pero no como asesino. Ahora está en el tren de nuevo, ¿por qué no se quedaría? ¡Lo habría ayudado ante el tribunal! Los asesinos tienen que entregarse, sin duda. Pero él no quiere. Se quedará allí, vigilando el *Theresianum* en llamas.

Levantó lentamente los párpados. La lluvia había cesado. El resplandor rojizo había desaparecido. ¡Al fin llegaron los bomberos! El cielo ya no se quejaba. Kien bajó de la escalera. Los gritos de auxilio habían enmudecido en todas las habitaciones. Para no perderselos, en caso de que volvieran, dejó las claraboyas

abiertas. En medio de la habitación, la escalera espera lista. Lo ayudaría a huir si las cosas empeoraban. ¿Huir adonde? Al *Theresianum*. El Cerdo yacía bajo las vigas, carbonizado. Allí, perdido entre la multitud, podría él hacer muchísimo. ¡Sal de la casa! ¡Cuidado! Coches blindados patrullan las calles. Infantería, caballería y tropas motorizadas. Creen haber dado con él. La cólera de Dios los aniquilará, y él, el asesino, logrará escaparse. Pero antes borraré sus huellas.

Se arrodilla frente al escritorio y desliza su mano por la alfombra. Allí estuvo el cadáver. ¿Se verá aún la sangre? No se ve nada. Introduce sus dedos en las fosas nasales y sólo siente un leve olor a polvo. Ni rastros de sangre. Hay que mirar más de cerca. La luz es mala, viene de muy alto. El cordón de la lámpara era demasiado corto. Sobre el escritorio hay fósforos. Enciende seis de golpe, seis meses, y se echa boca abajo en la alfombra, iluminándola desde muy cerca por si aún hubiera restos de sangre. Las rayas rojas forman parte del dibujo. Siempre han estado ahí. Hay que borrarlas. La policía creerá que es sangre. Hay que quemarlas. Apaga los fósforos contra la alfombra y los tira. Vuelve a encender seis más, los desliza sobre una de las rayas rojas y los hunde suavemente en ella. Van dejando una huella parduzca tras de sí. Pronto se apagan. Enciende otros. Consume una caja entera. La alfombra permanece fría. Va cubriéndose de rayas parduzcas. Aquí y allá ve restos incandescentes. Ahora no habrá pruebas contra él. ¡Ah! ¿Por qué habrá confesado? ¡Y ante trece testigos! El cadáver estaba presente, y el Gato Rojo, que ve de noche. Ladrón y asesino con mujer e hijo. Alguien llama. La policía está en la puerta. Alguien llama.

Kien no abre. Se tapa las orejas. Se esconde detrás de un libro que hay sobre el escritorio. Intenta leerlo. Las letras bailan enloquecidas. Imposible descifrar una palabra. ¡Calma, por favor! Ve una llama incandescente ante sus ojos. Consecuencia del pánico que le produjo el incendio, ¿quién no se asustaría? Si el *Tberesianum* arde, miles y miles de libros serán pasto de las llamas. Está de pie. ¿Cómo quieres leer así? El libro está muy bajo. ¡Siéntate! Se sienta. ¡En el banquillo! ¡No! Su casa, su escritorio, su biblioteca: aquí todos lo apoyan. Nada se ha quemado. Puede leer cuando quiera. ¡Pero si el libro no está abierto! Se olvidó de abrirlo. Merece que le peguen por idiota. Lo abre. Le da un manotazo. El reloj da las once. ¡Ya te tengo! ¡Lee! ¡Déjalo! ¡No! ¡Cógelo! ¡Ay! De la primera línea se desprende una letra y le da un golpe en la oreja. ¡Puro plomo! ¡Duele! ¡Dale! ¡Dale! ¡Otro! ¡Otro! Una nota al pie de página lo ataca a puntapiés. Le da y le da hasta hacerlo tambalear. Líneas y páginas enteras se abalanzan sobre él. Lo sacuden, le pegan, lo empujan y lo pelotean. Sangre. ¡Dejadme! ¡Maldita gentuza! ¡Socorro! ¡Georg! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Georg!

Pero Georg se había ido. Peter dio un salto. Cogió el libro con todas sus fuerzas y lo cerró de golpe. ¡Ya está! ¡Todas las letras presas! Nunca más las dejaría libres. ¡Nunca! Él sí es libre.

Está de pie, solo. Georg ya se fue. Él lo había engañado. ¿Qué puede saber del



crimen? Un psiquiatra. Un pobre idiota. Un alma abierta a todo. Mucha amplitud de miras, pero amigo de robarse libros. Estará deseando su muerte para quedarse con la biblioteca. No lo conseguirá. ¡Paciencia! «¿Qué quieres hacer arriba?». «Echar una mirada». «Una robada, querrás decir». Pues no te pesaría. Zapatero a tus zapatos. Y dijo que volvería. En seis meses. A ver si tiene más suerte. ¿Un testamento? No hace falta. El único heredero se lleva lo que quiere. Tren especial a París. La Biblioteca Kien. ¿Su fundador? ¡El psiquiatra Georges Kien! Por supuesto, ¿quién, si no? ¿Y su hermano, el sinólogo? Error, no es su hermano pese al apellido; una casualidad, un asesino, el asesino de su esposa, CRIMEN E INCENDIO en todos los periódicos, condenado a cadena perpetua... a cadena perpetua... muerte perpetua... danza de la muerte... becerro de oro... un millón de herencia... quien no arriesga, no gana... pena... despedida... no... unidos... unidos hasta la muerte... EN LA HOGUERA... urgencia... URGENCIA DE FUEGO... juego... JUEGO CON FUEGO... FUEGO, FUEGO, FUEGO.

Kien coge el libro del escritorio y amenaza a su hermano con él. Quiere robarle. Todos buscan testamentos, todos cuentan con la muerte de un pariente. Siempre hay un hermano dispuesto a morir, el mundo es una cueva de ladrones, de hombres que devoran y que roban libros. Y todos quieren su parte, todos se van, ninguno espera. Antes se quemaban los bienes junto con el muerto, no había testamentos y sólo quemaban los huesos. Las letras se agitan en el libro. Están presas, sin poder salir. Lo golpearon hasta hacerlo sangrar.

Él las amenaza con la hoguera. ¡Así piensa vengarse de sus enemigos! Mató a su mujer, el Cerdo yace carbonizado, Georg no verá un solo libro... y la policía no lo cogerá. Impotentes, las letras golpean intentando escapar. Afuera, la policía llama a la puerta. «¡Abra!». «¡Cabra!». «¡En nombre de la Ley!». «¡Buey!». «¡Abra la puerta!». «¡Tuerta!». «¡Dese prisa!». «¡Risa!». «¡Abra o disparamos!». «¡Ramos!». «¡El humo lo hará salir!». «¡Fakir!». Quieren derribar su puerta. Pero no les será fácil. Su puerta es sólida y ardiente. ¡Pum, pum, pum! Los golpes arrecian. Llegan hasta él. Su puerta, revestida de hierro. ¿Y si el óxido lo ha corroído? Ningún metal es sempiterno. ¡Pum! ¡Pum! Cerdos que intentan derribar la puerta con sus vientres angulosos. La madera se astillará, no cabe duda. Se ve tan vieja y deslucida. Han ocupado las trincheras enemigas. ¡Atrincherarse! ¡Hup-hup-rrá! ¡Hup-hup-rrá! El timbre. A las once doblan las campanas. El *Theresianum*. La joroba. Los narigones se retiran. ¿O acaso no tengo razón? ¡Hup-rrá! ¿O acaso no tengo razón? ¡Hup-rrá!

Los libros van cayendo al suelo desde los estantes. Kien los recoge con sus largos brazos. Muy suavemente, para que no lo oigan desde afuera, traslada pila tras pila al vestíbulo y va amontonándolas contra la puerta de hierro. Mientras el salvaje ruido le destroza el cerebro, construye con sus libros un sólido parapeto. El vestíbulo se va llenando de volúmenes. Por último recurre a la escalera. En poco tiempo llega al techo. En el estudio, los anaqueles lo amenazan con sus fauces abiertas. La alfombra empieza a arder frente al escritorio. Se dirige al cuartito del fondo, junto a la cocina, y

saca todos los diarios viejos. Va separando hoja por hoja, las arruga, apelotonándolas, y las tira a los rincones. Instala la escalera en el centro de la pieza, donde antes estaba. Se sube al sexto peldaño, vigila el fuego y aguarda.

Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído.

## El primer libro: Auto de fe

### Ensayo extraído del libro de Elias Canetti *Das Gewissen der Worte*, Cari Hanser Verlag, 1973.

El título desorienta, pues dentro de lo que había de ser mi primer libro, estaba pensado como uno de un total de ocho, proyectados todos a la vez durante un año: entre el otoño de 1929 y el Otoño de 1930. El manuscrito de la primera de estas novelas, en la que después me concentré y que concluí al cabo de otro año, llevaba el título de *Kant se incendia*. Bajo este título la guardé en casa por espacio de cuatro años, en versión manuscrita, y sólo cuando estuvo a punto de aparecer, en 1935, le di el título que desde entonces lleva: *Die Blendung (El encandilamiento)\**. \* En sus versiones en inglés, francés y, ahora, castellano, *Auto de fe*. (N. del E.)

El personaje principal de este libro, conocido hoy como Kien, era designado en los primeros esbozos con una *B.*, abreviatura de *Büchermensch* (hombre-libro). Pues así, como un hombre-libro, lo tenía ante mis ojos, a tal punto que su relación con los libros era mucho más importante que él mismo. El componerse de libros era entonces su único atributo, y no tenía ningún otro. Cuando por fin me puse a escribir su historia en forma coherente, le di el nombre de *Brand* (Incendio). En este nombre estaba contenido su final: tenía que acabar en un incendio. Mientras yo ignoraba aún cómo iría progresando la novela, una cosa era segura ya desde el comienzo: él se prendería fuego junto con sus libros y ardería con su biblioteca en el incendio que provocase; por eso se llamaba *Brand*. Así pues, sus dos nombres anteriores, *Büchermensch* y *Brand*, fueron desde el comienzo el único dato seguro sobre su persona.

Aunque también había otra cosa segura, y es algo que habría que calificar de decisivo para el libro: la contrafigura de la limitada ama de llaves, Teresa. Su modelo era tan real como irreal era el propio hombre-libro. En abril de 1927 había yo alquilado una habitación en las afueras de Viena, sobre una colina que dominaba Hacking, en la Hagenberggasse. Ya había vivido antes en cuartos de estudiantes dentro de la ciudad y, por variar, decidí vivir fuera. El zoológico de Lainz con sus viejos árboles me atraía, y el anuncio de una habitación situada muy cerca del muro del zoológico me saltó a la vista. Fui a ver el cuarto; la dueña me abrió y me condujo al segundo piso, que no tenía sino esta habitación. Ella misma vivía con su familia en

la planta baja. Quedé entusiasmado con la vista: por encima de un campo deportivo se veían los árboles del gran jardín arzobispal y, al otro lado del valle, en lo alto de la colina opuesta, distinguíase la ciudad de los locos, Steinhof, circundada por un muro. Tomé mi decisión al instante: tenía que instalarme en ese cuarto; así que, junto a la ventana abierta, discutí los detalles con la dueña. Su falda le llegaba hasta el suelo, tenía la cabeza ladeada y, de rato en rato, la echaba al otro lado. La primera parrafada que me lanzó se encuentra, transcrita literalmente, en el tercer capítulo de *Auto de fe*: sobre la juventud actual y las patatas, que ya cuestan el doble. Fue una monserga bastante larga, y tanto me irritó que la memoricé en seguida. Si bien es cierto que, en los años que siguieron, volví a escucharla a menudo y con las mismas palabras, ya no hubiera podido olvidarla tras ese primer encuentro.

En el curso de esta primera visita puse como condición que mi amiga pudiera visitarme. La dueña insistió en que fuera siempre la misma «señorita novia». La indignación con que le respondí que tenía sólo una, la tranquilizó. Y que también tenía muchos libros, le dije. «¡Pero oiga!», replicó, «eso es normal en un señorito estudiante». Más dificultades tuve con mi exigencia final: poder colgar los cuadros que siempre llevaba conmigo. Y ella dijo: «¡Ay, mi empapelado tan bonito! ¿Tiene usted que usar chinchetas?». Y yo, implacable, que sí. Llevaba varios años viviendo entre grandes reproducciones de los frescos de la Capilla Sixtina, y mi dependencia de los profetas y sibilas de Miguel Ángel era tan fuerte que no los hubiera sacrificado ni siquiera por aquel cuarto. Ella advirtió mi tenacidad y cedió de mala gana.

A aquella habitación, en la que viví seis años, no le debo sólo la figura de Teresa. La perspectiva cotidiana sobre Steinhof, donde vivían 6000 locos, fue para mí un aguijón. Estoy absolutamente seguro de que, sin aquel cuarto, jamás hubiera escrito *Auto de fe*.

Pero aún faltaba mucho: yo era por entonces un estudiante de química que iba diariamente al laboratorio y dedicaba sólo las tardes a escribir. Tampoco quisiera dar la falsa impresión de que el personaje de Teresa, que surgiría sólo tres años y medio más tarde, tuviese más rasgos en común con mi casera que la manera de hablar y cierta similitud exterior. Era una empleada de correos jubilada —su marido también había trabajado en correos—, y con ellos vivían dos hijos, ya grandes. Sólo el primer discurso de Teresa está calcado de la realidad; todo el resto es pura y simple invención.

Pocos meses después de mi instalación en el nuevo cuarto, ocurrió algo que incidiría profundamente en mi vida ulterior, pero también en la composición de *Auto de fe*. Fue uno de aquellos sucesos públicos, no demasiado frecuentes, que tanto conmueven a una ciudad que deja de ser la misma.

Por la mañana del 15 de julio de 1927 no estaba yo, como siempre, en el *Instituto Químico* de la Währingerstrasse, sino que me quedé en mi casa. En el *Café* de Ober-St. Veit leí los diarios de la mañana. Aún siento la indignación que me acometió cuando cogí el *Reichspost* y vi un titular gigantesco: «Un juicio justo». En

Burgenland había habido tiroteos y varios obreros resultaron muertos. El tribunal había absuelto a los asesinos, y ese veredicto era calificado por el órgano del Partido gubernamental como «juicio justo»; ¡qué digo calificado: pregonado! Este escarnio a cualquier sentimiento de justicia, más aún que el veredicto mismo, fue lo que provocó una irritación atroz en la clase obrera vienesa. En filas cerradas, los obreros se dirigieron, desde todos los barrios de Viena, hasta el Palacio de Justicia, cuyo simple nombre personificaba para ellos la injusticia. Hasta qué punto fue una reacción totalmente espontánea pude comprobarlo personalmente. Bajé rápidamente en mi bicicleta hasta la ciudad y me uní a una de estas filas.

La clase obrera, en general disciplinada, que confiaba en sus líderes socialdemócratas y estaba contenta de que el Ayuntamiento de Viena fuese ejemplarmente administrado por ellos, actuó aquel día *sin* sus líderes. Cuando prendió fuego al Palacio de Justicia, el alcalde Seitz, con el brazo derecho en alto, le salió al encuentro en uno de los coches de bomberos. Su gesto no tuvo efecto alguno: el Palacio de Justicia *ardió*. La policía recibió orden de disparar y hubo noventa muertos.

Han transcurrido 46 años y la emoción de aquel día aún persiste en mis huesos. Es lo más próximo a una revolución que me ha tocado sentir en carne propia. Cien páginas no bastarían para describir lo que vi. Desde entonces supe perfectamente que nunca me haría falta leer una palabra más sobre el asalto a la Bastilla: me convertí en parte integrante de la masa, diluyéndome completamente en ella, y no opuse la menor resistencia a cuanto emprendía. Me asombra que, pese a hallarme en ese estado, fuera capaz de captar todas las escenas concretas que iban desfilando, una por una, ante mis ojos. Quisiera mencionar aquí una en particular.

En una calle lateral, no muy lejos del Palacio de Justicia en llamas, aunque sí algo apartada, había un hombre que, distanciándose muy claramente de la masa y con los brazos en alto, palmeteaba, desesperado, sobre su cabeza, sin dejar de gritar en tono lastimero. «¡Las actas se queman! ¡Todas las actas!». «¡Por suerte no son hombres!», le dije yo, pero mis palabras no le interesaron: sólo tenía en mente las actas. Pensé que tal vez tuviera algo que ver con esas actas, que quizá trabajase en el Archivo. Era inconsolable y, pese a la situación, lo encontré divertido. Pero al mismo tiempo me irritó. «¡Han matado gente a tiros!», le dije furibundo, «¡y usted habla de las actas!». El me miró como si yo no existiera y repitió, entre lamentos: «¡Las actas se queman! ¡Todas las actas!». Aunque se había puesto a un lado, su situación no dejaba de ser peligrosa: su lamento era perceptible, y yo mismo lo había oído.

Pocos años más tarde, cuando esboqué la «*Comedie Humaine* de la locura», le puse a *B.*, el ratón de biblioteca, el nombre de *Brand*. Por entonces no era yo consciente de que su nombre y su destino surgieron aquel 15 de julio; reconocer esa vinculación me hubiera resultado, sin duda, muy penoso, y quizá hubiera desechado todo el plan. En cualquier caso, el apellido Brand empezó a oprimirme mientras redactaba la novela. Sucedieron tantas cosas entretanto, y el final, en el que aún no había ni pensar,

parecía excesivamente prefigurado en ese apellido. Se lo cambié, pues, por el de Kant, y éste fue el que llevó, ininterrumpidamente, por más tiempo. En agosto de 1931, cuatro años después de aquel 15 de julio, Kant prendió fuego a su biblioteca y sucumbió en el incendio.

Pero esta fue una consecuencia tardía e imprevista del 15 de julio. Si alguien me hubiera predicho entonces una repercusión literaria de este tipo, lo hubiera hecho pedazos. Ya que inmediatamente después, en esos días de profundo abatimiento en que era imposible pensar en otra cosa —los sucesos que yo había presenciado regresaban constantemente a mi memoria, persiguiéndome, noche tras noche, hasta en los sueños—, sólo había una vinculación legítima con la literatura, y esta era Karl Kraus. Mi idolátrica veneración por él alcanzó entonces su cota máxima. Aquella vez fue un sentimiento de gratitud por un acto público muy concreto, y no sabría decir a quién más hubiera podido tan intensamente agradecerle algo. Bajo el impacto de la matanza de aquel día, él hizo pegar, en toda Viena, carteles en los que exigía la «dimisión» del Jefe de la policía, Johann Schober, responsable de la orden de disparar y de los noventa muertos. Kraus lo hizo solo, fue la única personalidad pública que lo hizo, y mientras las demás celebridades, que nunca han escaseado en Viena, no quisieron exponerse ni, quizás, quedar en ridículo, sólo él encontró el valor necesario para elevar su protesta. Sus carteles fueron lo único que a uno lo mantuvo en pie aquellos días. Yo iba de uno al otro, deteniéndome ante todos, y tenía la impresión de que toda la justicia de esta tierra estaba condensada en su nombre.

El año que siguió a este suceso estuvo totalmente dominado por él. Hasta muy entrado el verano de 1928, mis pensamientos no giraron en torno a otra cosa. Estaba más decidido que nunca a explorar lo que era en realidad aquella masa que me había subyugado interior y exteriormente. Proseguí en apariencia los estudios de química y empecé a trabajar en la tesis doctoral, pero la tarea que me imponían era tan poco interesante que apenas si rozaba epidérmicamente mi espíritu. Aprovechaba, pues, cualquier momento libre para estudiar las cosas que realmente me importaban. Por los caminos más variados, y aparentemente más distantes, intenté aproximarme a mi propia experiencia de la masa. La busqué en la historia, pero en la historia de *todas* las culturas. Cada vez me fascinaban más la historia y la filosofía antigua de la China. Con los griegos ya había empezado mucho antes, en mi época de Frankfurt; esta vez me sumergí a fondo en los historiadores antiguos, muy especialmente en Tucídides, y en la filosofía de los presocráticos. Era comprensible que estudiase las revoluciones —la inglesa, la francesa y la rusa—, pero también comencé a ver la importancia de las masas en las religiones, y mi afán de conocer todas las religiones, que jamás me ha abandonado desde entonces, se inició en aquella época. Leí a Darwin con la esperanza de encontrar en sus escritos algo sobre las formaciones de masa entre los animales, y leí también, muy a fondo, libros sobre los Estados de los insectos. Debía dormir muy poco por entonces, pues me pasaba noches enteras leyendo. Escribí algunas cosas e intenté esbozar varios estudios. Todos eran trabajos de exploración

previos al libro sobre la masa, pero ahora que lo observo desde la perspectiva de la novela, veo cuántas huellas dejaron estos vastos y apasionados estudios en *Auto de fe*, que surgió pocos años más tarde.

En el verano de 1928 fui por vez primera a Berlín, y éste fue el siguiente acontecimiento decisivo. Wieland Herzfelde, fundador de la editorial Malik, buscaba un joven que pudiera ayudarlo a preparar un libro, y supo de mí por intermedio de una amiga. Me invitó a ir a Berlín, durante las vacaciones universitarias, a vivir en su casa y a trabajar allí. Me recibió con gran cordialidad y no me hizo sentir mi inexperiencia ni mi ignorancia. Y así, de pronto, me vi inmerso en uno de los núcleos de la vida intelectual berlinesa. Me llevaba a todas partes y pude conocer a sus amigos y a muchísimas personas más, a veces —como donde Schlichter o Schwanecke— a una docena de golpe. Sólo nombraré a los tres que más me interesaron: George Grosz era uno de ellos (yo era admirador de sus dibujos desde mis años de colegial en Frankfurt); otro, Isaak Babel, cuyos dos libros había yo leído muy poco antes (de todos los libros de la literatura rusa moderna eran los que más profunda impresión me dejaron); y Brecht, del que sólo conocía unos cuantos poemas, pero de quien se hablaba tanto que su nombre despertaba curiosidad, el tercero (además, era uno de los pocos escritores jóvenes reconocidos por Karl Kraus). Grosz me regaló su carpeta del *Ecce-Homo*, que estaba prohibida; Babel me llevaba a todas partes, y en particular a casa de Aschinger, que era donde más a gusto se sentía. Yo estaba maravillado por la sinceridad de ambos, que hablaban conmigo sobre cualquier cosa. Brecht, que advirtió al punto mi ingenuidad y al que —comprensiblemente— crispaba mi «altura espiritual», intentaba desconcertarme con observaciones cínicas sobre su persona. Nunca pude verlo sin que me dijera cosas chocantes sobre sí mismo. Yo sentía que Babel, a quien difícilmente hubiera podido aportarle algo, me quería justamente por mi inocencia, que provocaba los cinismos de Brecht. Grosz, que había leído poco, disfrutaba preguntándome por libros y, sin ningún tipo de cumplidos, se hacía recomendar todas las lecturas posibles.

Sobre aquella época berlinesa habría infinidad de cosas que decir, y ahora, en realidad, no estoy diciendo nada. Lo único que quisiera mencionar aquí es la vida, diametralmente opuesta, que llevaba en Viena. En Viena no conocía yo a ningún escritor y vivía solo; como todos habían sido condenados por Karl Kraus, tampoco me hubiera interesado conocer a nadie. Sobre Musil y Broch nada sabía por entonces. Muchas de las cosas —casi la mayoría— que tenían éxito en Viena, valían en realidad muy poco; y sólo ahora sabemos cuánta cosa importante surgió en aquellos años, casi a espaldas de la opinión pública, marginada y despreciada por ésta, como las obras de Berg y Webern, por ejemplo.

Y de pronto me encontré en Berlín, donde todo era público, donde lo nuevo y lo interesante era también lo famoso. Sólo me movía entre esas personas que se conocían todas y llevaban una vida intensa y acelerada. Visitaban los mismos locales, hablaban unos de otros sin ningún temor, se amaban y odiaban públicamente y su

idiosincrasia quedaba de manifiesto ya en las primeras frases: era como si fuesen a embestirlo a uno con toda su persona. Jamás había visto yo semejante cantidad de seres humanos tan articulados y, al mismo tiempo, tan peculiares y diferenciables entre sí. Era un juego de niños descubrir en el acto los talentos de la gente que, a diferencia de lo que ocurría en Viena, allí no escaseaban precisamente. Yo era presa de la agitación más expansiva y, al mismo tiempo, estaba asustado. Me ocurrieron tantas cosas que, lógicamente, quedé desconcertado. Pero estaba decidido a no dejarme confundir, y esta negativa a caer en una confusión inevitable tuvo penosas consecuencias.

Lo más difícil para un joven puritano —y yo seguía siéndolo debido a las circunstancias particulares de mis años mozos—, era la durísima sexualidad. Vi muchas cosas que siempre había aborrecido y que se le presentaban a uno incesantemente: eran parte integrante de la vida berlinesa de entonces. Todo era posible, todo *sucedía*; la Viena de Freud, en la que se *hablaba* de tantas cosas, resultaba de una inocua verbosidad comparada con Berlín. Nunca había tenido antes la impresión de estar tan cerca del mundo entero en cada una de sus zonas; y aquel mundo, que no logré dominar en tres meses, me parecía un mundo de alienados.

Tanto me fascinó que me sentí muy infeliz de tener que regresar a Viena en octubre. Todo, en mi interior, yacía informe y entreverado, como en un ovillo monstruoso. En el invierno concluí mis estudios y aprobé los exámenes en primavera. Actuaba un poco sin saber muy bien lo que hacía, pues por debajo estaba aquel nuevo caos, que no lograba adormecer. Había prometido a mis amigos que, en el verano de 1929, volvería a Berlín. La segunda estancia, que volvió a durar aproximadamente tres meses, fue un poco menos febril. Vivía solo y me obligué a llevar una vida más tranquila. Volví a ver a mucha gente, pero no a todos. Iba a otros barrios de Berlín, entraba solo en las tabernas y pude conocer a otro tipo de gente, obreros sobre todo, pero también burgueses y pequeño-burgueses, que eran pequeños artistas o intelectuales. Me reservaba tiempo y fui anotando muchas cosas.

Cuando volví a Viena aquel otoño, el ovillo amorfo comenzó a desenredarse. Con la química había terminado para siempre: ya sólo deseaba escribir. Me había asegurado mi subsistencia con algunos libros de Upton Sinclair que debía traducir para la editorial Malik. Era un hombre libre, y proseguí los múltiples estudios que me interesaban y que había ya iniciado antes de ir a Berlín: justamente los trabajos previos al libro sobre la masa<sup>[3]</sup>.

Pero lo que más me inquietaba a mi regreso de Berlín, lo que no me abandonaba, eran las personalidades extremas y obsesionadas que allí había conocido. En Viena volví a vivir solo en la habitación de la que ya he hablado. No veía a casi nadie, y ante mí, sobre la colina de enfrente, tenía la ciudad de los locos: Steinhof.

Un día se me ocurrió que el mundo no podía ya ser recreado como en las novelas de antes, es decir, desde la perspectiva *de un* escritor; el mundo estaba *desintegrado*, y sólo si se tenía el valor de mostrarlo en su desintegración, era posible ofrecer de él



alguna imagen verosímil. Sin embargo, esto no significaba que fuera preciso escribir un libro caótico, en el que no hubiera nada inteligible; por el contrario, había que inventar, con una consecuencia extrema, individuos también extremos —como los que, en definitiva, integraban el mundo—, y yuxtaponer a estos individuos-límite, dentro de su disparidad. Concebí, pues, aquel proyecto de una «*Comedie Humaine* de la locura», y esbocé ocho novelas centradas, cada una, en torno a una figura al borde de la locura: cada personaje de estos era distinto de los otros hasta en su lenguaje y en sus pensamientos más recónditos. Lo que uno de ellos experimentaba era de naturaleza tal que ninguno de los otros hubiera podido experimentarlo. Nada podía ser intercambiable, y nada debía entremezclarse. Me dije que construiría ocho reflectores con los que, desde fuera, iba a iluminar el mundo. Pasé un año entero escribiendo indiscriminadamente sobre estos ocho personajes, según los que me atrajeran más en el momento. Había entre ellos un fanático religioso, un soñador técnico que sólo vivía haciendo planes cósmicos, un coleccionista, un poseído por la verdad, un despilfarrador, un enemigo de la muerte y, por último, también un genuino «hombre-libro».

Aún poseo parte de estos exuberantes proyectos —lamentablemente sólo partes mínimas— y hace poco, al releerlos, despertó en mí el impulso de aquel tiempo y comprendí por qué he conservado ese año en mi recuerdo como el más rico de mi vida. Pues a comienzos del otoño de 1930 se produjo un cambio. El hombre-libro me resultó de pronto tan importante que dejé de lado todos los otros esbozos y me concentré en él por completo. Al año en que me había permitido todo siguió un año de disciplina casi ascética. Cada mañana, sin dejar pasar ni un día, escribía *Brand*, como ahora se llamaba. No había plan alguno, pero me guardaba bien de caer en los ímpetus del año anterior. Para no dejarme arrastrar demasiado lejos, leía continuamente *Rojo y negro* de Stendhal. Quería avanzar paso a paso y me decía que este libro tendría que ser riguroso y despiadado conmigo mismo y con el lector. Me hallaba inmunizado contra todo cuanto pudiera ser agradable o complaciente por la profunda antipatía que me inspiraba la literatura vienesa entonces en boga. Lo más apreciado era de una sentimentalidad operística, y por debajo aún quedaban los lamentables folletinistas y parlanchines. No puedo decir que alguno de ellos significase algo para mí: su prosa me daba asco.

Cuando me pregunto hoy día de dónde sacaba fuerzas para trabajar así, acabo dando con las influencias más heterogéneas. He nombrado a Stendhal: él fue, sin duda, quien me inculcó la claridad. Acababa de concluir el capítulo de *Auto de fe* que hoy se llama *La muerte*, cuando cayó en mis manos *La metamorfosis* de Kafka. ¡No pudo ocurrirme nada más feliz en aquel momento! Pues ahí encontré, en un grado de perfección sumo, la contrapartida de aquella ausencia de compromiso total con la literatura, que tanto odiaba; ahí estaba el rigor al que aspiraba, ahí se había logrado algo que yo deseaba hallar para mí solo. Me incliné ante semejante modelo, el más puro de todos, sabiendo que era inalcanzable; pero me dio fuerzas.

Creo que mi familiaridad con la química, con sus procesos y sus fórmulas, incidió también en este rigorismo. De ahí que, retrospectivamente, no pueda lamentar en modo alguno los cuatro años y medio que pasé en el laboratorio, ocupación que entonces me parecía poco espiritual y hasta opresiva. Aquel tiempo no se perdió: demostró ser una disciplina muy particular para el oficio de escribir.

Tampoco se perdió el año de los esbozos. Como escribía simultáneamente todos esos proyectos, me había acostumbrado a moverme al mismo tiempo en mundos diferentes, que nada tenían en común y estaban separados entre sí hasta por los detalles de su lenguaje, y a saltar de uno al otro. Esto incidió favorablemente en la separación de los personajes de *Auto de fe*. Lo que antes era separación de novela a novela, se convirtió ahora en aislamientos en el interior de un solo libro. Aunque el material de esos proyectos quedara en gran parte inutilizado, el método de *Auto de fe* surgió a partir de ellos. Incluso lo que no llegó a ser escrito de esas ocho novelas, las savias secretas de la «*Comedie Humaine* de la locura» pasó a integrar *Auto de fe*.

Pese a la satisfacción de ver que la escritura avanzaba día a día, que el impulso no me abandonaba ni a mí me apetecía detenerme, me sentía torturado por la realidad concreta de las frases que anotaba en el papel. La crueldad del que se obliga a admitir una verdad lo atormenta sobre todo a él mismo: el escritor se violenta a sí mismo cien veces más que al lector. Había momentos en los que esta sensación estuvo a punto de llevarme a dar por terminada la novela, salvo, claro está, mejor parecer. Si no sucumbí a esta tentación fue también debido a los fotograbados del Retablo de Isenheim, que habían sustituido, en mi cuarto, a los frescos de la Capilla Sixtina. Sentía vergüenza de Grünewald, que emprendió algo monstruosamente difícil y perseveró en su empeño por espacio de cuatro años. Todo esto me parece ahora petulante y ampuloso. Pero toda adoración de cosas realmente grandes que se torna demasiado íntima, tiene algo de presunción. Por entonces, aquellas reproducciones de Grünewald, que tenía siempre a mi alrededor, constituyeron un estímulo imprescindible.

En octubre de 1931, al cabo de un año, la novela estaba terminada. Como ya sabemos, en el curso del trabajo Brand había cambiado de nombre y ahora se llamaba Kant. Pero yo tenía reparos debido a la similitud con el nombre del filósofo, y supe que no conservaría este apellido. De ahí que el título del manuscrito fuera también provisional: *Kant se incendia*.

La novela conservó, en cada detalle, la forma que ya había adquirido. Salvo el título y el nombre del sinólogo, nada fue cambiado. Hice encuadernar por separado y en tela negra las tres partes que la integran, y le envié los tres pesados tomos, reunidos en un paquete enorme, a Thomas Mann. Al abrirlo, éste debió pensar que se trataba de una trilogía. En mi carta de presentación había yo adoptado un tono entre solemne y arrogante. Suena casi increíble, pero llegué a pensar que lo honraría haciéndole ese envío. Estaba seguro de que le bastaría con abrir uno solo de los tomos para no poder abandonar ya su lectura. A los pocos días regresaron los tres

volúmenes: Mann no los había leído y se disculpaba aduciendo la limitación de sus fuerzas. Yo estaba convencidísimo de haber escrito un libro muy particular, y hasta hoy no he logrado explicarme de dónde saqué esa certidumbre. Mi reacción ante la denigrante réplica fue dejar reposar el manuscrito y no emprender nada con él.

Fui consecuente durante largo tiempo. Luego empecé a ablandarme esporádicamente. Mediante lecturas públicas del manuscrito fui saliendo poco a poco del aislamiento de mi vida vienesa. Leí a Musil y a Broch, cuyas obras me impresionaron profundamente, y los conocí personalmente. Conocí también a otras personas que significaron mucho para mí: Alban Berg, Georg Merkei y Fritz Wotruba. Para ellos y muchos otros mi libro ya existía antes de que el público lo conociera. Yo sólo quería afirmarme ante ellos, las auténticas figuras representativas de Viena, y con algunos trabé buenos lazos de amistad. No me pareció ninguna humillación que, durante cuatro años, no surgiera ningún editor que se arriesgase a publicar la novela. A veces, y muy raramente, cedía yo a las presiones de un amigo y la llevaba a una editorial. Recibía cartas en que me explicaban los riesgos de una publicación, aunque casi siempre eran cartas respetuosas. Sólo Peter Suhrkamp me hizo sentir muy claramente su profunda antipatía por la novela. Cada negativa me confirmaba en la certeza de que el libro viviría posteriormente. Cuando en 1935 fue decidida su publicación, Broch me instó, con una obstinación inusual en él, a que renunciase al nombre de Kant. Ya había pensado yo en hacerlo, pero esta vez sucedió de veras. El protagonista pasó a llamarse Kien, y algo de su inflamabilidad volvió a entrar en su nombre<sup>[4]</sup>. Con Kant desapareció también *Kant se incendia*, y me decidí por el nuevo título, definitivo, de *Die Blendung*.

Tal vez no deba dejar de mencionar que Thomas Mann leyó inmediatamente el libro. Me escribió que, de todos los libros del año, era el que más le había interesado junto con el *Henri Quatre* de su hermano Heinrich. Su carta, en la que había algunos comentarios inteligentes y muchas lisonjas, me dejó una impresión ambigua; sólo cuando la hube leído, comprendí lo absurdo de la herida que, cuatro años antes, me había producido su rechazo.



ELIAS CANETTI (Rustschuk, Bulgaria, 25 de julio de 1905, Zúrich, Suiza, 14 de agosto de 1994). Nacido en el seno de una familia de comerciantes de origen judío sefardí, que cuando él tenía seis años, marchó a Manchester, en Inglaterra.

Tres años después, tras la muerte de su padre, se trasladaron a Viena. Fue enviado a estudiar a Zúrich y Frankfurt, y tras su vuelta a Viena, se licenció en Ciencias Químicas, doctorándose más tarde, si bien nunca ejerció por preocuparle más la filosofía y la literatura.

En 1938, huyendo de la persecución nazi, marchó a París, y a continuación a Inglaterra, en donde residiría varios años, adquiriendo la nacionalidad británica, y desarrollando la mayor parte de su obra. Años más tarde fijaría residencia en Zúrich, en donde viviría aislado del mundo exterior hasta su muerte.

En el año 1981, obtuvo el Premio Nobel de Literatura.

# Notas

[1] Sic en el original (*N. del T.*). <<

[2] En alemán, el pasado es femenino: die Vergangenheit (*N. del T.*). <<

[3] *Masa y poder*. Muchnik Editores, Barcelona, 1977. <<



[4] Kien, en alemán, significa leña resinosa o tea (*N. del T.*). <<